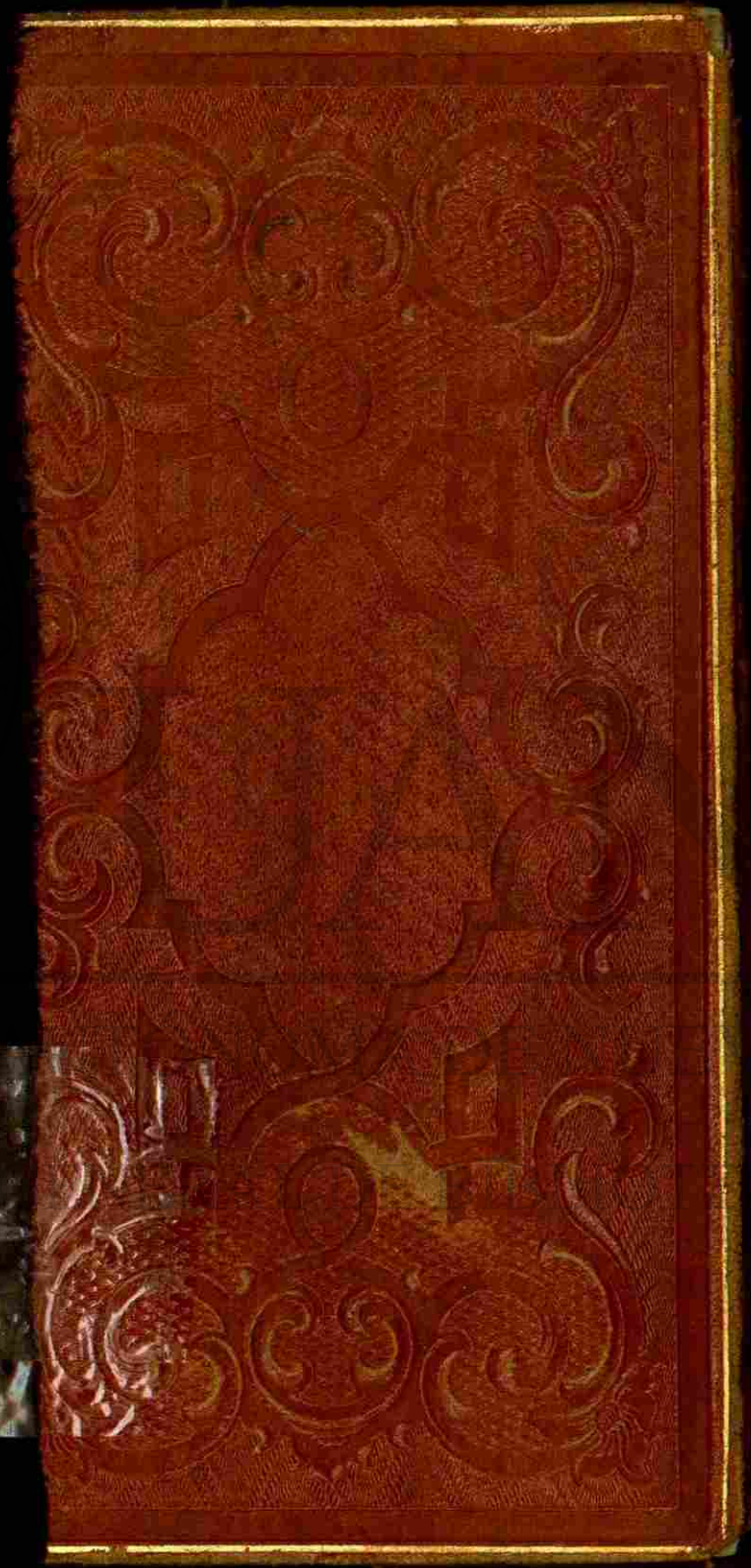


CIÓN



ORLANDO
FURIOSO

PQ4582

.S5

A3818

1850

v.1

c.1

18513

010747



1080022120

EX LIBRIS

HEMETHERII VALVERDE TELLEZ

Episcopi Leonensis

195

C. Z. Z. Z.

[Handwritten signature]



ORLANDO FURIOSO

TOMO PRIMERO

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Núm. Clas. 851.3
Núm. Autor A 7125
Núm. Adg. 10747
Procedencia -6-
Precio _____
Fecha _____
Clasificación _____
Estado _____



PARIS. — IMPRENTA DONDEY-DUPRÉ,
Calle San-Luis, 46.

U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
"ALFONSO REYES"
CALLE 1075, CENTRO, MONTECERMO



(ORLANDO
FURIOSO)
DE LUDOVICO ARIOSTO

TRADUCIDO EN VERSO CASTELLANO

POR

D. A. AGUSTO, DE BURGOS

CON 90 LÁMINAS.



TOMO PRIMERO



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
Biblioteca Valverde y Torres
Biblioteca Universitaria

PARIS
LIBRERÍA DE ROSA, BOURET Y C.,
CALLE DE L'ABBAYE, 43.

1850

10747 46975



LUDÓVICO ARIOSTO.



PQ 4582
- 55
A 3818

1850



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

INTRODUCCION.

Los libros de Caballerías, los cantos de los trovadores, las Crónicas del arzobispo Turpin, y mas que todo las tradiciones orales extendidas por toda Italia a mediados del siglo XIII, habian infundido en casi todos los escritores de aquella época el espíritu caballeresco, al cual tres siglos mas tarde debia venir el ilustre Cervantes á dar el golpe mortal.

Las proezas de Carlomagno y de sus doce Pares, cantadas y exageradas con toda la pompa del lenguaje y toda la exaltacion del carácter meridional, excitaban todos los ánimos; y el espacio de 500 años, transcurrido desde la época que presenció aquellos famosos hechos hasta el dia en que sus recuerdos empezaron á entusiasmar la imaginacion de los escritores italianos, contribuyó poderosamente á aumentar la oscuridad en que ya se hallaban envueltos y á autorizar todo género de fábulas é invenciones sobre los personajes, poco conocidos ó meramente imaginarios, á quienes se atribuian.

En efecto, de todos los héroes celebrados en tantos poemas de géneros distintos, Carlomagno es el único de cuya existencia no nos es permitido dudar. Orlando ó Roldan, Reinaldo, Oliveros, Dudon, entre los Cristianos; Agramante, Rodomonte, Roger, Sacripante y otros mil entre los Sarracenos, son personajes de la mayor parte de los cuales es fabulosa, ó cuando ménos problemática, la existencia; pero sea de esto lo que fuere, estos nombres han llegado hasta nosotros, y estan destinados á pasar á la mas remota posteridad. Pulci, el ciego de Ferrara, Mateo Boyardo y sobre todo Ariosto, su continuador, han dado á sus personajes, verdaderos ó no, no solo vida, sino un carácter tan sostenido y tan extraordinariamente peculiar á cada uno, que los nombres de Agramante,

SECRETARIA UNIVERSITARIA
"ALFONSO IX"

010747

de Orlando y de Rodomonte son hoy, digámoslo así, tan del dominio de la historia como el de Alejandro ó el del Cid.

Ya he dicho, y por volver á mi asunto repito aquí, que el poema de Ariosto parece ser, y es en realidad, una continuacion del de Boyardo. Seducido por las bellezas del *Orlando innamorato*, se propuso en efecto Ariosto continuar este poema desde el punto donde lo habia dejado Boyardo; pero bien pronto, elevándose á una altura adonde jamas habia llegado este, suelta el autor del *Furioso* las riendas á su fecunda y brillante imaginacion, y deja atras al mismo á quien se habia propuesto seguir.

Mateo María Boyardo, conde de Scandiano y gobernador de Regio, reunia á una instruccion poco comun en su siglo, un ingenio culto y una aficion decidida por la poesia y los libros de Caballerias, que tan en voga estaban entónces en su pais. Animado por el ejemplo de Pulci y del ciego poeta de Ferrara, emprendió su *Orlando innamorato*, que la muerte le impidió concluir. Un veneciano, Nicolas Agostini, deseoso de llevar á cabo la obra que Boyardo habia dejado incompleta, le añadió tres cantos, muy inferiores á los de este, y publicó una primera edicion de *Orlando innamorato*, así refundido y aumentado por él.

Poco satisfecho del trabajo de Agostini, y esperando sacar mejor partido de la obra de Boyardo, emprendió Francisco Berni la revision del *Orlando innamorato*, embelleciéndolo ademas con invenciones suyas y con versos mucho mas elegantes y sonoros que los de Agostini; bien que, en mas de un pasaje, le hizo perder algo del tono elevado y majestuoso de su primer autor con chocarrerías que ofenden alguna vez á la decencia y casi siempre al buen gusto.

Esta es, pues, la obra que Ariosto se propuso continuar. El papel de refundidor no podia convenir á un ingenio como el de Ariosto, y el conde de Tressan,

traductor del *Orlando furioso*, cita los motivos que indujeron al autor de este inmortal poema á hacerse el continuador de aquel, obra de tres ingenios, todos inferiores al suyo. Su objeto, dice Mr. de Tressan, fué, ya mostrar cuan atras de sí podia dejar á sus predecesores, ya complacer á sus contemporáneos dando un nuevo prestigio al género de poesia á que los habian acostumbrado los escritos de Pulci y de Boyardo, ya en fin hacerse grato á los principes sus señores; pues, bien que el nombre de la casa de Este fuese por sí bastante ilustre, creyó Ariosto aumentar su gloria mezclando la fábula á la verdad y haciendo descender á esta familia de Roger y de Bradamante, es decir, de Héctor y de los antiguos reyes de Frigia.

Yo no sabré decidir cual fué de estos tres objetos el que Ariosto se propuso; pero sí diré que consiguió completamente los tres.

El *Orlando furioso*, como obra de imaginacion, es indudablemente la mas extraordinaria que se ha escrito jamas en lengua alguna. Evidentemente inspirado por el poema de Boyardo, el de Ariosto se lee con placer y con fruto, aun por los que no han leído el de aquel; pues toma desde el principio una gran parte de los episodios que quedan suspensos en el *Innamorato*, y expone, bien que casi siempre en pocas palabras, las aventuras á que alude, y que continúa con un estilo brillante y á veces con un colorido peculiar que las realza y las rejuvenece.

Muchos sabios y literatos italianos han analizado el admirable mecanismo de los versos de Ariosto, la elegancia de su diction y la rotundidad de su frase poética. Inútil sería pues extenderme sobre este punto, tanto mas cuanto que, como dice Mr. Mazuy (*),

(* Mr. Mazuy ha publicado en 1839 una excelente traduccion francesa del *Orlando furioso*, enriquecida con notas sobre los romances caballerescos, las tradiciones orientales, los cantos de los trovadores y las crónicas de Turpin.

cualquiera que sea el entusiasmo que sienta un traductor por las bellezas del original, no conoce por lo regular bastante á fondo el idioma en que está escrito para discutir el mayor ó menor mérito gramatical de su lenguaje; pero no sucede así con los preceptos generales de la poesía, que son de todos los pueblos y de todas las épocas.

Así pues, invocando la autoridad de los eruditos italianos que arriba he citado, diré que el estilo de Ariosto es correcto, fluido y armonioso: refiriéndome á mis propias observaciones diré que, ya festivo, ya sublime, es siempre proporcionado á los hechos que describe ó á los pensamientos que desarrolla.

No ha faltado quien objetase á Ariosto que su estilo es mas de una vez ignoble, y sus episodios alguna que otra deshonestos. A la primera objecion respondo diciendo que Ariosto se habia propuesto no excluir de su poema un solo objeto de cuantos abraza la naturaleza; y así como esta próspera gobernadora del mundo ha creado, y deja subsistir sobre la faz de la tierra, objetos repugnantes y hasta dañosos, así Ariosto crea y describe mas de una vez cosas y personajes ignobles; pero no por eso debe decirse que su estilo lo es, porque no conserva una altisonancia que, en tal situación, seria ridícula. Del estilo llano y sencillo es inmensa la distancia hasta el ignoble y aun el trivial.

Con respecto al cargo que de deshonestidad se hace á varios episodios ó pasajes del *Orlando furioso*, debo decir que así este como casi todos los que al Ariosto se atribuyen, son un defecto, no del poeta, sino de la época en que vivió. En prueba de ello basta decir que Margarita de Francia, hermana de Francisco I, Isabel de Gonzaga y otras altas princesas y damas célebres por sus virtudes y recato, aplaudian, así como varios papas y todo el sagrado Colegio, á los mas licenciosos pasajes del sublime poema de Ariosto.

Por otra parte dichos episodios, aun cuando en sí contengan un fondo de deshonestidad, como dicen los criticos, estan escritos en un lenguaje por lo regular decoroso, y siempre festivo, elegante y seductor.

Dicen las historias, ó por lo ménos la tradicion, que cuando Ariosto presentó su obra concluida al cardenal Hipólito, este le preguntó de donde habia sacado tanta estrambótica ficcion. No se sabe la respuesta que dió Ariosto al cardenal, y es probable que no le diese ninguna, queriendo sin duda guardar su secreto sobre este punto; pero, gracias á las investigaciones hechas desde aquella época por escritores de diferentes países, apénas se halla en el *Orlando furioso* una sola aventura ó un solo episodio de aquellos que calificó el cardenal con un nombre que nos abstenemos de repetir, cuyo origen no nos sea conocido.

Hanse pues descubierto las fuentes, ó mas bien diré, los pozos de donde sacó Ariosto tantas y tan extraordinarias invenciones, y de cuya agua, las mas veces turbia y cenagosa, hizo la lozana imaginacion del poeta un raudal inagotable, límpido y hasta aromático.

El poema de Ariosto presenta en su conjunto una mezcla singular de verdad y de ficcion, de sublimidad y de llaneza, de fe cristiana y de incredulidad, de rigidez y de desenvoltura en el estilo. Su imaginacion arrastra siempre al poeta, y su poema es la expresion perenne de sus impresiones y de sus afectos. Así le vemos á menudo interrumpir una narracion patética ó una descripcion interesante, para recordar alguna aventura propia ó alguna idea inconexa que se le ocurre.

Preciso es pues confesar que el poema de Ariosto es, mas bien que otra cosa, el parto fantástico de una brillante imaginacion. Esta obra llena de bellezas

de primer orden no está exenta de algunos lunares que, semejantes á los que á veces se notan en el rostro de algunas mujeres, contribuyen acaso á dar mas gracia á su semblante, mas animacion á su fisonomia y mas interes al conjunto.

Las introducciones de casi todos los cantos del *Orlando furioso* son otros tantos trozos de elevada poesia lirica, acompañados de excelentes preceptos de didáctica ó de moral. El corazon humano, y sobre todo el de las mujeres (que Ariosto conocia todavia mejor que el de los hombres), está perfectamente caracterizado en su poema con todas sus perfecciones y con todas sus flaquezas. ¿Qué virtud ó qué vicio hay en la naturaleza que no se halle vigorosa y caracteristicamente personificado en el *Orlando*? ¿Quién pintó jamas con mas vivos colores que Ariosto la fuerza corporal, la grandeza de ánimo, la constancia, el amor, la honestidad, la arrogancia, la pusilanimidad y la lascivia? Carlomagno, Orlando, Reinaldo, Rodomonte, Roger, Ferragut, Sobrino, Angelica, Bradamante, Olimpia é Isabel, son tipos tan ingeniosamente imaginados como hábilmente desenvueltos y brillantemente sostenidos. Y al citar estos, que son los principales, omito, por no cansar con la enumeracion de tantos nombres, los de otros mil personajes que figuran noblemente en aquel inmenso y sublime cuadro, y cuyos caracteres, admirablemente trazados, no se desmienten jamas.

Este, despues de la elegancia de estilo y de la lozania de imaginacion, es el mérito mas aparente del *Orlando furioso*; y fácil es conocer que con tales elementos no puede ménos de agradar, de interesar, de entusiasmar este poema destinado por otra parte á cantar hazañas sorprendentes y aventuras maravillosas. Añádase á esto que, no contento con describir los famosos hechos y las altas prendas de los héroes del siglo de Carlomagno, aprovecha Ariosto

to con prodigiosa habilidad cuantas coyunturas se le presentan para intercalar en su narracion el elogio de casi todos los personajes célebres de todas las naciones y de todas las épocas, y en particular de la suya, tan fecunda en hombres ilustres y en memorables acontecimientos. ¿Cómo era posible que, al hablar de Carlomagno y de sus paladines, dejase de citar Ariosto á Carlos V, cuyas altas prendas immortalizaban su nombre en un mundo, mientras que un Cristóbal Colon y un Hernan Cortes le descubrian y le conquistaban el otro? Todos los capitanes célebres, todos los artistas eminentes, todos los descubrimientos importantes de la suya y de las anteriores épocas, hallaron en fin en Ariosto un sublime panegirista.

¿Qué lectura puede haber mas amena y mas instructiva á la vez que la de un poema de este género?

En apoyo y como complemento de estas ligeras observaciones, inserto á continuacion una nota de Mr. Mazuy y una carta de Galileo. El testimonio de dos hombres tan competentes, uno casi contemporáneo de Ariosto y otro contemporáneo nuestro, prueba el mérito intrínseco é incontestable del poema á que se refieren.

« Muchas veces, dice Mr. Mazuy, se ha criticado á Ariosto de que su poema no tenia ni principio ni fin. Veamos hasta que punto es fundada esta objecion.

« La epopeya romántica puede considerarse en Italia como un mismo y único monumento literario levantado por diferentes poetas de mas ó ménos habilidad, que ofrecieron para su construccion el tributo de su talento, de su imaginacion y de su trabajo. Pulci, el ciego de Ferrara, Boyardo, Ariosto, Dolce, Alamanni, Bautista y Torcuato Tasso, y Nicolo Fortiguerra, escritores todos de mérito, vinieron á porfia cada uno con una obra maestra á embellecer este edificio.

« Ariosto emprendió la continuacion del *Orlando*
 « *innamorato*, y, à ejemplo de Boyardo, dejó à medio
 « bosquejar algunos episodios, como si por este me-
 « dio quisiera excitar la emulacion de otros poetas
 « y facilitar algun tanto su trabajo. La intencion que
 « dictó el *Orlando furioso* es demasiado evidente para
 « que haya quien pueda desconocerla. Su autor nada
 « se propuso empezar, nada se resolvió à concluir.
 « A los que de esto le hacen ó le han hecho un cargo,
 « responderia sin duda Ariosto, si viviera hoy, lo
 « que contestó à Fulgoso (canto LII, octavas XX y
 « siguientes), y à fe que lo aprobaran los que le
 « oyeran.

« El *Orlando furioso* debe ser considerado como un
 « magnifico fragmento de la epopeya caballeresca,
 « fragmento que reclamaba el concurso de otros
 « destinados à completar el edificio; pero sus autores
 « se han quedado à gran distancia de Ariosto. Uno solo,
 « Torcuato Tasso, habria podido concurrir digna-
 « mente à ello; mas despues de haberse ensayado
 « en su *Reinaldo*, conoció, jóven todavia, cuan fatal
 « podia serle la lucha con Ariosto sobre un asunto
 « semejante al que este habia escogido. Por otra parte
 « las divertidas leyendas de Caballerias, atribuidas
 « al reinado de Carlomagno, ocupaban poco ya los
 « ánimos à fines del siglo XVI; pues, tal fué el número
 « de ingenios adocenados que se presentaron à la
 « palestra, que el público, fatigado, acabó por pre-
 « ferir à los terribles golpes de las espadas de los
 « paladines las hazañas de la época mas reciente de
 « los cruzados; y esto con tanta mas razon, quanto
 « que, tratándose entónces de hacer la guerra à los
 « infieles que amenazaban à Europa, cada cual queria
 « conocer las proezas de Godofredo y de sus guerre-
 « ros, tantas veces vencedores de aquellos mismos
 « infieles. Carlomagno, su sobrino Roldan, sus pares
 « y sus paladines se vieron pues relegados en sus

« córtes plenarias, y así se explica porque, despues
 « de la publicacion del *Orlando*, se lanzó el Tasso en
 « una nueva via, mas conforme à la naturaleza de su
 « ingenio, así como à sus deseos, à las ideas y à los
 « proyectos de sus contemporáneos. La literatura
 « italiana debe gloriarse de esta resolucio. Tratando
 « asuntos diferentes, han conservado el Ariosto y el
 « Tasso su renombre de grandes poetas; la fama
 « del uno habria indudablemente perjudicado à la del
 « otro.

« El estudio del *Orlando furioso* será eternamente
 « precioso para la historia de la poesia. Este poema
 « sublime, modelo de gusto y de elegancia, no es
 « meramente un resumen de brillantes extravan-
 « cias, de poéticos caprichos, de seductores ensueños.
 « La obra de Ariosto, bajo un exterior ligero, frivolo
 « en apariencia, encierra las mas serias ideas, las
 « máximas mas profundas y los mas instructivos epi-
 « sodios. El Ariosto reviste de nueva forma las viejas
 « tradiciones y las antiguas leyendas; y sabido es
 « que esta forma es todo en las obras de imaginacion.
 « Ella constituye la originalidad, revela el genio poé-
 « tico, y acaba por ser el titulo de gloria mas positivo
 « de todo grande artista y de todo distinguido escri-
 « tor. Las mismas ideas y los mismos hechos suelen
 « reproducirse à la vuelta de un cierto número de
 « años, mientras que la forma que les da el poeta
 « no se reproduce jamas.

« Las grandes producciones del ingenio humano
 « tienen siempre una tendencia en que no suele hacer
 « alto el vulgo, pero que los entendimientos con-
 « templativos no tardan en penetrar. Tales trabajos,
 « nobles por la idea, inmensos por los resultados,
 « son una mina fecunda, un manantial inagotable de
 « descubrimientos para el hombre verdaderamente
 « observador. Su importancia crece à medida que los

« siglos se amontonan sobre los acontecimientos ,
 « sobre los usos y sobre las creencias , conservando
 « de estos acontecimientos , de estos usos y de estas
 « creencias , un recuerdo que es su mision perpetuar
 « en la memoria de los pueblos. »

CARTA DE GALILEO

AL SEÑOR FRANCISCO RIMUCCINI.

« No sé en que caso seré mas reprehensible , si guar-
 « dando el silencio con V. S. ó si escribiéndole sin
 « exponerle las razones que determinan mi preferen-
 « cia entre nuestros dos grandes poetas heroicos. Mi
 « deseo seria obedecer y contentar al mismo tiempo
 « á V. S. , lo que me hubiera sido mas fácil á no ha-
 « bérseme extraviado por una desgraciada casualidad
 « un ejemplar del *Tasso* , al margen del cual habia yo
 « hecho varias apuntaciones. Durante un año me he
 « entretenido en cotejar los mas bellos pasajes de es-
 « tos dos poemas , y sobre todo los que entre si pue-
 « den compararse , y confieso que el Ariosto lleva ,
 « en mi concepto , ventaja al Tasso en el número y
 « en la gracia de estos diferentes pasajes. La fuga
 « de Angélica , por ejemplo , me parece mejor pin-
 « tada que la de Herminia. Rodomonte , en medio
 « de Paris , me causa mas impresion que Reinaldo
 « cuando entra en Jerusalem. No se puede ménos de
 « confesar que entre la horrenda discordia nacida
 « en el campo de Agramante y las insignificantes
 « discusiones que se levantan en el campo de Godo-
 « fredo , hay la diferencia que existe entre lo sublime
 « y lo mediano. Los amores de Tancredo por Hermi-
 « nia me parecen insustanciales y frios , compara-
 « dos con los de Roger y Bradamante. ¡Cuán grandes

« son las circunstancias que ennoblecen este amor !
 « ¡qué heroicas las empresas á que esta pasion ex-
 « cita ! ¡qué interesante la agitacion en que pone á
 « los personajes ! Allí sí que se ven pintados con
 « exactitud todos los arrebatos de los zelos , los re-
 « cuerdos del bien perdido , las quejas , la desespe-
 « racion de un alma destrozada por las infidelidades
 « de que acusa á un amante ; pero ¡oh amor sublime !
 « una mirada , un suspiro , una sola palabra de Ro-
 « ger , basta para calmar el tierno corazon de su ado-
 « rada. ¿Y quién hay que no eche de ver la frialdad
 « y la falta de originalidad del retrato de Armida y
 « de los medios á que apela esta poderosa maga para
 « retener á Reinaldo ? ¿Puede por ventura fijar la
 « atencion esta débil copia comparada con el cuadro
 « lleno de gracia y de energia que hace al corazon y
 « al entendimiento participes de los encantos que á
 « Roger detienen en los jardines de Alcina ?

« Imposible es asimismo negar , como ya se ha di-
 « cho , que los motivos de la discordia que se levanta
 « entre los caudillos de Godofredo son hasta pueri-
 « les , comparados con los que siembran la confusion
 « y la muerte entre los sarracenos. Ningun suceso
 « importante nace de la primera ; mientras que el
 « despecho y la partida de Rodomonte , la muerte de
 « Mandricardo , las heridas y la inaccion forzada de
 « Roger , la desaparicion de Marfisa y de Sacripante ,
 « son consecuencias del furor que ha provocado la
 « discordia y la causa que prepara la llegada de Rei-
 « naldo y la ruina entera del ejército de Agramante.

« ¿Quién hay que pueda dejar de admirar el ca-
 « rácter indomito de Marfisa , que , siempre pronta á
 « rehusar toda especie de auxilio , no cuenta con otro
 « apoyo que el de su brazo y de su valor ? ¿Quién no
 « verá con asombro el esfuerzo y la generosidad de
 « Mandricardo , cuando deja á Zerbino espirando
 « entre los brazos de Isabel ? Pero ¿qué mas alta

« idea se puede concebir de un héroe, que la que
 « dan de Roger las virtudes y las proezas que el poeta
 « le atribuye, y hasta las facciones con que nos pinta
 « su semblante? ¿Qué no podré decir del contraste
 « que con la virtuosa firmeza de Olímpia, de Isabel
 « y de Drusila, forman la perfidia de Gabrina, las
 « torpes infidelidades de Origile y la inconstante ver-
 « satilidad de Doralice? »

« Cuanto mas me extiendo sobre este asunto, mas
 « convencido quedo de que habria mucho que decir
 « sobre él: esto no obstante, por no fatigar vuestra
 « atencion, pongo fin á esta carta, en la cual creo no
 « haber dicho cosa que no sea suficientemente cono-
 « cida de cuantos han leído los dos autores. »

Al concluir estas observaciones, no puedo ménos
 de hacer una importante sobre la carta de que acabo
 de dar la traduccion. Galileo, á mi modo de ver, se
 muestra en ella demasiado severo con respecto al
 Tasso, y emite una opinion que ningun escritor antes
 ni despues de él se ha atrevido á formular de una
 manera tan categórica. Yo no creo que, para hacer
 del Ariosto el elogio que merece, sea necesario ata-
 car la justa celebridad del autor de la *Jerusalen liber-
 tada*. Entre este poema y el *Orlando furioso*, la ba-
 lanza está todavía en el aire, y este es el mayor
 elogio que de ambos se puede hacer. Las simétricas
 proporciones del primero justifican su nombre de
 épico, mientras que la gracia, la originalidad y la
 riqueza de imágenes y de episodios hacen del se-
 gundo, épico ó no, el poema mas admirable, y sobre
 todo mas entretenido, que se ha publicado jamas.

VIDA DE ARIOSTO.

Nació Ludovico Ariosto en Regio de Módena, á 8 de se-
 tiembre de 1474, de Nicolas Ariosto, gobernador de dicha
 ciudad, y de la bella y noble Daria Malaguzzi. Mas de un
 siglo hacia que estaba avecindada en Ferrara esta familia,
 oriunda de Bolonia, cuando vino al mundo el hombre ex-
 traordinario que, desde su infancia (1), dió evidentes seña-
 les del ingenio que debia hacer su fama tan duradera como
 sus escritos.

Cargado de familia, y no poseyendo una fortuna propor-
 cionada á su alto nacimiento, y á los importantes destinos
 que siempre ocupó (2), quiso su padre hacer seguir á nues-
 tro poeta la carrera de la magistratura; pero él, que tenia
 una invencible repugnancia por los Códigos y las Pandectas,
 al paso que una aficion extraordinaria por las bellas artes y
 la poesia, abandonó aquellos estudios por entregarse á una
 vocacion que á tan altos destinos le llamaba; y, bajo la di-
 reccion del célebre humanista Gregorio Espoleto, hizo en
 poco tiempo sorprendentes adelantos en las lenguas anti-
 guas, y compuso en latin varias oraciones y poesias, que
 merecieron la aceptacion de las personas á cuyo juicio las

(1) Cuenta Jerónimo Garofalo que, apenas entrado en la
 adolescencia, compuso Ariosto y pronunció en público, con motivo
 de la apertura de los cursos de Ferrara, una oracion latina
 cuyos altos conceptos y elegante estilo excitaron la admiracion
 del público inteligente de aquella ciudad. Fornari añade que fué
 tanta la fama que valió al jóven Ariosto esta oracion, que todos
 los padres le citaban á sus hijos como el modelo que debian se-
 guir.

(2) Nicolas Ariosto, padre de Ludovico, reunia al cargo de
 capitán ó gobernador de Módena y de Regio los de mayordomo
 mayor de los duques Borso y Hércules I, padre de Hipólito y de
 Alfonso, y de juez del tribunal supremo de Ferrara. Sin per-
 juicio de estos destinos, desempeñó varias misiones importantes
 cerca del papa, de Francisco I y del emperador Carlos V.

« idea se puede concebir de un héroe, que la que
 « dan de Roger las virtudes y las proezas que el poeta
 « le atribuye, y hasta las facciones con que nos pinta
 « su semblante? ¿Qué no podré decir del contraste
 « que con la virtuosa firmeza de Olímpia, de Isabel
 « y de Drusila, forman la perfidia de Gabrina, las
 « torpes infidelidades de Origile y la inconstante ver-
 « satilidad de Doralice? »

« Cuanto mas me extiendo sobre este asunto, mas
 « convencido quedo de que habria mucho que decir
 « sobre él: esto no obstante, por no fatigar vuestra
 « atencion, pongo fin á esta carta, en la cual creo no
 « haber dicho cosa que no sea suficientemente cono-
 « cida de cuantos han leído los dos autores. »

Al concluir estas observaciones, no puedo ménos
 de hacer una importante sobre la carta de que acabo
 de dar la traduccion. Galileo, á mi modo de ver, se
 muestra en ella demasiado severo con respecto al
 Tasso, y emite una opinion que ningun escritor antes
 ni despues de él se ha atrevido á formular de una
 manera tan categórica. Yo no creo que, para hacer
 del Ariosto el elogio que merece, sea necesario ata-
 car la justa celebridad del autor de la *Jerusalen liber-
 tada*. Entre este poema y el *Orlando furioso*, la ba-
 lanza está todavía en el aire, y este es el mayor
 elogio que de ambos se puede hacer. Las simétricas
 proporciones del primero justifican su nombre de
 épico, mientras que la gracia, la originalidad y la
 riqueza de imágenes y de episodios hacen del se-
 gundo, épico ó no, el poema mas admirable, y sobre
 todo mas entretenido, que se ha publicado jamas.

VIDA DE ARIOSTO.

Nació Ludovico Ariosto en Regio de Módena, á 8 de se-
 tiembre de 1474, de Nicolas Ariosto, gobernador de dicha
 ciudad, y de la bella y noble Daria Malaguzzi. Mas de un
 siglo hacia que estaba avecindada en Ferrara esta familia,
 oriunda de Bolonia, cuando vino al mundo el hombre ex-
 traordinario que, desde su infancia (1), dió evidentes seña-
 les del ingenio que debia hacer su fama tan duradera como
 sus escritos.

Cargado de familia, y no poseyendo una fortuna propor-
 cionada á su alto nacimiento, y á los importantes destinos
 que siempre ocupó (2), quiso su padre hacer seguir á nues-
 tro poeta la carrera de la magistratura; pero él, que tenia
 una invencible repugnancia por los Códigos y las Pandectas,
 al paso que una aficion extraordinaria por las bellas artes y
 la poesia, abandonó aquellos estudios por entregarse á una
 vocacion que á tan altos destinos le llamaba; y, bajo la di-
 reccion del célebre humanista Gregorio Espoleto, hizo en
 poco tiempo sorprendentes adelantos en las lenguas anti-
 guas, y compuso en latin varias oraciones y poesias, que
 merecieron la aceptacion de las personas á cuyo juicio las

(1) Cuenta Jerónimo Garofalo que, apenas entrado en la
 adolescencia, compuso Ariosto y pronunció en público, con motivo
 de la apertura de los cursos de Ferrara, una oracion latina
 cuyos altos conceptos y elegante estilo excitaron la admiracion
 del público inteligente de aquella ciudad. Fornari añade que fué
 tanta la fama que valió al jóven Ariosto esta oracion, que todos
 los padres le citaban á sus hijos como el modelo que debian se-
 guir.

(2) Nicolas Ariosto, padre de Ludovico, reunia al cargo de
 capitán ó gobernador de Módena y de Regio los de mayordomo
 mayor de los duques Borso y Hércules I, padre de Hipólito y de
 Alfonso, y de juez del tribunal supremo de Ferrara. Sin per-
 juicio de estos destinos, desempeñó varias misiones importantes
 cerca del papa, de Francisco I y del emperador Carlos V.

sometió. Privado á poco de la compañía y de las lecciones de su docto y apreciable preceptor (1), y profundamente afligido de esta separacion, dejó Ariosto de ser discípulo para ser maestro; y, entregado á sus propias inspiraciones, compuso algunas comedias ó farsas, como él mismo las llamaba (2), que se entretenia en representar con sus hermanos. Mas tarde dió sucesivamente á luz varias sátiras, sonetos, madrigales y otras composiciones, ya italianas, ya latinas, de que la mayor parte se conservan todavía, y que son como otras tantas piedras preciosas, engarzadas en la brillante corona que orna las sienes del ilustre Cantor de Angélica y de Roldán.

Jóven todavía, perdió Ariosto en poco tiempo á su padre (3) y á su tío y protector Pandolfo. Viéndose sin patrimonio (4), y único apoyo de su madre y de sus nueve hermanos, todos menores que él, entró al servicio del cardenal Hipólito de Este, con quien le unian, aunque de léjos, relaciones de parentesco (5).

Era Hipólito hombre de demasiado talento para desconocer el del jóven Poeta, que tantos títulos tenia á su aprecio y á su proteccion; y, deseoso de estimular y de utilizar al mismo tiempo las bellas disposiciones de Ariosto, le confió

(1) Nombrado por Isabel, duquesa de Milan, ayo de su hijo Francisco Sforza, partió Gregorio de Espoleto con esta princesa y su hijo, y permaneció en Francia durante todo el tiempo del cautiverio de estos en la corte de Luis XII.

(2) De estas comedias ó farsas era la mas notable la que compuso arreglando para la escena la fábula de Tisbe.

(3) Ariosto perdió á su padre en febrero de 1500, es decir á la edad de 25 años y medio, y no de 24, ni de 27, como pretenden algunos autores.

(4) No es enteramente exacto decir sin patrimonio, pues alguno le habia dejado su padre; pero la reparticion entre tantos hermanos y las reclamaciones de algunos parientes y extraños le suscitaron tantos y tan desagradables litigios, que no solo le impidieron llegar nunca á disfrutar de este patrimonio, sino que le hicieron gastar, por tratar de conservarlo, mucho mas de lo que él valia.

(5) Obispo III, marques de Ferrara y principe de la ilustre familia de Este, habia casado con la bella Lipa Ariosto, muerta en 1547.

varios importantes encargos, que este desempeñó siempre con acierto y casi siempre con felicidad.

Esta y casi todas las particularidades de su vida se hallan consignadas en sus *Sátiras*, en sus *Capítoli*, en sus *Cármina* y aun en su *Orlando furioso*. En estos diferentes escritos relata lo que hasta aqui llevamos dicho, describe la batalla naval dada poco despues por el cardenal Hipólito, que mandaba la escuadra dirigida contra Venecia, y refiere el resultado de los dos viajes que á Roma hizo con el objeto de entablar negociaciones con el papa Julio II, y su partida definitiva de aquella ciudad despues de haber estado á punto de verse arrojado al Tíber por orden del belicoso pontifice, altamente irritado de la fidelidad que mostraba el duque Alfonso, hermano de Hipólito, á la liga de Cambray.

De vuelta de este viaje se retiró Ariosto á Ferrara, su patria, y allí, deseoso de pagar á su protector un debido tributo de elogios, se dedicó casi exclusivamente á la composicion del célebre poema en que se proponia inmortalizar, como lo hizo, el nombre de la casa de Este. Este poema, empezado en tercetos, fué luego puesto en octavas; y, continuado con perseverancia durante diez años, pudo ver la luz pública en abril de 1515.

Cuéntase que, cuando terminado este poema, compuesto entónces de 40 cantos, se presentó Ariosto para ofrecerlo al cardenal Hipólito, este le interrumpió, diciendo: « Messer Ludovico, ¿dove avete preso tante.....? » expresion que no debe interpretarse en el sentido que muchos le dan, sino, como dice Mr. Arlaud, en el de « invenciones estrambóticas, del otro mundo, ideas que á nadie se ocurren, chistosas locuras y entretenidas extravagancias. »

Tanta fué la reputacion que valió este poema á su autor, que Juan de Médicis, que con el nombre de Leon X sucedió á Julio II en la silla de san Pedro, y que, como todos los príncipes de la casa de Médicis, dispensaba su inteligente proteccion á las letras y á las artes, hizo mas de una tentativa para atraerle á sí; pero Ariosto, fiel siempre á la amistad que le dispensaba Hipólito, se negó á escuchar toda proposicion sobre este punto.

No falta, á pesar de esto, quien afirme que el Autor del *Orlando* desmereció mas tarde de esta amistad; y él mismo

parece convenir en ello, formulando mas de una vez quejas amargas y hasta ofensivas contra su protector (1); pero estas quejas, léjos de parecer serias y fundadas, presentan el carácter de las que hace un niño mal criado al padre que le mimó, el día que este trata de recobrar sobre él la superioridad que le iba quitando el exceso mismo de su cariño. Otros alegan, para sostener aquella asercion, que cuando á principios del año 1518 manifestó el cardenal Hipólito á Ariosto su deseo de que le acompañase á Hungría, este se negó á seguirle; pero no lo hizo sin dar excelentes razones, á saber: el precario estado de su salud (2), la edad avanzada

(1) En su sátira primera, dirigida á su pariente Alejandro Ariosto y á Ludovico de Bagno, dice Ariosto:

*Ma se a volger di nuovo avessi al subbio
Li quindici anni che in servirlo ho spesi,
Pasar la Tana ancor non starei in dubbio.
Se avermi dato onde ogni quattro mesi
Ho venticinque scudi, nè si fermi
Che molle volte non mi sian contesi,
Mi debbe incatenar, schiavo tenermi,
Obligarmi ch' io sudi e tremi senza
Rispetto alcun, ch' io moja, o ch' io m' infermi,
Non gli lasciate aver questa credenza;
Ditegli che più tosto di esser servo
Torro la posertade in pazienza.*

*Or, conchiudendo, dico che se l' sacro
Cardinal comperato averme stima
Con li suoi doni, non mi è acerbo ed acro
Renderli e tor la libertà mia prima.*

(2) En la misma sátira dice Ariosto para explicar su denegacion á acompañar á Hipólito en su viaje á Hungría:

*L'età di nostra madre mi pereuole
Di pietà il core, che da tutti a un tratto
Senza infamia lasciata esser non puole.
Io son di dieci il primo, e vecchio fatto
Di quaranta quattro anni, il capo calvo
Da un tempo in qua sotto la cuffia appiatto.
La vita, che mi avanza, me la salvo;
etc., etc, etc.*

de su madre, y la necesidad de cuidar de ella y de sus hermanos. En la primera de sus sátiras estan consignadas estas y las demas razones que le impedian alejarse de Ferrara; y si bien esta sátira contiene, como hemos dicho, algunas expresiones poco respetuosas hácia su protector, fácil es conocer que fueron dictadas por el carácter descontentadizo de un mozuelo mimado, y quizá tambien por el deseo de mostrar al cardenal que, al ofrecerle sus servicios y al consagrarle su pluma, no habia entendido en manera alguna abdicar su libertad. Por otra parte, sabido es que Ariosto cifraba su felicidad en las dulzuras de la vida sedentaria (1), y que sentia por los viajes una aversion decidida, circunstancia notable, como dice Mr. Mazuy, en un escritor que tanto hacia viajar á sus personajes. De cualquier modo que sea, Ariosto, que tenia razones plausibles para no alejarse de Ferrara, destruye en la misma sátira, con expresiones de admiracion y de gratitud (2), la acrimonia de las quejas que le hace exhalar un momento de mal humor, y claro está que este mal humor es pasajero, pues solo en alguna que otra de sus sátiras y de sus cartas se ven expresiones que lo revelan, mientras en el *Orlando*, que fué el trabajo de toda

(1) En la sátira tercera, dirigida á Anibal Malaguzzo, dice Ariosto:

*A me piace abitar la mia contrada,
Visto ho Toscana, Lombardia, Romagna,
Quel monte che divide e quel che serra
Italia, e un mare e l' altro che la bagna.
Questo mi basta; il resto de la terra
Senza mai pagar l' oste andrò cercando
Con Tolomeo, sia il mondo in pace o in guerra.
E tutto il mar, senza far voti quando
Lampeggi il ciel, sicuro in su le carte
Vedrò più che su i legni volteggiando.*

(2) En la primera sátira que arriba se mencionó dice en efecto Ariosto hablando del cardenal Hipólito:

*Io, stando qui, farò con chiara tromba
Il suo nome sonar forse tant' alto
Che tanto mai non si levò colomba*

su vida, no hay una sola palabra que denote su descontento. Esta obra es, por el contrario, hasta la última página, un testimonio perenne de la admiración y del entusiasmo que animaba à Ariosto por el príncipe cardenal protector suyo.

Pero la prueba mas irrecusable de que este poeta no perdió nunca del todo el aprecio y la amistad de Hipólito, es la benévola acogida que durante la ausencia del cardenal le dió en Ferrara su hermano Alfonso de Este. En el canto 3.^o de su *Orlando* (1) pinta el mismo Ariosto la union que reinaba entre estos dos hermanos, y es de todo punto inverosímil que diese Alfonso tales testimonios de aprecio al destructor, naturalmente ingrato, del hermano à quien profesaba en efecto no solo cariño, sino hasta veneración. En la corte de Alfonso fué donde publicó Ariosto la segunda edición de su *Orlando furioso*, que, aunque notablemente corregida, no contenía, lo mismo que la primera, mas que cuarenta cantos (2).

Esta edición, hecha el año siguiente al de la primera, es decir en 1516, reportó à Ariosto tan escasas ventajas pecuniarias, que tuvo él à poco que recurrir à la generosidad de Alfonso, como se puede ver en su sátira IV (3).

Surtió su efecto la amenaza que en ella hacia de abandonar la corte del duque; pues este príncipe, que se gloriaba y se complacia en tener à Ariosto à su servicio, le nombró

(1) Los versos à que aquí se alude, traducidos, dicen así:

La inalterable union, el amor puro
Que existir debe entre uno y otro hermano,
Conservará su reino mas seguro
Que si por doble muro
Lo ciñera el ingenio de Vulcano.

(2) Barufaldi, en su Vida de Ariosto, cita cuales fueron las condiciones con que compró esta nueva edición del *Orlando furioso* el librero Giacomo Gigli de Ferrara. Ariosto debia hacer la impresión à su costa y entregar à Gigli cien ejemplares à razon de seis reales cada uno, imponiéndole la obligación de no venderlo à mas de ocho.

(3) Hé aquí como se explica Ariosto:

. . . O voi, signor, levarmi
Dovete di bisogno, o non v' inresca
Ch' io vada altra pastura a procacciarmi.

comisario suyo en la Garfañana, pequeña provincia situada al pié del Apenino y entregada à todos los horrores de la guerra civil (1).

Tres escasos años bastaron à Ariosto para pacificar esta provincia, y alejado durante este tiempo de sus amigos y de sus parientes, se lamentaba sobre todo de la ausencia de la dama de sus pensamientos, à quien amaba con toda la ternura de un alma generosa y con todo el entusiasmo de una fervida imaginación.

Esta última circunstancia fué sin duda la que quitó à los amores del Ariosto aquella constancia, aquella tenacidad, digámoslo así, que caracterizó los de Petrarca. Si la privación es la causa principal del apetito, no es de extrañar que Ariosto, hartó mas feliz en esta parte que el platónico amante de Laura, siguiese alguna vez el ejemplo de los jóvenes de que habla en las primeras octavas del canto X de su *Orlando*; pero, si bien es cierto que bogó mas de una vez con viento próspero en el borrascoso piélagos del amor, no dejó por eso de experimentar algunos vaivenes; pues, como dice él mismo en la introducción al canto XVI del citado poema, pudo mejor que nadie hablar por propia experiencia de las dulzuras y de los tormentos que origina aquella inconstante pasión. La versatilidad de la suya se manifiesta, aun mas que en estos pasajes, en su *Carmine* à Lidia, Lulia, Verónica y no sé cuantas mas damas que sucesivamente cautivaron el corazón de nuestro Cristiano poeta, como dice Cervantes, no sé porqué.

(1) Cuéntase de varios modos una singular aventura ocurrida durante esta guerra y que caracteriza à Ariosto, si no como militar, à lo ménos como poeta. Hé aquí como la refiere Mr. de Artaud:

Yendo en una de sus expediciones à la cabeza de un destacamento de caballeria, dió Ariosto con un célebre cabecilla llamado Pacchione, el cual, seguido de pocos y no riendo medio alguno de salvarse, recurrió à un ardid que debia surtir mejor efecto que una desesperada é inútil resistencia. Preguntando por el gobernador, se adelanta Pacchione hácia él; y con el gorro en la mano empieza à recitarle con la mayor sangre fria dos ó tres de las mas graciosas octavas del *Orlando*. Ariosto desarmado y satisfecho, perdona y pone en libertad à Pacchione, que evita con este ardid la muerte que merecía.

De todas estas damas es la mas digna de mencion la que le dió dos hijos, llamados Juan Bautista y Virginio. El primero de ellos (1) siguió la carrera de las armas, y el segundo, entrando con grandes protecciones en la de la Iglesia, y estimulado por el ejemplo y los preceptos de su padre, cultivó al lado de este y con gran fruto las bellas letras y aun la poesia.

El cariño que profesaba Ariosto á este hijo, de quien nunca se separó y á quien educó con el mayor esmero, le indujo en fin á legitimarle (2).

Esto no obstante, su amor por la libertad impidió á Ariosto someterse durante sus verdes años al yugo del matrimonio, al cual se plegó sin embargo mas tarde, casando en secreto con Alejandra Bennuci, viuda de Tito, hijo de Leoneido Strozzi, noble ferrarés.

Así se explica la obstinacion con que en diferentes ocasiones se negó á acceder á las instancias del duque de Ferrara y del sumo pontífice Leon X, que le exhortaban á entrar en las órdenes á fin de poder colmarle de beneficios y elevarle á los mas altos honores de aquel, en aquella época, tan honroso y lucrativo estado (3). La misma causa, unida á

(1) Ninguna otra particularidad se conoce de la vida de este primer hijo de Ariosto. Fornari y Garofalo afirman que fué educado por los parientes de su madre.

(2) Así resulta de un instrumento auténtico de legitimacion hecho por el cardenal Lorenzo Lampeggi, en el cual se dice: «Virginio Ariosto, de edad de veinte y un años, hijo de Ludovico, soltero, y de Ursula.... tambien soltera; cuyo apellido y demas circunstancias se callan, honestatis causa.

(3) Ariosto se negó constantemente á abrazar el estado eclesiástico, pero sin decir nunca el impedimento dirimente que para hacerlo tenia; y ocultándolo y engañando, digámoslo así, al público y quizá á si mismo, decia:

*Se a perder s' ha la libertà, non stimo
Il più bello cappel che in Roma sia.*

Esta declaracion refuta la asercion de algunos autores que pretenden que Ariosto tuvo siempre secreto su matrimonio por no perder beneficios eclesiásticos de que disfrutaba. Léjos de ser así, Ariosto rehusó, como hemos dicho y como lo prueban esos versos, las ofertas de Leon X y de Clemente VII y el único favor que del primero de estos pontífices aceptó, fue la exencion del pago de la mitad de una buta que de él obtuso.

la aversion que hemos dicho que tenia á los viajes, fué sin duda la que le determinó poco despues á rehusar el cargo que le ofreció el duque de Ferrara de embajador suyo cerca del papa Clemente VII.

Semejante en esto á todos los hombres que reunen á un corazon sensible un ingenio culto y una imaginacion apasionada, sintió Ariosto, durante la mayor parte de su vida, inextinguible sed de amor. Sabemos que fué inconstante; pero tambien sabemos, ó al ménos nos es permitido inferirlo, que mas de una vez le dió graves motivos de queja el bello sexo, cuyas virtudes se complacia en preconizar. Su instinto natural le impelia á hacerlo, como lo prueban un sin número de pasajes de su *Orlando furioso*; pero, ya fuese impelido por un resentimiento pasajero, ya por una conviccion mas ó ménos profunda de la inconstancia ó de la perfidia de algunas mujeres; le vemos prorumpir de cuando en cuando en invectivas, ó presentar en cuadros, por lo general graciosos, escenas en que, casi á su pesar, se escapa la hiel de su apasionado corazon. Esto no obstante, fácil es ver que Ariosto se inclina siempre á hacer el elogio del bello sexo. Díganlo Bradamante, Marfisa, Isabel, Olimpia, Ginebra y tantas otras hembras que creó su elegante pluma y de quienes hizo tipos de todas las virtudes, realizadas por el amor.

Aunque no muy avanzado en años todavía, sintió Ariosto en los últimos de su vida apagarse algun tanto el fuego que hasta entónces le habia consumido, y, cual Horacio en su casita de Tibur, retirado en una que hizo construir en Ferrara (1), se dió á una ocupacion cuyos atractivos no sospe-

(1) Ariosto empezó á fabricar esta casita en el sitio donde se hallaba la de Hércules Pistoya, á quien se la compró el día 30 de junio de 1526. El 2 de enero de 1528 compró del mismo Pistoya otros terrenos contiguos, de los cuales hizo un huerto, donde pasaba, cultivando flores, todo el tiempo que no daba á sus ocupaciones literarias. La afición que tomó al estudio ó mas bien á sus experiencias de botánica, le sugirieron la idea de fijar allí su residencia, y entónces fué finalmente cuando se decidió á hacer concluir dicha casa, que existe todavía y sobre la cual se lee el siguiente distico:

*Parva, sed apta mihi, sed nulli obnoxia, sed non
Sordida, parva meo sed tamen ære, domus.*
que, habiendo estado borrado durante mucho tiempo, fué restaurado

chó hasta aquel día. Entregado á la botánica con el mismo ardor con que habia vivido hasta entónces entregado á las musas, pasaba las horas y los dias enteros en su huerto, plantando, arrancando y volviendo á plantar flores, como los habia pasado toda su vida haciendo, borrando y volviendo diez veces á hacer sus versos, que componia con suma dificultad y de que rara vez se mostraba satisfecho (1).

En este tiempo, es decir en los postreros años de su vida, dió Ariosto la última mano á su *Orlando furioso*, que, enriquecido con varios nuevos episodios, salió á luz en 46 cantos en octubre de 1552 (2). Esta publicacion valió á su autor los mayores elogios de parte del emperador Carlos V, de los duques de Milan y de Ferrara, de la república de Venecia, del papa Clemente VII, del marques de Guast, de toda la noble é ilustrada corte de Urbino, de los cardenales Gonzaga, Farnesio, Salviati, Bibiena y Campeggi, de Bembo, del Ticiano, de todos los hombres en fin de ingenio y valimiento de aquella época, de la mayor parte de los cuales habia ya recibido antes de aquel dia testimonios irrecusables de benevolencia y amistad.

Pocos meses despues de haber recibido en Mantua de manos del emperador Carlos V la corona de laurel que ornó las

blecido en 1811 encima de la puerta principal de dicha casa, así como la inscripcion compuesta por Virginio que dice así:

*Sic domus hæc Ariosta
Propitios habeat Deos, olim ut Pindarica.*

(1) Así lo dice el mismo Virginio en sus memorias; y así lo atestiguan los emborronados manuscritos de varios cantos del *Orlando*, que se pueden ver en la biblioteca de Ferrara. Esta circunstancia impidió siempre á Ariosto conservar sus versos en la memoria, y le hizo perder mas de una vez trozos enteros, compuestos ya.

(2) La incorreccion tipográfica de esta tercera edicion disgustó y aun afligió sobre manera á Ariosto. Esta fué sin embargo, bien que con algunas enmiendas del autor, la que sirvió de base á todas las ediciones que despues se hicieron, en tal número, que en el espacio de un siglo salieron sucesiva ó simultáneamente hasta setenta. Desde entónces hasta nuestros dias no ha cesado de fatigar las prensas esta obra, que de todas las conocidas es indudablemente, con la de nuestro inmortal Cervantes, la que mas veces ha obtenido los honores de la impresion.

sienes de Petrarca, sucumbió Ariosto en Ferrara el dia 6 de junio de 1553, de edad de 38 años, á una irritacion de estómago (1) producida por el exceso del trabajo á que en los años anteriores le condenara el deseo de terminar su poema, del cual puede con verdad decirse que, conduciéndolo al sepulcro, le condujo á la inmortalidad.

A su memoria elevaron sus conciudadanos un monumento en la iglesia de los monjes benedictinos, donde fué enterrado sin la menor ostentacion; y las Musas de todas las naciones cultas coronaron de flores aquel modesto y retirado mausoleo. Su hermano Gabriel formó el proyecto de erigirle uno mas proporcionado á su mérito y al cariño que le profesó; pero sus fuerzas no correspondieron á sus deseos. Virginio tambien trató de trasladar los restos de su ilustre padre á una capilla que con este objeto construyó á la entrada de su propia casa hácia la parte del jardin; pero los monjes se negaron á desprenderse de su sagrado y precioso depósito (2). Cerca de medio siglo hacia que descansaban en aquella humilde sepultura las cenizas del hombre á quien, des-

(1) Ludovico Bonaccioti, Juan Menardo y Antonio Maria Canani fueron los tres famosos médicos que le asistieron en su enfermedad, que todos juzgaron incurable desde el principio; pero Pigna afirma que dicha enfermedad fué una obstruccion del cuello de la vejiga, á la cual quisieron poner remedio los médicos con aguas aperitivas. De este modo le estragaron el estómago, y aplicando nuevos remedios á esta nueva dolencia, acabaron por convertirla en una tisis, contra la cual fueron impotentes todos los recursos de la medicina.

(2) Los monjes se negaron á esta traslacion fundándose en que Ariosto habia manifestado deseo de ser enterrado allí, como consta por las Crónicas de Ferrara existentes en los archivos de aquella ciudad. De las mismas se infiere ser erróneo el aserto de Guazo y Giovo, que pretenden que Ariosto dejó mandado por su testamento que se inscribiese en su sepulcro un epitafio latino que compuso muchos años antes, y que por todos estilos habria sido indigno de figurar en él.

El único testamento otorgado por Ariosto en su vida fué el que al partir para su expedicion de la Garfagnana otorgó en Ferrara, ante el escribano Andres Furri, á 22 de febrero de 1552, testamento que no contiene ni una palabra que haga directa ni indirectamente alusion á lo que afirman los dos autores arriba citados.

pues de su muerte, venian á visitar los que no le habian conocido en vida, cuando Agustin Mozli, caballero ferrarés que en su juventud habia recibido de Ariosto algunas lecciones de arte poética, se decidió á erigir á su costa un monumento mas digno de tan eminente escritor, y así lo hizo en efecto el año de 1375, en la nueva iglesia de los susodichos monjes y en la capilla situada á la derecha de su altar mayor (1).

Mas tarde, en 1612, otro Ludovico Ariosto, descendiente del ilustre autor del *Orlando*, le hizo en fin levantar un mausoleo que, por la calidad de sus mármoles y por la elegancia de su arquitectura, dejaba atras al anterior. A este nuevo monumento, situado en la otra capilla á la izquierda del altar mayor, fueron trasladados, con gran pompa esta vez, los restos de Ariosto, que desde entónces se conservan allí.

El retrato que de este poeta nos ha dejado el Ticiano, nos lo pinta como un hombre de alta estatura y de bella conformacion, pero un tanto cargado de espaldas por efecto del continuo trabajo que se impuso toda su vida. Su fisonomia era expresiva y agraciada, y sus ojos, llenos de fuego, revelaban el que brillaba en su ingenio y consumia su corazon.

Sin carecer Ariosto de algunos defectos, peculiares casi todos á la época en que vivió, reunia las mas bellas y mas apreciables cualidades; la afabilidad, la rectitud, la modestia y la lealtad (2). Estas prendas, unidas á su delicado ingenio, á su profunda erudicion y á sus distinguidos modales, no solo le valieron el acceso cerca de diferentes príncipes y de casi todos los grandes personajes existentes á la sazón en Italia, sino que indujeron á los mas de ellos (3) á solicitar la

(1) Encima de este sepulcro adornado de figuras y de relieves se veía, dice Gazofalo, la estatua de Ariosto de cuerpo entero, sumamente parecida al modelo y de tamaño algo mas que el natural.

(2) Véase la composicion latina en que, hablando de la muerte de Ludovico, escribia Gabriel Ariosto:

*Ornabat pietas et grata modestia vatem,
Sancta fides, dictique memor, munitaque recto
Justitia et nullo patientia victa labore.*

(3) En la misma inscripcion se lee entre otras cosas:
*Optavere suis laribus te asciscere Reges
Regalisque suæ fecunda ad pocula mensæ.*

compañía y la amistad del hombre en quien á manos llenas derramió sus dones la naturaleza.

Las obras que dejó este célebre escritor, ademas de su *Orlando furioso* en cuarenta y seis cantos y de los cinco póstumos (1) que solo se hallan en algunas ediciones, son varias composiciones latinas llamadas *Carmina*, siete sátiras, un número considerable de elegías, estancias, sonetos, madrigales y mas de veinte *Capitoli*, modelos de fácil, elegante y graciosa versificacion.

Con el objeto de amaestrarse en el arte de la comedia, tradujo del latin y adecuó á la escena varias piezas de Plauto y de Terencio (2). Asimismo escribió en italiano varias comedias originales, en que se esmeró en observar todas las reglas fijadas y seguidas por los griegos en sus composiciones dramáticas. De las comedias originales de Ariosto son las mas conocidas la *Cassaria* é *I suppositi*, que puso en verso despues de haberlas escrito y hecho representar en prosa, la *Lena*, el *Nigromante* y la *Scolástica*, que dejó sin concluir y que fué terminada poco despues por su hermano Gabriel.

(1) Dice Givaldi, contemporáneo de Ariosto, que mas de una vez oyó decir á este poeta que su objeto, al componer estos cinco cantos, era intercalarlos en la primera edicion que volviese á hacer de su poema, como en efecto sabemos que intercaló seis nuevos en su anterior edicion.

Barusfaldi opina de otro modo, y supone que estos cinco cantos ni tratan la materia del furioso, ni son mas que retuzos de otro poema distinto que Ariosto traía entre manos y que tenia por título Reinaldo Ardito. La frecuencia con que en ellos se halla repetido el nombre de este paladin fué sin duda el motivo que tuvo Barusfaldi para emitir esta opinion evidentemente errónea.

(2) Gazofalo cita los *Menecmos* de Plauto, que por insinuacion del duque tradujo Ariosto en italiano. De esta traduccion hizo otra en su idioma un caballero francés deseoso de hacer representar esta comedia en presencia de la princesa Renata de Francia, nuera del duque y poco familiarizada con el idioma italiano.

Añade Cintio Givaldi en una carta dirigida á Hércules II, duque de Ferrara, que por orden del duque Alfonso tradujo el Ariosto en prosa italiana, la *Audria* y el *Eunuco* de Terencio, con el objeto de hacerlas representar en el lindo teatro dispuesto para la representacion de la *Cassaria*.

UNIVERSIDAD ALFONSO X
"ALFONSO X"

Con indecible placer asistia el duque Alfonso á estas representaciones, para las cuales hizo construir en su propio palacio, bajo la direccion y en vista de los planos del mismo Ariosto, un teatro elegante que daba á la plaza del Arzobispado en frente de este monumento.

En aquel local presidia Ariosto á los ensayos de sus comedias, que fueron sucesivamente representadas y que merecieron públicos testimonios de aplauso y de satisfaccion; mas el incendio de este teatro (1), sobrevenido en la noche del 30 de diciembre de 1552 y atribuido á una mezquina y mal intencionada rivalidad, hizo tal impresion en el ánimo ya enfermo de Ariosto, que, segun dice Barufaldi, no volvió á alzar cabeza desde aquel dia.

Este acontecimiento pudo y debió sin duda contribuir á agravar las dolencias y los achaques de Ariosto; pero la verdadera causa de su muerte fué, como arriba va dicho, el exceso del trabajo á que durante treinta años consecutivos le condenó su deseo de llevar á cabo una obra colosal é inimitable, de que, no sin gran desconfianza, ofrezco al público esta, ya que no elegante, al ménos fiel traduccion.

(1) El 30 de diciembre de 1552, á las nueve de la noche, se pegó fuego á una tienda situada al pié del palacio ducal, y extendiéndose de aquella tienda á otras contiguas hasta la puerta del palacio, incendió el teatro y algunas habitaciones, que destruyó completamente. Este incendio, que duró tres dias y tres noches, se atribuyó, sin que haya sin embargo nada que lo justifique, á la mala voluntad que á Ariosto tenían algunos conciudadanos suyos, envidiosos de su talento y de su celebridad.

PRÓLOGO.

LA lectura de los primeros cantos de una traduccion castellana del célebre poema de Ariosto, hecha por su contemporáneo el capitán D. Jerónimo de Urrea, me excitó, hace algunos años, á ir á buscar en el original aclaraciones indispensables para la inteligencia de un gran número de pasajes, vertidos por el traductor en octavas de que no es mi ánimo discutir el mérito, pero que dudo que entiendan suficientemente, para hallar gusto en ellas y para juzgar al autor, la mayor parte de las personas que las lean.

A fuerza de ir á beber á la fuente, acabé por confirmarme en que la traduccion de que hablo, ménos inteligible para mí que el mismo texto, estaba á cien leguas del original, y, decidido á llevar á cabo su lectura, emprendí seriamente el estudio de la lengua toscana, y á poco el de la obra incomparable, cuyas bellezas no tardaron en cautivar, en arrastrar inven-

Con indecible placer asistia el duque Alfonso á estas representaciones, para las cuales hizo construir en su propio palacio, bajo la direccion y en vista de los planos del mismo Ariosto, un teatro elegante que daba á la plaza del Arzobispado en frente de este monumento.

En aquel local presidia Ariosto á los ensayos de sus comedias, que fueron sucesivamente representadas y que merecieron públicos testimonios de aplauso y de satisfaccion; mas el incendio de este teatro (1), sobrevenido en la noche del 30 de diciembre de 1552 y atribuido á una mezquina y mal intencionada rivalidad, hizo tal impresion en el ánimo ya enfermo de Ariosto, que, segun dice Barufaldi, no volvió á alzar cabeza desde aquel dia.

Este acontecimiento pudo y debió sin duda contribuir á agravar las dolencias y los achaques de Ariosto; pero la verdadera causa de su muerte fué, como arriba va dicho, el exceso del trabajo á que durante treinta años consecutivos le condenó su deseo de llevar á cabo una obra colosal é inimitable, de que, no sin gran desconfianza, ofrezco al público esta, ya que no elegante, al ménos fiel traduccion.

(1) El 30 de diciembre de 1552, á las nueve de la noche, se pegó fuego á una tienda situada al pié del palacio ducal, y extendiéndose de aquella tienda á otras contiguas hasta la puerta del palacio, incendió el teatro y algunas habitaciones, que destruyó completamente. Este incendio, que duró tres dias y tres noches, se atribuyó, sin que haya sin embargo nada que lo justifique, á la mala voluntad que á Ariosto tenían algunos conciudadanos suyos, envidiosos de su talento y de su celebridad.

PRÓLOGO.

LA lectura de los primeros cantos de una traduccion castellana del célebre poema de Ariosto, hecha por su contemporáneo el capitán D. Jerónimo de Urrea, me excitó, hace algunos años, á ir á buscar en el original aclaraciones indispensables para la inteligencia de un gran número de pasajes, vertidos por el traductor en octavas de que no es mi ánimo discutir el mérito, pero que dudo que entiendan suficientemente, para hallar gusto en ellas y para juzgar al autor, la mayor parte de las personas que las lean.

A fuerza de ir á beber á la fuente, acabé por confirmarme en que la traduccion de que hablo, ménos inteligible para mí que el mismo texto, estaba á cien leguas del original, y, decidido á llevar á cabo su lectura, emprendí seriamente el estudio de la lengua toscana, y á poco el de la obra incomparable, cuyas bellezas no tardaron en cautivar, en arrastrar inven-

ciblemente mi imaginacion de diez y nueve años. Con asombro y dolor ví, pues, que no existia en nuestra lengua otra traduccion de esta obra que la de Urrea; y mas de una vez creí que el anatema puesto por el autor del ingenioso hidalgo en boca del cura de su lugar, habia sin duda retraido hasta entónces de esta empresa á los escritores españoles. Esto creí mas de una vez; pero, bien mirada la cosa, vine luego en cuenta de que otros, mas poderosos que ese, debieron ser los motivos que hasta hoy han privado á nuestra lengua de un poema de que en casi todas las de Europa abundan las traducciones. De estos motivos son seguramente los principales la extension de la obra original y las dificultades que presenta, ya sea la inteligencia de su texto, ya su version en castellano. Estos inconvenientes aparecen mucho mayores todavía al que piensa, como lo pretenden muchos, y como lo creyó Urrea, que la traduccion de un poema de este género debe necesariamente hacerse en octavas, para conservar el carácter del original.

Por lo que á mí toca, ni apoyo ni combato esta opinion, bien que la mia sea que se necesita toda la gallardía, toda la originalidad del ingenio y toda la lozanía de estilo de Ariosto para hacer soportable la lectura seguida de cinco mil octavas. A pesar de ser esta mi opinion, quizá, por conformarme á la de otros,

me habria yo decidido á adoptar para todo el poema el metro empleado en el original y que yo mismo he empleado en varios trozos de la traduccion, á no haberme parecido esta empresa muy superior á mis fuerzas y sobre todo á mi perseverancia.

Yo creo por otra parte (y espero que esto me sirva cuando ménos de excusa) que la obra de que ofrezco hoy al público una traduccion fiel, por no decir literal, exige por su misma naturaleza un metro mas fácil y ménos uniforme que la octava, que se adecua al género puramente heroico mucho mejor que al indefinible del sublime poema de Ariosto.

Muchas personas, y entre ellas algunas que han honrado ya á nuestra literatura con publicaciones importantes, me han aconsejado hacer uso de diferentes metros, adoptándolos al tono tan frecuentemente variado por el Autor; pero no he creído deber seguir este sistema, que, á mas de ofrecer muchas dificultades, presentaria quizá hasta el inconveniente de llegar á ser fastidioso por efecto de la misma frecuencia con que acostumbra Ariosto á variar de tono y de asunto, circunstancia que constituye uno de los mayores atractivos de esta inimitable epopeya. El metro adoptado en esta traduccion reúne en mi concepto todas las ventajas que en favor de la diversidad de metros pudieran alegarse. ¿Qué es en efecto la silva mas que una

serie de estrofas de diferente número de versos de once ó de siete sílabas, mezclados entre sí como por casualidad, consonantados como por capricho, y no sujetos, en fin, á las trabas que tan á menudo obligan á violentar la exactitud del pensamiento ó la claridad de la enunciaci^on?

La silva es, pues, indudablemente el metro que mas conviene á esta clase de composiciones; pues la bien entendida combinacion de versos endecasílabos y septisílabos permite dar al estilo toda la flexibilidad necesaria para descender, sin transicion desagradable, desde las mas altas regiones de lo sublime hasta las mas insustanciales vulgaridades de la vida comun, desde la pompa de la poesia lírica hasta la llaneza de la prosa.

La regla principal de la silva es, digámoslo así, la irregularidad en cuanto á la colocacion de la rima, la contextura de los versos y la combinacion de las estancias. Esta irregularidad destruye la monotonía, y se hermana perfecta y agradablemente con la forma heterogénea y las insólitas dimensiones del *Orlando*.

He dicho y repito aquí que, á pesar del sistema adoptado, conservo en algunos pasajes la octava del original. Tales son el sueño de Orlando en el Canto IX; la narracion de los amores de Ricardeto y Flordespina en el XXVI; la historia de la roca de Tristan en el XXXII, y otros de ménos importancia. En el canto XXIII

he intercalado algunas quintillas, en que exhala Orlando su sentimiento y su furor; en el canto XXVIII, en fin, he traducido en décimas la aventura de Jocundo, que no es otra cosa que una fábula ó un cuento, que puede y debe mirarse como independiente del poema.

No me extenderé, pues, mas en este asunto, sobre todo despues de haber confesado que acaso habria acometido las cinco mil octavas á no estorbármelo el miedo de quedarme en el camino, ó de tener que hacer un esfuerzo sobrenatural para llegar al término de la jornada.

Otro mas audaz que yo emprenderá quizá este trabajo; entretanto yo me limito á ofrecer al público esta traduccion, que espero no le desagrade por estar en silva. ¡ Pluguiese á Dios que fuera este el único de sus defectos!

De su elegancia y de su exactitud el público juzgará. Tal cual es, yo se la ofrezco gustoso, y digo como Ariosto al cardenal Hipólito en la tercera octava del primer canto:

El don, por ser pequeño, no os ofenda:
Cuanto puedo dar doy; tal es mi ofrenda.



CANTO I.

Dedicatoria. — Batalla del Pirineo. — Fuga de Angélica; su encuentro con Ferragut y con Reinaldo de Montalban. — Combate de estos guerreros. — Quejas de Sacripante. — Queda este rey vencido por una doncella. — Sobreviene Reinaldo. — Descripción de las dos fuentes dichas del Odio y del Amor.

Armas, amores, damas, caballeros,
Galanterías y proezas canto,
Del siglo triste en que africanos fieros
Sembraron en las Galias el espanto.
Agramante su rey los conducía,
Que, lleno de coraje y bizzarria,
En Carlomagno, emperador romano,
Juró vengar la muerte de Troyano.
También mas de una cosa
De que nunca habló nadie en verso ó prosa,
Diré de Orlando, á quien privó de seso
De su pasión frenética el exceso.
Dirélo, si, con tal que no me estorbe
De cumplir mi propósito la hermosa
Que mi alma ofusca y mi razón absorbe.
De Hércules digno hijo,
De nuestro siglo ornato,
Oh Hipólito, aceptad, aceptad grato,
El humilde homenaje que os dirijo.
Solo con versos á pagar me atrevo,
Príncipe, lo que os debo;
El don, por ser perqueño, no os ofenda,
Cuanto puedo dar doy; tal es mi ofrenda.
Veréis entre los inclitos varones,
Que á citar con elogio me preparo,
A Roger, tronco ilustre, origen claro
De vuestra noble estirpe. Sus blasones
Y sus timbres oiréis si, entre afán tanto,
Puede hasta vos llegar mi humilde canto.

De su Angélica Orlando enamorado,
 La India y la Media recorrido habia,
 Y allí y en la Tartaria levantado,
 En su honra y prez, trofeos de valia.
 Con ella luego vino hacia el Oeste,
 Y del Pirene vió la cumbre cana
 En ocasion en que, con grande hueste
 Francesa y alemana,
 Acampado á su pié Carlos estaba.

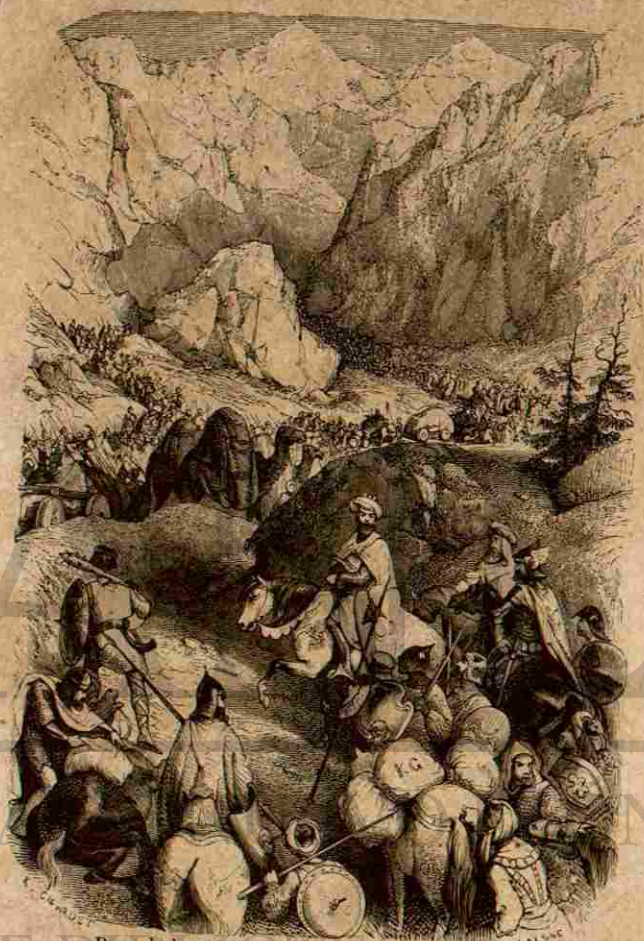
Castigar intentaba
 A Agramante y Marsilio,
 Que, de españoles y árabes formando
 Terribles levas, con feroz jaetancia
 Anunciaban la ruina de la Francia.

De su espada el auxilio
 Ufano Orlando por prestar venia.
 ¡Infeliz! no pensaba que, en llegando,
 Su llegada fatal lamentaria.
 ¡Oh juicio de los hombres, cómo fallas!
 En su propio pais, por triste acaso,
 El héroe pierde á la que, en mil batallas,
 Del Oriente llevó salva al Ocaso.

Suscitase muy luego una querella
 Entre Orlando y Reinaldo su pariente,
 Cuyos pechos inflama en fuego ardiente
 Igual amor por la gentil doncella.

De tal rivalidad previendo males,
 La aleja el cauto rey de sus reales,
 Encomiéndala al duque de Baviera,
 Y que ha de darla en premio reconoce
 Al que, en la lid primera,
 Mayor copia destroce
 De defensores de la media luna.

Mas contraria mostróse la fortuna;
 Que derrotados los de Cristo fueron
 En la fatal contienda,
 Y en poder del alárabe cayeron
 Con el duque, sus gentes y su tienda.



Paso de los Pirineos por los Moros. (T. I, p. 2.)

UNIVERSIDAD DE VALLADOLID
 BIBLIOTECA DE HISTORIA

"ALFONSO X EL SABIO"

V. 1077

Poco ántes, del desastre recelosa,
De allí salió, sobre un corcel pujante,
Del vencedor la prometida esposa.
Por un bosque adelante

Entróse acaso, y, en angosta via,
Un guerrero encontró que á pié venia.

Armado de coraza, yelmo, espada
Y de robusto escudo,
Se le via correr por la quebrada,
Cual, tras sayo galan, corre un desnudo.

No huye mas presto de voraz serpiente
Zagaleja inocente
Que la brida, á la vista del guerrero,
Tuerece la dama á su corcel lijero.

Hijo de Amon, en Montalban nacido,
Era este jóven, paladin gallardo,
Que, por acaso singular, perdido,
Ha poco, habia su corcel Bayardo.
Apénas vió á la dama, aunque de léjos,
Deslumbrado quedó con sus reflejos
Y prendido en la red de su hermosura.

Ella por la espesura,
Sin senda fija, huye temblando. Sueltas
Las riendas por su crin, libre albedrío
Dejan al palatren, que, tras mil vueltas,
Con la fatiga domeñado el brio,

Va á pararse á las márgenes de un rio.

Empolvado, sediento y pesaroso
Del campo de batalla allí llegara
El moro Ferragut, buscando ansioso
Refrigerio y descanso en la onda clara.
El yelmo, en que su sed á calmar iba,
Le arrancó la corriente de la mano,
Y por cogerlo se esforzaba en vano.

De la hermosa doncella fugitiva
Oyendo en tanto el lastimero acento,
Viene á tierra, la mira y, al momento,
Bien que la ve de espanto muda y fria,

ORLANDO FURIOSO.

De Angélica la bella
Recordando la antigua nombradía,
Reconoce que Angélica es aquella.
Y, fogoso y cortes cual caballero,
El apoyo le ofrece
De su brazo y su acero;
Y, en busca de Reinaldo, que aparece
Por entre la maleza,
Presto y audaz sus pasos endereza.

Ni era este el primer día
Que uno contra otro su valor media.
Ambos á pié, con sus pujantes brazos
Vibran el hierro; y cotas, y broqueles,
Rotos ó hendidos, vuelan en pedazos.

Mientras golpes crueles
Se dan los dos guerreros por la dama,
Con el férreo acicate
Ella el ardor de su caballo inflama
Y huye los combatientes y el combate.

Largo rato ya hacia
Que, con pujanza igual, con igual suerte,
Uno y otro guerrero combatía,
Cuando la fuga de la dama advierte
El paladín de Montalban, que, lleno
De amor y de ira, dice al Sarraceno:

« Si tú de la hermosura
« Que yo adoro también estás prendado,
« Nada habremos logrado
« Con proseguir nuestra contienda dura.
« ¿Qué ganarás si tu furor me mata?
« ¿Serás por eso dueño de la ingrata
« Cuya fuga uno y otro deploramos?
« No; mejor es que el bosque recorramos;
« Que sigamos su huella,
« Y, antes que mas se aleje, detenella.
« Detenida, el acero en noble empeño
« Decidirá quien ha de ser su dueño.
« De otro modo, á los dos, si no me engaño,



Angélica huye el combate. (T. I, p. 4.)

« Tras de la lucha nos aguarda daño. »

Acepta el moro y cesa la contienda.

Su odio al instante olvida;

A Reinaldo, que estaba á pié, convida

A montar en su grupa, y por la senda

Éntrase que tomó su cara prenda.

¡ Gran nobleza de antiguos caballeros !

En fe contrarios, en amor rivales,

De esgrimir acababan sus aceros

Y aun de la lid llevaban las señales;

Y por malezas, por vereda estrecha,

Iban luego sin miedo ni sospecha.

Por sus cuatro acicates á porfia

El fogoso bridon estimulado,

A los héroes bien pronto hubo llevado

A do la senda en dos se dividía.

No osando decidirse por ninguna,

Pues mostraban las dos recientes huellas,

Se entrega cada cual á su fortuna

Y se pone á correr por una dellas.

Mil vueltas dando por el bosque umbrío,

Vuelve el moro á encontrarse junto al río.

De topar con la dama la esperanza

Viendo al fin que es forzoso que abandone,

A recrobar el yelmo se dispone.

Por las ondas avanza,

Llega á tocarlo; pero ve con pena

Que arrancarlo no puede de la arena.

Y de un roble vetusto

Tronchando luego un vástago robusto

Con él, ora con fuerza, ora con arte,

La arena mueve de una y otra parte.

Del fondo en esto sale un caballero

Armado todo de fulgente acero

En su derecha mano

El yelmo ostenta, que buscara en vano

El feroz musulman; y, en voz severa,

Es fama que le habló de esta manera:

« Hombre sin fe y sin honra, ¿porqué insisto
 « Tu temerario empeño
 « En recobrar la prenda de que dueño
 « Volverme á hacer ha tiempo prometiste?
 « Argalia soy, á quien, al dar la muerte,
 « Sus armas ofreciste echar al rio.
 « No te turbes, infiel, porque la suerte
 « Hoy me hace recobrar lo que fué mio.
 « Turbarte solo debes
 « De que á tus pactos á faltar te atreves.
 « Si aspiras á tener un yelmo fino,
 « Ganarlo puedes con honor. Disponte
 « A quitar á Reinaldo el de Mambrino;
 « A Orlando arranca el que ganó de Almonte;
 « Cualquiera de estos tu valor conquiste,
 « Y deja el que dejarme me ofreciste. »
 A la súbita vista de la sombra
 Que alza del agua la cerviz sañuda,
 El musulman se asombra;
 Se le eriza el cabello; el color muda;
 En sus fauces se anuda
 La voz que va á salir; y, cuando advierte
 Que es Argalia, y su acento reconoce,
 La ira del pecho por los ojos vierte.
 Quiere hablar y excusarse, aunque conoce
 Que á tan justo reproche no hay excusa;
 Mas la vergüenza su coraje anima,
 Y jura por Lanfusa
 Que de sus sienés otro yelmo encima
 Jamas pondrá que aquel que, en Aspromonte,
 Arrancó Orlando al valeroso Almonte.
 Y de este juramento
 Fué con efecto mas que del pasado
 Puntual y religioso el cumplimiento.
 Asi, inquieto, angustiado,
 Muchos dias la pista
 Del guerrero de Amon busca y rebusea.
 De este jóven gallardo,

Que lo busca tambien, ante la vista
 Pasa en esto Bayardo
 Cruzando el bosque con carrera brusca.
 « Para, » grita el guerrero,
 « Para, oh mi fiel y antiguo compañero. »
 Mas, sordo el animal, su curso sigue
 Y alcanzarlo Reinaldo no consigue.
 Llena la dama de mortal congoja,
 Por desiertos y selvas corre en tanto;
 Al ruido de una hoja
 Por el viento mecida
 Vuelve, llena de espanto,
 Hácia otro lado á su corcel la brida.
 Do quier que mira, en fin, del que aborrece
 Ver la terrible imágen le parece.
 Cual corza, que á su madre espirar viera
 Entre las garras de feroz pantera,
 De selva en selva corre,
 Y, sin que nada aquel recuerdo borre,
 Al menor ruido que á su lado siente,
 Piensa escuchar el rechinante diente;
 Tal, la doncella hermosa,
 Toda la noche y todo el sol siguiendo
 Huyendo va la imágen que la acosa.
 Así vagando, llega
 A frondoso verjel, por cuyo suelo
 Su corriente despliega
 Y entre guijas deslízase y murmura
 Un límpido arroyuelo
 Que eterna allí mantiene la verdura.
 Creyéndose segura,
 Y léjos de Reinaldo ya cien millas,
 La fatigada Angélica reposo
 Va á buscar en sus plácidas orillas.
 Suelto, el corcel la yerba rumia ansioso,
 Y la sed que le aflige
 Hácia el arroyo en breve le dirige.
 De aquel sitio no lejos

Entre jazmin y rosas hay un poyo,
 Al cual sirven de espejos
 Los limpidos cristales del arroyo.
 Sobre su fresca y matizada alfombra,
 Hojosos ramos, esparciendo sombra,
 Aquel recinto ocultan
 Y en soledad perpetua lo sepultan.
 Un fresco lecho de mullida grama
 Dentro se ve que á decansar convida.
 En él la bella dama,
 Reclinándose, quédase dormida;
 Mas un rumor en breve la desveia;
 Alzase con cautela,
 Y ve sobre la orilla
 Un caballero en quien la cota brilla.
 Si es enemigo ó si es amigo ignora;
 Esperanza y temor á un tiempo tiene:
 Así, tranquila mora
 Y en su garganta el hálito contiene.
 A la ribera, que aumentar pretende
 Sin duda con las lágrimas que llora,
 El afligido paladin descende.
 Inmóvil mas de una hora
 Se queda en ademan contemplativo,
 Y alzando en fin el rostro pensativo,
 En voz que hasta las peñas ablandara,
 Y piedad inspirara
 De Hircania ó Libia á la mas cruda fiera,
 Empieza á razonar de esta manera:
 « ¿A qué tanto afligirte, ¡ó alma mia!
 « De que otro mas feliz el fruto coge
 « Por el cual suspirabas noche y dia?
 « No tanto este recuerdo te acongoje;
 « Pues no vale esa infame
 « El llanto que en su obsequio se derrame.
 « La virgen á la rosa se parece
 « Que, al lado de la espina protectora,
 « En seguro verjel tranquila crece:

« Radiante con las perlas que derrama
 « En su cáliz la aurora,
 « Los aires embalsama,
 « Y en las alas del céfiro se mece:
 « El ganado, el pastor, el agua, el trueno
 « Respetan su beldad, y con sus galas
 « Ceñir su sien ó decorar su seno
 « Ambicionan zagales y zagalas.
 « Mas del vástago verde,
 « Que la vido nacer, no bien cortada,
 « Su pompa toda pierde
 « Y al suelo viene mustia y deshojada.
 « Así la dama que la flor que debe
 « Tener en mas aprecio que la vida,
 « A un hombre da, por los demas en breve
 « Despreciada se ve y escarnecida.
 « Sí; desprécianla todos; á esa infame
 « Solo quien goza sus favores ame.
 « ¡Oh fortuna cruel, cuál, ah, me aquejas!
 « ¿Así morir en soledad me dejas,
 « Mientras otro mi dicha me arrebató?
 « Su perfidia me mata
 « Y olvidarla no puede el alma mia.
 « ¡Yo olvidarla! Primero
 « Que tal suceda, de la luz del dia
 « Verme privado para siempre quiero.»
 ¿Quién es el caballero,
 Se me dirá, que de este modo llora?
 Es el rey de Circasia, Sacripante,
 Que en India oyendo que al señor de Anglante
 Siguió á Francia la dama á quien adora,
 En pos della voló lleno de fuego
 A ocaso desde el reino de la aurora.
 En Francia sabe luego
 Que Carlos, por temor de una contienda,
 Al duque de Baviera la encomienda,
 En premio prometiéndola al que mate
 Mas mora gente en el primer combate.

Y al campo va do à Cárlos ve deshecho,
Y en vano de su bella
Con solícito afán busca la huella.

Esta, señor, de todos sus enojos
Es la causa fatal; la que á sus ojos
Arranca tantas lagrimas, y al pecho
El dolorido acento que pudiera
Parar al sol en medio á su carrera.

Mas ¡oh fortuna! En tanto
Que triste así sus males lamentaba,
Sus quejas escuchaba
La bella causa de su amargo llanto.

La que, ántes de aquel día,
En el Catay, al príncipe circeaso
Se mostró siempre desdenosa y fría,
Al poderoso influjo
Del llanto y las palabras cede agora
De aquel á quien amor, hasta el ocaso,
Desde el confín asiático condujo.

La altanera doncella
Que á todo hombre contempla indigno della,
Sola al verse en la selva, reflexiona
Que, propicia la suerte, en este instante,
Una escolta tan fiel le proporciona;
Pues, de cuantos la adoran, Sacripante
Es el mas expresivo y mas constante.

Bien pues que á dispensalle
El bien supremo por el cual suspira
Todo amator dispuesta no se halle,
Con arte y con mentira

A alentar su esperanza le provoca.
Su amparo necesita,
Y sabe cuanto es loca

La obstinacion de aquel que, hasta la boca
En las ondas mirándose, no grita.

Bella cual de sus bosques sale Diana,
O cual la amable reina de Cíteres,
Al dejar la mansion de los placeres,



Angélica sale del bosque á la voz de Sacripante. (T. I. p. 10.)

La dama al musulman se muestra ufana,
 Y le dice : « Protéjante los cielos,
 « Y protejan tambien de la que te ama
 « El honor y la fama,
 « Que asi mancillan tus injustos zelos. »
 No de angustiada madre que á ver torna
 Al hijo caro, á quien lloró por muerto,
 Es el júbilo igual al que trastorna
 El alma del fogoso Sacripante
 Cuando ve descubierto
 De Angélica el angélico semblante.
 Ciego de amor, arrójase en sus brazos.
 Ella con tiernos lazos
 Cariñosa le estrecha. Hacia el oriente
 Su vista al punto vuélvese y su mente,
 Y de tornar á la region nativa
 Su ansia, al mirar al musulman, se aviva.
 Extensamente le refiere luego
 Su historia desde el dia
 En que, accediendo á su ferviente ruego,
 A Sericania él dirigió su via,
 Y como, en este tiempo, honor y vida
 Le protegiera Orlando,
 Su flor virginea intacta conservando.
 Y era acaso verdad; mas yo confieso
 Que verdad tal creida
 Jamas será por quien conserve el seso.
 Turbado de su amor por el exceso,
 Creyólo, empero, el ciego Sacripante;
 Que aquello que delante
 De nuestra vista está, súbitamente
 Sabe esconder amor al alma nuestra;
 Clara y palpablemente
 Tal vez las cosas mas ocultas muestra,
 Moviéndola á que crea
 Aquello solamente que desea.
 « Si de tan alto bien pudo el de Auglante
 « Desconocer el elevado precio,

« No seré yo tan necio ,
 Se decia à si mismo Sacripante ,
 « Que , imitándole , mire con desprecio
 « La ocasion oportuna
 « Que propicia depárame fortuna.
 « A tiempo cogere la rosa bella
 « Que mas tarde quizá no cogeria ,
 « Flor que toda doncella
 « Se deja arrebatar con alegría ,
 « Que en vano muestra enojo , en vano llora ;
 « Ora suplique ó se enfurezca agora ,
 « Débil siempre , fingida resistencia
 « Opondrá de su amante à la violencia. »
 Dice ; y para esta lucha
 Gallardo se prepara ,
 Cuando á su lado escucha
 Rumor confuso que su intento para.
 Calase la celada , el fuerte acero
 Previene , el flanco á su caballo oprime
 Y el asta fuerte con su diestra esgrime ,
 Cuando hé aqui que , por la selva oscura ,
 Aparece montado un caballero.
 Su vestido es de nieve en la blancura ;
 Blanco penacho adorna su cimera ;
 Su traza es noble , su presencia fiera.
 Al mirarle llegar , cerrarle el paso
 Pretende el rey circaso ;
 Mas él , que no le cede en bizarría ,
 En alta voz le insulta y desafia ;
 Su valor mutuamente ambos provocan
 Y con la lanza en ristre ambos se chocan.
 A embates tan crueles
 No resisten sus sólidos broqueles :
 Al estruendo de golpes y amenazas
 Agitase la tierra estremecida ,
 Y al fornido metal de sus corazas
 Deben los dos el conservar la vida.
 De ardor y enojo lleno ,

Su caballo de frente
 Empuja el uno y otro combatiente.
 El árabe, que bueno
 Entre los buenos fué, tendido queda
 Sin vida junto al fiero sarraceno,
 A quien alzarse con su peso veda.

El caballero incógnito, que al suelo
 Vino también en el terrible duelo,
 Sentir al suyo las espuelas hace.
 Levántase con él, y, contemplando
 A su adversario que en el suelo yace,
 Y oportuno juzgando
 Evitar que el combate se renueve,
 Por la selva al corcel aguija en breve,
 Y de aquel sitio se halla ya distante
 Antes que en pié se ponga Sacripante.

Cual labrador que, ciego, á tierra vino
 Viendo á sus piés precipitarse el rayo
 Que á sus bueyes hirió,
 Y al alto pino,
 Volviendo en sí de su mortal desmayo,
 Privado considera

De su erguida y poblada cabellera;
 Así, confuso, el rey circaso nota
 Que presenció la dama su derrota.
 Gime, duelese, agítase y suspira,
 Mas de vergüenza y de ira
 Que de dolor. Inmóbil, sin aliento
 Queda, y por siempre acaso enmudeciera
 Si no llegara Angélica al momento,
 Y, ayudándole á alzarse, no dijera:

« No os aflijais, señor, de esa manera,
 « Culpa vuestra no fué el haber caído;
 « Del bridon lo fué solo, á quien reposo
 « Mas que combate hubiera convenido.
 « Ni tampoco penseis que victorioso
 « Salió de la contienda ese guerrero,
 « Pues, á haber alcanzado la victoria,



Sacripante aterrado en presencia de Angélica. (T. I, p. 13.)

« No fuera él quien primero
 « Abandonara el campo de su gloria. »
 En esto , estimulando con la espuela
 A su corcel , que vuela ,
 Un mensajero triste y agitado
 Llegar ven , que cargado
 De una balija y de una trompa viene.
 Al llegar ante el moro , se detiene
 Y le pregunta si la selva oscura
 Vió recorrer á un paladin cubierto
 De blanca insignia y fulgida armadura.
 « Cual ver puedes , » responde Sacripante,
 « El caballo me ha muerto ,
 « Y de aqui se ha partido hace un instante ;
 « Mas dime , dime el nombre del guerrero
 « Por quien fui derribado en la querella. »
 « — Sabe , señor , » responde el mensajero ,
 « Que al poder sucumbiste de una dama ,
 « Llena de esfuerzo y en extremo bella.
 « Bradamante se llama
 « La ilustre virgen que eclipsó tu fama. »
 Dice , y se aleja : el musulman altivo
 Ignora lo que hacer ó decir debe ,
 Y á desplegar sus labios no se atreve.
 Triste , irritado , inquieto y pensativo ,
 Montando en el bridon de la doncella ,
 Junto á si la coloca , deseoso
 De llegar á paraje do , con ella ,
 Pueda gozar un poco de reposo ;
 Mas dos millas apenas han corrido ,
 Cuando insólito ruido
 Ambos oyendo , vuelven la cabeza ,
 Y un corcel ricamente enjaezado
 Ven que , cruzando el bosque con presteza ,
 Del monte corre al valle , á la ladera
 Arrastrando cuanto halla en su carrera.
 « Si mi vista no ofusca el aire pardo , »
 Dice la hermosa Angélica , « Bayardo

« Es el que paso va con tal estruendo
 « Por la espesura de la selva abriendo.
 « Si , si , él es , su noble inteligencia
 « Del potro que perdiste en la pendencia
 « Viene sin duda á reparar la falta. »
 Veloz del suyo el agareno salta
 Por ir á asir el freno de Bayardo ,
 Que , en volverse no tardo ,
 Con la acerada planta le responde ;
 Mas no llegara adonde
 Estaba el musulman , que , si llegara ,
 Un monte de metal despedazara.
 Manso luego , cual can que á su amo nota
 Tras larga ausencia , y salta , y trisca y juega
 En torno dél , á Angélica se llega ,
 Baja la frente , el animal lozano
 Que la época recuerda , aun no remota ,
 En que en Albraca , con su linda mano ,
 Lo cuidaba ella misma y lo nutria ,
 Cuando en amor su pecho se abrasaba
 Por el señor de Montalban , que , hoy día ,
 Implora á la que entonce era su esclava.
 Con su siniestra en breve
 Coge la dama el espumante freno ,
 Mientra el cuello acaricia con su diestra
 Del fogoso bridon , que no se mueve ,
 Y , cual cordero , tímido se muestra :
 La ocasion aprovecha el agareno
 Y monta en él. Angélica la grupa
 Del suyo deja y el arzon ocupa.
 Mas , volviendo los ojos , un guerrero
 De resonante acero
 Cubierto ven llegar. Gime la dama
 Viendo al de Amon , que , hasta ora indiferente ,
 Amor por ella siente
 Hoy que ella en odio convirtió su llama.
 Vecinas hay dos fuentes en Ardena
 Que aguas producen de contrario efecto :

Una de amor los corazones llena ;
 Otra destruye todo amante afecto.
 Amor bebió en aquella
 El buen Reinaldo ; en esta la doncella
 Probó el licor que , con veneno mixto ,
 Trueca el amor mas fuerte
 En desden que no acaba hasta la muerte.
 No bien la dama al paladin ha visto ,
 De rabia y de dolor su faz arruga ,
 Y seguirla en su fuga
 Ordena al more. « ¿ Como , este replica ,
 « Cuando yo así vuestra custodia acepto ,
 « Sois vos , señora , vos , quien me suplica
 « Que abandone la lid ? ¿ Tan vil concepto
 « De mi valor teneis ? Este reproche
 « Al escuchar , no dudo
 « Que el combate olvidasteis y la noche
 « En que , contra un ejército , de escudo ,
 « Solo os servi , sin armas y desnudo. »
 Nada responde Angélica , ni sabe
 Qué partido tomar. Su apuro es grave ,
 Pues que el de Amon , compareciendo en tanto ,
 Con voz soberbia al musulman reclama
 Su caballo y su dama :
 Mas mi historia suspendo hasta otro canto.

CANTO II.

Combate de Sacripante con Reinaldo. — Nuevas aventuras de Angélica. — Parte Reinaldo á Bretaña á pedir auxilios en nombre de Carlomagno. — Tempestad. — Encuéntrase Bradamante con el traidor Pinabelo de Maguncia , el cual la engaña y la precipita en la gruta de Merlin. — Principio de la historia de Bradamante y de Roger.

Injusto amor , que en oponer te places
 Desden tirano á fervido deseo ,
 ¿ Porque consistir haces
 Tu gloria toda en tan inicuo empleo ?

¿ Porque del hombre el corazon inflama
 Siempre pasion por desdeñosa dama ?
 ¿ Porque mientras que bella
 Juzga Reinaldo á aquella
 De quien ha poco desdeñó la cuita ,
 Ella aversion mas fuerte
 Siente agora por él , que por la muerte ?
 « Baja , ladron , de ese caballo , » grita
 Al circaso el señor de Claromonte :
 « Baja y dame á mi Angélica , ó disponte
 « A pagar tu arrogante atrevimiento ;
 « Baja ; que no consiento
 « Que ni caballo , ni beldad cual esa
 « De un villano ladron puedan ser presa.
 « Tu serás el ladron , lengua atrevida ,
 « (Tal al ménos publicalo la fama) »
 Lleno de furia el musulman exclama.
 « Que la prueba decida
 « Cual de los dos mas digno es de esa bella
 « Si es que mortal exista digno de ella. »
 Cual , despues de lanzar hasta los cielos
 Penetrantes ladridos ,
 Los dientes rechinando con los zelos ,
 Y los ojos en cólera encendidos ,
 Terribles se acometen dos mastines ;
 Así , de las injurias y las voces
 A las armas feroces
 Vienen los dos valientes paladines.
 Montado , Sacripante
 Gran ventaja al de á pié llevar parece ;
 Bayardo empero , fiel cuanto pujante ,
 De su señor en daño no obedece ,
 Y en vano , con la espuela y con el freno ,
 Por regirlo se esfuerza el sarraceno.
 De Reinaldo á la vista se contiene
 Cuando atacar el árabe desea ;
 Y brinca y corcovea
 Cuando le manda que su ardor refrene.

Una de amor los corazones llena ;
 Otra destruye todo amante afecto.
 Amor bebió en aquella
 El buen Reinaldo ; en esta la doncella
 Probó el licor que , con veneno mixto ,
 Trueca el amor mas fuerte
 En desden que no acaba hasta la muerte.
 No bien la dama al paladin ha visto ,
 De rabia y de dolor su faz arruga ,
 Y seguirla en su fuga
 Ordena al more. « ¿ Como , este replica ,
 « Cuando yo así vuestra custodia acepto ,
 « Sois vos , señora , vos , quien me suplica
 « Que abandone la lid ? ¿ Tan vil concepto
 « De mi valor teneis ? Este reproche
 « Al escuchar , no dudo
 « Que el combate olvidasteis y la noche
 « En que , contra un ejército , de escudo ,
 « Solo os servi , sin armas y desnudo. »
 Nada responde Angélica , ni sabe
 Qué partido tomar. Su apuro es grave ,
 Pues que el de Amon , compareciendo en tanto ,
 Con voz soberbia al musulman reclama
 Su caballo y su dama :
 Mas mi historia suspendo hasta otro canto.

CANTO II.

Combate de Sacripante con Reinaldo. — Nuevas aventuras de Angélica. — Parte Reinaldo á Bretaña á pedir auxilios en nombre de Carlomagno. — Tempestad. — Encuéntrase Bradamante con el traidor Pinabelo de Maguncia , el cual la engaña y la precipita en la gruta de Merlin. — Principio de la historia de Bradamante y de Roger.

Injusto amor , que en oponer te places
 Desden tirano á fervido deseo ,
 ¿ Porque consistir haces
 Tu gloria toda en tan inicuo empleo ?

¿ Porque del hombre el corazon inflama
 Siempre pasion por desdeñosa dama ?
 ¿ Porque mientras que bella
 Juzga Reinaldo á aquella
 De quien ha poco desdeñó la cuita ,
 Ella aversion mas fuerte
 Siente agora por él , que por la muerte ?
 « Baja , ladron , de ese caballo , » grita
 Al circaso el señor de Claromonte :
 « Baja y dame á mi Angélica , ó disponte
 « A pagar tu arrogante atrevimiento ;
 « Baja ; que no consiento
 « Que ni caballo , ni beldad cual esa
 « De un villano ladron puedan ser presa.
 « Tu serás el ladron , lengua atrevida ,
 « (Tal al ménos publicalo la fama) »
 Lleno de furia el musulman exclama.
 « Que la prueba decida
 « Cual de los dos mas digno es de esa bella
 « Si es que mortal exista digno de ella. »
 Cual , despues de lanzar hasta los cielos
 Penetrantes ladridos ,
 Los dientes rechinando con los zelos ,
 Y los ojos en cólera encendidos ,
 Terribles se acometen dos mastines ;
 Así , de las injurias y las voces
 A las armas feroces
 Vienen los dos valientes paladines.
 Montado , Sacripante
 Gran ventaja al de á pié llevar parece ;
 Bayardo empero , fiel cuanto pujante ,
 De su señor en daño no obedece ,
 Y en vano , con la espuela y con el freno ,
 Por regirlo se esfuerza el sarraceno.
 De Reinaldo á la vista se contiene
 Cuando atacar el árabe desea ;
 Y brinca y corcovea
 Cuando le manda que su ardor refrene.

Viendo por fin que, por regirlo, en vano
 Ora la fuerza, ora la astucia emplea,
 Furioso el moro, con su izquierda mano,
 Ase del bruto altivo la melena,
 Y se lanza veloz sobre la arena.

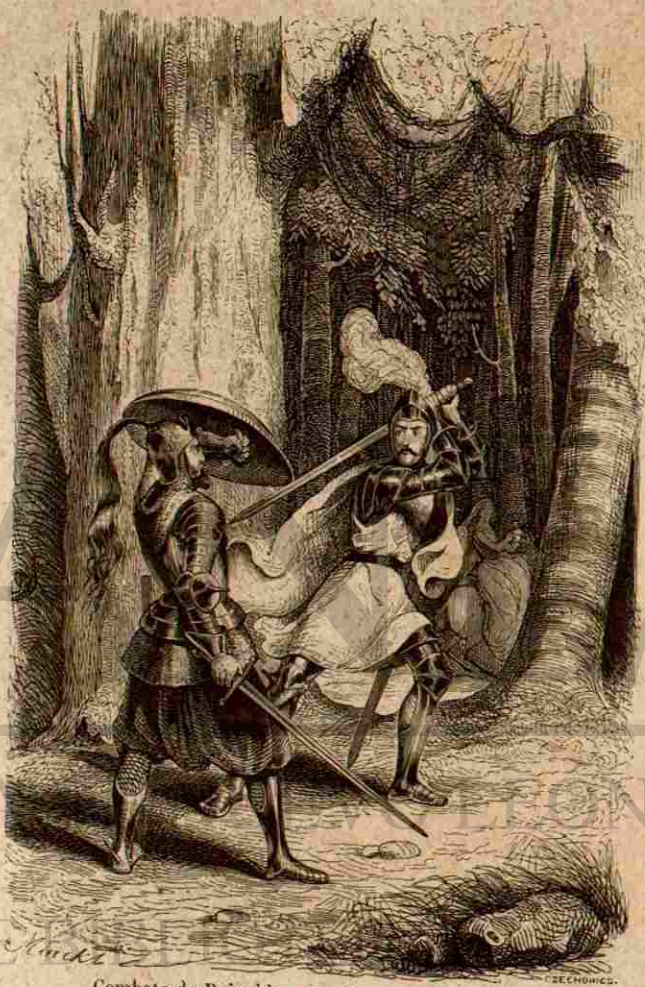
Entonce empieza el mas feroz combate;
 No con mayor vigor el yunque bate
 Del Etna ardiente en la region profunda
 Cíclope activo forjador del rayo
 Que el que, hiriendo de punta ó de soslayo,
 Con espada iracunda

Despliegan los dos inclitos guerreros.
 Ora fingidos, ora golpes fieros
 Muestran su ingenio ó su pujanza rara.
 Si el uno embiste el otro se separa;
 Si el brazo el uno por herir extiende,
 Con su broquel el otro se defiende;
 Veloz uno del otro en torno gira,
 Y uno se avanza y otro se retira.

En esto, de Reinaldo el duro acero
 Tremendo golpe al musulman descarga.
 Sacripante el broquel de fuerte cuero,
 Con triple chapa de metal, alarga.
 La selva, á golpe tan atroz, retumba;
 Y el escudo saltó en mas de un pedazo
 Hiriendo al musulman el fuerte brazo.
 Del circaso la tumba,

A tal golpe, la tímida doncella
 Abierta piensa ver. De su faz bella
 La púrpura en un punto se convierte
 En palidez de muerte,

Y, al pensar quanto el fin de esta contienda
 Puede serle fatal, llena de espanto
 Tuerce al bridon la rienda
 Y ansiosa corre por la espesa selva
 Sin que el rostro, que empaña amargo llanto,
 Temiendo ver al que aborrece vuelva.
 En un valle, al salir de la espesura,



Combate de Reinaldo y Sacripante. (T. I, p. 18.)

Un ermitaño encuentra. A su cintura
 Luenga y nevada barba descendia;
 Devocion inspiraba su presencia,
 Y, en su gesto y su traje, parecia
 Un monje de etrechisima conciencia.
 Por la edad y el ayuno extenuado
 De un asno sigue las pausadas huellas,
 Cuando à Angélica ve. Su triste estado
 Advirtiéndolo y su riesgo, hacia ella viene
 Y su corcel detiene.

Vuelve ella en sí, y apenas entreabierto
 Ha de su faz las fulgidas estrellas,
 Del camino se inquiere
 Que la conduzca al mas vecino puerto,
 Pues para siempre abandonar la Francia,
 Por alejarse de Reinaldo, quiere.

El anciano, que entiende nigromancia,
 A la virgen anima, la conforta,
 Y á recobrar su espíritu la exhorta.
 De su bolsillo un libro saca en tanto,
 Y en él; oh raro encanto!
 No bien la primer página ha leído,
 Cuando del seno sale de la tierra
 Un jóven que, instruido
 De lo que debe hacer, hacia el paraje
 Va do, ardiendo en coraje,

Se hacen los dos guerreros cruda guerra,
 Y, entre ellos colocándose, les dice:

« ¿A qué aspirais lidiando de esa suerte?

« ¿Acaso la del uno mas felice

« Será por dar á su contrario muerte,

« Mientras que, con la bella,

« Única causa de esa atroz querella,

« Tranquilo se dirige en este instante

« Hacia Paris el paladin de Anglante?

« A una milla de aquí vilos, La pceo,

« Con risa hablar de vuestro empeño loco.

« En vez pues de lidiar por la donecilla,

« Seguid, seguid su huella,
 « Mirad que la perdisteis sin recurso
 « Si llega Orlando hasta Paris con ella. »
 Mudos á tal discurso
 Quedan los dos. La cólera los ciega.
 Reinaldo en esto hácia el corcel se llega,
 Y, ardientes cual la llama
 Exhalando suspiros, de sus lazos
 Jura arrancar á su adorada dama,
 A Orlando haciendo el corazón pedazos.
 Y montando en seguida
 Del árabe se olvida;
 Solo y á pié lo deja en la espesura,
 Y con la espuela apura
 Al caballo brioso,
 Que, cual el viento, corre, sin que foso,
 Peñasco ni maleza
 Detengan de su curso la presteza.
 Ni singular parezca
 Que el bridon, ántes perseguido en vano,
 Ora manso obedezca
 De su señor á la iracunda mano.
 Del pabellon del duque vió Bayardo
 A Angélica partir en el momento
 En que su arzon habia
 Desamparado el paladin gallardo,
 Por combatir con otro
 De grande ardor y suma bizarría.
 Dotado de alta inteligencia, el potro
 A su señor aviso
 De la fuga de Angélica dar quiso;
 Atento pues siguiendo su carrera,
 No permitió á Reinaldo que montase,
 Temiendo que, montado, le obligase
 Su camino á torcer. De esta manera
 Dos veces á su bella
 Ya le mostró; mas, por fatal acaso,
 A separarle della

Vinieron Ferragut y el rey circaso.
 Por el demonio alucinado agora,
 Se acerca el potro en actitud sumisa.
 Monta Reinaldo en él, y con tal prisa
 Quiere ir en pos de aquella á quien adora,
 Que, no Bayardo, el viento
 A su impaciencia pareciera lento.
 En busca del de Anglante
 Toda la noche de correr no cesa,
 Que en su alma lleva impresa
 La falsa relacion del nigromante,
 Y así llega á Paris, donde encerrado
 Carlos está, deshecho y destrozado.
 Sabedor este de que el Moro asedio
 A poner á su corte se prepara,
 Gente y viveres busca sin reposo;
 Sus baluartes repara:
 Ceñirles hace de profundo foso,
 Y, por no omitir medio
 Que pueda conducir á su defensa,
 Pedir refuerzos al britano piensa.
 Ansioso de empezar esta campaña
 Y de tentar la suerte de la guerra
 Al príncipe de Amon manda á Bretaña.
 La nueva el héroe con pesar recibe;
 No porque en odio tenga aquella tierra,
 Sino porque este viaje le prohíbe
 Tras la dama correr que la enamora.
 A su señor, no obstante, sin demora
 Obedeciendo, al viaje se apercibe.
 Parte, á Calés en breves horas llega,
 Y á la merced del piélago se entrega.
 Contra el sentir de práctico piloto,
 Por el afán que de volver tenia,
 Surca el mar, que sus límites ha roto
 Y amenazar borrasca parecia;
 Pues, irritados Aquilon y Noto,
 Al mirar del guerrero la osadía,

Soplan con tanta furia y tanta rabia
Que sumergen al buque hasta la gabia.

Las grandes velas recogiendo en esto
El cauto marinero, dar la vuelta
Quiere hácia el sitio do, en su ardor funesto,

Dejó sobre la mar su nave suelta;
Mas de la costa el viento los aleja
Y volver hácia Francia no les deja.

Ya por la popa embiste;
Ya por proa con impetu acomete.
De las olas juguete,

El marinero triste
Quiere, con cautos sesgos,
De los escollos evitar los riesgos.

Mas á Reinaldo agora
Dejo en medio del piélago espumante
Para volver á hablar de Bradamante,
Del rey circaso insigne vencedora.

Del duque Amon y Beatriz nacida;
Del buen Reinaldo hermana,
La gloria esclarecida
Sostiene de su estirpe soberana.

Ilustre jóven á esta virgen ama,
De la hija de Agolante
Nacido y de Roger, Roger se llama
Este jóven, caudillo de Agramante.

A su pasion sincera
Rindió la bella dama
Un corazon que no de mármol era;
Pero volverle á ver la suerte impia
Jamás le concedió desde aquel dia.

De encontrarlo impaciente
Incierta y sola vaga á la ventura,
Y, cual en medio á numerosa gente,
Se contempla segura
De densa selva entre la sombra oscura.

Despues que del circaso
Humilló con valor la altiva frente,



Bradamante descubre à Pinabelo. (T. I, p. 23.)

Montes y valles, con ligero paso,
 Recorre y llega al borde de una fuente.
 Nace de ella, y, con plácida corriente
 Convidando à la calma y al descanso,
 Por la pradera corre arroyo manso.
 Cubierto de hoja y de menuda grama,
 Hacia el siniestro lado,
 Un collado se ve, y en él la dama
 Un guerrero descubre reclinado.

Del arroyo à la orilla
 Y de un bósquete à la fragante sombra
 Sobre la fresca alfombra,
 Ya verde, ya encarnada, ya amarilla,
 Solo, callado, pensativo yace;
 Un yelmo al lado de su escudo brilla,
 Cerca del sitio do el caballo paze;
 Graves al parecer son sus enojos;
 Sobre el pecho apoyando su cabeza
 En tierra clava sus preciados ojos.

Curioso afecto, que en el pecho suele
 Del mortal esculpir naturaleza,
 A Bradamante hacia el guerrero impele
 La causa por saber de su tristeza.
 Prendado él de la gracia y la dulzura
 De la insigne guerrera,
 En quien mirar un jóven se figura,
 Su historia comenzó de esta manera:

« Al frente yo de numerosa hueste
 « De à caballo y de à pié, me encaminaba
 « Hacia el paraje agreste
 « Donde à Marsilio Carlos aguardaba,
 « Y conmigo, señor, una doncella
 « Llevaba amable, bella
 « Y de mi pecho encanto y maravilla,
 « Cuando, al llegar del Ródano à la orilla,
 « Sobre un corcel alado
 « Se me aparece un caballero armado.
 « No sé si era mortal. ignoro si era

« Algun habitador del hondo averno ;
 « Mas, cual caer sobre polluelo tierno
 « Tal vez se deja el águila altanera,
 « Sobre mi dama asi se precipita,
 « Y, sin dolerse de mi amarga cuita,
 « Se alza veloz á la celeste esfera.
 « En vano, en vano misera me grita
 « Que socorro le dé. ¿ Cómo al que vuela
 « Seguir á pié cuando entre riscos me hallo,
 « Y cuando, indiferente ya á la espuela,
 « Un paso dar no puede mi caballo?
 « De furor y pesar mi pecho lleno,
 « Sin jefe, á la ventura abandonando
 « Las tropas de mi mando,
 « Vago gran rato en áspero terreno,
 « Y, por ignota y desusada senda,
 « En busca voy de mi adorada prenda.
 « Seis veces vióme, al despuntar, el dia
 « Selvas y campos con camino incierto
 « Recorrer, do sin guía,
 « En vano huella humana
 « Mi inquieta vista por hallar se afana.
 « Un valle en fin advierto,
 « Triste, inculto, desierto,
 « Cubierto de peñascos y de abrojos.
 « En medio dél, con majestad se encumbra
 « Un sólido palacio que los ojos
 « Del que se acerca hasta su pié deslumbra.
 « De fulgido cristal hechos parecen
 « Sus muros y sus torres desde léjos,
 « Y sus vivos reflejos,
 « Al acortarse la distancia, crecen
 « Allí supe despues que edificada
 « Fué por arte infernal esta morada,
 « Y templado el metal de que cubiertas,
 « Sin jamas empañarse, resplandecen
 « Sus almenas, sus torres y sus puertas.
 « Corriendo sin cesar en torno dellas,

« El nigromante infando
 « Cautiva cuantas bellas
 « Puede encontrar, sin que jamas suavice
 « Su saña, ya el furor, ya el eco blando
 « Del amante infelice
 « Que en vano le suplica ó le maldice.
 « ; Misero oh! no me queda otro consuelo
 « Que el sitio ver do yace el alma mia!
 « Inquieto cual raposa que hácia el cielo,
 « Entre las garras de águila, á su cria
 « Alzarse ve, me agito, y, de la roca
 « Por llegar á lo sumo,
 « El valor que la cólera provoca
 « En esfuerzos estériles consumo.
 « En esto, precedidos de un enano,
 « Llegan, llenos de ardor y de esperanza,
 « Dos guerreros de aliento y de pujanza.
 « Es el uno Gradaso el Sericano ;
 « Roger el otro, paladin valiente
 « De gran renombre entre la mora gente.
 « Al ver que vienen de su esfuerzo prueba
 « A hacer, contra el señor de ese edificio,
 « Guerreros, dije, á compasion os mueva
 « De mi pecho el dolor, y si propicio,
 « Cual pienso, os es el cielo en esta guerra,
 « Dadme la dama que el castillo encierra.
 « Mi deplorable historia
 « Entónces entre lágrimas les narro ;
 « Y en tanto que ellos, con ardor b'zarro,
 « Del combate suspiran por la gloria,
 « Por rogar al Señor les dé victoria
 « Del sitio de la lid yo me retiro,
 « Y desde léjos miro
 « La que se traba en el pequeño espacio
 « Do estriban los cimientos del palacio.
 « Quien el combate rompa
 « Someten al acaso,
 « Que el nombre proclamó del rey Gradaso.

« Los ecos de su trompa
 « Estremeciendo el valle y el collado,
 « Del alcázar en breve
 « Al morador aleve
 « Hacen salir sobre el corcel alado.
 « Cual grulla que rastrea,
 « Antes de alzarse al aire, por el suelo,
 « Y que las alas, por tomar su vuelo,
 « Una y mil veces desplegar desea,
 « Cuando en medio á los aires ya se vea,
 « Sus plumas agitando,
 « Va á esconderse en el seno de alta nube;
 « Así las suyas mueve el monstruo infando,
 « A do no llega un águila se sube,
 « Y, surcando otra vez el aire vago,
 « Cual buitre sobre tímida paloma
 « Sobre el rey sericano se desploma.
 « En su loriga, con crujido aciago,
 « Su lanza troncha el furibundo mago,
 « Y de nuevo al espacio se levanta;
 « Mas es la furia tanta
 « Con que, otra vez bajando, le arremete,
 « Que derriba al caballo y al jinete.
 « Al ver al rey de Sericania en tierra,
 « Llega Roger; mas, con presteza altiva,
 « Sobre él feroz el nigromante cierra.
 « Impávido Roger, el golpe esquivo
 « Y á devolverlo está su mano pronta,
 « Cuando de nuevo el monstruo se remonta.
 « Torna á bajar; y el yelmo y la coraza
 « A Roger y á Gradaso despedaza,
 « Pues, sin que nunca la respuesta espere,
 « Enfurecido hiere
 « Siempre léjos del punto que amenaza.
 « Los guerreros se ofuscan
 « Y en vano un medio de alcanzarle buscan.
 « Así dura el combate, hasta que el suelo
 « Viene á encubrir la noche con el velo

« Que los objetos todos descolora.
 « No exagero, señor; cual os lo digo,
 « Tuvo lugar la lucha aterradora
 « De que yo fui el único testigo.
 « De rica tela su broquel cubierto
 « Al brazo lleva el mago, y yo no acierto
 « Porque difiere en descubrirlo tanto,
 « Siendo así que al mas fuerte y aguerrido,
 « De la vista privando y del sentido,
 « Le arroja al suelo con mortal espanto.
 « Yo, bien que á largo trecho del castillo,
 « Vengo á tierra tambien al ver su brillo;
 « Y, en mí volviendo, en vano
 « Busco á los combatientes y al enano.
 « Entónces persuadido de que el viejo
 « Los ha sumido en su fatal mazmorra,
 « Y que, merced al portentoso espejo,
 « Hallar no puedo ya quien me socorra,
 « Con faz turbada y mustia
 « Huyo del sitio do mi vida queda:
 « Ved, señor, si hay angustia
 « Que á la de mi alma compararse pueda. »
 Tales palabras sin rubor pronuncia
 Este cobarde caballero, en tanto
 Que sus mejillas surca amargo llanto.
 Hijo del conde Anselmo de Maguncia,
 Cual toda su progenie, Pinabelo
 De cuantos vicios hay era modelo.
 De Bradamante el amoroso fuego
 Viene esta nueva á alimentar; mas fuego
 En dolor su entusiasmo se convierte,
 Al pensar en su amado y en la suerte
 Que en el alcázar le reserva el hado.
 Con preguntas ansiosa
 Sobre Roger á Pinabelo acosa,
 Y, su dolor un tanto mitigado,
 « Marchemos, dice, á esa mansion horrenda
 « Do presa gime mi adorada prenda,

« Que vana no será nuestra fatiga
 « Si la suerte nos es un tanto amiga. »
 — « ¿Quieres, la dice el conde, que de nuevo
 « Esos montes yo cruce,
 « Y el camino te enseñe
 « Que al castillo del mágico conduce?
 « Pues perdi la esperanza, nada debo
 « Desde hoy temer; mas, bien que yo desdeñe
 « Todo peligro, si del mago luego
 « Ser víctima te toca,
 « Desde ahora te ruego
 « Que solo culpes à tu audacia loca. »
 Dice, y las riendas toma. Ella le sigue
 Sin reparar el porvenir funesto
 Que le aguarda si el triunfo no consigue.
 « Deten, detente, » en esto
 Grita de léjos una voz. El paso
 Bradamante contiene,
 Y al mensajero ve que al rey circaso
 Tendido halló despues de su fracaso.
 De Montpellier y de Narbona viene
 Con la noticia cuanto infausta cierta
 De que, unido al pendon de esta comarca,
 Se alzó la costa toda de Aguamuerta.
 En justo premio de su esfuerzo raro,
 A Bradamante concedió el monarca
 Cuanto, entre el Rin, el Ródano y el Varo,
 Comprende el territorio de Marsella;
 Mas esta insula bella,
 De su señora el poderoso amparo
 Necesitando, un mensajero expide
 Que su consejo y proteccion le pide.
 Suspensa largo rato Bradamante
 Queda, del nuncio al escuchar la arenga,
 Sin saber hácia donde, en este instante,
 Volver su apoyo y su valor convenga.
 Entre su amor y su interes fluctuante,
 A salvar à su amante se decide,

O à quedar con él presa
 Si no corona el éxito su empresa.
 Del mensajero entónces se despide,
 Y mientras él, contento y satisfecho,
 A Marsella se vuelve,
 Con el conde resuelve
 La insigne dama proseguir su viaje.
 Mas conocer al maguntino han hecho
 La llegada del nuncio y su mensaje,
 Que del noble linaje
 Del duque Amon descende la doncella.
 Tan antigua querella
 Existe, y odio tan profundo y tanto
 Entre la infame raza de Maguncia
 Y la de Montalban, que, con espanto,
 De los arroyos se tiñó la juncia
 Mas de una vez en liquido amaranto.
 Temblando, pues, de ser reconocido,
 De dejar à la virgen, con anhelo,
 Una ocasion aguarda el fermentido,
 Y está tan agitada, entre el recelo,
 La duda y el rencor, su fantasía,
 Que del recto camino le desvia
 Y à una selva dirige sus pisadas.
 En medio de esta selva se alza un monte
 Del cual ponen las peñas escarpadas
 Fin, por aquella parte, al horizonte.
 Allí llegando, y su fatal proyecto
 Queriendo el impostor llevar à efecto,
 Dice à la dama: « De esta oscura selva
 « Salgamos ántes que en su sombra envuelva
 « La noche al mundo; que, hácia el otro lado
 « De ese monte escarpado,
 « En fértil valle, hay un castillo hermoso.
 « Aguárdame tú aqui; que allá primero
 « Ir por mí propio à cerciorarme quiero. »
 Dice; y lanzando su corcel brioso,
 Del monte sube à la pelada cresta

Donde, lleno del ansia que le anima,
Su odioso plan á ejecutar se apresta.

Cortada en tajo allí vese en la roca
Treinta varas ó mas oscura sima,
Y en lo mas hondo della, por su boca,
Se descubre una puerta, que da entrada
A otra estancia mayor y que aparece
Por fulgido fanal iluminada.

Miéntas que de la cueva en la garganta
Observándola el conde estar parece,
A aquel sitio la virgen se adelanta.

Viendo él asi frustrados sus afanes,
De ruina y muerte meditando planes,
A Bradamante dice

Que, en lo hondo de la cueva,
Vió no ha mucho una jóven infelice,
Cuya faz bella y cuyo rico traje

Son de alto origen evidente prueba.

« Del llanto que á sus gracias hace ultraje

« En vano, añade, con anhelo vivo

« He indagado el motivo;

« Que un monstruo con violencia

« La acaba de arrancar de mi presencia. »

Fe la guerrera presta

Al discurso falaz de Pinabelo,

Y á la caverna á descender se apresta

Por dar á la que gime algun consuelo.

De un olmo allí vecino

Su espada largo vástago divide;

Con él el fondo de la cueva mide,

Y el un extremo dando al maguntino,

Le manda no lo suelte, y sin tardanza

En el abismo impávida se lanza.

Al ver el conde el riesgo de la dama,

Con sonrisa feroz suelta la rama

Diciendo asi: « ¡Plugiese al Dios del cielo

« Tu linaje enemigo

« Concederme extinguir todo contigo! »

No se cumplió el afán de Pinabelo
De la inocente jóven en la suerte;
Pues que el ramo, al bajar, tocó en el suelo
Y ella en su brazo se sostuvo fuerte.
Favor sin duda fué del cielo santo,
El que así la libró de injusta muerte.
Turbada, empero, un tanto
Quedó, como veréis en otro canto.

CANTO III.

La maga Melisa descubre á Bradamante la genealogia de la casa de Este, y le indica los medios de libertar á Roger. — Marcha la hija de Amon al socorro de su amante.

¿Quién la voz me dará, quién el acento
Que de tan alto asunto digno sea?

¿Quién á mi verso habrá que infunda aliento
Proporcionado á tan sublime idea?

Númen mayor que aquel que el alma mía

Suele inflamar, inflameme este dia,

En que á cantar voy timbres y blasones

Del linaje mas noble y mas fecundo

Que, en larga serie de inclitos varones,

Bajó del cielo á gobernar el mundo,

Y que (si en mí no yerra

El profético genio que me inspira)

Ha de verse jamas en paz ó en guerra.

¡Mas ah! ¿cómo mi lira,

Dignamente este asunto celebrara,

Cuando apenas bastara

La que cantó de Júpiter la ira

Cuando del Etna en la prision ardiente

Precipitó del Encélado á la gente?

Por tí, solo, inspirado; oh almo Febo!

Empresa tal á acometer me atrevo;

Y si al cincel con que en el mármol duro,

Donde, lleno del ansia que le anima,
Su odioso plan á ejecutar se apresta.

Cortada en tajo allí vese en la roca
Treinta varas ó mas oscura sima,
Y en lo mas hondo della, por su boca,
Se descubre una puerta, que da entrada
A otra estancia mayor y que aparece
Por fulgido fanal iluminada.

Miéntas que de la cueva en la garganta
Observándola el conde estar parece,
A aquel sitio la virgen se adelanta.

Viendo él asi frustrados sus afanes,
De ruina y muerte meditando planes,
A Bradamante dice

Que, en lo hondo de la cueva,
Vió no ha mucho una jóven infelice,
Cuya faz bella y cuyo rico traje

Son de alto origen evidente prueba.

« Del llanto que á sus gracias hace ultraje

« En vano, añade, con anhelo vivo

« He indagado el motivo;

« Que un monstruo con violencia

« La acaba de arrancar de mi presencia. »

Fe la guerrera presta

Al discurso falaz de Pinabelo,

Y á la caverna á descender se apresta

Por dar á la que gime algun consuelo.

De un olmo allí vecino

Su espada largo vástago divide;

Con él el fondo de la cueva mide,

Y el un extremo dando al maguntino,

Le manda no lo suelte, y sin tardanza

En el abismo impávida se lanza.

Al ver el conde el riesgo de la dama,

Con sonrisa feroz suelta la rama

Diciendo asi: « ¡Plugiese al Dios del cielo

« Tu linaje enemigo

« Concederme extinguir todo contigo! »

No se cumplió el afán de Pinabelo
De la inocente jóven en la suerte;
Pues que el ramo, al bajar, tocó en el suelo
Y ella en su brazo se sostuvo fuerte.
Favor sin duda fué del cielo santo,
El que así la libró de injusta muerte.
Turbada, empero, un tanto
Quedó, como veréis en otro canto.

CANTO III.

La maga Melisa descubre á Bradamante la genealogia de la casa de Este, y le indica los medios de libertar á Roger. — Marcha la hija de Amon al socorro de su amante.

¿Quién la voz me dará, quién el acento
Que de tan alto asunto digno sea?

¿Quién á mi verso habrá que infunda aliento
Proporcionado á tan sublime idea?

Númen mayor que aquel que el alma mía
Suele inflamar, inflameme este día,

En que á cantar voy timbres y blasones
Del linaje mas noble y mas fecundo

Que, en larga serie de inclitos varones,
Bajó del cielo á gobernar el mundo,

Y que (si en mí no yerra

El profético genio que me inspira)

Ha de verse jamás en paz ó en guerra.

¡Mas ah! ¿cómo mi lira,

Dignamente este asunto celebrara,
Cuando apenas bastara

La que cantó de Júpiter la ira

Cuando del Etna en la prision ardiente

Precipitó del Encélado á la gente?

Por tí, solo, inspirado; oh almo Febo!

Empresa tal á acometer me atrevo;

Y si al cincel con que en el mármol duro,

Tras largo afan y con estudio inmenso,
 Grabar sus nombres y sus hechos pienso,
 Impulso das, entonces
 De conseguir mi objeto estoy seguro.

Duro es mas que la roca, mas que el bronce,
 El pecho del cobarde Pinabelo,
 Que del temor à guarecer no alcanza
 Robusto escudo, ni loriga fuerte,
 Ni la inieua esperanza

De haber ya dado à Bradamante muerte.
 En ella; empero, hallando algun consuelo
 Se aleja de la cueva,
 Y, à delitos delitos agregando,
 En su bridon montando,
 Con él el de su victima se lleva.

Dejémosle marchar, y mientras él mismo
 Va cavando el abismo
 Que lo ha de sepultar, à la doncella
 Volvamos que su muerte y sepultura
 Hallar allí creyó; mas no bien ella,
 Del rudo golpe un tanto recobrada,
 Los ojos torna à abrir, se entra al acaso
 Por puerta que allí nota y que da paso
 A otra estancia mas grande, por columnas
 De riquísimo jaspe sustentada.

De esta sala, que à un templo en la figura
 Se asemeja en el gusto y el adorno,
 En medio se levanta
 Un ara, ante la cual de noche y dia
 Arde fúlgida lámpara que en torno
 Esparce resplandor en ambas salas.

De pura devocion, de humildad santa
 Movida la doncella, allí se inclina,
 Y al Ser eterno, en alas
 Del deseo, plegarias encamina.
 Óyese en esto un quicio que rechina.
 Suelto el cabello, desceñido el traje,
 Descalzo el pié, preséntase una dama

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
 "MEXICO 15"
 1968



Bradamante en la gruta de Merlin. (T. 1, p. 33.)

Que, á la de Amon llamando por su nombre,
 « Del cielo, no del hombre
 « Es, le dice, el querer que aqui te guia.
 « Esta es la antigua, memorable gruta
 « Que construyó Merlin, famoso mago
 « A quien, no obstante su saber, astuta
 « Logró burlar la dama infiel del Lago.
 « De aquella tumba, donde vivo entrara
 « Para no salir mas, bajo la losa
 « Su ceniza reposa.
 « Vivo, empero, su espiritu se encierra
 « Y ha de encerrarse en ella hasta el momento
 « En que, por darle gloria ó escarmiento,
 « Dejar su tumba á los mortales haga
 « Del ángel del Señor la trompa aciaga.
 « Clara su voz, el mármol traspasando
 « Que sus restos oculta,
 « Lo que es, ha sido y ha de ser revela
 « Al que, aqui descendiendo, le consulta.
 « Dias ha ya que de lejano clima
 « Vine á este cementerio,
 « Porque de la alta ciencia que me anima
 « Me aclarara Merlin algun misterio.
 « Supe al llegar que, por extrañas vias,
 « Venir á visitar á este paraje
 « Las cenizas del mágico debias.
 « Un mes por verte diferi mi viaje,
 « Y, llena de placer, cumplido hoy veo
 « El oráculo, al par que mi deseo. »
 A la insigne doncella maravilla
 Esta revelacion. Confusa, incierta,
 Duda si sueña ó bien si está despierta.
 Y de rosas tiñiendo la mejilla,
 Modesta exclama con turbado labio:
 « ¿Qué valgo yo para que así mi suerte
 « Interese á un espíritu tan sabio? »
 Alegre de la insólita aventura,
 Por las pisadas de la dama amiga

Llega á la sepultura
 Que los despojos de Merlin abriga.
 La losa (ora haya jaspes ó alabastros
 Que las sombras destierren, ora efecto
 De talismanes, de observados astros,
 De sahumeros ú otra causa sea)
 De modo resplandece, que distinto
 A la vista presenta cada cuadro,
 Cada estatua y relieve
 De las que ornan su mágico recinto.
 La planta apénas á mover se atreve
 En él la ilustre dama,
 Cuando, saliendo de la hueca tumba,
 En su ámbito retumba
 Claro el acento de Merlin, que exclama:
 « Propicia siempre á tu querer fortuna
 « Se muestra, ¡oh virgen noble y denodada!
 « Por el dedo supremo designada
 « A ser ilustre cuna
 « De un ínclito linaje, cuya gloria
 « Eterna harán los fastos de la historia.
 « De la sangre de Troya antigua y noble,
 « Que por venero doble
 « Se mezcla en tí, saldrán altos varones,
 « Por cuyo brazo y cuya ciencia, en breve,
 « Sus antiguos blasones
 « Italia ver recuperados debe.
 « De tí nacerán reyes que de Numa
 « Y de Augusto el felice
 « Siglo recordarán; mas si del cielo,
 « Que de Roger á esposa te destina,
 « Anhelas que el designio se realice,
 « Tu plan siguiendo, impávida y constante,
 « Al ladron extermina
 « Que oprime en dura cárcel á tu amante. »
 Calló Merlin, dejando á la hechicera
 Que empezase á mostrar á Bradamante
 Los héroes de su estirpe venidera.

Del infierno salidas,
 O no sé de qué parte, reunidas
 Allí miles de sombras se encontraban
 Que, con distinto aspecto y traje vario,
 Por entre aquellas bóvedas vagaban.
 Seguida de la célebre doncella,
 Hacia el templo la maga se adelanta,
 Y, un círculo trazando en torno della,
 Cual un muro levanta,
 Que á los espectros traspasar prohíbe,
 Encargando á la virgen el silencio.
 Y abriendo un libro, á los espectros habla
 Que, en confuso tropel, saliendo en esto
 De la estancia vecina,
 El cerco que trazóles la adivina
 Se esfuerzan por romper; mas, detenidos
 Una vez y otra vez por una mano
 Invisible y secreta,
 Tres vueltas dan en vano
 Y tornan á la tumba del Profeta.
 « Bien que una noche entera no es bastante,
 Dice entónces Melisa á Bradamante,
 « A enumerar los nombres, las hazañas
 « De esas al parecer sombras extrañas,
 « Y que tu estirpe han de animar un día;
 « Empezaré, y entre ellas eligiendo
 « Las que mas tu atencion fijar merezcan,
 « Sus títulos de gloria refiriendo
 « A medida te iré que comparezcan.
 « ¿Ves ese que de todos va delante,
 « Y que á tí te asemeja en el semblante?
 « De tu prole el primero
 « Ese será que ha de dar gloria á Italia.
 « Los campos de Poitiers en breve espero
 « Verle teñir en sangre del de Galia;
 « Despues que en un traidor, con brazo fuerte,
 « De su padre infeliz vengue la muerte.
 « Del rey de los Lombardos, Desiderio,

« Destrozará la hueste ,
 « Y , en premio de esta hazaña , el bello imperio
 « Recibirá de Caloon y de Este.
 « Uberto va tras él. Del suelo hesperio
 « Y de las armas gloria , por su espada
 « Mas de una vez la Iglesia
 « Del furor del infiel será salvada.
 « Alberto es ese , capitan invicto ,
 « Que con tanto trofeo
 « Adornará los templos. Con él veo
 « A Hugo su hijo , que en gloriosa guerra
 « Las milanesas sierpes desentierra.
 « Acio es aquel , que de su hermano muerto
 « La Insubria heredará. De afan prolijo
 « Lleno cabe él á un Albertacio advierto
 « Que á Berenguer y á su hijo
 « De Italia expulsará ; servicio insigne
 « Que de Alda , su heredera , para esposo
 « Al rey Oton hará que le designe.
 « Aquel es otro Hugo , cuyo acero
 « Del de su padre digno
 « Humillando al Romano , á Oton tercero
 « Libertará , salvando al Vaticano.
 « A Fosco aquíende noto ,
 « Que , cediendo á su hermano
 « Cuanto posee en la region ausonia ,
 « Vasto ducado heredará remoto.
 « De su madre la casa de Sajonia ,
 « Próxima ya á extinguirse ,
 « Heredará y á tan ilustre herencia
 « Dará gran nombre y clara descendencia.
 « Ese , segundo Acio ,
 « Será cortes aún más que belicoso.
 « Sus hijos son Bertoldo y Albertacio :
 « Vencedor este del segundo Enrique ,
 « Con sangre del germano
 « Ha de teñir el suelo parmesano ,
 « Y digno harán al otro sus virtudes

« De la bella Matilde , cuya mano
 « De casi media Italia
 « Pone en la suya el cetro soberano.
 « Hijo suyo es aquel , aquel Reinaldo
 « Que de la Iglesia , que profana , arroja
 « Al impio Federico Barbaroja.
 « Acio es tambien aquel que , de Verona
 « Ocupando el hermoso territorio ,
 « Titulado será marques de Ancona.
 « Por Oton cuarto y el segundo Honorio.
 « Mas ¿ cómo puedo en término tan corto
 « Los nombres y los hechos revelarte
 « De cuantos ha de ver el mundo absorto
 « Defender de la Iglesia el estandarte ?
 « Obizo es ese ; aquel es otro Folco ,
 « Acios aquesos son ; Hugos aquellos ;
 « Junto á su padre estan los dos Enriques ;
 « Dos Guelfos allá ves ; el uno de ellos
 « Vestirá de Espoleto el ducal manto ,
 « Y á su poder someterá la Umbria.
 « Acio quinto es aquel que en alegría
 « Ha de trocar de toda Italia el llanto.
 « Por él será vencido , y preso y muerto
 « El tirano Ezelino , cuya furia
 « Le hará pasar por hijo del demonio ,
 « Y la ruina será del suelo ausonio.
 « Al lado dél , parecerán benignos
 « Mario , Sila , Neron , Cayo y Antonio.
 « Del furor del segundo Federico
 « Libertará tambien á toda Italia
 « Este Acio quinto ; y vencedor , el cetro
 « Empuñará del territorio rico
 « Donde del hijo la desgracia inmensa
 « Cantará Apolo en dolorido metro ;
 « Que agradecido el gran pastor romano ,
 « De su valor en justa recompensa ,
 « Le hará de estos dominios soberano.
 « ¿ Dónde dejo al valiente Aldobrandino ,

« Que, ansioso de volar á la defensa
 « Del trono de san Pedro amenazado
 « Por Oton y el soberbio Gibelino,
 « Falto de medios viéndose y forzado
 « A acudir al erario florentino,
 « Al caro hermano dejará en rehenes
 « Como al de mas valor de entre sus bienes?
 « Y, su bandera desplegando luego,
 « Destrozando al germano,
 « Castigando á los condes de Celano,
 « Y combatiendo por la Santa Silla,
 « De la edad juvenil en medio al fuego
 « Terminará su vida sin mancilla.
 « Con las tierras de Ancona y de Pisauro,
 « Con cuantos pueblos hay desde Troento
 « Al mar, y al Apenino y al Isauro,
 « A su hermano en herencia
 « Un nombre ilustre dejará, tesoro
 « Apreciable mil veces mas que el oro.
 « Ese que ante tus ojos ora tienes
 « Es el bravo Reinaldo, en cuyas sienes
 « Glorioso lauro Napoles advierte.
 « Grandes serán del padre las alarmas,
 « Cuando venga á su afecto y á las armas
 « A arrebatarle sin piedad la muerte.
 « Otro Obizo es aquel, que en edad tierna
 « A los ricos estados que gobierna
 « Módena y Regio agregará. Sus pueblos
 « Le amarán de tal modo, que otros reyes
 « Destronarán por observar sus leyes.
 « Ese, uno de sus hijos, Acio sexto
 « De la cristiana cruz abanderado,
 « Yerno será de Carlos de Sicilia,
 « Y en dote alcanzará de Andria el ducado.
 « Detras, reunidos en un grupo, advierto
 « A Obizo, Aldobrandino,
 « Al cojo Nicolas y al buen Alberto.
 « Al reino hermoso agregarán Fayencia,

« Adria que nombre diera al mar insano
 « Y aquella que, cual mágica eminencia,
 « Circunda el Po lanzándose al Oceano.
 « Y no hablaré de Argencia ni de Lugo,
 « Ni de otras mil ciudades
 « Que á su poder doblegarán el yugo.
 « Aquel es Nicolas. Desde su infancia
 « Por su pueblo aclamado, ya le veo
 « Reprimir la arrogancia
 « De la faccion inieua de Tideo.
 « De su niñez será todo el recreo
 « Sudar bajo el arnes y la loriga,
 « Y en fingidos combates
 « Soportar de la guerra la fatiga.
 « De reposo enemiga
 « En vano intentará civil discordia
 « Por sus estados atizar la llama.
 « Descubierta la trama
 « Del tirano feroz de Parma y Regio,
 « Nicolas, con el cetro y con la vida
 « Le hará pagar su audacia fementida.
 « De la justicia por la recta senda
 « Constante marchará. De quien lo ofenda
 « Sabrá vengar su honor y dar castigo
 « De la paz de su reino al enemigo.
 « De tanta rectitud, de tal prudencia
 « El Hacedor del mundo satisfecho,
 « No ha fijado á su ilustre descendencia
 « Mas limite que aquel que fué prescrito
 « Por su inmutable diestra al infinito.
 « El otro es Leonelo, y á su lado
 « A Borso veo de su siglo lustre,
 « Que, de todos, el triunfo mas ilustre
 « Alcanzará sin empuñar su acero.
 « Él en cárcel oscura
 « Contendrá de la guerra el genio fiero,
 « Cifrando en la del pueblo su ventura.
 « Hércules es aquel; bien que quemado

« Tenga el un pié, sus destrozadas huestes
 « Uniendo denodado,
 « De un pérfido vecino
 « Que de su solio intentará lanzarle,
 « Domará la soberbia y obligarle
 « Sabrá á volver con pérdida á su tierra.
 « Su reinado glorioso
 « Será tanto en la paz como en la guerra.
 « De sus hechos la Italia
 « Guardará largo tiempo la memoria.
 « En singular combate
 « Cubrirse le verá de noble gloria
 « El catalan monarca. La victoria
 « Eterno hará su nombre; y sus virtudes
 « Le valdrán una rica señoría
 « Que cuarenta años antes merecía.
 « El afecto mayor que mostrar pueda
 « A un príncipe, su pueblo mostrarále;
 « No porque al suelo de infecunda greda
 « Obligue á que regale
 « Dulcísimos productos; no, tampoco,
 « Porque de muros y de fosos ciña
 « La soberbia ciudad que, á los espacios
 « Alzará, en medio de feraz campiña,
 « Torres, teatros, templos y palacios;
 « No porque de la saña formidable
 « Del aligero monstruo la defienda;
 « No porque ansioso atienda
 « A la paz de sus súbditos, en tanto
 « Que de la guerra encienda
 « Por la Italia el frances la antorcha horrenda,
 « Cuanto porque de su linaje augusto
 « Han de nacer un día
 « Hipólito el clemente, Alfonso el justo.
 « La inalterable union, el amor puro
 « Que reinar debe entre uno y otro hermano
 « Conservará su reino mas seguro
 « Que si de doble muro

« Lo ciñera el ingenio de Vulcano.
 « Cual de los hijos del Tindareo cisne
 « Se refiere, que solo
 « Privándose uno de la luz del dia
 « Verla el otro podia,
 « Tal de esta estirpe esclarecida y fuerte
 « Siempre á morir estará pronto el uno
 « Por libertar al otro de la muerte.
 « Unidos el saber á la cordura
 « De modo se hallarán en este Alfonso,
 « Que á creer llegará la edad futura
 « Que de su excelso trono
 « A aconsejarle descendiera Astrea.
 « Mas no por eso del valor heróico
 « De su padre heredado
 « Dejará de hacer prueba, cuando vea
 « Las venecianas naves por un lado,
 « Y por otro las tropas de la ingrata,
 « Que, semejante á Progne ó á Medea,
 « Sus propios hijos sin piedad maltrata.
 « Por tierra y mar, cuando á la guerra vaya,
 « Sabrá poner á su enemigo á raya,
 « De Romania un ejército sin guia
 « Le embestirá; mas, con su sangre impía,
 « Tiñendo el fértil suelo
 « Por do corren Santerno, Po y Zañuelo,
 « Pagará su insolencia temeraria.
 « Entretanto el hispano,
 « Que con su oro el pontífice asalaría,
 « De Bastia apoderándose, inhumano,
 « Muerte injusta dará á su castellano.
 « Veloz corriendo Alfonso allí, del papa
 « Da tal castigo el mercenario aleve,
 « Que ni un solo español con vida escapa
 « Para que á Roma la noticia lleve.
 « Solo de Alfonso, pues, será la gloria
 « De haber dado, en los campos de Romaña,
 « Al frances la victoria

UNIVERSIDAD DE BURGOS 1506
 BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

10747

« Contra el poder de Julio y el de España.
 « En rojo humor hundidos hasta el pecho
 « Nadarán los caballos,
 « Y la sangre de Grecia y la alemana
 « Correrán confundidas
 « Con la francesa, la itala y la hispana.
 « Aquel que allí la cabellera cana
 « So el capelo de púrpura comprime,
 « De la Iglesia apostólica romana
 « Gran cardenal será, mortal sublime
 « A cuyo nombre, en prosa como en verso,
 « Pagará su tributo el universo;
 « Si, otorgando á su siglo un nuevo Augusto,
 « Le concede un Virgilio el cielo justo.
 « Con muy pocos que siguen sus banderas,
 « A este Hipólito adyerto
 « Triste partir y retornar cubierto
 « De gloria y de laureles,
 « Despues de cautivar quince galeras,
 « Que, con otros bajeles,
 « Conducirá triunfante á sus riberas.
 « Esos son uno y otro Sigismundo;
 « Los cinco hijos de Alfonso son aquellos,
 « Sus nombres por el mundo
 « Ornados volarán de lauro eterno.
 « Este, Hércules segundo,
 « Del monarca de Francia será yerno.
 « El que ves á su lado
 « Hipólito será, que la memoria
 « Del noble tio sostendrá con gloria.
 « Alfonsos son aquellos dos; Francisco
 « Aquel se llamará: pero su disco
 « Mas de una vez girar el sol haría
 « Antes que á mi la comenzada empresa
 « Dado fuera acabar. Tiempo es, empero,
 « De que esas sombras tornen á la tierra,
 « De do salieron á mi voz. Permite
 « Que las despida pues. » El libro cierra

Diciendo así; de hablar la maga cesa,
 Y á sumirse las sombras
 Van de Merlin en la callada huesa.
 Cuando libre de hablar en fin se vido
 Preguntó Bradamante: « ¿ Quiénes eran
 « Dos que con rostro triste y dolorido
 « Entre Alfonso é Hipólito marchaban,
 « Y que, privados casi de sentido,
 « La vista de los otros esquivaban? »
 A tal pregunta, la hechicera siente
 Sus lágrimas correr, y en voz doliente
 « ¡ Oh miseros! » exclama, « ¡ qué de males
 « Les han de acarrear culpas ajenas!
 « Si fueron criminales
 « Piedad, ¡ oh Hércúlea prole! que en sus venas
 « Circulan de tu sangre los raudales. »
 Y en baja voz añade: « ¡ Oh! no pretendas,
 « Dama, turbar con relacion tan triste
 « El gozo que escuchándome tuviste.
 « Mañana al primer rayo matutino
 « Hacia el castillo iremos
 « Y á tu amado Roger libertaremos:
 « Yo misma, yo te mostraré el camino. »
 Largo rato, en la cueva, Bradamante
 Habla luego á Merlin, que de su amante
 Le manda sin demora
 Al socorro volar. No bien los cielos
 Iba empezando á iluminar la aurora,
 Con la hechicera, por oscura via,
 Sube la dama á la escarpada roca
 En cuya negra boca,
 Horrorizado, se detiene el dia.
 Selvas, montes, barrancos atraviesan,
 Y, en discurso animado,
 Que el tiempo y la distancia disminuye,
 Del modo de salvar á su adorado
 A Bradamante la hechicera instruye.
 « Vano el valor de Palas ó el de Marte

« Fuera, oh virgen, decia,
 « Para vencer de ese malvado el arte.
 « Vanos, aunque pudieras congregarlos,
 « El poder de Agramante y el de Carlos.
 « Que, á mas de ser de acero
 « Los muros de su estancia inexpugnable,
 « A mas que, al aire alzándose lijero,
 « El enemigo hierro siempre esquiva,
 « Lleva al brazo un broquel que á un tiempo priva
 « De la vista y la mente,
 « Y que á sus plantas postra al mas valiente.
 « Y como en balde resistir su brillo
 « Intentaras, el medio
 « A revelarte voy de conseguillo :
 « Agramante, rey de África, un anillo
 « Que á una reina de la India fué robado,
 « Posee, de virtud tan peregrina,
 « Que, con solo llevarlo puesto al dedo,
 « Es contra todo encanto medicina.
 « Fué este anillo, poco hace, encomendado
 « Por Agramante al pérfido Brunelo,
 « Que salvar al que adoras ha jurado.
 « Algunas millas en su viaje lleva
 « De delantera sobre ti; no obstante,
 « Si quieres que á ti deba,
 « Y no al rey Agramante,
 « Roger su libertad, escucha atenta
 « Lo que á decirte voy: cuando tres dias
 « Por la orilla del mar, que se presenta
 « Casi ya á nuestra vista, hayas marchado,
 « Hallarás una venta
 « Do al mismo tiempo llegará Brunelo,
 « Que de infamias y ardidés sabe tanto
 « Como sabe de encanto
 « El nigromante á quien vencer intenta.
 « Y á fin que por su traza y su figura,
 « Con solo verlo, conocerle puedas,
 « A darte voy sus señas en bosquejo.

« A seis palmos no llega su estatura;
 « Su poblado entrecejo
 « Oculta casi su cenuda frente;
 « Es chata su nariz, crespo el cabello,
 « Sinistro su mirar, su ojo encendido,
 « Y su vestido, en fin, al de un correo,
 « En lo estrecho y lo corto, parecido.
 « Cuando á parar vuestro discurso venga
 « Sobre el castillo y su tirano dueño,
 « De presentarte ante él á combatillo
 « Has de mostrar un decidido empeño,
 « Mas cuidando no hablarle del anillo.
 « A servirte él se ofrecerá de guia;
 « Su oferta acepta tú: cuando á la vista
 « Del alcázar llegueis dale la muerte,
 « Sin que tu pecho la piedad ablande;
 « Sin que tu brazo á mi querer resista.
 « Tu ánimo empero y tu presteza grande
 « Ha de ser al momento en que le embista;
 « Que hundióse para siempre tu esperanza
 « Si él tu designio á descubrir alcanza.»
 Hablando así, ya estan en las orillas
 Del mar donde el Garona se derrama;
 Tristes, al despedirse, sus mejillas
 Con llanto riegan una y otra dama.
 De romper las cadenas de su amante
 Parte ansiosa la bella Bradamante,
 Y, concluida la tercer jornada,
 Se encuentra con Brunelo en la posada.
 Por sus señas cóncelo al instante;
 Llégase á él, y le habla, y le pregunta
 De do viene y adonde
 Se dispone á marchar. El le responde;
 Mas ella, conociendo que mentira
 Es cuanto el vil de asegurarle trata,
 A inducirle en error tambien aspira,
 Y sexo y patria y religion recata.
 Fijos los ojos tiene

La dama en el autor de tanto engaño,
Que hácia ella en esto paso á paso viene.
A medida que él llega ella se aleja,
Cuando un rumor extraño
Llenos de admiracion á todos deja;
Mas, antes de decir cual fué su causa,
Permitidme, señor, haga una pausa.

CANTO IV.

Anillo mágico. — Caballo atado. — Escudo portentoso. — Palacio encantado. — Bradamante da libertad á Roger, y prende a mago Atlante. — Roger monta en el Hipogrifo y desaparece por los aires. — Congoja de Bradamante. — Llega Reinaldo á Escocia. — Principia la historia de la bella Ginebra.

Bien que, de un alma falsa siendo indicio,
Siempre el fingir fué reputado vicio,
Mas de una vez se vido
Haber bienes inmensos producido.
Odios, injurias, muertes ha evitado;
Que, en este mundo de ambicion é intriga,
No nos es siempre dado
Con amigos hablar; y si sucede,
Despues de larga prueba y gran fatiga,
Que apenas uno fiel hallarse puede
A quien, sin riesgo y sin temor, se diga
Del corazon el intimo secreto,
¿Porqué no ha de ser licito á la amiga
Del buen Roger que la verdad reboce
Al impostor cuya maldad conoce?
« ¡Oh Virgen santa! ¡Eterno Dios! ¿qué es esto?»
Estremecida exclama,
Oyendo un grande estrépito, la dama.
Y hácia el paraje, presto,
Do lo escucha acudiendo, ve cubiertas
La calle, las ventanas y las puertas

De gente que la vista al firmamento
Tiende y contempla exlática un portento.
Alzala ella tambien, y un caballero
Cubierto de armas refulgentes mira,
Sobre un bridon lijero
Que, sus pintadas alas agitando,
Hácia el ocaso con presteza gira.
« Ese es, » dijo el patron cuando á su vista
Hubo desaparecido en las montañas,
« Un viejo, á cuyas mañas
« No hay poder en la tierra que resista.
« El aire, agora en elevado vuelo,
« Se le mira cruzar; ora, del cielo
« Veloz bajando á la terrestre esfera
« De cuantas bellas halla se apodera.
« Dama no hay pues alguna que de bella,
« Con razon ó sin ella,
« Presuma (¿ y cuál no tiene esta jactancia?),
« Que ose salir de la paterna estancia.
« Encima del Pirene construido
« Fué este alcázar por magia y por encanto,
« Y el metal de sus muros luce tanto
« Que resplandor igual jamas se vido.
« Allá, señor, han ido
« Muchos guerreros ya; no viendo empero
« A ninguno volver, temblando infiero
« Que, de su audacia en pago,
« Los haya muerto ó cautivado el mago. »
La virgen le oye atenta,
Y ansiosa de ser dueña del anillo
Con que lanzar intenta
Al nigromante del fatal castillo,
Dice al patron: « Si entre tus gentes se halla
« Quien conozca el camino que allí guia,
« Conmigo venga, que trabar batalla
« Con ese monstruo mi valor ansia. »
— « Yo te acompañaré, dice Brunelo.
« A mostrarte la ruta, que conmigo

La dama en el autor de tanto engaño,
Que hácia ella en esto paso á paso viene.
A medida que él llega ella se aleja,
Cuando un rumor extraño
Llenos de admiracion á todos deja;
Mas, ántes de decir cual fué su causa,
Permitidme, señor, haga una pausa.

CANTO IV.

Anillo mágico. — Caballo atado. — Escudo portentoso. — Palacio encantado. — Bradamante da libertad á Roger, y prende a mago Atlante. — Roger monta en el Hipogrifo y desaparece por los aires. — Congoja de Bradamante. — Llega Reinaldo á Escocia. — Principia la historia de la bella Ginebra.

Bien que, de un alma falsa siendo indicio,
Siempre el fingir fué reputado vicio,
Mas de una vez se vido
Haber bienes inmensos producido.
Odios, injurias, muertes ha evitado;
Que, en este mundo de ambicion é intriga,
No nos es siempre dado
Con amigos hablar; y si sucede,
Después de larga prueba y gran fatiga,
Que apenas uno fiel hallarse puede
A quien, sin riesgo y sin temor, se diga
Del corazon el intimo secreto,
¿Porqué no ha de ser licito á la amiga
Del buen Roger que la verdad reboce
Al impostor cuya maldad conoce?
« ¡Oh Virgen santa! ¡Eterno Dios! ¿qué es esto?»
Estremecida exclama,
Oyendo un grande estrépito, la dama.
Y hácia el paraje, presto,
Do lo escucha acudiendo, ve cubiertas
La calle, las ventanas y las puertas

De gente que la vista al firmamento
Tiende y contempla exlática un portento.
Alzala ella tambien, y un caballero
Cubierto de armas refulgentes mira,
Sobre un bridon lijero
Que, sus pintadas alas agitando,
Hácia el ocaso con presteza gira.
« Ese es, » dijo el patron cuando á su vista
Hubo desaparecido en las montañas,
« Un viejo, á cuyas mañas
« No hay poder en la tierra que resista.
« El aire, agora en elevado vuelo,
« Se le mira cruzar; ora, del cielo
« Veloz bajando á la terrestre esfera
« De cuantas bellas halla se apodera.
« Dama no hay pues alguna que de bella,
« Con razon ó sin ella,
« Presuma (¿ y cuál no tiene esta jactancia?),
« Que ose salir de la paterna estancia.
« Encima del Pirene construido
« Fué este alcázar por magia y por encanto,
« Y el metal de sus muros luce tanto
« Que resplandor igual jamas se vido.
« Allá, señor, han ido
« Muchos guerreros ya; no viendo empero
« A ninguno volver, temblando infiero
« Que, de su audacia en pago,
« Los haya muerto ó cautivado el mago. »
La virgen le oye atenta,
Y ansiosa de ser dueña del anillo
Con que lanzar intenta
Al nigromante del fatal castillo,
Dice al patron: « Si entre tus gentes se halla
« Quien conozca el camino que allí guia,
« Conmigo venga, que trabar batalla
« Con ese monstruo mi valor ansia. »
— « Yo te acompañaré, dice Brunelo.
« A mostrarte la ruta, que conmigo

« Traigo trazada en un papel, me obligo,
 « Y á hablarte, entre mil cosas, de una cosa
 « Que nuestra marcha hará ménos penosa. »

Del anillo á hablar va; mas en su labio
 Su importante secreto el miedo sella.
 Su ofrecimiento acepta la doncella,
 Y, atenta sus palabras mesurando,
 Lo que conviene revelar revela,
 Y oculta con cautela

Lo que cumple ocultar. Un bruto hermoso,
 Hecho al trabajo y de la guerra al arte,

Al huésped compra y parte,
 Del pérfido Brunelo en compañía,
 Al primer rayo del siguiente dia.

Dé selva en selva y de uno en otro monte,
 Llegan á do la altura del Pirene
 Muestra, á no estar turbado el horizonte,
 De España y Francia á un tiempo las arenas,
 Cual á la vez, desde su cumbre cana,
 Las playas de Toscana
 Muestra Apenino y las del Adria esclavo.
 Por áspera, tortuosa y larga via
 A un valle desde allí se descendia.

En medio dél, sobre un peñon, descuella
 Magnifico palacio
 Que eleva en el espacio

Fúlgidas torres de estructura bella.

« De esa estancia en los ámbitos oscuros, »
 Dice Brunelo, « es donde el mago impio
 « Encierra á la beldad, oprime al brio. »

Son cuatro tajos sus lucientes muros.
 Sendero alguno no se ve, ni escalas
 Que conduzcan allí. Solo con alas
 Del monstruo en la alta peña

Es dado penetrar. De hacerse dueña
 Del castillo, llegado ya el instante
 Estima Bradamante;

Pero, temiendo amancillar su gloria

• Con tan fácil victoria,
 • Mientras que puede conseguir su objeto
 Sin derramar la sangre del malvado,
 Llegase á él, le coge descuidado,
 Y, el anillo quitándole, á un abeto
 Sus manos ata. Sorda á sus lamentos,
 Del monte luego baja á pasos lentos
 Hasta el pié de la roca
 Do estriban del castillo los cimientos.

El cuerno entónces toca
 Que al nigromante á combatir provoca;

« Baja, le grita, que tu saña impía,
 « Monstruo feroz, mi espada desafia. »

Estos sonidos escuchando el mago,
 De sus guaridas en salir no tarda,
 Y, en su corcel surcando el aire vago,
 A la virgen gallarda

Arremete. Ella impávida le aguarda,
 Y, con placer y con sorpresa, nota
 Que arma alguna no trae con que pueda
 Penetrar el acero de su cota.

Cubierto trae de encarnada seda
 Él en su izquierda el portentoso escudo,
 Y en su derecha el libro, en que leyendo,
 Tanto encanto obró ya, tan estupendo.

De una yegua y de un grifo
 Allá naciera en los Rifeos montes

El bruto extraño en que montado viene.
 Su nombre es Hipogrifo;

En las garras, la pluma y la cabeza
 Se asemeja á su padre;

Lo restante del cuerpo es de su madre.
 Por fuerza y por encanto,

Trájolo el mago de su clima frio,
 Y puso en domeñarle esmero tanto,
 Que en un mes consiguió que, á su albedrio,
 Girase por la tierra y por el viento;
 Siendo acaso esta en él la única cosa

Que no fuese ficción ó encantamiento.

Pero su ciencia, que á la vista humana
Trueca lo blanco en rojo ó amarillo,
Contra la bella virgen hoy es vana,
Que el antidoto lleva en el anillo,
Y que, el cauto consejo

De la sagaz Melisa recordando,
Se ensaya de su lanza en el manejo,
Y, á su ardiente corcel ejercitando,

La espada esgrime y lucha y forcejea,
Cual si se hallara en aspera pelea.

Llegando en esto, el fiero nigromante
Saca el mágico escudo,
No dudando ofuscar á Bradamante;
Hacer lo mismo desde luego pudo
Con todos sus contrarios;
Mas siempre, antes de obrar este portento,
En ver su ardor gozabase un momento,
Cuál, antes de ser víctima del gato,
Suele el ratón ser su juguete un rato.

De la virgen, empero,
Tal la suerte no fué. Con grande esmero
Su plan oculta al viejo fementido,
Y, al mirar el broquel sin su cubierta,
En ademan fingido,
Sobre el suelo se arroja como muerta.

Surtió su ardid el deseado efecto;
Pues, realizar creyendo su proyecto,
El mago en su corcel los aires hunde,
Al suelo salta, y, al arzon colgando
El encubierto escudo, en tierra pone
El volúmen infando,

Y á atacar á la virgen se dispone.
Cual, tras un matorral, oculto lobo
Suele acechar descarriada oveja,
Le acechaba la virgen impaciente.
Al verle cerca, se alza, lo derriba,
Y, sus miembros atando fuertemente



Atlante vencido por Bradamante. (T. I, p. 51.)

- Con la misma cadena con que él iba
 Los de ella á sujetar segun su usanza,
 ● Con victoriosa mano
 Se dispone á cortarle la cabeza;
 Mas, piadosa, suspende su venganza,
 Al contemplar un venerable anciano,
 Pálido, débil, triste y abatido
 Que, en su semblante y su cabello cano,
 Setenta eneros muestra haber cumplido.
 « Dame, oh jóven, por Dios, la muerte dame, »
 El viejo grita con lenguaje altivo;
 Mas ella tiene en conservarle vivo
 Cuanto empeño en morir tiene el infame.
 Saber quién es desea y con qué objeto
 Fundó su alcázar en aquel paraje
 Tan estéril, recóndito y salvaje.
 « No maligna intencion, » dice llorando
 El viejo encantador, « ese edificio
 « Me indujo á construir. Nada codicio
 « Para mí; si hice mal, hicelo solo
 « Por la vida y la fama
 « Del paladin mas noble y esforzado
 « Que, de uno al otro polo,
 « Ve en su carrera el sol. Roger se llama;
 « Por mi desde su infancia fué criado.
 « Por su fiero destino,
 « Por su denuedo y su ambicion guiado,
 « Con el rey Agramante á Francia vino,
 « Donde, segun el cielo me previno,
 « Convertirse á la fe de Cristo debe
 « Y á manos de un traidor morir en breve.
 « Atlante soy; mi amor por él, mi anhelo
 « De libertarle de su adversa suerte
 « A fundar me movieron ese alcázar,
 « Donde preso esperé con él hoy verte
 « Y con otros ilustres paladines
 « Y damas que, de todos los confines
 « Del orbe, hácia este atraje

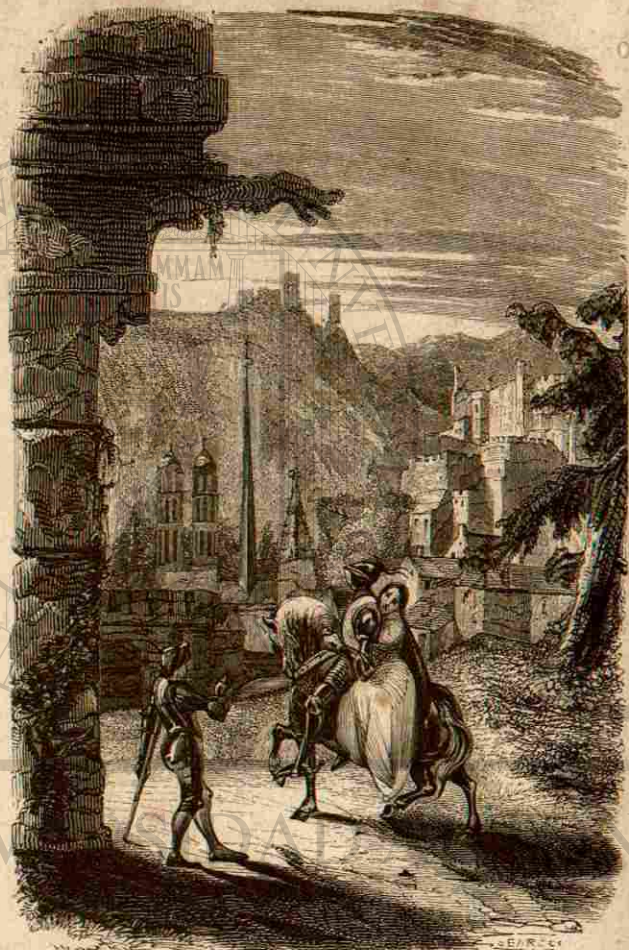
« Por alegrar su soledad. Excepto
 « La libertad, linaje
 « De gozo no hay, ventura no hay alguna
 « Que esa feliz morada no reuna.
 « Y qué, ¿tan dulce vida
 « Pretenderás turbar con tu venida?
 « ¡Ah! si no es ménos que tu rostro bello
 « Tu corazon, no dé Roger me impida
 « La dicha hacer en que mi dicha sello.
 « Mi escudo, mi bridon, si te acomoda,
 « Toma; si amigos en mi alcázar tienes,
 « Da libertad á dos, á tres, á toda
 « La gente que hay en él; mas no me llenes,
 « Llevándote á Roger, de eterno duelo.
 « Antes, antes tu brazo
 « De mi alma y de mi cuerpo corte el lazo.
 « Romper los de Roger, dice la dama,
 « La sola causa fué de mi venida;
 « En vano pues mi compasion imploras.
 « ¡Qué! ¿por ventura ignoras
 « Que ese caballo, tu broquel, tu vida
 « Estan en mi poder? ¿Cómo supones
 « Que aún cuando tuyos fueran todavía,
 « En dejar yo penar en tus prisiones
 « Al valiente Roger consentiria?
 « No; si los cielos su infelice suerte
 « Ya te han predicho, en vano
 « A su querer intentas oponerte.
 « No me supliques pues, misero anciano,
 « Que la vida te quite; un alma fuerte
 « A su brazo encomienda tal encargo,
 « Y hacerlo puedes tú, luego que abiertas
 « De tu palacio me hagas ver las puertas. »
 Dice, y hácia la roca
 Viendo al anciano que sus pasos guia,
 Cerca dél se coloca,
 Que de su abatimiento no se fia.
 Juntos llegan en breve á do en la peña

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA

GOBIERNO DEL ESTADO DE COAHUILA
 SECRETARÍA DE EDUCACIÓN PÚBLICA
 INSTITUTO DE INVESTIGACIONES Y ESTADÍSTICAS



Reinaldo y Dafinda delante la ciudad de San Andrés. (T. I, p. 53.)

Una hendidura el mágico le enseña,
Y en ella entrando, la escalera mira
Que hasta la puerta del palacio gira.

Vese, cabe esta puerta,
Una losa de ignotos caracteres
Y de extrañas imágenes cubierta.

Álzala el mago, y luego,
Unos vasos quebrando
Que debajo se hallaban y en los cuales
Oculto ardía inextinguible fuego,
Sus lazos rompe cual romper sus redes
Suele tal vez pintado jilguerillo,

Y con él del castillo
Desparecen las torres y paredes.

Libre, pues, en el campo, en este instante
Se ve cuanta beldad, cuanto caudillo
Allí gemia, y mas de uno hay que pena
Siente al dejar esta morada amena.

Allí Prasildo estaba, noble jóven
Que vino con Reinaldo del Levante;
Su amigo Iroldo está con él. Gradaso
Se halla también allí, y el rey circaso.

La bella Bradamante
Ve en fin á su Roger, que, de amor ciego,
Viene á lanzarse entre sus brazos luego,
Con toda la violencia con que late
Su corazón desde que, en un combate,
Por salvarle la vida,
Fue en la frente la virgen mal herida.

Largo de contar fuera como y cuando,
Noche y día por horrible espesura
Vagaron, sin hallarse, á la ventura.
Hoy que juntos se ven, y, no ignorando
A quien debe el remedio de sus males,
En júbilo el guerrero rebotando,
Se juzga el mas feliz de los mortales.
Con ella luego descendiendo al valle,
Testigo de su triunfo, al Hipogrifo

Vió que al arzon colgado todavía
 El escudo del mágico tenía.
 Por cogerle del freno
 La dama va; mas, cuando cerca llega,
 Sus alas él despliega
 Y va à pararse en medio à la colina.
 En seguirle se obstina
 La hermosa virgen: mas se obstina en vano;
 Que así, con su incesante movimiento,
 Frustra su vivo afan el monstruo alado,
 Cual, girando del uno al otro lado,
 Frustra el del can atento
 Corneja astuta. Por distinto rumbo
 Parten Roger, Gradaso, Sacripante
 Y los demas guerreros, el paraje
 Cada cual à ocupar donde suponen
 Mas presumible que Hipogrifo baje.
 Luego que desde el monte al valle umbrío
 Hacer este les hizo mas de un viaje,
 Ante Roger apaciguó su brio.
 Tan grande es el cariño que profesa
 Atlante al jóven, en quien mira un hijo,
 Que de pensar no cesa
 Como salvarle de la suerte impia
 Que su fatal estrella le predijo.
 Con este objeto al Hipogrifo envía
 Porque à climas remotos se lo lleve.
 Su freno coge el héroe; mas, en breve,
 Viendo que en vano anhela
 Conducirlo tras sí, del suyo salta,
 Sobre Hipogrifo monta y con la espuela,
 Animando su ardor, su ijar esmalta.
 Corre el monstruo al principio; mas, su vuelo
 Levantando despues, rápido surca
 Las regiones del aire y las del cielo.
 La hermosa dama, que en peligro tanto
 Mira à Roger, se turba, se estremece,
 Recuerda con espanto

Que arrebatado fuera Ganimédes
 Del patrio imperio à las celestes sedes,
 Y tiembla por Roger, que en gallardía
 Con él y en gracia competir podria.
 Ávida, con los ojos,
 Sigue al héroe; y, así que desaparece,
 Lo sigue el corazon lleno de enojos.
 Esta ilusion en fin se desvanece,
 Y, prorumpiendo en doloroso llanto,
 A Frontino se acerca, y en él monta,
 Bien decidida à conservarlo en tanto
 Que volverlo à su dueño no consiga;
 Pues la dulce esperanza
 De ver de nuevo à su Roger abriga.
 Mas de Hipogrifo el impetu no alcanza
 A refrenar el héroe, que del llano
 El mas erguido monte
 Intenta ya diferenciar en vano;
 Y cuando, en fin, tan alto se levanta,
 Que en el espacio un átomo parece,
 Toma el rumbo que suele
 Tomar el sol cuando à la mar se lanza,
 Y voga cual bajel à quien impele
 Brisa halagüeña en tiempo de bonanza.
 A merced de los vientos, entre tanto,
 Surca Reinaldo el ponto embravecido,
 Que de bramar no cesa,
 Y à la costa escocesa,
 Por las hinchadas olas impelido,
 Llega por fin. La selva
 Descubre allí, cuyo recinto umbrío
 Testigo fué de tanta y tanta hazaña.
 Vagan entre sus sombras caballeros
 Famosos por su esfuerzo y poderio,
 Que, desde el polo frio,
 De Francia, de Germania y de Bretaña,
 A ejercitar vinieron sus aceros.
 Quien gran valor en sí no sienta, el paso

No dirija á estas selvas,
 Honradas por Galaso,
 Tristan, Artus, Galbano, Lanzarote
 Y otros muchos guerreros, celebrados
 En romances antiguos y modernos,
 Cuyos nombres eternos
 En mil trofeos vivirán grabados.
 Sus bellas armas, su corcel lijero
 Reinaldo ve; por la arenosa playa
 Su camino emprendiendo, al marinero
 Manda que á Wárich á aguardarle vaya.
 Solo, sin escudero, incierto flota
 Por la selva, aventuras
 Solicito buscando, cuando nota
 En medio á la espesura una abadía,
 Que de su haber gran parte consumia
 En obsequiar las damas y guerreros
 Que, en torno della, erraban noche y día.
 Grata acogida, en su recinto santo,
 Los religiosos á Reinaldo dieron,
 Y una espléndida mesa apercibieron,
 Adornada de cuanto
 Satisfacer pudiera su apetito.
 Satisfizolo; y, luego,
 Al abad preguntó donde se hallaban
 Los sitios bienhadados,
 En que dar rienda al belicoso fuego
 Pudieron tantos héroes esforzados.
 El abad le asegura
 Que mas de una aventura,
 La selva recorriendo, hallar podria;
 Pero aventuras que, en su sombra densa,
 El veló del silencio envolveria.
 « Piensa, prosigue, piensa
 « Que alto valor, eterna fama deben
 « De tus hazañas ser la recompensa.
 « Y si dar de tu esfuerzo quieres muestra,
 « Una ocasion el cielo hoy te depara,

« Cual, ni en la edad antigua ni en la nuestra,
 « A paladin alguno deparara.
 « Del apoyo de tu ánimo y tu diestra
 « La princesa Ginebra hoy necesita
 « Contra un guerrero, cuya aleve lengua
 « De tal virtud no teme hablar en mengua.
 « Al rey este guerrero la ha acusado
 « (Por odio, mas que con razon, infiero)
 « De haber á media noche presenciado
 « Entrar en su aposento á un caballero.
 « Y es la ley en Escocia tan severa,
 « Que á morir en la hoguera
 « Condena á toda dama que acusada
 « Es de un deslíz, no siendo desposada,
 « A ménos que un guerrero
 « A desmentir al acusante venga,
 « Y, con él combatiendo, el trunfo obtenga.
 « Lleno el rey de dolor, la triste suerte
 « Preveyendo de su hija
 « Si de un mes en el término no se halla
 « Un paladin tan fuerte
 « Que en singular batalla
 « Venza al acusador, edictos fija
 « Por todas sus ciudades y castillos,
 « Su mano prometiendo y un estado
 « Al que (siendo de origen elevado)
 « A lidiar por Ginebra se presente,
 « Y haga á Lurcanio confesar que miente.
 « Y ademas que esta empresa
 « Es mas digna de tu ánimo y tu acero
 « Que cuantas halles por la selva espesa;
 « A mas que es del deber de un caballero
 « Amparar la virtud y la belleza,
 « La mayor que hay del Ganges al Ibero,
 « Y estados y riqueza
 « Y la amistad del rey y eterna gloria
 « Conseguirás, ganando esta victoria.»
 « — ¿Con que morir una doncella debe,»

Interrumpe Reinaldo,
 « Porque de amor el dulce néctar bebe;
 « Al que impuso y tolera tal castigo,
 « Yo por siempre maldigo;
 « La que ama muere, ¡y vivirá la ingrata
 « Que al que la adora con desdenes mata!
 « Que haya ó no la princesa cometido
 « La falta que le imputan no decido,
 « Ni si obró bien ó mal; bien que yo entiendo
 « Que, escándalo no habiendo,
 « Un mérito mas bien que un crimen sea
 « A un amante otorgar lo que desea.
 « Si el mismo afecto, con igual caricia,
 « Ambos sexos impele á aquel suave
 « Fin del amor, la celestial delicia,
 « Que tiene el vulgo por delito grave,
 « ¿No será la mas bárbara injusticia
 « Que se permita al hombre que se alabe
 « De aquello que á la dama
 « Con la existencia hace perder la fama?
 « ¡Oh ley funesta! que á abolir me obligo,
 « Al vil acusador dando castigo,
 « Si el cielo santo mi valor inflama. »
 Los monjes convinieron en que poea
 Del autor de esta ley
 Fue la cordura, y que es culpable el rey
 Que, pudiéndolo hacer, no la revoca.
 Del sol apenas el fulgor primero,
 Al nuevo día, en el oriente asoma,
 Sus armas, su bridon Reinaldo toma,
 Y con un escudero,
 Que los monjes le dan, parte lijero,
 Por medio de la selva angosta vía,
 Ansioso de acortar, tomado había,
 Cuando una triste voz hiera su oído.
 Hacia el paraje de do sale el ruido
 Los dos bridones trotan
 Agujados á un tiempo por sus dueños,

Que, en lo mas denso de la selva, notan
 En grave apuro á una infeliz doncella.
 A cada lado della,
 Con el puñal alzado,
 Un asesino está que, despiadado,
 A sepultarlo va, con brazo aleve,
 En el seno mas blanco que la nieve.
 No bien la horrible cuita
 De la doncella el paladin advierte,
 El hierro clava á su caballo fuerte,
 Y, amenazando, á los malvados grita.
 Confusos ellos huyen á su vista;
 Mas de seguir su pista
 No se cura el guerrero. Otro cuidado
 En este instante agitale y le ocupa.
 De Bayardo en la grupa
 Subir hace á la dama, y á su lado
 Sigue luego el camino comenzado.
 Bien que el temor de una cercana muerte
 El rostro de la dama aun desfigura,
 En admirar el paladin no tarda
 Su presencia gallarda
 Y sus modales llenos de finura.
 Prendado dellos, de la triste suerte
 Que la conduce allí la causa inquiere,
 Y con voz triste, que interrumpe el llanto,
 Ella entónces refiere
 Lo que á narrar yo voy en otro canto.

CANTO V.

Historia de Ginebra y Ariodante. — Reinaldo liberta de la muerte
 á aquella princesa, hija del rey de Escocia; quita la vida al
 duque de Albania, y obtiene los socorros que viene á pedir.

¡Oh de natura fuerza seductora,
 Que, con vínculo estrecho, á su hembra unes
 Cuanto animal sobre la tierra mora!
 Por tí, tranquila, en su salvaje choza,

Interrumpe Reinaldo,
 « Porque de amor el dulce néctar bebe;
 « Al que impuso y tolera tal castigo,
 « Yo por siempre maldigo;
 « La que ama muere, ¡y vivirá la ingrata
 « Que al que la adora con desdenes mata!
 « Que haya ó no la princesa cometido
 « La falta que le imputan no decido,
 « Ni si obró bien ó mal; bien que yo entiendo
 « Que, escándalo no habiendo,
 « Un mérito mas bien que un crimen sea
 « A un amante otorgar lo que desea.
 « Si el mismo afecto, con igual caricia,
 « Ambos sexos impele á aquel suave
 « Fin del amor, la celestial delicia,
 « Que tiene el vulgo por delito grave,
 « ¿No será la mas bárbara injusticia
 « Que se permita al hombre que se alabe
 « De aquello que á la dama
 « Con la existencia hace perder la fama?
 « ¡Oh ley funesta! que á abolir me obligo,
 « Al vil acusador dando castigo,
 « Si el cielo santo mi valor inflama. »
 Los monjes convinieron en que poea
 Del autor de esta ley
 Fué la cordura, y que es culpable el rey
 Que, pudiéndolo hacer, no la revoca.
 Del sol apenas el fulgor primero,
 Al nuevo día, en el oriente asoma,
 Sus armas, su bridon Reinaldo toma,
 Y con un escudero,
 Que los monjes le dan, parte lijero,
 Por medio de la selva angosta vía,
 Ansioso de acortar, tomado había,
 Cuando una triste voz hiera su oído.
 Hacia el paraje de do sale el ruido
 Los dos bridones trotan
 Agujados á un tiempo por sus dueños,

Que, en lo mas denso de la selva, notan
 En grave apuro á una infeliz doncella.
 A cada lado della,
 Con el puñal alzado,
 Un asesino está que, despiadado,
 A sepultarlo va, con brazo aleve,
 En el seno mas blanco que la nieve.
 No bien la horrible cuita
 De la doncella el paladin advierte,
 El hierro clava á su caballo fuerte,
 Y, amenazando, á los malvados grita.
 Confusos ellos huyen á su vista;
 Mas de seguir su pista
 No se cura el guerrero. Otro cuidado
 En este instante agitale y le ocupa.
 De Bayardo en la grupa
 Subir hace á la dama, y á su lado
 Sigue luego el camino comenzado.
 Bien que el temor de una cercana muerte
 El rostro de la dama aun desfigura,
 En admirar el paladin no tarda
 Su presencia gallarda
 Y sus modales llenos de finura.
 Prendado dellos, de la triste suerte
 Que la conduce allí la causa inquiere,
 Y con voz triste, que interrumpe el llanto,
 Ella entónces refiere
 Lo que á narrar yo voy en otro canto.

CANTO V.

Historia de Ginebra y Ariodante. — Reinaldo liberta de la muerte
 á aquella princesa, hija del rey de Escocia; quita la vida al
 duque de Albania, y obtiene los socorros que viene á pedir.

¡Oh de natura fuerza seductora,
 Que, con vínculo estrecho, á su hembra unes
 Cuanto animal sobre la tierra mora!
 Por tí, tranquila, en su salvaje choza,

Cabe el lobo rapaz, la loba yace;
 La selva el oso en recorrer se place
 Con su esposa feroz; dulce reposo,
 Cabe el leon, su compañera goza,
 Y, al lado del novillo impetuoso,
 Jóven novilla sin temor retoza.
 ¿Qué abominable monstruo, qué Meguera,
 A turbar baja del humano el pecho?
 ¿Porqué, movidos de fatal despecho,
 Se injurian, se amenazan y aun se hieren
 El esposa y la esposa?
 ¿Porqué, porqué, tal vez, cólera ciega
 El tálamo nupcial con sangre riega?
 Al cielo grave ofensa
 Hace sin duda aquel que el rostro bello
 De mujer indefensa
 Osa tocar con intencion aleve,
 O aquel que de sus sienas un cabello,
 Contra su grado, á arrebatarse atreve;
 Mas no hay un monstruo que en fiereza iguale
 Al que, por despojarla de la vida,
 De la cicuta ó del puñal se vale.
 Y tales deben ser los dos malvados
 Que, por celar su crimen,
 Creyéndose del mundo retirados,
 En lóbrega selva el hierro esgrimen
 Contra la hermosa dama
 Que, al verse libre de su suerte fiera,
 Al paladin habló de esta manera:
 « Vas á escuchar del hombre mas perverso
 « Una accion de que apénas
 « Ejemplo vieron Argos ni Micénas,
 « Ni pueblo alguno en todo el universo;
 « Que, si el sol con sus rayos mas oblicuos
 « Estas regiones hiere,
 « Es que la vista, horrorizado, quiere
 « Apartar de mortales tan iniucos.
 « En todo siglo vióse en toda tierra

« Que el hombre hiciese á su enemigo guerra;
 « Mas por el bien hacer el mal delito
 « Es atroz, inaudito.
 « La causa pues escucha, cuyo influjo
 « A morir á estos sitios me condujo.
 « Sabe, señor, que, niña todavia,
 « De la bella Ginebra entré al servicio.
 « A la par de su edad creció la mia
 « Y á su lado, bien presto,
 « Logré en la corte distinguido puesto;
 « Mas á turbar vino el amor mi calma,
 « En mi pecho lanzando llama impia
 « Por el duque de Albania, que de su alma
 « Las ansias me explicaba cada dia.
 « De su acento y su rostro enamorada,
 « Sin estudiar su corazon, muy luego
 « A su querer me entrego;
 « Y de crédulo amor alucinada
 « Con él mi lecho dividi. ¡ Cuitada!
 « Victima de un afecto ciego y vivo,
 « Ningun temor me arredra ó acobarda,
 « Y á mi amador recibo
 « De Ginebra en la estancia favorita,
 « Do casi siempre habita
 « Y do sus joyas mas preciosas guarda.
 « En el muro exterior de este aposento
 « Un balcon se divisa
 « Que da acceso á una sala
 « Del alcázar, y vista á un campo inculto
 « Que humana planta á ninguna hora pisa,
 « Yo misma al caro amante, yo la escala,
 « Útil á nuestra empresa,
 « Lanzaba del balcon siempre que, el frio
 « Huyendo ó los ardores del estío,
 « De habitacion cambiaba la princesa.
 « Secreto muchos dias
 « Y muchos meses este amor, en fuego
 « Trueca la sangre de las venas mías.

« ¡ Necia de mi! ¡ de mi delirio loco
 « Ser pude, oh Dios, así juguete ciego!
 « De la jóven princesa el duque á poco
 « Osó mostrarse enamorado: si era
 « Antigua esta pasion ó bien reciente,
 « Jamas pude saber; mas era tanto
 « Sobre mi su ascendiente,
 « Tan poco su rubor, que, no contento
 « Con descubrirme su traicion, mi amparo
 « Imploró para darle cumplimento.
 « Este amor no comparo
 « Al que siento por ti, bien me decia;
 « Mi solo objeto es obtener del padre
 « La mano de Ginebra;
 « Tanto en efecto y tanto se celebra
 « Su alcurnia y su riqueza, que en Escocia
 « No hay quien al rey mejor que al duque cuadre
 « Por yerno. Y añadia
 « Que si, por obra mia,
 « Este objeto lograba, eternamente
 « A tan alto favor agradecido,
 « Mas que al rey, que á Ginebra, que á su gente
 « Y á cuanto poseyera, me amaria.
 « A complacerle atenta, no combato
 « Ni puedo combatir este proyecto;
 « Mas, con celo insensato,
 « Mil medios busco de llevarlo á efecto.
 « Con la bella Ginebra hablando un dia,
 « Nuestra conversacion sobre este asunto
 « Viene á parar. Al punto
 « La ocasion aprovecho
 « Y al duque le presento, cual trasunto
 « De belleza y virtud. Dios me es testigo,
 « Todo fué en vano; en vano me fatigo,
 « Insisto y ruego al fin. Mover el pecho
 De la bella Ginebra no consigo.
 « Un jóven caballero, en quien se asocia
 « El esfuerzo á la gracia y cortesía,

« Con un su hermano, imberbe todavía,
 « Era venido desde Italia á Escocia,
 « Donde eclipsó, con mas de una alta hazaña,
 Las de todos los héroes de Bretaña.
 « Prendado de su audacia en los combates,
 « El rey á este caudillo
 « Le dió mas de un estado y de un castillo,
 « Y grande le hizo, al par de sus magnates.
 « A la bella princesa
 « Aqueste jóven tierno amor profesa,
 « Cuya llama es mas viva
 « Que la que á Troya consumió, y que aquellas
 « Que, en su cólera altiva,
 « Lanzan Etna y Vesubio á las estrellas.
 « Amor no ménos vivo que al guerrero
 « A Ginebra abrasaba. Así es que en vano
 « Grata respuesta en conseguir me afano,
 « Y á Ginebra importuno y exaspero.
 « Al duque en tanto, cuerda,
 « Yo exhorto á que no pierda
 « Mas tiempo en tan estéril tentativa.
 « Pues de Ginebra, dígole, es tan viva
 « La pasion por el príncipe, que apenas
 « Della apagará una pequeña chispa
 « Cuanta agua encierra el mar en sus arenas.
 « Esto habiendo escuchado de mi boca
 « En ocasiones varias Polineso
 « (Así se llama el duque), y convencido,
 « Por sus propios esfuerzos, de que loca
 « E inútil es su obstinacion, suspira
 « De envidia, zelos é ira,
 « Y de Ginebra y de su amante tierno
 « Trocar piensa el amor en odio eterno,
 « Cubriendo á la princesa
 « De un baldon que la siga hasta la huesa.
 « Luego que su designio meditado
 « Hubo con detencion, á verme vino,
 « Y, sin hablar á nadie dél, ladino

« Me dijo así : — Dalinda , avergonzado
 « Estoy del resultado
 « De tantas tentativas infelices ;
 « Mas cuanto advierto y cuanto tú me dices
 « Nuevas fuerzas me da contra esa dama ;
 « Que , cortada una vez y otra la rama ,
 « Brotó con mas vigor de sus raices .
 « No siento amor ; mas muéveme el deseo
 « De vencer de esa ingrata los desdenes ;
 « Y pues que tú mis planes me ofreciste
 « Favorecer , de todo lo que tienes
 « Que hacer voyte á instruir : Cuando dormida
 « Contemples , esta noche , á esa altanera ,
 « Sus ropas tomarás y sus adornos ,
 « Y , con ellos vestida ,
 « Desde el balcon me arrojarás la escala .
 « De este modo , quizá , con un engaño ,
 « Podré dar tregua á mi furor extraño . —
 « Así dijo : yo , ciega
 « Cómplice de este amaño ,
 « Su perfidia no advierto hasta que llega
 « A ser , ¡ oh Dios ! irreparable el daño .
 « En busca de Ariodante , á quien le unia
 « En otros tiempos amistad estrecha ,
 « Estuvo el duque en tanto , y de este modo
 « Con él se puso á razonar un dia :
 « — Sobre manera extraño , oh Ariodante ,
 « Que , siendo así que pruebas
 « Siempre te di de mi amistad , te atrevas
 « A pagarla tan mal . Sé que no ignoras
 « Cuan grande es el exceso
 « Del amor que á Ginebra yo profeso .
 « Sé que sabes que , hoy mismo , por esposa
 « Dármela debe el rey . ¿ Cómo pues osa
 « Tu amor turbar mi dicha al pié del ara ?
 « En caso semejante
 « Tu pasion ; vive Dios ! yo respetara . —
 « — Con motivo mayor , dice Ariodante ,

« A creer tus palabras me resisto ;
 « Pues ántes de que tú la hubieses visto ,
 « Era yo ya de la princesa amante .
 « Sé que no ignoras cuanto
 « Es este amor reciproco y sincero ;
 « Sé , en fin , que sabes que tu afan desdena
 « La que mi amor siempre acogió risueña .
 « Tú solo , pues , olvidas los deberes
 « De la amistad que recordarme quieres ,
 « Y á faltar á la cual yo nunca osara
 « Si amado fueras cual lo soy . Ni esperes
 « Que darte sobre mi ventaja alguna
 « Tus títulos podrán ni tu fortuna ;
 « Pues que cuento del rey con el amparo ,
 « Y mas que tú soy á Ginebra caro . —
 « — ¡ Ah ! replicale el duque ; en cuán funesto
 « Error esa pasion te precipita !
 « Tú de Ginebra piensas ser amado ;
 « Y yo á mostrarte que lo soy me apresto .
 « Los hechos hablen pues . Tú del estado
 « De tu pasion revélame el secreto ;
 « Yo á hacerlo así tambien me comprometo ,
 « Y que el que pruebas presentar no pueda
 « Del triunfo el fruto á su adversario ceda .
 « Pero , así cual te juro
 « Tu secreto guardar , así confio
 « Que tu labio discreto
 « Sabrá celar cuanto profiera el mio . —
 « Acaba el duque , y Ariodante aprueba .
 « Sobre los santos Evangelios tiende
 « La mano cada cual . Por dar la prueba
 « De cuanto acaba de afirmar , emprende
 « Su discurso Ariodante , refiriendo ,
 « Como era la verdad , cual de palabra
 « Y por escrito eterno amor mil veces
 « Le juró la princesa , decidida
 « A terminar su vida
 « En soledad perpetua si otro esposo

« Darle su padre intenta rigoroso.
 « — Digno, añadió, de este alto honor espero
 « Me hará mi amor, á la doncella caro,
 « Y el valor de mi acero,
 « Que, célebre por mas de una victoria,
 « A hacer triunfar de nuevo me preparo
 « En pro del reino y del monarca en gloria.
 « Tal es de mi pasión, tal el estado.
 « De todos envidiado,
 « No puedo pretender mayores pruebas
 « Del amor de Ginebra, que sería
 « De su virtud y de mi honor en mengua
 « Aspirar á otro bien, ántes del día
 « En que á colmar nuestro comun deseo
 « Venga el sagrado lazo de himeneo. —
 « Luego que, sin ficción, estas palabras
 « Hubo dicho Ariodante, Polineso,
 « Que, abrasándose de ira,
 « A indisponerle con Ginebra aspira,
 « — Escúchame, le dice, y juzga luego
 « De mi felicidad. Ficción y dolo
 « Es cuanto amor te muestra la que, solo
 « Por mi sintiendo verdadero fuego,
 « Tu misera pasión reputa un juego.
 « ¡ Cuántas veces ¡ oh Dios! sola conmigo
 « De su aversión por tí me hizo testigo!
 « ¡ Cuántas veces, con cólera ó desprecio,
 « Tu amor calificó de audaz ó necio!
 « Por el contrario yo, no de palabras
 « Cual tú me alimenté. Sabe (y acaso
 « A mí tenerlo oculto
 « Y á tí ignorarlo conviniera), sabe
 « Que su vuelta la luna
 « No da jamás sin que una,
 « Tres, seis, quizá diez veces,
 « De Ginebra en los brazos me sorprenda
 « Haciendo al Dios de amor sabrosa ofrenda.
 « Piensa pues si, por mas que tú la adores,

• « Obtuviste jamás tales favores;
 « Y, cediéndome el triunfo, da al olvido
 • « El engaño fatal en que has vivido. —
 « — Tus falaces discursos bien que ultrajen,
 « Responde su rival, á la que adoro,
 « De mi alma nunca borrarán su imagen.
 « Si lo que has dicho sostener te agrada,
 « Pronto estoy á probarte que has mentido
 « Como un vil impostor. — No, dice el duque,
 « No fuera bien desenvainar la espada,
 « Para probar lo que en cualquier instante
 « Tus ojos pueden ver. — A tal discurso
 « Enmudece Ariodante;
 « Glacial sudor el curso
 « De su sangre interrumpe, y en voz ronca
 « — Cuando, prorumpo, lo que así te atreves
 « A asegurar, me pruebas,
 « Desterrar de mi pecho te prometo
 « A aquella, hoy de mi amor único objeto;
 « Mas por lograrlo vano tu deseo
 « Será, si lo que afirmas
 « Con mis ojos yo mismo aquí no veo. —
 « — Tu error te haré yo ver cuando convenga,
 « Responde el duque, y parte. Al otro día
 « Aviso yo le di que á mi aposento
 « Venir á verme sin temor podía.
 « A su infernal designio siempre atento
 « Vuela ante su rival. — Llegó, le dice,
 « Llegó, amigo, el momento
 « De que tu engaño yo te patentice.
 « Detras de aquellas solitarias ruinas
 « Escondido esta noche, ser testigo
 « Podrás de aquello que en dudar te obstinas. —
 « A venir Ariodante se resuelve;
 « Pero, á mas que su amor no le permite
 « Dar crédito á tan pérfido lenguaje,
 « Temiendo que de noche á aquel paraje
 « Con siniestros designios se le cite,

« A defender su vida se prepara
 « Contra toda traicion. Con este objeto
 « Llama á su hermano, cuya audacia rara
 « Hay en la corte apénas quien iguale,
 « Y cuyo auxilio vale
 « Mas que el de diez guerreros. De sus armas
 « Revestirse le ordena,
 « Y, sin comunicarle sus alarmas,
 « De la noche serena
 « En las sombras, por él acompañado,
 « Camina y llega al sitio designado.
 « Trecho igual al que mide
 « Piedra arrojada por robusta mano,
 « Alejándose entónces con su hermano,
 — « Aquí, le dice, aguardame. Si acaso
 « Oyes mi voz, lijero
 « Ven hácia mi; de lo contrario quiero
 « Y te ruego, por Dios, no des un paso. —
 — « Así lo haré, Lurcanio le responde.
 « — Parte Ariodante entónces, y, á distancia
 « Corta de allí, se esconde
 « En las ruinas en frente de mi estancia.
 « Bien pronto llega por el lado opuesto
 « El duque á consumir su plan funesto.
 « Envuelta de la dama,
 « ¡Triste de mí! en el cándido vestido,
 « Que franja de oro en rededor recama,
 « Con el cabello en una red cogido,
 « Y (de Ginebra acostumbrado adorno)
 « Con rojos lazos de mi sien en torno,
 « Del proyecto del duque yo ignorante,
 « Salgo al balcon, arrójole la escala,
 « Y descubierta soy por Ariodante.
 « Entretanto Lurcanio, que en peligro
 « Teme dejar á su querido hermano,
 « Y movido tambien de aquel afecto
 « Que á observar de los otros las acciones
 « Arrastra siempre al corazon humano,

« Por las nocturnas sombras protegido
 « Llega, y tras una roca,
 « De Ariodante á diez pasos, se coloca.
 « Clara la luna iluminaba el valle
 « Cuando sali al balcon. El traje bello
 « Que ajustaba mi talle,
 « La púrpura que ornaba mi cabello,
 « Mi ademan y aun mi rostro, en algun modo
 « Al de la ilustre dama semejante,
 « La distancia y la noche sobre todo,
 « Engañan á Lurcanio y á Ariodante.
 « Juzgad, señor, cual de uno y otro hermano
 « Debió ser el dolor, al ver mi mano
 « Tender la escala al duque, que, impaciente,
 « Entre mis brazos va á lanzarse ufano;
 « Cual al verme en su frente
 « Y sus mejillas estampar mi labio.
 « Ariodante, un agravio
 « Creyendo en esto ver, siente tal pena,
 « Que, el hierro desnudando,
 « Sobre su punta iba á arrojarse, cuando
 « Lurcanio, que, testigo de esta escena,
 « Su desenlace atónito aguardaba,
 « Acercándose, evita
 « Que una sospecha aciaga
 « En propia sangre su ira satisfaga.
 — « Ariodante, le grita,
 « Misero hermano, tu furor modera
 « ¿Ofuscar tu razon de tal manera
 « Pudo aleve mujer? Muera en buena hora
 « La infame seductora
 « A quien amaste un tiempo, y á quien debes
 « Hoy detestar por siempre; pues, ingrata,
 « Tus dulces ilusiones te arrebató.
 « Guarda ese hierro pues, guárdalo, hermano,
 « Y, mas bien que de estéril sacrificio,
 « Hazlo instrumento de ejemplar suplicio.
 « A la súbita vista de Lurcanio,

« Que á su intento se opone, el hierro envaina;
 « Mas no por eso amaina
 « Su desesperacion. De su alma mustia
 « Ocultando la angustia,
 « Al ver del nuevo sol los rayos vivos,
 « Sin despedirse de su hermano, parte.
 « De su profunda cuita los motivos
 « Solo Lurcanio y Polineso saben;
 « Y, en la corte y de Escocia en el recinto,
 « Cada cual le atribuye uno distinto.
 « Ocho dias despues llega á la corte,
 « Y á la princesa anuncia un caminante
 « Que victima Ariodante
 « Pereció de frenético transporte.
 « A la orilla del mar, sobre una roca
 « Que hácia Ibernica se avanza
 « Yo le encontré, dijo el viajero, cuando
 « Por obra iba á poner su plan infando.
 « Y — ¡oh tú, quien quier que puedas ser! me dice,
 « De mi suerte infelice
 « A ser testigo ven; ven, y te ruego
 « Que á anunciar á Ginebra parlas luego
 « Que ella es el solo autor de mis enojos.
 « ¡Cegaran ¡ah! mis ojos
 « Antes de dar ¡oh cielos!
 « A mi amor el suplicio de los zelos!
 « Asi diciendo á la esarpada cresta
 « Del peñasco se sube, y con funesta
 « Resolucion se lanza entre las olas. —
 « Dijo; pálida y yerta,
 « La triste dama á replicar no acierta.
 « ¡Cómo pintar su angustia cuando á solas
 « En su estancia se vió? Del caro amante
 « Las quejas repitiendo á cada instante,
 « Gime, grita, solloza,
 « Sus áureas trenzas sin piedad deslaza,
 « Sus ropas apedaza
 « Y el blanco seno virginal destroza.

« Presto, de boca en boca, la comarca
 « La nueva recorrió. No hay caballero,
 « No hay en la corte dama
 « Que no sienta dolor. Hasta el monarca
 « Lágrimas, escuchándolo, derrama.
 « Mas que los otros triste, en su despecho,
 « En su afliccion inmensa,
 « Contra su propio pecho
 « Sus armas dirigir Lurcanio piensa,
 « Una y mil veces repitiendo al dia,
 « Que de la muerte de Ariodante causa
 « Fué de Ginebra la conducta impia.
 « Y es tanto su dolor, de tal manera
 « A vengarse la cólera le mueve,
 « Que, el respeto olvidando que al rey debe,
 « Del palacio penetra en la gran sala,
 « Y, ante toda la corte,
 « Contra Ginebra asi quejas exhala:
 « De Ariodante, señor, la triste historia
 « Sin duda te es notoria;
 « Pero quizá tu majestad no sabe
 « Que la culpa funesta
 « Ginebra fué de su querella grave.
 « Amábala él; mas su pasion honesta
 « No osó nunca excederse en sus deseos,
 « Esperando que de esta
 « Union digno le hiciesen sus trofeos.
 « Mas, mientras él del árbol preservado
 « Osa apenas oler la débil hoja,
 « Del troneo otro la arranca, y, mal su grado,
 « De esperanza por siempre le despoja.
 « Luego, sigue narrando como vido
 « De Ginebra en la estancia entrar á un hombre,
 « De quien ignora el nombre.
 « Cual, á fin de no ser reconocido,
 « Se disfraza este amante, recogiendo
 « Su cabello y cambiando de vestido.
 « Cual la doncella le arrojó la escala,

« Cuanto, en fin, luego sucedió; y añade
 « Que si un guerrero se halla á quien agrade
 « Sostener lo contrario, se presente.
 « No es menor la afliccion que la sorpresa
 « Que este discurso causa al rey. La muerte
 « Y un eterno baldon, tal es la suerte
 « Que reserva el destino á la princesa.
 « Tú no ignoras, señor, quanto es severa
 « En Escocia la ley. El poder regio
 « Contra ella en vano invoca privilegio.
 « Inocente ó culpable, en el cadalso
 « Morirá la acusada
 « Si demostrar que es falso
 « El crimen que le imputan, con su espada
 « No logra un paladin en la pelea.
 « Así, bien que culpable no la crea,
 « Por toda Escocia el rey edictos fija,
 « Con la mano de su hija
 « Un gran dote ofreciendo al que se sienta
 « Fuerzas para vengar tamaña afrenta.
 « Es tan temido, empero,
 « Lurcanio en toda Escocia, que guerrero
 « No se halla que se atreva
 « De sus armas con él á hacer la prueba.
 « ¡ Ah! si á noticia del audaz Zerbino
 « Llegar pudiera el riesgo de su hermana,
 « ¡ Cuán presto dejaría,
 « Por darle auxilio, la region lejana
 « Que ilustra con hazanas cada día!
 « El rey, que en tanto de inquirir no cesa
 « Si otro medio no habrá que de las llamas
 « Pueda arrancar á la infeliz princesa,
 « Ordena de sus damas
 « Prender á cuantas piensa
 « Que saber pueden la verdad. Inmensa
 « Es mi inquietud. Del duque calculando
 « El riesgo entónces y la suerte mia,
 « Si á ser interrogada me exponia,

« Por las nocturnas sombras protegida,
 « Huyo la corte, hácia mi amante vuelo,
 « Y mi inquietud le explico y mi desvelo.
 « Traidor, de mi venida
 « Fingiéndose el de Albania satisfecho,
 « Mándame que del pecho
 « Todo temor expulse, y, en seguida,
 « Partir me ordena á un su castillo, donde
 « Seguridad y proteccion me ofrece
 « Contra el furor del rey. Juzga tú mismo,
 « Señor, si corresponde
 « A tanto amor el bárbaro castigo
 « De que aquí tú viniste á ser testigo.
 « Pues, de mi amor el pérfido dudando,
 « Y temeroso de que acaso un día
 « Publique yo sus crímenes, conmigo,
 « Bajo pretexto de escoltarme, envia
 « Dos satélites suyos, con encargo
 « De darme muerte en esa selva; y este
 « Fuera mi fin si, á compasion movida,
 « Por libertar mi vida,
 « No te mandara la bondad celeste. »
 Así su historia terminó la dama.
 El buen Reinaldo, que en deseo ardia
 De combatir por la princesa, aun cuando
 Supiese ser la acusacion fundada,
 Su pena en alegría
 Trueca escuchando la verdad, pensando
 Que en pro de la inocencia calumniada
 Iba su brazo á manejar la espada.
 En la ciudad de San Andres, do se halla
 El rey á la sazón con su familia,
 Se debe terminar esta batalla.
 Por llegar de la corte á la presencia
 Marchaba el paladin con impaciencia,
 Cuando halló un escudero
 Que le informó de quanto allí pasaba.
 « Un campeon, le dice, que extranjero

« Parece ser, de presentarse acaba
 « A combatir por la infeliz princesa,
 « Raras sus armas son, rara su empresa,
 « Y de tal modo oculto el rostro lleva,
 « Que su propio escudero ha asegurado
 « No haberlo visto nunca destapado. »

Esto escuchando el héroe, con la espuela,
 De su caballo el impetu despierta;
 De la ciudad hacia los muros vuela,
 Cerrada ve su puerta,
 Y de esta novedad la causa inquiere.

« Tal es, señor, respóndele el alcaide,
 « La voluntad de nuestro rey, que quiere
 « Que espectador su pueblo todo sea
 « De la dura pelea
 « Que dos bravos guerreros han trabado
 « En el llano que linda
 « Con la ciudad por el opuesto lado. »

A su mandato, abiertas
 Mira el señor de Montalban las puertas,
 Que en cerrarse no tardan; y á Dalinda,
 Que á seguirle hasta el campo no se atreve,
 Dejando en la posada
 Que está del pueblo próxima á la entrada,
 Volver por ella le promete en breve.

De la ciudad desierta atravesando
 Veloz las calles, llega á la llanura,
 Donde á Lurcanio ve y á su adversario
 Esgrimir el acero sanguinario.

Seis guerreros á pié, de férrea cota
 Cubiertos todos, guardan la estacada;
 Y, montado en un petro formidable,
 En medio de ellos el traidor se nota,
 Que, cual gran condestable,
 Del campo tiene y de la plaza el cargo.
 Su sonreír amargo
 Revela todo el júbilo que siente
 Al ver penar su víctima inocente.

Por medio de la espesa muchedumbre
 El paso se abre con su fiel Bayardo
 El inclito Reinaldo. Viva lumbre
 Brilla en sus ojos. Su ademan gallardo
 De extraña admiracion á todos llena,
 Y, al mirarle llegar al pié del trono,
 Para escucharle cada cual se ordena.

« Magnánimo señor, dice en voz fuerte,
 « Esa batalla haced cesar bien presto,
 « Si no quereis de inmerecida muerte
 « Ser cómplice ó autor. Error funesto
 « Cegó la vista y ofuscó la mente
 « Del guerrero valiente
 « Que vibra hierro insano
 « Por vengar la deshonra de su hermano.
 « El otro ignora, oh rey, si en favor suyo
 « O en contra suya la justicia tiene,
 « Y á su ánimo galan solo atribuyo

« El noble ardor con que la lid sostiene.
 « A la inocencia y la beldad propicia,
 « A impedir se consume una injusticia
 « Va mi voz; mas; oh rey! esa contienda
 « Haced ántes, por Dios, que se suspenda. »

Movido el rey del porte y del discurso
 Del noble paladin, de la batalla
 Manda que al punto se suspenda el curso.

A su voz, los guerreros se separan
 Y á escuchar se preparan
 A Reinaldo, que, al rey y al pueblo todo
 De Polineso descubriendo el crimen,
 Con las armas, que esgrimen
 Sus fuertes manos, comprobarlo ofrece.

Llámase al duque; con la frente baja
 Y la color mudada comparece.
 Turbado, al rey se llega
 Y cuanto afirma el buen Reinaldo niega
 Amenázale el héroe. Ambos armados
 Estan desde los pies á la cabeza;

Los jueces de la plaza preparados,
Y así la lucha sin tardanza empieza.

¡Oh, cuánto el pueblo, cuánto el rey desea
Que, en la nueva pelea,
Obtenga la victoria

El que en favor de la inocencia lidia!
Del duque la perfidia
Siendo a todos notoria,

A nadie se hace extraño
Que capaz fuera de este nuevo engaño.

Con pálido semblante,
Con corazón turbado y palpitante,
La señal de embestir el duque escucha,
Y hacia Reinaldo se dirige, cuando

Este, con mano ducha,
Su lanza enarbolando,
Del pérfido sepúltala en el pecho

Y del arzon lo arroja a largo trecho.
Del suyo salta el vencedor á tierra
Y por el cuello aferra

Al misero, que, humilde y suplicante,
Sus crímenes en público revela.
Ni acaba, que en su labio
Súbita muerte sus palabras hiela.

El rey, que á un tiempo del horrendo agravio
Hecho á su fama y de una muerte injusta
Libre contempla á la doncella augusta,
Mayor contento siente

Que si, habiendo perdido su corona,
La volviese á poner sobre su frente.
Su yelmo luego alza el de Amon, y cuando
Descubre al rey su faz, las manos este
Con fervor levantando,
Gracias tributa á la bondad celeste.

El paladin incógnito, entre tanto,
Que á calmar vino de Ginebra el llanto,
Cuanto se pasa, sin moverse, observa.
Ruégale el rey que diga



Combate entre Reinaldo y el duque de Albania. (T. I, p. 76.)

• Su nombre y patria, y de sus sienes quite
 El yelmo que, ocultando su semblante,
 De su noble intencion no le permite
 El premio recibir. A instancia tanta
 Ya no pudiendo resistir, levanta
 Su casco el paladin, y manifiesto
 Al rey y á todos hace
 Lo que á narraros, príncipe, me apresto
 En otro canto, si escucharme os place.

CANTO VI.

El rey de Escocia otorga á Ariodante la mano de su hija y le da en dote el ducado de Albania. — Viaje aéreo de Roger y su llegada á la isla de Alcina. — Descripción de esta hechicera y de su encantadora morada. — Astolfo, transformado en mirto, trata con sus consejos de preservar á Roger de las seducciones de Alcina. — Lidia Roger contra una turba de monstruos. — Vienen á su socorro dos doncellas.

Misero aquel que yerra
 Ver esperando impune su delito,
 Que, si no hay quien le acuse, hasta la tierra,
 Hasta el aire alzará contra él el grito;
 Y el mismo Dios, que al pecador consiente
 Celar su crimen uno y otro día,
 A descubrirlo al fin siempre le guía.

Con la muerte del único testigo
 De su maldad, pensaba Polineso
 En eterno silencio sepultarla
 Y conjurar así todo castigo.
 Mas, este nuevo exceso,
 Por celar otro exceso, cometido,
 El instante fatal acelerando
 Que hubiera cuando ménos diferido,
 Con la vida perder le hizo en un día
 Amigos, patria, bienes
 Y honor, tesoro de mayor valía.

Ya dije cual, movido
 Por los ruegos del rey, las nobles sienas
 Descubre el paladin de la princesa;
 Pero no dije cual fué la sorpresa
 De la corte y del rey, viendo el semblante
 Del mismo cuyo trágico destino
 Refiriera á Ginebra el peregrino.

Impelido Ariodante

Por insana pasión, desde una roca
 Al mar se lanza con ardor funesto;
 Mas á tocar su pecho viene presto
 Aquel instinto natural que inspira
 El temor de la muerte al que de léjos,
 Tal vez desesperado, la provoca,
 Cuando su torva faz de cerca mira.
 De insensata y de loca
 Su audaz resolución calificando,
 Ariodante, con brazo vigoroso,
 Las turbias aguas de la mar cortando,
 Torna á la playa, y, por sendero extraño,
 Llega á la habitación de un ermitaño.

Desconocido y solo, en esta cueva
 Vivir se proponía,
 Hasta saber qué efecto aquella nueva
 En la bella princesa producía;
 En escuchar no tarda allí que, á punto
 De espirar, la doncella, en su delirio
 El nombre de Ariodante repitiendo,
 Le achacaba el rigor de su martirio.
 Concordar no podía
 El amante infeliz lo que escuchaba
 Con lo que, claro cual la luz del día,
 Seguro él mismo de haber visto estaba.
 Oyendo en fin que á su adorada bella
 Lurcanio acusa, en cólera se enciende
 Contrá su propio hermano,
 Que su honra venga y su razón defiende,
 Y á mover en favor de la doncella

El mismo se dispone el hierro insano
 Al ver que nadie acude á defendella.

En efecto, ora sea

Que hasta á los mas intrépidos asusta
 El valor de Lurcanio, ora que justa,
 De este guerrero oyéndola en el labio,
 La acusacion al público parezca,
 A vindicar su agravio

Hallar el rey no puede quien se ofrezca.

« ¡Ah, misero de mí! ¿Cómo podría, »

Se decía Ariodante, « entre las llamas

« Verla espirar y por la culpa mia?

« De mi alma norte, de mis ojos faro,

« Dejarte yo no debo sin amparo,

« Y si salvarte mi valor no puede

« Vencido con honor al ménos quede.

« Sé que razón no tengo;

« Sé que á lidiar por la injusticia vengo;

« No me arredra el morir; mas me acobarda

« El pensar en la suerte

« Que tras mi muerte á la princesa aguarda.

« Una, empero, una idea

« Viene á templar de mi dolor el peso,

« Y es que en la lid comparecer no vea

« La infiel á Polineso,

« Por cuyo amor expuso así sus días,

« En tanto que, de su honra en la defensa,

« Verá solo brillar las armas mías.

« Si; de mi propio hermano,

« Que á reparar mi afrenta se dispone,

« Recabaré venganza, ó de su mano

« Recibiré la muerte,

« Que vengar con sus armas se propone. »

Dice: y nuevo bridon y nuevas armas

Y negra vestidura

Y negro escudo, tachonado á listas

De negro y de amarillo, se procura,

Parte; y á poco encuentra un extranjero

Que se ofrece á servirle de escudero.
 Y en cuya compañía
 Al sitio de la lid sus pasos guía.
 Al mirar á Ginebra libertada,
 Su inocencia probada
 Y castigado al duque, es indecible
 El júbilo del rey, quien persuadido
 Queda, al ver la conducta de Ariodante,
 De que en la tierra hallar no era posible
 Un amor mas sincero y mas constante;
 Y por lo tanto, y porque amóle siempre,
 Y á instancias de Reinaldo y de la corte
 De la princesa haciéndole consorte,
 El ducado de Albania, que por muerte
 De Polineso adviene á la corona,
 A los nuevos esposos abandona.
 Dalinda, cuya gracia
 Obtiene el paladin, arrepentida
 Los yerros de su vida
 Desde Escocia á purgar se marcha á Daza,
 Y allí la vida religiosa abraza.
 Roger en tanto, en su veloz carrera,
 De Europa ya distante,
 Traspasa la barrera
 Que al audaz navegante
 Hércules prescribió. La azul esfera
 Surca veloz cual el sulfúreo rayo
 Que, en su justa venganza,
 Omnipotente diestra al suelo lanza.
 Bravo es Roger; mas á afirmar me atrevo
 Que, de ese mundo nuevo
 Al verse en las regiones elevadas,
 Su corazón desmaya
 Y que en su seno tiembla, cual del haya
 Al huracán las hojas delicadas.
 Cuando, con rumbo rápido y derecho,
 Hubo corrido su corcel gran trecho,
 Sobre una isla se para, semejante

• A la insula do, huyendo de su amante,
 Bajo la mar abriéndose camino,
 • La virgen Aretusa en balde vino.
 No vió Roger en toda su carrera,
 Ni es verosímil que en el orbe exista,
 Mas hermoso país que el que á su vista
 Se presentó, cuando su raudo vuelo
 Hipogrifo detuvo sobre el suelo.
 Praderas y collados,
 Que de brillantes flores matizados
 Mantiene siempre un límpido arroyuelo,
 Allí se ven. De palmas, de laureles
 Y cedros odoríficos verjeles;
 Naranjos de que, unidas á las flores,
 Brillan las frutas con olor distinto,
 Templan en este encantador recinto
 De la estación estiva los ardores.
 Alegre, entre sus ramos,
 El ruiseñor entona cantilenas,
 Y, entre claveles, rosas y azucenas,
 Saltan libres conejos, corzos, gamos.
 El ciervo de cabeza coronada
 Vaga por donde quier, y ufano muerde
 La fresca grama en todo tiempo verde.
 A tierra baja el Hipogrifo, y cuando
 Cerca se ve Roger al suelo salta,
 Que tanta flor y tan vistosa esmalta;
 Mas, temeroso de que el vuelo alzando,
 Torne á emprender el bruto su camino,
 Entre un laurel y un pino
 A la orilla del mar sus riendas ata
 En torno á un arrayán. De allí no léjos
 Bulle una fuente de parlera plata,
 De cuya onda en los límpidos reflejos
 La pompa de su orilla se retrata.
 Dejando allí su escudo, el capacete
 Alzando de su sien, y entrambas manos
 Desnudando del férreo guantelete,

Su faz vuelve el guerrero, agora al monte,
 Agora al mar, por respirar el aura
 Que su cansado espíritu restaura;
 Y, acosado de sed y de fatiga,
 En las ondas mitiga

El ardor de su pecho que, sin treguas,
 Cubierto del paves y la loriga,
 Anduvo en su corcel mas de mil leguas.

La aromática yerba
 Paciendo, el bruto en torno al mirto gira,
 Cuando, de pronto huyendo, se retira
 De no sé qué que en la espesura observa.
 No consigue soltarse; mas, con ronco
 Estruendo, el arrayan su copa abaja,
 Y, de su gala despojado el tronco,
 Cruje y rechina, y, roto, se desgaja.

Cual leño que, arrojado
 En medio de la llama abrasadora
 Que sus pútridas médulas devora,
 Ardientes chispas murmurando lanza,
 Así se agita el mirto quebrantado,
 Y, con acento claro y lastimero,
 Dirige estas palabras al guerrero:

« Si no es ménos cortes y generoso
 « Tu corazón que bello tu semblante,
 « De mi tronco al corcel por Dios desata,
 « La fortuna harto ingrata
 « Me es ya sin que tú vengas este día
 « A acrecentar mi bárbara agonía.»

Escuchando esta voz, vuelve en el acto
 La faz y estupefacto

Nota Roger que sale del arbusto.
 Dispuesto á darle gusto
 Suelta el caballo, y, bien que con vergüenza,
 En esta forma á razonar comienza:

« ¡Oh selvática Diosa! ¡oh tú quien quiera
 « Que, de esta opaca selva en el recinto,
 « Bajo ruda corteza, humano instinto



Roger en la isla de Alcina. (T. I, p. 82.)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
 DE TAMPICO
 BIBLIOTECA GENERAL DE BIBLIOTECA
 TAMPICO, TAMPICO, TAM.
 1987

« Y humana voz escondes! si, imprudente,
 « Tus hojas ofendi que eternamente
 « Respetaron los vientos y el granizo,
 « Fué que nunca pensé que se escondiera
 « Un alma viva en forma tan grosera;
 « Mas si del mal que mi ignorancia te hizo
 « Alguna parte resarcir me es dado,
 « Por aquella que hechizo
 « Es de mi amante corazón, te juro
 « Hacer tanto por ti, que estoy seguro
 « De conseguir la gracia que reclamo. »

No bien de hablar el héroe así termina,
 Trémulo el mirto con fragor rechina
 Semejante al de un ramo

Lanzado verde en enemigo fuego;
 Por su ruda corteza,

Sudor copioso á discurrir empieza,
 Y de este modo al héroe dice luego:

« De tu alma la nobleza
 « Estimulando, oh paladin, la mía,
 « A referirte voy quién fui un día,
 « Y quién, en esta playa,
 « En mirto estéril trasformado me haya.
 « Astolfo fui. Bajo las lises de oro
 « Lidiando siempre, hice temblar al Moro.
 « Del conde Orlando y del de Amon fui primo;
 « La Bretaña á mi padre obedecía,
 « Y la corona de este reino opimo
 « De la suya á mi sien pasar debía.
 « Mi belleza, á mas de una enamorando,
 « La causa es hoy de mi destino infando.

« Hacia el ocaso por la mar que azota

« El iracundo septentrion tornaba

« Yo con Reinaldo y otros campeones

« De la ínsula remota

« Que el mar de la India por Oriente lava,

« Y de cuyas prisiones

« Vino á arrancarnos, con potente flota,

« El adalid de Brava;
 « Cuando, al primer albor de un claro día,
 « A nuestra vista apareció el palacio
 « De Alcina, à quien bien presto, à breve espacio
 « De allí, sentada vimos por el suelo
 « Sola, sin red pescando y sin anzuelo.
 « El delfin à sus plantas acorria,
 « Y el grueso atun, abierta la ancha boca,
 « El buey de mar, la foca,
 « De su sueño letárgico saliendo,
 « A su voz acudian. Gruesas bandas
 « Iban detras de barbos, tiburones,
 « Rodavallos y sollos y salmones,
 « Una enorme ballena, la mas grande
 « Que vió la mar sin duda en su esmeralda,
 « Aparece despues; su negra espalda
 « Once varas y mas sobre las ondas
 « Descubre. Inmóbil esta mole inmensa
 « Viendo, un islote ver cada cual piensa.
 « La seductora hermana
 « De la célebre mágica Morgana
 « Tiende la vista sobre mí. Mi aspecto
 « Causa en su pecho un súbito trastorno;
 « Mas, de mí viendo en torno
 « Tantos guerreros, con astucia rara
 « A separarme dellos se prepara.
 « Caballeros, nos dice,
 « Si en mi mansion felice
 « Entrar os place à descansar, bien pronto
 « Os haré ver la copia peregrina
 « De cuanto pez distinto nutre el ponto
 « En el seno de su onda cristalina.
 « Conmigo, empero, sobre aquella arena,
 « Donde siempre à estas horas aparece,
 « Venid ántes à ver una sirena
 « A cuyo canto el piélagó enmudece.
 « En esto, à mí se acerca la ballena.
 « Ciega victima yo de ardor funesto,

« Sobre su lomo avánzome bien presto.
 « Reinaldo me aconseja
 « Y Dudon que mi afan no satisfaga;
 « Mas ya la astuta maga
 « Está à mi lado y à mi lado deja,
 « Y à mi pesar, la playa con el monstruo,
 « Que de Reinaldo y de Dudon me aleja.
 « Aquel, por darme ayuda,
 « Salta à la mar, que alzándose sañuda
 « Ruina amenaza, destruccion y muerte,
 « Y, desde aquel instante,
 « No sé cual fué del paladin la suerte.
 « Consuélame la maga, y à mi lado
 « Habiendo todo el día
 « Y la siguiente noche caminado,
 « A una insula me guia
 « De cuya mayor parte hizo señora
 « A Alcina su codicia usurpadora.
 « De este y todos sus bienes heredera
 « Dejó su padre à Logistila, que era
 « La sola que, entre todas las hermanas,
 « De legitimo tálamo naciera;
 « Pues que (sabido es esto)
 « Hijas eran de incesto
 « Las otras dos. Al verla, huyendo el vicio,
 « Entregarse del bien al ejercicio,
 « Liga formaron estas contra aquella,
 « Y, por lanzarla de insula tan bella,
 « Numerosas legiones han armado
 « Y mas de cien castillos le han quitado.
 « Y de todos sus bienes
 « La despojara la fraterna saña,
 « Si la mar, por un lado,
 « Y por el otro una áspera montaña
 « El paso no cerrasen, como cierra
 « El alto monte y el profundo rio
 « La entrada de la Escocia al de Inglaterra.
 « Mas, ¿porqué de mi asunto me desvió?

« Ansias abrasadoras
 « En lo hondo de su pecho Alcina siente,
 « Y yo, á la vista de este amor, del mio
 « Siento tambien crecer el fuego ardiente.
 « ¡Cuán poco, oh Dios, en tan felices horas
 « De mi patria me acuerdo y de mi gente!
 « Enredado de Alcina al blanco cuello
 « Júzgome el hombre mas feliz del mundo,
 « Y, al ver su rostro bello,
 « Mi dicha toda en adorarla fundo.
 « Tanta, mayor acaso que la mia,
 « Era su llama, y nuevas
 « De ella me daba á cada instante pruebas.
 « Por mi amor, olvidó cuantos amantes
 « De sus caricias disfrutaban antes.
 « De mi se aconsejaba, y noche y día
 « Viviamos en dulce compañía.
 « ¡Mas ah! ¿porqué la llaga
 « Que mi pecho destroza, así renuevo?
 « ¿Porqué, mientras buscar alivio debo,
 « En ella mas y mas clavo la daga?
 « Dos meses no gocé tan dulce estado;
 « Pues, mientras mas amado
 « Y mas feliz juzgábame que nunca,
 « Su afecto retirándome la ingrata,
 « Mis halagüeñas esperanzas trunca;
 « Me aleja con desden, y me maltrata,
 « Dando á otro el corazón que me arrebató.
 « De ingratitud y de inconstancia alarde
 « Hizo siempre la maga;
 « Mas, por mi daño, conocí muy tarde
 « Que á todos siempre así la infame paga.
 « Y á fin de que ninguno por el orbe
 « A propalar su escándalo se vaya,
 « Y de segair la estorbe
 « En su torpe existencia, en esta playa
 « Convierte, á su albedrio,
 « A cual en cedro, á cual en mirto ú haya,

« Arroyo ú fuente, ó fiera, ó peña, ó rio.
 « Oh tú, señor, que por ignota via
 « A destruir de alguno la alegría
 « Hacia este suelo dirigiste el paso,
 « De Alcina dueño, acaso,
 « Sobre todo mortal, por rara suerte,
 « Venturoso serás; mas teme verte,
 « Al despertar de un engañoso sueño,
 « Trocado en bruto, en peña, en flor ó en leño.
 « Este aviso, gustoso te doy ora,
 « Si bien tal vez no llegue á aprovecharte:
 « Mas conviene que el arte
 « Conozcas de esa infame seductora.
 « De su perfidia acaso preservarte
 « Podrás, bien que lo dudo, y si consigues
 « Que su heldad tu espíritu no asombre
 « Harás lo que jamas pudo hacer hombre. »
 Roger, á quien la fama
 Instruyó de que Astolfo era pariente
 De la célebre dama
 Por quien tan vivo amor su pecho siente,
 Se duele al verlo en mirto convertido;
 Mas, de aliviar su cuíta
 Otro medio no viendo, se limita
 A dar aliento á su ánimo abatido.
 É informándose luego de la via
 Que, sin pasar de Alcina por el reino,
 A la mansion de Logistila guia;
 « Otro camino existe, dice el mirto,
 « Mas de peñascos ásperos cubierto.
 « Tomando hacia tu diestra,
 « A aquel monte desierto
 « Que ves allí, dirigirás tus huellas;
 « Mas no pienses, señor, que sin querellas
 « Podrás en tal camino aventurarte,
 « Que de monstruos verás terribles huestes
 « El paso palmo á palmo disputarte,
 « Cuando á pasar sus limites te aprestes. »

Al mirto el paladin las gracias dando,
 Para partir dispónese, jurando
 Emplear de su brazo todo el brio
 Por resistir de Alcina al poderío.
 Su primer movimiento
 Fué de montar en el corcel alado;
 Mas detúvose al ver cuan arriesgado
 Era lanzarse á la region del viento
 Sobre un corcel que al freno no atendia.
 « Con la espada, decia,
 « El paso me abriré; » mas no dos millas
 Camina de la mar por las orillas
 Cuando sus ojos de la maga advierten
 La soberbia ciudad. En torno della
 Fuerte muralla, que se eleva al cielo
 Y que un hermoso término comprende,
 Mira Roger. No falta quien pretende
 Que obra fué de la alquimia
 Este elevado muro
 Que el brillo tiene del metal mas puro.
 Al llegar cerca dél, abandonando
 Roger la llana y ancha carretera
 Que va de Alcina hasta el palacio infando,
 Toma á la izquierda por la angosta ruta
 Que le conduce al pié de la montaña,
 Do presto, en torno suyo, hueste extraña
 Ve, que tenaz el paso le disputa.
 De tan informes monstruos nunca cupo
 Al mundo ver mas asqueroso grupo.
 Con cuerpo de hombre, de mandril ó gato,
 En la cabeza aquel muestra el retrato.
 Cual de un sátiro el pié descubrir deja,
 Cual, corriendo, al centauro se asemeja.
 La juventud desnuda
 Ofende con sus gestos la decencia,
 Y la vejez, bajo su piel velluda,
 Muestra la agitacion de la demencia.
 Cual de un corcel sin freno el flanco aflige;

Cual asno lento ó buey pesado rige;
 Cual de un centauro las espaldas bruma;
 Cual de una grulla ó de un halcon la pluma.
 Un vaso el uno llévase á la boca;
 Un cuerno el otro toca;
 Cual, macho ó hembra, y cual hermafrodita,
 De un garfio viene armado ó de una pala;
 Cual de una lima sorda ó de una escala.
 Sobre enorme galápago marchaba,
 En el báquico sueño sepultado,
 El capitan de esta caterva hedionda,
 Cuyo amplio vientre y cuya faz redonda
 De todos los demás le distinguian.
 En torno dél, marchaban varios otros
 Que el curso del galápago regian.
 Uno enjugaba de su torva frente
 El copioso sudor que la inundaba;
 Otro del sol ardiente
 Con un lienzo los rayos mitigaba;
 Otro, que humano el pié tiene, y el vientre
 Y cabeza de perro, con ladridos
 Al paladin quiere obligar á que entre
 En la ciudad que á sus espaldas queda.
 « Jamás, » dice Roger, « mientras que pueda
 « Este mi brazo manejar la espada. »
 Cuyo pomo empuñando con su diestra
 La aguda punta á su adversario muestra.
 Arde el monstruo en furor. Con una lanza
 A herir al héroe se dispone, cuando
 Este sobre él furioso se abalanza,
 Y su espada hasta el pomo
 En el vientre del monstruo sepultando,
 Hace asomar la punta por el lomo.
 Su escudo entónces con la izquierda embraza,
 Y con la diestra á la caterva embiste.
 Mas es tan numerosa
 La nauseabunda hueste que le acosa,
 Que en vano, en vano hiere,

En vano mata; la insolente turba
 Con otro sustituye a aquel que muere,
 Y por librarse de ellos vano fuera
 El deseo del héroe, aunque tuviera
 Mas manos y mas brazos que Briareo.

A sus plantas postrar la hueste entera
 Bien pudo en un instante,
 Descubriendo el broquel del viejo Atlante;
 Mas ó no lo pensó, ó el vencimiento
 Tuvo á ménos deber á encantamiento.
 Y en tanto que los últimos esfuerzos,
 Por verse libre, hacia,
 Y á vencer ó morir se disponia,
 Por las lucientes puertas del palacio
 Dos damas ve salir. Su rico traje,
 Su gracioso ademan, su bello porte,
 Muestran el esplendor de su linaje
 Y los hábitos regios de una corte.

De un unicornio, blanco
 Cual el mas puro armiño,
 Viene cada una comprimiendo el flanco;
 Y es tanta su beldad, tal es su aliño,
 Que la vista y el alma ante ellas ceden
 Y de aquello que ven juzgar no pueden.

Las damas, dirigiéndose hácia el prado
 Donde Roger contra la vil canalla
 Sostiene cruda y desigual batalla,
 Las blancas manos tiéndenle amorosas.
 Él, de púrpura y rosas
 Sus mejillas tiñendo, les da gracias,
 Y, lleno de contento sobrehumano,
 Al castillo con ellas marcha ufano.

De las mas raras piedras de Levante
 Adornado se muestra el frontispicio
 De este bello edificio.
 Cuatro gruesas columnas de diamante
 Sostienen la magnífica portada,
 ¿Y qué importa que aquel fino no sea

- Siempre que tal parezca al que lo vea?
 De ropas verdes todas adornadas,
- Y de verdes guirnaldas coronadas,
 Por el umbral y en torno á las columnas
 Bailando, en tanto, giran mil doncellas,
 Que, á ser mas recatadas,
 Parecieran quizá mucho mas bellas.
 Sus gracias, sus ofertas
 Al guerrero seducen,
 Y del templo de amor hasta las puertas,
 En voluptuosos grupos, le conducen.
 Si, del templo de amor; que allí sin duda
 Debió nacer y allí fijar su albergue,
 Do, en juego alegre y en festiva danza,
 Vuela el tiempo á medida que se avanza.
 La vejez, los disgustos, la pobreza
 Huyen de aquella deliciosa estancia,
 Y con pródiga mano en ella vierte
 Su benéfico cuerno la abundancia.
 La dulce primavera no abandona
 Estos sitios jamas. De un fresco arroyo
 A la orilla sentado, sobre un poyo,
 Por aquí el uno cánticos entona.
 Sobre la verde alfombra
 Trisca aquel por allí; mientras de un cedro
 Otro sentado á la apacible sombra,
 Con un su confidente retirado,
 De su pecho revélale el estado.
 De los pinos y abetos por las copas
 Vagan amores en aladas tropas.
 Cual en herir se emplea,
 Con sus dardos, altivos corazones;
 Cual en cantar sus triunfos se recrea;
 Cual templea sus saetas á la margen
 De un arroyo tranquilo;
 Cual aguza en los mármoles su filo.
 En esto, ante el guerrero denodado,
 Conduciendo un corcel, cuyos arreos

De perlas y oro brillan con trofeos,
 Se presenta un mancebo preparado
 A seguirle en su viaje,
 Y el ardor y el coraje
 Del bruto alado á refrenar. Las damas,
 A cuya vista huyó la chusma alevé,
 Acercándose al héroe: «Vuestro amparo,
 «Dicen, señor, á reclamar nos mueve
 «De vuestra gloria el esplendor precioso.
 «No léjos de estos sitios corre manso,
 «Por ese llano, un río,
 «Cuyo puente defiende sin descanso
 «De una maga falaz el arte impio.
 «Erifile es su nombre. Su estatura
 «A la estatura de un gigante excede;
 «Largo es su diente, agudo y ponzoñoso;
 «Sus uñas y sus garras son de un oso;
 «Y es tanta su maldad, que, no contenta
 «Con cerrar el camino
 «Al que aquel puente atravesar intenta,
 «En recorrer este jardín se goza,
 «Y sus plantas, sus árboles destroza.
 «De la feroz caterva
 «Que vino en tu camino á molestarte,
 «Esa maga proterva
 «En su seno llevó la mayor parte;
 «Y todos, que en maldad se le parecen,
 «Sus órdenes sumisos obedecen.»
 — «No, prorumpe Roger, una batalla,
 «Mil trabaré por vos; que aquesta malla
 «Que circunda mi pecho
 «Jamás vesti por adquirir riquezas.
 «La inocencia, el derecho,
 «La beldad, cual la vuestra,
 «Mueven tan solo mi incansable diestra.»
 Las damas esta oferta agradecieron,
 Digna de un jóven de tan raro brio,
 Y, á la orilla del río,

- Su plática sabrosa suspendieron.
- Cubierta de loriga refulgente
- Llega la maga en esto sobre el puente.
- Mas suspender hasta otro canto quiero
- Lo que con ella avino al caballero.

CANTO VII.

Vence Roger á la gigante Erifile. — Amores de Alcina y de Roger. — Bradamante entrega á Melisa el anillo encantado. — Toma Melisa la forma de Atlante. — Preséntase á Roger; reconviénele, desvanece sus ilusiones y tórname á la libertad.

Cosas muchas y extrañas
 Ve quien camina lejos de su tierra :
 Cosas que el vulgo necio
 Oye con menosprecio
 Y toma por embustes ó patrañas,
 Cual con todas las cosas le sucede
 Que ver él mismo ó que palpar no puede.
 Así, yo no me espanto
 Si no se da gran crédito á mi canto.

Nada empero me importa. Al ignorante
 Que mis cantos desprecie, yo desprecio.
 De mi fatiga es galardón bastante
 Merecer el aprecio

Del hombre de saber y entendimiento,
 A quien tan solo persuadir intento.
 Sobre un disforme lobo de la Apulia
 Que en alto y grueso á un buey lleva ventaja,
 Cuyos asientos nunca el freno saja,
 Y cuyo lomo encubre
 Costosísima silla.
 Sobre el puente á la maga se descubre.
 Cíne su pecho y su robusta espalda
 Áurea coraza que esmaltada brilla
 Con ricas piedras de color distinto,



La gigante Erifila vencida por Roger. (T. I, p. 93.)

Encarnado rubi, verde esmeralda,
Amarillo topacio, azul jacinto.

Diversa de color, mas en el corte
Pareja á la que llevan á la corte
Los obispos por cima de su cota,
Túnica parda de su cuello flota,
Y un grueso sapo de ponzoña henchido
En su cimera y su broquel se nota.

No bien al héroe vido
La magica, hácia el puente
Con las dos bellas damas acercarse,
En alta voz: « Detente,
« Vuelve, » le grita, « atrás; » mas, sin turbarse,
El fuerte paladin su lanza aprieta
Y á su adversaria, amenazando, reta.

Presta la maga hácia él su lobo empuja,
En el arzon se aferra,
Y, la lanza sacando de la cuja,
Hace temblar bajo sus pies la tierra;
Mas con violento choque, de repente,
Se sintió detenida, que en la frente
Por la enemiga lanza malherida,
A seis brazas del lobo
Sobre el prado cayó casi sin vida.

La espada el vencedor sacando entónces,
La cerviz altanera

Se dispone á cortar á la hechicera,
Cuando, en voz alta, á las doncellas oye
Que le gritan: « Señor, baste á tu gloria,
« Baste el haber vencido

« Sin mancillar con sangre tu vitoria, »
Suelta el hierro Roger, y con las damas

El puente atravesando
Entra en un bosque. Inestricables ramas
La senda cubren áspera y estrecha
Que conduce derecha
A la cumbre de un monte. Al otro lado
De este monte escarpado



Alcina y su corte vienen al encuentro de Roger. (T. I, p. 95.)

• Un espacioso llano se columbra
 Do un palacio magnifico se encumbra,
 • De una brillante corte acompañada,
 Hasta sus puertas exteriores viene
 La bella Alcina en busca del guerrero,
 A quien, con gesto afable y placentero,
 En su morada espléndida retiene.
 Cual al Señor del cielo lo recibe
 La amable gente que en sus senos vive.
 Allí todos los rostros ilumina,
 En grado casi igual, gracia, dulzura
 Bondad y juventud. Solo de Alcina
 Entre las otras la beldad descuella,
 Cual la del sol al lado de una estrella.
 Su gracia noble, su belleza rara
 A imitar no alcanzara
 El mas docto pincel. Largo cabello,
 Del oro envidia, en rizos anudado,
 Bate gentil su alabastrino cuello.
 De lirio y rosas el color mezclado,
 Por su rostro esparciéndose, contrasta
 Con su frente serena,
 Do brilla solo cándida azucena.
 Bajo dos negros y sutiles arcos
 Brillan dos negros ojos, claros soles
 En cumplir lo que ofrecen siempre parcos.
 En torno dellas y en su dulce fuego
 Amor se place en voluptuoso juego,
 Y temple agudas flechas
 Que siempre van al corazon derechas.
 De este rostro perfecto
 Baja por medio una nariz divina.
 La envidia en fin el minimo defecto
 Buscara en vano a la beldad de Alcina.
 Entre dos graciosisimos hoyuelos
 Lucen dos hilos de preciosas perlas,
 Y un bello labio del carmin mas puro
 Ya las esconde y ya permite verlas :

De este purpúreo labio se desprenden
Las amables razones
Que en viva llama el corazón encienden.
Allí se forma aquella dulce, tierna,
Angelical sonrisa,
En que el mortal divisa
Los goces todos de una dicha eterna.
Blanca cual el marfil es su garganta.

De su seno de nieve
A cada lado un globo se levanta
Que, agitado, se mueve
Cual las ondas que forma viento leve.
De sus encantos descubrir el resto
Los cien ojos de un Árgos no podrían;
Mas es de suponer que corresponde
A aquello que se ve lo que se esconde.

Guarda su brazo justo
Perfecta proporción con todo el busto.
Terminado una mano de azucena,
Que en torneados dedos se prolonga,
Y a cuya tersa candidez no hay vena,
No hay arruga ni nudo que se oponga.
Un pie ligero, esbelto y recogido
Sostiene en fin a aquella

Que se muestra á Roger afable y bella.
¿Qué extraño es pues que el paladín cautivo
Quedase en esta red? La voz, el canto
De Alcina, su mirar, su andar lascivo,
De su sonrisa en fin el atractivo
Viendo Roger, se inclina
A creer falso cuanto

Oyó decir al mirto sobre Alcina,
Pues sospechar no puede que se esconda
Bajo tal candidez maldad tan honda.

Y mas bien imagina
Que castigo el que Astolfo allí padece
Es de su ingratitud, y que merece
Esta pena y mayor por su impostura.

¡Incauto! Se figura
Que de venganza la pasión aleve
Al triste duque contra Alcina mueve.
La cara imagen de la dama bella
Por cuyo amor Roger suspira tanto,
Huye de su alma ya; que, por encanto,
Todo otro nombre desterrando della,
El suyo solo la hechicera esculpe.
Digno es pues el guerrero se disculpe
La ilusión que un instante
Le hace olvidar su amor por Bradamante.

A poco rato siéntanse á la mesa.
De liras, arpas y otros instrumentos
Los sonoros acentos
De repetir la atmósfera no cesa.
Con voz meliflua, luego, del amor
Las delicias celebra un trovador,
Y, de la exaltación en los caprichos,
Extraños se oyen y graciosos dichos.

¿Qué sucesor de Nino
Festín jamás aderezó cual este?
¿Con qué banquete al vencedor latino
Obsequió la ostentosa Cleopatra
Comparable al que al joven,
A quien finge que adora y que idolatra,
Presenta Alcina? En la mansión celeste
Festín igual yo dudo que se apreste.

Los platos y las mesas alzan luego,
Y, sentados en corro, alegre juego
Empiezan. Mil secretos
De labio en labio vuelan;
Los de la maga y de Roger discretos
Su pasión mutuamente se revelan;
En pláticas sabrosas se entretienen
Y la noche en pasar juntos convienen.

Los juegos por lo tanto cesan antes
De la hora á que acostumbran,
Y pajes con blandones rutilantes

El oscuro salon de nuevo alumbran.
 De séquito brillante acompañado
 Marcha luego Roger al blando lecho
 Que le fué preparado,
 De la estancia mas fresca,
 Mas cómoda y mas rica, bajo el techo.
 Y así que nueva yesca
 Presentan con almibares y vinos
 Al fuego en que el guerrero ya se enciende,
 Y así que, saludándole, el camino
 Para su estancia cada cual emprende,
 De perfumado lino
 Roger entre dos sábanas se extiende,
 Y, atento siempre á ver si Alcina llega,
 A ilusiones dulcissimas se entrega.
 Al menor ruido que oye, la cabeza
 Alza creyendo ver á la que aguarda;
 Pero, « no es ella, ¡oh cielos, quanto tarda!
 « No es ella, no, » se dice con tristeza.
 Tal vez salta del lecho; abre la puerta,
 Mira; mas nada ve; ninguno viene,
 Y mil veces y mil maldice la hora
 Que parece detiene
 En este instante el ala voladora.
 « Ya no me engaño, ella es, » de nuevo dice
 Y, en el inquieto ardor que le alucina,
 Las pisadas calcula que de Alcina
 Hacerle deben posesor felice.
 Mas la ilusion disípase, y, bien presto,
 Al temor entregándose, recela
 Que venga algun obstáculo funesto
 A frustrar el afan que le desvela.
 Con aromas y afeites, segun uso,
 Se perfumó la maga y se compuso;
 Y, cierta de que á todos en su alcázar
 Profundo sueño en languidez sepulta,
 Con silencio se avanza
 Hacia la estancia oculta

Donde, entre la zozobra y la esperanza,
 Lucha Roger. Al verla, por sus venas
 Siente hervir él su sangre, su alma apénas
 Tanta ventura á concebir alcanza.
 Loco de amor, se lanza
 Del lecho al suelo, hácia la dama acude,
 Y ciego, abalanzándose á sus brazos,
 Su cuerpo ciñe con tan fuertes lazos
 Que ni tiempo le da que se desnude.
 Por fortuna ella, empero,
 Vestido justo ó túnica no trae;
 Solo sutil cendal que, del guerrero
 Al primer movimiento, á tierra cae,
 Cubierta así quedando únicamente
 De una blanca camisa trasparente
 Que sus gracias oculta, cual su arena
 Encubre fuente límpida y serena.
 No con tan fuerte vinculo se enlaza
 La yedra al olmo que nacer la vido,
 Como, en gozo uno y otro sumergido,
 Al uno el otro con violencia abraza.
 Del incienso sabeo
 Perfume igual no expiden los vapores,
 Ni de suaves flores
 Las aromas igualan
 Al que los labios de los dos amantes,
 En abrasados ósculos, exhalan.
 En el palacio, en tanto, hondo misterio
 Sus amores encubre,
 O encubrir á lo ménos aparenta;
 Que no teme reproche ó vituperio
 Quien calla lo que ve, si quien lo cuenta.
 No hay placer en la tierra, no hay delicia,
 Que de uno y otro amante
 Las almas no enajene á cada instante.
 Ora á una mesa espléndida se sientan;
 Teatros por aquí, por allá danzas
 Y juegos á su vista se presentan.

Ya para ellos un baño perfumado,
 Que sus fuerzas y espíritus repara,
 Una mano solícita prepara.
 Ora, leyendo bajo verde sauce
 Amoras historias, se recrean;
 Ora su tiempo emplean
 En perseguir por valles y por cerros
 A la tímida liebre; ora con perros,
 A cazar el faisán acostumbrados,
 De sus jarales á salir le obligan;
 O lazos tienden que sus alas ligan
 Al tordo entre las zarzas, ó con redes,
 O, pendiente de un hilo,
 Con anzuelo traidor, al pez incauto
 Van á arrancar de su secreto asilo.

En tanto que á las lánguidas dulzuras
 De esta existencia el héroe se entregaba,
 Y que una hueste numerosa y brava
 Mandaba el rey francés contra Agramante,
 La insigne Bradamante
 Por Roger suspiraba noche y día.
 Inquieta, por hallalle,
 Va de la selva al monte, al llano, al valle,
 Y con su anillo, en varias ocasiones,
 Penetra hasta en los moros pabellones.

En vano, empero, nuevas de su amante
 A cuantos ve pregunta á cada instante.
 Búscale en balde, y recelara acaso
 Que perecido hubiera,
 A no saber que hasta el confin de ocaso,
 Desde do nace Hidáspes, en tal caso
 La fama de su muerte recorriera.
 De hallarle en fin perdida
 Toda esperanza, triste y afligida,
 A volver se decide á la caverna
 Do la ceniza de Merlin reposa,
 Y allí gritar hasta que cada losa
 A compasion de su dolor se mueva.

• Y hasta saber cual suerte
 Al héroe cupo, y resolver qué deba
 Hacer si vive, y qué si sufrió muerte.

Con esta intencion, pues, sus pasos lleva
 Hácia la selva que á Poitiers circunda,
 Y al sitio que, recóndito y salvaje,
 De entrada sirve á la mansion profunda;
 Pero la sabia, amable encantadora
 Que los héroes de su inclito linaje
 A la doncella á quien Roger adora,
 En la caverna ya mostró; Melisa,
 Que al Hipogrifo en su arriesgado viaje
 Siguió, no sin temblar por el guerrero,
 Vió cual hecho Roger fué prisionero.
 Como fué libertado, y como agora
 En las regiones del Oriente mora.

Sobre Hipogrifo la azulada esfera,
 Mal de su grado, atravesar le vido.
 De su larga carrera
 Siguele hasta el confin, y, sumergido
 En ocio, allí le ve dar al olvido,
 Entre los brazos de la astuta dama,
 Su honor, su rey, la virgen á quien ama.

Y en esta torpe vida hubiera acaso
 Su juventud el héroe consumido,
 Y con ella, perdido

Su honor, su fama y su obtenida gloria,
 É infame su memoria

Horror al orbe hubiera producido,
 A no llegar Melisa. Bien cual suele
 Médico docto á encangrenada llaga
 Hierro ó fuego aplicar que, si bien duele
 Con mayor acrimonia á los principios,
 Aprovecha a la postre; así la maga,
 Que á su dicha antepone
 La dicha de Roger, medios violentos
 A emplear se dispone,
 Si con dulzura conseguir no puede

Que á la pérfida Alcina él abandone.
 Diferente de Atlante, por la fama
 Y la gloria del héroe se desvela,
 Mientras el viejo del jóven á quien ama
 La vida solo conservar anhela,
 Y cuanto vale y es diera gustoso
 Por prolongarla un año,
 Aun cuando fuera de su honor en daño.
 Con este fin hácia la corte bella
 De Alcina le condujo, porque en ella
 De la guerra olvidase el ejercicio,
 Y de ambos supo aprisionar el pecho
 Con lazo tan estrecho,
 Que por romperlo se esforzara en vano
 La rigidez del mas maduro anciano.
 La maga en tanto, á cuyos sabios ojos
 Nada puede ocultarse, sin tardanza
 Se presenta á su cara protegida.
 De la virgen, al verla, los enojos
 Se truecan en placer y en esperanza;
 Bien pronto, empero, á maldecir su estrella
 Vuelve, oyendo que della
 Distancia inmensa á su Roger separa,
 Y exánime se queda cuando sabe
 Cuanto el peligro que le amaga es grave.
 Mas Melisa, animandola, «hija cara,»
 Le dice, « si ese portentoso anillo
 « Que orna tu dedo á encomendarme accedes,
 « Desde este instante puedes
 « Contar con ver al inclito caudillo.
 « De aquí partiendo agora
 « En India me hallará la nueva aurora. »
 Y prosigue narrándole qué medios
 Usar se proponia
 Para arrancarle de tan torpe estado
 Y conducirlo incólume á su lado.
 De su dedo el anillo
 Sacándose la virgen, se lo entrega.

Y, por su amor, le ruega
 Que vele por Roger. Luego el camino
 Que hácia Provenza guia
 Toma ella; en tanto que, por otra via
 La hechicera marchando,
 Comparecer ante sus ojos hace
 Un palafren extraño,
 Negro de cuerpo y con un pié castaño.
 Del averno profundo
 No sé si era un espíritu; sé solo
 Que, descalza, y el talle desceñido,
 Y el cabello esparcido
 Del viento á la merced, sobre su grupa
 De un salto se coloca,
 Y, el anillo poniéndose en la boca,
 De tal manera en avanzar se ocupa,
 Que en la insula de Alcina
 Le sorprendió la estrella matutina.
 El transformarse es obra de un momento,
 De una cuarta el aumento
 Hace tomar de pronto á su estatura,
 Y grueso en proporcion con esta altura.
 Barbas da y aspereza á su semblante,
 Y, con su ruda reja,
 Surcar su jóven faz al tiempo deja.
 Su paso en fin, su voz y su semblante
 Supo fingir con propiedad tan rara,
 Que con el viejo Atlante
 La vista mas sagaz la equivocara.
 De Alcina la presencia
 Evitando solicita, el instante
 Busca en que de su amante
 Separada se encuentre. Por ventura
 Tendido muellemente
 Lo encuentra un dia al borde de una fuente.
 Cubre sus miembros, por su vida ociosa
 Afeminados insensiblemente,
 Túnica primorosa

Que le tejó la maga voluptuosa.
 Ricas piedras adornan su garganta
 Y brazales preciosos
 Sus brazos, otro tiempo vigorosos.
 La piel de las orejas del caudillo
 Atravesando con un hilo de oro,
 En cada una un zarcillo
 La hechicera colgó con una perla
 De las de Ormuz y de Ceylan desdoro.
 Su rizado cabello
 Esparciéndose en torno de su cuello,
 Los aires embalsama.
 Su rostro en fin, su voz, sus movimientos
 Amor respiran, y, oprobiosa llama
 Sintiendo por la mágica proterva,
 El nombre solo de Roger conserva.
 Bajo la forma del anciano Atlante,
 Acércaselo súbito la dama,
 Y, armándose de aquel sañudo gesto
 Que respetar el paladin solia :
 « ¿ Es esto, dice, es esto
 « Lo que mi arte á mi anhelo prometia ?
 « ¿ De leones y de osos por ventura
 « Con tuétanos nutrí tu edad primera ;
 « Por el áspero monte y selva oscura
 « Al lobo, al jabali y á la pantera
 « Las uñas y los dientes
 « A arrancar te enseñé, y á las serpientes
 « A estrangular entre tus fuertes brazos,
 « Para verte, ¡ infeliz ! tras penas tantas
 « De una Alcina postrado ante las plantas ?
 « No es esto, ¡ ah ! no, lo que de ti los sueños,
 « La conjuncion de estrellas y de puntos,
 « El girar de la máquina celeste,
 « De mi arte en fin los medios todos juntos
 « A mi afan predijeron. No, no es este
 « El camino que guia
 « A la inmortalidad. Fatal engaño

« Un César, un Cipion, un Alejandro,
 « Me hizo un tiempo esperar que brotaria
 « En el triste mortal á quien condena
 « La torpe Alcina á la servil cadena.
 « ¡ Ah ! si el insigne honor á que, propicio,
 « El cielo destinárate, no mueve
 « Tu duro corazon, moverlo debe
 « El pensar cuan injusto es que se frustré
 « Por ti la gloria de tu estirpe ilustre.
 « ¿ Con qué derecho á defraudar se atreve
 « Tu torpe vida al orbe de las almas
 « Mas nobles que el Señor concibió nunca,
 « Y que esperando estan la luz del dia
 « Por cubrirse de lauros y de palmas,
 « En su antiguo esplendor restableciendo
 « De Italia libre la alta monarquía ?
 « Dos sobre todo, Hipólito y su hermano,
 « A obedecerme muévante. Sus nombres
 « Con brillo volarán eternamente,
 « De nacion en nacion, de gente en gente.
 « De tu linaje espléndido y fecundo
 « Son estos dos los que mas gloria al mundo
 « Habrán de dar. De mí tú mismo oyendo
 « Del cielo los recónditos secretos,
 « Mostraste en otros tiempos alegría,
 « Al saber que algun dia
 « Darás á Italia tan ilustres nietos.
 « ¿ Qué viste en esa infame,
 « De tantos otros torpe conubina,
 « Que así tu voluntad avasallara ?
 « ¿ Quieres ver, infeliz, quien es Alcina ?
 « Toma, toma este anillo ; vuela ante ella ;
 « Verás cual es aquella
 « Que ilusa tu alma en adorar se obstina.
 « Confuso y en silencio el héroe queda.
 Ni pestaña ni labio mover osa ;
 Y cuando, bondadosa,
 Pone la maga el misterioso anillo

En su trémula mano, de tal modo
Se cubre de rubor, que deseara
Que, abriéndose la tierra, le fragara.

Su primitiva forma en este instante
Toma Melisa, al héroe descubriendo
Su nombre, su semblante
Y la causa feliz de su llegada.

Dicele que a romper tan solo viene
La cadena fatal que le detiene;
Y que viene enviada

Por la insigne guerrera, cuya vida
Estando al bien de su Roger ligada,
Puesto en las manos hale

Aquel anillo contra el cual no vale
Encantamiento alguno, y que lo mismo
Su vida y su alma diera

Si, por salvarle de aquel hondo abismo,
Su vida ó su alma necesaria fuera.

Y de su parte le refiere luego
Cuanto es ardiente el fuego
En que, por él, la virgen se consume.
Sus proezas le cuenta, y de tal modo
De aquesta el bien, de Alcina el mal resume,
Que la aversion mas viva

Por ella hace al guerrero que conciba.

Esta aversion bien presto
En un odio profundo se convierte,
Pues, del anillo la virtud divina
Haciendo todo engaño manifiesto,
Ver á Roger permite que en Alcina
Nada era natural, todo ficticio;
Engaño todo, fraude y artificio.

Bella y llena de aroma una manzana
Un rapazuelo esconde;
Mas no se acuerda donde.
Encontrándola luego una mañana
Cógela, y presto, con despecho é ira,
Léjos de sí la tira

Al ver el fruto, ha poco hermoso y sano,
Pábulo agora de voraz gusano.

Así cuando, por orden de Melisa,
Ante Alcina esta vez Roger se muestra
Con el anillo mágico en su diestra,
Una vieja decrepita divisa

En vez de la beldad lozana y rara
Que en Alcina admirara.

Pálido ve su rostro y macilento.

A seis palmos no llega su estatura,

Ni un cabello en su frente,

Ni en su boca se nota un solo diente.

La Sibila Cumea

Ni la viuda de Priamo mas años

Que ella vieron tornar; mas con engaños

Que conocer á nuestra edad no cupo,

Hacerse hermosa, hacerse jóven supo,

Y, cual al héroe, fascinar á tantos.

Nada hoy, empero, todos sus encantos
Valen contra Roger. Aleccionado

Por la sabia Melisa, el cambio horrendo

Finge no conocer, hasta que un día,

Sus relegadas armas revistiendo,

Dijo á la maga que medir queria

Cuanto estaba mas grueso

Desde que no sintió dellas el peso.

Ciñelas pues, y ciñese en seguida

Su fuerte Balisarda;

Toma el broquel, cuidando que su lumbre

A través del cendal no se columbre,

Y á la cuadra bajando,

Ensillar y enfrenar hace un peceño

Que le indica Melisa, no ignorando

Cuanto es ligero su correr. Su nombre

Es Rabicano, y fué su antiguo dueño

El paladin que, en mirto convertido,

Dobla hoy al aquilon su cuello erguido.

Tomar bien pudo en vez de Rabicano

Al Hipogrifo, que á su lado estaba;
 Pero temió que, si su plan llegaba
 Alcina á penetrar, lo hiciera vano.
 De Melisa ademas el cuerdo aviso
 Escuchando, no quiso
 Empezar su carrera
 Sobre tan viva é inobediente fiera.
 De allí sacándola al siguiente dia,
 Le ofrece la hechicera
 Explicarle despacio la manera
 De regirla segun su fantasia.
 Con este ardid, el paladin se aleja
 Del palacio fatal de la impia vieja,
 Y, de nuevo emprendiendo su jornada,
 Marcha de Logistila á la morada.
 A las puertas llegando,
 A sus guardas ataca á la improvisa;
 Y, sin que nadie á su furor resista,
 Espanto y muerte entre ellos va sembrando.
 Pasa el puente por fin, y su carrera
 De tal modo acelera,
 Que hallarse léjos debe
 Antes que de su fuga
 La noticia á la mágica se lleve.
 Mas mientras llega el héroe á su destino
 Otro canto dirá lo que le avino.

CANTO VIII.

Después de mil trabajos, llega Roger á la morada de Logistila, donde encuentra á Melisa y al duque Astolfo. — Reinaldo obtiene socorros de tropas de los reyes de Escocia y de Inglaterra. — Angélica discurre por el mar montada en el caballo encantado. — Cae en manos del ermitaño, y luego en poder de unos piratas. — Parte Orlando en busca de ella.

¡ Cuánta Melisa, oh cielos, cuánto Atiante
 Incógnito en el orbe se pasea,
 Que, cambiando de voz y de semblante,

En cautivar las almas se recrea,
 Sin que para ello menester le sea
 Demonios invocar ni observar astros,
 Que el engaño y la intriga
 Coronan casi siempre su fatiga!
 De Melisa, ó mas bien del sano juicio,
 Quien el precioso anillo poseyera,
 Sin esfuerzo pudiera
 La verdad distinguir del artificio.
 Dicha fué pues del héroe, y no pequeña,
 Aquel dije tener que de lo falso
 Lo verdadero á discernir enseña.
 Dicho va cual armado hácia la puerta
 Llegó Roger, y cual amedrentada
 Deja á la chusma, ó muerta
 A los terribles golpes de su espada.
 La puerta pasa y en los bosques entra.
 Sobre un rocín estético montado,
 Allí de Aleina á un servidor se encuentra,
 Que un lijero lebrél lleva á su lado,
 Y en su diestra un milano
 Que en lanzar cada dia
 Para hacer presas, ora por el llano,
 Ora al vecino estanque, se placia.
 Al ver al héroe, la presteza viendo
 Con que, aguijando á su corcel, camina,
 No tarda en sospechar que viene huyendo
 De la mansión espléndida de Alcina.
 Acércasele pues, y, en voz grosera,
 La causa que sus pasos precipita
 Pregunta al paladin, que no contesta.
 Furioso aquel entónces, le denuesta,
 Y, el brazo alzando, grita:
 « ¿Qué dirás tú si yo te cierro el paso?
 « ¿Resistir al halcon piensas acaso? »
 Dice; y al ave lanza,
 Que al veloz Rabicano en breve alcanza.
 A tierra salta el rústico en seguida,

Al Hipogrifo, que á su lado estaba;
 Pero temió que, si su plan llegaba
 Alcina á penetrar, lo hiciera vano.
 De Melisa ademas el cuerdo aviso
 Escuchando, no quiso
 Empezar su carrera
 Sobre tan viva é inobediente fiera.
 De allí sacándola al siguiente dia,
 Le ofrece la hechicera
 Explicarle despacio la manera
 De regirla segun su fantasia.
 Con este ardid, el paladin se aleja
 Del palacio fatal de la impia vieja,
 Y, de nuevo emprendiendo su jornada,
 Marcha de Logistila á la morada.
 A las puertas llegando,
 A sus guardas ataca á la improvisa;
 Y, sin que nadie á su furor resista,
 Espanto y muerte entre ellos va sembrando.
 Pasa el puente por fin, y su carrera
 De tal modo acelera,
 Que hallarse léjos debe
 Antes que de su fuga
 La noticia á la mágica se lleve.
 Mas mientras llega el héroe á su destino
 Otro canto dirá lo que le avino.

CANTO VIII.

Después de mil trabajos, llega Roger á la morada de Logistila, donde encuentra á Melisa y al duque Astolfo. — Reinaldo obtiene socorros de tropas de los reyes de Escocia y de Inglaterra. — Angélica discurre por el mar montada en el caballo encantado. — Cae en manos del ermitaño, y luego en poder de unos piratas. — Parte Orlando en busca de ella.

¡ Cuánta Melisa, oh cielos, cuánto Atiante
 Incógnito en el orbe se pasea,
 Que, cambiando de voz y de semblante,

En cautivar las almas se recrea,
 Sin que para ello menester le sea
 Demonios invocar ni observar astros,
 Que el engaño y la intriga
 Coronan casi siempre su fatiga!
 De Melisa, ó mas bien del sano juicio,
 Quien el precioso anillo poseyera,
 Sin esfuerzo pudiera
 La verdad distinguir del artificio.
 Dicha fué pues del héroe, y no pequeña,
 Aquel dije tener que de lo falso
 Lo verdadero á discernir enseña.
 Dicho va cual armado hácia la puerta
 Llegó Roger, y cual amedrentada
 Deja á la chusma, ó muerta
 A los terribles golpes de su espada.
 La puerta pasa y en los bosques entra.
 Sobre un rocín estético montado,
 Allí de Aleina á un servidor se encuentra,
 Que un lijero lebrél lleva á su lado,
 Y en su diestra un milano
 Que en lanzar cada dia
 Para hacer presas, ora por el llano,
 Ora al vecino estanque, se placia.
 Al ver al héroe, la presteza viendo
 Con que, aguijando á su corcel, camina,
 No tarda en sospechar que viene huyendo
 De la mansión espléndida de Alcina.
 Acércasele pues, y, en voz grosera,
 La causa que sus pasos precipita
 Pregunta al paladin, que no contesta.
 Furioso aquel entónces, le denuesta,
 Y, el brazo alzando, grita:
 « ¿Qué dirás tú si yo te cierro el paso?
 « ¿Resistir al halcon piensas acaso? »
 Dice; y al ave lanza,
 Que al veloz Rabicano en breve alcanza.
 A tierra salta el rústico en seguida,

Y quitando la brida
 A su rocin, lijero como el dardo,
 Suéltalo contra el paladin gallardo,
 A quien muerde y acosa. Sin tardanza
 Hacia él acude el rústico, seguido
 De su lebrel, veloz cual leopardo
 Que á la liebre persigue en el ejido.
 Roger, que á mengua no esperar lo tiene,
 Al villano se acerca;
 Pero su espada desnudar desdeña
 Al verle armado solo de la vara
 Con que al lebrel obedecer enseña.
 Su tiempo, empero, el rústico no pierde
 Y al héroe acosa con la vara, en tanto
 Que, por el lado izquierdo, el can le muerde.
 Por el derecho, en esto, le acomete
 El rocin con los dientes y pezuñas,
 Y, en torno suyo, infatigable vuela
 El presto halcon, que con punzantes uñas
 Al caballero ofende
 Y al corcel, que á la espuela
 Y al freno, amedrentado, ya no atiende.
 Viendo entónces Roger que en vano quiere
 Dispersar á la turba que le ataca,
 El fuerte acero saca;
 Al can, al ave, al siervo, al rocin hiere:
 Y, conociendo en fin que esta demora
 Puede serle funesta,
 Pues á partir se apresta
 En su busca la altiva encantadora;
 Y que ya, por los valles y colinas,
 De atambores, campanas y bocinas
 El sonido se escucha,
 Poner fin piensa á tan extraña lucha.
 Del escudo de Atlante
 Alza el rojo cendal. La lumbre viva,
 Produciendo su efecto, en el instante
 Al cazador de sus sentidos priva;



Roger se sirve del escudo encantado. (T. I, p. 110.)

El caballo y el can vienen al suelo,
 Y del halcon inmóviles las alas
 Quieren en vano sostener su vuelo.
 Sumidos en letargo así los deja,
 Y de aquel sitio el buen Roger se aleja.

La maga, en tanto, que la fuga sabe
 Del héroe y la reyerta
 En que, guardando el paso de la puerta,
 Muerta quedó gran parte de sus tropas,
 Sumergida en dolor, rasga sus ropas,
 Los cabellos se mesa,
 Su imprevisión estúpida confiesa
 Y manda que, á lidiar apercebida,
 En torno suyo, sin tardanza alguna,
 Su gente toda en huestes se reuna.

De esta gente, en seguida,
 Dos divisiones hace. A la una dellas
 Seguir intima de Roger las huellas.
 Ella luego, saltando sobre un leño,
 A la segunda hueste se reune;
 Y es tal su afán de que no quede impune
 La infiel conducta del que fué su dueño,
 Que, por seguir al jóven á quien odia,
 Deja todo su reino sin custodia.

No á Melisa podia
 Presentarse ocasion mas favorable
 De librar á los héroes que, implacable,
 Alcina en sus prisiones detenia.
 Con este objeto, marchase al palacio;
 Sus muros ve de imágenes cubiertos,
 Y en sus salas y pórticos desiertos
 Los ingredientes halla, talismanes,
 Nudos, rombos y cuantos
 Instrumentos destina á sus encantos.

Unos quebrando y dando otros al fuego,
 A los jardines se dirige luego,
 Donde de Alcina encuentra á los amantes;
 Y, con su antigua forma, les devuelve

La libertad de que gozaban antes.
 Agradecidos ellos
 En busca parten de Roger, y llegan
 De Logistila á los estados bellos.
 De allí, distinto giro
 Tomando, cual á Grecia se encamina,
 Cual á la Escitia, á Persia ó al Epiro.
 Astolfo fué de todos el primero
 Que probó del anillo la virtud.
 Por Roger la hechicera prevenida
 Fin poniendo á su larga esclavitud,
 Le torna á dar aquella lanza de oro
 Que, con un solo golpe,
 A un hombre saca del arzon. Del moro
 Argalia fué; mas tarde
 Vino á poder del príncipe britano,
 Y en una y otra mano
 A la Galia asombró con su pujanza.
 Sus armas todas, con aquesta lanza,
 Al paladin la mágica entregando,
 Para partir le encarga que se apronte,
 Y, el alado corcel luego ensillando,
 A Astolfo manda que en su grupa monte.
 Así de Logistila
 A los reinos se parten, donde aguardan
 Mas de una hora á Roger, cuyo camino
 Invencibles obstáculos retardan.
 Por medio á la maleza,
 Con penas mil, los fosos y peñascos
 Que le obstruyen el paso, atravesando,
 Llega en fin, fatigado y casi muerto,
 A un páramo desierto,
 Cuyos límites son el mar y un monte.
 Su ceñido horizonte,
 Extendiéndose solo á mediodía,
 Su estéril suelo abrasa de manera,
 Que á su contacto el vidrio
 Sobre la arena líquido corriera.

Nada respira allí. De la agorera
 Cigarra solo el importuno acento
 De rama en rama hace correr el viento.
 Mas de asunto me obliga
 Mi deber á cambiar de cuando en cuando;
 Así, de sed, y de hambre y de fatiga
 Al buen Roger aquí dejo espirando,
 Y tras Reinaldo á Escocia emprendo el vuelo.
 Por el rey, por Ginebra y por la corte
 De júbilo acogido con transporte,
 La causa que á aquel suelo
 Sus pasos guía al paladin expone,
 Diciendo que de Escocia y de Inglaterra
 A pedir el auxilio se dispone
 En nombre de su rey. El riesgo grave
 Que amaga á Carlos, de tal modo sabe
 Pintar, que del anciano la respuesta
 Fué que, por ir de Carlos al socorro,
 Su gente toda hallábase dispuesta
 Y que, su edad no obstante,
 Él mismo al frente della se pondría
 Si encomendar su mando no pudiera
 A un hijo suyo de alta nombradía
 A quien en breve ver llegar espera.
 Soldados entretanto
 Y caballos y naves habilita,
 Oro prepara, viveres y cuanto
 Para esta expedición se necesita.
 Y cuando hácia Bretaña
 Reinaldo parte, él mismo le acompaña
 De su país á la última frontera,
 Do diz que tiernas lágrimas vertiera.
 Próspero viento del bajel henchía
 Las blancas velas, cuando en él Reinaldo,
 De todos despidiéndose, subía.
 Alzada el ancla, en breves horas llega
 Allá do al mar hinchado
 Su depósito el Támesis entrega.

Por el flujo del mar luego empujado,
Se halló bien pronto á Lóndres transportado.

De Cárlos y de Oton, rey de Inglaterra,
Que con Cárlos sitiado

Se halla en Paris, al príncipe de Gales

Lleva el hijo de Amon órdenes tales,

Que en el preciso término muy breve

Caballos y hombres debe,

Armas y buques preparar, y junto

Todo á su auxilio despachar al punto.

El príncipe que he dicho, en cuya mano,

Por ausencia de Oton, estan las riendas

Del imperio britano,

Al buen Reinaldo obsequios tales hace

Cual los hiciera al mismo soberano;

Y á su demanda al punto satisface,

Fijando el día en que la escuadra nueva

A las costas de Francia partir deba.

Mas, cual suele hábil músico á menudo

Cambiar de cuerda por variar de tono,

Ora el grave empleando, ora el agudo,

Tal, por hablar de Angélica, aqui dejo

Al bravo paladin de quien huia

Cuando topó con el astuto viejo.

Tanto al de Amon Angélica temia,

Que, pensando que Francia, Europa entera,

Darle seguro asilo no podia,

Si del mar no mediaba la barrera,

La bella dama con afan la via

Preguntaba que al puerto conducia.

Mas el viejo, que siente

Con violencia latir su helado pecho,

De indicarle el camino no se cura;

Antes su viaje detener procura.

Vano, empero, es su afan. A su despecho

Alejarse la ve. De su asno lento

En vano el movimiento

Pretende acelerar, y persuadido



Angélica huyendo del viejo ermitaño. (T. I, p. 114.)



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE BUENOS AIRES
BIBLIOTECA GENERAL DE BIBLIOTECAS
"A FORTI USQUE"
1977

Que seguirla no puede, y que su pista
 Va por siempre á perder, del hondo Averno
 Convoca á las deidades. A su vista
 Una, entre otras muchas, comparece,
 Que habla con él, y parte y se introduce
 En el corcel que á Angélica conduce.

Cual can sagaz que, en conocido monte,
 Liebre ó zorra persigue,
 Su huella tal vez sigue,
 Tal vez no, que cortando
 Llega mas pronto al fin de su carrera,
 Do á su víctima espera;
 Así el viejo falaz de la doncella,
 Sin tanto caminar, sigue la huella.
 Ella entretanto, que su objeto ignora,
 Tranquila sigue, haciendo
 Ora largas jornadas, cortas ora.

Así llega á la orilla
 Del mar que en torno á los gascones brama,
 Y por la arena que, mojada, brilla,
 Sigue su viaje la afligida dama,
 Cuando hé aquí que, por el monstruo horrendo,
 Que en su seno se abriga, estimulado
 El palafren, á nado
 Nuevo camino por la mar emprende
 Con el freno hácia tierra

Volverle en vano Angélica pretende;
 Al ver su riesgo la infeliz se aterra,
 Y en el arzon, exánime, se afana

Del muslo en torno recogido habia
 Su vestido, y, las olas evitando,
 Levantaba los pies cuanto podia.
 Por sus espaldas cándidas flotando
 Sus hermosos cabellos,
 Del Céfire lascivo eran juguete;
 Que, tanta gracia contemplando atentos,
 Ni osaban respirar los demas vientos.
 En vano, en vano, sus hermosos ojos,

Anegados en llanto,
 Misera hácia la tierra revolvia
 Que, huyendo, decrecia.
 La triste noche su enlutado manto
 Sobre la tierra y sobre el mar tendia
 Cuando, á la diestra el palafren volviendo,
 Conduce á la infeliz sobre unas rocas
 Que, hendidas, abren espantosas bocas.
 Al verse sola en medio de un desierto
 Que al corazon mas firme diera espanto,
 Es el que siente tanto,
 Que, mas bien que mujer, cadáver yerto
 A semeja ó estatua. Sin aliento,
 Sin voz, sin movimiento, altas las palmas,
 Con llanto y languidez, sus luces bellas
 Alzando á las estrellas,
 Estar parece al que gobierna el mundo
 Echando en cara su dolor profundo:
 Y en sí, tras largo rato, al cabo vuelta,
 De este modo su voz en quejas suelta.
 « ¿Cuándo, ¡oh fortuna! cuándo
 Cesará tu rigor de perseguirme?
 « ¿Asaz no hice á tus furiosos dando
 « Una existencia triste,
 « Que arrancarme pudiste
 « Sepultándome en medio de esas olas,
 « Y que á suerte mas cruda
 « Has reservado ¡oh bárbara! sin duda?
 « A mi angustiado pecho
 « ¿Qué es lo que queda por sufrir? Del trono
 « Donde á sentarme me llamó el derecho
 « Me derrocó tu despiadado encono,
 « Robándome el honor; pues si es seguro
 « Que ileso existe y puro,
 « Es seguro tambien que expuesto queda
 « A las sospechas, que algun tanto funda
 « Mi vida incierta, errante y vagabunda.
 « Y, perdido el honor, ¿qué es lo que resta

« A una infeliz mujer? Si soy hermosa,
 « Cual lo pretende el vulgo, bien funesta
 « Me ha sido mi beldad. No al cielo gracias
 « Tributaré por esta,
 « Causa fatal de todas mis desgracias.
 « Ella á mi hermano Argalia dió la muerte
 « A pesar de sus armas encantadas.
 « Ella de la impia suerte
 « De mi padre infeliz la causa ha sido.
 « Ella me ha reducido
 « A esta existencia errante. Despojada
 « Del trono de mis padres, sin amigos,
 « Sin patria, sin honor y aun sin morada,
 « ¿Para qué quiero, ¡oh pérfida fortuna!
 « La existencia que tanto me importuna?
 « Con bárbara piedad, ya que sumirme
 « No quisiste en las olas, si á lo ménos
 « En pábulo me dieras
 « A las voraces fieras
 « Que habitar deben estos hondos senos,
 « Por primer vez, al acabar mi vida,
 « Gracias yo tributárate rendida.»
 Mientras así sus quejas exhalaba
 La mísera doncella,
 El pérfido ermitaño, que seis dias,
 Por desusadas vias,
 Llegara á aquellos sitios ántes que ella,
 Su pena advierte desde una alta roca,
 Y, al punto descendiendo,
 Cabe ella se coloca,
 La mas profunda devocion fingiendo.
 Maravilloso efecto la presencia
 De un sér humano en los sentidos obra
 De Angélica, que no lo reconoce,
 Calmada, pues, un tanto su zozobra,
 « De mi suerte infelice,
 « Oh padre, compadécete, » le dice,
 Y, entre sollozos mil, su cuita grave

Refiere á aquel que cuanto pasa sabe.

Con devotas palabras el anciano
Su pena amarga á mitigar empieza;
Pero, bien presto, con aleve mano
De su faz y su seno la pureza
Osa tocar, y, con inmundo labio,
A la belleza y al amor agravio
Se preparaba á hacer, cuando animosa
La virgen le rechaza,
Su faz tiñendo de carmin y rosa.

Sacando entonces un frasco del bolsillo
El viejo atroz, del liquido que encierra
Con una gota apaga todo el brillo
De los mas bellos ojos de la tierra.
Rendida por el sueño mas profundo
Angélica los cierra,

Y en poder queda así del viejo inmundo.
Entonces si que sus virgineas gracias,
Con torpe mano y con mas torpe boca,
Impunemente él toca.

Solo con ella al verse en un desierto,
Su horrendo crimen consumir medita:
Mas en sus venas muerto

El fuego está que su ansia necesita:
Y, cual rocin que, tras penosa marcha,
Sintiendo ora el talon, ora la rienda,
Quiere alzar la cabeza

Y el paso acelerar, débil tropieza
Y al suelo arrastra su inflexible dueño;
En vano así, por su ansia consumido,
Vino á tierra el hipócrita, rendido
De cansancio, de cólera y de sueño.

Pero, bien que de Angélica no acabe
Aquí la cuita grave,
Del Norte y del Ocaso
Los apartados términos traspaso.

Hay mas allá de la remota Irlanda
Una tierra nefanda,

De cuyos moradores

Percieron los mas á los furores
De la grey espantosa de Proteo.

Cuentan, ciertas ó no, viejas historias,
Que aquel solio ocupaba
Un poderoso rey. Jóven y bella
Hija tenia, por la cual Proteo
Dentro del agua enciéndose en deseo,
Y á la orilla del mar solo con ella
Encontrándose un dia,

De su audacia y su amor le da tal prueba
Que en sus entrañas la infeliz la lleva.

Del inflexible padre fué tremendo
El enojo al saber aquesta nueva,
Y razones y excusas desoyendo.
Mandó que, con el parvulo inocente,
Perciera la madre delincuente.

En su furia violenta,
Al escuchar tan bárbara venganza,
Proteo del ganado que apacienta
Los monstruos todos á la orilla lanza,
Que los campos destruyen,
Los rebaños, las casas y los pueblos,
De do aterrados los vivientes huyen;
Y á las fuertes ciudades muralladas
Y por hombres sin cuento custodiadas
Ponen estrecho asedio.

Consultado el oráculo, responde

Que el medio, el solo medio
De aplacar tanta cólera sería

Presentar en la playa cada dia
Al irritado dios una doncella,

Hasta que, una tan bella
Cual la que fué sacrificada, hallando,
Saciase en ella su furor infando.

Triste es allí de la beldad la suerte

Desde que existe usanza tan sangrienta,
Pues del monstruo la saña no contenta,

A cuantas bellas ve da cruda muerte,
O, al volverse á la mar, á una orca impia
De devorarlas la mision confia.

No podré yo afirmar si de Proteo
Es verdadera ó no toda esta historia;
Lo que es cosa notoria
Es que la ley existe. Triste cosa
El ser mujer es ya por donde quiera;
Allí, no solo es triste, es espantosa.

¡Guay de la dama á quien fortuna fiera
Tal vez conduce á aquel paraje infausto,
Donde es gran bien hallar una extranjera
Que ofrecer á Proteo en holocausto!
De mujeres exhausto

Empezándolo á ver sus habitantes,
En bajeles sin número á distantes
Playas corriendo sin cesar, conducen
Doncellas mil que ya por fuerza roban,
Ya con el oro ó la ficcion seducen,
Doncellas mil de todas las naciones
Que de la insula pueblan las prisiones.

De estos viles corsarios
Una barca pasando acaso un dia
No léjos de los sitios solitarios
Donde, en los brazos del astuto viejo,
La desgraciada Angélica dormia,
En busca de agua fresca y de madera,
Desciende á la ribera
La chusma que rigiéndola venia.

¡Oh beldad soberana!
¡Joya mil veces demasiado hermosa
Para gente tan bárbara y villana!
¡Oh fortuna cruel y rigurosa!
¿Quién pensará que en la existencia humana
Influjo tanto tengas, que alimento
Hagas de un sér cruento
A la beldad cuyo celeste influjo,
Desde el suelo del Cáucaso al indiano,

Al mísero Agricano,
Con media Escitia, á perecer condujo?
La gran beldad que fué por Sacripante
A su honor y á su imperio preferida,
La que empañó del paladin de Anglante
La fama esclarecida,
Y por quien vió Levante
Su gente toda inquieta y conmovida,
Sola, afligida, hoy yace en suelo extraño,
En los brazos del pérfido ermitaño.

A la barca, do gime
Harta indefensa dama, á quien oprime
Dolo igual, condúcenlo con ella,
Y á la cumbre del mástil levantada
La Iona ven al despertar que, hinchada
Por recio viento, los impele á tierra.
Allí, dentro de un fuerte
La fiera gente á la doncella encierra,
Hasta el fatal instante de su muerte;
Mas, fué tanto el poder de su hermosura
Aun sobre aquellos pechos inhumanos,
Que entregarla al suplicio difirieron
Mientras hallar pudieron
Otras doncellas que exponer al monstruo,
Y el pueblo todo vió con sentimiento
Llegar por fin el crítico momento.

¿Quién, quién puede decir cuanto suspiro,
Cuanta queja la dama al cielo manda?
Yo por mi no me admiro
Si con su acento ablanda
La roca, á que sujeta,
El fin contempla de su suerte infanda.
Mas el dolor me fuerza
A que los ojos tuerza
Hacia otra parte. Sosegado un tanto,
Mas tarde acaso emprenderé mi canto;
Canto que acaso á compasion moviera
A la mas cruda fiera

Que de la Libia en las arenas brama.
 ¡Oh, si llegar de su angustiada dama
 Pudiera el eco hasta el señor de Anglante!
 ¡Oh, si saber Reinaldo y Sacripante
 Pudiesen de su Angélica la pena!
 Por romper su cadena
 Acorrieran veloces, ¡mas en vano!
 Que de su prenda cara
 Una inmensa distancia los separa.

El cerco de Paris, en tanto, hacia
 Con gran teson el hijo de Troya,
 Llegando á tal extremidad un día
 Que sucumbir bajo el poder del Moro
 Creyó ver Carlos á las leyes de oro.
 En trance tan extremo
 Al cielo el rey sus súplicas dirige,
 Y, apiadado del riesgo que le allige,
 El Hacedor supremo

Con abundante lluvia el fuego apaga
 Que hacerse dueño de Paris amaga.

En la callada noche, el triste Orlando
 Vuelve y revuelve la penosa idea
 Que, en su alma siempre fija
 Y siempre en incesante movimiento,
 Cual el rayo del sol que de onda clara,
 Do siempre bulle, nunca se separa,
 No da un solo momento

De tregua á su agitado pensamiento.

En nuevos y mas fervidos deseos
 Su corazon á cada instante inflama
 La imagen de la dama

Cuya huella perdió junto á Burdeos

Desde el día fatal de la contienda

En que el Bávaro duque huyó su tienda.

Grave pesar en su ánimo angustiado
 Este triste recuerdo producía.

« ¿Es posible, decia, que tu agrado

« Despues de conseguir, ¡oh vida mia!

- « Haya yo, necio y loco, renunciado
 « A vivir á tu lado noche y día?
 • « ¡Ah! ¿porqué, al verte al duque abandonada,
 « De su poder no te arrancó mi espada?
 « Guardado al ménos en Paris te habria
 « O con buena custodia en algun fuerte;
 « Que lo que mas allige el alma mia
 « Es ver á quien se encomendó tu suerte.
 « ¿Quién defenderte, quién cual yo podria,
 « Cual yo que hacerlo debo hasta la muerte?
 « ¡Oh mi vida, mi bien! Todo me dice
 « Que debí, pude hacerlo..... y no lo hice.
 « ¿Dónde sin mí, tan jóven, tan hermosa
 « Diriges hoy el vacilante paso,
 « Cual corderilla que en la selva umbrosa,
 « Del hato dulce separada acaso,
 « Mientras con voz cuitada y lastimosa
 « Anuncia al mayoral su acerbo caso,
 « Por el lobo voraz tan solo oida,
 « Pierde á sus garras la indefensa vida?
 « ¿Do estás, mi bien y mi esperanza, agora?
 « Tal vez, por esas selvas caminando,
 « De hambriento lobo ó de onza robadora
 « Víctima fuiste, léjos de tu Orlando.
 « De tu beldad la flor encantadora
 « Y otra mas bella aun, que conservando
 « Fui siempre en tí con largo afán, sin duda
 « Cedieron de otro á la violencia cruda.
 « ¡Oh sin ventura, oh misero! ¿qué espero
 « Para morir, perdida ya esta joya?
 « ¡Eterno Dios! de mi suplicio fiero
 « Tu Majestad los ecos no desoya,
 « Que de mi vida y mi alma desespero
 « Si á mi flaqueza tu poder no apoya.»
 Así llanto y suspiros exhalando
 Entre sí dice el infeliz Orlando.

Mientras que, por do quiera, los mortales
 Reposo dan á sus cansados miembros,

Cual sobre muelle pluma,
 Cual entre musgo, peñas ó zarzales,
 Orlando solo, cuyo pecho bruma
 Grave dolor, el párpado no cierra,
 O, si tal vez lo cierra algun momento,
 Sueños fatales doblan su tormento.

Figurábase el héroe trasportado
 A un verjel delicioso,
 De las mas bellas flores esmaltado,
 Y allí mirar el alabastro hermoso
 Que amor tiñó de púrpura, y la viva
 Lumbre que tanto corazon cautiva;
 De la tez hablo y de los bellos ojos
 Que al paladin de Anglante dan enojos.

Llénase aqueste del mayor contento
 Que venturoso amante sintió nunca;
 Mas, alzándose en esto airado viento,
 Las flores aja y los arbustos trunca.
 No forman mas horrisono concierto
 Luchando, el Noto, el Austro y el Levante,
 Como el que oye el de Anglante,
 Que en vano do á cubierto
 Ponerse busca por aquel desierto.

La dama en tanto, sin saber por donde,
 En los oscuros aires desaparece;
 Y, buscándola, el conde

Por selvas y por campos va corriendo,
 Exclamando: « ¡Infeliz! ¿quién mi ventura
 « En pena cambia y en martirio horrendo? »
 Calla luego un instante, y se figura
 Escuchar el acento de su dama
 Que su favor reclama.

Adonde oye la voz, lijero acude,
 Ansioso mira al uno y otro lado;
 Mas se acrecienta su pesar no viendo
 A nadie en derredor, y se redobla
 Y centuplica, oyendo
 Otra voz que le dice:

• « Para siempre, infelice,
 « Renuncia á verla. » En esto se despierta,
 De lágrimas su faz halla cubierta;
 Y, sin pensar cuan falsas son del sueño
 Las imágenes vagas, sobre todo
 Cuando las forja un insensato empeño,
 El riesgo ve de Angélica; del lecho
 Lánzase henchido de furor el pecho,
 Su espada toma, ciñe su loriga,
 Sobre el robusto Bridadoro monta,
 Y su camino á comenzar se apronta
 Sin escudero que sus pasos siga.

Y por poder, sin mengua de su lustre,
 Arrostrar todo género de empresas,
 Tomar no quiere la divisa ilustre
 De cuarteles de plata y amarillos.

Quizá tambien porque de su alma triste
 Cuadre mejor con el profundo luto,
 Una armadura toda negra viste,
 Que fué no ha muchos años de Amostano,
 A quien dió muerte con su propia mano.

Así, sin despedirse de su tío,
 Ni de su fiel amigo Brandimarte,
 De larga noche bajo el manto umbrío,
 Sin ser por nadie descubierta, parte.

De la fuga de Orlando con disgusto
 El sabio Carlos escuchó la nueva,
 Que de su brazo intrépido y robusto
 Hoy mas que nunca ha menester la prueba;
 Y, del honor de su sobrino en mengua,
 Mas de una vez se desató su lengua,
 Añadiendo que eterno
 De esta fuga castigo sufriria
 Si á su presencia al punto no volvía.

Brandimarte, que al conde
 Un cariño sin limites profesa,
 Ya que de hacerle abandonar su empresa
 Abrigue la esperanza,

Ya que escuchar mas tiempo le repugne
El vituperio que à su amigo alcanza,
En busca suya aquella noche vuela,
Y, por temor de que tal vez lo impugne,
Su noble plan ni à Flordelis revela.

Es esta una doncella, à su alma cara,
Modelo de prudencia

De gracia y de beldad. Sin su licencia

De ella jamás su amante se separa,
Y si intentarlo hoy osa

Es que volver espera à su presencia

Antes que de su esposa

Torne el sol à los brazos; mas en vano
Le aguarda Flordelis. Un mes se pasa;

Brandimarte no vuelve,

E impelida del fuego en que se abrasa
A partir tambien ella se resuelve,

Y varios climas en su busca corre.

Mas dejo à Flordelis, dejo à su amante,
Que me reclama el paladin de Anglante.

Del fuerte Almonte las gloriosas armas
Abandonando, llégase à las puertas,

Y, en baja voz, al jefe que las guarda

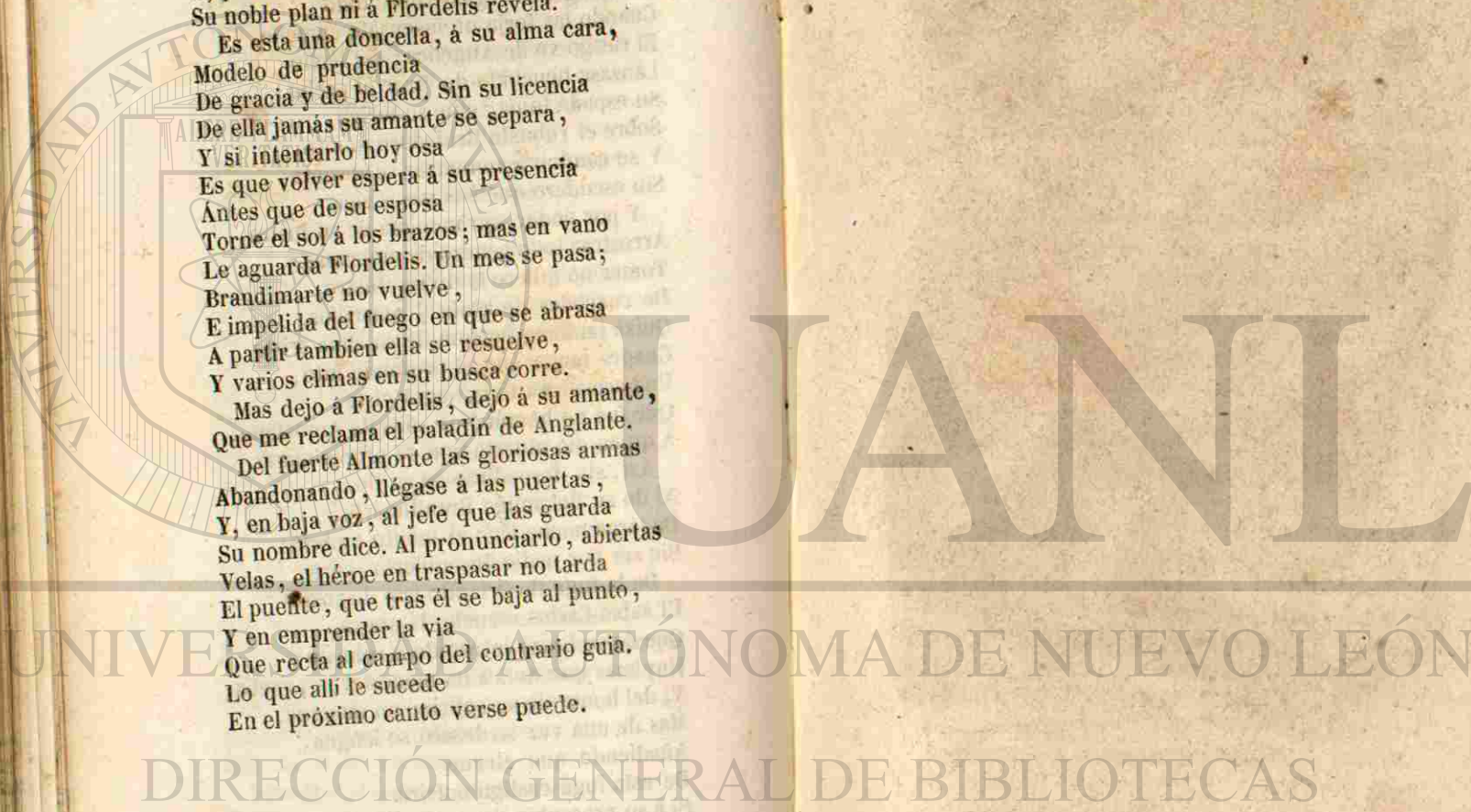
Su nombre dice. Al pronunciarlo, abiertas
Velas, el héroe en traspasar no tarda

El puente, que tras él se baja al punto,

Y en emprender la via

Que recta al campo del contrario guia.
Lo que allí le sucede

En el próximo canto verse puede.





Orlando en el campo de los Sarracenos. (T. I, p. 127.)

CANTO IX.

Primeras y extraordinarias proezas de Orlando. — Principia la narracion de los infortunios de Olimpia. — Hazañas del héroe en Holanda. — Da muerte á Cimoscó y libertad á Bireno. — Apodérase del arma encantada del rey frison y la arroja al mar. — Ficción del poeta sobre el descubrimiento de la pólvora.

¿Qué, qué no háras, Amor, de aquel que triste
El cuello rinde á tu coyunda impia,
Cuando olvidar al conde Orlando hiciste
La sumision que á su señor debia?
El que, cuerdo y zeloso, hasta aquel dia
La santa Iglesia defendió, lanzado
Hoy vive en el abismo
De su pasion frenética, olvidado
De su rey, de su Dios y de sí mismo.

Yo, sin embargo, excúsole gustoso
Y me huelgo de hallar tal compañero;
Que, si en seguir el bien soy perezoso,
Del mal tal vez me lanzo en el sendero.

En el silencio de la noche, el conde,
Solo, cual dije, parte y llega adonde,
En tiendas de campaña,

Estan las gentes de África y de España.

¿Qué digo en tiendas? Lluvia espesa y fria
Por aqui y por alli los esparcia.

De los unos los otros no distantes,
En grupos de ocho y doce y quince y veinte,
Bajo un techo ó un árbol abrigados,
Treguas dan á sus miembros fatigados.

Uno, en tierra tendido,
Otro, apoyado sobre el brazo, duerme
A la merced del principe aguerrido;
Mas de herir al que inerte
Dormido yace el paladin se corre.

Ciego, buscando la adorada huella,
 Los pabellones árabes recorre.
 Si despierto á alguien ve, de la doncella
 El ademan y el traje le describe;
 Nuevas ansioso le pregunta della,
 Y el camino le ruega que le diga
 Que, para hallarla, es menester que siga.

Ceñido el pecho de armadura mora,
 Y en la lengua del África versado
 De tal modo que, oyéndole, cualquiera
 En Tripoli nacido le creyera,
 Busca Roldan á aquella á quien adora,
 Sin temer que en las tiendas enemigas
 Le venga á sorprender la nueva aurora.

Tres noches y tres dias se detiene
 Allí con este objeto; y, su impaciencia
 Viendo que al fin satisfacer no obtiene,
 La Gascuña recorre, la Provençia,
 Desde Auvernia dirigese á Bretaña
 Y del picardo término al de España.

Reinaba la estacion en que abandona
 Todo árbol su odorífero ropaje,
 Y en que las aves de gentil plumaje
 Juntas se van á mas templada zona,
 Cuando emprendió el de Anglante su carrera,
 Sin que ni la canícula ni el frío
 Un solo instante demorar le hiciera.

A la margen de un río
 Que, al Breton dividiendo del Normando,
 Hacia el vecino mar, manso, se mueve,
 Llega el guerrero en ocasion que, henchido
 Con gruesa masa de fundida nieve,
 De su cauce ha salido,
 Y en su furor el puente ha destruido.

Mientras corriendo de uno hácia otro lado,
 Un puente busca el paladin ó un vado,
 Rigiendo una barquilla
 Y sentada en su popa, á una doncella

Ve que por señas llámale. A la orilla
 No deja, empero, que su barca toque,
 Por temor de que en ella,
 Mal de su grado, el héroe se coloque.

A esta doncella el conde
 Ruega que á la otra margen le conduzca,
 Y á sus súplicas ella así responde:

« Oh caballero, oh tú quienquier que seas,
 « Si en esta barca el pié poner deseas,
 « Tu palabra has de dar que ántes de un mes
 « A unirte irás á la soberbia flota,
 « A cuya frente una insula remota
 « Piensa embestir el príncipe irlandés.
 « Al norte existe de la mar de Irlanda
 « Esta tierra fatal llamada Ebuda.

« Legislacion infanda
 « A sus rapaces moradores manda
 « Los mares recorrer y hacer cautivas
 « Cuantas puedan hallar jóvenes bellas.
 « Su objeto es exponellas
 « Al rencor de una fiera destructora
 « Que una por dia sin piedad devora.
 « Si la voz del honor, si la voz mía,
 « Despiertan tu valor y cortesía,
 « Gracias rinde á la suerte que benigna
 « Para tan alta empresa te designa. »

Dice; y no puede el ínclito guerrero
 Acabar de escuchar. Ser el primero
 A acometer tan alta empresa jura,
 Que á su Angélica ya ver se figura
 En poder de aquel pueblo audaz y fiero,
 Y crece su temor cuando medita
 Que, con inútil cuita,
 Buscándola corrió ya el orbe entero.
 De tal modo le agita
 Esta sospecha, que sus planes muda
 Y le decide á encaminarse á Ebuda.

A la tarde siguiente

Llega á San Malo. Embárcase , y la vela
 Al viento desplegando , diligente
 Deja á su espalda San Miguel y vuela
 Por la alta mar. A su siniestra mano
 Quedan Breaco y Landriller. La quilla
 Siguiendo siempre el litoral britano ,
 Llega á la blanca arcilla
 Que el nombre dió de Albion á aquella orilla.

Mas el viento , que solo
 Hasta entonces sopló por mediodía ,
 Soplando entre poniente y entre el polo ,
 Les hace desandar en solo un dia
 El camino de cuatro. De congoja
 Y de espanto cubierto , al marinero
 Manda el patron que , sin tardar , recoja
 Las velas todas y que esfuerzos haga
 Por contrastar del mar la furia aciaga.
 Al cuarto dia en fin el viento cede ,
 Y entrar la nave puede

En el soberbio rio que desata ,
 Al pié de Ambéres , su raudal de plata.
 En el bajel la maltratada gente
 Corta del rio la veloz corriente ,
 Cuando en la orilla , hácia la diestra mano ,
 Se deja ver un venerable anciano
 Que , al héroe saludando cual á un hijo ,
 De esta manera en voz cortes le dijo :

« En nombre de una bella
 « Cuanto afligida dama te suplico
 « Que , siguiendo mi huella ,
 « Á proponer un medio
 « Vengas de dar á su dolor remedio.
 « Hasta tu nave á verte
 « Ella misma vendrá , si asi te agrada ;
 « ; Mas ah ! su infausta suerte
 « No encuentre tu alma á la piedad cerrada :
 « Otorga á la voz mia
 « Lo que nadie ha negado hasta esta dia. »



El anciano, mensagero de Olimpia, pide á Orlando su amparo.
 (T. I, p. 130.)

- A tierra salta, oyéndole, el guerrero,
 Y, lleno de bondad y cortesía,
 Sigue al anciano, que sus pasos guía.
 De un alcázar así llega á la entrada.
 Su escalera subiendo, en lo alto della
 Una hermosa doncella
 Mira, en dolor profundo sepultada.
 Paño enlutado esconde
 Los muros, y los techos, y los muebles
 De las salas y cámaras, en donde,
 La bella dama introduciendo al conde
 Y haciéndole sentar, de esta manera
 Le habló con voz turbada y lastimera :
- « Ante tus ojos tienes,
 « Noble señor, del conde de la Holanda
 « A la hija malhadada, á la que un día,
 « Bien cual si fuese su única heredera,
 « De un padre amante fuera
 « La gloria, la esperanza y la alegría.
 « Feliz en este estado yo vivía
 « Cuando, por caso, vino á vuestra corte
 « El duque de Zelandia, que á Vizcaya
 « A combatir contra los moros iba.
 « Su presencia marcial, su noble porte,
 « Su juventud mi corazón cautiva,
 « Y al mirar el amor que me profesa,
 « En el suyo mi afecto se interesa.
- « Cuarenta días, que cual un momento
 « Trascurrieron veloces,
 « A nuestro lado lo detuvo el viento,
 « Contrario á los demás, á mi propicio.
 « Antes de su partida veces ciento
 « Nos vimos, nos hablamos
 « Y recíproco afecto nos juramos,
 « No bien partió mi amante,
 « El rey frison, de cuyo reino el mio
 « Separa solo el rio
 « Que al mar vecino á sepultarse viene,

« El rey frison á Arbante,
 « Hijo suyo, y el único que tiene,
 « Queriendo dar mi mano y mi albedrío,
 « Para pedirme en nombre suyo, á Holanda
 « A los magnates de su reino manda.
 « Yo, que á la fe jurada no podía
 « Faltar, y que, aun pudiéndolo, de ingrata
 « Merecer el dicitario no quería,
 « A mi padre declaro que la muerte
 « Preferiré mil veces á tal suerte.
 « Este, que solo de agradarme trata,
 « De lo pasado á discurrir no vuelve,
 « Y, deseoso de calmar mi cuita,
 « Las entabladas pláticas disuelve.
 « A tal respuesta duelese y se irrita
 « El rey frison, y á comenzar se apresta
 « La lid que tanto á mi familia cuesta;
 « Pues, además de que hoy difícilmente
 « Fuerza igual á la suya se encontrara,
 « Y que á su astucia rara
 « No hay poder ni ardimiento que resista,
 « Consigo lleva siempre un arma rara,
 « Por modernos ni antiguos jamas vista.
 « De hueco hierro y de dos brazas larga
 « Es esta arma fatal, que el rey malvado
 « Con unos polvos y una bala carga.
 « En su extremo inferior hay horadado
 « Un agujero, perceptible apena,
 « Do tocando la chispa sutilmente,
 « Cual tocar suele el médico una vena,
 « Lanza del seno ardiente,
 « Con furia horrenda y con fragor, la bala,
 « Que, cual rayo voraz, retumba y truena,
 « Y derriba, destroza, incendia y tala.
 « Dos veces en derrota
 « Con este ardid á nuestras gentes puso,
 « Muerte fatal á mis hermanos dando.
 « Del uno, segun uso,

« El broquel y la cota atravesando,
 « Recta la bala al corazon envia.
 « Huye el segundo al ver su suerte impia;
 « Mas la carrera córtale otra bala
 « Que, aunque lanzada de muy largo trecho,
 « Hierde en la espalda y sale por el pecho.
 « Mi padre el conde, en situacion tan triste,
 « Marcha al único fuerte
 « Que fiel le queda y con teson resiste,
 « Por ver si logra conjurar su suerte;
 « Mas mientras á todas partes afanado,
 « Dando socorros y órdenes, asiste,
 « La muerte, entre humo y polvo envuelta, vino
 « A Poner alli fin á su destino.
 « Muertos asi mis deudos desgraciados,
 « Y dueña yo de todos sus estados,
 « Quedo expuesta al furor y á la codicia
 « Del rey frison, que mi insula apetece,
 « Y que la paz me ofrece
 « Si, queriendo lo que ántes no he querido,
 « Acepto á su hijo Arbante por marido.
 « Estimulada yo por el exceso
 « Del odio que profeso
 « A aquel de quien fui victima infelice,
 « Y la promesa al recordar que hice
 « Al duque de guardar mi fe y mi mano
 « Hasta su vuelta del confin hispano,
 « En vez del mal que sufro, preparada
 « Estoy, respondo, al mas cruel tormento;
 « Viva me abrasen, que se esparza al viento
 « Mi ceniza, en buen hora; mas no digan
 « Que á ser esposa del frison consiento.
 « Mi gente, empero, consternada y triste
 « A disuadirme de este intento aspira,
 « En que el origen de su ruina mira;
 « Y, viendo en fin que vano es todo el tacto
 « Con que ora exige, ora amenaza ó ruega,
 « Ligándose á Cimosco por un pacto,

« Con mi persona mi ciudad le entrega.
 « Vuelve el rey á su empeño y me conjura
 « Que dé mi mano á Arbante, y vida, y bienes
 « Y trono conservarme me asegura.
 « En esta situacion, pienso de nuevo,
 « Primero que ceder, perder la vida;
 « Mas no, morir no debo
 « Sin vengar tanta afrenta recibida;
 « Y, en medio á mi suplicio,
 « Llamando á mi socorro al artificio,
 « Finjo olvidar mi obstinacion primera
 « Y al rey pido perdon y ser su nuera.
 « Luego, de entre los varios que al servicio
 « De mi padre infeliz un tiempo fueron,
 « Escogi dos hermanos
 « Llenos de probidad, de ingenio y juicio.
 « En la corte de Holanda, y á mi lado,
 « Uno y otro educado
 « La vida dieran por salvarme. Cuales
 « Mis planes son les digo,
 « Que ellos me juran auxiliar. Conmigo
 « Queda el uno en Holanda, mientras á Flándes
 « El otro parte por fletar un buque;
 « Y, en tanto que á frisiones y á extranjeros
 « A asistir á mi boda se invitaba,
 « Llegó la nueva que mi caro duque,
 « Por acudir á la defensa mia,
 « Una flota en Vizcaya prevenia.
 « Pues, no bien supe el hado del primero
 « Hermano mio en la fatal demanda,
 « A España un mensajero
 « Despaché presto con la nueva infanda;
 « Mas mientras el duque viene y se apercibe,
 « Señor de toda Holanda
 « Hizo al frison su audacia y su codicia.
 « Así pues, no bien llega á su noticia
 « Nuestro plan, de la boda
 « Todo el quehacer encomendando á Arbante,

« Contra mi caro amante
 « Al frente marcha de terrible flota;
 « Encuéntralo, y le ataca y le derrota
 « Mientra, ignorando cuanto allí pasaba,
 « Mi fe y mi mano al principe yo daba.
 « Oculto, empero, un servidor celoso
 « Detras de las cortinas yo tenia,
 « El cual, viendo á mi esposo,
 « Que á coronar su afan venir creia,
 « Con vigoroso brazo
 « El hacha alzando, á tierra le derriba,
 « Como derriba al buey robusto mazo.
 « Sobre el entónces yo me precipito,
 « Y de sus hombros la cabeza quito
 « Al hijo del malvado
 « Que de paz y de dicha me ha privado,
 « Y cuya saña y ambicion proterva
 « Acaso, acaso á muerte me reserva.
 « Presto, y temiendo que de tal suceso
 « La nueva cunda, entre mis joyas tomo
 « Las de mayor valor y menor peso;
 « Al mar por una escala me desplomo,
 « Y hasta la barca que de Flándes trajo
 « El un hermano, con el otro bajo.
 « La vela al viento entonce, al agua el remo
 « Encomiendo, y mi suerte al Ser supremo.
 « Triunfante, ufano, en medio de su gente,
 « Con su rival cautivo
 « Retornaba el frison al sol siguiente
 « Cuando, á tierra saltando, en vez de fiesta
 « Y pompa y regocijo,
 « El cadáver sangriento ve del hijo.
 « A su vista, no sé cual fué mas fuerte,
 « Su pena ó su furor; más, como advierte
 « Que de la tumba, al que una vez descende,
 « Amargo llanto á recabar no alcanza,
 « Mientras la llama que el furor enciende
 « Puede calmar un tanto la venganza,

« Olvida el rey su angustia
 « Y á la venganza manda que investigue
 « Como me prenda y como me castigue.
 « Despues, á cuantos oye, piensa ó sabe
 « Que mis amigos son ó los de aquellos
 « Que en aquel caso grave
 « Me prestaron apoyo, de sus bienes
 « Despoja, prende, mata á muchos dellos,
 « Y no encontrando, en su furor protervo,
 « Castigo mas acerbo
 « Con que vengar la recibida ofensa,
 « Dar cruda muerte á mi Bireno piensa.
 « Presto, empero, notando que este medio
 « Irreparable daño,
 « En vez de bien, ocasionarle puede,
 « Con la existencia el término de un año
 « A Bireno concede
 « Para que, ya por fuerza, por engaño,
 « O por todo arbitrio,
 « Me ponga en su poder, de tal manera
 « Que á Bireno salvar yo no podia
 « Sino dando por él la vida mia.
 « Por darle libertad no hay medio alguno,
 « A excepcion de entregarme,
 « Que mi pasion no me haya sugerido :
 « Seis castillos en Flándes he vendido,
 « Y, escaso ó grande, todo su provecho
 « Con este único objeto he consumido ;
 « Parte, usando la astucia ó el cohecho,
 « Parte, en contra del rey, con larga mano,
 « Excitando al Tudesco y al Britano.
 « Las gentes que empleé, ya que malvado
 « Fuese su proceder, ya fuese necio,
 « Con promesas hasta hoy me han engañado
 « Y hoy me miran con lastima ó desprecio.
 « Mas próximo ya el dia
 « Está, pasado el cual, poder ni precio
 « Habrá que baste á mejorar mi suerte,



Zerbin libertado por Orlando. (T. I, p. 436.)

UNIVERSIDAD DE PAMPLONA
 BIBLIOTECA
 "ALFONSO"
 Calle 1021 MONTECARMEN, PASADIZO

« Ni á salvar á mi amante de la muerte.
 « Mi padre, sus dos hijos, desgraciados
 « Fueron por él, y de mis tristes sienes
 « Mi corona se hundió; por él los bienes
 « Perdí que me quedaban, destinados
 « A contrastar del hado los vaivenes,
 « Y, pues que dar mi vida
 « Es el único arbitrio que me resta,
 « A morir por su amor estoy dispuesta.
 « Al poner mi propósito por obra
 « Me arredra, empero, la fatal zozobra
 « De que, faltando el rey á su palabra,
 « En vez de una no mas, dos tumbas abra.
 « Este temor me obliga
 « A que mis males diga
 « A cuantos paladines
 « Llegan de aquesta tierra á los confines.
 « Mi objeto es hallar uno que, conmigo
 « Viniendo ante mi pérfido enemigo,
 « Exija que á Bireno ponga libre
 « Cuando el hierro mortal contra mi vibre;
 « Mas tanta hasta hoy ha sido mi desgracia,
 « Y del rey tan notoria es la falacia,
 « Que encontrar no he podido
 « Quien me conceda la merced que pido.
 « Todos temen al rey; terror do quiera
 « Inspira esa arma atroz que despedaza
 « Cual si fuera de vidrio una coroa.
 « Si bajo de esa hercúlea faz se esconde
 « La virtud que al esfuerzo corresponde,
 « Y si el favor que á una infeliz se debe
 « De ti mi ruego á recabar alcanza,
 « Ven conmigo ante el rey. Su brazo aleva
 « Ante tu vista sacie su venganza;
 « Mas al ménos, señor, ántes que espire
 « Libre y seguro á mi amador yo mire. »
 Así dió fin la dama á su discurso,
 Interrumpido á su pesar mil veces

Por dar al llanto y los suspiros curso,
 El valeroso príncipe de Anglante
 Oye su mal, y de su caro amante
 No solo quiere libertar la vida,
 Sino que á ver á la doncella unida
 Con él y libre en breve se dispone,
 Como á su brazo el Cielo no abandone.
 Ansioso luego por llegar á Ebuda,
 Se embarca sin tardar. Próspero viento
 Hinchá la vela y por la mar la guía.
 Ya de Zelandia una isla divisando,
 Otra se deja atrás, y al tercer día
 Las holandesas costas mira Orlando.
 En el buque dejando
 A la hermosa doncella, le encomienda
 Que á tierra no descienda
 Mientras decir no escuche que castigo
 Recibió ya su bárbaro enemigo.
 Armado, desembarca
 Y un alazán pujante,
 Nacido en Dinamarca
 Y nutrido en los prados de Brabante,
 Junto á la playa ve. Lijero salta
 Sobre él, ansioso de suplir la falta
 De Bridadoro, su corcel gallardo
 Que igual no tiene, fuera de Bayardo.
 Así llega á Dordrech y custodiada
 Su puerta ve por gruesa hueste armada,
 Ya porque todo mando, y mas los nuevos,
 Exijan precauciones y cuidado,
 Ya porque ha circulado
 Rumor de que, con flota y gente amiga,
 Del duque de Zelandia un primo viene
 A romper la cadena que lo liga.
 « Vé, » dice Orlando á un guarda,
 « Y al rey tu dueño di que aquí le aguarda
 « Quien, queriendo con él medir su acero,
 « Hoy le provoca á singular batalla.

« Dile tambien que en mi poder se halla
 « La que á su jóven hijo
 « La muerte dió; y en fin dile que suya
 « Será como en la liza me destruya.
 « Mas su palabra por mi parte exijo
 « Que, si vencido en la batalla él queda,
 « Poniendo al duque en libertad al punto,
 « Partir adonde guste le conceda. »
 Lleva el soldado en breve
 La nueva al rey, que, al escucharla, aleve
 A meditar empieza con qué trama
 Al defensor cautivo y á la dama.
 No dudando, si cierto es lo que escucha,
 Ver satisfecha su ansia y su fatiga
 Como al guerrero aprisionar consiga,
 A treinta de los suyos un rodeo
 Manda tomar, de forma que, llegando
 En silencio á aquel sitio,
 Juntos ataquen por detras á Orlando.
 Con pláticas algunos le entretienen
 Mientras los otros á embestirle vienen,
 Y, su victoria el rey creyendo cierta,
 Con nueva gente acometió la puerta.
 Cual la fiera y el bosque ciñe á veces
 Al mismo tiempo práctico montero,
 Cual, de Volana en la mansion profunda
 Las olas y los peces,
 Con ancha red, el pescador circunda,
 Así el rey al guerrero
 Todos los medios de evadirse corta.
 Vivo tenerle en su poder le importa,
 Cual cumple al cazador conservar viva
 La primer presa que en sus redes cae,
 Con cuyo canto atrae
 La banda toda que despues cautiva,
 Y tan seguro el rey lograrlo cree,
 Que ni aun recurre al arma que posee.
 En ser su presa, empero, no consiente

El paladin valiente :
 El cerco rompe con la lanza en alto ;
 Adonde ve mas gente y mas dispuesta ,
 Audaz dirige el vigoroso asalto ,
 Y cual ensarta tirador certero
 Las ranas de un estanque en su ballesta ,
 Asi , con el lanzon en sangre tinto ,
 Cual si fueran de pasta ,
 Al uno y al segundo y al tercero ,
 Envasa el paladin ; y al cuarto , al quinto
 Y al sexto en fin ; el asta
 No pudo dar al séptimo cabida ;
 A tierra , empero , lo arrojó sin vida .
 Rota su lanza , arrójala y descíñe
 El hierro matador que en rojo tiñe
 Lo azul , lo blanco , lo amarillo y verde .
 La vida á cada golpe ,
 Ora un infante , ora un ginete pierde .
 Siente el frison entónces su arma infanda
 Haber dejado en la ciudad , y manda
 Que á buscársela vayan sin demora ;
 Mas vanos son sus gritos , sus ofertas ,
 Que en la inquietud que á cada cual azora
 Nadie á pasar se atreve por las puertas .
 Dispersa y fugitiva al ver su gente ,
 A la fuga el frison tambien se antrega .
 Corre á la puerta y quiere alzar el puente ,
 Cuando á su lado el caballero llega .
 La espalda vuelve el rey , abandonando
 El campo al conde Orlando ,
 Que de la turba débil é indefensa
 En perseguir la destruccion no piensa ,
 Y que en vano , aguijando
 A su corcel pesado con la espuela ,
 Quiere alcanzar al que delante vuela .
 Esquivándose al fin , el rey no tarda
 En retornar por el opuesto lado
 Con el arma fatal , y al conde aguarda



Orlando destroza los soldados de Cimosco. (T. I, p. 140.)

Tras una roca, cual montero astuto,
 Junto á sus canes emboscado, espera
 Al indómito bruto
 Que, asolando cuanto halla en su carrera,
 Los montes estremece y la ribera.

No bien venir á Orlando hácia la roca
 Advierte el rey, en el gatillo toca.
 Rápido cual relámpago y del trueno
 Imitando el fragor, ardiente bala
 Lanza el hierro mortal del hueco seno;
 Mas, ora sea el excesivo anhelo
 En que el impío rey arde
 De arrebatar al paladin la vida,
 Ya que temblando el corazon cobarde
 Haga temblar al brazo, ya que el Cielo
 Al bravo entre los bravos paladines
 Quiera guardar para mas altos fines,
 Sin tocarle, la bala

Los flancos atraviesa á su caballo,
 Que al suelo viene y que la vida exhala.

Cual de la ardiente arena,
 Que oprimió con su mole, redobladas
 Sus fuerzas con la pena,
 Se alzara un día el furibundo Anteo,
 Así, cayendo el paladin valiente,
 Su enojo y fuerzas duplicarse siente.

Quien vió rayo lanzado
 Por el brazo de Dios hasta la tierra,
 Penetrar en la bóveda do azufre
 Y salitre y carbon junto se encierra,
 Que, con fragor horrisono inflamando
 Quanto en ella se encuentra,
 Los mármoles arranca de sus muros
 Y al cielo lanza sus pedazos duros,
 Imaginar podrá con que presteza
 Se alzó de tierra el paladin de Anglante.

Al mirar la expresion de su semblante,
 Lleno el rey de terror, vuelve la brida

Y á entregarse á la fuga va lijero;
 Mas, cual flecha del arco despedida,
 En seguimiento suyo va el guerrero,
 Y haciendo á pié lo que á caballo en vano
 Hasta entonce intentó, con increíble
 Velocidad persigue al rey, le acosa,
 Le alcanza y tan terrible
 Golpe le da, que su tajante espada,
 Hiriendo en la celada,
 La frente hiende y por el pecho sale,
 Mandándole á que exhale
 Tendido en tierra la postrer boqueada.
 En esto, de caballos y de gente
 Y armas rumor en la ciudad se siente,
 En la cual con las huestes, que conduce
 De apartadas regiones,
 Un primo de Bireno se introduce.
 Despavorido, sin saber de donde,
 A que fin, ni con quien viene esta gente,
 Huye el pueblo á su vista; mas su traje
 Bien presto conociendo y su lenguaje,
 Vuelve, se forma; y, con su jefe al frente,
 Blanco pendon, alegre tremolando,
 Ante el principe llega, y paz le pide,
 Y su auxilio le ofrece
 Contra el rey á quien teme y aborrece,
 Y acusa de haber dado con su mano
 Muerte á su antiguo y caro soberano.
 Orlando como amigo se interpone,
 Y una liga propone
 Que á la vez á ambas partes satisfaga.
 La guerra á Frisia llevan en seguida,
 Y con la libertad ó con la vida
 Cada frison sus injusticias paga.
 De la prision del duque, en esto, abiertas
 Cayeron con estrépito las puertas.
 Bireno, al verse libre,
 Mil muestras da de gratitud á Orlando,

Y juntos conversando
 Llegan al puerto donde aguarda Olimpia,
 Tal es el nombre de la bella dama,
 A quien el pueblo por su reina aclama.
 Contenta con salvar al caro duque,
 Aun de su vida á costa, no creía
 Que á ser repuesta en el paterno solio
 Y á verse unida á su amador venia.
 Imposible seria
 Referir el encanto, la delicia
 Con que al uno acaricia el otro amante,
 Y con que unidos ambos
 Las gracias dan al paladin de Anglante.
 En el solio paterno
 Repuesta la doncella, al caro jóven,
 Con quien la liga ya vínculo eterno,
 Las riendas del gobierno
 De si propia le entrega y de su estado;
 Mas, por nuevo cuidado
 Atormentado el duque, en manos pone
 De su pariente el mando de su reino
 Y á partir á Zelandia se dispone
 Con su esposa, á quien dice
 Que atacar luego á Frisia se propone.
 Y de esta tentativa
 Da por seguro el éxito, cautiva
 Teniendo entre sus otros prisioneros
 A la hermana de Arbante, cuya mano
 Dar piensa, dice, á su menor hermano.
 Viendo á Bireno en libertad, no tarda
 En dar Orlando suelta á sus deseos,
 Parte pues, y, de todos los trofeos
 Que en esta lid obtuvo Balisarda,
 Solo el arma del rey consigo guarda.
 Guárdala si, mas no con el intento
 De usarla nunca en la defensa suya,
 Que no ignora que arguya
 Un pecho desleal y un alma baja

El entrar en combate con ventaja;
Mas por lanzarla á sitio do la estorbe
De retornar á perturbar el orbe.

Así, no bien en alta mar se vido
Y de tierra perdido

Las costas hubo al uno y otro lado,
Las balas y los polvos

Y los demas enseres recogiendo;

« A fin, » dice, « que nunca de tu ayuda

« Valerse pueda ignoble caballero,

« Contra el valor y esfuerzo verdadero,

« Oh abominable invento, que, sin duda,

« En las cuevas del tártaro profundo

« Para ruina del mundo

« Hizo el genio del mal, vuelve, y por siempre,

« A la infernal morada,

« De do saliste en hora malhadada. »

Dice, y la arroja al mar. El viento en tanto

Hinche las velas y al guerrero guía

Hacia la insula impia.

Por hallar á la dama á quien adora

Es tal su afan, que la menor demora

Ni en Ibernía hacer piensa ni en Bretaña,

Temiendo allí que alguna nueva hazaña

Que acometer á presentarse venga,

Y que mas tarde tenga,

Falto ya de consuelo y de esperanza,

Que deplorar en vano su tardanza.

Miéntas así, por el amor herido,

El buen Orlando por los mares anda,

A asistir á las bodas os convido

Que celebrarse deben en Holanda.

Mas espléndida, dicese, y mas bella

Que esta fiesta será la que en Zelanda

Muy pronto debe celebrarse. A vella

Que no vengais, empero, yo es exhorto;

Y al nono canto aquí las alas corto.

CANTO X.

Pasion de Bireno por la hija de Cimosco. — Olimpia abandonada. — Combate entre la armada de Alcina y la de Logistila. — Derrota de la primera. — Aprende Roger á guiar el Hipogrifo y llega con él á las riberas del Támesis. — Reseña del ejército inglés. — Roger ve á Angélica desnuda, atada á un peñasco y próxima á ser devorada por un monstruo. — Rompe sus cadenas; móntala en su caballo y llévasela consigo.

¿ En cuál país, en cuál edad se vido,
Ora en feliz ora en adversa suerte,
Corazon mas constante y decidido,
Amor mas fiel, mas fuerte,
Que el que Olimpia mostró? ¿ qué amante nunca
Mas pruebas recibió, pruebas mas grandes
Que las que, del amor de la Holandesa,
El Zelandes de recibir no cesa?

¡ Ah! si de amor las palmas
Conquistar deben tan amantes almas,
Digna es una tan tierna y tan sublime
De que mas que la propia se la estime.

Y digo que la vista,
Y todos sus sentidos y potencias,
Y, á poderlas perder, mil existencias
Debió perder Bireno, y que su fama,
Su honor, y aun si otra cosa
Tuviera mas preciosa,
Debió sacrificar á aquella dama,
Ántes que de otra declararse amante,
Aun cuando fuese bella
Mil veces mas que aquella
Que al Occidente armó contra el Levante.

Los labios y las cejas con espanto
Vas empero á fruncir, ¡ oh sexo hermoso!
Al escuchar el crimen horroroso
Que recompensa fué de afecto tanto.

El entrar en combate con ventaja;
Mas por lanzarla á sitio do la estorbe
De retornar á perturbar el orbe.

Así, no bien en alta mar se vido
Y de tierra perdido

Las costas hubo al uno y otro lado,
Las balas y los polvos

Y los demas enseres recogiendo;

« A fin, » dice, « que nunca de tu ayuda

« Valerse pueda ignoble caballero,

« Contra el valor y esfuerzo verdadero,

« Oh abominable invento, que, sin duda,

« En las cuevas del tártaro profundo

« Para ruina del mundo

« Hizo el genio del mal, vuelve, y por siempre,

« A la infernal morada,

« De do saliste en hora malhadada. »

Dice, y la arroja al mar. El viento en tanto

Hinche las velas y al guerrero guia

Hacia la insula impia.

Por hallar á la dama á quien adora

Es tal su afan, que la menor demora

Ni en Ibernía hacer piensa ni en Bretaña,

Temiendo allí que alguna nueva hazaña

Que acometer á presentarse venga,

Y que mas tarde tenga,

Falto ya de consuelo y de esperanza,

Que deplorar en vano su tardanza.

Miéntas así, por el amor herido,

El buen Orlando por los mares anda,

A asistir á las bodas os convido

Que celebrarse deben en Holanda.

Mas espléndida, dicese, y mas bella

Que esta fiesta será la que en Zelanda

Muy pronto debe celebrarse. A vella

Que no vengais, empero, yo es exhorto;

Y al nono canto aqui las alas corto.

CANTO X.

Pasion de Bireno por la hija de Cimosco. — Olimpia abandonada. — Combate entre la armada de Alcina y la de Logistila. — Derrota de la primera. — Aprende Roger á guiar el Hipogrifo y llega con él á las riberas del Támesis. — Reseña del ejército inglés. — Roger ve á Angélica desnuda, atada á un peñasco y próxima á ser devorada por un monstruo. — Rompe sus cadenas; móntala en su caballo y llévasela consigo.

¿ En cuál país, en cuál edad se vido,

Ora en feliz ora en adversa suerte,

Corazon mas constante y decidido,

Amor mas fiel, mas fuerte,

Que el que Olimpia mostró? ¿ qué amante nunca

Mas pruebas recibió, pruebas mas grandes

Que las que, del amor de la Holandesa,

El Zelandes de recibir no cesa?

¡ Ah! si de amor las palmas

Conquistar deben tan amantes almas,

Digna es una tan tierna y tan sublime

De que mas que la propia se la estime.

Y digo que la vista,

Y todos sus sentidos y potencias,

Y, á poderlas perder, mil existencias

Debió perder Bireno, y que su fama,

Su honor, y aun si otra cosa

Tuviera mas preciosa,

Debió sacrificar á aquella dama,

Ántes que de otra declararse amante,

Aun cuando fuese bella

Mil veces mas que aquella

Que al Occidente armó contra el Levante.

Los labios y las cejas con espanto

Vas empero á fruncir, ¡ oh sexo hermoso!

Al escuchar el crimen horroroso

Que recompensa fué de afecto tanto.

Escarmentadas con tan triste ejemplo,
 Oh bellas damas, no cedais al llanto;
 No escuchéis los suspiros
 Con que venga tal vez á persuadiros
 De un amor que no siente un falso amante,
 Pues, sin pensar que á Dios tiene delante,
 Promesas va haciendo y juramentos
 Que, alzándose á los vientos,
 Se disipan así que ha satisfecho
 La ardiente sed que le abrasaba el pecho.
 Creedme, que es prudencia
 Los consejos seguir de la experiencia.
 Guardaos ¡ah! de aquellos
 Que, bajo faz pulida,
 La flor esconden de sus años bellos;
 Que, cual llama entre estopas concebida,
 Nace toda pasión y muere en ellos.
 ¿Ves cazador que con afán persigue,
 Ora por valles, por colinas ora,
 La liebre corredora,
 Que ni recoge si matar consigue?
 Pues así son los jóvenes. En tanto
 Que con ellos sois duras y crueles,
 Os aman, os adoran,
 Mil palabras os dan de seros fieles;
 Mas del triunfo no bien ven los laureles,
 De sus señoras sus esclavas hacen,
 Y en buscar nuevas víctimas se placen.
 No es, empero, mi intento persuadiros
 Que no os dejeis amar; pues, cual la hiedra,
 Frágil la dama, sin sosten no medra.
 Solo os exhorto á que eviteis los tiros
 De la versátil juventud, cuidando
 De que el fruto no esté verde ni duro,
 Sin por eso buscarlo muy maduro.
 Ya dije como del frison tirano
 Quedó cautiva la heredera hermosa,
 Y cual corrió el rumor de que á su hermano

La destina Bireno por esposa;
 Mas lo que es la verdad es que esta fruta
 En extremo sabrosa
 El duque hallando para sí, reputa
 Necia bondad, condescendencia loca
 Quitársela por otro de su boca.
 Los tres lustros habia
 Cumplido apenas la doncella hermosa,
 Y á la fragante rosa,
 Que el cáliz abre al despuntar el día,
 Igualaba en frescura y lozania.
 Loco, ofuscado, ciego
 Queda Bireno cuando el llanto nota
 Que de los ojos de la virgen brota,
 Y siente arder su corazón en fuego
 Igual al que enemiga y cruda mano
 Prende tal vez al espigado grano.
 Y cual su hervor suspende agua que hervia,
 Al sentir el contacto de la fría,
 Por su esposa así siente
 Todo amor apagarse de repente,
 Mientras por otra dama
 Mas cada instante su pasión se inflama.
 En su agitado seno,
 Solicito, ocultándola Bireno,
 Hasta que una ocasión le proporcione
 Coger el fruto que su afán corone,
 Finge arder por Olimpia en llama viva
 Y que en su amor y obsequio se complace.
 Caricias mil en tanto á su cautiva
 A todas horas hace,
 Sin que haya quien suponga que este afecto
 Es de otra causa efecto
 Que de bondad y compasión. Si siempre
 Fué laudable y glorioso
 Amparar al que está menesteroso,
 ¿Quién habrá que no juzgue noble y bueno
 El proceder inicuo de Bireno?

Por velas y por remos impelido,
Sale del puerto el buque
Y hácia Zelanda, con su gente, al duque
Se lleva por el mar embravecido.

Ya de vista perdido
El postrer promontorio de la Holanda,
Por evitar las costas de la Frisa
Hácia Escocia torcer el patron manda,
Cuando, por recia y enemiga brisa
Agitado el bajel, sin rumbo cierto
Por los mares los guía,
Y al fin del tercer día
Toca á un islote estéril y desierto.

En la angosta bahía
Que su aspereza forma, con su esposo
Entra la dama, y, de contento llena,
Cena con él. Un pabellon hermoso
De allí no léjos álzase en la arena,
Y un lecho, en donde con el jóven entra
La amante dama, mientras
A descansar su gente
Hácia la nave torna diligente.

La agitacion del viaje y la fatiga,
El contento de verse en tierra amiga
Salva y tranquila al lado de su dueño,
A sepultar á la princesa vienen,
A corto instante, en un profundo sueño.
Su ingrato esposo, á quien despierto tienen
Los alevosos planes que medita,
No bien la ve dormida, se levanta,
Y sus ropas cogiendo, sin vestirse,
Sale del pabellon. Con presta planta
Hácia sus gentes vuela;
Despiértales, y en órden y en silencio
Suelta á los vientos del bajel la vela.

Queda el peñasco atras, y en él se queda
La desgraciada Olimpia. Ya la aurora,
Enrojeciendo el suelo,



Olimpia abandonada sobre un peñasco. (T. I, p. 149.)

• En las plantas aljófares vertía,
Y á la orilla del mar con triste vuelo
• Alcion de sus males se plañía,
Cuando, no bien despierta todavía,
Por abrazar al duque
Tiende la dama su amorosa mano.
Nada encontrando, al punto la retira.
De nuevo tiente, mas de nuevo en vano.
Por aquí un brazo guía,
El otro por allá. Por allá tiende
Ambos sus pies buscándole. Sus ojos
Abre por fin. Inquieta, ansiosa mira;
Mas nada, nada ve; del viudo lecho
La arrojan su dolor y su despecho.
Sale del pabellon, y, sus mejillas
Sin piedad desgarrando,
De la mar se dirige á las orillas.
Allí, ya preveyendo sus pesares,
La vista extiende por los altos mares;
Llama á su esposo, y en los antros huecos
Retumban solo sus dolientes ecos.
Un peñon, cuya planta
Royó la mar con su continuo azote,
Se alza á la extremidad de aquel islote.
Sobre él ansiosa Olimpia se adelanta.
Y desde allí las velas ve del leño
Que la separa de su ingrato dueño.
Léjos las vido ó verlas se figura,
Que aun no bien claro el sol resplandecía.
Mas que la nieve á un tiempo blanca y fria,
A tierra viene llena de amargura,
Y vuelta luego en sí, mil y mil veces,
Con fuerzas que el dolor le sugería,
Quejas á su consorte dirigía.
Cuando su voz el llanto sofocaba,
Palma con palma hiriendo, así gritaba:
« ¿A do marchas, cruel? ¿No ves que falto
« Va tu bajel del lastre

« Que debiera llevar? ¡Ah! pon al ménos,
 « Pon fin á este desastre
 « El corazon haciéndome pedazos.»
 Y, con sus bellos brazos
 Y con el velo que su seno adorna,
 Señas hace al bajel por ver si torna.
 El viento, empero, que la tona henchia
 Las quejas y sollozos esparcia
 De la infeliz Olimpia, que tres veces
 Tuvo en el pensamiento
 Precipitarse al húmedo elemento.
 Triste, oprimida por mortal congoja,
 Se vuelvê al pabellon, é inconsolable
 Sobre el lecho se arroja
 Que, pocas horas ántes,
 Con el duque la vió; llanto derrama,
 Y de este modo, sollozando, exclama:
 « ¡Oh pérfido Bireno! ¡Oh malhadada
 « Hora en que al mundo vine! Abandonada
 « En esta soledad, ¿cuál de mi suerte
 « El término será sino la muerte?
 « ¿Qué otro recurso, oh misera, me queda?
 « Vestigio humano no hay aqui; no hay nave
 « Que de estos sitios arrancarme pueda.
 « ¡Pereceré, sin encontrar siquiera
 « Quien me dé sepultura,
 « A no ser en su vientre alguna fiera!
 « Ya de su cueva oscura
 « Miro al lobo salir, al tigre, al oso
 « Y á mil reptiles que dotó natura
 « De uña afilada y diente ponzoñoso.
 « Mas ¿qué fiera ¡cruel! mayor suplicio
 « Darne podrá que el que sufrir me haces?
 « Ella consumará mi sacrificio,
 « Y en darme tú mil muertes te complaces.
 « Pues suponiendo que hoy, hoy mismo ataque
 « Aquí bajel que, por piedad, me saque
 « De este suelo fatal, y me liberte

« De inevitable y desastrosa muerte;
 « ¿Adónde iré? ¿á Holanda,
 « Que abandoné por ilusion infanda?
 « De mi flaqueza, pérfido, abusando,
 « ¿Mis estados, mis bienes
 « No viniste á usurpar, y arrebatando
 « La corona de Holanda de mis sienes,
 « No entregaste su mando
 « A inicuas gentes de tu inicuo bando?
 « ¿Volveré á Flándes, do los tristes restos
 « De mi fortuna disipé en abono
 « De tu funesta libertad? De Frisa
 « Menospreciando por tu amor el trono,
 « ¿Del viejo rey no provoqué el encono?
 « Mas no es mi intento reprocharte alevé
 « Cuanto por tí sufrí, ni cuanto debe
 « A mi alma generosa tu alma ingrata.
 « Presa en breve quizá de audaz pirata
 « Seré y vendida. ¡Oh cielo! oye mis preces;
 « No tanta mengua tu bondad permita!
 « Antes su furia en mí sacie mil veces
 « El fiero tigre que este suelo habita;
 « Antes mi cuerpo á su guarida lleve
 « Y con mis miembros sus cachorros cebe.»
 Dice; y, ambas sus manos escondiendo
 Entre sus trenzas de oro,
 Las orillas del mar va recorriendo.
 Turbada por su angustia y su despecho,
 Cual Hécuba al ver muerto á Polidoro,
 Loca cual si luchasen en su pecho
 Las furias todas del Averno impío,
 Sobre una roca sientase, é inmóvil
 La vista tiende por el mar sombrío.
 Mas tiempo es de que, aquí dejando á Olimpia
 Sumergida en su pena,
 Tornemos á Roger, que de fatiga
 Y calor espirando,
 Va por medio de un áspero desierto

Cabalgando, cubierto
 Del pesado paves y la loriga,
 Bajo la sombra de una torre antigua,
 A la orilla del mar, advierte en esto
 Tres damas, cuyo traje y cuyo gesto
 Que de Alcina son damas atestigua.

Entre mil copas de diversos vinos
 Y de manjares finos,

Entre platos y tazas, reclinadas
 Sobre asiática alfombra,
 Fresca aspiraban y agradable sombra,
 Miétras, de allí no léjos,
 En las ondas su esquife se mecía,
 Aguardando que el viento
 A imprimirle viniese movimiento.

« Si á enojo no lo tienes, »
 Dicen las tres al jóven animoso,
 Que en sus labios y sienes
 La sed pintada y la fatiga trae,
 « Con nosotras te sienta y de reposo
 « Ven un momento á disfrutar. » El paso
 Avivando una dellas,
 Su estribo coge, en tanto que otra un vaso
 De espumoso licor lleno le tiende.

Mas no por eso el paladin descende,
 Que en manos de la mágica no ignora
 Puede ponerle la menor demora.

Huye; y no mas veloz, sintiendo el fuego,
 La pólvora se inflama;

No con mas furia brama
 El mar, de tempestad amenazado,

Que arder la tercer dama
 Siente el altivo corazón en ira.

Al ver su ofrecimiento desdeñado
 Por el héroe, que de ella se retira.

« Vé, descortes é indigno caballero, »
 Dice gritando cuanto mas podía.

« Tuyos ese caballo y ese acero



Roger y tres ninfas de la corte de Alcina. (T. I, p. 152.)



« Hizo sin duda alguna villanía.
« ¡ Y ojalá tan verdad cual esto fuera
« Que espirar yo te viera ,
« Cual lo mereces, abrasado vivo,
« A una cuerda colgado, ó hecho trozos
« Por ladrón, por villano y por altivo! »

Tales y otras injurias mas atroces
La dama profirió, sin que á sus voces
La faz el paladin vuelva siquiera,
Que poco honor de tal debate espera.
Con las otras, furiosa hasta el extremo,
Salta en la barca, y agitando el remo,
Seguir la altiva dama al héroe quiere,
Vomitando contra él imprecaciones
Que su herido amor propio le sugiere.

Presto llegando el paladin al golfo
Por el cual de la mágica el estado
Se ve del de su hermana separado,
De la contraria orilla,
Cual si aguardándole estuviera, un viejo
Se llega conduciendo una barquilla.
Salta en ella Roger, al cielo dando
Gracias sin fin, y por la mar tranquila
Con el grave piloto razonando
Parte hácia la mansion de Logistila.

Lleno el viejo de gozo
De poder transportar á mejor puerto
A tan amable y tan discreto mozo,
Alabó la firmeza
Con que, de Alcina sacudiendo el yugo,
A que doblaron tantos la cabeza,
Su viaje á sitios dirigir le plugo
Do brilla en las costumbres la pureza,
Do reina la hieldad, do está la gracia
Que nutre el corazón y no lo sacia.
« Logistila, prosigue, tan profundo
« Amor te inspirará, tal reverencia,
« Que á todos los contentos de este mundo

« Antepondrás bien pronto su presencia.
 « Su amor de todo amor se diferencia
 « En que , en el uno , el pecho
 « Ora temor, ora disgusto lima ,
 « En tanto que , en el suyo , satisfecho
 « Sola con verla el corazon se estima.
 « Aprender has allí que hay mas de un medio
 « De desterrar de la existencia el tedio ,
 « Sin músicas , sin danzas ni festines.
 « Al trono que custodian serafines
 « Elevándote allí , verás cual palma
 « Obtienen sin esfuerzo
 « Sobre todos los goces los del alma. »
 Léjos aun de la segura orilla ,
 Platicaban así cuando , de pronto ,
 Sobre las olas una escuadra brilla
 Mandada por la maga fementida,
 Que el bien perdido recóbrar desea ,
 Aun cuando á costa sea
 De su reino , sus gentes y su vida.
 A su mandato bruma
 El ágil remo la salobre espuma ;
 El mar , la tierra zumban
 Y las etéreas bóvedas retumban.
 « En descubrir tu escudo ¿ qué difieres ,
 « Si muerte ó esclavitud sufrir no quieres ? »
 Dice á Roger el viejo ;
 Y desgarrando el mismo la cubierta ,
 Deja con su reflejo
 A Alcina y á su gente como muerta.
 Esto viendo de lo alto de una roca
 Un centinela , la campana toca ,
 A cuyo son acorre de concierto
 La gente toda del vecino puerto.
 Cuatro damas acuden ; la valiente
 Andrónica , Dicila , tan famosa
 Por su virtud ; Fronesia la prudente ;
 Y en fin la recatada Sofrosina ,

Que , por esta razon , al caballero
 Con mas ardor atiende y mas esmero.
 Debajo del palacio estaba anclada
 La formidable armada ,
 Que , á la primer señal , al primer grito ,
 Salió para el combate apercebida.
 Sangrienta fué , reñida en mar y tierra ,
 La lid en que la maga fementida
 Perdió los frutos de su injusta guerra.
 ¡ Cuántas veces contraria fué la lucha
 A quien seguro el triunfo contemplaba !
 Del éxito era mucha
 La esperanza que Alcina alimentaba ;
 Mas , en vez de lograr hacerse dueña
 De aquel que la desdeña ,
 Incendiada y deshecha ve su flota ,
 Y solo huyendo en una frágil barca ,
 Logra evitar la universal derrota.
 Inconsolable , empero ,
 Por la ausencia de aquello que mas ama ,
 Copioso llanto de dolor derrama ;
 Y se acrecienta su dolor profundo
 Al pensar que es eterna como el mundo.
 ¡ Cuán gozosa , si dado á una hechicera
 Fuera el morir , el tósigo bebiera
 Cual la soberbia emperatriz del Nilo ,
 O , cual la reina de Cartago , el filo
 Del puñal contra el pecho dirigiera !
 Salta á tierra Roger , y , dando al cielo
 Gracias cumplido al contemplar su anhelo ,
 Hacia el palacio parte do domina
 La casta hermana de la torpe Alcina.
 La piedra de que ha sido edificada
 Esta rica y espléndida morada
 Al mas puro diamante en precio excede
 Y del Oriente á la mas fina perla.
 Solo despues de verla
 Riqueza tanta concebirse puede ;

Y, en medio de tan gran magnificencia,
Alucinada el alma no se atreve
A decidir si á la materia debe
O al trabajo otorgar la preferencia.

Esta piedra sin par, cuyo reflejo
Del reflejo del sol se diferencia
En que jamas se oculta ni se empaña,
Forma brillante espejo

Que á quien se mira en él jamas engaña,
Pues ni hipócrita adula,
Ni débil los defectos disimula.

Sobre altísimos arcos, que puntales
Parecen ser de la celeste esfera,
Jardines hay allí, cuyos iguales
Difícil ver aun en llano fuera.

Por cima del luciente parapeto
Su copa elevan el lozano abeto
Y miles de frutales
Que cada abril que torna

De nueva fruta y nueva flor adorna.
Crecer no suelen árboles tan bellos
Fuera de esos magníficos jardines,
Ni nacen fuera dellos

Rosas, lirios, violetas ni jazmines
Cuyas frentes ufanas

Sobrevivan al sol de dos mañanas;
En vez que allí perpetua es la verdura,
No tanto porque, mas que en otra parte,
Sus tesoros prodigue la natura,
Cuanto porque, con pena, estudio y arte,
En mansion de delicia y abundancia
Transformó Logistila aquella estancia.

Contenta, alborozada
Del noble paladin por la llegada,
Ordena el hado que por varios modos
En obsequiarle se complazcan todos.
Con Astolfo Roger allí se encuentra
Y los demas guerreros

De Alcina, no hace mucho, prisioneros.
Así que uno ó dos dias descansaron,
Roger y el duque, á cual mas impaciente
Por volver á los reinos de Occidente,
A Melisa rogaron
Preguntase el camino
Que, en ménos tiempo y con menor fatiga,
Conduzca á cada cual á su destino.

Pensarlo ofrece la hechicera amiga,
Pero dos dias para hacerlo pide;
Y espirados, decide
Que á la aquitana playa
Sin mas demora vaya
El buen Roger con su corcel alado,
Así que ella entregado
Haya al primero un freno con que rija
Del segundo la furia y la dirija,
Y en seguida le muestra
Lo que ha de hacer si quiere alzar el vuelo,
O descender al suelo,
O girar á derecha ó á siniestra.

De tan docta maestra
Las lecciones bien pronto aprovechando,
A su antojo Roger al bruto guia,
Y á Logistila dando
Gracias por su benévola acogida,
« Agur, » le dice, y pártese en seguida.

Al britano caudillo
Dejemos un momento, que mas tarde
En la corte de Carlos, con gran brillo,
De su valor podremos
Verle mas de una vez hacer alarde;
Y con Roger marchemos,
No ya por el camino que siguiera
Cuando, mal de su grado,
Del bruto desbocado
Siguió la velocísima carrera,
Mas por aquel que voluntario toma

Hoy que á su antojo lo gobierna y doma.
Partiendo de la España, en línea recta
Vuela hácia el oriental indico imperio.
Por diverso camino

Tornar queriendo á ver nuestro hemisferio,
Traspasa el suelo chino
Entre Mangiana y el Catay. Volando
De allí sobre las cumbres del Imao ,
A su diestra dejó la Sericania.

Desde la Escitia el vuelo declinando,
Al sarmata observó, vido al de Hircania,
Y, el Asia abandonando ,
En Rusia entró y en Prusia y Pomerania.

Bien que el hallar de Amon á la doncella
Su solo fuese y su ferviente anhelo,
Perder no quiso una ocasion tan bella
De ver países. Dirigiendo el vuelo
Hácia Polonia , pues, baja hasta Hungria ;
De allí remonta á la Hiperborea tierra
Y las costas recorre de Germania,
Hasta tocar en fin las de Inglaterra.

Mas no penseis, señor, que en tantas leguas
No diese Roger treguas

Del Hipogrifo á las veloces alas ,
Que en posada ó en venta ú hosteria
(Huyendo con esmero de las malas)
Su curso cada noche detenía.

Parando en fin su rápida carrera
Del Tamesis á orillas, congregadas
En una espaciosísima pradera
Huestes vió numerosas

Que, al compas de atambores y clarines,
Desfilaban delante de Reinaldo,
Honor de los mas nobles paladines,
De quien, si la memoria no me engaña,
Dije ya que venia

A demandar auxilios á Bretaña.

Salta á tierra Roger ; á un caballero

Con quien topa, pregunta :

¿ Quién es aquella gente ?

¿ Adónde va ? ¿ qué causa allí la junta ?

Afable y complaciente

El caballero contestó : « De Escocia

« El pendon, como ves, aqui se asocia

« Al pendon de la Irlanda, al de Inglaterra

« Y al de las islas que su mar encierra.

« Terminada que sea esta revista,

« Partirán esas tropas á un paraje

« Donde hallarán aparejada y lista

« Una escuadra que en breve las transporte

« Del rey de Francia á socorrer la corte ;

« Mas, á explicarte voy sucintamente

« De donde y con que fin viene esa gente.

« El buen Leonelo de Lancaster duque,

« Fuerte, sagaz y entre los grandes grande,

« Es el que ves que blande

« Aquella gran bandera

« Que, ornada por la lis y el leopardo,

« Delante de las otras reverbera.

« Tres alas blancas sobre verde tiene

« La que tras él Ricardo,

« Conde de Warich, tremolando viene.

« La del duque de Glócester la sigue.

« En ella, entre dos astas de venado,

« Media frente se ve. Sobre el brocado

« Del de Clarena un hacha resplandece ;

« En el de York un árbol aparece.

« Distintivo de Nórfolk es la lanza

« Que aquende ves en tres pedazos rota.

« Pintado un rayo en el pendon se nota

« Del buen duque de Kent. Una balanza

« La bandera de Súfolk representa,

« Y la de Pembrok un grifon ostenta.

« En su pendon, al conde de Essex plugo

« Dos serpientes uncir al mismo yugo.

« Áurea guirnalda en campo azul adorna

« Del de Northumberland el estandarte,
 « Y náufraga barquilla
 « En la del conde de Arundelia brilla.
 « En blanco fondo un monte desgajado
 « Sobre el pendon se nota
 « Del marques de Barcleý, á cuyo lado
 « Van los condes de Mark y Ricomundo.
 « Un pino, cuyo pié la mar azota,
 « Enseña es del primero. Del segundo
 « Eso una palma. Un carro, una corona
 « Son divisa de Dórset y Dantona.
 « Un halcon, que en su nido
 « Extiende ambas sus alas, la bandera
 « Realza del de Dévon. La de Wigmor
 « En parte es verde, y amarilla en parte.
 « Del de Oxford es el oso.
 « El lebrél es de Derby. Cruz luciente
 « Distingue el estandarte
 « Del prelado de Bath, y silla rota
 « El de Ariman de Sómerset denota.
 « Son cuarenta y dos mil los que, de aljavas
 « Y de lanzas armados,
 « De sus corceles baten los costados.
 « Doble mas numerosos los infantes,
 « Obedecen á jefes arrogantes.
 « Cuatro estos son; y de ellos el primero
 « Es el duque de Búckingham, que lleva
 « Ceniciento pendon. Allá se eleva
 « Verde el segundo en torno á su caudillo
 « Enrique de Salisbury. El tercero,
 « De Hermando de Burgenia, es amarillo;
 « Y en parte azul y en parte
 « Es negro el de Odoarte,
 « Conde de Croisber. Por aquel lado
 « Ve cual agita un espadon de plata
 « En su garra el leon desmesurado,
 « Que, entre dos unicornios,
 « En el pendon de Escocia se retrata.

« Treinta mil escoceses
 « Manda su jóven principe Zerbino,
 « Que es duque de Rothsay, á quien no hay uno
 « Que en esfuerzo aventaje
 « Ni en nobleza de pecho y de linaje;
 « Que, al forjar tanta gracia y donosura,
 « Próvida el molde destrozó natura.
 « Lleva en azul una dorada barra
 « El conde de Otonley. Un leopardo,
 « Atado á la cadena, del de Marra
 « Es la divisa. De Alcabrun gallardo,
 « Que no es ni duque, ni marques, ni conde,
 « Sino de un clan selvático el primero,
 « En la bandera flota
 « De mil colores fúlgido plumero.
 « Aquel pendon do un águila se nota
 « Que, al sol mirando atenta, no vacila,
 « Es del duque de Strátford. De Lurcanio,
 « Conde y señor de Argila,
 « Es aquel donde brillan dos lebreles,
 « De un toro enorme cada cual al flanco.
 « El del duque de Albania los cuarteles
 « Muestra de azul y blanco;
 « Y un buitre que á un dragon á dar va muerte
 « En la del duque de Buckan se advierte.
 « Señor es de Forbes el fuerte Armano,
 « Que negra y blanca agita una bandera.
 « A su derecha mano
 « Marcha el conde de Erelia, que una hoguera
 « En verde campo tiene. De hiberneses
 « Dos huestes mas se advierten en el llano.
 « El de Kildar, de quien un pino ardiendo
 « Es el blason, conduce la primera.
 « Compuesta de feroces montañeses,
 « A la segunda manda
 « El conde de Desmundo, que carminea
 « Sobre blanco pendon lleva una banda.
 « Mas á lidiar por Carlos no tan solo

« Van los de Albion, de Escocia y aun de Irlanda,
 « Sino que allá del aterido polo
 « Los guerreros se ven. De Escandinavia,
 « De la Islanda y de Thule armados vieuen,
 « Huyendo de la paz que en odio tienen.

« Mas son de mil los que encubiertos
 « De largo vello, bosques y desiertos
 « Abandonando, acuden à esta empresa;
 « Sus lanzas forman una selva espesa
 « Junto la pendon mas blanco que al nieve,
 « Que Morato, su jefe, blanda agora,
 « Y cuya blanca seda pronto debe
 « Ver salpicada con la sangre mora. »

Mientras Roger los nombres y señales
 De los guerreros de Bretaña escucha,
 Y las banderas ve bajo las cuales
 Se aprestan tantas huestes à la lucha,
 Por ir à dar à Carlomagno amparo,
 Atónitos pasmados
 Al contemplar un animal tan raro
 Hacia él acuden jefes y soldados;
 Mas Roger, que aumentar tan solo anhela
 La admiracion que advierte que procura,
 Monta, y à su veloz cabalgadura
 Hace à un tiempo sentir freno y espuela.
 Alzase, pues, y por los aires anda;
 La Inglaterra recorre y llega à Irlanda,
 Donde es fama que un santo anacoreta
 Un pozo abrió, cuya agua peregrina
 Contra todo pecado es medicina.

Así sigue su curso, y traspasando
 La mar que de la grande la pequeña
 Bretaña aparta, atada à dura peña
 Mira à la triste Angélica llorando
 Sobre el suelo fatal, isla del llanto
 Apellidada con razon, por quanto
 Tanta y tanta infeliz en él vertiera.
 Ya conoceis, señor, de que manera

Fué la hermosa doncella sorprendida,
 Y cual, bien que malvada, aquella gente
 Intacta le ofreció guardar su vida,
 Mientras dar otra victima pudiera
 De la foca à la cólera homicida.

¡La hora fatal en fin sonó! Desnuda
 Cual vino al mundo expuesta en la ribera
 La virgen fué. De su beldad no cubre
 Velo alguno el tesoro delicado
 Que marchitar no es dado
 Al cano enero ni al ventoso octubre.

Linda estatua del mármol mas precioso,
 A la peña sujeta
 Por arte de pintor industrioso,
 Creyera ver Roger si, gota à gota,
 Por su seno correr no viera el lloro
 Y sus cabellos de oro
 Que alegre el viento à su sabor azota.
 A la vista de Angélica, en su pecho
 Se despierta el recuerdo de su dama.
 De amor à un tiempo y de piedad deshecho,
 Lágrimas casi à su pesar derrama,
 Y, de Hipogrifo deteniendo el vuelo,
 Con tierna voz de esta manera exclama:

« ¡ Oh bella dama, cuyos tiernos brazos
 « De estrechar son indignos

« Otros que del amor los dulces lazos!

« ¿ Quién es el que, perverso,

« De esas formas divinas

« Osa así mancillar el marfil terso? »

De color la doncella entonces muda,

Y al mirarse desnuda

Delante de Roger, celar pretende

Las partes que, aunque bellas en extremo,

Al ojo humano la mujer no enseña;

Pero, amarradas à la dura peña

Las manos, ni encubrir siquiera pueden

Su faz regada por copioso llanto.

Hablar quiere por fin; y de quebranto
 Algunas breves voces se suceden,
 Que interrumpidas son súbitamente
 Por un gran ruido que en la mar se siente.

Medio cuerpo en el agua y medio fuera,
 Mayor que un buque muéstrase entretanto
 El monstruo horrible. Al fin de su carrera
 Se acerca ya, dejando á la hermosa
 Sobrecogida de dolor y espanto.

Una y mil veces con el asta dura
 Hiere Roger al monstruo que se acerca.
 Su cabeza es enorme,
 Sus ojos y sus dientes son de puerca,
 Y su testuz tan recia que no alcanza
 A penetrarla el hierro de la lanza;
 Mas no por eso el desigual combate
 Abandona el guerrero,
 Que por errar un golpe no se abate,
 Sino que da un segundo y un tercero.

En esto, de Roger el monstruo viendo
 La imágen que en las ondas se refleja,
 Su vacilante sombra persiguiendo,
 Libre á la dama de la orilla deja.

Cual, desde el aire viendo
 Vibora que entre yerbas se desliza;
 O que, tendida sobre peña toma
 El sol, que de colores la matiza,
 El águila altanera se desploma,
 Y, vueltas dando, evita cuidadosa
 El dardo de su lengua ponzoñosa;
 Así Roger evita con esmero

La boca de la fiera, y con su acero
 Y con su lanza pronta
 Entre las dos orejas en el cuello
 Y en el lomo escamoso siempre toca.
 Si la fiera se vuelve, él se remonta,
 Y bajando despues de nuevo hiere;
 Mas ; en vano ! que es dura cual la roca

- La piel que ver atravesada quiere.
 Cual hostiga al mastin mosca insolente
 Que, en torno dél zumbando,
 Le pica ya en los ojos, ya en la frente;
 No de otro modo el paladin valiente,
 Al ver cual en su furia el monstruo infando
 Las aguas de la mar arroja al cielo;
 Al verse envuelto en ellas, de manera
 Que decir no pudiera
 Si el aire surca ó si en las ondas nada;
 Temeroso ademas de que, empapada
 Tal vez la pluma de Hipogrifo, el vuelo
 No le permita sostener; seguro,
 En fin, de la victoria como emplee
 El arma irresistible que posee,
 Vuela á la playa. En manos de la vírgen,
 A fin de que sus ojos
 Resistir puedan del broquel al brillo,
 Pone el precioso anillo
 Que Melisa le dió, y en la ribera
 Colocándose enfrente de la fiera,
 Del mágico broquel levanta el velo.
 Semejante al del cielo,
 Aparece otro sol. Despavorido,
 Cual el pez en la cal, el monstruo queda
 Privado de sentido,
 Y, por las olas de la mar lanzado,
 Inmóbil va del uno al otro lado.
- La dama, con acento dolorido,
 En esto al bravo paladin recuerda
 Que conviene no pierda
 El tiempo de que tanto necesita.
 « Vuelve, señor, te grita,
 « Mis lazos rompe, por piedad te ruego,
 « Antes que el monstruo horrible se despierte.
 « Librame dél, y luego,
 « Si quieres, dame entre las olas muerte. »
 Movido el héroe de su justa queja

Desátala. Montando
 Con ella en su bridon, de allí se aleja,
 Y, volviendo la faz de cuando en cuando,
 Cubre de ardientes ósculos su cuello,
 Sus ojos, y su frente y su cabello.

Presto, olvidando su intencion primera
 De dar la vuelta entera de la España,
 Detiene su carrera

Sobre el peñon de la menor Bretaña
 Que mas entra en la mar. Sobre su orilla
 Una selva de encinas se levanta
 Do á todas horas Filomena canta,
 Y en medio della se descubre un prado
 Donde, entre dos colinas, se desliza
 Arroyo que lo alegra y fecundiza.

De ilusion y esperanza enajenado
 El jóven, al corcel allí detiene;
 Mas á oponerse viene
 La férrea cota á su anhelar. En vano
 Gran rato lucha por librarse della.
 Soltar queriendo un nudo, se atropella
 Y su agitada mano
 Ciento hace y ciento en vez de soltar uno.

Mas mi canto, señor, es ya muy largo.
 Para momento pues mas oportuno
 La comenzada narracion diffiero,
 Que fatigar vuestra atencion no quiero.



Roger y Angélica sobre el hipogrifo. (T. I, p. 166.)

UNIVERSIDAD DE BURGOS
 BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
 ALICANTE 15
 JUN 1974

Desátala. Montando
 Con ella en su bridon, de allí se aleja,
 Y, volviendo la faz de cuando en cuando,
 Cubre de ardientes ósculos su cuello,
 Sus ojos, y su frente y su cabello.

Presto, olvidando su intencion primera
 De dar la vuelta entera de la España,
 Detiene su carrera

Sobre el peñon de la menor Bretaña
 Que mas entra en la mar. Sobre su orilla
 Una selva de encinas se levanta
 Do á todas horas Filomena canta,
 Y en medio della se descubre un prado
 Donde, entre dos colinas, se desliza
 Arroyo que lo alegra y fecundiza.

De ilusion y esperanza enajenado
 El jóven, al corcel allí detiene;
 Mas á oponerse viene
 La férrea cota á su anhelar. En vano
 Gran rato lucha por librarse della.
 Soltar queriendo un nudo, se atropella
 Y su agitada mano
 Ciento hace y ciento en vez de soltar uno.

Mas mi canto, señor, es ya muy largo.
 Para momento pues mas oportuno
 La comenzada narracion diffiero,
 Que fatigar vuestra atencion no quiero.



Roger y Angélica sobre el hipogrifo. (T. I, p. 166.)

UNIVERSIDAD DE BURGOS
 BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
 ALICIA DE LOS
 1974

CANTO XL.

Angélica desaparece con el anillo encantado que puso en su dedo Roger. — Este, además del anillo, pierde el Hipogrifo y vuelve á dar en manos del mágico Atlante. — Imprecaciones de Orlando contra las armas de fuego. — Orlando da muerte al monstruo y á una gran parte de los moradores de la isla de Ebuda. — Fin de la historia de Olimpia.

Bien que, á menudo, en medio á su carrera
Freno endeble del bruto mas altivo
El impetu modera;
Rara vez la razon, rara refrena
La ardiente furia de un amor lascivo
Ante la imágen del placer; que al oso
Que la miel ha catado, no sin pena
Se consigue alejar de la colmena.

¿Qué razon hay para que el héroe agora
De gran placer la coyuntura pierda?
De la virgen ilustre á quien adora
Se olvida en este instante, ó si se acuerda
Necio fuera á mi ver, mil veces necio,
Como por ello mire con desprecio
A la belleza rara
Que á Zenócrates mismo enamorara.

Su lanza ya y su escudo en tierra habia
Puesto Roger, y yelmo, espada y cota
Impaciente á arrojar se disponia,
Cuando la dama, con rubor tendiendo
La inquieta vista por sus gracias, nota
En su dedo el anillo.

Que el vil Brunelo le robó, queriendo
Dar así gusto al árabe caudillo.

Era este anillo el que ella trajo á Francia
La primer vez que vino con su hermano,
Entonces dueño de la insigne lanza
Que fué despues del paladin britano.

Vanos con él haciendo los encantos
De Malgesí, á Orlando y otros cuantos
Sustrajo del poder de Dragontina.
Por su virtud divina,

Salir logró no vista del castillo
Do un mago la encerró; mas, de este anillo
¿Para qué los portentos enumero,
Que cual yo conoceis? Saber os baste
Que á perderlo la dama vino al cabo;
Y que adverso el destino
Desde aquel dia no aplacó su encono,
Hasta lograr arrebatarle el trono.

Esta joya al mirar con rostro ledo
La hermosa virgen, de contento loca,
Duda de lo que ve, de lo que toca,
Y el anillo, que saca de su dedo,
Llevándose á la boca,
A los ojos del héroe desaparece,
Cual el sol si una nube le oscurece.

En torno de si mismo inquieto, en tanto,
Gira Roger, y lleno de quebranto,
A la dama, que huye,

Así de falsa y descortes arguye:

« ¿Es este, es este el galardón ¡ingrata!

« Que á mis servicios das? ¿Porqué con arte

« Tu perfidia, mal grado, me arrebató

« Lo que yo nunca me negara á darte?

« ¿Quieres mis armas y el caballo mio?

« Dellas dispon, dispon á tu albedrío.

« ¡Mas qué! ¡tu rostro celestial me escondes!

« ¡Y, oyéndome, cruel, no me respondes! »

Así diciendo, en torno de la fuente

Frenético vagaba;

Y, creyendo abrazar la dama ausente,
El aire entre los brazos estrechaba.

Ella en tanto, corriendo noche y dia,
A la falda de un monte halla una choza
Donde habita un pastor. En torno della

• Vastas cuadras había
Do á refugiarse del calor venia
• Numerosa yeguada, que paciendo
Vagaba entónces en frondoso prado
Por un fresco arroyuelo fecundado.

De la cabaña so el humilde techo
Alimento y reposo

La virgen encontró; y hácia la tarde,
Sus fuerzas ya juzgando restauradas,
Sin ser vista, se fué. Su talle hecho
A ropas delicadas

Envuelve en un gaban de paño burdo;
Burdo y grosero sí, mas no bastante
A encubrir de su cuerpo el aire noble,
La belleza sin par de su semblante;

Pues de Angélica al lado fueran feas,
Por mas que los poetas las pregonen
(Títilo y Melibeo me perdonen),

Todas las Clóris, Filis y Nereas.

Hácia las yeguas luego se dirige;
Entre ellas una que le agrada elige;
Monta y se aleja; y de volverse á Oriente
Viene una idea á seducir su mente.

Roger en tanto de su error volviendo,

Y convencido de que en vano aspira
A recobrar el bien por que suspira,

Hácia Hipogrifo márchase corriendo;

Mas un nuevo pesar allí le aguarda;

Que en columbrar no tarda,

Surcando el aire, al palafren que busca.

Unida aquesta á la anterior desgracia,

Al paladin ofusca;

Pero de todas la que mas le aflige

La pérdida es del dije, y lo deplora

Muy mas que por su mágica eficacia

Por ser un don de aquella á quien adora.

Al hombro entónces angustiado y triste

Echándose el broquel, sus armas viste,

Y, la playa arenosa
 Dejando, va con planta presurosa
 Hacia un bosque que nótase en un valle.
 Por su mas ancha y frecuentada calle
 La marcha emprende. Hacia la diestra mano
 Salir del bosque escucha
 Fragor de hierro insano
 Que contra hierro vibra mano ducha.
 Por la maleza avanza
 Y en ver no tarda una terrible lucha,
 Cuya causa yo ignoro, entre un gigante
 Y un bravo jóven de gentil talante.
 Yace en tierra el corcel de este guerrero,
 Que, hiriendo ó esquivándose lijero,
 Los golpes frustra de la enorme maza
 Con que el feroz gigante le amenaza.

Detiénese Roger; observa atento
 La cruda lid, y bien que un movimiento
 Simpático y secreto á su alma noble
 Por el mas mozo á interesarse arrastre,
 De evitar su desastre
 No trata, ántes un tanto se retira,
 Y combatir de léjos los contempla.
 Con sus dos manos levantando, en esto,
 La su maza el jayan, golpe funesto
 Sobre el jóven descarga, á quien destempla
 El yelmo, y malparándole la frente,
 Por descubrirla corre incontinentemente.

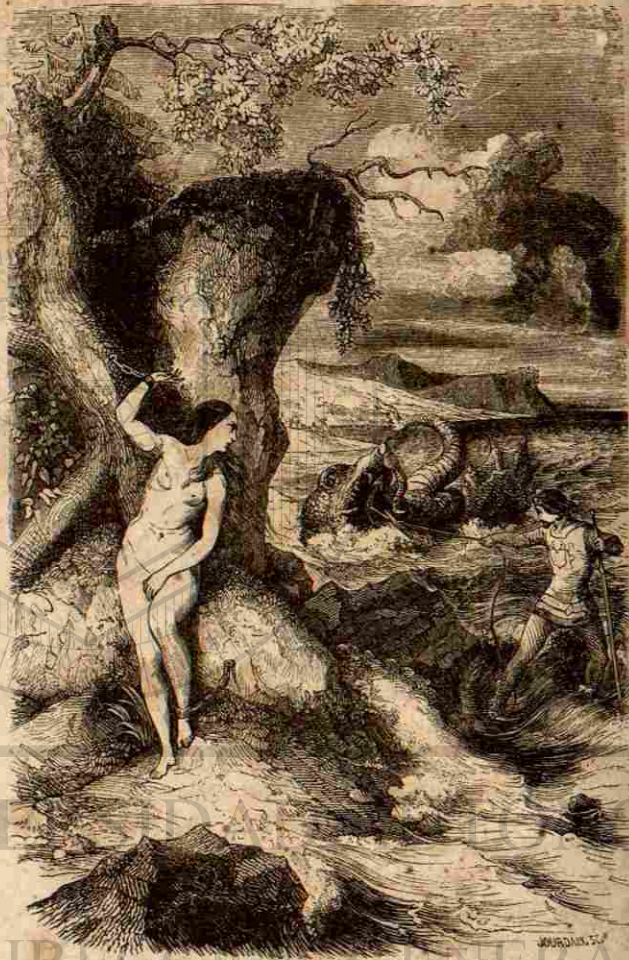
De su cara y hermosa Bradamante
 Descubierta el semblante
 Mira entónces Roger. Su riesgo toca,
 La espada saca y al feroz provoca;
 Mas este, á comenzar batalla nueva
 Poco dispuesto, á la doncella toma
 Y sobre sus espaldas se la lleva,
 Cual águila á su nido una paloma,
 O cual lobo un cordero hácia su cueva.
 Tras él corre Roger: mas de manera



Bradamante derribada por un gigante. (T. I. p. 170.)

Sus pasos acelera
 El gigante, que apénas con la vista
 Puede el jóven audaz seguir su pista.
 Así corriendo aqueste como loco
 En pos de aquel, que vuela de alegría,
 Se hallaron presto en una angosta via
 Que, ensanchándose luego poco à poco,
 Fuera del bosque, à un prado conducia.
 Mas basta de Roger: à Orlando vuelvo
 Que el arma de Cimoseo al mar profundo
 Lanzó porque jamas tornase al mundo.
 De poco esto sirvió; que el implacable
 Genio del mal, de aquel arma maldita,
 Que el rayo vengador del cielo imita,
 Descubridor malvado y execrable,
 Con saña casi no menor que aquella
 Cuyo fatal influjo
 A nuestra madre universal sedujo,
 El ànima inspiró de un nigromante
 Que, con secretos de su ciencia, obtuvo
 Arrancar esa máquina homicida
 De las entrañas de la mar, do estuvo
 Tantos y tantos años escondida.
 Cerca de un siglo hará que introducida
 En Alemania fué, do, los ingenios
 El rey de las tinieblas aguzando,
 Hizo en fin descubrir su objeto infando,
 Italia, Francia y todo el orbe entonce
 Esta invencion diabólica aprendieron;
 Y, ya líquido bronce
 En el cóncavo molde condensando,
 Ya hierro taladrando,
 Muchas de aquestas máquinas hicieron
 Que, segun su calibre y su tamaño,
 Mil diferentes nombres recibieron.
 Cual cañon la llamó, cual culebrina,
 Cual pistola, arcabuz ó carabina.
 A su contacto nada hay que resista;

El mármol cede cual la leve arista.
 Tu broquel y tu lanza luego, luego,
 Con tu espada, oh soldado, arroja al fuego,
 Y toma un arcabuz. De lo contrario
 Desde hoy renuncia á gloria y á salario.
 ¡Oh maldita invencion! ¿cómo pudiste
 Hallar cabida en corazon humano?
 Tú, del ilustre bélico ejercicio
 El esplendor, por siempre, oscureciste.
 Del valor, del saber el sacrificio
 Consumaste en un dia;
 Que igual á la virtud es hoy el vicio,
 Igual es al valor la cobardía.
 ¡Cuánto cuerpo no diste ya á la tierra
 De itala gente, oh Dios! ¡y cuánto, cuánto
 No has de dar mientras dure esa impia guerra
 Que al orbe cubre de dolor y espanto!
 De todo el universo
 El hombre fué mas vil y mas perverso
 El que arte tan fatal concebir pudo,
 Y, por mí, yo no dudo
 Que con Júdas esté castigo eterno
 Sufriendo en las mazmorras del infierno.
 A Ebuda en tanto se dirige Orlando;
 Mas el viento, oponiéndose á su anhelo,
 Apenas respiraba,
 O, de frente las velas azotando,
 A cejar ó á virar les obligaba.
 Pronto sabréis porqué no quiso el cielo
 Que ántes que el rey de Irlanda
 Tocase Orlando aquella tierra infanda.
 Tócala en fin, y lleno de coraje:
 «A tierra salta,» dice al marinero,
 «Y aquí me aguarda, que hácia aquel paraje
 Solo partir en esta lancha quiero.
 «El cable mas robusto
 «Y el áncora mayor que el buque tenga
 «Conmigo llevaré. Cual es mi objeto



Orlando libra á Olimpia. (T. I, p. 173)

« Conocerás cuando á encararme venga
« Con ese monstruo, á quien provocho y reto. »
Dice; y al mar botando la barquilla,

Cuanto supone puede hacerle falta
Tomando, en ella salta;
Sus armas todas déjase en la orilla,
A excepcion de su espada; coge el remo,
Sus fuerzas todas por moverlo emplea,
Y, á guisa de cangrejo, las espaldas
Vuelve hácia el sitio á do llegar desea.

Era el momento en que sus trenzas blondas
La bella aurora ufana desplegaba
Al rival de Titon, que entre las ondas
La mitad de su disco ya elevaba.

De la pelada roca
A un tiro de ballesta se coloca
El héroe, cuyo oido

Viene á herir un gemido
Débil, cansado, perceptible apena.

Por la desierta arena
La vista al punto hácia su izquierda tiende,
Y atada á un tronco, á cuyo pié se estrella

La cólera del mar, una doncella
Desnuda ve cual del materno seno
Salió; mas el terrenc

Que de ella le separa, y de su frente
La actitud consternada, no consiente
Al paladin reconocer quien sea.

Con el remo, impaciente
Por volar á su encuentro,
La espuma agita, y lucha y forcejea.

En esto, hasta su centro
Estremece á la mar alto bramido;
Y, en las hinchadas olas suspendido,
Llega el monstruo feroz. Cual nube parda
Que del húmedo valle se desprende
Y que la tierra en envolver no tarda,
Su inmensa mole asi la fiera extiende

Por la anchurosa mar. Con faz tranquila
 Vela Orlando llegar; y como un hombre
 A quien nada hay que asombre,
 Y que nunca desmaya ni vacila,
 Con el objeto de poder á un tiempo
 Embestir á la fiera, y á la dama
 Dar el útil amparo que reclama,
 Con la barca interpónese, y el cable
 Y el áncora llevando en una mano,
 Sereno aguarda al monstruo formidable.
 Viendo en la lancha al paladin la foca,
 Abrió para tragárselo una boca
 Por donde un hombre entrara cabalgando.
 Adelántase Orlando, y con la cuerda
 Y el esquite, si mal no se me acuerda,
 Del monstruo se introduce en la garganta,
 Y en ella el ancla atravesada planta.
 Bien cual prudente obrero
 Que, en busca de metales,
 De la honda tierra al corazón descende,
 Con sólidos puntales
 Las entreabiertas bóvedas suspende,
 Suspende al monstruo infando
 Ambas quijadas el valiente Orlando.
 La espada entonces saca,
 Y con ella en sus fauces cavernosas,
 Ora de corte, ora de punta, ataca.
 No se defiende el monstruo, que mal puede
 Defenderse una plaza cuando mira
 Al enemigo en sus murallas. Cede,
 Cede por tanto, y sin sentido gira.
 Sus flancos ora y su escamosa espalda
 Muestra sobre la líquida esmeralda,
 Ora al fondo del mar se precipita
 Y sus arenas con el vientre agita.
 Viéndose entre agua tanta,
 A nado el héroe deja su garganta;
 Ase el cable, y por medio de las olas

Abriéndose camino, á toda prisa
 Se dirige al peñasco que divisa.
 Llega; y saltando en tierra, sin tardanza
 El cable empieza á recoger. En vano
 Resistir quiere el monstruo á tal pujanza;
 Que de un tirón hace el señor de Anglante
 Lo que no hiciera en diez un cabrestante.
 Cual salta y corcovea
 El indómito toro, que se siente
 Al cuerno de repente
 Un lazo echar; así, mil vueltas dando,
 Se agita en vano el monstruo abominable
 Por desasirse del robusto cable
 Que á tierra á su pesar lo va arrastrando,
 Y la sangre que vierte
 El verde humor en púrpura convierte.
 Con su vientre escamoso
 Las enrespadas olas oprimiendo,
 Ora el fondo del mar muestra arenoso,
 Ora á la luz del sol opone un velo
 Con las olas que saltan hasta el cielo.
 Los montes y las selvas, con espanto,
 Tal estrépito escuchan. De su cueva
 Sale Proteo, y al mirar á Orlando,
 Su dispersada grey abandonando,
 Del mar huye á esconderse en el abismo.
 Crece la confusion, crece el tumulto,
 Y de tal modo, que Neptuno mismo,
 A su carro enganchando sus delfines,
 De Etiopia se encamina á los confines.
 Ino, llorosa, y suspendida al cuello
 Llevando á Melicerta; las Nereidas,
 Desgreñado el cabello;
 Los Glaucos, los Tritones,
 Cuantos del mar habitan las regiones,
 Sin saber do, despavoridos huyen.
 A tierra en tanto al fiero monstruo obliga
 A venir el guerrero, cuya pena

Y esfuerzos poco á poco disminuyen ;
Que, ántes de verse aquel sobre la arena,
Espiró de dolor y de fatiga.

Por presenciar reyerta tan extraña
Muchas gentes de la insula llegaron
Que, con el celo fanático, esta hazaña
Un espantoso crimen reputaron.

« De Proteo la saña
« Atizada con esto, se decian,
« Los horrores de un tiempo mas funesto
« Su cruda grey renovará bien presto.
« Perdon pues invoquemos
« Del ofendido dios, ántes que airado
« Sobre nosotros lance su castigo,
« Y su enojo aplaquemos
« Arrojando en la mar á su enemigo. »

Bien cual activa llama
De monton en monton de seca leña
Cunde y tal vez una comarca inflama,
Así la idea que el terror infunde,
De pecho en pecho en un instante cunde.
Ya de arco, lanza, espada ú honda armado,
A la ribera cada cual descende,
Y por detras, de frente ó de costado
Embiste al paladin, á quien sorprende
Proceder tan brutal y tan injusto;
Mas, cual suele oso intrépido y robusto
Que las ferias recorre,
Por el Ruso ó Litano conducido,
Despreciar de los canes el ladrido,
Así desprecia el principe valiente
La loca obstinacion de aquella gente,
Que, al verle sin broquel, sin armadura
Ni yelmo, aprisionarle se figura;
Mas del diamante tiene la dureza
Su piel, desde el talon á la cabeza.
La de ellos, ménos dura,
Cede á los golpes de la ardiente espada

• Del conde, que con diez quita la vida
A treinta de la turba amedrentada,
Y en fuga á los demas pone bien presto.
• A la dama afligida
Acércase despues; mas, de repente,
De aquella playa por el lado opuesto
Insólito rumor alzarse siente.

Mientras por esta banda
Ocupaba el de Anger á los isleños,
A tierra de sus leños
Por otras mil saltaban los de Irlanda;
Y, ora fuese rigor, ora justicia,
Iban estrago horrendo,
Por donde quier sin distincion, haciendo.
Los indigenas, ya que sorprendidos
Por este ataque inesperado fuesen,
Ya que escasos en número,
En consejo ó en ánimo se viesen,
Poca ó ninguna resistencia hicieron.
Bajo el poder del vencedor cayeron
Sus haciendas y bienes. Degollados
Sin piedad todos fueron,
Y sus lares hundidos ó incendiados.

De tal rumor y confusion y ruina
Sin curarse el guerrero, se encamina
De nuevo hácia la roca
Donde estuvo la virgen peregrina
A punto de ser presa de la foca.

Llegase á ella, y al mirarla, cree
A Olimpia conocer: ni se equivoca;
Olimpia es en efecto,
Que, victima infeliz de iluso afecto,
Vino á parar á la insula de Ebuda.
La dama al héroe reconoce en breve;
Mas, viéndose desnuda,
A hablarle ni á mirarle no se atreve.

Rompiendo en fin aquel silencio, el conde
La causa le pregunta

Que la indujo á dejar la tierra en donde
 De su esposo querido
 Gozar él mismo del amor la vido.
 « No sé, señor, » la dama le responde,
 « Si sentir debo pena ó alegría
 « Al verme en este dia
 « Libertada por vos de mi impia suerte.
 « Solo, empero, muriendo
 « Podrá acabar la desventura mia.
 « Dadme pues, oh señor, dadme la muerte.
 « Que de todos mis males me liberte. »
 Y llorando narraba
 Cual la engañó su esposo, y cual dormida
 En sitio la dejó do sorprendida
 Por los corsarios fué. Mientras hablaba,
 Su cuerpo al replegar de mil maneras
 Por ocultar su pecho y sus caderas,
 De su talle, con púdico bochorno,
 Mostraba el graciosísimo contorno.
 Ansioso de llegar adonde ropas
 Pueda encontrar para la dama, Orlando
 Iba á embarcarse, cuando
 Llega Uberto con parte de sus tropas,
 Mientras el resto, de coraje ciego,
 Pone la insula toda á sangre y fuego.
 Bien que de espuma y sangre
 Se hallase el bravo paladin cubierto,
 No tarda en conocerle el rey Uberto,
 Que atribuir no puede mas que á Orlando
 Las pruebas de valor que va escuchando.
 Un año solo hacia
 Que, heredando la lberna monarquia,
 De Francia Uberto abandonó la corte,
 Do infante fué de honor, y do se unieron
 Él y el de Anglante con estrechos lazos.
 Viéndose, pues, allí se conocieron,
 Y, la celada alzando, con transporte
 Se arrojó cada cual del otro en brazos.

Cuéntale Orlando la conducta aveye
 Del duque, y cuanto debe
 Este á la bella esposa á quien olvida.
 Refiérole tambien cual de su vida,
 Perdido que hubo hermanos, padre y trono,
 Hacer ella mil veces abandono
 Quiso por darle libertad. En tanto
 Que Orlando asi decia, el triste llanto
 Que inundaba los ojos de la dama,
 De la estacion riente
 Recordaba los dias en que el cielo,
 Del seno de una nube transparente,
 Refrigerante lluvia lanza al suelo:
 Y cual, de rama en rama,
 El ala humedecida sacudiendo,
 Alegre el ruiseñor se va meciendo;
 Amor así de tan divinos ojos
 En la luz se complace y se regala,
 Y en su liquido aljófara baña el ala.
 En esta luz aquel rapaz un dardo
 Forja; lo temple en la corriente clara
 Que, entre lirios y rosas, se desprende
 De los ojos de Olimpia, y lo dispara
 De Irlanda contra el principe gallardo,
 Que atónito la vista
 Por las bellezas de la dama tiende.
 El cielo rara vez belleza tanta
 En mujer reasumió. No solamente
 Eran bellos sus ojos y su frente,
 Sus hombros, su nariz y su garganta,
 Sino que, hechas á torno
 Y del marfil mas puro parecian
 Aquellas partes que, con vano adorno,
 Avaras ropas encubrir solian.
 Por surco hondo y estrecho
 Entre sí separados se veian
 Los dos cándidos globos de su pecho,
 Cual por un valle dos colinas leves,

Del enero cubiertas por las nieves.
 Su vientre, sus caderas y sus muslos
 De Fidias y de Apéles
 Recordaban buriles y cinceles.
 Desde los pies, en fin, hasta el cabello
 Era imposible ver busto mas bello.
 Si allá del Ida en la region lejana
 Asistir de las diosas al litigio
 Podido hubiera Olimpia, la manzana
 Dudo yo que otorgara el jóven frigio
 A la reina de Chipre, ni violara
 De una hospitalidad franca y sincera
 Los derechos tal vez. « Helena cara,
 « Sé feliz con tu esposo, le dijera,
 « Yo de la bella Olimpia ardo en el ara. »
 Ni, á haber podido hallarse esta en Crotona,
 Tuviera Zéuxis que estudiar desnuda
 Tanta y tanta matrona,
 Para acabar la imágen destinada
 A decorar de Juno la morada,
 Pues las gracias en todas esparcidas
 En Olimpia encontrara reunidas.
 Yo miró como cierto
 Que aquel talle el infiel no vió desnudo;
 Pues, á verlo, no alcanzo como pudo
 A Olimpia abandonar en un desierto.
 De su beldad enamorado Uberto,
 Consuélala, y le jura
 No soltar el acero ni la lanza,
 Hasta hacerla subir de nuevo al trono
 Y de Bireno recabar venganza.
 Traje con que encubrir tanta hermosura
 Hallar despues por la insula procura,
 Do, merced á la fiera,
 Hay profusion de ropas femeniles.
 Para encubrir tan bellas formas, viles
 Uberto las juzgó; y así juzgara,
 Aunque de pura seda y de oro fino

Con el mayor primor las recamara,
 El industrioso y rico florentino.
 De Lémnos el artifice divino,
 Minerva misma, ignoro
 Si tejerlas pudiera que desdoro
 No fueran de aquel talle peregrino.
 Roldan, que hasta aquel suelo en seguimiento
 De su Angélica vino, gran contento
 Tuvo en ver la pasion del rey de Irlanda;
 Pues este amor de encaminarse á Holanda
 Y de buscar al duque le eximia,
 Y en pos de su adorada
 El orbe recorrer le permitia.
 Convencido por fin de que en Ebuda
 Angélica no está; mas, en la duda
 De si estuvo, del sol al rayo nuevo
 Con el caro mancebo
 Y con Olimpia embárcase. A la corte
 De Uberto llega y se detiene un dia.
 Vano es que el rey, vano que Olimpia exhorte
 Al héroe que se quede. Su porfia
 De averiguar de Angélica el destino
 Hacia Francia dirige su camino.
 Pártese pues, así que encomendado
 Hubo á Olimpia del principe al cuidado,
 Y así que de este obtuvo la promesa
 De consagrar su vida á esta princesa.
 Sus tropas junta con efecto, y liga
 Formando con la Escocia y la Inglaterra,
 De Holanda y Frisia al duque en breve arroja;
 Marcha á Zelanda, y en sangrienta guerra
 Del solio y de la vida le despoja;
 Y á Olimpia luego haciendo su consorte,
 Como reina preséntala á la corte.
 Mas al de Anger volvamos, que, surcando
 La mar sin rumbo cierto,
 Llega entretanto al puerto
 De do salió su nave. Allí montando

De nuevo en su corcel, veloz se aleja,
 Y atrás los vientos y las olas deja.
 No dudo que, en el resto del invierno,
 Hazañas consumara
 Dignas de fama y de loor eterno;
 Mas su modestia igual á su denuedo
 En profundo silencio sepultólas.
 No es pues mi culpa si narrar no puedo
 Las que, su esfuerzo consumando á solas,
 Nadie sabrá jamás; pues sus victorias
 Por sus testigos solo eran notorias.
 Nada se supo pues; mas, cuando al signo
 De Aries el padre de la luz llegando,
 Doró de nuevo la celeste esfera,
 Y Céfito benigno
 Retornó con la dulce primavera,
 Entónces fué cuando á la par se vieron
 De la tierra flotar las flores nuevas
 Y del valor del paladin las pruebas.
 Del llano al valle, solo y afligido,
 Siguiendo va su fatigado viaje,
 Cuando salir del bosque oye un gemido.
 Toma el hierro al momento
 Y su corcel empuja hácia el paraje.
 De do sale la voz; mas ya la mia
 Débil y ronca siento.
 Permitidme, señor, que tome aliento.

CANTO XII.

Éntrase Orlando en el nuevo palacio encantado de Atlante. — Encuentra allí á varios guerreros. — Portentosos efectos del anillo de Angélica. — Húyese esta por los bosques. — Riñen Orlando y Ferragut. — Curiosas discusiones entre estos dos guerreros y Sacripante. — Angélica desata y se lleva el yelmo de Orlando. — Rompe este guerrero dos huestes de sarracenos. — Llega á una cueva y encuentra dentro de ella á dos mujeres.

Quando, al volver de la region Idea
 Al valle solitario
 Donde al gigante altivo y temerario
 Los lomos bruma la montaña Etnea,
 De su hija cara descubrir no pudo
 Céres la huella, crudo
 Fué su dolor. En su fatal despecho
 Desgarra sin piedad su hermoso pecho,
 Y arrancando dos pinos,
 Que enciende en las cavernas de Vulcano,
 Uno de ellos agita en cada mano,
 Y en su carro, arrastrado por serpientes,
 Del monte corre al llano,
 Selvas registra, estanques y torrentes
 Y la tierra y el mar, y, desde el mundo,
 Baja en su busca al Tártaro profundo.
 Lo mismo Orlando, en su ferviente anhelo
 De encontrar á su Angélica, corrido
 Hubiera el mar, la tierra, el aire, el cielo,
 Y del eterno olvido,
 Cual Céres, descendiera á las mansiones
 Si su carro tuviera y sus dragones.
 Mas no los tiene; y á caballo agora,
 Agora á pié, buscando á la que adora,
 La Francia recorrió. Luego la España
 Piensa ver y la Italia y la Alemaña,

De nuevo en su corcel, veloz se aleja,
 Y atrás los vientos y las olas deja.
 No dudo que, en el resto del invierno,
 Hazañas consumara
 Dignas de fama y de loor eterno;
 Mas su modestia igual á su denuedo
 En profundo silencio sepultólas.
 No es pues mi culpa si narrar no puedo
 Las que, su esfuerzo consumando á solas,
 Nadie sabrá jamás; pues sus victorias
 Por sus testigos solo eran notorias.
 Nada se supo pues; mas, cuando al signo
 De Aries el padre de la luz llegando,
 Doró de nuevo la celeste esfera,
 Y Céfiro benigno
 Retornó con la dulce primavera,
 Entónces fué cuando á la par se vieron
 De la tierra flotar las flores nuevas
 Y del valor del paladin las pruebas.
 Del llano al valle, solo y afligido,
 Siguiendo va su fatigado viaje,
 Cuando salir del bosque oye un gemido.
 Toma el hierro al momento
 Y su corcel empuja hácia el paraje.
 De do sale la voz; mas ya la mia
 Débil y ronca siento.
 Permitidme, señor, que tome aliento.

CANTO XII.

Éntrase Orlando en el nuevo palacio encantado de Atlante. —
 Encuentra allí á varios guerreros. — Portentosos efectos
 del anillo de Angélica. — Húyese esta por los bosques. —
 Riñen Orlando y Ferragut. — Curiosas discusiones entre estos
 dos guerreros y Sacripante. — Angélica desata y se lleva el
 yelmo de Orlando. — Rompe este guerrero dos huestes de
 sarracenos. — Llega á una cueva y encuentra dentro de ella
 á dos mujeres.

Quando, al volver de la region Idea
 Al valle solitario
 Donde al gigante altivo y temerario
 Los lomos bruma la montaña Etnea,
 De su hija cara descubrir no pudo
 Céres la huella, crudo
 Fué su dolor. En su fatal despecho
 Desgarra sin piedad su hermoso pecho,
 Y arrancando dos pinos,
 Que enciende en las cavernas de Vulcano,
 Uno de ellos agita en cada mano,
 Y en su carro, arrastrado por serpientes,
 Del monte corre al llano,
 Selvas registra, estanques y torrentes
 Y la tierra y el mar, y, desde el mundo,
 Baja en su busca al Tártaro profundo.
 Lo mismo Orlando, en su ferviente anhelo
 De encontrar á su Angélica, corrido
 Hubiera el mar, la tierra, el aire, el cielo,
 Y del eterno olvido,
 Cual Céres, descendiera á las mansiones
 Si su carro tuviera y sus dragones.
 Mas no los tiene; y á caballo agora,
 Agora á pié, buscando á la que adora,
 La Francia recorrió. Luego la España
 Piensa ver y la Italia y la Alemaña,

Y pasar en seguida
 La mar que ruge en torno del Numida.
 Pensando el héroe caminaba en esto,
 Cuando á turbar sus reflexiones viene
 Una doliente voz. Avanza presto,
 Y ante sus ojos un guerrero nota
 Que sobre un gran corcel lijero trota,
 Llevándose por fuerza una doncella
 Que afligida parece cuanto bella.
 Solloza aquesta, agítase, y llamando
 Al valeroso Orlando,
 Implora su favor. Ver se imagina
 El conde á la que su ánimo fascina.
 Ciego pues de furor, con voz tremenda
 Al caballero amenazando, grita;
 Y abandonando á su corcel la rienda,
 Con la espuela tras él lo precipita.
 Atento aquel á conservar su presa,
 Nada responde, y por la selva espesa,
 Que asorda de su víctima el lamento,
 Corre que apenas le alcanzara el viento.
 Así corriendo el conde á un sitio llega
 Do un palacio magnífico se eleva,
 Cuyos muros, de jaspes fabricados,
 Por hábil diestra fueron cincelados.
 Por una puerta guarnecida de oro,
 Con la dama, el malvado se introduce
 En el bello palacio. Bridadoro
 A su señor hasta el umbral conduce.
 Pásalo Orlando, en el alcázar entra;
 Mas ni al raptor ni á la doncella encuentra;
 Y del arzon saltando, los salones,
 Los pórticos explora, los retretes
 De la estancia inferior. De allí viniendo
 Al piso superior, sin mayor fruto,
 Sus cámaras recorre y gabinetes.
 De seda y oro recamados lechos
 En ellos ve. Cortinas y tapetes

Los muros y los techos
 Y el pavimento encubren; mas no ofusca
 Belleza tanta al paladin, que ansioso
 Solo al raptor de la doncella busca.
 Mientras así por una y otra parte
 Dirige inquieto el paso,
 Al rey de Seribania, á Brandimarte,
 A Ferragut encuentra, y al Circaso
 Vagando por la estancia, á cuyo dueño
 Todos ellos arguyen
 De fraude, de traicion, de robo ó trama.
 De su bridon los unos, de su dama
 La pérdida los otros le atribuyen;
 Cual este objeto y cual aquel reclama,
 Y mientras así los dias y los meses
 En triste cárcel sepultados moran,
 Como y de quien son victimas ignoran.
 Luego que del palacio ha recorrido
 En vano cada estancia
 Mas de una vez el conde, y persuadido
 De que á perder su tiempo se exponia
 Si en seguir se obstinaba á la que, acaso,
 Léjos ya dél con su raptor corria,
 Desciende al verde prado
 De que se halla el palacio circundado.
 Mientras, en torno dél mil vueltas dando
 Por descubrir del fugitivo el curso,
 Recientes huellas en buscar se afana,
 Salir de una ventana
 Piensa una voz oír. De su señora
 Escuchar se figura el eco blando
 Que, así diciendo, su socorro implora:
 « ¿ Con que, en presencia de mi fiel Orlando,
 « Á manos de un ladrón veré perdida
 « La joya virginal que me es mas cara,
 « Mil veces mas, que la ánima y la vida?
 « Antes, señor, la muerte
 « Que verme expuesta á tan terrible suerte. »

Alza la vista Orlando; de la virgen,
 Cuya voz escuchó, ver se figura
 La faz resplandeciente de hermosura;
 Y en ansia nueva ardiendo, cada pieza
 Una vez y otra á recorrer empieza.
 De cuando en cuando, empero, se detiene,
 Y, sin poder saber de donde viene,
 La voz de nuevo escucha de la dama
 Que su favor y proteccion reclama.

Pero volvamos á Roger. Ya dije
 Cual, por sendero angosto y desusado,
 Tras del raptor al prado se dirige
 Do, si no me equivoco,
 Era venido Orlando hacia poco.
 Al llegar al alcázar, afanado
 Siguiendo al vil, en sus salones entra
 Roger, mas no le encuentra.
 Cuatro, seis veces, cual Orlando entonces
 Hasta los sitios mas secretos busca,
 Sin comprender en donde
 Con la doneella su raptor se esconde;
 Y ya el paso á dirigir va hácia la selva
 Cuando una voz, cual la que oyera el conde,
 Le hace que al punto hácia el alcázar vuelva.

La misma faz, la misma voz, que iluso
 Tomó por las de Angélica el de Anglante,
 Por la voz y la faz de Bradamante
 Toma Roger. Igual error, confuso,
 Al rey Gradaso deja, á Sacripante,
 A Ferragut y á cuantos
 A los nuevos encantos
 Sucumbieron de Atlante.
 Inquieto por Roger, y de su estrella
 Temiendo siempre el poderoso influjo,
 El sabio viejo á esta morada bella,
 Y ántes á la de Alcina, le condujo.
 Frustrado al ver dos veces su trabajo
 Allá de Carlos, con Roger atrajo

A los héroes de fama esclarecida
 Que hacer pudieran peligrar su vida;
 Y con tal fin solícito detiene
 A tantos en su cárcel, do no hay goce
 Que sus almas no ocupe ó no enajene.

Ya dije cual Angélica, provista
 Del anillo precioso que á la vista
 Mas perspicaz la esconde,
 Y ante el cual no hay encanto que resista,
 Vestida y restaurada en el albergue
 Del pastor, retornar se proponia
 Al bello reino donde nace el día.

Su corazón de Orlando y Sacripante
 Desdeña la pasión; teniendo empero
 En su larga y molesta correría
 Que dirigir por tanto pueblo el paso,
 Hallar desea escolta y compañía.
 Ansiosa, pues, al uno ú otro amante
 Buscando va. Fortuna al fin la guía
 Al sitio donde Orlando, Sacripante,
 Ferragut y Gradaso
 Presos estaban en poder de Atlante.

Envuelta en la virtud del raro anillo,
 Invisible penetra en el castillo,
 Do á sus amantes ve que, por el arte
 Del mago alucinados, de esta parte
 A aquella van buscándola. Indecisa
 La virgen al mirarlos, no se atreve
 A resolver si al paladín de Anglante,
 O al rey circaso descubrirse debe.
 Con su valor Orlando, bien lo sabe,
 De mas de un riesgo grave
 Libertaria sabrá; mas tambien teme
 Que, en señor erigiéndose, no quiera
 Volver solo al Ocaso
 Cuando ella su apoyo no requiera,
 Mientras dócil, sumiso
 Por cumplir sus mandatos, el circaso

Renunciara á su amor y al paraíso.
 Por él pues se decide. De su boca
 Quita el mágico anillo; y mientras cierta
 Pensaba estar de que iba á ser tan solo
 Por Sacripante vista, descubierta
 Fué por Orlando y Ferragut. Cargados
 Con el yelmo, el broquel y la loriga,
 Que nunca abandonaban,
 Todos, buscando á su invisible amiga,
 Por el palacio sin cesar giraban.
 Desnuda solamente
 Mostraba Ferragut la altiva frente,
 Que juró no cubrir con otro yelmo
 Que aquel que de Troyano
 Aarancó Orlando al infeliz hermano.
 No sospechaba el moro en este instante
 Tener tan cerca al paladin de Anglante,
 Ni este pensar podia
 Que ante su vista á Ferragut tenia.
 Un encanto secreto
 A cada cual cegando, le impedía
 Reconocer á los demás. Armados
 Todos, cual dije, del broquel y el peto,
 Confundidos vagaban. Ensilados
 Y prestos sus corceles,
 Pendiente el freno del corazón, comían
 En una estancia próxima á la entrada,
 Bien provista de yerba y de cebada.
 Imposible era pues al mago entonces
 Estorbar á los héroes que montasen,
 Ni que, por ir en pos de su adorada,
 Del espléndido alcázar se alejasen.
 La dama en tanto, al verse perseguida
 A un tiempo por los tres, que separados
 Por escolta aceptará agradecida,
 Corre veloz; y así que del palacio
 Se ve distante el suficiente espacio
 Para que obrar sobre ningun caudillo

• Sus encantos el mágico pudiera,
 Abandonando su intencion primera
 De requerir su escolta y compañía,
 • Se pone entre los labios el anillo;
 A los ojos de todos desaparece,
 Y su ilusion de nuevo desvanece.
 Cual can que, en medio á su veloz carrera,
 En honda madriguera
 Sumirse ve la tímida raposa,
 Por la selva espaciosa
 Vagan así los héroes confundidos;
 Y, tomando por fin la sola via
 Que por allí descubren, á porfia
 Sus bridones empujan, persuadidos
 De que marchar por otra no podia
 La dama á quien su afán va persiguiendo.
 Invisible ella en tanto, deteniendo
 De su alfana el correr, atrás se queda;
 Y, de su ciega obstinacion riyendo,
 Sus esfuerzos inútiles observa.
 Así corriendo, llegan á un paraje
 Do se pierde el sendero entre la yerba,
 Cuando, lleno de angustia y de coraje,
 Ferragut, cuya frente
 Ciñera dignamente
 Entre los mas altivos la corona:
 « Dejadme solo, » grita con voz fuerte;
 « Dejadme al punto si temeis la muerte,
 « Que es de mi amor desdoro
 « Veros seguir conmigo á la que adoro. »
 — « ¿Qué, » dice el conde Orlando á Sacripante,
 « Qué mas dijera ese hablador villano
 « A la mas vil ramera
 « Que rucea hizo girar nunca en su mano? »
 Y á Ferragut volviéndose en seguida,
 « Bestia feroz, le dice, si á tu labio
 « Acabar esa frase he permitido,
 « Fué por no hacer á mi renombre agravio.

« Con quien sin yelmo está, yo no me mido. »
 — « ¿Porqué mostrarte, » el musulman responde,
 « De lo que nada á mi me importa, inquieto?
 « Solo y sin yelmo á sostener lo dicho
 « Contra vosotros dos me comprometo. —
 — « ¡ Ah! por Dios, » dice á Sacripante el conde,
 « Por Dios tu yelmo á ese arrogante presta,
 « A quien va á ser su insensatez funesta. » —
 — « No sé cual de nosotros en tal caso
 « Fuera el mas loco, » dicele el circaso.
 « Si tu demanda te parece honesta,
 « Préstale el tuyo tú, que á dar castigo,
 « Cual tú, yo á ese frenético me obligo. » —
 — « Necios, » replica Ferragut, ¿ acaso
 « Dudais de que si un yelmo yo quisiera,
 « No hubiera ya, de bueno ó de mal grado,
 « De aquesos vuestras sienes despojado?
 « Si asi no lo hice ya, fué que ante el cielo
 « Por voto me he obligado
 « A ceñir solo aquel que en Aspromonte
 « El conde Orlando arrebatara á Almonte. » —
 — « ¿ Cómo? » interrumpe con sonrisa dura
 El principe de Anglante: « ¿ por ventura.
 « Solo y sin yelmo, piensas ser bastante
 « A alcanzar el del hijo de Agolante?
 « No, no; mas bien de Orlando ante la vista,
 « Desde el cabello hasta los pies, temblaras;
 « Y, léjos de emprender esa conquista,
 « Hasta á tus propias armas renunciaras. —
 — « ¡ Qué! » replica el altivo sarraceno,
 « ¿ A Orlando en mil encuentros no he vencido
 « Y en mi poder sus armas no he tenido?
 « Si el yelmo no guardé, fué que propuesto
 « Entónces no me habia
 « El plan que espero realizar bien presto. » —
 « Mientes, vil impostor, mientes mil veces, »
 Lleno de furia le interrumpe el conde.
 « ¿ Cuándo, dime, ni dónde

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
 BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
 ALFONSO DE 15
 1964. 1027. 1000000. 1000000



Combate entre Orlando y Ferragut. (T. I, p. 191.)

« Has venido á las manos con Orlando?
 « Orlando, ese guerrero en cuya mengua
 « Soltó la indiscrecion tu torpe lengua,
 « Ese soy yo, yo mismo, el que arrancarte
 « Se propone las armas que aquí vistes
 « Si en tu impostura insólita persistes.

« Ventaja alguna sobre tí no quiero, »
 Dice : deslaza el yelmo, que de un haya
 A una rama suspende, y el acero
 Contra el moro dirige. No desmaya
 El musulman, que, su broquel alzando,
 Los golpes para que redobla Orlando.
 Mas recia lid no vió jamas natura.
 En ardimiento iguales,
 En destreza y poder los dos rivales,
 De sus cotas buscaban la juntura,
 Y sin cesar tornaban sus corceles,
 Oponiendo á la espada los broqueles.

No sé, señor, si referido os llevo
 Cual fuese, en todo el busto,
 Invulnerable el musulman robusto,
 Excepto en aquel punto reducido
 Por donde toma de la vida el cebo
 El niño no nacido ;
 Punto que hasta su muerte

Llevó por tanto el moro protegido
 Con siete chapas del metal mas fuerte.

Dura mas que el diamante
 La piel era asimismo del de Anglante,
 Que penetrar el hierro

Solo en las plantas de los pies podia.

Por eso resguardada aquella parte

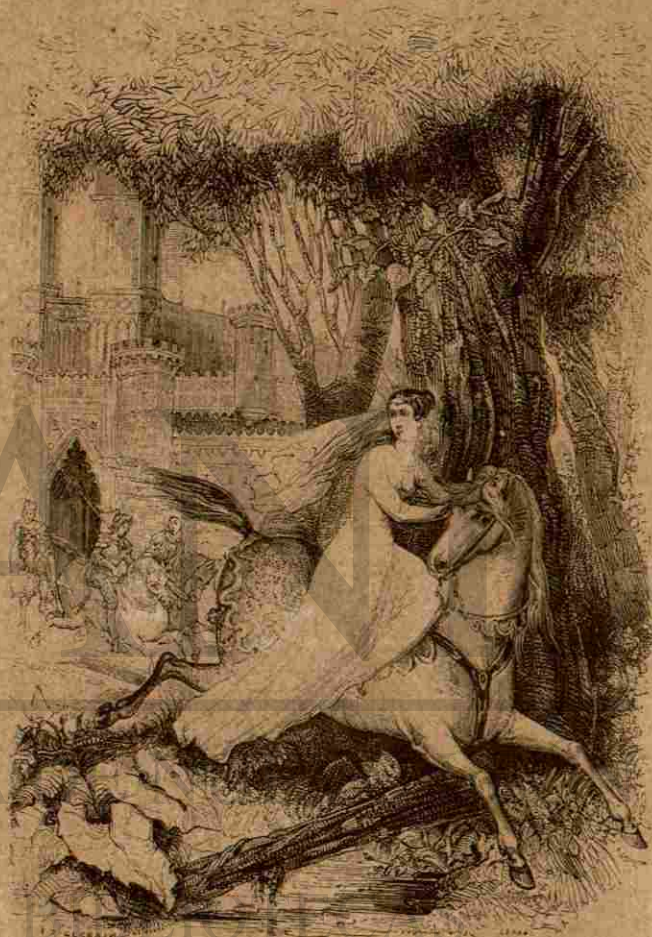
Llevaba siempre con esmero y arte.
 De adorno, pues, mas bien que de defensa,
 Su fuerte cota á cada cual servia.

Sobre ellas á la vez los dos guerreros
 Vibraban furibandos sus aceros,

Mientras que Sacripante de la dama,

A quien de allí no léjos suponía,
Siguiendo va las huellas por la grama.
Solo Angélica, pues, y esta invisible,
Testigo fué de lucha tan terrible.
Del valor del pagano al ver las pruebas,
Al ver la furia del señor de Anglante,
La dama, amante de aventuras nuevas,
El yelmo, causa de la lid, descuelga,
Y de antemano en contemplar se huelga
Cual de su audaz proyecto
Debe de ser el sorprendente efecto.

Bien que resuelta á devolverlo á Orlando
Así que encuentre una ocasion, jugando
El yelmo coge, envuélvelo en su falda,
Atentamente á los guerros mira,
Y en seguida, volviéndoles la espalda,
Sin desplegar los labios se retira.
Largo trecho tras si ya aquel terreno
Dejó la dama, cuando
Ansiosos ojos Ferragut tornando,
El hurto nota, y de coraje lleno,
Suspendiendo la lucha, dice á Orlando :
« ¿A qué lidiar? ¿no adviertes
« Cual, de necio tratando nuestro arrojo,
« De robarnos acaba
« Ese guerrero el único despojo
« Que al vencedor el triunfo reservaba? »
Tuerce la vista el conde, al ramo mira;
Mas el yelmo no ve, y ardiendo en ira,
Con Ferragut conviene en el instante
En que el ladron ha sido Sacripante.
La brida, pues, volviendo con coraje
Aguja á su corcel. Siguele el moro,
Y juntos así llegan á un paraje
Donde la verde yerba
Las recientes pisadas todavía
Del circaso y de Angélica conserva.
Del circaso la huella,



Angélica procura evitar á Orlando, Sacripante y Ferragut.
(T. I, p. 192.)

Hacia la izquierda, sigue por el llano
 El de Anger, mientras el monte el africano
 Registra por hallar á la doncella,
 Y mientras que esta, de una fuente clara
 Al llegar á las márgenes, se para.
 Nada creyendo allí temer, de un tallo,
 A la orilla del rio, el yelmo cuelga,
 Y á atar va su caballo
 Do mas fresca y mas alta ve la mielga.
 Del musulman, en tanto que sin tregua
 Tras ella corre, súbito se ofrece
 A los ojos la dama. Enajenado
 Por abrazarla él va; mas, en su yegua
 Ella montando al punto, desaparece.
 Confuso el agareno permanece,
 A Mahoma maldice, á Trevigente
 Y á sus profetas todos. De la fuente
 En torno, tras Angélica girando,
 El yelmo en esto ve; las letras mira
 Que en su cerco grabadas dicen cuando,
 Donde, como, y de quien lo obtuvo Orlando.
 Cógelo pues; y sin que parte sea
 A impedirlo el dolor que le trastorna,
 Su sien con él adorna
 Y ansioso parte, sin saber por donde,
 Tras de la dama que á su afan se esconde.
 De hallarla en fin perdida la esperanza;
 Mas, calmada la angustia que le affige
 El yelmo al ver de que de hacerse dueño
 Contrajo ha poco irrevocable empeño,
 Hacia Paris ufano se dirige.
 Sola, enojada, inquieta, ora invisible
 Y descubierta agora,
 Según los pueblos donde pasa ó mora,
 Firme Angélica siempre en su proyecto,
 Toma de Oriente el rumbo mas directo,
 Sin cesar en su mente reprobando
 La causa que del yelmo priva á Orlando.

« ¿Es este, es este el pago, » se decia,
 « Que tan galan afecto merecia?
 « ¡ Ah! con buena intencion, sábelo el cielo,
 « Bien que diverso el resultado fuera,
 « Ese yelmo cogi. Mi solo anhelo
 « Fué poner fin á esa batalla fiera,
 « Y no servir al moro de instrumento
 « Para hacerle lograr su inicuo intento. »
 Así su error la dama deplorando,

Su camino seguia.
 Tras largo viaje á un bosque llega un dia
 Donde, entre dos sus compañeros, muerto
 Un hermoso mancebo ve tendido,
 Con hierro agudo el corazon herido.

Has á Angélica dejo, al rey circaso
 Y á Ferragut. De Orlando á hablaros paso,
 Y á contar voy las penas que sostuvo
 En su pasion que fin al fin no tuvo.

Incógnito viajar el héroe quiere.
 Un nuevo yelmo, pues, al punto adquiere,
 Y, del encanto en el poder seguro,
 Ni mira si su temple es blando ó duro.
 Así cubierto, su camino sigue,
 Sin que noche ni sol, lluvia ni frio
 Un solo instante á demorar le obligue.

El sol, vertiendo en perlas su rocío,
 Sus fúlgidos caballos ya mostraba.
 Y el alba pura, derramando flores,
 De vistosos colores
 Los cielos y la tierra engalanaba,
 Cuando, en pos de su amada caminando,
 Y de Paris pasando á corto trecho,
 Del valor de su pecho
 Dió nuevas pruebas el ilustre Orlando.

Dos huestes allí nota. Una mandada
 Por el rey de Noricia, Manilardo,
 En otro tiempo intrépido y gallardo;
 Hoy achacoso, viejo,

Útil, mas que en la lid, en el consejo.
 La segunda obedece
 Al jóven rey de Tremecen, Alzirdo,
 Cuyo valor, esfuerzo y bizarría
 En África le dieron nombrada.

Con estas huestes acampado en torno
 De las murallas de Paris, que en vano
 Con frecuencia y con impetu asaltaba,
 En castillos y villas invernaba
 El resto del ejército africano.

De someter á Carlos todo medio
 Apurado por fin, piensa Agramante
 Poner á su ciudad estrecho asedio.
 Con este fin, no solo
 De su brillante juventud gran parte
 Incorpora á las huestes de Marsilio,
 Sino toda la gente asalariada
 Que seguir quiso en Francia su estandarte;
 Pues, á excepcion de alguno que otro fuerte,
 Del árabe en poder puso la suerte
 Gran parte de Cascaña y cuanta tierra
 Entre el mar de Arles y Paris se encierra.

Rotos sus grillos ya, los arroyuelos
 Por los nacientes prados discurrían,
 Y los árboles, libres de los hielos,
 De flores se cubrían

Al aire alzando sus lozanas copas,
 Cuando el rey Agramante, de sus tropas
 Saber queriendo el número y la clase,
 Una revista ordena que se pase;
 Y á este efecto llegaba el de Noricia
 Con el de Tremecen, mientras Orlando
 Buscaba de su Angélica noticia.

Al ver al que jamas vió su segundo;
 A aquel á cuyo esfuerzo se rindieron
 Los guerreros mas célebres del mundo;
 Al ver de su semblante
 La altiva majestad, el noble gesto;

Alzirdo, que era j6ven y arrogante,
 Hacia 6l dispuesto 6 combatir avanza.
 Fuele empero funesto
 Tan temerario ardor, pues con su lanza
 El conde Orlando hiri6ndole en el pecho,
 Del arzon lo sac6 y 6 largo trecho
 Lo arroj6 del caballo, que sin guia
 Despavorido el campo recorria.

Llena de horror la turba viendo al suelo
 Venir al j6ven, por cuya ancha herida
 Con torrentes de sangre huye la vida,
 Un un6nime grito lanza al cielo;
 Y, en des6rden igual, con igual ruido
 Al que de cerdos forma una manada
 Al escuchar el eco dolorido
 De alguno de los suyos
 Con el cual corre el lobo 6 su morada,
 Todos 6 un tiempo al paladin gallardo
 Embisten, cual de cerca con espada,
 Cual de l6jos con picas 6 con dardo.
 Mas al h6roe su n6mero no importa;
 Y hiere y mata y corta,
 Sin que 6 los golpes de su brazo pueda
 La malla resistir mas que la seda.

¿ Qui6n describir podr6 todo el estrago
 Que en esta hueste Orlando hizo aquel d6a?
 La tierra ap6nas, hecho un rojo lago,
 Tanto cad6ver contener podia.
 Con cabezas y brazos por los vientos
 Volaban ayes, quejas y lamentos.
 Bajo distintas y espantosas formas
 La torva muerte el campo visitando,
 « Durandarte, » decia,
 « Vale en manos de Orlando
 « Cien veces mas que la guadaña mia. »
 Los que, solo y las sienes desce6nidas
 Mir6ndole llegar, darle pensaron
 F6cil castigo, por salvar sus vidas

Desordenados huyen. Ni reparan
 En el rumbo que toman;
 Ni de buscar, ni de llevar consigo
 Se cuida nadie al deudo ni al amigo.

En medio de estas aterradas gentes,
 Andaba la virtud, con el espejo
 Que las manchas del alma hace patentes.
 Mir6se en 6l tan solo
 El buen rey de Noricia, noble viejo
 En quien la edad el fuego de las venas,
 No el del alma apag6. Gloriosa muerte
 A ignominiosa fuga prefiriendo,
 La lanza enristra, que con golpe crudo
 Rompe de Orlando en medio del escudo.
 No se conmueve aqueste, y con el hierro,
 Que en su terrible mano est6 desnudo,
 Hiere al rey al pasar. La suerte, empero,
 Torciendo el golpe fiero,
 Preserva de la muerte al noble anciano,
 Bien que le arroja ex6nime en el llano.

El h6roe luego, sin volver los ojos,
 Su camino cubriendo de despojos,
 Siguiendo va 6 la turba amedrentada,
 Y la acosa y destruye,
 Cual milano 6 bandada
 De jilguerillos que en des6rden huye.

De viva gente, en fin, desamparado
 El campo viendo, en pos de su se6ora
 A partir se dispone; mas ignora
 Cual direccion tomar. De la doncella
 Teme alejarse, por buscar su huella.

Por el llano y el monte 6 cuantos topa
 Preguntando por ella,
 Pierde al cabo su via
 Cual ya perdido la razon habia,
 Y al pi6 de un cerro llega aquella noche,
 De cuyo hendido flanco, desde l6jos,
 Pasmado ve salir vivos reflejos.

Cual, perdida de vista
 La liebre, sigue el cazador su pista,
 Y, ora en humilde bosque de quejigo,
 Ora en los campos que surcó la reja,
 De registrar no deja
 Ni una mata de cañamo ó de trigo
 Do hallar pudo su víctima un abrigo;
 Así, mas lleno de esperanza, Orlando
 Iba ansioso á su Angélica buscando.
 Marchando hacia la luz que ven sus ojos,
 Llega á la gruta. Su interior protegen
 Ramos, maleza, abrojos,
 Que á su boca se enlazan ó entretejen.
 Profundizar el conde
 El misterio queriendo que esto esconde,
 Ata el corcel, conduce
 Su paso hácia la bóveda encubierta,
 Y en ella se introduce
 Sin llamar ni esperar le abran la puerta.
 Por grados se bajaba
 A esta negra mansión, que viva gente
 En su vasto recinto sepultaba.
 El cincel que en la roca
 Sus muros fabricó, talló igualmente
 Hácia la diestra mano una poterna,
 Por donde y por su boca
 Tomaba luz la sepulcral caverna.
 Sentada junto al fuego
 Una doncella el paladin ve luego.
 Los tres lustros su faz no descubria;
 Y, bien que algo ofuscada por el duelo,
 Su beldad en un cielo
 Aquel antro horroroso convertia.
 Con ella disputando,
 Cual suele ser la mujeril manía,
 Allí una vieja se encontraba, cuando,
 Descendiendo á la gruta
 Y cortes saludándoias, Orlando



Orlando echa de ver á Isabel dentro de una cueva. (T. I, p. 198.)

Sus pláticas suspende y su disputa,
 Bien que turbadas al mirar al conde
 Y al escuchar su acento,
 Levantándose al punto de su asiento,
 A su saludo cada cual responde.
 « ¿Quién es » prorumpe el jóven generoso,
 « Quién el mortal infame
 « Que aquí sepulta objeto tan hermoso? »
 Débil la virgen, con amargo llanto
 Inundando su rostro de azucenas,
 Narrarle puede apenas
 Lo que veréis, si os place, en otro canto.

CANTO XIII.

Principio de la historia de Isabel. — Mata Orlando á veinte foragidos que tenían encerrada á esta princesa, y parte de allí en su compañía. — Fuga de la vieja Gabrina. — Melisa indica de nuevo á Bradamante los medios de poner á Roger en libertad. — Entra Bradamante en el palacio encantado. — Reunen sus batallones los reyes Agramante y Marsilio.

¡ Felices los antiguos caballeros
 Que en las selvas, los montes, los oteros
 Y en los riscos fragosos,
 Morada de las sierpes y los osos,
 Topaban con doncellas
 Tal vez mucho mas bellas
 Que las que en los alcazares hoy dia
 Ojo escudriñador hallar podria!
 En una cueva Orlando
 Encontrando, cual dije, á una doncella,
 De su dolor la causa inquiere; y ella,
 Gimiendo y sollozando,
 Con voz mas dulce aun que lastimera
 A decirle empezó de esta manera:
 « Señor, bien que segura
 « De acrecentar mi horrenda desventura,

Sus pláticas suspende y su disputa,
 Bien que turbadas al mirar al conde
 Y al escuchar su acento,
 Levantándose al punto de su asiento,
 A su saludo cada cual responde.
 « ¿Quién es » prorumpe el jóven generoso,
 « Quién el mortal infame
 « Que aquí sepulta objeto tan hermoso? »
 Débil la virgen, con amargo llanto
 Inundando su rostro de azucenas,
 Narrarle puede apenas
 Lo que veréis, si os place, en otro canto.

CANTO XIII.

Principio de la historia de Isabel. — Mata Orlando á veinte foragidos que tenían encerrada á esta princesa, y parte de allí en su compañía. — Fuga de la vieja Gabrina. — Melisa indica de nuevo á Bradamante los medios de poner á Roger en libertad. — Entra Bradamante en el palacio encantado. — Reunen sus batallones los reyes Agramante y Marsilio.

¡ Felices los antiguos caballeros
 Que en las selvas, los montes, los oteros
 Y en los riscos fragosos,
 Morada de las sierpes y los osos,
 Topaban con doncellas
 Tal vez mucho mas bellas
 Que las que en los alcazares hoy dia
 Ojo escudriñador hallar podria!
 En una cueva Orlando
 Encontrando, cual dije, á una doncella,
 De su dolor la causa inquiere; y ella,
 Gimiendo y sollozando,
 Con voz mas dulce aun que lastimera
 A decirle empezó de esta manera:
 « Señor, bien que segura
 « De acrecentar mi horrenda desventura,

« Pues cuanto aquí yo os diga, esa inhumana
 « A mi opresor ha de contar mañana,
 « A narraros mis penas me dispongo,
 « Y mi existencia con placer expongo
 « Al pensar que la muerte
 « Puede tan solo mejorar mi suerte.
 « Isabel me llamé; hija otro tiempo
 « Del rey desventurado de Galicia,
 « Hija soy hoy del llanto y la injusticia;
 « Que, al principio otorgándome mercedes,
 « Amor al cabo me envolvió en sus redes.
 « Viéndome jóven, noble, rica y bella,
 « Feliz me contemplaba;
 « Pobre soy hoy, envilecida esclava.
 « Óyeme pues, señor, y si acorrerme
 « A tu brazo no es dado, á tu alma al ménos
 « Permitido será compadecerme.
 « Por órden de mi padre un gran torneo
 « Celebróse en Bayona, hace ora un año.
 « De luengos y de próximos confines
 « La fama atrajo ilustres paladines,
 « Y de ellos, fuese del amor engaño,
 « O fuese realidad, Zerbino en mi alma
 « Por su gracia y valor llevó la palma.
 « Presa en su amor, dejé de ser ya mía,
 « Y, sin siquiera sospechar mi estado,
 « De mi ciega pasión hice mi guía.
 « A esta pasión correspondió mi amado;
 « Ni ocasiones ni intérpretes faltaron
 « Que de vernos y hablarnos cada día
 « La dicha á nuestro afán proporcionaron,
 « Y cuando, terminada ya esta guerra,
 « Y volviéndose el jóven á su tierra,
 « Vernos ya no podimos,
 « De eterno amor solemne fe nos dimos.
 « Si sabes qué es amor, de mi suplicio
 « Juzga y del sacrificio
 « De Zerbino, que tierno en ansia ardía

« De unir su suerte con la suerte mía.
 « Por esto, y no dudando que invencible
 « A nuestra union obstáculo sería
 « La variedad de fe, pues que cristiano
 « Es él y mora yo, pedir mi mano
 « A mi padre no quiere,
 « Que obtenerme prefiere
 « Con secreto y ardid. Presto una carta
 « De su designio instruyeme, y añade
 « Que á conducirme adonde mas me agrade
 « Tiene un bajel dispuesto en Santa Marta.
 « En esto, de su padre órden le intima
 « Que del rey Carlos al socorro parta.
 « No pudiendo dar cima
 « Por lo tanto á su empresa, la encomienda
 « Al jóven Odorico de Vizcaya,
 « Doncel que en los peligros no desmaya,
 « En cuyo celo y amistad confía;
 « E hiciéralo en verdad con justos datos,
 « A no ser tanto el número de ingratos.
 « De mi estancia no léjos existía
 « Un jardín, circundado
 « Por la mar hácia un lado,
 « Y de verdes colinas hácia el otro.
 « Este siendo el paraje que mas apto
 « A proteger mi fuga parecía,
 « Llena de gozo en él me encuentro el día
 « Que propone Odorico para el rapto.
 « A media noche, pues, en compañía
 « De su gente saltó sin ruido á tierra,
 « Y hasta el jardín se vino
 « El mensajero de mi fiel Zerbino.
 « De allí, y ántes que nada
 « Se trasluciese en la ciudad, llevada
 « Al buque fui. De mi indefensa gente
 « Parte muerta quedó, parte cautiva;
 « De mi tierra nativa
 « Así partí, pensando en el instante

« Que iba á unirme por siempre con mi amante,
 « El cabo de Mongia
 « Doblado apénas el bajel habia,
 « Cuando, de negra nube
 « Las húmedas entrañas desgarrando,
 « Sopla el mistral infando
 « Que el mar reyuelve y nuestro afan contrasta,
 « En vano al diestro lado y al siniestro
 « Tuerce el patron. Ni basta
 « Las velas todas recoger, ni el mástil
 « Sobre el puente tender. Mal grado nuestro,
 « Por el viento con furia sacudida,
 « En los peñascos que á Rochela cercan
 « Iba á estrellarse nuestra frágil nave,
 « Cuando, al mirar nuestro conflicto grave,
 « Al jefe el cielo sugirió una idea
 « Que no siempre con éxito se emplea.
 « Del buque salta, y éntrase en la lancha;
 « Háceme entrar con él; tras de nosotros
 « Entran luego dos mas, y de los otros
 « Ni uno quedara en el bajel siquiera
 « Si Odorico á su afan no se opusiera.
 « En la frágil harquilla
 « Salvos así llegamos á la orilla,
 « Desde donde un instante descubrimos
 « De nuestra gente y del bajel los restos.
 « Con ellos pronto sepultarse vimos
 « En las ondas del mar vestidos, oro
 « Y todo nuestro haber, nuestro tesoro.
 « Contenta, empero, yo con el consuelo
 « De poder abrazar á mi Zerbino,
 « Las gracias di reconocida al cielo,
 « Que me libró de tan fatal destino.
 « Por la desierta playa,
 « Buscando alguna casa, algun camino,
 « Con avidéz se explaya
 « Nuestra vista entre tanto vanamente.
 « Solo un monte se ve, de cuya frente

« Mece el viento la umbrifera guirnalda
 « Y á quien el turbio mar besa la falda.
 « Amor, ese verdugo
 « De la justicia y la razon, al yugo
 « De su antojo á Odorico sometiendo,
 « De su alma, en solo un dia,
 « Destierra la amistad y hasta el recuerdo
 « De cuanto bien á su señor debia.
 « Allí pues, fuese ya que desde luego
 « En su pecho Odorico aqueste fuego,
 « Sin osar declararlo, concibiese,
 « Fuese la soledad de aquel paraje
 « Quien tal resolucion le sugiriese,
 « Juzgando que oportuno
 « Es el momento para hacerme ultraje,
 « Piensa alejar al uno
 « De los dos que, con él y que conmigo,
 « El ímpetu enemigo
 « Evitaron del mar. Era este Almonio,
 « Que, en miles de ocasiones, á Zerbino
 « De su aprecio y su fe dió testimonio.
 « — Vé, dicele Odorico, vé á la villa,
 « Y conduce un caballo; que es mancilla
 « De nuestro honor sufrir que plantas tales
 « Caminen por aquestos pedregales.
 « Presto hácia la Rochela,
 « Que seis millas de allí tan solo dista,
 « Por el bosque que escóndela á la vista,
 « Sin nada recelar, Almonio vuela.
 « Compañero de infancia de Odorico
 « Y nacido en Bilbao,
 « Corebo se llamaba el otro jóven
 « Que escapó con nosotros en la nao.
 « No pudiendo alejarle,
 « Ni hallar en él oposicion creyendo,
 « Su propósito horrendo
 « Se decide Odorico á revelarle,
 « No dudando encontrarle mas dispuesto

« Que á seguir el camino de lo justo
 « A consultar de su señor el gusto.
 « Engañóle su afan ; que el buen Corebo ,
 « Noble y cortes mancebo ,
 « Furioso al escuchar esta propuesta ,
 « Su designio reprueba y contraresta.
 « Pronto uno y otro, con igual denuedo ,
 « El hierro sacan. Llena de congoja ,
 « Aguijada yo en tanto por el miedo
 « Huyo de allí ; mas á Corebo en breve
 « Su aguerrido adversario al suelo arroja ;
 « Veloz luego persigueme ; me alcanza ,
 « Y, con ardientes súplicas, me brinda
 « A que á su amor mi corazón yo rinda.
 « Viendo empero que vana es su esperanza
 « Y en extremo tenaz mi resistencia ,
 « Recurrir quiere el monstruo á la violencia.
 « En vano del que adoro
 « La amistad le recuerdo. En vano lloro
 « Y á sus pies arrojándome suplico,
 « El bárbaro Odorico
 « Mi voz desoye, y, cual rabioso tigre ,
 « Cupido me acomete. Yo dispuesta
 « A morir antes que mi honor peligre ,
 « Hasta el cielo lanzando agudo grito ,
 « Sobre el pérfido, audaz me precipito ,
 « Y, á mis uñas y dientes recurriendo ,
 « Su barba arranco y su semblante ofendo.
 « En esto, conducidos
 « Tal vez por mis punzantes alaridos ,
 « Tal vez por su costumbre
 « De asaltar á los náufragos, del bosque
 « Salen súbitamente unos bandidos.
 « Odorico su empresa al verlos deja ,
 « Y, la espalda volviéndome, se aleja.
 « Del falso amigo de mi fiel Zerbino
 « A libertarme aquella chusma vino :
 « Así, tal vez, mientras á Caribdis huye,

« Contra Escila la nave se destruye.
 « Pues si bien tan adversa
 « Mi suerte hasta hoy no fué ni tan perversa ,
 « Que esa gente salvaje
 « Hacer osará á mi virtud ultraje ,
 « De su rapacidad y su injusticia
 « Me preservó tan solo su codicia ,
 « Que, vendiéndome pura ,
 « Es mayor su ganancia y mas segura.
 « Hace ocho meses y empezó ya el nono
 « Que en esta cárcel gimo sumergida.
 « La esperanza abandono
 « De verme nunca á mi Zerbino unida.
 « De mi impía suerte ya conozco el fallo.
 « Sabed, señor, sabed que estoy vendida
 « A un mercader que en breve
 « Conducirme al serrallo
 « De un soberano del Levante debe. »
 Mientras la dama, hablando así, renueva,
 Y acaso alivia su dolor, con hoces
 Y con palos armados, dando voces,
 Veinte malvados muéstranse en la cueva.
 En su faz torva un ojo solo lleva
 De esta caterva el bárbaro caudillo ;
 Del otro le privó golpe tremendo
 Su nariz magullando y su carrillo.
 Este feroz, al caballero viendo
 Sentado con la dama,
 Hacia los suyos vuélvese y exclama :
 « Hoy, nuestras redes sin haber tendido,
 « Un pájaro de cuenta hemos cogido. »
 Y al conde dirigiéndose, le dice :
 « Si mi afan sospechaste, ó por alguno
 « Mi antojo conociste
 « Del manto y de las armas que en ti veo,
 « El instante oportuno
 « Es de que satisfagas mi deseo. »
 Alzase oyendo este discurso el conde,

Y, con sonrisa amarga, le responde :
 « Armas cual estas, necio
 « No te vendiera un mercader al precio
 « Que te haré yo pagar. » Dice; y en humo
 Y en fuego envuelto, de la lumbre saca
 Grueso tizon: al malandrin ataca,
 Y entre una y otra ceja
 Le hiere con tal fuerza y tal enojo,
 Que de la vista el ojo
 Que miraba aun la luz, privado deja,
 Y su alma luego, de su audacia en pago,
 Envía de Quiron al turbio lago.
 Sobre robusto y tosco pié yacia,
 En medio de la cueva, una gran mesa
 De dos palmos de gruesa,
 En torno de la cual toda cabia,
 Su jefe al frente, la caterva impia.
 Cógela el conde; y, sin mayor esfuerzo,
 Con la soltura extraña,
 Que tanto en el hispano se celebra
 Para blandir la caña,
 Sobre la turba arrojala. A cual quiebra
 Cabeza, pierna ó brazo,
 A cual el pecho, á cual el espinazo;
 Cual en el suelo magullado queda,
 Y venturoso aquel á quien no veda
 Este golpe escapar. Mayor estrago
 No hace grueso peñon que se desploma
 Sobre un haz de culébras
 Que ufano el sol de primavera toma.
 Sin cola parte una;
 Otra que, herida deslizarse quiere,
 Enroscándose en vano, al cabo muere;
 Y por la yerba, con oculto sesgo,
 Corre tal vez alguna
 Que evitar pudo su inminente riesgo.
 Los bandidos que el suyo conjuraron
 (Asegura Turpin que fueron siete).



Orlando y los siete bandoleros de la cueva. (T. I, p. 206.)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
 GENERAL DE SIBIRIA
 LIBRO 15
 1855

Su defensa á los pies encomendaron ;
 Mas el conde los sigue y acomete ,
 Los coge ; con un cable , sin fatiga ,
 Sus torpes manos fuertemente liga ,
 Y arrastrándolos fuera de la cueva ,
 A un ramo , que prepara con su espada ,
 Colgándolos para pábulo de cuervos ,
 Al mundo purga de entes tan protervos .

Tal suerte al ver su cómplice la vieja ,
 Los cabellos mesándose , se aleja .
 Por ásperos parajes

Vagando así turbada y sin sendero ,
 De un arroyo á las márgenes salvajes
 Encuéntrase por fin con un guerrero .

Mas contáros quien fuese aquí no quiero ;
 Y vuelvo á la doncella

De quien cortes , hasta ponerla en salvo ,
 Seguir promete el paladin la huella .

Sus mejillas de púrpura y de rosas
 La aurora iba á mostrar , cuando con ella
 Su marcha Orlando comenzó . Sin cosas
 Que narrarse merezcan , juntos vagan ,
 Y al cabo de unos dias prisionero
 Hacia ellos ven venir un caballero .

Quien fuese ya diré ; que en este instante
 A hablar voy de la bella

Que , triste y alligida , mientras en vano
 Aguarda al caro amante

Vence en encuentros mil al africano
 Que tala el territorio de Marsella ,

Mostrando así su esfuerzo , su heroísmo
 Y su amor por su pueblo á un tiempo mismo .

Mientras inquieta y llorosa una mañana ,
 Llegar no viendo á su Roger , se afana ,

A su vista preséntase la maga ,
 Armada de la joya peregrina

Cuya virtud logró cerrar la llaga
 Que en el pecho del héroe abriera Alcina .

Viendo sola á Melisa,
 Agitada, indecisa,
 Turbada Bradamante, apénas osa
 Abrir el labio ni mover la planta;
 Mas, su recelo al contemplar, bondosa
 La maga se adelanta
 Y así le dice: « Cálmate, querida;
 « No temas por Roger, que te ama y vive,
 « Bien que de nuevo, por salvar su vida,
 « De libertad el mágico le prive.
 « Si volvérsela quieres, ven conmigo;
 « Yo á conducirte á su mansion me obligo. »
 Y prosiguió narrando
 De qué engaño fatal bajo el influjo,
 Con tantos otros, á Roger condujo
 El mágico á su alcázar, do buscando
 Con ansia cada cual lo que mas ama
 Mirar á cada instante se figura
 A su amigo, á su paje ó á su dama.
 « Al acercarte allí verás, prosigue,
 « A tu encuentro salir al mago Atlante
 « De Roger con la forma y el semblante.
 « Oprimido, á tus ojos
 « Se mostrará por adversario fuerte,
 « Y, socorro pidiéndote de hinojos,
 « Tratará de engañarte y sorprenderte;
 « Mas está prevenida,
 « Y sin piedad arráncale la vida;
 « Que de Roger, en vez de darle muerte,
 « Por este medio aliviarás la suerte. »
 Sus armas revistiendo la guerrera,
 A seguir se dispone á la hechicera,
 Que, por bosques y campos caminando,
 Hacia el palacio mágico la guía,
 Con pláticas sabrosas endulzando
 Lo largo y fatigoso de la via.
 La maga, á cuya mente
 Pasado y porvenir está presente,

De la ilustre doncella á la memoria
 Recuerda de su estirpe la alta gloria.
 « Ya en varias ocasiones, »
 Le dice interrumpiendo Bradamante,
 « Me referiste, ¡ oh sabia amiga mia !
 « Los nombres de los inclitos varones
 « Que de mis nietos nacerán un dia;
 « Mas ¿ dado, di, saber no me seria
 « Si entre las hembras de esta descendencia
 « Ha de existir alguna
 « Cuya beldad, cuya virtud ó ciencia
 « Logre aumentar el brillo de su cuna ? »
 — « De ti saldrán, » dice ella, « altas señoras
 « Madres de emperadores y de reyes,
 « Y regeneradoras
 « De antiguas casas y abolidas leyes.
 « Honestas y piadosas y prudentes,
 « Alcanzarán la fama que sus hombres
 « Lograran por sagaces y valientes;
 « Y serán tantas, que el citar sus nombres
 « Prolijo fuera y temerario empeño.
 « De ellas empero voy á revelarte,
 « Sus timbres refiriéndote, una parte.
 « Mas, ¿ porqué esta pregunta
 « No me hiciste en la cueva? Allí tu estirpe
 « Te hubiera yo mostrado toda junta.
 « De ella saldrá la insigne, y bella, y noble,
 « Magnánima Isabel, á cuya ciencia
 « Será igual su virtud y su prudencia.
 « Reina del Mincio, su reinado ilustre
 « Al suelo á quien dió nombre
 « La madre de Ocno, llenará de lustre.
 « Digno de esta segunda Penelope
 « Será su noble esposo,
 « Que, en astucia y saber segundo Ulises,
 « Al Tar volando, lanzará brioso
 « De Italia toda las doradas lises.
 « Cosas mas grandes que estas todavía

« En su elogio narrarte yo podria,
 « Que me contó Merlin; mas si, en tan vasto
 « Piélago emprendo el sesgo,
 « Por él mas tiempo á navegar me arriesgo
 « Que de la mar de Grecia por la espuma
 « El piloto de Cólcos navegara;
 « Y diré solo en suma
 « Que el cielo á una mujer nunca otorgara
 « Dote que esta princesa no resuma.
 « Su hermana Beatriz, en quien fortuna
 « A manos llenas vertera sus dones,
 « Cabe ella brillará. Bella y dichosa
 « Mas que mujer alguna
 « En el orbe lo fué, grata y sabrosa
 « Sabrá hacer la existencia
 « Del caro esposo, á quien la muerte impía
 « Vendrá á llevarse en medio á su alegría.
 « Del rojo mar á la hiperbórea nieve,
 « Desde el Indo á los montes
 « Que sirven á tres mares de horizontes,
 « Formidables serán, mientras ella viva,
 « Los Esforzas, los Moros, los Viscontes.
 « A su muerte, cautiva
 « La Insubria gemirá en poder de extraños,
 « É Italia, esclavizada, la prudencia
 « Opondrá á la opresion y á la violencia.
 « Antes algunos años,
 « Del felice natal de esta princesa
 « Nacerán varias ínclitas doncellas
 « Que el mismo nombre llevarán. De Hungria
 « Con la corona un dia
 « Su pulcra sien adornará una dellas;
 « Mientras de la otra el alma pura y santa,
 « Dirigiéndose al cielo,
 « Verá cual en su obsequio se levanta
 « Mas de un altar por el ausonio suelo.
 « Mas de cada princesa
 « De aqueste nombre celebrar la gloria

« Fuera imposible empresa,
 « Cuando los ecos cada cual reclama
 « De la sonora trompa de la fama.
 « Ni tampoco hablaré de las Lucrecias,
 « Las Blancas, las Constancias,
 « Ni de otras mil, cuyo saber y acierto
 « Su solio en decadencia
 « Conducirán de salvacion al puerto.
 « Famosa en fin tu clara descendencia,
 « Al par de las mas grandes y famosas,
 « Será por el recato de sus hijas
 « Y por la alta virtud de sus esposas.
 « Y á fin de que tampoco en esta parte
 « Exista para ti cosa secreta,
 « Es mi intento mostrarte
 « Cuanto sobre ella me anunció el profeta.
 « Voy por Ricarda á comenzar. Modeló
 « De fortaleza y de virtud, juguete
 « Del rigor de fortuna,
 « Viuda en la flor de sus mas bellos años,
 « Lanzados de su trono y de su suelo
 « A sus hijos verá; climas extraños
 « Albergue les darán, y allí, vendidos
 « A cobardes contrarios fementidos,
 « Esclavos vivirán hasta que al cielo
 « Plazca poner un término á su dueño.
 « De la antigua progenie aragonesa
 « No pasará en silencio la voz mia
 « A la virtuosa y púdica princesa.
 « Cubierto de mas gloria
 « Que la que al suyo ha de realzar un dia
 « No citaron los fastos de la historia
 « Nombre alguno jamas. El cielo nunca
 « Prodigó, cual sobre ella, sus bondades.
 « Digna madre de Hipólito y su hermano,
 « Y de Isabel, su nombre soberano
 « Pasará hasta las últimas edades.
 « Leonor se llamará. Su ilustre nuera

« Será en el regio solio su heredera,
 « Y en gloria se alzará cual se levanta
 « Sobre virgen terreno jóven planta.
 « Por su beldad, su ciencia y sus virtudes
 « Brillará entre las damas de su esfera
 « Cual brilla el oro entre el laton, la rosa
 « En medio de salvaje adormidera,
 « La esmeralda preciosa
 « Cabe al pintado vidrio, ó cual, al lado
 « De mimbre amarillenta,
 « Sus frescas hojas el laurel ostenta.
 « De Lucrecia de Borja llevar debe
 « El nombre esta magnánima princesa.
 « De Hércules madre, en él y en sus hermanos
 « Hábitos regios y principios sanos
 « Infundirá que eternamente duren,
 « Cual en el barro, que una vez lo toma,
 « Eterno dura el impregnado aroma.
 « Su hija Renata, nuera
 « Del duodécimo Luis será de Francia,
 « Y en la tierra no habrá virtud alguna
 « Que esta ilustre princesa no reuna.
 « Hablar no quiero de Alda de Sajonia,
 « De la célebre Lipa de Bolonia,
 « De Blanca, de Maria,
 « Que en Aragon recibirán el dia
 « De la hija del monarca siciliano,
 « De la noble condesa de Celano,
 « Ni de otras mil; pues si entro en mar tan hondo,
 « De llegar á la orilla no respondo. »
 Luego que así la maga revelado
 Hubo de aquella estirpe una gran parte,
 Insistió sobre el arte
 Con que fué el buen Roger aprisionado.
 Del castillo encantado
 Llega en esto á la vista, y por Atlante
 Temiendo ser notada, se detiene.
 Allí, de nuevo lo que hacer conviene

Diciendo á Bradamante,
Partir le manda y se retira della.

Márchase la doncella,
Y dos millas apénas cabalgara
Cuando, con rostro y traje semejantes
Al de Roger, advierte
Un combatiente en medio á dos gigantes
Prestos á darle inexorable muerte.

Al ver su riesgo, mustia y afligida
En sospechas su fe trueca la dama;
Su propósito olvida

Creyendo ver en esto alguna trama
Con que Melisa de Roger intenta
Vengar algun desden ó alguna afrenta.

« ¿No es el que estoy mirando, » se decia,
« El mismo á quien adora el alma mia?
« ¿Porqué pues de una extraña
« Mas crédito he de dar á los antojos
« Que á lo que viendo estan mis propios ojos,
« A lo que, si la vista me engañara,
« Amante el corazon adivinara? »

Pensando estaba así, cuando á su oido
Llega y auxilio implora
Un eco al de su amante parecido.
En la forma de aquel á quien adora
Mira luego un guerrero que, excitando
El corcel con la espuela,

Por los gigantes perseguido, vuela.

En irle á dar ayuda
Ni un solo instante la doncella duda.
La rienda, pues, al palafren soltando
Tras los gigantes, del anciano aleve
Llega á la estancia, do ofuscada en breve
Por el error común, de noche y dia
Corriendo con insólita porfia,

Busca á Roger, á quien escucha y habla
Y á quien del mago el arte engañadora
Veda reconocer; mas por ahora,



Bradamante cree prestar socorro á Roger. (T. I. p. 213.)

A aquesta narracion cortando el hilo,
Encantados es fuerza que los deje.
De materia y de estilo
Cambiando así, vuestra atencion excito,
Cual cambiando á menudo de manjares
Del paladar se aguza el petito.

De sus tiendas saliendo en este instante,
La mora gente armada se presenta
Ante su rey, que ufano y arrogante
Cada hueste examina, ordena y cuenta.

La fatiga, la lid, las privaciones,
De soldados gran copia
No solo cercenaban cada dia,
Mas de Libia y Etiopia
Muertos los mas ilustres campeones,
Sin orden y sin guia
Vagaban sus deshechos escuadrones.

De Numidia y de España
Por reforzarlos nueva gente envia
El jefe que, en cada una de estas tierras,
Huestes en nombre de Agramante alista.
El solo objeto pues de esta revista
Era poner en grupos esta gente
Y jefes y banderas á su frente;
Mas suspender mi canto es ya preciso,
Otorgadme, señor, vuestro permiso.

CANTO XIV.

Reseña de los ejércitos de los reyes agarenos. — Aventuras de Mandricordo; sus amores con Doralice. — Plegaria de Carlomagno. — Parte del cielo el arcángel san Miguel para ir á llevar los mandatos del Eterno al Silencio y á la Discordia. — Asalto de Paris. — Primeras proezas de Rodomonte.

En las frecuentes y reñidas luchas
Que el de Francia trabó con el pagano,
Muchas fueron las víctimas y muchas

Que por pasto del lobo y del milano
Quedaron por el monte y por el llano.

Con casi siempre próspera fortuna,

El de la media luna
Conquistó del frances pingües estados;
Pero, con propia sangre oscurecidas
Estas victorias, ¡cuántas, cuántas vidas
Costaron de caudillos denodados!

Tal fué, ¡oh inclito Alfonso!

De Ravena la célebre victoria.

De indestructible gloria

Os cubristeis, señor, y de despojos,

Sin que por eso deje su memoria

De humedecer con lágrimas los ojos.

Seguido de los jóvenes gallardos

Que, en aquella jornada,

De vuestra ilustre mano

Áurea espuela obtuvieron y áurea espada,

De grave riesgo al franco libertasteis;

Del hispano arrollasteis

Los casi victoriosos escuadrones;

A los de estos unidos, los pendones

De las áureas bellotas destrozasteis,

Y de Roma, por fin, hecha cautiva

La gran columna conservasteis viva.

De elogio digna es esta noble hazaña

Muy mas, señor, que si con mano propia

Dieseis muerte á la copia

De gente que tendida en la campaña

De Ravena quedó, y á las de España

Que, arrojando sus armas y estandartes,

Huyeron en tropel por todas partes.

Nuestra paz, nuestra vida

Afianza esta hazaña esclarecida,

Y nos pone á cubierto

De las tormentas que el Tonante envia.

Pero ¡cómo entregarse á la alegría,

Al contemplar en nuestros campos muerto

A aquesta narracion cortando el hilo,
Encantados es fuerza que los deje.
De materia y de estilo
Cambiando así, vuestra atencion excito,
Cual cambiando á menudo de manjares
Del paladar se aguza el petito.

De sus tiendas saliendo en este instante,
La mora gente armada se presenta
Ante su rey, que ufano y arrogante
Cada hueste examina, ordena y cuenta.

La fatiga, la lid, las privaciones,
De soldados gran copia
No solo cercenaban cada dia,
Mas de Libia y Etiopia
Muertos los mas ilustres campeones,
Sin orden y sin guia
Vagaban sus deshechos escuadrones.

De Numidia y de España
Por reforzarlos nueva gente envia
El jefe que, en cada una de estas tierras,
Huestes en nombre de Agramante alista.
El solo objeto pues de esta revista
Era poner en grupos esta gente
Y jefes y banderas á su frente;
Mas suspender mi canto es ya preciso,
Otorgadme, señor, vuestro permiso.

CANTO XIV.

Reseña de los ejércitos de los reyes agarenos. — Aventuras de Mandricordo; sus amores con Doralice. — Plegaria de Carlomagno. — Parte del cielo el arcángel san Miguel para ir á llevar los mandatos del Eterno al Silencio y á la Discordia. — Asalto de Paris. — Primeras proezas de Rodomonte.

En las frecuentes y reñidas luchas
Que el de Francia trabó con el pagano,
Muchas fueron las víctimas y muchas

Que por pasto del lobo y del milano
Quedaron por el monte y por el llano.

Con casi siempre próspera fortuna,

El de la media luna
Conquistó del frances pingües estados;
Pero, con propia sangre oscurecidas
Estas victorias, ¡cuántas, cuántas vidas
Costaron de caudillos denodados!

Tal fué, ¡oh inclito Alfonso!

De Ravena la célebre victoria.

De indestructible gloria

Os cubristeis, señor, y de despojos,

Sin que por eso deje su memoria

De humedecer con lágrimas los ojos.

Seguido de los jóvenes gallardos

Que, en aquella jornada,

De vuestra ilustre mano

Áurea espuela obtuvieron y áurea espada,

De grave riesgo al franco libertasteis;

Del hispano arrollasteis

Los casi victoriosos escuadrones;

A los de estos unidos, los pendones

De las áureas bellotas destrozasteis,

Y de Roma, por fin, hecha cautiva

La gran columna conservasteis viva.

De elogio digna es esta noble hazaña

Muy mas, señor, que si con mano propia

Dieseis muerte á la copia

De gente que tendida en la campaña

De Ravena quedó, y á las de España

Que, arrojando sus armas y estandartes,

Huyeron en tropel por todas partes.

Nuestra paz, nuestra vida

Afianza esta hazaña esclarecida,

Y nos pone á cubierto

De las tormentas que el Tonante envia.

Pero ¡cómo entregarse á la alegría,

Al contemplar en nuestros campos muerto

Al capitán de Francia y de la empresa,
Y á tanto ilustre príncipe que, el hielo
De Pirene pasando, á su defensa
Volaban impelidos por un celo
De que fué tan fatal la recompensa?

¿Cómo con rostro enjuto
Mirar de tanta huérfana doncella,
De tanta viuda, contemplar el luto?

Por el honor empero de las lises,
Sin jefe, impunemente, estos países
Mas largo tiempo recorrer no debe
La soldadesca aleve

Que, matronas y vírgenes violando,
Y el claustro profanando,
A los ministros del altar maltrata,
Y á un Dios sacramentado al suelo arroja
Por verse dueño de un copon de plata.

¡Oh Ravena infeliz! ¡mejor te fuera
Al vencedor ceder sin resistencia;
Mejor seguir de Brescia el cuerdo ejemplo
Que darlo triste á Rimini y Fayencia!

Al buen Trivuleio, ¡oh sabio Luis! envía
A contener la furia de esta gente.
Mándale que le cuente cuan fatales
Fueron siempre en Italia excesos tales.

Faltas, cual las de Luis, de órden y guía
Las musulmanas gentes, de sus reales
Saliendo, ante sus jefes se presentan.
Marsilio y Agramante

Con atención las forman y las cuentan.
Con Dorifebo avánzase delante
De las demas la catalana gente.
Los navarros le siguen, y á su frente,
En vez de Fulvirante,

Su antiguo jefe, por Reinaldo muerto,
Ponen los dos monarcas á Isolerto.

Del pueblo de Leon es soberano
El fiero Bagulante. A los Algarbes

Rige Grandonio. Falsiron, hermano
De Marsilio su rey, capitanea
A las tropas que trajo de Castilla.

De Mandaraso el estandarte ondea
En torno á las de Málaga, Sevilla
Y cuanta gente la frondosa oliva,
En los béticos campos, desde Gádes
Hasta la rica Córdoba cultiva.

Estordilano, jefe granadino,
Viene detras. Por muerte de Lesbino,
Tésira manda al pueblo de Lisboa.

Con la gente gallega
Viene detras el bravo Serpentino;
Con la de Palma Baricundo llega.

Del audaz Matalista la bandera,
Que en otro tiempo Sinagon llevaba,
Siguen los de Toledo y Calatrava
Y cuantos la ribera

Habitan del Guadiana. De Plasencia,
Zamora, Astorga y Ávila y Palencia
Blamardino otra hueste conducía.

De la de Zaragoza y de la corte
Del rey Marsilio Ferragut regia
La bien armada y bélica cohorte.

En ella se notaba á Malgarino,
Maljariza, Morgante y Balinverno,
Que, sin razon lanzados de sus tronos,

La dicha hallaron de Marsilio al lado
Que en sus reinos no hubieran encontrado.

Vienen también con ella el valeroso
Folicon de Almería, hijo bastardo
De Marsilio; y Argalia y Analardo

Y Bavarte, Amiran y Doricante,
Y Arquidan de Sagunto

Y el astucioso y fuerte Malagunto,
Y otros muchos guerreros de que en breve
Narrar mi pluma las hazañas debe.

Revistado el ejército de España,

Con su gente aparece en la llanura
 El rey de Oran, de insólita estatura.
 De esta gente en seguida
 Llega aquella que tuvo en otros tiempos
 Por jefe á Martasino,
 Rey de los Garamantes, cuya vida
 La guerrera de Amon á cortar vino.
 La tercera, la hueste de Marmunda,
 Cual la cuarta y segunda,
 Sin jefe va. Solicito Agramante,
 Para entregarles una compañía
 Al buen Ormida y a Buraldo elige.
 De Libicania al fuerte Argan confía
 La gente á quien allige
 De Druinaso, su rey, la suerte impía.
 Baja la frente y pálido el semblante,
 Marcha luego de Tanger el caudillo,
 Brunelo, á quien la ilustre Bradamante
 El favor de Agramante
 Hizo perder, quitándole el anillo.
 De este monarca, al escuchar tal nueva,
 Fué la cólera tanta,
 Que ceñir de Brunelo á la garganta
 Hizo el lazo fatal; y sobre el palo,
 Cual á infame impostor, morir le hiciera,
 Si á afirmar Isolerto no viniera
 Haberle visto al árbol amarrado.
 Por esto y de gran parte de su corte
 El rey á las instancias accediendo,
 Le perdonó la vida, reservando
 A nuevo error castigo mas tremendo.
 Siguele Farurante, y tras él marchan
 Los caballos é infantes de Maurina.
 Mandaba un escuadron de Constantina
 Liban, que obtuvo con el cetro de oro
 La corona que fué de Pinadoro.
 Con los de Hesperia viene Soridano;
 A Dorilonte luego se divisa;

Siguen los Nasamonios á Puliano;
 A Malbuferso siguen los de Pisa;
 Los de Amoma á Agricalte, y á su frente
 Por jefe lleva á Finadur la gente
 Que de Canarias vino y de Marruecos;
 Balastro rige la del rey Tarduecos.
 Detras de aquesta la de Mulga viene,
 De cuyo reino la vacante silla
 Corino, amigo de Agramante, obtiene.
 Siguen los de Armancilla,
 Que, muerto Tanfirion, Caico acaudilla.
 De Getulia por jefe á Rimedonte
 Agramante designa. Balinfronte
 Conduce á los de Cosca. El rey Clarindo
 Rige de Bolga al escuadron que un día
 Al fuerte Mirabaldo obedecia.
 Balinverno va luego, á quien señalo
 Como el ente mas malo
 Del ejército todo de Agramante.
 Siguele el rey Sobrino, á quien en ciencia
 Dudo que haya quien gane, ni en prudencia,
 Como dudo que exista
 Hueste mas brava que la hueste suya
 En cuantas son pasadas en revista.
 La de Bellamarina, que otro tiempo
 A Gualzoto por rey reconocia,
 Viene despues, por guia
 Trayendo al rey de Argel, al arrogante
 Rodomonte de Sarza, que de Libia
 Con copia de caballos y de infantes
 Era llegado tres jornadas antes.
 No contaban las huestes agarenas
 Caudillo mas osado ni mas fuerte.
 De Paris las almenas
 No sin razon temblaban á su vista
 Mas que á la de Agramante, de Marsilio
 Y de cuantos guerreros
 Vibraban de estos jefes en auxilio;

Contra la fe de Cristo, sus aceros.
 Prusion rey de Albaraje, y Dardinelo
 Rey de Zúmara siguen. Su impia suerte
 Ignoro si mochuelo
 U otro siniestro pájaro predijo;
 Mas en el libro donde todo es fijo,
 Escrito estaba que el siguiente dia
 De los suyos el último seria.
 Del rey de Tremecen, del de Noricia
 Al verse sin noticia y su estandarte
 Flotar no viendo por ninguna parte,
 Agramante en temor se consumia;
 Cuando á su encuentro un mensajero vino,
 De Alzirdo y Manilardo
 A referirle el misero destino.
 « Señor, » le dice, « el paladin gallardo
 « Que á tantos destruyó, del mismo modo
 « Vencido hubiera el campamento todo,
 « Si á su impetu violento
 « Osara resistir el campamento. »
 Era llegado á las alarbes tiendas,
 Pocos dias atras, un caballero
 De cuyas altas prendas
 Voló la fama por el orbe entero.
 Mandricardo llamábase, y, famoso
 Por tanta y tanta memorable hazaña,
 Poner el sello á su braveza extraña
 Y hacer eterno su esplendor debia,
 Del castillo encantado de Soría
 Arrancando las armas rutilantes
 Que el grande Héctor vistió diez siglos ántes.
 La vista alzando, oyendo al mensajero,
 Partir resuelve el fiero Mandricardo
 A provocar al paladin gallardo
 Que á tantos destruyó. Su labio, empero,
 El pensamiento que le agita encubre,
 Ya porque á mengua el revelarlo tenga,
 Ya por temor de que en tal caso alguno

A anticiparse á su designio venga.
 Y, el color de las armas del guerrero
 Con viveza inquiriendo y sin empacho,
 « Negra es su cota, » dice el escudero,
 « Negro su almete y negro su penacho. »
 De Roldan dije ya, con qué motivo
 Este color tomó por distintivo.
 Dado Marsilio á Mandricardo habia
 Un soberbio corcel de piel castaña,
 De negra caña y de peceñas crines,
 Que á los frisios confines
 Vino á engendrar un alazan de España.
 Sobre el armado Mandricardo monta,
 Y con carrera pronta
 De aquel sitio se aleja, adonde jura
 No retornar en tanto que no venza
 Al señor de la negra vestidura.
 Por encontrar comienza
 A la aterrada gente, que, sin guia
 Huyendo y sin concierto,
 Al furor del de Anger se sustraia,
 Cual de haber visto muerto
 Ya un hermano, ya un hijo, se plañia.
 Este camino el tártaro siguiendo,
 Llega en breve al paraje que testigo
 Fuera del espectáculo tremendo
 Que dió Orlando al ejército enemigo.
 Al ver la sangre que la tierra esmalta,
 De su caballo Mandricardo salta,
 Y á creer lo que ve no se decide
 Mientras, con propia y envidiosa mano,
 Cada herida no palpa, observa y mide.
 Pálpalas pues, y, con igual coraje
 Al que al mastin ó al lobo desconcierta
 Cuando, hambriento llegando hácia el paraje
 Do res su olfato le anunciaba muerta,
 Cuernos tan solo y huesos descarnados
 Encuentra por el vientre abandonados,

Blasfema el moro, y duelele y le pesa
Llegar tan tarde à tan sabrosa mesa.

Todo aquel dia vaga, y al siguiente
Llega à un prado sombrío,

En torno al cual su limpida corriente
Desliza alegre un rio,

Formando un sitio igual al que, sus ondas
Giran haciendo en su mansion profunda,

El Tiber junto à Otricoli circunda.
Mil guerreros armados alli viendo

Que parecen estarlo defendiendo,
« ¿Cuál es la causa, » el tártaro pregunta,

« Que tanta gente en este sitio junta?
Su noble gesto, su mirada brava,

Prendan al capitan que allí mandaba,
Quien, sospechando por el rico adorno

De la armadura que le ciñe en torno,
Su nobleza y valor, así le dice:

« De la bella princesa Doralice,
« Que está con Rodomonte desposada

« (Bien que la fama aun no lo preconice),
« La custodia me ha sido encomendada

« Por su padre, el monarca de Granada.
« Cuando esta tarde à su agorero canto

« Ponga fin la cigarra, à la doncella
« Yo despertando, partiré con ella. »

En deseos de ver à aquesta dama,
Que debe ser, à lo que infiere, bella,

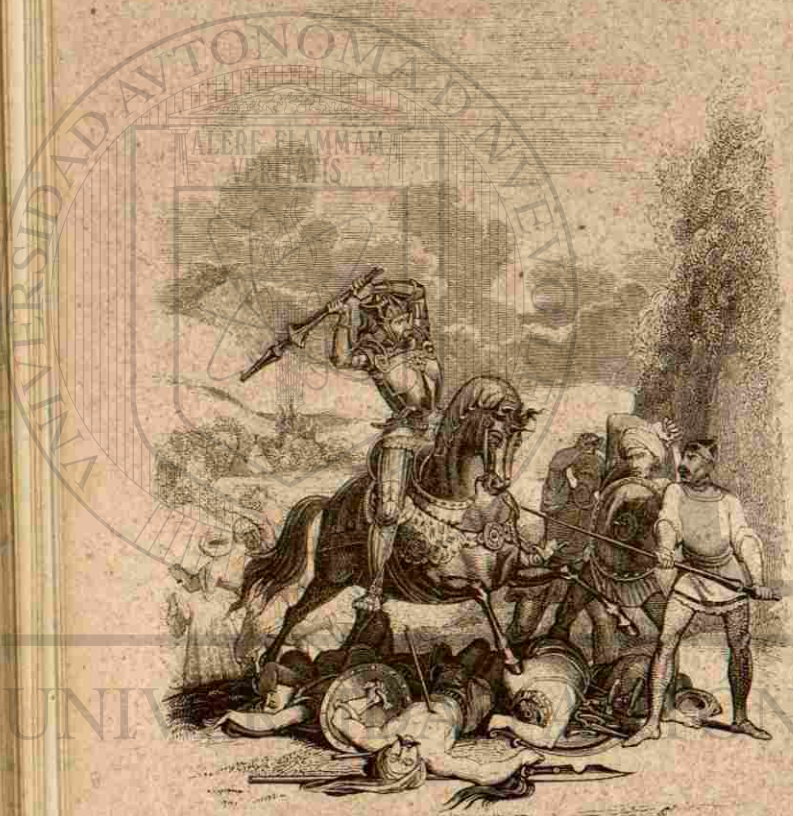
El arrogante tártaro se inflama,
Y queriendo ademas hacer la prueba

De cómo aquella gente
Guarda la joya que à su cargo lleva,

« A su presencia conducidme en breve
« O haced que venga al punto ella à la mia,

« Verla quiero antes de seguir mi via »
— « Loco estar, » dice el granadino, « debe,

« Quien tal demanda à formular se atreve. » —
Ni dijo mas; que, el asta levantando,



Hazañas de Mandricardo. (T. I, p. 223.)

Lleno de furia, el tártaro le ataca,
 Y, su cota y su yelmo atravesando,
 Sin voz ni vida del arzon le saca.

Cuando, las armas de Héctor conquistando
 El hijo de Agricano
 Notó la falta de la espada bella
 Que el brazo ornó del paladin troyano,
 Diz que jurara (y no jurara en vano)
 Espada no ceñir mientras aquella
 No conquistara que llevaba Orlando.

No llevándola pues, ni otra arma alguna
 Teniendo en su poder, su lanza presto
 Recobra y torna á enarbolar, dispuesto
 A dar muerte con ella
 A aquella multitud, que en torno suyo,
 Con espadas y picas, se atropella.

Al tártaro su número no aterra,
 É hiriendo sin cesar, cubre bien pronto
 De sangre y de cadáveres la tierra.

Rota su lanza, en fin, con sus dos manos,
 El grueso tronco que le queda, aferra;
 Y, segundo Sanson, derriba, hiende,
 Y en el suelo tal vez de un solo golpe
 Al caballero y al caballo tiende.

En vano, empero, en vano se defiende
 La turba, á quien affige y acobarda,
 Mas que el recelo de perder la vida,
 El género de muerte que le aguarda.
 Y viendo en fin que muerta ó malherida
 La mayor parte yace,

A partir la que queda se dispone:
 Mas Mandricardo, que cual presa suya
 Contempla aquella gente, se interpone,
 Le cierra el paso y le interdice que huya.

Cual al soplo de recio torbellino
 La frágil caña en el pantano cede,
 Cual resistir no puede
 A voraz llama el cañamo ó el lino

Que en sus trojes acopia el campesino ;
Así sin fruto esta pujanza inmensa
Contrarestar el granadino piensa.

Dispersada esta hueste , por la huella
Que en la yerba descubre , se adelanta
Ansioso el héroe de saber si es tanta
Cual dicen la beldad de la doncella.

Al pié de antiguo fresno , cuya sombra
Cubre del prado la mullida alfombra ,

Mírala en fin. El llanto
Que su faz inundando , discurria ,
Cual clara fuente , por su blanco seno ,
Mostraba cuanto del dolor ajeno
Y de su propia suerte se dolía.

Su terror se aumentó , del agareno
Viendo el ceño feroz , viendo la sangre
Que manchaba sus armas y sus manos.
Las damas , los ancianos ,
Que á la jóven princesa acompañaban ,
Cual ella , temerosos de su ruina ,
La voz hasta los cielos levantaban.

Fuera de sí contempla Mandricardo
Aquella faz divina ,
Que , bien que un tanto el padecer la empaña ,
No conoce rival en toda España ;
Y , del amor herido por el dardo ,
Del cielo en la mansion se considera ,
Quedando , sin saber de qué manera ,
Por premio de su triunfo
Cautivo de su hermosura prisionera.
De su fatiga , empero , el dulce fruto
No espera conseguir hasta que enjuto
El llanto amargó vea
Que de la dama la beldad afea.

Con voz afable y con benigno gesto ,
El tártaro á llevársela dispuesto ,
« Partid , partid , » á aquellas gentes dice ;
« Que amparo y compañía

« En mí tendrá la bella Doralice. »

Obedece la escolta , que ninguna
Resistencia á este intento hacer podía ,
Y se aleja , su misera fortuna
Maldiciendo , y pensando cuan violento
Del padre debe ser el sentimiento ,
Y cuanto al ver frustrada su esperanza
Terrible del amante la venganza.

« ¿ Porqué , » se dice aquella triste gente ,
« Porqué el de Alger ausente
« Se halla en aquestos críticos instantes ?

« ¿ Porqué , oh Dios , no protege
« La ilustre virgen , ántes
« Que de nosotros su raptor aleje ? »

Ufano este entre tanto con la presa
Que el hado le depara , no se cura
De hallar al de la negra vestidura.
Lejos ya pues de apresurar su viaje ,
Espacio en busca va de algun paraje
Do pueda con sosiego
Dar suelta rienda á su amoroso fuego.

De la doncella el lastimoso llanto
Por calmar esforzándose entre tanto ,
Dicele él : « Vuestra fama
« Pudo tan solo , oh bella y noble dama ,
« Hacerme renunciar al rico trono
« Que por vos gustosísimo abandono.

« ¡ Ah ! si es que amor amando se merece ,
« El vuestro yo , que cual mi vida os amo ,
« Con sobrada razon bien veis reclamo.
« Si amor merece el brillo de la cuna ,
« Mecióme á mí la que á los reyes mece.
« Yo en riqueza y poder solo á Dios cedo ,
« Y esperar ser amado también puedo
« Si recompensa alguna
« Merecen el valor y la fortuna. »

Estas y otras palabras
Que su amor al guerrero sugeria ,

Van poco á consolar el alma
 De la triste doncella. Dulee calma
 Sustituye al dolor que la afligía;
 Con semblante sereno
 Escucha al impetuoso sarraceno;
 Con gesto casi afable le responde;
 Y ni aun sus ojos, donde amor se esconde,
 Desdeñosos se cierran ó retiran
 Si en ellos clava el tartaro los suyos,
 Que la piedad y la pasion respiran.
 El musulman, que por la vez primera
 Del amor los efectos hoy no siente,
 Conoce que no siempre indiferente
 Ha de ser su pasion á la doncella;
 Y marchando con ella,
 Lleno el pecho de amor y de alegría,
 No tarda en advertir que del Ocaso
 Dirigiéndose el sol á los umbrales,
 Brindaba con la calma á los mortales.
 De su bridon el paso
 Acelerando entónces, un concierto
 Escucha de instrumentos pastoriles
 Y salir humo ve de unas cabañas,
 Donde encuentra un asilo,
 Muy mas que bello, cómodo y tranquilo.
 Allí festeja al héroe y á la dama
 Un mayoral; que generosos pechos
 No se hallan solo en villas y ciudades,
 Y tal vez las mas nobles cualidades
 Van á abrigarse bajo humildes techos.
 Lo que, en la calma de la noche oscura,
 Pasar pudo entre el hijo de Agricano
 Y la bella princesa granadina,
 Mi razon lo adivina,
 Mas tímida mi voz no lo asegura.
 De cada cual al juicio lo someto;
 Y, sin ser indiscreto,
 Diré tan solo que al siguiente día

Brillaban ambos rostros de alegría,
 Y que de un hospedaje tan felice
 Las gracias al pastor dió Doralice.
 Parten despues, y errando á la ventura,
 Llegan á un rio que á la mar vecina
 Con pacifico curso se encamina.
 A su márgen estan, sobre la grama,
 Sentados un guerrero y una dama.
 Mas caprichosa ley, que á que no siga
 Siempre la misma direccion me obliga,
 Me lleva en este instante
 Al campo donde el árabe arrogante,
 A Francia estremeciendo con su furia,
 El santo imperio, amenazando, injuria;
 Y donde el rey de Argel con irritante
 Tono se precia, en impetus insanos,
 De hacer de Roma y de Paris dos llanos.
 Noticioso Agramante
 De que el inglés la mar atravesara,
 Al rey Marsilio y á Sobrino el viejo
 Llama con otros jefes á consejo.
 De acuerdo todos en que intento vano
 Fuera expugnar los parisienses muros,
 Si en ellos entra el auxiliar britano,
 Dar el ataque sin tardar deciden
 Y para ello las órdenes expiden.
 Ya escalas mil y máquinas y vigas,
 Que á hacer barcas y puentes
 Destinaban las huestes enemigas,
 En torno de los muros acumula
 La que el asalto debe dar bien presto.
 A su frente Agramante la estimula,
 Y, el recio ataque á dirigir dispuesto,
 Forma un segundo ejército del resto.
 La víspera del día
 Que este combate presenciar debía
 Mandó el emperador misas y oficios
 Celebrar á los monjes, y á los legos

Entregarse á devotos ejercicios,
 Los que, merced á confesion sincera,
 Las manchas de su vida ya purgaron,
 A la mesa eucarística llegaron
 Cual si su hora final aquella fuera.
 Seguido de los pares y magnates,
 Príncipes y oradores de su corte,
 A quienes con su porte
 Edifica, admirando con su ejemplo,
 El buen rey Carlos se dirige al templo.
 Humilde allí, postrándose de hinojos,
 Juntando ambas sus manos, y sus ojos
 Hacia los cielos levantando, dice:
 « Pequé, Señor, pequé; mas ¡ah! conmigo
 « No envuelvas á mi pueblo en el castigo.
 « No, no permitas que instrumento sea
 « De tu encono tu bárbaro enemigo,
 « Que, como al pueblo que tu nombre lleva
 « A manos del infiel espirar dejes,
 « Tus contrarios dirán que en bien no prueba
 « Tu apoyo de la causa que proteges.
 « Por uno á quien castigues
 « La fe del pecho arrancarás á ciento,
 « Y el error que persigues
 « Tomará cada vez mas incremento.
 « Bien sé que poco ó nada
 « Nuestros méritos valen
 « Las manchas á borrar de una existencia
 « En el error y la impiedad pasada;
 « Mas tu gracia, ¡oh mi Dios! y tu clemencia
 « Suplan á lo que darte no podemos,
 « Y á tu eterna bondad agradecidos,
 « En tí, Señor, por siempre esperaremos. »
 Dice el monarca, que en su Dios confía,
 Y en agregar á su oracion no tarda
 Votos dignos de su alta jerarquía
 Y del favor que del Eterno aguarda.
 No fué vana su súplica; que el ángel

A quien el cielo encomendó su guarda,
 Las alas bate y de la luz divina
 A la elevada estancia se encamina.
 Al pié del trono del Excelso llega,
 Y, la oracion de Carlos deponiendo,
 A las del rey sus súplicas agrega.
 Por las armas de Carlos tambien ruega
 La multitud brillante
 De bienhadadas almas que la vista
 Gozando estan del sempiterno Amante.
 La inefable bondad, á quien no en vano
 Se dirigió jamas alma sincera,
 La vista alzó piadosa, y con la mano
 Hizo seña á Miguel de que viniera.
 « Vé, » le dice, « al confin de Picardía,
 « Do la britana hueste desembarca
 « Y á la presencia del francés monarca,
 « Sin que lo sienta el árabe, la guia.
 « En busca del Silencio,
 « Ministro fiel de lo que hacer le atañe,
 « Marcha primero, y de mi parte dile
 « Que en esta empresa quiero te acompañe.
 « A la mansion de la Discordia luego
 « De allí volando, le dirás que fuego
 « Vaya á sembrar en el contrario bando,
 « Y que con él las almas inflamando
 « De sus mas valerosos caballeros,
 « Volver contra sí propios sus aceros
 « Les haga, á fin que muertos queden unos,
 « Otros heridos, otros prisioneros;
 « Despechados, del campo otros se alejen,
 « Y que á Agramante sin apoyo dejen. »
 Nada responde el ángel; mas, del cielo
 Partiendo, emprende sin tardar su vuelo.
 Espléndida aureola,
 Cual la luz del relámpago, le ciñe;
 Do quier que él pasa, el aire se arrebola
 Y la nube de púrpura se tiñe.

Mas no sabiendo adonde el ala deba
 Dirigir por topar con el Silencio,
 A quien del cielo los mandatos lleva,
 Hacia el sitio el arcángel se dirige
 Do ley severa rige
 Que interdice el hablar al cenobita,
 Donde la voz *Silencio* se halla escrita
 En celdas y oratorio,
 En los muros del claustro y refectorio.
 Allí creyendo, al lado del reposo
 Y de la caridad, poder hallarlo,
 Las áureas plumas bate presuroso
 El arcángel Miguel; mas, no bien entra,
 Nota su error. Escrito en la muralla
 Do quier que lleva sus pisadas, halla
 Silencio allí; mas ni al Silencio encuentra,
 Ni el amor ve, ni la piedad que un día
 En los tranquilos claustros existía,
 Y que de ellos, ha tiempo, desterraron
 La pereza, la envidia,
 La avaricia, la gula y la perfidia.
 En el convento, atónito el arcángel
 Descubre al monstruo á quien, del Padre Eterno
 Por cumplir el mandato,
 Iba á buscar al fondo del infierno.
 ¿Quién lo creyera, quién? ¡A la morada
 Que al servicio divino
 Debiera estar tan solo consagrada,
 A hallar Miguel á la Discordia vino!
 Reconócela presto
 A su traje, compuesto
 De mil retazos de color distinto,
 Con los cuales jugando
 El viento á su placer, sus formas iba
 Ora encubriendo, agora revelando.
 Sus cabellos, cual negro y cual castaño,
 Cual del color del oro ó de la nieve,
 Formaban el conjunto mas extraño.

Por su pecho los unos,
 Por su espalda los otros se esparcian,
 Y de su frente y de su sien algunos
 En torno se trenzaban ó tegian.
 Contra el seno sus manos estrechaban
 Legajos de libelos,
 Causas, consultas, pleitos y escritoras
 Que al pòbre siempre por vedar acaban
 De ver su hacienda ó su quietud seguras.
 Detras, delante de ella, y á sus lados,
 Se agòlpaban escribas y abogados.

Miguel la llama; expónéle sus planes,
 Su pronta ejecucion le recomienda,
 Y unos contra otros mándale que encienda
 En rencor á los jefes musulmanes.

De la mansion donde el Silencio habita
 Nuevas el ángel preguntando luego,
 A la que se hace del furor un juego
 Y al orbe entero extiende su visita.
 « No se me acuerda, » la Discordia dice,
 « Si vi nunca al Silencio ni en qué parte,
 « Bien que el nombre no me es desconocido,
 « Y que de sus astucias y de su arte
 « En mas de una ocasion nuevas he oido;
 « Mas una amiga y compañera nuestra
 « Aquí vive que, acaso, á tu deseo
 « Podrá satisfacer. Llegar la veo,
 « Héla aquí, » dice; y con laalzada diestra
 A la Mentira, que se avanza, muestra.

Pulero es su traje; su ademan modesto;
 Humilde su mirar; su paso grave;
 Dulce su voz y plácido su gesto,
 Cual el gesto y la voz del que á Maria
 Vino, en nombre de Dios, á decir Ave.
 Disforme es todo el resto,
 Mas su torpeza oculta bajo capa
 Que un puñal siempre emponzoñado tapa.
 Por el arcángel preguntada adonde



El Arcángel S. Miguel ejecutando las órdenes de Dios. (T. I, p. 231.)

Partir en busca del Silencio deba,
 La Mentira responde :
 « En los antiguos tiempos, cuando nueva
 « De Benito y de Elias
 « Era la institucion, de sus secuaces
 « Habitaba en conventos y abadias.
 « En tiempo de Pitágoras y Arquitas,
 « De sus cátedras dócil largos años
 « Frecuentó los escaños;
 « Mas, muertos ya los santos y los sabios
 « Que silencio impusieron á sus labios,
 « Degenerando de virtud en vicio,
 « Vivió luego asociado al maleficio.
 « En la nocturna sombra á los amantes
 « Empezó acompañando; á los ladrones
 « Asocióse en seguida,
 « Y, cómplice de réprobas acciones,
 « Dió su apoyo al traidor y al homicida.
 « Tal vez dentro á la tierra se sepulta
 « Con los que falsa acuñan la moneda.
 « Fácil no es, pues, que hallar ninguno pueda
 « Al que de albergue á cada instante muda.
 « De hallarle, empero, un medio voy á darte;
 « A la mansion del Sueño hoy mismo parte,
 « Y á media noche llega,
 « Que al reposo tal vez allí se entrega. »
 Bien que fe la Mentira no merezca,
 Es tal la gravedad con que razona,
 Que á los frailes el ángel abandona
 Sin siquiera aguardar á que anochezca.
 Del Sueño en busca, el ala voladora
 Ora templando, acelerando agora,
 Se dirige, que á la hora designada
 Llegar desea al fin de su jornada.
 De ciudades y villas apartado,
 Y de abetos y de hayas coronado,
 Hay en Arabia un vallecillo ameno
 Donde, aun en el rigor del mediodía,

En vano el sol por penetrar porfia.
 Vese en él una piedra
 Que una gruta capaz forma en su seno,
 A cuya boca enlázase la hiedra,
 Que, con tortuosos giros, por sus muros
 Desciende hasta sus ámbitos oscuros.
 Esta del muelle Sueño es la morada.
 En el suelo sentada,
 A un lado suyo la Pereza yace,
 Que apenas puede con su propio peso;
 Y por el otro el Ocio,
 Lívido, sucio, soñoliento, obeso.
 Fijo en la puerta, el vaporoso Olvido
 No deja entrar, no reconoce á nadie.
 No escucha, ni responde,
 Y con su velo á los de dentro esconde.
 De fieltro con calzado
 Y en cenicienta capa arrebozado
 Escóltale el Silencio, centinela
 Que, porque nadie allí se acerque, vela.
 Acércasele el ángel, sin embargo,
 Y, en baja voz, trasmítele su encargo.
 El Silencio la frente,
 Mostrando haberle comprendido, inclina;
 Y tras Miguel poniéndose obediente,
 Hácia el suelo normando se encamina.
 Desde allí de manera
 La marcha de sus tropas acelera,
 Que ante los muros de Paris las guía,
 Sin que nadie lo advierta, al otro día.
 En torno de estas tropas discurriendo
 El Silencio entretanto,
 Ora del sol los rayos les mostraba,
 Ora de espesa niebla bajo el manto
 Caballos ocultaba y paladines,
 Amortiguando el son de los clarines.
 Y al campo musulman yendo en seguida
 Vierte en él no sé qué, que sorda y ciega

A su gente dejando, la venida
No le permite ver de la que llega
Por Reinaldo y el ángel conducida.

Al pié de las murallas Agramante
Y en las aldeas que á Paris circundan,
Las sus tropas de á pié coloca en esto;
Que en un ataque vigoroso y presto
Sus esperanzas últimas se fundan.

Quien capaz fuera de contar la gente
Que contra Carlos mueve en este instante
El árabe arrogante,
Contara fácilmente

Las plantas todas que la umbrosa espalda
Del Apenino encubren, y las olas
Lanzadas de las costas españolas
Que van de Atlante á salpicar la falda,
Y las lumbreras que en la noche miran
A los tiernos amantes que suspiran.

Con fragor espantoso y repetido
De Paris las campanas se agitaban,
Y en los templos de Dios, á su sonido,
Millares de devotos

Las manos y las súplicas alzaban.
Fueron tantos los votos
Al Señor ofrecidos aquel día,
Que, á tener en el cielo

Tanto valor como en la tierra el oro,
Recibiera cada ángel un tesoro.

Alzan la voz quejándose los viejos
De que los haya el hado
Para ver tanta ruina reservado,

Y, con mente envidiosa,
Del amigo se acuerdan y del deudo
Que del sepulcro en la mansion reposa;

Mas, de la edad adusta
Consejos y temores despreciando,
Llena de ardor, la juventud robusta
De los muros volando á la defensa,

Ni en el peligro que le amaga piensa.

Juntos allí se ven condes, barones,
Reyes y duques, príncipes, marqueses,
Soldados extranjeros y franceses.

De honor, de celo y fe cada cual lleno,
A Carlos ruega que bajar los puentes
Y atacar le conceda al sarraceno;

Mas, bien que de este ardor se felicite,
El sabio emperador no lo permite;

Y en los sitios mas propios y oportunos,
Para cerrar al bárbaro la vía,
Con tino disponiéndolos, á algunos

Este puesto confia,
Mientras al otro gruesa hueste envía.

Al uno ordena que encendidas siempre
Las hogueras mantenga,
Al otro que hacia el punto á do convenga
Las máquinas transporte; y de este modo

Carlos está do quier, y atiende á todo.

Sobre un llano, en el centro de la Francia,
Sentado está Paris. Sus muros besa
El Sena, que los corta y atraviesa,

Formando en medio una insula que abarca
La mas bella porcion de su comarca.
Completan la ciudad otras dos partes

Cuyo exterior protegen sus baluartes,
Y cuyo interno lado
Por el curso del Sena está guardado.

Por varios puntos á la vez se expugna
Ciudad que leguas de circuito cuenta;
Mas el rey Agramante,

Que á dividir su ejército repugna,
Por solo un lado acometer intenta.

De la muralla en torno el sabio Carlos
Armas y municiones acopiando,
Las orillas del Sena fortifica
Con fosos y con muros que fabrica,
Y su curso defiende

Con sólidas cadenas que en él tiende :
 Luego á los puestos corre y los pertrecha
 En proporcion al riesgo que sospecha ;
 Y las miras del moro penetrando ,
 El sitio ve por do su ataque apresta ,
 Y sus designios frustra ó contraresta .
 Mientras que con sus tropas Agramante
 Dar el asalto á la ciudad debia ,
 En el campo Marsilio aguardaria
 Con Ferragut , Grandonio , Balugante ,
 Falsiron , Isolerto , Serpentino
 Y con la gente que de España vino .
 Del rey Marsilio á la siniestra mano ,
 Sobre el Sena apoyábase Sobrino ,
 Con el hijo de Almonte , con Puliano
 Y con el rey de Oran , que alza insolente
 A seis brazas del pié la erguida frente .
 Porque mi pluma á fatigarse empieza ,
 Mientras con tal presteza
 Las armas mueve toda aquella gente ,
 Y mientras el rey de Argel impetuoso
 Grita , blasfema , y hiere sin reposo ?
 Cual del estío en las ardientes horas ,
 Agitando las alas zumbadoras ,
 Un enjambre de moscas acomete
 Ya de espumante leche el toscó vaso ,
 Ya los restos de espléndido banquete ,
 O cual se arroja acaso
 Banda de tordos sobre cepa opima
 De racimos maduros ,
 Así lleno del fuego que le anima
 Acude el agareno hácia los muros .
 De lo alto dellos , con ardor no visto
 Resiste fuerte el adalid de Cristo .
 Si uno perece , su glorioso puesto
 Otro ocupa bien presto ;
 Y sus golpes en tanto
 A mil mórós y á mil de vida privan

Y en el profundo foso los derriban ;
 Que no tan solo espadas , picas y hachas
 A su defensa sirven de instrumentos ,
 Sino que gruesas peñas , y fragmentos
 De almenas y baluartes
 Llueven sobre el infiel por todas partes ,
 Y agua hirviendo que abrásale y le ciega
 Y viva cal y arroyos de resina ,
 De azufre , nitro y pez y trementina ,
 Y aros de hierro al fuego enrojecidos :
 Ominosa corona ,
 De que aquel que la ciñe no blasona .
 De Buraldo y de Ormida en compañía ,
 Al pié de la muralla , en este tiempo
 Rodomonte otra hueste conducia .
 Clarindo y Soridano
 Iban con él . De Ceuta el soberano
 Y el de Cosca y Marruecos le seguian ,
 Y en afán de brillar se consumian .
 Del rey de Argel en la purpúrea enseña
 Brilla un leon , á quien á abrir obliga
 La boca una beldad que lo domeña .
 Emblema es el leon de Rodomonte ,
 Y la doncella es su adorada amiga ,
 A quien volará á libertar gallardo
 Si supiera que es hoy de Mandricardo .
 En este tiempo , y en un mismo instante ,
 De combatientes llenas
 Mil escalas invaden las almenas .
 Y « adelante , adelante »
 Gritando algunos con audaz denuedo ,
 Ánimo dan á los que sienten miedo .
 Ni hay forma de cejar . ¡ Guay del que quiere
 Salvar su vida ó que en ardor alfoja !
 Al que vacila , con su espada hiere
 Y al hondo fosa arroja
 Rodomonte , que ardiendo en saña loca ,
 Al mundo entero y hasta á Dios provoca ,

Y que, huyendo los sitios mas seguros,
En busca va de riesgos y de apuros.

Ceñido de la espada y la armadura
Que fabricó Nembrot, su propio abuelo,
Cuando impia guerra quiso hacer al cielo,
Rodomonte, que altivo cual aqueste,
La bóveda celeste

Impávido asaltara si existiera
Camino que hasta allá le condujera,

En el foso se arroja, se adelanta,
Y, veloz cual el rayo, lo atraviesa,

Bien que el agua le llegue á la garganta.
Y, de cieno y de sangre amancillado,

De audacia dando pruebas manifiestas,
A la muralla sube

Por medio de una nube
De fuego, dardos, piedras y ballestas.

Encubierta la frente
Con su broquel, al parapeto llega,

Y atacando la puente
Do atónito el cristiano se repliega,

Hiere y destroza y en purpúreo lago
Convierte el suelo, y brazos y cabezas

Del alto muro hace rodar al foso,
Causando el mismo estrago

Que hace en Volana jabali furioso.
Suelta el broquel, en la ansia que le anima,

La espada empuña; y contra el duque Arnolfo,
Venido ha poco del nublado clima

Do el Rin se lanza en el salado golfo,
Se dirige veloz. Cual se resiste

A la llama la pólvora, así el triste
Arnolfo contra el golpe se defiende

Que en tierra, hendido hasta el arzon, lo extiende.
Tal es la confusion, tal el conflicto

En que del moro pone el hierro invicto
A la cristiana gente, ha poco altiva,

Que de un solo revés á Flandes priva

De Anselmo y de Oldarado. Con las de estos,
Las cabezas derriba

De Espinoloceo y Prando,
Guerreros del ejército normando,

Hasta el vientre en seguida
Al maguntino Orgueto atravesando,

Con la sangre exhalar le hace la vida.
Desde el muro despues vienen al foso

El sacerdote Andrópono y Mosquino,
Que, adorador del vino,

Del agua, mas que de áspid ponzoñoso,
Toda su vida huyó, y á quien funesta

Doblemente es la muerte
Que recibe en el agua que detesta.

En dos á Luis el provenzal divide.
El tolosano Arnaldo

La tierra, al lado de Dionisio, mide;
Y la miden tambien Hugo y Ambaldo,

Huberto, Satalon, Claudio, Gualtero
Y otros mil, de los cuales

Ni el nombre aquí ni la nacion refiero.
Detras de Rodomonte, en la muralla

Penetra en tanto la feroz canalla,
Al cristiano poniendo en grande aprieto.

Con orden al segundo parapeto
Este entónces replégase, seguro

De que no sin esfuerzo y sin apuro
Podrá el infiel atravesar el trecho

Que del uno separa el otro muro.
Desde el segundo, fuertes y gallardos,

Algunos con ventaja se defienden,
Mientras con lanzas, piedras y con dardos

Desde una alta cortina otros ofenden
A la copiosa chusma, que aterrada

Empezaba á ceder, y que cediera,
Si el de Argel no acudiera. Con su espada

Hiere ó da muerte al que al terror se entrega;
Por el cabello al uno,

Por el cuello ase al otro ó por los brazos;
De sangre al suelo riega,
Y de miembros y cuerpos en pedazos
El ancho foso, hasta los bordes, ciega.

Mientras en lo hondo de este abismo horrendo
Los bárbaros cayendo,
Buscan con nuevo afán nuevas escalas
Por trepar al segundo parapeto,
El rey de Argel, cual si sutiles alas
Llevara en vez del espaldar y el peto,
Vélez del foso al otro lado salta;
Con sangre del frances el suelo esmalta,
Ruina sembrando y destruccion. No hay cota
Que el golpe al pecho dirigido tuerza,
Antes, cual vidrio rota,
Salta al sentir su incontrastable fuerza.

Bajo el cieno del foso acumuladas
Por Carlos, antes del asalto, fueron
Estopas y faginas embreadas,
Odres de aceite, azufre, de salitre
Y de otras mil materias inflamables,
Que un horrendo castigo
Reservaban de Dios al enemigo.

En tanto que este por hallar salida
Y por subir al muro se esforzaba,
La llama, por mil partes encendida,
En una sola al cielo se elevaba,
Y, el sol oscureciendo,
Sepultaba á Paris en caos horrendo.

A su rugir continuo y espantoso
Se mezclaba la horripilante armonía
De la misera gente, que en el foso,
Por culpa de su jefe, perecía.
Gritos, clamores, llanto,
Estrago, horror, desolacion y muerte
Do quier el alma estremecida advierte.

Mas tiempo es ya de respirar un tanto,
Aquí poniendo término á este canto.

CANTO XV.

Prosigue el asalto. — Primeros viajes de Astolfo. — Dale Logistila una trompa prodigiosa y el libro que enseña el modo de destruir todo encanto. — Elogio de Carlos V y de sus capitanes. — Astolfo prende á Caligorante y mata á Orrilo. — Encuentra á Aquilante y á Grifon, y dispónese á ir con ellos á visitar los Santos Lugares. — Grifon recibe noticias de la infidelidad de Origile.

Noble es siempre el vencer, ya que al ingenio
O á la fortuna el triunfo se atribuya,
Bien que la sangre empañe la victoria
Y el mérito del jefe disminuya.

Al colmo de la gloria
Aquel llegará solo que, la sangre
No prodigando de la gente suya,
Al enemigo ejército destruya.

Este alto honor, señor, vos merecisteis
Cuando al leon vencisteis
Que, terrible en la mar, con sus galeras
Del Po las dos riberas,
Desde Ferrara á Francolin, cubria.

Su rugido feroz ya no me aterra;
Que á nuestro frente, oh príncipe, os advierto,
A vos por quien fué muerto
Nuestro enemigo y libre nuestra tierra.

En su daño obstinándose el pagano,
No sabe obrar así. Su impetu insano
Con la misera gente que derriba,
La intensidad aviva

Del incendio horroroso
Que, solo tanto cuerpo calcinando,
Cabida á todos dar pudo en el foso.

Once mil y veinte y ocho sarracenos
Hallaron muerte en sus ardientes senos,
Mientras su jefe altivo y temerario,
Causa de tanta y tanta desventura,

Por el cuello ase al otro ó por los brazos;
De sangre al suelo riega,
Y de miembros y cuerpos en pedazos
El ancho foso, hasta los bordes, ciega.

Mientras en lo hondo de este abismo horrendo
Los bárbaros cayendo,
Buscan con nuevo afán nuevas escalas
Por trepar al segundo parapeto,
El rey de Argel, cual si sutiles alas
Llevara en vez del espaldar y el peto,
Véloz del foso al otro lado salta;
Con sangre del frances el suelo esmalta,
Ruina sembrando y destruccion. No hay cota
Que el golpe al pecho dirigido tuerza,
Antes, cual vidrio rota,
Salta al sentir su incontrastable fuerza.

Bajo el cieno del foso acumuladas
Por Carlos, antes del asalto, fueron
Estopas y faginas embreadas,
Odres de aceite, azufre, de salitre
Y de otras mil materias inflamables,
Que un horrendo castigo
Reservaban de Dios al enemigo.

En tanto que este por hallar salida
Y por subir al muro se esforzaba,
La llama, por mil partes encendida,
En una sola al cielo se elevaba,
Y, el sol oscureciendo,
Sepultaba á Paris en caos horrendo.

A su rugir continuo y espantoso
Se mezclaba la horrisona armonia
De la misera gente, que en el foso,
Por culpa de su jefe, perecía.
Gritos, clamores, llanto,
Estrago, horror, desolacion y muerte
Do quier el alma estremecida advierte.

Mas tiempo es ya de respirar un tanto,
Aqui poniendo término á este canto.

CANTO XV.

Prosigue el asalto. — Primeros viajes de Astolfo. — Dale Logistila una trompa prodigiosa y el libro que enseña el modo de destruir todo encanto. — Elogio de Carlos V y de sus capitanes. — Astolfo prende á Caligorante y mata á Orrilo. — Encuentra á Aquilante y á Grifon, y dispónese á ir con ellos á visitar los Santos Lugares. — Grifon recibe noticias de la infidelidad de Origile.

Noble es siempre el vencer, ya que al ingenio
O á la fortuna el triunfo se atribuya,
Bien que la sangre empañe la victoria
Y el mérito del jefe disminuya.

Al colmo de la gloria
Aquel llegará solo que, la sangre
No prodigando de la gente suya,
Al enemigo ejército destruya.

Este alto honor, señor, vos merecisteis
Cuando al leon vencisteis
Que, terrible en la mar, con sus galeras
Del Po las dos riberas,
Desde Ferrara á Francolin, cubria.

Su rugido feroz ya no me aterra;
Que á nuestro frente, oh príncipe, os advierto,
A vos por quien fué muerto
Nuestro enemigo y libre nuestra tierra.

En su daño obstinándose el pagano,
No sabe obrar así. Su impetu insano
Con la misera gente que derriba,
La intensidad aviva

Del incendio horroroso
Que, solo tanto cuerpo calcinando,
Cabida á todos dar pudo en el foso.

Once mil y veinte y ocho sarracenos
Hallaron muerte en sus ardientes senos,
Mientras su jefe altivo y temerario,
Causa de tanta y tanta desventura,

Veloz saltando al campo del contrario,
Todo riesgo, impertérrito, conjura.

Desde lo alto del muro

Los fieros ojos Rodomonte yuelve.

Al ver el humo oscuro

Que en densa niebla el firmamento envuelve,

Y quejas y clamores escuchando,

Alza la voz, rugiendo y blasfemando.

Mientras este ataque el rey de Sarza daba,
Agramante una puerta

Que ver pensaba, al presentarse, abierta,

Con hueste acometió cuantiosa y brava.

Van con él Bampirago, y Balinverno,

Y Corino y Prusion, rico monarca

De las felices islas

Que el mar que baña al tingitano abarca,

Y Malbuferso, rey de la comarca

De eterna primavera. De estas gentes

Marchan otras detras; unas valientes,

Otras sin armas ni valor, desnudos

Los pechos que no armaran mil escudos.

Mas engañose el musulman. Cercado

Cárlos de sus caudillos aguerridos,

Aquel sitio defiende. A su costado

Van Salomon, Avolio, Oger, dos Guidos,

Berenguer, Ganafon, Oton, Avino,

Y el duque de Baviera y Angelino.

De jóvenes gallardos,

Tudescos y franceses y lombardos,

Llega en seguida multitud inmensa,

De su Dios y su rey por la defensa

Dispuesta á combatir; mas, de mi canto

Volver los ecos mi inconstancia piensa

Hacia el britano duque, que entretanto

Su existencia en el ocio consumia

Y de volver al patrio suelo ardia

En ansiosa inquietud. Presto la maga,

Que de Alcina triunfó, de Astolfo el tedio

Advierte y á su llaga

Quiere bondosa administrar remedio.

Una galera apresta, y temerosa

De que á turbar su viaje venga Alcina,

Con grande armada ordena á Sofrosina

Y á Andrónica que á Astolfo

Hasta el Pérsico golfo

Conduzcan; y, al guerrero aconsejando

Huya del mar del Norte el viento infando,

Le encarga que se aleje de la tierra

De do el sol varios meses se destierra,

Y que, de Escitia la remota playa

Mas bien doblando, sin temer rodeos,

A las de Persia ó las de Eritrea vaya.

Dispuesto el viaje, pártese el mancebo;

Y, á fin de que ceder á encanto nuevo

Desde hoy no pueda, un libro en que se explica

Como su influjo contrastarse debe,

Le entrega Logistila, y le suplica

Que al lado siempre por su amor lo lleve.

Otro regalo de mayor valía

Con él la maga al paladin confia.

Este es un cuerno, cuyo atroz sonido

Terrible mas que el huracan, el Noto,

El trueno ó el rugiente terremoto,

Al mas osado priva de sentido.

Por tan precioso don á Logistila

Rendidas gracias tributando el duque,

El puerto deja y la mansion tranquila,

De donde en la alta mar se lanza el buque.

Dejando á diestra y á siniestra mano

Islas sin cuento y populosas villas,

De Tomas á la tierra Astolfo llega,

Do hácia el Norte el piloto se repliega.

Tocando casi al áureo Quersoneso,

Hiende la espuma la soberbia flota,

Siguiendo siempre la opulenta orilla

Do, lanzándose al mar, el Ganges brilla.

De Taprobana luego
 Y de Coromandel las playas nota.
 De allí, tras largo viaje, á Cochinchina
 Y hácia Europa á la postre se encamina.
 El héroe en tanto á Andrónica pregunta
 Si de los reinos donde el sol despunta,
 Hasta los mares do su luz se esconde,
 Llegó nave jamas; y si se puede
 De Francia ó de Inglaterra
 Venir á la India, sin tocar en tierra.
 « Has de saber, » Andrónica responde,
 « Que en su recinto el mar al orbe encierra
 « Y que del polo al ecuador ardiente
 « Sus olas van girando eternamente;
 « Mas, al ver cual del África en el seno
 « Se avanza al Sur la Etiopia, afirma alguno
 « Que acaba allí el imperio de Neptuno.
 « Por eso de los reinos de Levante
 « Jamas vela hácia Europa se despliega;
 « Por eso de la Europa el navegante
 « Desde su mar al indico no llega.
 « Esa region inmensa
 « Unida ver á otro hemisferio piensa,
 « Y, perdiendo al mirarla su esperanza,
 « A sus lares retorna sin tardanza.
 « Mas, volviendo los años, partir veo
 « Del confin europeo
 « Nuevos Tifis, y abrir con valentia
 « La senda ignota hasta el presente dia.
 « El África doblar á otros advierto;
 « Seguir su costa y traspasar el signo
 « Donde entra el sol, tornando á nos benigno
 « Cuando de Capricornio se despide;
 « Y hallar tras largo afan, hallar les veo
 « El cabo que dos piélagos divide;
 « Y desde allí correr playas diversas
 « É ínsulas indias, árabes y persas.
 « Del escollo fecundo

« Que la hercúlea pujanza separara,
 « Salir á algunos miro
 « Y nueva tierra hallar y nuevo mundo,
 « Del astro de la luz siguiendo el giro.
 « La santa cruz y la imperial bandera,
 « Sobre verde ribera
 « Alzada allá, con majestad tremola;
 « Y á la gente española
 « Miro, parte que guarda sus bajeles,
 « Parte que vuela en busca de laureles.
 « Por un puñado de hombres, destruidos
 « A mil y mil de sus contrarios noto,
 « Y vastos reinos de pais remoto
 « A las leyes de Cárlos sometidos.
 « Ignoto hasta hoy, é ignoto
 « Por seis siglos ó siete,
 « Aqueste derrotero todavía
 « Ha de ser, hasta el dia
 « En que todo mortal la ley respete
 « Del mas prudente principe y mas justo
 « Que ha sido ni será despues de Augusto.
 « De sangre de Austria y de Aragon ya veo
 « Nacer, del Rin á la siniestra orilla,
 « Este principe ilustre cuyo nombre
 « Entre los nombres mas ilustres brilla.
 « Con la virtud, que un mundo pervertido
 « Mirará con desprecio y abandono,
 « Sacando á la justicia del olyido
 « La hará sentar sobre su excelso trono.
 « En premio de esto la bondad suprema
 « Para ceñir no solo le designa
 « La espléndida diadema
 « Que decoró las sienes de un Severo,
 « De un Augusto, de un Marco y de un Trajano,
 « Sino que el mundo entero
 « Verá en él su pastor, su soberano.
 « Y á fin de que del cielo
 « Mejor se cumpla el inmutable arcano,

« A su edad dotará la Providencia
 « De hombres sabios en paz, fuertes en guerra,
 « En la mar victoriosos y en la tierra.
 « Ya por Hernan Cortes á la obediencia
 « Del imperial monarca sometidos
 « Pueblos advierto, en tan distante zona,
 « Que á la nuestra son hoy desconocidos.
 « Ya un Próspero Colona,
 « Un marques de Pescara, y á su lado
 « De Guast advierto al jóven denodado
 « Que tan fatales en encuentros miles
 « Hará al frances los italos pensiles.
 « Semejante al corcel que de la meta
 « El último partiendo, á todos pasa,
 « Este Alfonso en deseos
 « De aventajar á los demas se abrasa,
 « Y de obtener laureles y trofeos.
 « Tanto valor á tal virtud unido
 « Digno le harán del mando
 « Que obtendrá de su rey habiendo apenas
 « El quinto lustro de su edad cumplido.
 « Su ejército salvando
 « Este jóven audaz, la tierra entera
 « A las leyes de Carlos sometiera.
 « Mientras de este al imperio
 « El terrestre hemisferio
 « Sometan sus valientes capitanes,
 « A su fortuna unido y á su gloria,
 « El bravo Andres de Doria
 « Hará guerra implacable
 « Al pirata opresor del mar que baña
 « Las costas de Numidia y las de España.
 « No á las de este caudillo comparable
 « Es de Pompeyo la elogiada hazaña.
 « De la nacion mas célebre del mundo,
 « Unos viles corsarios
 « Mal podian ser dignos adversarios;
 « Mientras que Doria, con sus fuerzas solas,

« De Calpe al Nilo purgará las olas.
 « Por su valor abiertas
 « Verá Carlos las puertas
 « De las ciudades todas de la Italia.
 « Igual en gloria á César, victorioso
 « En Francia, España, en África y Tesalia,
 « Rival por su valor de Antonio, Octavio
 « Y de los héroes mas ilustres, Doria,
 « Con su ambicion, agravio
 « Nunca hará al esplendor de su victoria;
 « Y ejemplo tan sublime
 « Cubrirá de vergüenza al que á su patria,
 « Que de un yugo libró, con otro oprime.
 « Libre viendo á la suya y en su gremio
 « Quieto y feliz, de su virtud en premio
 « Obtendrá Doria estados que, algun día,
 « En Italia el origen
 « Serán de la normanda monarquía.
 « Y de sus sacrificios recompensa
 « Alcanzarán, cual él, cuantos de Carlos
 « Se ocupen en la gloria ó la defensa;
 « Que, lleno de bondades,
 « Este monarca á sus vasallos fieles
 « Gozará en dar castillos y ciudades
 « Mas que en ceñir sus sienes de laureles.
 « Citando asi los nombres de los héroes
 Que tantos triunfos han de dar á Carlos,
 De los vientos el impetu regia
 La amable maga, que ora en sofocarlos,
 Ora en darles aliento se placia.
 Del mar de Persia, en esto,
 Las olas ven, y aquellas que reciben
 El nombre de los magos. En un puerto
 Ancla el bajel, y allí, puesto á cubierto
 El héroe de la cólera de Alcina,
 Por la playa sus pasos encamina.
 Del valle al llano y á la selva espesa
 Presuroso atraviesa. Molestado

Sin cesar en su marcha por ladrones,
 Por tigres y dragones,
 Astolfo en combatir no se detiene.
 Siguiendo luego la feliz Arabia,
 Rica de mirra y de oloroso incienso,
 Región privilegiada

Que el fénix eligió por su morada,
 Entra en el mar, donde el poder inmenso
 Del gran Dios de Israel sumiera un día
 Al rey egipcio y á su hueste impia.

Luego á la patria de los héroes llega,
 Y del Troyano corre por la vega
 En el corcel que por arena ó nieve,
 Sin dejar huella tras de sí, lo guía.

Enjuto el pié lo mismo correría
 Sobre la mar, sin que igualar pudiera
 La del viento ó del rayo su carrera.

Argalia fué su dueño, Rabicano
 Su nombre, y, concebido
 Por la llama y el viento,
 El aura pura es su único alimento.

Sobre él corriendo el paladin britano
 Ve cual se lanza el Troyano en el Nilo,
 Y, siguiendo su orilla,
 Encuentra luego un venerable anciano
 Que viene conduciendo una barquilla.

« Hijo, » le grita, « si perder la vida
 « No quieres hoy sin gloria y sin recurso,
 « Hacia aquí tuerce sin tardar el curso.
 « Por esa orilla andando, ante tus ojos
 « Verás en breve la fatal guarida
 « Donde, en medio de sangre y de despojos,
 « Vive un gigante atroz. Allí tendida
 « Hay una red, oculta entre la yerba
 « Con arte tan proterva,
 « Que el que noticia della ántes no tenga
 « En ella es fuerza que á enredarse venga.
 « Hacia su estancia el monstruo se retira

« Luego que á alguna víctima sorprende;
 « Ni á edad ni á sexo atiende,
 « Nada temor ni compasion le inspira.
 « Al uno agora en desollar se ocupa;
 « La sangre á aqueste chupa; á aquel los sesos.
 « Devorada la carne, al campo arroja;
 « De muchos otros los pelados huesos;
 « Y de su estancia adornan las paredes
 « Los cueros de las tristes
 « Víctimas de su infamia y de sus redes.
 « Toma pues, jóven, toma este camino
 « Que sin riesgo conduce á tu destino. »

Las gracias dando al viejo
 Por su sana intencion, « vuestro consejo
 « Permitidme, » le dice, « que no siga,
 « Que á no escucharlo mi deber me obliga.
 « Con mengua de mi honor, bien sé que puedo
 « Evitar un costoso sacrificio;
 « Mas no me arredra de la muerte el miedo,
 « Y me anima el pensar que si propicio
 « El cielo santo apoya mi denuedo,
 « Un insigne servicio
 « Al orbe haré por siempre ese camino
 « Abriendo al mercader y al peregrino.
 « ¿ Qué es de un hombre la muerte, si con ella
 « Se salva á mil de inevitable daño? »

— « Hijo, vé en paz, » replica el ermitaño;
 « Mi bendicion recibe, y quiera el cielo
 « Prestar apoyo á tu glorioso anhelo. »
 Fiado de su trompa en el sonido
 Mas aun que en la fuerza de su acero,
 Entre el borde del Nilo y el de un lago,
 Por la orilla del mar, sigue el sendero
 Que del monstruo conduce al antro aciago.
 De cráneos y de miembros descarnados
 Ve cubierto el umbral, y un esqueleto
 Colgado en cada almena
 Decoraba el infando parapeto.

Cual cazador de las alpinas breñas
 En las paredes de su estancia clava
 La cabeza y la piel de fiera brava
 Que mató, dando de su audacia señas;
 Así fiero el gigante, ante sus ojos
 Con placer colocaba

De sus fuertes contrarios los despojos,
 Dejando de los otros confundidos
 Entre sangre los huesos carcomidos.

Al umbral de la puerta
 De esta mansion estabase sentado
 Caligorante, cuando á ver acierta
 Acercarse al caudillo denodado;
 Y á fe que no lo vió con desagrado,
 Pues tres meses hacia
 Que nadie atravesó por esa via.

Al verle, corre el monstruo entre las cañas
 Que en el lago se elevan á aguardarle,
 Pensando así con sus traidoras mañas
 Cogerle por detras y aprisionarle;
 Mas su ardid esta vez no le aprovecha,
 Pues, bien que riesgo en avanzar sospecha,
 Lanzando Astolfo su corcel pujante
 El cuerno toca. Ciego, espavorido,
 A presta fuga entrégase el gigante,
 Y, sin saber adónde corre, llega

A la red, que lo envuelve y se repliega.

A tierra salta el principe, y castigo
 Va á dar á su enemigo;
 Mas se detiene al ver que entre cadenas
 Yace este envuelto, respirando apénas.

Celoso en otro tiempo del dios Marte
 El ciclope Vulcano, con tal arte
 Esta red fabricó, que entre sus lazos
 A Vénus sorprendió de aquel en brazos.
 Al ciclope esta red robó Mercurio
 Ciego de amor por Clóris, que volando
 Los pasos sigue á la luciente aurora



Astolfo hace huir á Caligorante. (T. I, p. 250.)

Cuando, el húmedo seno abandonando,
Flores derrama, y cielo y tierra dora,
Y en ella la apresó junto al paraje
Donde el río que corre por Etiopía
Corre á prestar al piélago homenaje.

En el templo de Anúbis, en Canopia,
Por treinta siglos con afán guardado
Estuvo aquel depósito sagrado,
Hasta que, con audacia sin ejemplo,
El inicuo y feroz Caligorante
Incendió la ciudad y robó el templo.
Allí encontró las redes que, escondidas
Por él luego con arte entre la arena,
Pusieron triste fin á tantas vidas.

De ellas sacando Astolfo una cadena,
Ata al monstruo malvado,
Que, cual doncella tímida, aterrado,
Se alza oyendo la voz que se lo ordena.
Perder empero de esta gran victoria
No quiere el paladin toda la gloria.
Sobre los fuertes hombros del vencido
Carga la red y de su triunfo uncido
Llevarlo al carro piensa, sus maldades
Propalando por villas y ciudades.

Dale también sus armas y su escudo;
Y, acompañado de este extraño paje,
De Méμφis, en su viaje,

Las tumbas y pirámides visita.
Luego al Cairo dirige su camino,
Llenando de contento á cuantos halla,
A cuantos cuenta la feliz batalla
Con que abrió nueva ruta al peregrino.

« ¡Como es posible, » cada cual decia,
« Que á un gigante tan fiero
« Haya vencido un solo caballero? »

Por mirarle de cerca el pueblo todo
En tropel acorria, y de tal modo
En derredor de Astolfo se apiñaba,

Que á detener el paso le obligaba.
 Su noble aspecto cada cual admira,
 Y mientras al gozo que su triunfo inspira
 El pueblo con estrépito se entrega,
 A las puertas del Cairo Astolfo llega.

No era entonces el Cairo
 Lo que ha llegado á ser en nuestros dias.
 Diez y ocho mil crujiás
 De casas de tres pisos suficientes
 No son para albergar á tantas gentes,
 Que en el suelo y al raso muchas dellas
 Duermen al resplandor de las estrellas.
 En el palacio do el sultan habita
 Magnificencia insólita, inaudita,
 Reina por donde quier. So el mismo techo
 Vense allí reunidos

Quince mil renegados sus vasallos,
 Y entre ellos confundidos
 Sus mujeres, sus hijos, sus caballos.

Desde el Cairo á Damietta marcha Astolfo
 A ver por cuantas bocas
 Se arroja el Nilo en el salobre golfo,
 Y decir oye allí que en una torre
 Vive un feroz ladron que la comarca,
 Haciendo daño á cuantos ve, recorre.

« Vano es, » le dicen, « resistir; mas vano

« Es aun el tratar de darle muerte,

« Que de cien mil heridas,

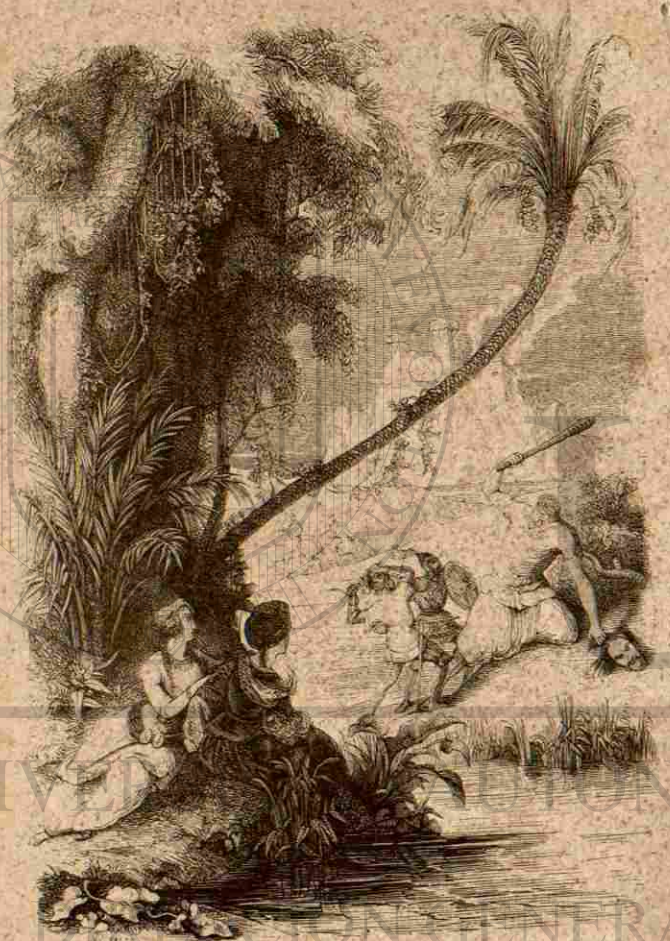
« De los mas fuertes brazos recibidas,

« Siempre sanó por prodigiosa suerte. »

De quitarle la vida

Ansioso, Astolfo en busca va de Orrilo;
 Llega á Damietta, y traspasando el Nilo,
 La torre ve que sirve de guarida
 A este aborto de mágica y de duende
 Que á cuantos halla impunemente ofende.

Allí, con él Astolfo á dos guerreros
 Mira empeñados en terrible lucha.



Combate de Grifon y Aquilante contra Orrilo. (T. I. p. 233.)

En vano espada ducha
Vibran contra él los fuertes caballeros.
Hijos los dos del célebre Oliveros,
En valor y en esfuerzo no le ceden;
Mas poco ó nada en esta lucha pueden.

De Orrilo al lado, vese en la ribera
Una disforme fiera,
Cuyo solo alimento son los cuerpos
De náufragos marinos
Y de desorientados peregrinos.

Muerto bien pronto extienden en la arena
Al vampiro inhumano,
Sin que por eso el fin de su faena
Viesen llegar el uno y otro hermauo.
En vano uno amenaza; el otro en vano
Ataca y hiere con furor á Orrilo;
Que sus miembros cogiendo este tranquilo,
Los pega y amalgama
Cual azogue que en gotas se derrama.

La monstruosa cabeza hasta los dientes
Ora hiende Grifon; ora Aquilante
Divide en dos el pecho del gigante.
Sus golpes impotentes
La risa de este excitan
Y de los héroes el furor. Si al suelo
Su cabeza derriban, en su busca
Orrilo va, y agora por el pelo,
Por la nariz agora, á asirla llega
Y extrañamente al cuello se la pega.

Tal vez Grifon la coge,
Y, si sucede que de sí la arroje
Largo trecho en el rio, en él se lanza
Orrilo, la recoge
Y á la lid vuelve intacto y sin tardanza.
Vestidas con primor y con decencia,
Una de blanco, otra de negro, estaban
Viendo la lid dos jóvenes hermosas,
Causa de aquella desigual pendencia.

Eran estas las magas bondadosas
 Que, en sus mas tiernos años,
 A Gismunda sus hijos sustrajeron
 Y que á climas extraños
 Los condujeron, por salvar sus dias
 Del terrible furor de dos arpias.
 Mas inútil contar es esta historia,
 A todos hoy notoria;
 Bien que es cosa que asombre
 Que su autor, al hablar de estos guerreros,
 Equivocara de su padre el nombre.
 A instancias ambos de las dos doncellas
 La lucha sostenian.
 Del sol las luces bellas
 Hacia el remoto Ocaso descendian,
 Cuando, viendo las damas que á su asilo
 El paso ya va dirigiendo Orrilo,
 Ordenan á sus jóvenes contrarios
 Deponer los aceros sanguinarios.
 Por sus armas y enseña, y sobre todo
 Por su presencia intrépida y gallarda,
 El duque Astolfo en conocer no tarda
 A Aquilante y Grifon. Del mismo modo
 Ellos reconociéndole, van presto
 A saludarle con afable gesto.
 A un palacio vecino
 De aquel paraje á reposarse luego
 Las magas á los jóvenes convidan.
 Con encendidas hachas al camino
 Salen pajes y damas á encontrallos.
 Danles ellas sus armas y caballos,
 Y entrando en un verjel, suntuosa cena
 Dispuesta advierten junto á fuente amena.
 Con sólida cadena á grueso encino
 Los héroes al feroz Caligorante
 Atan, y diez satélites le ponen
 Que soltarse le vedan, miéntras ellos
 Al placer ó al descanso se abandonen.

De este banquete fueron
 El deleite menor las ricas viandas
 Que sin cesar las mesas oprimieron.
 De las artes infandas
 De Orrilo hablóse, y nadie concebía
 Como, cortado un brazo ó la cabeza,
 A su tronco lo unía
 Y tornaba á la lid con mas fiereza.
 Bien en su libro Astolfo vió que á Orrilo
 La vida solo arrebatara podía
 Un cabello cortando de que el hilo
 De su infame existencia dependía;
 Mas ¿cómo conocello,
 Entre tanto cabello, ese cabello?
 No esperaba por esto menor palma
 El paladin, que un titulo de gloria
 Ve en arrancar al vil gigante el alma;
 Mas aspirar no quiere á esta victoria
 Sin que ántes lo consientan
 Los hijos de Olíveros, que, dispuestos
 A combatir, en esto, se presentan.
 Del bravo Astolfo aquestos
 Acceden á las súplicas fervientes,
 Bien que uno y otro opinen que impotentes
 Sus esfuerzos serán, si no funestos.
 En el cielo la aurora aparecía
 Cuando, de férrea y gruesa maza armado,
 Se presenta el malvado.
 A sus golpes el duque resistía,
 Y el momento aguardaba
 De darle muerte. El puño con la maza
 Astolfo le derriba, ó bien el brazo
 Le corta, ó le atraviesa la coraza,
 O pedazo á pedazo
 Hace saltar sus miembros, que en el punto
 Recoge Orrilo, y sano
 Vuelve á mostrarse al paladin britano.
 Lleno el duque de cólera y de asombro,

Una vez y cien veces arremete
Al gigante feroz, y encima al hombro
Con tan tremendo golpe al fin le alcanza,
Que al suelo, por aquí su capacete,
Y allá á lo léjos su cabeza lanza.

Mas que Orrilo lijero,
Del arzon salta entónces el guerrero,
Recoge la cabeza,
Vuelve á montar y corre con presteza
Hácia el borde del Nilo

Porque alcanzarle no consiga Orrilo.
Mientras aqueste su cabeza en vano
Busca, de Rabicano
Oye sonar los pasos por la selva.
Inquieto, entonce en su caballo salta
Y va á gritar al paladin que vuelva,
Cuando la lengua nota que le falta.

En medio de su mal, aun se consuela
Al ver que no le faltan los talones;
Mas por llegar en vano se desvela
Al que montado en Rabicano vuela.

Impaciente el inglés busca entretanto
Si, entre cabello tanto,
Hallar puede el fatal; pero importuno
Es su férvido afan, no ve ninguno
Que de otro en lo mas minimo difiera:
« Cortarlos todos, dice, es lo que importa. »
Y, á falta de navaja y de tijera,
Por la nariz cogiendo la cabeza
Todo el cabello con su espada corta.

Cortado entonce el que inmortal le hacia,
Muda Orrilo el color, la vista impía
Tuerce; muestra por signos manifiestos
Que sus instantes últimos son estos,
Y, de la muerte por la helada mano
Tocado, viene del arzon al llano.

Presto, tornando Astolfo hácia las damas
Y hácia los dos guerreros, en su diestra



Astolfo se huye llevándose la cabeza de Orrilo. (T. I, p. 256.)

La cabeza les muestra,
Y ver luego les hace
De Orrilo el busto, que por tierra yace.
Al verle vencedor corteses ambos
Los hijos de Oliveros le acogieron,
Bien que yo tengo para mí que entrambos
No sin envidia su victoria vieron.

Tampoco en ella creo
Se gozaran las damas. Su deseo,
Esta lid provocando,
Era solo ocupar á los dos héroes
Y preservarlos del destino infando
Que la suerte proterva,
Si á Francia van, en breve les reserva.

Apénas el alcaide de Damietta
La nueva recibió del fin de Orrilo,
La paloma soltó que, con un hilo
Llevando al ala su mision sujeta,
Al Cairo va; de allí, segun usanza,
Con la noticia mas allá se lanza
Otra despues, de modo
Que en breves horas todo Egipto supo
La triste suerte que al gigante cupo.

Dada á esta empresa cima,
Hácia los hijos de Oliveros viene
El duque y sus espíritus anima.

Ellos, cuyo recreo
La lid fué siempre, abrásanse en deseo
De partir hácia Oriente
A dar amparo á la cristiana gente.

De las magas, que lloran su partida,
Despidense en seguida, conviniendo
En partir con el duque hácia el paraje
Adonde, entre carne mortal hecho hombre, vino
Todo un Dios á sufrir sangriento ultraje;
Y así, juntos los tres toman la via
Que por la diestra á Palestina guia:
Ruta que, bien que es árida y cansada,

A la de mar prefieren,
 Pues por llegar á la ciudad sagrada,
 Adonde entrar en breve les importa,
 De seis jornadas su camino acorta.

Agua tan solo y yerbas ofreciendo
 Este camino incómodo y salvaje,
 Fuerza fué sobre el lomo del gigante
 Cargar lo necesario para el viaje.

De este modo marcharon
 Grifon, el duque Astolfo y Aquilante,
 Y, al cabo de unos dias, desde un cerro
 La tierra vieron do el Amor divino
 Del primer hombre el yerro
 A redimir sobre el Calvario vino.

En la ciudad los paladines entran,
 Y á sus puertas se encuentran
 Con un guerrero á quien los tres conocen.
 Era este Sansoneto de la Meca,
 Jóven sabio y audaz cuanto prudente;
 Temido quanto amado de su gente,
 Del verdadero Dios Orlando mismo
 La fe le dió en las ondas del bautismo.
 Por el francés emperador nombrado,
 Poco ha, gobernador de Palestina,
 Sansoneto ocupado

Estaba en construir una cortina
 Que del furor del musulman monarca
 Preserve su comarca.
 Con mil muestras de amor y de respeto
 Y con alegre rostro Sansoneto
 A los héroes acoge;

Por la ciudad los acompaña, y manda
 Que en su régia mansion se los aloje.

Agradecido Astolfo, le regala
 Las redes y el gigante, cuya fuerza
 A la de diez acémilas iguala.
 Al noble duque, en cambio,
 Da Sansoneto un cinturón precioso,

Y dos espuelas de oro que la fama
 Dice calzara el jóven animoso
 Que de fiero dragon salvó á su dama,
 Despojo que con otros de valia
 Sansoneto ganó rindiendo á Zafa.
 Despues de confesarse, á una abadia
 Que respiraba olor de buen ejemplo
 Los guerreros se van. De templo en templo,
 Llenos de fe, de la pasion de Cristo
 Pónense á contemplar cada misterio,
 Y á pensar quanto oprobio y vituperio
 Sobre la Europa pesa,
 Que, mientras en tanta temeraria empresa
 El fiero hierro sin descanso agita,
 No piensa en acorrer el Santo Imperio,
 Donde su apoyo mas se necesita.

En tanto que á estas prácticas devotas
 Entregados se hallaban los guerreros,
 Al uno de los hijos de Oliveros
 Un mensajero que de Grecia vino
 Nueva trajo fatal que, de repente
 A sus ideas dando otro camino,
 Lanza, en vez del divino,
 Impúdicos afectos en su mente.

Amaba el buen Grifon, por su desgracia,
 A una dama del nombre de Origile.
 Unida á tanta gracia
 Tanta beldad no es cosa que se estile;
 Mas tampoco se estila tal falacia,
 Perfidia tan profunda

En cuanta tierra el ancho mar circunda.
 Por una aguda fiebre devorada
 En la ciudad de Constantino habia
 Dejádola Grifon, y al lado della
 Ufano á retornar se disponia,
 Cuando del griego supo que la ingrata,
 A quien triste, en edad tan fresca y bella,
 Pasar sola las noches parecia,

Con un nuevo galan se iba á Antioquia.

Desde que supo esta terrible nueva,
Grifon un áspid en su pecho lleva.
Atorméntale amor, y su tormento,
Que la vergüenza á devorar le obliga,
No pudiendo estallar, no se mitiga.

Mas cauto que él mil veces, Aquilante
Reprobó su pasion; mas siempre en vano
Alucinado amante,
Grifon la voz desoye de su hermano,
Y en su error mas y mas se precipita.
Por esto, solo, y sin hablar á nadie
Del designio que su ánimo medita,
A partir se dispone sin tardanza
Tras de la infiel en busca de venganza.
En otro canto digo como á efecto
Lleva el triste Grifon este proyecto.

CANTO XVI.

Topa Grifon con su querida en el camino de Damasco. — Cálmale ella y condúcele á la ciudad. — Prosigue el asalto de Paris. — Prodigiosas hazañas de Rodomonte. — Llega Reinaldo con las tropas britanas á las orillas del Sena. — Batalla. — Presentase á Carlomagno un escudero que le refiere los estragos que en Paris está haciendo Rodomonte.

Muchas y graves penas
Hace sufrir amor. En sus cadenas
Yo casi eternamente aprisionado,
Puedo, experimentado,
Mejor que nadie hablar de la ventura
Y pintár los tormentos que procura.
No es tan triste la suerte
(Lo digo y lo diré miétras que viva)
De aquel que, amando, advierte
Que honesta la beldad su afecto esquivo.
Si esta esquivéz de galardón le priva

Con un nuevo galan se iba á Antioquia.

Desde que supo esta terrible nueva,
Grifon un áspid en su pecho lleva.
Atorméntale amor, y su tormento,
Que la vergüenza á devorar le obliga,
No pudiendo estallar, no se mitiga.

Mas cauto que él mil veces, Aquilante
Reprobó su pasion; mas siempre en vano
Alucinado amante,
Grifon la voz desoye de su hermano,
Y en su error mas y mas se precipita.
Por esto, solo, y sin hablar á nadie
Del designio que su ánimo medita,
A partir se dispone sin tardanza
Tras de la infiel en busca de venganza.
En otro canto digo como á efecto
Lleva el triste Grifon este proyecto.

CANTO XVI.

Topa Grifon con su querida en el camino de Damasco. — Cálmale ella y condúcele á la ciudad. — Prosigue el asalto de Paris. — Prodigiosas hazañas de Rodomonte. — Llega Reinaldo con las tropas britanas á las orillas del Sena. — Batalla. — Presentase á Carlomagno un escudero que le refiere los estragos que en Paris está haciendo Rodomonte.

Muchas y graves penas
Hace sufrir amor. En sus cadenas
Yo casi eternamente aprisionado,
Puedo, experimentado,
Mejor que nadie hablar de la ventura
Y pintár los tormentos que procura.
No es tan triste la suerte
(Lo digo y lo diré mientras que viva)
De aquel que, amando, advierte
Que honesta la beldad su afecto esquivo.
Si esta esquivez de galardón le priva



Grifon encuentra á Origile. (T. 1. p. 261.)

Que esperaba su afan; si consumido
De languidez y amor sucumbe al cabo,
Hallar debe á lo ménos un consuelo
En pensar que no esclavo
Es de beldad indigna de su anhelo.

Quéjese aquel que, siervo
De azules ojos ó de rubia trenza,
Mira en su dama un corazon protervo.
Cubierto de vergüenza,
Quiere tal vez huir; mas con su huida
Sus males exacerba,
Cual del dardo fatal tímida cierva
Redobla, huyendo, la punzante herida.

Herido así, remedio en vano busca
El buen Grifon á irremediable daño,
De Origile el engaño
Le exaspera, le ofusca,
Y, con furia insensata,
Le induce á caminar tras de la ingrata.

Sin osar, pues, hablar con el hermano,
Que, prudente y discreto,
Quiso oponerse á su designio insano,
Triste se parte, solo y en secreto.
Hácia la izquierda mano

Declinando en seguida, el rumbo elige
Que por el llano á Roma le dirige,
Y ansioso galopando hácia Antioquia
Llega á Damasco al fin del sexto dia.

De esta ciudad no léjos, con la ingrata
Encuentra luego á su raptor que huia.
Cual á la flor la mata
El galan á la dama convenia,
Que pérfidos, traidores, inconstantes,
Eran en grado igual los dos amantes.

Cubierto viene de armadura bella,
Y en un soberbio palafren montado,
El galan. Siguele ella
Con manto azul y de oro recamado.

Dos pajes llevan el broquel y el casco
 Con que á brillar el seductor se apresta
 En la suntuosa fiesta
 Que debe en breve presenciar Damasco,
 Y á la que acuden, á lidiar dispuestos,
 Héroe insignes, jóvenes apuestos.
 Viendo á Grifon la suerte que la aguarda
 La dama infiel en recelar no tarda;
 Mas, astuta y sagaz, disimulando
 Su cuita y sus afanes,
 Ante el galan con quien tramó sus planes
 Corre al héroe mostrando
 Insólita alegría; entre sus brazos
 Arroja, y, pendiente de su cuello,
 Lo estrecha así con pérfidos abrazos.
 Y uniendo luego á una mirada tierna
 El eco blando de una voz celeste,
 « ¿Es este, » exclama sollozando, « es este
 « El galardón que de su amor recibe
 « La que tan solo por amarte vive?
 « Sola durante un año, otro año via
 « Léjos de tí ya comenzar, y acaso
 « Vana de verte la esperanza mia
 « Fuera si aquí no dirigiera el paso.
 « Mientra, en el lecho del dolor postrada
 « No léjos del imperio de la muerte,
 « Impaciente aguardaba tu llegada,
 « Supe que al suelo sirio
 « Tus pasos dirigias. De tu ausencia
 « No pudiendo sufrir mas el martirio,
 « Seguí tu huella, y quise, en mi despecho,
 « Una y mil veces traspasarme el pecho.
 « Mas que tú compasivo el justo cielo
 « Doble favor otorga hoy á mi anhelo,
 « Y á mi hermano me envia,
 « Que, á mi vida y mi honor prestando amparo,
 « A dar con mi adorado al fin me guia.
 « Si sí, Grifon; tu afecto me es mas caro

« Que cuanto bien encierra el universo,
 « Y, á durar mas, tu ausencia
 « Hubiera puesto fin á mi existencia. »
 La dama, con reproche tan perverso,
 Añade á los antiguos nuevo ultraje,
 Y el buen Grifon, que á tan falaz lenguaje
 Igual crédito da que al Evangelio,
 Persuadido se queda de que hermano
 Es de Orígile, y no galan, Martano;
 Y no tan solo ya de aquesta ofensa
 Satisfacción en recabar no piensa,
 Sino que él mismo de su error se acusa,
 Culpable se confiesa,
 Y al galan, á quien ve con faz confusa,
 De acariciar y de obsequiar no cesa.
 Con él despues hácia Damasco viene,
 Y de su labio en el camino escucha
 Que allí dispuesta Noradino tiene
 Su gente á celebrar brillante lucha;
 Que en su ciudad el rey
 Sin distinción de ley
 Seguridad á todos garantiza
 Todo el tiempo que abierta esté la liza.
 Mas no es justo, señor, que de exponeros
 Deje yo, por hablaros de Orígile,
 Lo que en Paris en este tiempo pasa.
 Contra sus muros, que la llama abrasa,
 Dirigen su furor y sus aceros
 Doscientos mil alárabes guerreros.
 Ya dije cual contra uno de los puntos
 Asalto daba con su hueste inmensa
 El bárbaro Agramante. Por fortuna,
 Entre las puertas de Paris ninguna
 Tan bien cual esta defendida habia.
 A Carlos en persona y á sulado
 A la flor de su hueste allí se via,
 Y lidiaban á cual mas denodado
 Angeler, ambos Guidos, Angelino,

Oton , Avolio , Berenguer y Avino.
De Agramante y de Cárlos en presencia
Ambas huestes de esfuerzo y bizzarria
Dieron insignes pruebas aquel dia ;
Mas del valor pasando á la imprudencia ,
Por el suelo , sin vida ,
Gran parte de la alárabe tendida ,
Dejó ver por señales manifiestas
Que pueden las hazañas ser funestas.
Contra el campo , de lo alto del baluarte ,
Llueven las flechas en cuajada nube ,
Y hasta los cielos sube
El estrépito de una y otra parte ;
Mientras el de Argel , en su despecho aciago ,
Solo , va por Paris sembrando estrago.
No sé , señor , si se os acuerda como ,
Entre llamas y cieno
Y entre torrentes de fundido plomo
A su gente este altivo sarraceno
Dentro dejando del ardiente foso ,
En la ciudad de un salto se introdujo ,
Sin moverse del cuadro lastimoso
Que su feroz obstinacion produjo.
En su extraña armadura
Y en la escamosa piel que la cubria
Le reconoce la indefensa turba
De ancianos y de débiles , que huia
Del riesgo que do quiera la amagaba ,
Y hácia esta se agolpaba
Creyéndola la parte mas segura.
Un grito de dolor y de amargura
Hasta el cielo se eleva ; y , aterrado ,
Asilo cada cual , ora en sagrado ,
Ora en las casas encontrar procura.
Pocos , empero , son los que su ruina
Consiguen evitar. De enojo infando
Ciego el árabe , hiere y extermina ,
Y , cabezas y brazos derribando ,



Rodomonte destroza á los habitantes de Paris. (T. I. p. 263.)

Va por do quier, sin que entre tanta gente
Haya quien le ose contemplar de frente.

Cual del Etna ó de Hircania en el otero
Destroza tigre ó lobo carnicero
Débil rebaño que en desórden huye,
El bárbaro destruye
Aquella grey cobarde, aquella plebe
Que la existencia conservar no debe.

De San Miguel la populosa calle
Que conduce hácia el puente
Va recorriendo el musulman protervo,
Cebándose en el amo y en el siervo,
Hiriendo al criminal y al inocente.
Su estado al sacerdote no protege,
Ni al tierno niño su inocencia abona.
La vírgen, el anciano, la matrona,
Bajo los golpes de la misma mano
Van á morir; pues, sin que nadie mueva
Al feroz africano, haciendo prueba
Va, mas que de valiente, de inhumano,
Y su terrible saña no tan solo
En sangre de sus víctimas se ceba,
Sino que el fuego y el espanto lleva
Por la ciudad, que arrasa
Sin respetar ni un templo ni una casa.

Estas, que en aquel tiempo de madera
Eran sin duda todas, pues hoy dia
Seis sobre diez existen todavia,
Formaban juntas una inmensa hoguera,
Por la cual Rodomonte atravesando,
Paredes iba y techos derribando.

Nunca en Padua, señor, estoy seguro,
Visteis bomba tan gruesa,
Que capaz fuera de allanar un muro
Cual los que el moro de allanar no cesa.
Y si, miétras aqueste
Con el fuego y el hierro tanto estrago
En una parte hacia,

Por la opuesta Agramante algun amago
 Hiciera con esfuerzo y energia,
 Perdida la ciudad era aquel dia;
 Mas á estorbarlo con su brava hueste
 Vino del Norte el conductor celeste.

Con ella en tanto que, en su enojo impio.

A Paris incendiaba Rodomonte,
 Llegaba el paladin de Claramonte.

El cual, temiendo que tal vez el rio
 Pueda poner obstáculo á su brio,
 Cuando atacar al musulman intente,
 De Paris á tres leguas echa un puente;
 Pasa por él; y luego por la via
 Que en línea recta al frente del baluarte
 De San Martin y San Dionisio guia,
 Al mando de Odoarte
 Despacha sin tardar seis mil guerreros.
 Unidos de Ariman al estandarte
 Dos mil jinetes de los mas bizarros
 Manda á escoltar acémilas y carros,
 Mientra á la izquierda él sigue otros senderos;
 Que, con el resto de sus tropas, piensa
 Describir una línea mas extensa.

Pasado el rio, hace romper los puentes,
 Pone en orden sus gentes,

De sus jefes reclama la presencia,
 Y desde una eminencia
 De do descubre el campamento todo,
 Alza la voz y dice de este modo:

« Gracias, guerreros, gracias dad al cielo

« Por el favor insigne que os dispensa

« Mandándoos á este suelo,

« Donde una gloria inmensa

« De breve afan será la recompensa.

« Del sabio emperador, cuyo segundo

« Apénas verá el mundo,

« Volad á la defensa.

« Mirad á vuestro rey, á quien jurado

« Habeis fidelidad, y que asediado
 « Está en Paris con Carlos y con otros
 « Reyes, duques, marqueses y barones
 « De diferentes nombres y naciones.

« Salvando esa ciudad, sobre vosotros

« No solo lloverán las bendiciones

« De toda una nacion agradecida,

« Que de sus hijos tiembla por la vida

« Y que teme ver rotos

« De tantas tiernas virgenes los votos,

« Sino que, desde todos los extremos

« De la cristiana tierra,

« De que en Paris la juventud se encierra,

« Un unánime grito escucharemos

« De gratitud profunda

« Que desde el Asia hasta el Ocaso cunda.

« Si una corona á aquel que con su mano

« Libertaba la vida á un ciudadano

« La antigüedad por premio confiriera,

« ¿Cuántas merece, cuántas

« El que liberta una ciudad entera?

« ¡ Ah! si frustrando nuestras miras santas

« La envidia ó la traicion, de aquesos muros

« Se apoderase el bárbaro africano,

« Entonce, estad seguros,

« Por sustraerse á su furor en vano

« Lucharán el german, el italiano

« Y cuanto pueblo adora por su dueño

« Al que vertió su sangre sobre un leño.

« No entónces del Numida,

« Porque os separe el mar ó la distancia,

« Despreciaréis la saña fratricida;

« Pues, dueño de la Francia,

« ¿Qué no hará aquel cuya feroz jactancia

« Osó desde el estrecho gaditano

« Llevar la guerra al litoral britano?

« Y aun cuando de esta empresa

« Ni gloria ni ventaja se consiga,

« ¿ Con la gente francesa ,
 « Que vuestra santa Religion profesa ,
 « Una inviolable obligacion no os liga ?
 « ¿ Por ventura no abrigo
 « Cada cual de vosotros la esperanza
 « De ver deshecha en breve
 « A esa canalla aleve ,
 « Que armas no tiene , aliento ni pujanza ? »

Estas y otras razones ,
 En voz alta y sonora pronunciadas ,
 A los jefes bretones
 Conmueven y á sus tropas denodadas.
 Dando así , cual se dice , con la espuela
 Nuevo vigor al alazan que vuela ,
 En tres huestes divide
 El paladin de Montalban su gente ,
 Mandando á cada cual que con silencio
 De su bandera se coloque al frente.
 Del buen Zerbino encomendando al brio
 Que al musulman ataque , junto al rio
 Despliega las legiones del de Irlanda ,
 Mandando que , en su centro
 Y de Alencastro unida al estandarte
 La inglesa gente , por distinta parte
 Marche tambien del árabe al encuentro ;
 Y , á cada cual trazando su camino ,
 Por la orilla del Sena se adelanta ,
 Y las tiendas sorprende
 Do , con el rey de Oran y el rey Sobrino ,
 Se halla el puesto avanzado
 Que , á media milla , por aqueste lado
 El campamento musulman defiende.
 Al llegar ante el moro , el labio mudo
 Mas largo tiempo contener no pudo
 La valerosa hueste , que por guia
 Al Silencio y al Ángel conducia ,
 Y , con el son agudo
 De trompas y clarines , hasta el cielo

Subiendo estrepitosa vocería ,
 En las venas del moro vierte hielo.
 Lleno de ardor , el paladin gallardo
 Los flancos hiere al rápido Bayardo ;
 Su lanzon enarbola ,
 Y , terrible y veloz cual torbellino ,
 Dejando atras la hueste de Zerbino ,
 Avanza audaz y embiste á la española.

A su vista el pagano
 Muestras da claras del terror mas vivo.
 Tiembla el asta en su mano ,
 Su pié vacila dentro del estribo.
 Solo en tanto conflicto el rey Puliano
 De su espíritu guarda la presencia ,
 Y , no pensando hallar tal resistencia ,
 La lanza enristra , y llega sin demora
 Hácia Reinaldo , cuyo nombre ignora.

Tampoco por su parte lo desmiente
 El paladin valiente ,
 Que , de la guerra en el difícil arte ,
 Mas que de Amon , parece hijo de Marte.

Sobre el contrario yelmo
 Las armas resonar cada cual hace
 Con estrépito igual ; pero no basta
 Blandir con gracia y con denuedo el asta ;
 La caprichosa suerte ,

A quien no siempre la justicia place ,
 Gloria á Reinaldo da y al moro muerte.

Muerto Puliano , su terrible lanza
 El paladin recobra ;

Y de nuevo enristrándola , se avanza
 Contra el de Oran de insólita estatura ,
 A quien en alma cercenó natura
 Lo que en materia le otorgó de sobra.

En lo mas bajo del broquel tan solo
 Le alcanza el héroe ; pero ménos crudo
 No fué por eso el golpe que , el escudo
 Y el vientre del gigante atravesando ,

Dió por allí salida
 Del cuerpo enorme al alma reducida.
 Y, á podérselas dar, rendidas gracias,
 Por haberle evitado tal molestia,
 Diera sin duda al paladin la bestia
 Que su carga temia
 Tener que soportar todo aquel día.
 Rota la lanza, su corcel revuelve,
 Y, veloz cual el rayo,
 Acomete á la turba y la disuelve.
 A su contacto rotas,
 Cual si de vidrio fueran, por los aires
 Saltan rodelas, tunicas y cotas.
 Nada oponerse á su violencia puede.
 Ante Fusberta cede
 Aquella chusma, que, aterrada y triste,
 De su razon la calma no conserva;
 Pues mal resiste á la segur la yerba,
 Mal la cebada al Aquilon resiste.
 Con igual confianza
 A la que muestra lobo carnicero
 Acometiendo á cabra ó á cordero,
 La hueste de Zerbino en tanto avanza,
 Y, clavando al corcel el acicate,
 Cada guerrero salva de repente
 El reducido espacio
 Que le separa de la adversa gente.
 Mas terrible combate
 Jamas se vió; pues, sin que apénas puedan
 Herir á un adversario, por el suelo
 Tendidos miles de agarenos quedan.
 Cubiertos los demas de espanto y hielo,
 Ver se figuran por do quier la espada
 Por el señor de Montalban vibrada.
 Solo Sobrino, en tan difícil trance,
 De su denuedo á dar señal se apresta.
 Su division, compuesta
 De todo cuanto habia

De ménos malo entre la mora gente,
 Estaba, empero, léjos todavia
 De merecer el nombre de valiente.
 La suya, mal armada,
 Conduce Dardinelo, que cubierto
 De rica cota y fúlgida celada
 Marcha detras. Al mando de Isolerto
 Otra bien presto acude mas bizarra.
 Al verle con las gentes de Navarra
 En la batalla entrar, el pecho late
 Al invicto Trason, duque de Marra,
 Que la ansiada señal da del combate.
 De Albania el nuevo principe, Ariodante,
 Mueve tambien su escuadra en este instante.
 Al fragor de trompetas, atambores,
 Y otros mil sonoros instrumentos
 Se mezcla el de las máquinas, las armas
 Y pertrechos de guerra. Los clamores,
 Las quejas, los lamentos,
 Y hasta el rugir continuo de los vientos,
 Forman juntos un ruido semejante
 Al que hace el Nilo cuando
 Se sepulta en el piélago espumante.
 El aire proyectiles oscurecen,
 Y el humo del sudor, el polvo, el vaho
 La luz del cielo sofocar parecen.
 Muévense los dos campos. Sangre esmalta
 La tierra de ambas partes, y no falta
 Quien muerte encuentre al lado
 De alguno por su cólera inmolado.
 Si cansada una hueste se repliega,
 Otra á ocupar su puesto se adelanta.
 Por aquí un peloton de infantes llega;
 Por allá un escuadron se les agrega.
 La tierra que los mira, en amaranto
 Tiene su verde manto,
 Y, en vez de sus pintados ramilletes,
 Por el suelo esparcidos, con espanto

Infantes ve, caballos y jinetes.

Dispersando á la turba que le acosa
Da Zerbino entretanto
De su valor la prueba mas gloriosa.
Tambien, delante de su nueva gente,
Ariodante da pruebas de valiente,
Y aterra y maravilla

Al navarro escuadron y al de Castilla.
Dejando atras los suyos y creyendo
Venir sin duda á recoger laureles,
Contra Zerbino empujan sus corceles
Mosco y Zelindo, hijos los dos bastardos
Del rey de Zaragoza Calabruno.
Acompañales uno

Que, entre los mas gallardos,
De ser gallardo paladin blasona;
Este es Calamidor de Barcelona.

Por sus tres lanzas traspasado á un tiempo
Viene á tierra el corcel, mas no Zerbino,
Que, de su muerte por lograr venganza,
Contra los tres impávido se lanza.
Su primer golpe, del arzon sacando
Al triste Mosco, jóven inexperto
Que en la victoria estaba ya pensando,
Le hace al suelo venir pálido y yerto.

Al verse arrebatado al caro hermano,
De rabia y de dolor Zelindo lleno,
Embiste al escocés; mas, por el freno
Sujetando este al bruto, le derriba,
Y con mano tremenda
De vida al amo y al caballo priva.

Horrorizado, en revolver la rienda
Calamidor no tarda.
«Aguádate, traidor; aguarda, aguarda,»
El escocés le grita:
Tras él se precipita,
Y, sin tocar al que el arzon ocupa,
Mata al caballo, hiriéndole en la grupa.

Por tierra el agareno rastreando,
Conjurar quiere su destino infando;
Pero Trason, sobreviniendo en eso,
De su corcel lo abruma bajo el peso.

Hácia el sitio do, solo y arrogante,
Lucha Zerbino, acuden con presteza
Lurcanio y Ariodante
De un brillante escuadron á la cabeza.
Bravo el de Albania, á Artálico y Margano
Poniendo en fuga, el postrimer suspiro
Hace exhalar á Etarco y Casimiro,
Mientras con brazo fuerte
Sembrando va Lurcanio estrago y muerte.
No ménos en el llano que en el rio
Era cruda entretanto la batalla;
Ni ménos que la hueste de Zerbino
Mostraba esfuerzo y brio

La que de Irlanda y de Inglaterra vino.
Del duque de Lancaster so la enseña
Vivo combate esta legion empeña,
Y jefes y soldados

De igual ardor se muestran animados.

Delante van Oldrado y Faramundo,
Duques de York y Glócester. Ricardo,
Conde de Wárich sígueles. Gallardo
De Clarenza va despues; y al frente
Dellos forman su gente,

Para el combate lista,
Fólicon, Baricundo y Matalista.

Cual se mecen al céfiro de mayo
En sus frágiles cañas las espigas,
O cual del mar al limite arenoso
Vienen y van las olas sin reposo,
Así, llenas de aliento ó de desmayo,
Se mueven las dos huestes enemigas,
Hasta que al fin, cansada la fortuna,
La espalda vuelve al de la media luna.

Mientras que á Matalista por el pecho

Levanta Oldrado en su robusta lanza
Y del corcel lo arroja á largo trecho,
En el hombro derecho
Al de Almeria Faramundo alcanza.
Cautivos ambos quedan del britano.

Cruda mucho mas que esta fué la suerte
De Baricundo, á quien con propia mano
El duque de Clarenza dió la muerte.

Desalentado, el bárbaro africano
Huye en desórden. Con ardor se arroja
El cristiano tras él, lo desaloja;
Y rota y destrozada

Quedara en esta célebre jornada
Gran parte del alarbe campamento,
Si Ferragut, que al lado de Marsilio
Hasta entónces estuvo, nuevo aliento
No viniera á infundirles con su auxilio.

A su bridon clavando el acicate,
Se dirige hácia el sitio del combate
Y llega en el momento

En que, partida la cabeza, á tierra
Del arzon baja Olimpio de la Sierra.

Era este un jóven cuyo dulce acento,
Unido de la citara á los sonos,
Cual la cera ablandaba

Los mas empedernidos corazones.

¡Feliz si en sus endechas
Cifrando su ventura, ni en aljaba
Pensara, ni en broquel, alfanje ó flechas!
Que de las musas fieles

Valen mas que de Marte los laureles.

Ferragut, que le amaba, al verle muerto
Se duele mas que al ver tenido en rojo
El suelo de cadáveres cubierto.

Ciego de ira y de enojo,
Al que la muerte diérale, acomete,
Y, rompiendo su almete,
El cráneo, el cuello, el pecho le divide,

Y del arzon á tierra lo despide.
Con su terrible espada hace en pedazos
Saltar yelmos, cabezas, cotas, brazos,
Y de tal modo á su adversario hostiga
Que á entregarse á la fuga al fin le obliga.

En esto llega el bárbaro Agramante
Sembrando ruina y asparciendo estrago.
Van con él Soridano, Farurante,
Balinverno, Prusion y Bambirago.
De gente sin renombre
Marcha detras innumerable copia,
Con cuya sangre en breve
De púrpura teñirse al suelo debe.

Del muro, en este tiempo, una gran parte
De su tropa Agramante retirando,
Ordena al rey de Fez que, su estandarte
Desplegando, se vaya
Tras de las tiendas y que ponga á raya
Al irlandes, que, en derredor girando,
De hacerse dellas dueño
Muestra constante y decidido empeño.

Marcha el de Fez al punto, que no ignora
Cuan fatal puede serle esta demora.

Sus otras huestes Agramante ordena;
Por la llanura la mitad envia,
Y con otra mitad sus pasos guia

A la orilla del Sena,

De donde, despachado por Sobrino,
Un mensajero por refuerzos vino.

Al ruido de este ejército, se aterra
Y huye desordenado el de Zerbino.

Solos, en medio á la contraria hueste,
Quedan Lurcanio, el príncipe Ariodante
Y Zerbino; mas este
Mal resistiera á la fe, si en tal instante
No le acorriera un paladin pujante.

Despues de haber cien haces destrozado,
Oye el de Amon decir que en la contienda

El principe escoces abandonado
 Y á pié quedó. Sin mas tardar la rienda
 A su corcel volviendo, llega al sitio
 Por do dispersa viene
 La hueste de Zerbino; y la detiene,
 Diciendo: « ¿Adónde vais? ¿Cómo pudisteis
 « Abandonar el campo á los infieles?
 « ¿Son esos los laureles
 « Con que ornar vuestras sienes prometisteis?
 « ¡Oh mengua digna de ejemplar castigo!
 « ¡Solo y á pié dejar así á su jefe
 « En presencia de un bárbaro enemigo! »
 Así diciendo, lleno de coraje
 Robusta lanza á un escudero quita,
 Y acomete á Prusion, rey de Albaraje,
 A quien á tierra muerto precipita.
 A Agricalte en seguida
 Y á Bampirago del arzon arroja;
 A Soridano hiere, y si de vida,
 Cual á los otros dos, no le despoja,
 Es que su lanza en el encuentro aloja.
 Viéndola rota, con su fuerte espada
 A Serpentino de la Estrella embiste,
 Cuya encantada cota no resiste
 A embate tan atroz. Así despeja
 Reinaldo el campo, y á Zerbino deja
 Escoger el corcel que mas le agrada.
 En esto la llegada
 Anuncian de Agramante, con Sobrino,
 Dardinelo y Balastro. Felizmente
 Montado el buen Zerbino
 En su nuevo bridon, llegar los sienta.
 Desnudo el hierro en medio de esta gente
 Se arroja, y manda á muchos al infierno
 A dar noticias del vivir moderno.
 Reinaldo, en esto, que á morder la tierra
 Iba á los mas valientes obligando,
 A Bayardo empujando,

Contra Agramante cierra,
 Que mas que mil él solo daba guerra.
 El golpe fué tan fiero,
 Que al corcel derribó y al caballero.
 Mientras por fuera así de la muralla
 Cada cual lucha en general batalla,
 De ira y de audacia ciego,
 A Paris Rodomonte pone fuego.
 Por la contraria parte,
 Sin saber nada, Cárlos se ocupaba;
 Y, al mando de Ariman y de Odoarte,
 La inglesa gente en la ciudad entraba,
 Cuando al rey se presenta un mensajero
 Que, entre ayes mil: « Señor, señor, » le dice,
 « De nuestra salvacion hoy desespéro.
 « A su pueblo infelice
 « Ha abandonado Dios, y del infierno
 « A Satanas envia
 « Que destruya á Paris. La llama impía
 « Mira que, entre humo, hacen crecer los vientos.
 « Del triste pueblo escucha los lamentos.
 « Un hombre solo, un musulman destruye
 « A toda una ciudad que cede y huye. »
 Bien cual aquel que, oyendo de campanas
 El repetido y fúnebre tumulto,
 Advierte que es su casa
 La que, entre tanto estrépito, se abrasa;
 Así, pasmado de este nuevo insulto,
 Cárlos congrega á su mas brava gente
 Y llega al sitio do el rumor se siente.
 Allí de tanto misero oye el duelo,
 Y miembros esparcidos
 Por aqui y por allí ve por el suelo....
 Ya diré en otro canto
 La causa de esta ruina y de este llanto.

CANTO XVII.

Carlomagno y sus paladines embisten al rey de Argel. — Descripción de Damasco. — Historia de Noradino y Lucila. — Torneo de Damasco. — Proezas de Grifon; cobardía de Martano; engaños de Origile. — Grifon es víctima de un error del rey. — Condena y venganza.

Quando, colmada por las culpas nuestras
La medida que el cielo les señala,

Darnos el Ser supremo quiere muestras
De que á su gracia su justicia iguala,
Para el trono designa

Los mas fieros tiranos y los dota
De gran poder y de intencion maligna.

Por eso, á gobernar á las naciones
Vinieron Sila, Mario, dos Neronés,
Domiciano y el último Antonino.

Por eso, desde el fango de la plebe
Se elevó hasta el imperio Maximino.

Por eso, á Tebas gobernó Creonte,
Y de un Mecencio la insaciable furia
Ensangrentó los campos de la Etruria.

Por eso, en fin, gimió la Italia en manos
De lombardos, de godos y de alanos.

¿Qué de Atila diré? ¿Qué de Ezelino?
¿Qué de otros cien tiranos
Que el enojo divino

Mandó por castigar á los humanos,
Lanzados del error en el camino?

Y esto, no ménos que la edad antigua,
La edad en que vivimos lo atestigua.

¡Qué! cual viles ganados,
¿Por ventura no estamos entregados
A lobos carniceros

Que, hartos ya, tanta presa
Devorar no pudiendo, á otros mas fieros,

Que de la selva ultramontana salen,
Invitan á que de esta rica mesa
Con los pingües despojos se regalen?

Mas huesos insepultos
Que los que en Trebia, en Trasimeno y Cánas
Dejaron de Cartago los insultos,
Dejarán estas fieras inhumanas
En la hermosa campiña fecundada
Por el Ronco y el Mella, el Tar y el Ada.

En gravedad y en número infinitos
Son ya nuestros delitos.

El cielo, por vengarlos, hoy envia
A gente aun mas que nuestra gente impía.
Mañana acaso, si hácia el bien volvemos,
Y que al término llegue del castigo

Nuestro fiero enemigo,
A destrozar sus costas volaremos.

En la mente de Dios profundo surco,
Sin duda, nuestros crímenes trazaron;
Que el árabe y el turco,
Nuestro suelo corriendo, estrago y ruina,
Y luto y mengua por do quier sembraron.

De sangre humana el rey de Argel beodo
Señaló su coraje sobre todo.

Ya dije cual, la triste nueva oyendo,
A la plaza el rey Carlos se traslada,

Allí gran parte de su gente viendo
O muerta ó mutilada,

Sus hogares y templos destruidos,
Sus habitantes que huyen abatidos.

« ¿Adónde vais? ¡oh miseros! » les grita.

« ¿Qué otro refugio os queda
Si esta ciudad el agareno os quita?

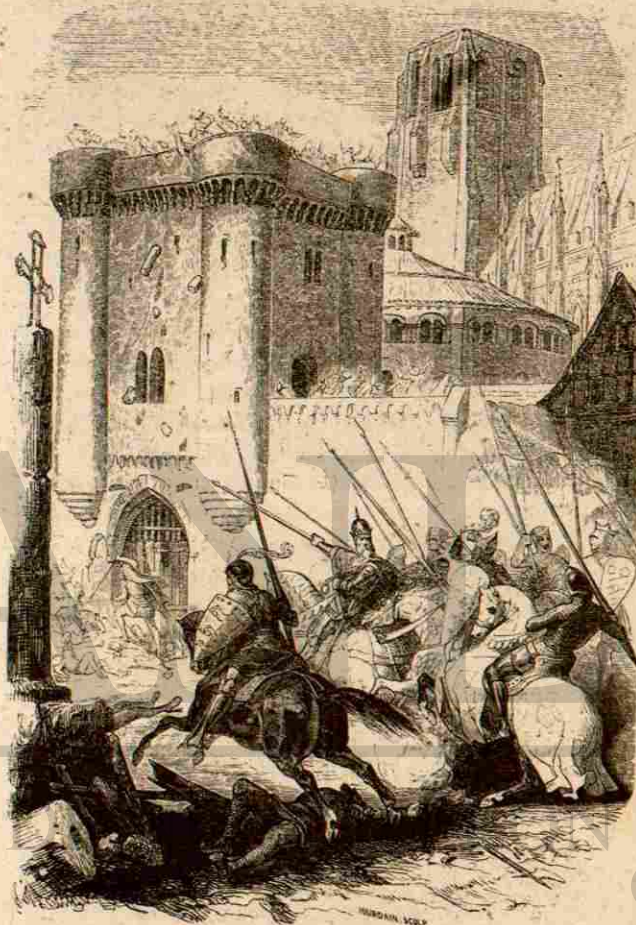
« Es posible que un hombre, un hombre solo,
« En vuestros muros preso,

« A miles de hombres venza

« Y de Paris despues se salga ileso? »

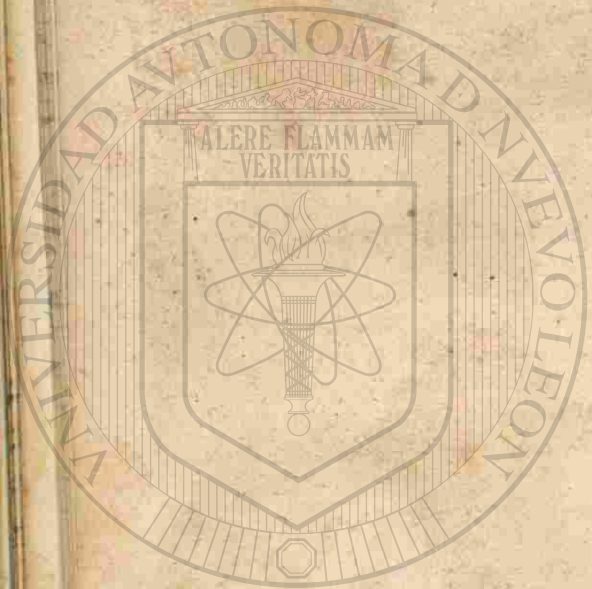
Así, lleno de cólera y vergüenza,

Diciendo, llega al sitio adonde muerte
 A tantos daba el agareno fuerte.
 Muchos, buscando donde estar seguros,
 Al palacio acogiéronse aquel día;
 Que, provisto de todo, bien podía
 La guerra sostener desde sus muros.
 De orgullo y de ira Rodomonte ciego,
 La plaza ocupa. Su derecha mano
 El hierro vibra; su siniestra el fuego;
 Y lanzandose luego
 Contra las puertas de la real morada,
 Hace sobre ellas resonar su espada.
 Desde los altos muros entretanto,
 El alma llena de mortal congoja,
 Torres y almenas cada cual arroja.
 Por dar muerte al pagano, no hay quien tema
 Derribar techos, piedras, columnatas,
 Y artesonadas vigas
 A sus abuelos y á sus padres gratas.
 Cual, despojada de su piel antigua
 Y ufana con la nueva,
 Saliendo una serpiente de su cueva
 Y el ardor de sus tiempos juveniles
 Sintiendo renacer, con ojo altivo
 Y con trilingüe boca, la batalla
 Presenta audaz á los demas reptiles;
 Así, con ademan provocativo,
 Junto al umbral su reluciente malla
 Muestra el de Argel: sobre ella en vano llueven
 Piedras, almenas, dardos y maderos;
 Que sus brazos por eso no se mueven
 Con frecuencia menor, ni menos fieros
 Son los golpes que bravo
 Sobre la puerta da. Hiéndela al cabo,
 Y por sus rajas puede
 Ver pintado en los rostros el espanto
 A que la turba, amedrentada, cede.
 Los gritos oye, el suspirar y el llanto



Rodomonte quiebra las puertas del palacio. (T. I, p. 280.)

De infelices matronas
 Que, sin piedad rasgándose los pechos,
 Corren, cubriendo de ósculos los lechos
 Que, en otro tiempo de su amor testigos,
 A serlo van en breve
 Del triunfo de sus fieros enemigos.
 Tal era el riesgo en que Paris se hallaba
 Cuando, seguido de su hueste brava,
 Carlos llegó. Sobre sus fuertes manos,
 Siempre por Cristo á combatir dispuestas,
 La vista tiende y dice: « ¿Qué! ¿son estas,
 « Estas las mismas manos que á Agolante
 « Arrancaron la vida en Aspramonte?
 « Las que á Troyano, á Almonte,
 « Y á cien mil adalides de su raza
 « Dieron la muerte, ¿temblaron acaso
 « Porque á Paris un bárbaro amenaza?
 « No, no; mostremos ánimo y pujanza.
 « Con tal que acabe con honor, ¿qué importa
 « Si noble empeño nuestra vida acorta?
 Dice; y, alzando su robusta lanza,
 Contra el de Sarza su bridon empuja.
 Las suyas de la cuja
 Sacan á un tiempo todos sus guerreros;
 Oger, Avolio, Naines, Oliveros,
 Ayino, Oton y Berenguer avanzan,
 Y á Rodomonte atacan juntamente
 En el pecho, en el flanco y en la frente.
 Mas dejemos, señor, por Dios dejemos
 De hablar de guerra y de cantar de muerte.
 Del feroz cuanto fuerte
 Rey de Argel las hazañas olvidemos,
 Y hácia Damasco con Grifon tornemos
 Y con la dama que á su lado lleva
 Al mozo infame de quien es manceba.
 Damasco es una de las mas pobladas
 Y mas ricas ciudades del Levante.
 De ella á siete jornadas



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
 DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS Y SERVICIOS DE INFORMACIÓN

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
 BIBLIOTECA CENTRAL
 "ALFONSO REYES"
 CARR. SAN ANTONIO, NUEVO LEÓN

Está Jerusalem. El fértil llano
Sobre que aquella gran ciudad se extiende
Está verde en invierno y en verano,
Y una leve colina
La protege del aura matutina.

Dos ríos cristalinos,
Cuyas fragantes aguas hay quien dice
Que pudieran mover varios molinos,
Por dos distintas partes se derraman,
Los aires embalsaman,
Y un número infinito fecundizan
De frondosos verjeles,
Por medio de los cuales se deslizan.

De Damasco entapizan
La calle principal hojas y flores.
Las ventanas, paredes y las puertas
Resplandecen cubiertas
De vistosos tapetes de colores,
Y de damas pulidas,
Ricamente adornadas y vestidas.

Su tiempo el pueblo alegremente pasa,
Que un baile se celebra en cada casa;
En tanto que en magníficos caballos
Cubren las calles reyes y vasallos,
Cargados de cuanto oro y pedrería
La fértil India en sus entrañas cria.

Seguido de su infame comitiva
El buen Grifon por la ciudad despacio,
La vista alzando á todas partes, iba.
Cuando halla un caballero
Que á subir le convida á su palacio,
Donde, según el uso, afable ofrece
A cada cual aquello que apetece;
Al baño los conduce, y en seguida
A una espléndida cena los convida.

Cuéntales luego como el rey de Siria
Del suyo y de los reinos extranjeros
Convoca á los guerreros

A la liza que debe
El nuevo sol iluminar en breve,
Y diceles que pueden
Dar, si les place, de su esfuerzo muestra
Saliendo á combatir á la palestra.

Bien que tal de Grifon, yendo á Damasco,
No fuese el plan, acepta este convite
Que su honor rehusar no le permite.
De esta funcion la causa luego inquiere,
Y si es antigua usanza ó fiesta nueva,
Con que hacer el rey prueba
Del valor de sus súbditos hoy quiere.

« Esta fiesta, » responde el caballero,
« Por nuestro rey ha sido instituida
« En memoria del dia en que la vida
« Salvar logró de riesgo grave y fiero.
« Cuatro meses, plañendo su fortuna,
« Vivió sumido en deplorable cuita :
« Desde hoy, por eso, á cada cuarta luna
« Ordena que esta fiesta se repita.

« Sabed, señor, que de la noble y bella
« Hija del rey de Chipre enamorado
« Por mucho tiempo anduvo Noradino;
« Y cuando á ser esposo suyo vino,
« Con damas y guerreros á su lado
« Emprendió hácia la Siria su camino.
« Pero, no bien se vido á toda vela
« Nuestro bajel en alta mar lanzado,
« Una tormenta atroz nos desconsuela,
« Dejando hasta al patron desconcertado.

« Tres dias y tres noches anduvimos
« Sin rumbo cierto por la mar. Cansados
« A un sitio en fin llegamos, donde vimos
« Frescos arroyos, plácidos collados.
« Alto al pié de unos árboles hicimos;
« Mesas alzamos y encendimos lumbre,
« Mientras el rey, siguiendo su costumbre,
« Por la vecina selva con dos siervos,

« Que su aljaba llevaban, iba en busca
 « De corzos, de venados y de ciervos.
 « Del mar, cabe él sentados una tarde,
 « Vemos salir un monstruo que, corriendo,
 « Se dirige á nosotros. Dios os guarde
 « De ver, señor, un ente tan horrendo;
 « Mejor es á la fama dar creencia
 « Que ir á hacer por sí propio la experiencia.
 « Su enorme busto es mas que largo grueso.
 « De amarillento hueso
 « Una bola saliente,
 « En vez de ojos, se nota
 « A cada lado de su torva frente,
 « Y de su hocico, que inmundicia brota,
 « Cual el de un jabali se avanza el diente.
 « Corriendo viene y levantando el morro
 « Cual podenco que sigue alguna pista.
 « Quien al temor resista
 « No se halla en nuestro consternado corro,
 « Pues que, si bien privado de la vista
 « El monstruo se halla, es falta que compensa
 « De su nariz la sutileza inmensa.
 « En vano, cual el viento, por la arena
 « Todos, huyendo de él, se dispersaron,
 « Que de cuarenta que éramos, apenas
 « A nado diez hasta el bajel llegaron.
 « Bajo el brazo á los unos en manojos
 « El orco hacina, y de otros con despojos
 « Su vientre y su zurrón ansioso llena.
 « De mármol cual la nieve, fabricada
 « A la orilla del mar, vese una cueva.
 « El monstruo allí nos lleva
 « Y contemplar nos deja una matrona
 « Que á doloroso llanto se abandona
 « En medio de otras damas y doncellas,
 « Viejas y feas, jóvenes y bellas.
 « No léjos de esta cueva, y de la roca
 « En lo alto casi, hay otra do encerrados

« El orco tiene todos sus ganados,
 « De que nadie mas que él sabe la cuenta.
 « El mismo en todo tiempo
 « Los cuida, los mantiene y apacienta,
 « Mas bien, á la verdad, por pasatiempo
 « Que por necesidad; pues, devorando
 « A tres de nuestros jóvenes, señales
 « Claras nos dió de que la carne humana
 « Prefiere á los despojos de animales.
 « De la boca de este antro levantando
 « Una gran losa, en él nos introduce;
 « Salir hace á su grey, y hácia sus pastos
 « Al son de la zampoña los conduce.
 « Del bosque nuestro rey saliendo en tanto,
 « Llega á la playa. Allí, no sin espanto,
 « Su pabellón abandonado advierte;
 « Y adivina su suerte,
 « Cuando á lo léjos á su gente mira
 « Que alza las anclas y las velas tira.
 « Bien presto hácia él expidese una barca;
 « Mas en ella el monarca,
 « Lo que pasa sabiendo, entrar no quiere.
 « Recorrer la comarca,
 « En seguimiento del raptor, prefiere;
 « Ir luego en busca de su esposa bella,
 « Y libertarla ó perecer con ella.
 « Por la playa siguiendo
 « De las que ve las mas recientes huellas,
 « Lleno de amor, de pena y de coraje,
 « Llega luego al paraje
 « Do de nosotros cada cual creia
 « De la fiera ser pábulo aquel día.
 « Sola por dicha en casa estaba entonces
 « Una mujer que con el orco vive.
 « Huye, al mirar al rey, huye, le grita:
 « ¡Triste de tí si el orco te percibe!
 — « Que me perciba ó no, poco me importa
 « Dice el rey, que engañado aquí no vengo.

« Mi paso guian el amor y el ansia
 « Que de morir junto á mi esposa tengo. »
 « É informándose luego de la suerte
 « Que á sus secuaces cupo,
 « Preguntó si cautiva
 « Lucina estaba ó si sufrió ya muerte.
 « De la piadosa dama entonces supo
 « Que su adorada esposa estaba viva,
 « Y que no moriria
 « Pues mujeres el monstruo no comia.
 « — Yo, añade, y las demas que aqui vivimos,
 « Ser de aquesta verdad podemos prueba.
 « Jamas el menor daño recibimos
 « Siempre que no salgamos de la cueva;
 « Mas, si evadirse della intenta alguna,
 « Llore luego su misera fortuna,
 « Pues viva él la sepulta ó la encadena,
 « O al sol desnuda expónela en la arena.
 « En aquel otro lóbrego recinto
 « Donde tu gente agora está revuelta,
 « Por el olfato á todos distinguiendo,
 « Separará los sexos á su vuelta.
 « No temas que de muerte á las mujeres;
 « Pero tampoco esperes
 « Que ni un solo hombre ha de quedar con vida,
 « Pues de cuatro ó seis dellos, cuando sienta
 « Hambre, ha de hacer el orco su comida.
 « Por librar á tu dama, no imagino
 « Que nadie aqui consejo pueda darte;
 « Parte pues, hijo, parte,
 « Y bástete saber que su destino
 « Será el nuestro en las penas y placeres;
 « Parte, por Dios, si perecer no quieres,
 « Pues por aquí, llegando el orco, pasa,
 « Y huele hasta un raton que haya en la casa.
 « No, no haré tal, responde el rey; al lado
 « De mi esposa querida
 « Prefiero yo mil muertes á la vida,

« Si vivir debo della separado. »
 « Por persuadirle la mujer se afana;
 « Mas viendo en fin que su insistencia es vana,
 « En ayudarle á conseguir su intento
 « Pone todo su afan y entendimiento.
 « Pendientes de las bóvedas los cueros
 « Vianse allí de chivos y corderos.
 « De un animal de aquestos con la grasa
 « Su cuerpo al punto mándale que frote,
 « A fin de que, al volver el orco á casa,
 « La diferencia de su olor no note.
 « Hecho esto, al rey en una piel envuelve,
 « Y, encargándole andar siempre encorvado,
 « Al sitio se lo lleva
 « Do está Lucina en tenebrosa cueva.
 « Noradino obedece,
 « Y al borde de la cueva permanece
 « Durante muchas horas, aguardando
 « Que llegue con su grey el monstruo infando.
 « La tarde en fin caida
 « Era ya cuando suena
 « La hueca caña que al ganado ordena
 « Que de la húmeda yerba se despida.
 « Pensad, señor, pensad cual temblaria
 « El rey al ver aquella fiera impia.
 « De su terror, empero,
 « Triunfó un amor tan firme y tan sincero,
 « Y entre chivos y cabras por la puerta
 « De la caverna entró, viéndola abierta.
 « El orco entonces hácia nosotros viene,
 « Y, la puerta cerrando,
 « Oliendo va, dos victimas buscando
 « Con cuya carne aquella noche eene.
 « De espanto tiemblo y sudo á tal recuerdo.
 « Parte por fin. De su disfraz, no lerdo,
 « Nuestro rey se despoja
 « Y entre los brazos de su bien se arroja.
 « Lucina, en vez de gozo y alegría,

« Dolor profundo siente
 « Al ver al rey, que tan inútilmente
 « A inevitable riesgo se exponia.
 « En medio, ella decia,
 « De mi grave dolor, me consolaba
 « El pensar que tus dias no amagaba
 « Desgracia igual á la desgracia mia.
 « Muriendo, de mi daño
 « Solo tenia que quejarme; agora
 « Mas que mi suerte; oh Dios! la tuya plaño.
 « — Responde el rey: Movido solamente
 « Por mi esperanza de salvar contigo
 « A tantos infelices, aqui vine.
 « Si en libertad ponerte no consigo,
 « Mi triste vida de una vez termine;
 « Mas cual vine saldré; y de aqui conmigo
 « Saldrá aquel que la peste
 « De un disfraz como aqueste
 « Algunas horas resistir no tema. »
 « Enseñanos asi la estratagema
 « Con que puede burlar nuestro conato
 « Del ciego monstruo el exquisito olfato;
 « Y bien pronto, siguiendo sus consejos,
 « Cuantos éramos, hombres y mujeres,
 « Muerte á otros tantos dimos
 « De aquellos animales, y escogiendo
 « Los de olor mas infecto y los mas viejos
 « El cuerpo con su grasa nos cubrimos,
 « Vistiéndonos despues con sus pellejos.
 « En esto el sol de su mansion salia;
 « El primer rayo de la luz del dia
 « El monstruo viendo, con sonora caña
 « Hace á su grey salir de la cabaña.
 « Temiendo que, escondido en la manada,
 « Alguno de nosotros se le evada,
 « Al borde de la cueva se coloca;
 « A cada cual que sale palpa y toca,
 « Y á todos libremente

« Deja salir, si pelo ó lana siente.
 « Asi partimos todos sin que nada
 « Notase el orco hasta que el turno vino
 « De la esposa infeliz de Noradino.
 « Lucina, ora que untarse no quisiera,
 « Cual nosotros, de grasa; fuese acaso
 « Por lo lento ó lo breve de su paso,
 « O ya porque algun grito profiriera
 « Al sentir de la fiera
 « La dura mano que oprimió su lomo,
 « Reconocida fué, yo no sé como.
 « Al riesgo propio cada cual atento,
 « De los demas no advierte la congoja.
 « Yo, empero, de la dama oigo el acento,
 « La vista vuelvo, y noto al orco impio,
 « Que de la piel que viste la despoja
 « Y á hundirla vuelve en la caverna oscura.
 « Confundidos en medio á sus ganados,
 « Llegamos los demas á una llanura
 « Situada entre dos fértiles collados.
 « Mientra á la sombra de un verjel frondoso
 « Tendido el orco, entrégase al reposo,
 « Nosotros la ocasion aprovechamos,
 « Y hácia los montes unos el camino,
 « Otros del mar la direccion tomamos.
 « Nuestras huellas no sigue Noradino;
 « Que, resuelto á morir como no pueda
 « A su dama librar, alli se queda.
 « Tal fué su enojo, su dolor tan fuerte,
 « Que buscando la muerte,
 « Del monstruo atroz hácia la boca avanza,
 « Y arrojárase en ella
 « Si no le contuviera la esperanza
 « De romper las cadenas de su bella.
 « Volviendo el orco á su antro, ve con pena
 « Que nuestra fuga le dejó sin cena;
 « Culpa á Lucina, y á vivir atada
 « Sobre un alto peñasco la condena.

« De su esposa adorada
 « La grave cuita Noradino advierte
 « Sin poder aliviar su triste suerte.
 « Confundido entre cabras y entre ovejas,
 « Mañana y tarde, el infeliz amante
 « Los ayes y las quejas
 « Escucha de su amada. A cada instante
 « Oye su triste voz, que le suplica
 « Abandone una tierra do sin fruto
 « Va con su muerte a sepultarla en luto.
 « También la esposa del guardian le ruega
 « Que parta, mas en vano;
 « Que, firme siempre en su proyecto insano,
 « A partir sin su amada el rey se niega.
 « Así vive en la cueva,
 « Dando de amor irrefragable prueba,
 « Hasta que allí por singular acaso
 « Llegó con Mandricardo el rey Gradaso.
 « Llenos mas de valor que de cordura,
 « A la playa descenden.
 « El rey de Chipre, que en el buque aguarda,
 « A Lucina no tarda
 « En ver venir con ellos,
 « Mientras que, con el monstruo y su ganado,
 « En la cueva encerrado
 « Antes del alba estaba Noradino.
 « Cuando al albor del rayo matutino
 « Saliendo el rey de la profunda cueva,
 « De la mujer del orco oye esta nueva,
 « Gracias da al cielo, cierto de que, agora
 « Que del furor del monstruo fué salvada,
 « Reconquistar á aquella á quien adora
 « Podrá con su oro, su ánimo ó su espada.
 « Lleno de gozo, pues, con el ganado
 « Al verde prado sus pisadas guía,
 « Y no bien nota que en la selva umbria
 « Se entrega al sueño su guardian malvado,
 « De allí se aleja. Andando noche y dia

« Y no previendo ya nuevos reveses,
 « Se embarca en Satalia
 « Y llega á esta ciudad hace tres dias.
 « Por los castillos y ciudades todas
 « De Siria y Chipre, de África y de Ródas,
 « En vano de su bella
 « Hizo inquieto hasta aquí buscar la huella.
 « Tan solo ántes de ayer supo que puerto
 « En Nicosia encontró del padre al lado,
 « Despues de haber andado
 « Largo tiempo en la mar sin rumbo cierto.
 « De esta nueva felice
 « En memoria una fiesta
 « Ordena nuestro rey, que, cual aquesta,
 « A cada cuarto mes se solemnice.
 « Renovar es su intento
 « El júbilo que siente en este dia
 « En que, tras cuatro meses de tormento,
 « Ve cambiada en placer su suerte impia.
 « Testigo yo de una gran parte de esto,
 « Por quien lo padeció conozco el resto;
 « Y puedo asegurar no está al corriente
 « Quien esta historia de otro modo cuente.»
 Así de la funcion que se prepara
 La causa el huésped á Grifon declara.
 Casi toda la noche se consume
 En referir y en escuchar la historia,
 En que del rey de Siria se resume
 Todo el amor y la piedad notoria.
 De la mesa en seguida
 Levantándose el huésped, á una estancia
 De cuanto es necesario apercebida
 A cada cual de sus oyentes lleva.
 Allí, del claro sol á la luz nueva
 Y al sol de alegre universal concierto,
 Alegre cada cual se halla despierto.
 El ruido de atambores y trompetas
 A toda la ciudad junta en la plaza.

El de hombres, de caballos y carretas
 Escuchando Grifon, su escudo embraza
 Y viste la coraza
 Que impenetrables hizo
 De protectora mágica el hechizo.
 También su cota viste el de Antioquia,
 Y marcha de Grifon en compañía.
 Cruesas lanzas, robustas como entenas,
 Entrégales el huésped, que seguido
 De un escuadrón lucido
 Al campo viene con los dos guerreros,
 A quienes da sirvientes y escuderos.
 Allí llegando, sin mostrar deseo
 De salir al combate, se retiran
 Del sitio del torneo,
 Y a los guerreros que á lidiar aspiran,
 Uno á uno y dos á dos, mostrarse miran.
 Cual, el color acompañando al arte,
 Su gozo ó pena muestra en su estandarte;
 Cual dice en su cimera y en su escudo
 Si le es benigno amor ó si le es erudo.
 Armábase cual se arma el Occidente
 En aquel tiempo la siriaca gente,
 Que sin duda esta usanza
 Tomó del Franco, dueño de la tierra
 Donde el sepulcro del Señor se encierra;
 Tierra que, bien que altivos sin pujanza,
 Dejan hoy los cristianos
 En poder de esos barbaros paganos.
 En vez de combatir por el aumento
 De la fe de su Dios, necios ó locos,
 La guerra se hacen entre sí los pocos
 Que tienen de su ley conocimiento.
 ¡Gente española, helvética y francesa!
 Y tú, Germania, el hierro sanguinario
 Que contra el pueblo que tu ley profesa
 Tu ciego enojo de vibrar no cesa,
 Vuelve hoy contra tu pérfido adversario.

Si quereis cristianísimos los unos,
 Los otros que católicos se os llame,
 ¿Porqué, porqué vuestra codicia infame
 En la sangre se ceba
 De aquel que acaso vuestro nombre lleva?
 ¿Porqué Jerusalem gime oprimida
 En poder de esa turba fementida?
 ¿Porqué á Bizancio el árabe perverso
 Ocupa, y lo mejor del universo?
 Y tú, vecina de África, ¡oh España!
 De quien tantos ultrajes recibiste,
 ¿Porqué, impunes dejándolos, tu saña
 Diriges hoy contra la Italia triste?
 En la embriaguez de reprobados goces,
 ¡Oh Italia! ¿no conoces
 Que de aquel que tus leyes respetaba
 Estás hoy hecha la servil esclava?
 Y tú, ¡Suizo infeliz! si á Lombardia
 El recelo te guía
 De morir de miseria allá en tu choza;
 Si del ajeno pan escasas migas
 O pronta muerte por piedad mendigas,
 ¿Porqué de Europa, ó de la Grecia al ménos,
 No corres á lanzar los Sarracenos?
 Tesoros ganarás con tal victoria
 Y con la muerte duradera gloria.
 También hablo al Tudesco tu vecino.
 De allí no están muy léjos las riquezas
 Que de Roma condujo Constantino;
 Ni el Edmo, ni el Pactolo, que oro fino
 Arrastran, ni la Libia, la Migdonia,
 Ni aquella tierra venturosa y rica
 De quien la historia el esplendor publica.
 Y tú, Leon, que á los mortales puedes
 Cerrar y abrir las eternas sedes,
 A Italia no permitas
 Vivir mas tiempo en lánguidos placeres.
 Tú, tú su sosten eres,

Y si el nombre que llevas te dió el cielo,
Fué porque en su defensa
La fuerza unieses y el valor al celo.

Mas, de uno en otro asunto,
¿Adónde, adónde va la pluma mia?
De retornar de mi partida al punto
Es, sin embargo, tiempo todavía.

Ya dije cual, á la francesa moda
Vestido, el sirio acude á la ancha plaza,
Cubierta entónces toda
De guerreros con yelmo y con coraza.

Las bellas damas rosas y jazmines
Arrojan á los bravos paladines.
Sus ágiles bridones
Al son de las trompetas y clarines
Hacen ellos salir á la palestra.
Uno su gracia en manejarlo muestra;
Rigiéndolo con mano poco ducha,
Del pueblo otro tras sí la risa escucha.

El premio del combate ser debía
Bella armadura hallada en un camino
Por un mercante que de Armenia vino.
Una espléndida túnica, cuajada
De oro tan rico y tanta pedrería
Que inestimable su valor hacia,

Añadió Noradino
Al bello don, que para sí guardara,
Si su mérito inmenso sospechara.

Mas de una lanza rota,
Mas de una fuerte cota
Cedió ya al choque de tajante espada,
Cuando vino Grifon á la estacada.
Ocho jóvenes nobles, aguerridos
Y al rey caros, se muestran en la plaza,
Dispuestos á lidiar solos ó unidos,
Con asta, espada ó maza,
Contra todo el que prueba
A hacer con ellos de valor se atreva.

No ménos que en combate verdadero,
Con sus golpes crueles
Hacen saltar lorigas y broqueles.
La sola diferencia
Que entre este juego y un combate existe,
Es que del rey se deja á la prudencia
El evitar todo suceso triste.

El fementido moro de Antioquia,
Martano apellidado, se presenta
En el campo tambien, haciendo alarde
De la sombra de esfuerzo y osadía
Que á su pecho cobarde
Infunde de Grifon la compañía.
Con él se llega de la liza á un lado,
Y el fin allí de una batalla fiera,
Por dos guerreros disputada, espera.

El señor de Selenco, que era el uno
De los ocho que dije, combatiendo
En esto con Ombruno,
Dale en el rostro un golpe tan tremendo,
Que pone fin á su gloriosa vida.
Por todos fué sentida

La muerte de este noble caballero,
El mas bravo y cortes del mundo entero.
Testigo de tan áspera refriega,
Al terror y á la fuga el vil se entrega.

Grifon, que está á su lado, con el gesto
Y con la voz le anima
A embestir á un guerrero que, dispuesto
A combatir, hácia ellos se aproxima.

Cual can que, por su dueño estimulado,
Diez pasos, tal vez veinte, al lobo sigue,
Y, parándose luego de repente,
De miedo mas que de ira
Ladra cuando oye el rechinante diente,
Cuando la llama de sus ojos mira;
Así, trémulo, el tímido Martano
Vuelve el corcel hácia la diestra mano.

Excusarse su fuga bien podia,
 La culpa atribuyendo à su caballo;
 Mas, al ver la flaqueza y cobardía
 Con que el acero esgrime,
 Su defensa no creo
 Aceptara Demóstenes sublime.
 Huyendo, pues, por medio à aquel gentío
 Y escuchando insultante vocerío,
 Pasa el vil como loba que, acosada,
 Veloz corre à esconderse en su morada.

Turbado el buen Grifon, en una hoguera
 Mejor que donde está verse quisiera;
 Fuego lanza su vista; el pecho arde
 Como si suya aquella mengua fuera:
 El pueblo todo verle dar espera
 Cual à Martano pruebas de cobarde;
 Mas Grifon, que el efecto producido
 Por la fuga de aquel borrar pretende,
 El bridon empujando, se adelanta,
 Y con su fuerte lanza en tierra extiende
 Al de Sidon, que en breve se levanta.

Grifon le deja y torna à la pelea;
 Y recobrando el asta, en tres pedazos
 La hace volar, hiriendo en lo mas alto
 Del escudo al señor de Laodicea,
 Que, sorprendido por tan rudo asalto,
 Pálido y aterrado, titubea.

Recobrándose en fin, la espada saca,
 Vuelve al caballo y à Grifon ataca.

Al ver Grifon que del arzon no basta
 A sacar este embate à su enemigo,

« Lo que no pudo el asta
 « Con la espada, » se dice, « à hacer me obligo. »

Y dándole en la sien un golpe rudo,
 Otro redobla, y otro,

Hasta que al suelo arrójale del potro.

Dos hermanos de Apamia allí se hallaban,
 Corimbo y Tirsis, ínclitos guerreros

Que acostumbrados à vencer estaban.
 Al hijo de Oliveros

Ceden los dos. El uno à tierra viene
 Al primer choque; contra el otro tiene
 Que usar Grifon su espada. De la liza
 Vencedor cada cual le preconiza.

En ella se presenta Salinterno,
 Gran mariscal é ilustre condestable,
 Cuyo brazo, en la guerra formidable,
 De la Siria en la paz tiene el gobierno.
 No pudiendo sufrir que de esta lucha
 Venga à obtener el premio un extranjero,
 Enarbola su lanza

Y furibundo hácia Grifon avanza.

Entre diez lanzas la mas fuerte elige
 Grifon, y la dirige

Contra el broquel de Salinterno. Escudo
 Y peto y pecho y espaldar traspasa.
 Saliendo por detras el hierro crudo.

Por su avaricia odiado,
 Del pueblo el mariscal ni un ; ay! obtuvo;
 Solo el rey triste de su muerte anduvo.

Tambien vienen à tierra en corto instante
 Dos de Damasco, Ermófilo y Cormundo;
 General el primero, y almirante
 De las tropas del rey es el segundo.
 Quedaba solo el de Seleuco. Armado
 Mejor, mejor montado

Y mas pujante que los otros siete,
 En la lid presentándose, acomete

Al buen Grifon. En el contrario casco

Con furia igual se estrella cada lanza;

Mas, del violento choque à la pujanza,

Pierde el izquierdo estribo el de Damasco.

Sueltan las lanzas, y con hierro en mano
 Se atacan ambos con furor no visto.

Al pagano el de Cristo

Un golpe da que un yunque apedazara,

Y que el hueso y el hierro del escudo,
Escogido entre mil, saltar haciendo,
El muslo le tronchara,
A no ser la armadura
Que le encubre tan sólida y tan dura.

A Grifon su adversario alarga en esto
Un golpe atroz, que fuérale funesto,
A no estar su celada,
Como sus otras armas, encantada;
Mas al bravo Grifon herir no puede,
Mientras de este al furor su cota cede.
El pueblo ve que infanda

Va á ser al musulman esta contienda,
Y á los heraldos Noradino manda
Hacer que sin tardanza se suspenda.
Del uno así fué el otro separado,
Y el sabio rey por todos elogiado.

Los ocho caballeros que atrevidos,
Con la idea del triunfo se halagaron,
Por uno solo al verse así vencidos,
Uno tras otro, el campo abandonaron.
Vana fué, pues, de los demas la pena,
Que desierta encontráronse la arena.

Una hora duró corta
Toda aquesta funcion; mas Noradino,
A quien el juego prolongar importa,
Del palco baja; el campo despejando
En dos mitades la su gente pone,
Y, á cada cual un adversario dando,
A empezar nueva justa se dispone.

Lleno mas de coraje y de despecho
Por la infame conducta de Martano,
Que de su propio triunfo satisfecho,
Grifon el paso hácia su estancia lleva,
Do con el vil encuentra á su manceba.
Por calmar ambos su ira
Añaden el baldon á la mentira,

Si Grifon los creyó, no sé; discreto

Su excusa, empero, acepta; y en secreto
Manda que al punto apresten su partida,
Temiendo que, á la vista de Martano,
Contra él se agite el populacho insano.
Y él mismo luego por vereda extraña
Fuera de la ciudad los acompaña.

De allí á dos millas, por tomar reposo,
Y dar alguno á su caballo, se entra
En una venta que á su paso encuentra;
Desármase, desnúdase en seguida
Que quita á su corcel arnes y brida;
Solo, despues hácia una estancia oculta
Se parte, y en el lecho se sepulta,
Do presto dél el sueño se apodera.

Con la infiel embustera
Martano entónces á un jardin viniendo
Que allí cerca se hallaba, el mas horrendo
Concibe, el mas extraño
Plan á que nunca se asoció el engaño.

Su bridon y sus armas al guerrero
Sustraer imagina, y presentarse
Al rey en vez del bravo caballero
Que acababa en la lid de señalarse.
De la intencion á la obra pasa en breve;
El caballo mas blanco que la nieve
Roba á Grifon, y róbase el escudo,
Las armas, la divisa y vestimenta,
Y en la plaza con ellas se presenta
En el momento en que á su gente brava
Las armas deponer el rey mandaba,
Y mandaba asimismo

Que el premio á recibir de su heroismo
Se presentase el jóven que, montado
Sobre blanco bridon, de blancas plumas
Y blanca vestidura iba adornado.

Cual el asno cubierto
Con la piel del leon, el vil Martano,
Estas voces oyendo, se adelanta.

Y al rey se llega con semblante ufano.
Cortes el rey, al verle, se levanta,
Le abraza y á su lado le da asiento.
Obsequiándole así por varios modos,
Esmerarse en su obsequio manda á todos,
Y vencedor ordena

Que al son de las trompetas se proclame
Al caballero, cuyo nombre infame
De palco en palco con loor resuena.
De su lado le ruega no se aparte,
Y atiéndele cual á Hércules ó á Marte.
En su palacio luego

Suntuoso alojamiento le destina,
Y con él á sus pajes y escuderos
Festeja, y á su torpe concubina.

Mas tiempo es ya de que á Grifon tornemos.

Al despertar, notando con sorpresa
Que ya empezaba á declinar la tarde,
Salta del lecho y busca á toda prisa
La habitacion del impostor cobarde.
No hallándole, no viendo
Sus armas ni su ropa, agitado
Torna á buscar, y su inquietud se aumenta
Cuando, en vez de la suya,
Del vil Martiano ve la vestimenta.
Llega el huésped en tanto, y le da cuenta
De como retornado,

Del resto de su gente en compañía,
El vil Martiano á la ciudad había,
Todo de blancas armas adornado.
Por las huellas que en vano
Tanto tiempo siguió, corriendo agora,
Ve bien Grifon que de su infiel señora
Es aquel el galán y no el hermano.

Duélele, pero tarde, sin recurso,
Haber dado mas crédito al discurso
De una embustera ingrát
Que del griego á la voz cuerda y sensata.

Mientras pudo vengarse, no lo quiso;
Hoy que ya no lo puede, lo desea;
Y del traidor las armas y el caballo
Toma ; incauto! por ir á castigallo.

Mejor que en embrazar el torpe escudo,
O que en vestir la deshonrada cota,
Grifon hiciera en ir todo desnudo.
Su riesgo, empero, en su furor no nota;
Vistese y torna á la ciudad. Al día
De luz quedaba una hora todavía.

Hacia la izquierda de la puerta adonde
Llega Grifon levántase un castillo,
De cuyo interno lujo al raro brillo
La exterior solidez no corresponde.
Congregada en opiparo banquete
Allí del rey la noble compañía,
Se entregaba al placer y á la alegría.

El palacio y la roca en que se asienta,
La campiña dominan y la via
Que á la ciudad por aquel lado guia.
Así, no bien hasta sus puertas llega
Grifon, cubierto de la cota, insignia
De oprobio y de ignominia,
Con el traidor cobarde confundido,
Como tal fué beñado, escarnecido.

En gran favor y en el primer asiento,
De su digna manceba estaba al lado
El impostor malvado.

El rey, de verle junto á sí contento,
Le preguntaba el nombre y nacimiento
De aquel que á la ciudad tornar osaba
A hacer de su presencia ignoble alarde,
Después de dar tal prueba de cobarde.
« Extraño me parece, » le decia,
« Que siendo caballero tan pujante
« Aceptado hayas tú tal compañía.
« Tu objeto fué, sin duda,
« Cuando aquí lo guiaste,

« Realzar tu valor por el contraste ;
 « Mas por el Dios del cielo yo te juro
 « Que, si mi admiracion por tu persona
 « Mi indignacion contra él no contuviera,
 « Justo castigo à su vileza diera
 « Mi enojo, que à los viles no perdona ;
 « Y sepa que si marcha sin castigo,
 « Lo debe solo à que llegó contigo. »
 — « Alto señor, » el pérfido responde,
 « No vuestro enojo esa razon contenga,
 « Que yo ignoro de donde
 « Ese hombre infame à vuestra corte venga.
 « Llegando de Antioquia,
 « Di con él por acaso en el camino,
 « Y à su aspecto juzgué que fuese dino
 « De venir de mi gente en compañía.
 « Por lo demas, no sé que consumado
 « Haya nunca otra hazaña
 « Que la que habeis vos mismo presenciado,
 « Y de la cual mi saña
 « Tal castigo le diera que de nuevo
 « Presentarse en la liza le vedara,
 « Si el respeto que debo
 « A vuestra Majestad no lo estorbara.
 « Ni por salvarle le valdrá que un día
 « Vivió en mi compañía.
 « Della yo avergonzándome, con pena
 « Veré, señor, que al vil no se condena.
 « Colgado, en vez de permitir que parta,
 « Si quereis complacerme, de una atmena ;
 « Digno tan noble ejemplo me parece
 « De un rey que à los cobardes aborrece. »
 Estas razones Origile apoya :
 « Mas no, » responde el rey ; « de ese guerrero
 « El proceder la muerte no merece.
 « Otro castigo yo imponerle quiero. »
 Dice, y llama à un heraldo, à quien al punto
 Sus instrucciones le da sobre este asunto.



Grifon prisionero, paseado por las calles de Damasco. (T. I, p. 303.)

Parte el heraldo, y de su armada gente
En reunir buen número no tarda.
Della pónese al frente;
En la puerta en silencio el héroe aguarda,
Y, cayendo sobre él á la improvisa,
Lo coge sin dar tiempo á que resista,
Y le befa y le insulta
Y en oscura mazmorra le sepulta.
El sol apénas, el regazo blando
De su jóven esposa abandonando,
Las cumbres de los Alpes coloraba
Y del valle las sombras desterraba,
Cuando, temiendo la presencia y la ira
Del valiente Grifon, el vil Martano
Al rey pide licencia, y se retira.
Viendo aqueste que en vano
Con viva instancia á detenerle aspira,
Del usurpado triunfo añade al precio
Un monumento insigne de su aprecio.
Pero partir dejemos al aleve,
Que sus infamias va á pagar en breve.
Llena estaba de gente la ancha plaza
Cuando, sin yelmo el héroe y sin coraza,
De una túnica solo revestido
Y cubierto de oprobio, conducido
Cual se lleva al cadalso á un delincuente
Fué sobre un alto carro, lentamente
Tirado por dos vacas
De largo ayuno débiles y flacas.
Del carro ignoble en torno caminaban
Viejas horribles, sórdidas rameras,
Que el placer de regir se disputaban.
É injurias contra el héroe vomitaban.
Contra él tambien denuestos
Rapazuelos imberbes exhalaban,
Y lanzándole piedras, y le hirieran,
Si á juegos tan funestos
Los hombres de razon no se opusieran.

Detras del carro, hundidas en el cieno,
Van las indignas armas
Que le hacen hoy pagar delito ajeno.
Párase en fin el carro; ante sus jueces
Llega Grifon, y allí se le condena
A soportar ignominiosa pena.

Delante á cada templo y cada casa,
Por exponerlo al público, lo llevan;
Por do quiera que pasa

Insultos é improperios se renuevan.
Así llega á las puertas

De la ciudad, de cuyo seno ciertas
De arrojarle por siempre se creían
Las gentes que á Grifon no conocían.

Mas este, apénas de sus férreos lazos
Sus pies ve libres y sus fuertes brazos,
Su espada empuña y á la chusma embiste,
Que á sus terribles golpes no resiste.
Hasta otro canto, empero,
Esta importante narracion dió.

CANTO XVIII.

Márchase Rodomonte de Paris, y se encuentra en el camino con un enano que le da fatales noticias de Doralice. — Vuelve Carlomagno á fortificar á Paris. — Proezas del jóven Dardinele. — Noradino aplaca á Grifon. — Fin de la historia de Origile. — Nuevos combates en Damasco. — Carácter y valor de Marfisa. — Embárcase esta con sus compañeros. — Tempestad. — Dardinele muere á manos de Reinaldo. — Huyen los moros. — Audacia de Medoro y Cloridano.

Al placer de ensalzar vuestras virtudes,
Magnánimo señor, no sé si puedo
Entregarme sin miedo
De que lo humilde ó tosco de mi lengua
De vuestro alto esplendor redunde en mengua.
Una, entre otras virtudes, sobre todo
Mueve mi admiracion. Grata acogida

Encuentra siempre en vos el que á vos viene;
Vuestra alma, empero, su impresion contiene
Y aguarda así que la razon decida.

Al acusado ausente; cuántas veces,
Su defensa abrazando, disculpasteis,
Y tiempo le dejasteis
De venir á exponeros sus razones!
En su gesto, en su voz, en sus facciones
Buscando la verdad, un mes, un año,
Suspende os he visto vuestro juicio,
Por no fallar del inocente en daño.

No tanta injuria á obrar de esta manera
El rey de Siria al buen Grifon hiciera.
Señor, de eterna gloria
Vuestra prudencia os cubre. Noradino
Mancilló para siempre su memoria
Y deshecha su gente y maltratada
Vió por Grifon, cuya tremenda espada
Treinta derriba y mas cabezas. Huye
La chusma por el campo y la calzada,
Y las puertas obstruye
De la ciudad, do por entrar refluye.

Los que, en mover las plantas mas lijeros,
A sus puertas llegaron los primeros,
Alzando en esto el puente
Y penetrando en la ciudad, se alejan
Sin pensar en sus tristes compañeros,
Que al furor de Grifon expuestos dejan,
Y que, volver la consternada frente
Sin apénas osar, despavoridos,
Huyen lanzando quejas y alaridos.

De aquestos hombres en sus fuertes brazos
Alzando á dos el paladin valiente,
Contra un peñasco duro
La cabeza del uno hace pedazos;
Y por encima al muro
En la ciudad arroja
Al segundo, en quien, lleno de congoja,

Detras del carro, hundidas en el cieno,
Van las indignas armas
Que le hacen hoy pagar delito ajeno.
Párase en fin el carro; ante sus jueces
Llega Grifon, y allí se le condena
A soportar ignominiosa pena.

Delante á cada templo y cada casa,
Por exponerlo al público, lo llevan;
Por do quiera que pasa

Insultos é improperios se renuevan.
Así llega á las puertas

De la ciudad, de cuyo seno ciertas
De arrojarle por siempre se creían
Las gentes que á Grifon no conocían.

Mas este, apénas de sus férreos lazos
Sus pies ve libres y sus fuertes brazos,
Su espada empuña y á la chusma embiste,
Que á sus terribles golpes no resiste.
Hasta otro canto, empero,
Esta importante narracion dió.

CANTO XVIII.

Márchase Rodomonte de Paris, y se encuentra en el camino
con un enano que le da fatales noticias de Doralice. — Vuelve
Carlomagno á fortificar á Paris. — Proezas del jóven Dardinele.
— Noradino aplaca á Grifon. — Fin de la historia de Origile.
— Nuevos combates en Damasco. — Carácter y valor de Mar-
fisa. — Embárcase esta con sus compañeros. — Tempestad.
— Dardinele muere á manos de Reinaldo. — Huyen los moros.
— Audacia de Medoro y Cloridano.

Al placer de ensalzar vuestras virtudes,
Magnánimo señor, no sé si puedo
Entregarme sin miedo
De que lo humilde ó tosco de mi lengua
De vuestro alto esplendor redunde en mengua.
Una, entre otras virtudes, sobre todo
Mueve mi admiracion. Grata acogida

Encuentra siempre en vos el que á vos viene;
Vuestra alma, empero, su impresion contiene
Y aguarda así que la razon decida.

Al acusado ausente; cuántas veces,
Su defensa abrazando, disculpasteis,
Y tiempo le dejasteis
De venir á exponeros sus razones!
En su gesto, en su voz, en sus facciones
Buscando la verdad, un mes, un año,
Suspender os he visto vuestro juicio,
Por no fallar del inocente en daño.

No tanta injuria á obrar de esta manera
El rey de Siria al buen Grifon hiciera.
Señor, de eterna gloria
Vuestra prudencia os cubre. Noradino
Mancilló para siempre su memoria
Y deshecha su gente y maltratada
Vió por Grifon, cuya tremenda espada
Treinta derriba y mas cabezas. Huye
La chusma por el campo y la calzada,
Y las puertas obstruye
De la ciudad, do por entrar refluye.

Los que, en mover las plantas mas lijeros,
A sus puertas llegaron los primeros,
Alzando en esto el puente
Y penetrando en la ciudad, se alejan
Sin pensar en sus tristes compañeros,
Que al furor de Grifon expuestos dejan,
Y que, volver la consternada frente
Sin apénas osar, despavoridos,
Huyen lanzando quejas y alaridos.

De aquestos hombres en sus fuertes brazos
Alzando á dos el paladin valiente,
Contra un peñasco duro
La cabeza del uno hace pedazos;
Y por encima al muro
En la ciudad arroja
Al segundo, en quien, lleno de congoja,

Mirar el pueblo todo se imagina
 Al paladin que á tantos extermina.
 A armarse el uno va; llega otro armado;
 Al ronco son del atambor, mezclado
 Del clarin y del pifano el acento,
 Hace terrible resonar el viento.
 Mayor en fin no fuera
 El terror ni el bullicio, si á atacarlos
 El egipcio sultan allí viniera.
 Mas, por volver á Carlos,
 Mi narracion es fuerza que difiera.
 Seguido por el duque de Baviera,
 Y Oger de Dinamarca,
 Oton, Avoli, Avino,
 Berenguer y Oliveros, el monarca
 Corre en pos del indómito Argelino,
 Que en la gente francesa
 De sembrar ruina y destruccion no cesa.
 Su fuerza toda encomendando al asta,
 Los ocho á un tiempo al musulman embisten;
 Mas tanto golpe impávido el contrasta.
 Que, cual girando práctico piloto
 Del Abrego y del Noto
 Conjurar suele la terrible saña.
 Así supo evitar el agareno
 El duro embate que á tocar de lleno
 Hubiera derribado una montaña.
 Ranero, Salomon, Ricardo, Guido,
 Ganelon el traidor, Turpin discreto,
 Angelino, Angeler, Márcos, Ugueto,
 Mateo é Ivon á aquellos congregados
 Y á Ariman y á Odoarte de Inglaterra,
 Atacan al infiel por todos lados.
 Pero no brama de la alpina sierra
 Allá en las cimas huracan tremendo
 Cuando, fresnos y encinas destruyendo,
 Viene á estrellarse contra fuerte roca
 Que su impotente cólera provoca,

Como brama el soberbio sarraceno,
 Que, ardiendo en sed de sangre y de venganza,
 Con el fragor del trueno
 Y la presteza de la bala, hiera
 A todo aquel á quien su enojo alcanza.
 Hasta los dientes dividido en tierra
 A Ugueto lanza, sin que yelmo fino
 Conjurar pueda su fatal destino.
 En vano cada cual se sobrepuja
 Y á Rodomonte con coraje embiste,
 Que, cual yunque á la punta de una aguja,
 A las espadas su paves resiste.
 El caudillo francés del alto muro
 Las esparcidas tropas retirando,
 Hacia el paraje acércase volando
 Donde ve que mayor es el apuro.
 En torno á su persona
 A buscar proteccion, en esto, llega
 La gente que sus lares abandona
 Y que á la fuga y al terror se entrega.
 Del jefe amado la presencia en breve
 Logra un tanto calmar su desaliento;
 Y, cual tal vez si de feroz leona
 En la choza se atreve
 A penetrar un toro, sus rugidos
 Espantosos huyendo, al ver sus cuernos,
 Se esconden en los antros mas internos
 Los cachorros que, presto de su madre
 Por el audaz ejemplo conmovidos,
 A su adversario sobre el cuello saltan
 Y su tostada piel de sangre esmaltan;
 Así contra el pagano aquella gente
 De los balcones proyectiles lanza,
 Por la espalda acométele y de frente,
 Y en torno dél de modo se atropella,
 Que por librarse della
 No bastaran al moro veinte soles,
 Aunque pudiese á su sabor ponella

En manojos, cual rábanos ó coles.
 Nada en efecto, ó poco le aprovecha,
 Si á mil contrarios su valor destruye;
 Que cuantos mas derriba, mas le estrecha
 La multitud que nunca disminuye.
 Por esto, y ademas porque sospecha
 Que como á tiempo el campo no abandone,
 Tal vez mas tarde, exhausto de fatiga,
 Resistir al torrente no consiga,
 A hacer cesar la lucha se dispone.
 Alza la vista en tanto, y obstruida
 Ve por do quier su marcha; mas en breve,
 A mil y mil privando de la vida,
 Abrirse paso con su espada debe.
 Cual toro á quien hostiga audaz canalla,
 Despedaza la valla,
 Y á cuantos topa tunde ó extermina,
 Tal, mas terrible acaso,
 Fué el estrago y la ruina
 Que señaló de Rodomonte el paso.
 Por medio al cuerpo á quince ó á veinte trunca,
 A otros tantos cercena la cabeza,
 Sin que por consumir tanta proeza
 Tenga que dar segundo golpe nunca.
 Y, cubierto de sangre, y en pedazos
 Por el campo esparciendo
 Las cabezas, los troncos y los brazos,
 Su camino va impávido siguiendo
 Por medio de la hueste numerosa
 Que, en audacia su miedo convirtiendo,
 Le persigue, moléstale y acosa.
 Cual fiera que del Atlas perseguida
 En las selvas, tornando á su guarida,
 Las melenas eriza y amenaza
 A cuantos le dan caza,
 No de otro modo, hiriendo y amagando,
 Ante la turba el moro se repliega,
 Hasta que al sitio llega

Adonde el Sena, una insula formando,
 De Paris la exterior muralla riega.
 Allí tres veces, furibundo y bravo,
 De nuevo en medio de la grey se arroja,
 Y de su acero la hoja
 Vuelve á teñir en sangre, hasta que al cabo
 De la razon la cuerda voz escucha;
 Lánzase al Sena, y fin pone á la lucha.
 ¡África altiva! tú que en tus arenas
 Un Anteo, un Anibal produjiste,
 Con Rodomonte comparable apenas
 En ellas ver un paladin pudiste.
 Cubierto de su sólida armadura,
 Que á sus robustos miembros no mas pesa
 Que si fuera de escamas,
 A la contraria márgen atraviesa,
 Dejando atras los muros que se duele
 De no haber dado en pábulo á las llamas.
 Y de tal modo en su angustiado pecho
 El orgullo se agita,
 De tal modo atormentale el despecho,
 Que retornar á la ciudad medita
 A arrancar de sus muros los cimientos
 Y á esparcir sus cenizas á los vientos.
 Mas á aumentar la cuita que le aflige
 Se acerca, por la orilla, un personaje
 De quien en breve os hablaré. Ya dije
 Cual, emprendiendo la Discordia el viaje,
 Al campo de Agramante se dirige.
 A su pérfida amiga encomendando
 Que atice el fuego que en sus claustros arde,
 Parte pues del convento aquella tarde;
 Y luego, no dudando
 Quanto serle útil la Soberbia puede,
 Marcha en su busca. A acompañarle accede
 Ella, á la Hipocresia
 Dejando en su lugar. En compañía
 De la Soberbia la Discordia andando

De los zelos encuentra al monstruo infando,
Que va tambien al campo de Agramante.

A su lado venia
Un enano, con quien al regio amante
Nuevas la bella Doralice envia,
Rogándole que venga sin tardanza
A recabar de su raptor venganza.

La causa oyendo que al enano guia,
Se llena la Discordia de alegría,
Y presto, persuadida de que en vano
Se esforzara en buscar pretexto alguno
Mas breve y oportuno
De enemistar al hijo de Agricano
Y al feroz Rodomonte,
Con el enano parte, y llega al Sena
Cuando tocaba el rey de Argel su arena.

Este, no bien de su adorada amiga
Reconoce al exiguo mensajero,
Su faz serena, su furor mitiga,
A su alma torna su valor primero.
Hacia el enano en acorrer no tarda,
Y, á mil leguas distante
De sospechar el golpe que le aguarda,

« ¿Dónde está, « grita, » mi señora? dime,
« Dime ¿ no es ella la que aquí te envia? »

« — No es tu señora ni señora mia, »
Dice él, « la que hoy bajo otro yugo gime;

« Que ayer un caballero tu enemigo
« Nos la robó y se la llevó consigo. »
Del corazon del rey, á tal anuncio,
El áspid de los zelos se apodera,
Y de la dama el nuncio

Le relata la historia lastimera.
El eslabon de acero sobre el sílex
La Discordia agitando sin tardanza,
Saltar hace la chispa, á cuyo fuego
La yesca arrima la Soberbia luego,
Y encendida, la lanza



Rodomonte deja á Paris. (T. 1, p. 310.)

En el pecho del moro , cuyos zelos
A la tierra amenazan y á los cielos.

Cual onza que , privada de sus hijos ,
Con desvelos prolijos
Buscándolos , registra el monte , el rio,
Y ansiosa del raptor la huella sigue,
Sin que lluvia , ni viento , sol , ni frío ,
Su incierto viaje á suspender le obligue ;
Así , bramando el sarraceno altivo ,
Y al enano volviéndose , le dice :

« En busca de mi cara Doralice
« Conmigo ven ; » y solo , y preparado
A conquistar de bueno ó de mal grado
El primer palafren que se presente ,
A pié parte lijero cual serpiente
Que , la sombra buscando entre la yerba ,
Un sendero traspasa
Cuando el rayo del sol la tierra abrasa.

Su triste estado la Discordia advierte
Y á la Soberbia , sonriendo , dice :

« Pues que tal es su afan , fuerza es , amiga ,
« Hacer á todo trance
« Que , sin nuevas querellas , no lo alcance.
« Del rumbo , pues , que siga
« Todo bruto alejemos , cuyo dueño
« No pueda contrastar su audaz empeño. »

Quien fuese este diré ; mas ora es fuerza
Que hácia el rey Carlos mi atencion se tuerza.

Viendo al moro partir , viendo apagado
El fuego que á su corte consumia ,
En dar órdenes Carlos ocupado ,
A reforzar algun endeble puesto
De sus guerreros una parte envia ,
Mandando que á atacar se apronte el resto ,
Y que , de San German y de San Victor
Por las puertas saliendo , á unirse vaya
En la vasta llanura de sus vistas
El arrabal de San Marcelo explaya.

Para el combate allí viéndolas listas,
A sus huestes anima, las ordena
Y les manda embestir á la agarena.

Su arzon en esto el hijo de Trayano
Recobrando á despecho del cristiano,
Combate con Zerbino.

Sus armas mide con el rey Sobrino
El valiente Lurcanio, y con su acero
El paladin de Montalban en fuga
O en trizas pone un escudron entero.

Seguido de una escolta numerosa
De á caballo y á pié, y á los aceros
De mil estrepitosos instrumentos,
Carlos en tanto por la opuesta parte
La retaguardia de Marsilio acosa
Y de España á la gente belicosa
Que está formada en torno á su estandarte.

Replegaban las huestes de Agramante
Y por siempre jamas se dispersaran,
Si en este instante al campo no llegaran

Grandonio, Serpentino, Balugante
Y Ferragut, que, con bramidos fieros,
« ¿Adónde vais, » gritaba, « compañeros?

« A vuestras filas retornad, y nada
« Temais de esa canalla bautizada.
« Por vuestro honor mirad; mirad el premio

« Que, si vanceis, os guarda la fortuna;
« La ignominia temed y el duro apremio
« En que tendréis que suspirar cautivos
« Si en poder del cristiano quedais vivos. »

Así diciendo, y empuñando un asta,
Corre hácia Berenguer, de quien en vano
Argalifa la cólera contrasta.

Yelmo y cabeza rompe el yerro insano,
Que en tierra lo derriba, y al impulso
De otros diez golpes fieros

Sucumben otros tantos caballeros.
Estrago igual por otra parte hácia

Reinaldo en esto, huestes dispersando
Y de vivos vacia

La tierra dél en rededor dejando.

El valiente Lurcanio, el buen Zerbino
En valor y en esfuerzo competian,
Y al Tártaro profundo,

Heridos por sus manos, descendian
Balastro y Finadur, jefe el primero
De las tropas de Alzerbe, y el segundo

De las de Fez y de Marruecos. Pero
Se me dirá: ¿No hay por ventura un moro
Que las armas maneje sin desdoro?

Sí, sí los hay. Mirad á aquel mancebo,
Al noble Dardinelo, hijo de Almonte
Que de Zúmara es rey. Dellin del Monte,
Claudio del Bosque, Uberto de Misfordia,

Miden la tierra á impulso de su lanza.
De su acero la indómita pujanza
A Elliot, á Anselmo de Stratfort derriba,

Y á Raimundo el inglés y á Pinamonte.
De vida á cuatro de estos jefes priva;
Al quinto deja herido;

A los demas privados de sentido.

Mas no puede de un hombre aislado el celo
Reforzar á un ejército cobarde,
Ni al suyo puede el bravo Dardinelo

Hacer que firme aguarde

Al cristiano, que en número le cede,
Mas que en pericia y en valor le excede.

Los de Zúmara pues, los de Canarias
Con los de Tánger y de Ceuta huian,
Y á las de Alzerbe, entre estas huestes varias,

Su temor y desórden distinguan.
Dardinelo, oponiéndose á su paso,
Ora con ruegos, ora con voz dura,

Ánimo en ellos infundir procura.

« Si el recuerdo del padre, » les decia,
« Que estar debiera en vuestras almas fijo,

« No os mueve à hacer vuestro deber, espero
 « Que en peligro tan fiero
 « No negaréis vuestro socorro al hijo,
 « A quien siempre colmasteis de alabanzas
 « Y en quien fundabais tantas esperanzas.
 « Deteneos, por Dios, si para siempre
 « No quereis de su sangre mas preciosa
 « Al África privar. Por donde quiera
 « Obstáculos, barrera
 « Hallaréis, y atajados
 « Los caminos al veros dispersados.
 « Nuestro recurso es el valor. ¿No tiene
 « Por ventura, decid, cada numida
 « Un corazón, un alma y una vida? »
 Así diciendo, con su lanza fuerte
 Al bravo conde de Otonley da muerte.
 Al recuerdo de Almonte, en cada pecho
 Nuevo entusiasmo súbito se enciende,
 Y cada cual del bando que defiende
 Sus armas y su ardor vuelve en provecho.
 Al de Burnick, que un palmo en corpulencia
 A los demas llevaba, Dardineho
 Con su espada cortó la diferencia;
 Rodar hizo en el suelo
 De Ariman de Cornualles la cabeza,
 Y à su hermano, que vino à su socorro,
 Con el hierro homicida
 De parte à parte atravesó en seguida.
 La vida el triste Bogio de Vergala
 De otro golpe cruel à impulso exhala,
 Y así del juramento
 Hecho à su cara esposa queda exento.
 No léjos de él, el musulman advierte
 A Lurcanio gallardo,
 Que à Dorquino y à Gardo da la muerte.
 Por evitar su furia, un golpe Alfeo
 Recibe atroz que frustra su deseo.
 Al ver de este mancebo, que le es caro,

La suerte, Dardineho alza la lanza,
 Y, respirando cólera y venganza,
 A Mahoma promete
 Que, si el trunfo en la lid le facilita,
 Colgarà en su mezquita
 Las armas de Lurcanio con su almete;
 Y lleno de tal cólera le ataca,
 Que el hierro con que hiere por el pecho,
 Ensangrentado por la espalda saca.
 Muerto Lurcanio, ordena
 Que las armas le quiten. De Ariodante
 No es posible expresar cual fué la pena
 Ni cuanto fué su anhelo
 De mandar al infierno à Dardineho.
 En vano, empero, por llegar ansia
 Hàcia este, que tambien le desafia;
 Que en confuso tropel à los cristianos
 Mezclándose los grupos sarracenos,
 Venir no les permiten à las manos.
 En balde el uno francos y britanos,
 En vano el otro infieles desbarata;
 Que al paladin de Montalban el cielo,
 Cuya es la triste humanidad esclava,
 La gloria reservaba
 De dar la muerte al bravo Dardineho.
 Mas tiempo es ya de que, aquí dando punto
 A los gloriosos hechos del Poniente,
 Cambie, señor, de asunto,
 Y vuelva hàcia Grifon, à quien ha poco
 Dejé luchando contra aquella gente,
 A cuyas voces vino
 Con gruesa hueste armada Noradino.
 Con pena ve este principe el desórden
 Que al pueblo todo aterra y desconcierta;
 Y, allí llegando con los suyos, órden
 Da de que se abra sin tardar la puerta.
 De aquella gente en tanto
 Viendo Grifon la ruina y el espanto,

A ceñir va las armas con que piensa
 (Bien que cubiertas de baldon eterno)
 Prolongar algun tiempo su defensa ;
 Y, resguardado por el muro externo
 De un templo circundado por el foso,
 Se defiende animoso.

De enemigos, en esto, un nuevo grupo
 Acude allí; Grifon, que nunca supo

Qué es temor, de esa chusma no se espanta,
 Antes audaz hácia ella se adelanta,
 Y, su espada á dos manos esgrimiendo,
 Hace en las filas un destrozo horrendo.

Si la turba le acosa, torna al puente;
 De nuevo luego á la calzada sale;
 Y no sale una vez que su salida
 Con nueva mortandad no se señale.

De frente y de reves, de tajo y punta,
 Infantes y caballos derribando,
 Hiere sin descansar; mas, nueva gente
 Al ver que dél en derredor se junta,
 Grave riesgo barrunta

En luchar solo contra tal torrente,
 Falto de fuerza, respirando apenas,
 Y por el hombro y por el muslo heridos
 Perdiendo ya la sangre de sus venas.

Mas al valor y á la virtud es raro
 Que deje el cielo de prestar su amparo.

Noradino, acudiendo
 En medio del tropel hácia la puerta,
 La gente vió que muerta

En el campo yacia, y con su mano
 Las heridas midiendo,
 Dignas del brio de Héctor el Troyano,
 Conoció con pesar lo injustamente
 Que ultrajara á un guerrero tan valiente.

Acercándose luego, el muro advierte
 Que en torno de Grifon alzó la muerte,
 Y á Horacio piensa ver, solo, luchando

Contra el etrusco bando ;
 Mas, temiendo por él, y el alma llena
 De noble y generoso sentimiento,
 La lucha suspender al punto ordena.

La su desnuda y desarmada mano,
 De paz y de amistad emblema augusto,
 Tendiendo entónces á Grifon: « Injusto,
 « Injusto fui para con vos, » le dice :

« Un engaño infelice,
 « Consejeros fatales me ofuscaron,
 « Y al varon mas intrépido y mas noble
 « Como al ente mas vil me presentaron.

« Vuestro valor la afrenta y el denuesto
 « Lavo, señor, que mi ignorancia os hizo,
 « Y que yo á reparar estoy dispuesto

« Con cuanto valgo y soy. ¿ Quereis riquezas,
 « Tierras, honores, villas, fortalezas?
 « De cuanto yo dispongo

« Hoy la mitad á vuestras plantas pongo.
 « Con mi afecto contad; y que ese brazo,
 « De eterna union en prenda,

« La victoriosa mano aquí me tienda. »

Dice; y saltando del corcel, la diestra
 Presenta al paladin, á quien admira
 La franqueza cordial que el rey le muestra.

Al mirarle llegar, la espada y la ira
 Depone, y, baja la soberbia frente,
 Al rey las plantas besa humildemente.

Cuando la sangre Noradino nota
 Que de las llagas del guerrero brota,
 A sus gentes ordena que al palacio
 Con esmero lo lleven y despacio.

Herido allí durante
 Algunos dias permanece, en tanto
 Que buscándole Astolfo y Aquilante,

De Palestina el territorio santo
 Recorriendo y los templos de Solima,
 Parten tal vez á mas remoto clima.

Nuevas, empero, ni uno ni otro obtiene,
 Cuando á dárse las viene
 El griego peregrino
 Que les narró como encontrado había,
 Viniendo de Antioquia,
 Al galán y á Origile en su camino.
 Pregúntale Aquilante si de aquesto
 A Grifon dió noticia; y escuchando
 Que sí, la causa presto
 De la partida de su hermano alcanza.
 Por recabar venganza
 No duda que el amor sus pasos mueve
 Hacia Antioquia en busca del aleve.
 Hacia allí, pues, sus armas revistiendo,
 A partir al instante
 Se dispone Aquilante, no queriendo
 Que solo, en tal camino,
 Se abandone Grifon á su destino;
 Y, al duque Astolfo por favor pidiendo
 Que su viaje retarde,
 Y que en Solima hasta su vuelta aguarde,
 Baja á Zafa y embarcase; esta siendo
 La mas directa y la mas fácil via
 Desde Jerusalem hasta Antioquia.
 Impelido el bajel por el Siroco,
 Ve la tierra del Sur al sol siguiente;
 Llega á Jafet á poco;
 Pasa á Beirut y á Gibeli, y dejando
 A Chipre hacia el Poniente,
 A Tortosa de Tripoli, y á Leza,
 Y al golfo de Layacio se endereza.
 Desde allí hacia Levante el marinero
 Vuelve la proa á su bajel lijero,
 Y, aprovechando la ocasion, procura
 Del Oronte ganar la embocadura.
 Entrando en él sobre el corcel pujante,
 Salta á tierra Aquilante,
 Y siguiendo su vega,

De la ciudad á las murallas llega.
 Decir escucha allí que con la aleve
 Partió Martano hácia Damasco, en donde
 Brillante fiesta celebrarse debe.
 Cierto, esta nueva oyendo, que su hermano
 En seguimiento del raptor corria
 Por ir tras de Martano,
 Parte de la ciudad el mismo dia
 Y hácia Lidia y Larisa,
 Por tierra caminando,
 La hermosa Alepo tras de sí divisa.
 El Señor, por mostrar que, siempre amigo
 Del bueno, al malo da siempre castigo,
 A una legua de Mámuga le guia
 A topar con Martano
 Que de Damasco, ufano
 Con los trofeos de la lid, venia.
 Las armas y la blanca vestidura
 Aquilante al mirar que el vil ostenta,
 Corre, creyendo que es Grifon; mas presto
 Su triste error advierte.
 Cambiando, pues, de pensamiento y gesto,
 Y algo tal vez temiendo de funesto:
 « Dime, ladron, » le grita, « ¿de qué suerte
 « Adquiriste esas armas? ¿por qué acaso
 « Ese lujoso arzon tu peso oprime?
 « ¿Qué es de mi hermano? dime.
 « ¿Porqué de ese bridon no rige el paso? »
 Esto oyendo Origile, vuelve el freno
 Y huye veloz. Tras ella
 Parte Aquilante; alcánzala, y, de bueno
 O de mal grado, logra detenella.
 Pálido entónces hácia el héroe viene
 Martano sin aliento,
 Trémulo mas que débil hoja al viento.
 Aquilante colérico le grita,
 Y, agitando la espada,
 Dar muerte á los dos cómplices medita

Si es la verdad por ellos recatada.

Martano, á quien su situacion ofusca,
De atenuar su maldad un medio busca.

« Sabe, » le dice, « que mi hermana es esta,
« Que el ser de buena y noble gente tuvo.

« Magüer que un tiempo en vida deshonestá
« Por tu hermano Grifon sumida estuvo,

« Tal mengua soportar yo no pudiendo,
« Ni fuerza en mi sintiendo

« Para luchar contra Grifon, la idea
« De obtener sin pelea

« Mi objeto me propuse. Decidida
« A dejar de una vez tan torpe vida,

« Me declara Origile
« Que separarse intenta de su dueño

« Mientras este entregado se halle al sueño.
« Yo su designio apruebo,

« Y á fin que de Grifon al apetito
« No quede expuesta esta infeliz de nuevo,

« Su caballo y sus armas yo le quito.
« Este, señor, es todo mi delito. »

Hábil era el ardid, que hasta explicaba
El hurto de las armas del guerrero.

Justificar empero
No pudo el parentesco con la dama;

Pues sabiendo Aquilante por la fama
Que era el tal parentesco una mentira,

« Mientes, ladrón, » le dice, ardiendo en ira,
Y le da con el puño un golpe fiero

Que dos dientes le arroja al tragadero.
Agárralo en seguida, con un cable

Ambos brazos le liga, é inexorable
Con él atando á la falaz manceba

Por ciudades y villas se los lleva,
Dispuesto á recorrer de aqueste modo,

Hasta hallar á Grifon, el orbe todo.
Así llega á Damasco, acompañado

De numeroso séquito. Las voces

Que en sus alas veloces

La fama esparce, escucha enajenado.

De boca en boca la noticia anduvo

De que Grifon fué el inclito guerrero

Que con tanto teson la lid sostuvo,

Y á quien fué por Martano arrebatada

La gloria de esta célebre jornada.

Con el dedo la plebe,

Reconociendo al impostor, señala.

« ¿Es ese, » dicen unos, « el aleve

« Que á disfrazar se atreve

« La infamia propia bajo ajena gala?

« Y esa ¿no es la mujer que desdeñando

« La pasion de Grifon, haciendo alarde

« Va del amor que inspira á ese cobarde?

« — Tal para cual, » exclaman otros; « quema, »

« Gritan otros; » empala, descuartiza,

« Cuelga, cuelga al traidor, » aquellos gritan.

Y todos, fulminando su anatema,

En la plaza tras él se precipitan.

De muy pocos seguido, hácia Aquilante

Alegre el rey desde el palacio corre.

Con bondoso semblante

Le recibe y le abraza; en una torre

Poner al punto á los malvados hace,

Y al sitio se dirige

Donde herido Grifon ha tiempo yace,

Y sobre el lecho del dolor se aflige.

Aquilante un momento se complace

En hablar á Grifon de su batalla;

Mas este atento á vindicar su ofensa,

Su furia aplaca y en sus zelos piensa.

Aquilante y el rey dura condena

Quieren que en imponer no se vacile;

Mas, movido á piedad por Origile,

Grifon desea aminorar la pena,

Y hasta excusas expone

Porque á los dos malvados se perdone.

El rey, poniendo fin á este debate,
Manda que del verdugo por la mano
Sea azotado en público Martano.

De esquina, pues, lo llevan en esquina
Así que ven la lumbre matutina.

El fallo, empero, de la infiel diferen,
Que someterlo quieren
A la opinion y al juicio de Lucina.

Consolarse el monarca no podía
De haber hecho á Grifon tamaña ofensa,
Y de noche y de día
Un medio discurria

De otorgarle merced y recompensa.
Con este fin, anuncia

Que al mes siguiente á celebrar se apresta
Otra mas noble y mas brillante fiesta,
En que á entregar al héroe se prepara
El premio que un traidor le arrebatará.

Rápida esta noticia
Por toda Siria cunde y por Fenicia.
Oyéndola en el suelo Palestino

El duque Astolfo, en ir allá convino
Con el jóven é ilustre Sansoneto,
A quien dió el agua del bautismo Orlando
Y Carlos dió de Palestina el mando.

Su viaje disponiendo,
Parten los dos hácia Damasco, haciendo
Cortas jornadas; pues, aun mas que pronto,
El llegar descansados les importa.

Pasando un día así por un paraje
Donde otra senda á la que siguen corta,
Una persona vieron que en su traje
Y en su ademan, un hombre parecía,
Siendo mujer y de alta nombradía.

Marfisa esta doncella se llamaba,
Jóven, noble y valiente,
Que del héroe de Amon y del de Brava
Hizo mas de una vez sudar la frente.



Encuentro de Marfisa, Astolfo y Sansoneto. (T. I, p. 323.)

Buscando, siempre armada, iba aventuras
Con que dejar atónitas pensaba
Las edades presentes y futuras.

Así no bien, á Astolfo y Sansoneto
Viendo acercarse, nota
Su altivo aspecto y su robusta cota,
De su valor los juzga digno objeto,
Y relajando á su corcel la rienda
Hacia ellos corre y los provoca á duelo.
Mas antes hace, por fortuna, el cielo
Que ella la vista sobre Astolfo tienda.

La dama reconócele al instante,
Y cuanto hizo por ella recordando,
Su cólera olvidando, la visera
Alza, y libre del guante
Su mano tiende y tiéndele los brazos.
De gozo el uno y otro palpitante,
Estréchanse con fervidos abrazos;
Y ansiosos preguntándose en seguida
La causa cada cual de su venida,
A la doncella el paladin refiere
Que asistir es su intento á una gran fiesta,
A que convida el rey á los guerreros
Que probar allí quieran sus aceros.

— Marfisa, á combatir siempre dispuesta,
A seguir á estos jóvenes se apresta;
Y de ellos no fué poca la alegría
Al verse en tan ilustre compañía.

Juntos los tres á la ciudad llegaron
La víspera del día
Que aquella fiesta iluminar debía.
De Damasco á las puertas se alojaron
En humilde posada, donde al sueño,
Mejor que en regio alcázar, se entregaron.

La bella aurora, á su caduco dueño
Despertando, alegraba
La tierra ya con su fulgor risueño,
Cuando la virgen y los dos guerreros

Se levantan, se adornan
 Y á la ciudad despachan mensajeros,
 Que con la nueva tornan
 De que el rey en el sitio designado
 Para la lid ya estaba colocado.
 Sin mas tardar, dirigen su carrera
 Por la calle mayor á la gran plaza
 Donde, armado de aliento y de coraza,
 Tanto guerrero la señal espera.

No dudando el buen rey que la victoria
 Obtenga en este el bravo caballero
 Que en el lance primero
 Sus blancas armas coronó de gloria,
 Y ansioso de poder recompensallo
 Cual su valor y esfuerzo lo merece,
 De la otra lid unir al premio ofrece
 Un puñal y una maza
 De piedras guarnecido ricamente,
 Y un soberbio caballo,

Digno don de un monarca del Oriente.
 Con el puñal colgado á la cintura,
 Hace el rey colocar junto á su grada
 La preciosa armadura
 Por el vil á Grifon arrebatada,
 Y del arzon del bruto
 La maza suspender, porque así logre
 De su doble victoria el doble fruto.

¡Incauto! no previa
 La resistencia que encontrar debía!
 No bien colgadas junto al rey divisa
 La célebre Marfisa
 Aquellas bellas armas, reconoce
 La armadura por ella abandonada
 En un camino, cuando ardiente anhelo
 De recobrar su espada

La hizo correr tras del ladrón Brunelo.
 Mas ¿á qué referir esta aventura?
 Baste decir que, viendo su armadura,

Apoderarse della
 Resuelve la magnánima doncella.
 La mano, pues, con brusco movimiento
 Tiende, y sin miramiento,
 En su prisa excesiva,
 Mas de una pieza ante sus pies derriba.

Ofendido el monarca
 De desacato tal, la ceja enarca.
 A esta señal, agólpase al instante
 En torno de la virgen arrogante
 La multitud, que, á combatir dispuesta,
 Olvidó ya sin duda lo que cuesta
 Acometer á un caballero andante.

No experimenta igual placer el niño
 Que en la bella estacion trisca entre flores,
 Ni la beldad ornada con aliño
 De un baile entre los plácidos clamores,
 Al que la virgen fuerte
 Siente en medio á los bélicos furores,
 En medio de la sangre y de la muerte.
 En su bridon impávida se avanza,
 Y enristrando su lanza,
 Con ella ataca á cuantos ve primero.
 Despues saca el acero,
 Y hiere y rompe y mata, y en pedazos
 Hace saltar los muslos y los brazos.

Bien que del duque inglés y Sansoneto
 Otro fuese el objeto
 Al revestir aquella vez la malla,
 Con semblante sereno
 No pueden ver trabarse esta batalla,
 Y, arrojándose en medio á la canalla,
 Con la lanza y la espada á un tiempo hieren
 Y victoriosos van por donde quieren.

Al ver el juego convertido en guerra,
 De que la causa muchos ignoraban,
 Atónitos estaban
 Tantos guerreros de distinta tierra

Que allí, dispuestos á lidiar, se hallaban.
De estos algunos, que al socorro vienen
De la chusma, bien presto
Grave ocasion de arrepentirse tienen;
Por poner fin á juego tan funesto
Otros se esfuerzan, y otros, mas prudentes,
Los miran combatir indiferentes.

Mas no ser de este número podian
Aquilante y Grifon, que de la furia
Del monarca la causa conocian.
Por propia aquella injuria
Tomando cada cual, ase su lanza
Y al campo viene ansioso de venganza.
Delante á los demas por la otra parte
Iba Astolfo montado en Rabicano,
Blandiendo siempre en su derecha mano
La lanza que abatir pudiera á Marte.
Con su hermano en el acto
Viene á tierra Grifon á su contacto,
En tanto que á los héroes de mas nota
Pone en terrible aprieto
El intrépido y fuerte Sansoneto.

El pueblo, en fin, la valla viendo rota,
En tropel se retira,
Y el rey, ardiendo de ira,
Salir ve de la plaza
A la bella Marfisa, que su nueva
Y su antigua coraza
Hacia su albergue victoriosa lleva.

Síguenle el duque y Sansoneto, en tanto
Que Grifon y Aquilante, su accidente
Ante el rey deplorando, apena osaban,
Avergonzados, levantar la frente.
Álzala al fin y montan sus caballos,
Y, en si bien pronto vueltos,
Con nuevo ardor empiezan á aguijallos.
Con una infinidad de sus vasallos,
A alcanzar gloria ó á morir resueltos,

Tras de Aquilante y de Grifon camina
El rey, en tanto que, ávida de ruina,
La canalla insensata
« Mata, » le grita desde léjos, « mata. »
Grifon en esto sobre el puente llega,
Y del britano advierte
Las armas con que á Orrilo dió la muerte.
En el campo sin duda
No las miró con atencion; agora
Las ve; conoce al héroe, le saluda,
É, informándose luego de la suerte
Que á sus valientes compañeros cupo,
Le pregunta porqué la irreverencia
El uno dellos cometido habia
De arrancar, del monarca en la presencia,
Las armas del padron. De todo aquello
Que es á sus compañeros relativo
Da nuevas á Grifon el de Inglaterra;
Mas de su porte en la reciente guerra
Alegar nunca pudo otro motivo
Sino que, acompañando á la doncella,
Debió abrazar su causa en la querella.
Llega en esto Aquilante;
Y á Astolfo por su voz reconociendo,
De su semblante muda
En gesto afable la expresion sañuda.
Muchas gentes despues allí viniendo,
Hacia los héroes avanzar no osaban
Y de léjos su plática escuchaban,
Cuando un soldado, oyendo
Que era la noble é intrépida Marfisa
Quien del padron arrebató las armas,
Corre al rey, se lo avisa
Y le encarga no vuelva
Su cólera á irritar, como le importe
Viva á su lado conservar su corte.
Tan temido en Oriente
Fué siempre el nombre de esta virgen rara,

Que mas de un paladin noble y valiente,
 Aun de léjos oyéndolo, temblara.
 Tiembla pues Noradino, y á su gente
 Formando en torno suyo, á toda pris
 Marcha con ella en busca de Marfisa;
 Grifon y Astolfo y Aquilante llegan
 Tambien en esto; y por su amor le regan
 Que ponga fin á obstinacion tan terci
 La dama al rey se acerca,
 Y dice así: «¿Porqué te proponias
 « Dar á otro, ¡oh rey! las armas que on mias?
 « De Armenia en el camino
 « Dejémelas un dia,
 « Porque á pié me convino
 « Correr tras de un ladron que me ofendia.
 « En prueba de que es cierto cuanto diga,
 « Grabado en ellas puedes ver mi lema: »
 Y muestra al rey, volviendo la loriga,
 En tres partes cortada una diadema.
 « Verdad es, » le responde Noradino,
 « Que aquestas armas á entregarme vino
 « Un mercader armenio hace unos dias,
 « Y en tu poder, á reclamarlas ántes,
 « Fuesen tuyas ó no, ya las tendrías.
 « Yo, bien que á darlas á Grifon resuelto,
 « No dudo que, cortes y generoso,
 « Para este fin me las hubiera vuelto.
 « Ni he menester, para que yo te crea,
 « Ver tu divisa. Tu palabra quiero
 « Que nuestra ley en adelante sea.
 « Tuyas, por otra parte, son las armas,
 « Premio del vencedor en la pelea.
 « Tómalas pues, y cese la contienda;
 « De mi afecto sincero
 « Yo á mi caro Grifon daré otra prenda. »
 Grifon, que mas que en verse de ellas dueño,
 En ser grato al monarca tiene empeño,
 A las armas renuncia sin disgusto

Mas Marfisa, pensando que no es justo
 Que sola así todo el honor se lleve,
 Hácia Grifon se llega
 Y las armas le entrega,
 Que dél, cual nuevo don, acepta en breve.
 Con paz y con amor cada cual luego
 A la ciudad se viene,
 Y allí se torna á comenzar el juego,
 En que la palma Sansoneto obtiene.
 Por dejarle esta gloria,
 Cual buenos compañeros,
 Disputar no quisieron la victoria
 Ni Astolfo, ni Marfisa,
 Ni los dos fuertes hijos de Oliveros.
 Entre el placer, el júbilo y la risa,
 Ocho dias ó diez allí pasaron,
 Y ansiosos de volver hácia Poniente,
 Del rey la venia de partir tomaron.
 Marfisa, que hace tiempo apetecia
 De la francesa gente
 Ver si era justa ó no la nombradía,
 Grata se ofrece á hacerles compañía.
 Sansoneto, dejando
 Quien á Jerusalem rija en su ausencia,
 Toma tambien licencia.
 Y así, formando un escuadron brillante
 Que en el orbe no hallara semejante,
 Emprenden su camino
 Hácia el piélago á Tripoli vecino.
 Un bajel allí encuentran
 Que para Ocaso estaba aparejado;
 En él, á su patron ántes hablando,
 Con sus caballos los guerreros entran.
 Limpido el cielo está; la mar serena:
 Próspera brisa entre las jarcias suena.
 En la isla do homenaje
 Se tributa al Amor, hay un paraje,
 Llamado Malagusta,

Cerca del cual, con preferencia injusta,
 Natura caprichosa
 Colocó una piscina perniciosa.
 Esta es del buque la primera escala.
 Mas, el hedor que aquel pantano exhala
 Largo tiempo aquel aire
 Vedándole aspirar, al viento el ala
 Vuelve á dar, y navega
 De Chipre en derredor, y á Páfos llega.
 Sobre su verde orilla,
 Que flores mil esmaltan,
 Los guerreros por ver tal maravilla,
 Y el traficante á sus negocios, saltan.
 De ligero declive
 Seis millas hay ó siete
 Desde el mar á un bosque
 Que en la cresta de un cerro se percibe.
 Mirtos, cedros, laureles,
 Rosas, tomillos, lirios y claveles
 De dulce aroma esparcen tanta suma,
 Que el viento de la tierra al mar perfuma.
 De una limpida fuente un arroyuelo
 Fecundizando va todo aquel suelo.
 Bien puede en fin decirse que morada
 Es de Vénus esta isla celebrada.
 Amables allí y bellas
 Son mas que en parte alguna las doncellas,
 Y de la edad adusta
 El Amor, bien que niño, no se asusta.
 Así que el viento favorable estuvo,
 Y á sus negocios hubo
 Puesto fin cada cual, sin mas demora
 Alza el patron el ancla; da la vuelta
 Y al buque por la mar las riendas sueltas
 Por el mistral mecido, alegre, ufano
 Bogaba. En esto se alza de repente
 Enemigo Poniente,
 Que, manso al pronto, con furor insano

Al esconderse el sol ruge insolente.
 Hinchase el mar, el cielo
 Envuelto queda en tenebroso velo,
 Rasgado á cada instante
 Por la luz del relámpago incesante.
 Ruge la tempestad y ruge el trueno;
 Lluvia copiosa y fria
 Lanzan las nubes del oscuro seno,
 Y sobre el mar airado y formidable
 Tiende la noche el manto impenetrable.
 De su arte el marinero
 Los recursos agota. Cual silbando
 Da la señal del mando;
 Las anclas este en aprestar trabaja;
 Cual tira el cable, y cual las velas baja;
 Cual el timon ó el mástil asegura;
 Cual la cubierta de limpiar se cura.
 Crece el terror; y toda aquella noche,
 Mas negra que el infierno,
 Boga el patron, que en alta mar se lanza
 Por dar á su bajel mejor gobierno.
 Del mar á la pujanza
 Siempre la proa con valor presenta,
 Y, el riesgo huyendo, abriga la esperanza
 De que se aplaque un poco la tormenta.
 Mas no se aplaca; ántes con mas violenta
 Saña sigue soplando al otro día,
 Día que de sus horas por la cuenta,
 No por su claridad, se conocia.
 Triste, por fin, sin esperanza alguna,
 Al viento encomendando su fortuna,
 La popa al mar torna el piloto y vuela
 Sobre sus olas con humilde vela.
 Mientra en tan grave cuita
 A estos guerreros pone el mar, no ménos
 A ingleses y agarenos
 Por el suelo francés fortuna agita.
 Allí hiere y maltrata

Y escuadras desbarata
Reinaldo, flor de la nacion francesa,
Y del hijo de Almonte
Al ver la blanca y encarnada empresa,
Al mirar sobre todo el alto monte
De las víctimas que hizo en el combate,
Clava el hierro á Bayardo,
Cierto de que bajo sus armas late
Un corazon intrépido y gallardo.

« Mejor, » dicese entonces, « antes que crezca
« Es cortar esa planta. »

Asi diciendo, altivo se adelanta,
Y tal terror con su presencia inspira,
Que por medio de infieles y cristianos
Paso abriéndose va por donde mira.
Al jóven Dardinelo solamente

Nota Reinaldo en medio á tanta gente :

« Púsose, » dice, « en un fatal empeño
« El que de esa armadura te hizo dueño.
« Contigo á probar vengo como guardas
« De ese broquel los fulgidos cuarteles :
« Si al verte en mi presencia te acobardas,
« Al guerrero de Anglante hallar no anheles.

— « Sabe, » responde el árabe mancebo,
« Que si estas armas llevo,
« Es porque digno de llevarlas soy,
« Y que con ellas, despreciando riesgos,
« En busca corro de laureles hoy.
« Ni pienses que me alarmas,
« Bien que jóven me ves, por mas que grites ;
« Si quieres estas armas
« La vida ántes es fuerza que me quites.

« En Dios espero yo que asi no sea ;
« Mas, vencedor ó muerto en la pelea,
« Sufrir no quiero que por mí se frustre
« La larga gloria de mi estirpe ilustre. »

Dice; el acero saca
Y al paladin de Montalban ataca.

Un sudor semejante al de la muerte
Circula por las venas
De cada moro, cuando al héroe advierte
Que, cual leon sobre cerril novillo,
De Zúmara se avanza hácia el caudillo.
El primero que hirió fué el africano ;
Mas fué su golpe vano, que á dar vino
Sobre el robusto yelmo de Mambrino.

Reinaldo, sonriéndose, « á mostrarte, »
Le dice, « voy cuanto mayor es mi arte. »
Y empujando hácia el moro su caballo,
En el pecho le hiere con la espada,
Que por detras asoma ensangrentada.

Cual cede del labriego
Brillante flor á la inclemente reja,
O cual, cargada de superfluo riego,
Mustia, su frente deja

La amapola caer; así marchita
La faz de Dardinelo,
De la muerte se cubre con el velo
Y ardor y esfuerzo á sus secuaces quita.

Cual la onda con furor se precipita,
Cuando á romperse viene
El recio malecon que la contiene,
Así, cayendo el jóven sarraceno,
Y roto el solo freno
Que á sus soldados sujetar podía,
Cada cual huye á do el temor le guia.

Alejarse Reinaldo no les veda,
Y solo embiste al que en el campo queda.
A su lado Ariodante
Cubriendo va de víctimas el suelo,
Y Zerbino, Oliveros y Leonelo
Van derribando á cuantos ven delante.
Su deber tambien Carlos ha cumplido,
Y Oger y Salomon, Turpin y Guido.

Del ejército moro fué aquel dia
El riesgo tal, que un hombre no quedara,

Si con la poca gente que aun vivia
 La lid su cuerdo rey no abandonara.
 Mejor que ir á perder quanto posee
 Dejar perdido lo perdido cree;
 Mejor es replegarse, y de este modo
 Algo salvar sin exponerlo todo.
 Hacia su tienda luego,
 Por muros y por fosos resguardada,
 Con sus banderas una hueste envia
 Mandada por el rey de Andalucia,
 Por el de Portugal y el de Granada.
 Al rey de Berberia
 Tambien manda á decir que se defienda,
 Y que poco no hara si en este dia
 Su persona salvar puede y su tienda.
 Agramante, que nunca tan incierta
 En su favor á la fortuna vido,
 De tornar á Bicerta
 Casi toda esperanza ya ha perdido,
 Quando oyé que Marsilio
 Puso en salvo una parte de su gente.
 Sus restos él formando prontamente
 Manda al clarin tocar á retirada;
 Mas este son apenas
 Oye la multitud, de que aterrada
 Va gran parte á morir dentro del Sena.
 Por animar al resto, esfuerzos vanos
 Hacen todos los jefes africanos.
 Por uno que en pié queda
 Huyen ó mueren dos. Cual por delante,
 Cual por detras á ser herido viene,
 Y sin que nadie al vencedor refrene,
 Todos, por él á un tiempo perseguidos,
 Llegan al campo mustios y afligidos.
 Y es probable que Carlos,
 Que jamas desperdicia coyuntura,
 De sus murallas fuese á rechazarlos,
 Si al fin movido á compasion el cielo



Medoro y Cloridano estando de guardia sobre la muralla.
(T. I, p. 333.)

No envolviere á la tierra en noche oscura,
A mares por el suelo
Corre la sangre; al filo de la espada
Ochenta mil cadáveres cayeron,
Que el lobo y el villano
A devorar y á despojar vinieron.

Sin entrar en el campo del pagano,
Cárlos de enfrente lo que pasa acecha;
Sin descanso lo estrecha
Y de grandes hogueras cubre el llano.
El rey moro entretanto sin reposo
Sus murallas repara, limpia el foso;
Ve si la guardia vela
Y hace toda la noche centinela.

Llanto y suspiros que el temor apenas
En alta voz permite que se exhale
Del campo solo salen
De las miseras gentes sarracenas.
Este de algun pariente
O un amigo la pérdida deplora:
Aquel, herido, llora
El mal futuro y el temor presente.

Allí, con otros muchos, se encontraban
Dos mancebos nacidos
En Ptolemaide de progenie oscura,
Y que un raro modelo presentaban
De la amistad mas íntima y mas pura.
Con varia suerte por el franco suelo
Siguiéron uno y otro á Dardinelo.

Agil era y robusto
Cloridano, como hombre
Que de la caza tuvo siempre el gusto.
Por su beldad, Medoro
Era la flor del campamento moro.
Negros sus ojos, blanca
Era su faz, su cabellera de oro
Cual la de un ángel del superno coro.
Juntos estos dos jóvenes guardando

El campamento desde el muro estaban,
Mientras siguiendo su invariable curso
Las estrellas al orbe
Con soñolientos ojos contemplaban.

Medoro, á quien triste recuerdo absorbe,
« No te puedo expresar, oh Cloridano, »
Volviéndose, le dice,

« Cuanto á mi amo infelice
« Me duele ver tendido en ese llano,
« Por pábulo del lobo ó del milano.
« Yo, recordando su bondad, » exclama,
« Mi vida diera por salvar su fama.
« No quiero que insepulto
« Su cuerpo quede, y en su busca parto.
« Llegar espero oculto
« Al campo en donde, de despojos harto,
« El enemigo reposando yace.
« Aquí quédate tú. Si mi fatiga
« Al cielo santo coronar no place,
« Habrá al ménos, yo muerto, quien revele
« La noble accion á que el amor me impele. »

Pásmase Cloridano
Al ver tales afectos en un niño,
Y su ardiente cariño
Combate su designio; mas en vano,
Que enterrar á su dueño ó á su lado
Morir el noble jóven ha jurado.

Viéndole en su propósito tan firme,
Cloridano responde: « A aperebirme
« Para seguirte voy; que iguala al tuyo
« Mi ardor: yo nunca en los peligros huyo,
« ¿Y á qué vivir, si ingrata
« La fortuna á Medoro me arrebató?
« Morir quiero con gloria á tu costado
« Mejor que de dolor de tí privado. »

Así, resueltos á marcharse dejan
En su puesto otras guardias y se alejan.
Fosos saltando y muros,

Llegan en breve al campo, do seguros,
Después de haber dejado
Sus fuegos apagar, estan tendidos
Entre armas y bagajes los de Carlos,
En el vino ó el sueño sumergidos.

Cloridano, parándose un momento,
« ¿Cómo, » dice á Medoro, « así dejarlos
« Sin darles escarmiento?
« Tú, porque nadie sorprendernos pueda,
« Vigilarás atento;
« Por medio al enemigo

« Paso yo con mi espada á abrir me obligo. »
Así dice, y entrándose en la tienda
Do al sueño suelta rienda daba Alfeo,
Médico y adivino

Que á la corte de Francia, ha un año, vino,
De su alma y de su cuerpo corta el lazo,
Haciendo así mentir la profecía
De que, lleno de edad y en el regazo
De su esposa, tranquilo moriria.

A sus costados mueren
Cuatro guerreros que ni un ay profieren,
Cuyos nombres Turpin no ha mencionado
Y el tiempo en el olvido ha sepultado.
La muerte Palidon recibe luego
Mientras al sueño entregado está tranquilo.

Sobre una cuba, ya apurada, Grilo

A su lado yacia
Creyendo estar bebiendo todavía,
Cuando en silencio el moro se le acerca,
Y cortándole el cuello

De vino y sangre allí forma una alberca.
Muerte da luego á un griego y á un tudesco,
Andrópono y Conrado,
Que una gran parte de la noche al fresco
Pasaron con la copa y con el dado.
¡Felices, si á lo ménos hasta la hora
En que nace la aurora

Hubiera el juego ó el festin durado!
 Mas ¿qué hiciera el destino
 Si en cada hombre existiera un adivino?
 De ovejas en un misero rebaño
 Famélico leon no hace mas daño
 Que el que hace impunemente
 El jóven moro en la cristiana gente.
 Ensangrentar su espada ni su brazo
 Hasta entónces no quiso el buen Medoro;
 Mas al duque de Albrech viendo en su lecho
 Al lado de su dama, á quien con lazo
 Estrecha tal, que entre uno y otro pecho
 Paso no hallará el aire, á ambos da muerte.
 ¡Oh deliciosa suerte!
 Unidas sus dos almas,
 Se elevan del amor sobre las palmas.
 Perecen luego Artalico y Margano,
 Noveles caballeros
 Del condado de Flándes herederos,
 De cuya enseña el franco soberano
 A las armas unió las lises de oro,
 Y á quienes prometiera
 Allá en la Frisia estados, que les diera....
 A no venírsele á estorbar Medoro.
 Así llegaron este y Cloridano
 Al regio pabellon, del cual en torno
 Velaban los guerreros
 Mas fuertes del ejército cristiano.
 Cansados de dar muerte, sus aceros
 Envainan los dos bravos compañeros;
 Y, bien que allí podian
 Cargarse de despojos, de su audacia
 Mas premio no querian
 Que llegar sin desgracia
 Al paraje do, entre armas y caballos,
 En un lago de púrpura, yacian
 Pobres y ricos, reyes y vasallos.
 De sangre en vano en aquel mar inmenso,

En aquel haz de cuerpos mutilados,
 Buscaran los dos jóvenes osados
 Al que es objeto de su amor intenso,
 Si, de su faz hermosa
 Las luces hácia el cielo levantando,
 No exclamara Medoro: « ¡Oh casta diosa,
 « A quien nuestros abuelos
 « Triforme apellidaron justamente!
 « Tú, que belleza muestras igualmente
 « En la tierra, en el orco y en los cielos,
 « Tú, que siguiendo por oscuras selvas
 « Vas, cual hacerlo mi señor solia,
 « A las fieras con ánimo invencible,
 « ¿Será, será posible
 « Que el cadáver que busco no me vuelvas?»
 La luna, fuese acaso,
 Fuese movida de este humilde ruego,
 A través de las nubes se abre paso,
 Bella su faz mostrando como el día
 En que á Endimion causó tanta alegría.
 Descúbrense á su lumbre
 Los dos campos, Paris y todo el llano;
 Montmartre á diestra, en lo alto de una cumbre;
 Lery sobre otra, á la siniestra mano.
 La luna con mas brillo
 Un rayo, en esto, arroja
 Sobre el cuerpo del misero caudillo.
 La enseña blanca y roja
 Reconoce Medoro; su congoja
 De tierno llanto inunda su carrillo.
 En alta voz no exhala, sin embargo,
 Sus sentidos lamentos,
 Que enternecer pudieran á los vientos.
 Fuérale el ser reconocido amargo,
 Por temor, mas que de perder la vida,
 De mirar su ilusion desvanecida.
 De su amado señor partiendo el peso,
 La marcha apresuraban

Por llegar á su campo los mancebos;
Del padre de la luz los rayos nuevos
Astros, nubes y sombras dispersaban,
Cuando Zerbino, cuyo heroico empeño
En momentos cual este

No le permite abandonarse al sueño,
Allí llegaba, al frente de la hueste
Con que hostigó toda la noche al moro.

A Cloridano viendo y á Medoro,
Hacia ellos presto tuercen el camino,
Ansiosos de botín, los de Zerbino.
« Aquí dejemos, » dice Cloridano,
« La carga, amigo, ó perecer es cierto.
« ¿ No fuera empeño vano
« Morir dos vivos por salvar á un muerto? »

Dice; y el busto helado
Soltando, huye, creyendo
Que, su ejemplo siguiendo,
Tras él camina el compañero amado,
Por quien hubiera, á sospechar su suerte,
Consentido en sufrir mil veces muerte.

De su señor Medoro mas amante,
Sobre sus hombros el cadáver carga;
Mientras Zerbino, á recelar viniendo
Que moros pueden ser, y conociendo
Que no será su resistencia larga,
Con los unos les cierra toda vía

Mientras embestir á los demas encarga.
De altas hayas y espesos matorrales
Allí una selva entónces existía,
Cuyo oscuro recinto,
Poblado de feroces animales,
Formaba inextricable laberinto.
Por verse dentro de su sombra amiga
Uno y otro mancebo se apresura;
Mas á otro canto es fuerza que me siga
Quien saber quiera el fin de esta aventura.

CANTO XIX.

Medoro herido, y Cloridano muerto. — Amores de Angélica y Medoro. — Su enlace. — Su partida á Oriente. — Llegan Marfisa y sus cuatro compañeros al país de las mujeres homicidas. — Singular usanza de este país. — Los paladines y Marfisa penetran en la ciudad. — Combate de Marfisa con diez guerreros.

Mientra en el carro de fortuna rueda,
Nadie hay que decir pueda
Si es con verdad amado
Por los amigos de que está cercado.
Mas la suerte feliz como suceda
Que en áspera se trueque, sin demora
Vuelve la faz la turba adulatora,
Que solo amor sincero
Es, en dicha y desdicha, duradero.

Si llevarse pudiese descubierto
El pecho cual la cara,
Mas de un grande, estoy cierto,
Que á su rey muestra fe continua y rara,
De la plebe sumiérase en el fango,
A un plebeyo quizás cediendo el rango.

Mas, con este motivo, hablar de nuevo
Quiero del fiel mancebo

Que erra sin norte en la intrincada selva,
Y á quien la grave carga que se ha impuesto
Veda que á dar con su camino vuelva.

Cloridano, que en tanto con pié presto
Los bosques ha traspuesto,

Se aflige, se arrepiente,
Y, de su amigo al contemplarse ausente,

« ¿Cómo, » se dice, « cómo fui tan loco,
« Cómo, ¡oh Medoro! te estimé tan poco,
« Que pude abandonarte
« Donde no sé si volveré á encontrarte? »

Por llegar á su campo los mancebos;
Del padre de la luz los rayos nuevos
Astros, nubes y sombras dispersaban,
Cuando Zerbino, cuyo heroico empeño
En momentos cual este

No le permite abandonarse al sueño,
Allí llegaba, al frente de la hueste
Con que hostigó toda la noche al moro.

A Cloridano viendo y á Medoro,
Hacia ellos presto tuercen el camino,
Ansiosos de botín, los de Zerbino.

« Aquí dejemos, » dice Cloridano,
« La carga, amigo, ó perecer es cierto.

« ¿ No fuera empeño vano
« Morir dos vivos por salvar á un muerto? »

Dice; y el busto helado
Soltando, huye, creyendo
Que, su ejemplo siguiendo,
Tras él camina el compañero amado,
Por quien hubiera, á sospechar su suerte,
Consentido en sufrir mil veces muerte.

De su señor Medoro mas amante,
Sobre sus hombros el cadáver carga;
Mientras Zerbino, á recelar viniendo
Que moros pueden ser, y conociendo

Que no será su resistencia larga,
Con los unos les cierra toda vía
Mientras embestir á los demas encarga.

De altas hayas y espesos matorrales
Allí una selva entónces existía,
Cuyo oscuro recinto,

Poblado de feroces animales,
Formaba inextricable laberinto.
Por verse dentro de su sombra amiga
Uno y otro mancebo se apresura;

Mas á otro canto es fuerza que me siga
Quien saber quiera el fin de esta aventura.

CANTO XIX.

Medoro herido, y Cloridano muerto. — Amores de Angélica y Medoro. — Su enlace. — Su partida á Oriente. — Llegan Marfisa y sus cuatro compañeros al país de las mujeres homicidas. — Singular usanza de este país. — Los paladines y Marfisa penetran en la ciudad. — Combate de Marfisa con diez guerreros.

Mientras en el carro de fortuna rueda,
Nadie hay que decir pueda

Si es con verdad amado
Por los amigos de que está cercado.

Mas la suerte feliz como suceda
Que en áspera se trueque, sin demora

Vuelve la faz la turba adulatora,
Que solo amor sincero

Es, en dicha y desdicha, duradero.
Si llevarse pudiese descubierto

El pecho cual la cara,
Mas de un grande, estoy cierto,

Que á su rey muestra fe continua y rara,
De la plebe sumiérase en el fango,

A un plebeyo quizás cediendo el rango.

Mas, con este motivo, hablar de nuevo
Quiero del fiel mancebo

Que erra sin norte en la intrincada selva,
Y á quien la grave carga que se ha impuesto

Veda que á dar con su camino vuelva.
Cloridano, que en tanto con pié presto

Los bosques ha traspuesto,
Se aflige, se arrepiente,

Y, de su amigo al contemplarse ausente,
« ¿Cómo, » se dice, « cómo fui tan loco,

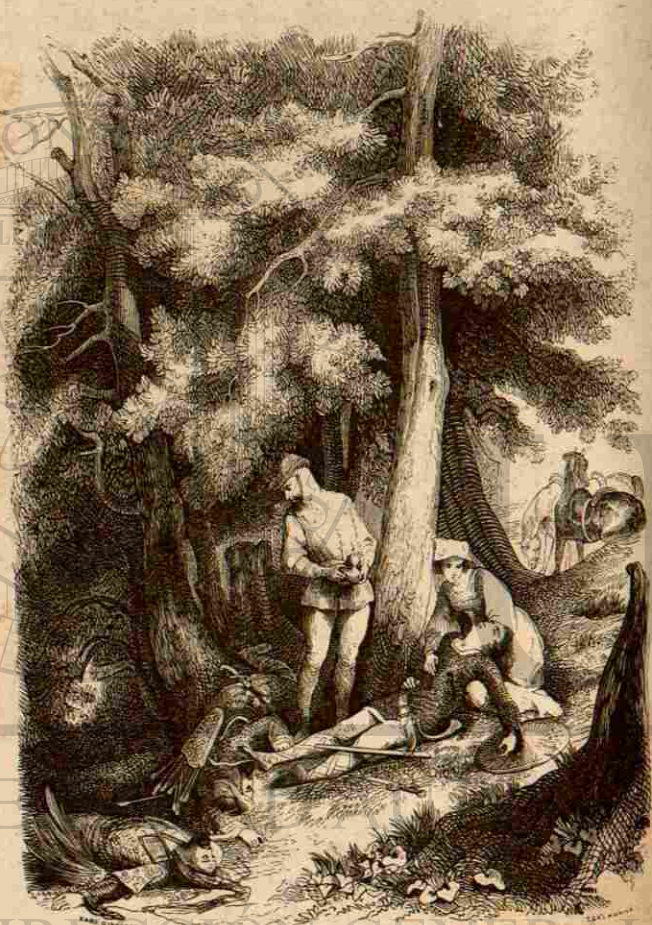
« Cómo, ¡oh Medoro! te estimé tan poco,
« Que pude abandonarte

« Donde no sé si volveré á encontrarte? »

Dice ; emprende de nuevo su camino
 Por medio á la maleza ,
 Y por la misma senda por de vino
 Corre derecho á su fatal destino.
 Pronto á escuchar empieza
 La enemiga algazara y gritería,
 Y á Medoro ve , en fin , que la batalla
 Contra cien de á caballo sostenía.
 Bien que solo , y por tantos atacado ,
 Su vida en gran conflicto el jóven halla,
 De su dueño el cadáver adorado
 Sobre la yerba tiende ,
 Y de un fresno ó de un haya vueltas ciento
 En torno da con cauto movimiento.
 Tal osa á quien sorprende
 En su guarida el cazador , luchando
 Entre el amor y la ira , se defiende ;
 A ensangrentar sus uñas y su boca
 El furor la provoca ;
 Ternura y compasion su amor le inspira,
 Y viendo á sus cachorros , cesa su ira.
 Como acorrerle en situacion tan grave
 Cloridano no sabe.
 La muerte no le asusta ; mas matando
 Quiere al ménos morir. Aguda flecha
 Del arco lanza , pues , con diestra mano ,
 Que fuera á un escoces los sesos echa ,
 Sin vida derribándolo en el llano.
 Vuelven todos la vista , y mientras uno
 A los demas pregunta
 De do salió la emponzoñada punta ,
 Manda otra á aquel , y con certeza tanta ,
 Que le corta la voz en la garganta.
 El príncipe escoces , que de Medoro
 Respetar se propuso la existencia ,
 Pierde en fin la paciencia ;
 Hacia él se llega y su cabello de oro
 Agarrando con furia ,

« Vas , » le dice , « á pagar tamaña injuria. »
 Pero no bien tan bella faz advierte ,
 En compasion su cólera convierte.
 « Por el Dios que veneras , »
 Dice el moro con voces lastimeras,
 « No me vedes honrar á mi buen amo ,
 « Este solo favor de tí reclamo.
 « Si hácia la vida algun amor conservo ,
 « Es á fin de impedir que águila ó cuervo
 « Su cadáver insulte.
 « Deja , déjame pues que lo sepulte
 « Y de mí dispon luego como quieras ;
 « Dame la muerte ; entrégame á las fieras. »
 Del bello jóven al acento triste
 Zerbino no resiste ,
 Y el amor dulcemente
 Mezclarse á la piedad en su alma siente.
 En esto , empero , con osada mano
 Un soldado villano
 Que los mandatos de su jefe olvida ,
 Hierde á Medoro el delicado pecho.
 Llena al bravo Zerbino de despecho
 Audacia tal , y su ira se redobla
 Cuando al mancebo ve que el cuello dobla
 Y al suelo viene sin señal de vida.
 « No ha de quedar , » prorumpe , « sin venganza
 « Tal desafuero ; » y lanza
 Rápido su corcel en seguimiento
 Del fiero matador , que huye al momento.
 Cloridano , que en tierra ve á su amigo ,
 Ciego de enojo y de ira ,
 Sale del bosque , el arco al suelo tira ,
 Y en medio del ejército enemigo
 Se precipita ; su dolor le ofusca ;
 Venganza y destruccion y muerte busca.
 La tierra en breve con su sangre esmalta ;
 Su furia aumenta , su pujanza afloja ;
 Y cuando al brazo en fin la fuerza falta ,

Junto á Medoro por morir se arroja.
 Del irritado principe Zerbino
 Por la selva despues sigue el camino
 Su gente, que al un moro
 Muerto dejó y al otro vivo apena.
 Largo rato tendido, el fiel Medoro
 Su sangre derramó por ancha vena,
 Y su vida por ella se exhalara
 Si un ángel á estorbarlo no llegara.
 En esto, envuelta en traje de pastora,
 Llega alli por acaso una doncella,
 De regio porte y gracia encantadora.
 Por si alguno lo ignora,
 La ilustre virgen era
 Del gran kan del Catay rica heredera.
 Llena de gozo al contemplarse dueña
 Del anillo que un dia
 Brunelo le quitó, la compañía
 De los héroes mas grandes ya desdeña.
 Y córrese al pensar que por amante
 Tuvo un tiempo al de Anger y á Sacripante.
 Mas que todo otro error, haber ardido
 Por el hijo de Amon le causa enojos,
 Que parecele haberse envilecido
 Poniendo en él sus altaneros ojos.
 Tanta arrogancia soportar no pudo
 El rapazuelo amor. De aguda flecha
 Armado el arco crudo,
 Junto á Medoro á la doncella acecha.
 Ella, no bien de una cercana muerte
 La palidez en el mancebo advierte,
 Siente que poco á poco se desliza
 En su alma una piedad que la esclaviza,
 Y que á medida aumenta
 Que su misera historia el jóven cuenta.
 De una esmerada educacion preludio
 Es en India el estudio
 De la médica ciencia.



Angélica socorre á Medoro herido. (T. I, p. 345.)

Que al hijo siempre el padre da en herencia.
Recordándose Angélica de nuevo
Cuanto de este arte sabe, con el jugo
De una yerba que vido
Cerca de allí, propónese al mancebo
Sustraer de la muerte el impio yugo.

Busca esta yerba, y córtala, y con ella
Hacia Medoro vuelve la doncella,
Y encontrándose acaso
Con un pastor que con lijero paso
Tras de una yegua que se huyó, corria,
Le ruega la acompañe hasta el paraje
Que el triste jóven con su sangre esmalta.
De su caballo allí llegando salta,
Y del suyo al pastor manda que baje.

Hacia Medoro luego se adelanta,
Y con sus lindas manos de la planta
Entre dos piedras exprimiendo el jugo,
El tierno pecho que atrevida punta
Hirió, y el vientre, y las caderas unta
Del bello joven, dando en el instante
Fuerzas al cuerpo y gracias al semblante.

Del pastor el caballo pudo en breve
El mancebo montar; pero insepulto
No piensa que dejar mas tiempo debe
El cadáver objeto de su culto.

Ni á Cloridano olvida, y en la tierra
Con su amado señor al paje encierra.

Parte despues. A compasion movida
La dama, y á seguirle decidida
Mientras su riesgo dure, le acompaña
De un bondoso pastor á la cabaña.

Alli despacio examinando luego
Del moro la beldad, la gallardía,
Siente Angélica en su alma cada dia
Crecer de amor el devorante fuego.

Entre dos altos montes se percibe,
Sobre un llano, en la selva, la morada

Bella y recientemente edificada
 Donde el pastor con su familia vive,
 Y do la dama con el jóven entra.
 De nuevo allí vanda su herida, y mientras
 Cicatriza esta llaga,
 Su propio corazon lma y estraga
 Otra mayor, mas honda,
 Que con dardo invisible abrió la mano
 De amor, oculta en la guedeja blonda
 Del amigo infeliz de Cloridano.
 Arde la dama y arde en llama inmensa:
 Cura el ajeno mal, y el suyo agrava;
 Y, olvidada de si, tan solo piensa
 En aquel de quien es rendida esclava.

A medida que él sana,
 En su pecho ella siente
 De una fiebre voraz ya el fuego ardiente,
 Ya el helado temblor. Cada mañana
 Del moro la beldad, la gracia acrece;
 La de Angélica en tanto desaparece
 Cual nieve intempestiva
 Al ver del claro sol la lumbre viva.

La infeliz, que á su mal no ve remedio,
 Sucumbir debe á su amoroso tedio,
 Como, sin esperar á que él la invite,
 Al jóven ella audaz no solicite.

De la vergüenza, pues, rompiendo el freno,
 De seducción su voz sus ojos arma,
 Y su pasión declara al sarraceno,
 Que, bien que sorprendido, no se alarma.

¡Oh rey Circaso! ¡oh principe de Anglaute!

¿De qué os sirven, decid, en este instante
 Vuestro valor, esfuerzo ó nombradía?

¿Con cuál premio ha, decid, hasta este día
 Esa fiera beldad correspondido

A cuanto habeis por ella padecido?

Y tú, rey Agricano,

Que duro siempre hallastes é inhumano



Amores de Medoro y Angélica. (T. I, p. 347.)

Su corazon, ¿qué pena no sintieras
Si el mármol de tu tumba alzar pudieras?
¡Oh Ferragut! y ¡oh! en fin, cuantos en vano
Por esa dama ingrata
Sacrificios hicisteis! ¿qué dijerais
Si en los brazos la vierais
Del que toda esperanza os arrebató?

A su Medoro Angélica confía
La fresca rosa intacta todavía;
Que á nadie penetrar jamas fué dado
En tan bello verjel hasta aquel día.
Por cohonestar la cosa, celebrado
Es con gran ceremonia
El matrimonio, que el amor termina,
Y del cual la pastora fué madrina.

Mas de un mes con Medoro
Quédase allí su enamorada amiga,
Y, bien que de ella el jóven no se aparta,
Bien que sus cuellos lazo eterno liga,
De verle jamas harta,
Siente ella sed que nunca se mitiga.

De noche y día, en la cabaña ó fuera,
Del uno el otro marcha siempre al lado.
Juntos de algun arroyo la ribera
Buscando van ó algun frondoso prado,
Y cuando el sol á su zenit se eleva,
Tal vez se acogen en propicia cueva
Cual la que, en brazos de la amante Dido,
Al adalid Troyano un tiempo vido.

Entre tanto placer, árbol no habia
Junto á parlero arroyo, ó fuente pura,
Que de los dos amantes la ventura
No recordara en su vetusto lomo.
Hasta en la peña dura
Sutil cuchilla dibujara como
De Medoro y de Angélica los pechos
Une el amor con vínculos estrechos.
Volver hácia el Levante

Desde allí piensa en breve la doncella,
A poner de su amante
Sobre las sienes su corona bella.

Puesto Angélica lleva un brazalete
Que, de un amor que eterno le promete,
Le dió en memoria el paladin de Anglante.
Esta joya á Ziliante dió Morgana,
Cuando oculto lo tuvo dentro al lago.
De Orlando la pujanza soberana
Libertando á Ziliante, obtuvo en pago
De tan heroica hazaña

La joya que él destina en el momento
A la beldad que causa su tormento.
Ella la acepta con placer, no tanto
Por su afición hácia el guerrero, cuanto
Por su belleza é inestimable precio.

En la ínsula del llanto
Puesta en su bello brazo la tenia,
Y yo no alcanzo como con desprecio
Pudo mirarla aquella gente impía.
No teniendo otra prueba de su aprecio
Que dar al buen pastor por su acogida,
El brazalete á su mujer entrega
Angélica, y le ruega

Lo acepte por su amor. De la cabaña
Saliendo luego, hácia los montes parten
Que dividen la Francia de la España.
Al pasar estos montes, divisaron
La mar que baña el campo de Gerona,
Y siguiendo su costa, al fin llegaron,
Por trillado camino, á Barcelona,
Do aguardar es su intento
Por partir al Levante nave y viento.
Antes de entrar en la ciudad, hallaron
Junto á la playa un hombre que, de lodo
Cubierto el lomo, el pecho, el busto todo,
Daba evidente indicio
De que no estaba en su completo juicio.

No bien á los dos jóvenes divisa,
Hácia ellos corre, ansioso de hacer daño,
Este hombre, cual mastin hácia un extraño.

Mas á hablar voy de nuevo de Marfisa,
De Astolfo, de Grifon y de Aquilante
Y de los otros que, en su afán prolijo,
La muerte tienen sin cesar delante.
Cada vez mas soberbia y arrogante
La mar los mece sin camino fijo,
Y, durante uno y otro y otro día,
Por su enrespada espalda así los guía.

Rompe la onda enemiga
El castillo de proa y la obra muerta,
Y al marinero obliga

A lanzar en su boca siempre abierta
Lo que á su enojo destructor escapa.
Cual, á la luz de una linterna oscura,
Fijos los mustios ojos en el mapa,
Su incierta dirección hallar procura.
De la popa á la proa discurriendo,
El mísero marino

Al polvo que el reloj va desprendiendo
Consulta sobre la hora y el camino.

En la cubierta, con el mapa en mano,
A sus marinos el piloto junta,
Y á cada cual su parecer pregunta.

Cual piensa que lejano
No debe estar de Limiso el bajo;
Cual las rocas de Trípoli barrunta,
Donde destroza el mar tanto navio;
Cual se aflige y suspira contemplando
Que en torno á Satalía está girando.

Diversamente cada cual opina
É igual terror á cada cual domina.
El viento, que con impetu arremete,
Al tercer día en fin rompe el trinquete;
La mar redobla su coraje fiero
Y se lleva al timon y al timonero.

De mármol ó de bronce
 Tiene sin duda el pecho ó de diamante
 Aquel á quien tal situacion no espante;
 Pues que, no obstante su sin par desnudo,
 Marfisa misma entonces
 Confesó que tembló. No menor miedo
 Aflige á los demas. Cual peregrino
 Partir piensa al Calvario, á Compostela;
 Cual ir á Roma, Utino
 Ú otros parajes célebres promete.
 Del mar en tanto su bajel juguete
 Baja al abismo ó por las nubes anda.
 En tal conflicto, por ahorrar trabajo,
 Que el mástil se eche abajo
 El cauto jefe á sus secuaces manda.
 Y que á la mar el cargamento arrojen,
 Y que de sus lujos ornamentos
 Las espléndidas cámaras despojen.
 A las bombas atentos
 Otros dentro del mar al mar rechazan;
 Otros unen las vigas y maderos,
 Que en su furor las olas despedazan.
 Cuatro dias enteros
 Duró esta cuita grave
 Que, á durar uno mas, victoria plena
 Diera á la mar sobre la rota nave.
 De su cansada gente la esperanza
 Vino á alentar, cual iris de bonanza,
 De Santelmo por fin la luz serena
 Brillando sobre un resto de cornisa,
 Pues en pie no quedó mástil ni entena.
 Esta estrella de paz no bien divisa
 El marinero, póstrase de hinojos,
 Y con trémula faz y húmedos ojos
 Pide al cielo merced. Callan de pronto
 Aquilon y mistral. Único dueño
 Queda poniente del airado ponto,
 Y de tal modo la onda amarga agita

Que por ella se Heva al frágil leño,
 Cual balcon que su vuelo precipita,
 Inspirando recelos al piloto
 De verlo en breve sumergido ó roto.
 Remédiase á este mal, por popa echando
 Gruesas boyas que al buque retardando
 Dos tercios van en su veloz carrera.
 Esto alentando á la afligida gente,
 Al bajel impidió que pereciera.
 De Layacio en el golfo una ensenada
 Ve el patron por dos fuertes resguardada.
 Entrando en ella, con dolor advierte
 Su error funesto. Esclavitud ó muerte
 Allí le aguarda; y si de nuevo parte,
 ¿Cómo podrá con su indefenso leño
 Oponer á las ondas un baluarte?
 Mientras en tal indecision estaba,
 El riesgo le amagaba
 De que armadas saltasen
 En sus naves las gentes de la tierra,
 Y á la suya atacasen
 No apercebida para hacer la guerra.
 La causa de esta cuita
 Preguntando el caudillo de Inglaterra,
 Respóndele el patron: « Raza maldita
 « En esta tierra habita
 « De mujeres que, bárbaras, entregan
 « A muerte á cuantos hombres aqui llegan.
 « Solo evita el suplicio ó el oprobio
 « El que en el campo á diez guerreros venza,
 « Y en el lecho de novio
 « A diez virgenes sirva sin vergüenza.
 « Si, vencedor en el primer combate,
 « Sucumbe en el de amor, mandan las leyes
 « Que sin piedad al punto se le mate,
 « Y que para cayar ó guardar bueyes
 « Todo el que le acompañe quede esclavo.
 « Si hay alguno tan bravo

« Que en ambas lides salga victorioso,
 « Dando á los suyos libertad, esposo
 « Será de diez doncellas,
 « Que elegirá á su gusto entre las bellas. »
 No pudo Astolfo contener la risa
 Al escuchar costumbre tan extraña.
 Hacia él en esto lléganse Marfisa
 Y Grifon, Sansoneto y Aquilante.
 El patron á su encuentro se dirige,
 Y, narrando la pena que le aflige,
 « Morir quiero en el mar de una vez, » dice,
 « No, esclavo, soportar vida infelice. »
 Así los marineros,
 Así los navegantes opinaron;
 Mas de distinto parecer se hallaron
 Marfisa y sus valientes compañeros,
 Que del airado mar á los embates
 Temblaron, mientras nada
 Temblar les hizo en medio á los combates
 Donde pudieran manejar la espada.
 Por ir á tierra anhelan los guerreros,
 Y, mas que todos, el Breton porfia,
 Que de su trompa á los bramidos fieros
 La destruccion de su rival confia.
 Los unos pues desembarcarse quieren,
 Los otros á alta mar salir prefieren,
 Cuando al patron el bando fuerte obliga
 A que hacia tierra su camino siga.
 No bien entra en el puerto
 El misero bajel, cuando, provista
 De mucha gente y de patron experto,
 Aparece á su vista
 Otra nave mayor, que sujetando
 Al destrozado leño, remolcando
 Hacia tierra lo va. Contrario el noto
 A las velas, empero,
 Se opone, y al remero y al piloto,
 En tanto que la cota y el acero

Los guerreros alistan
 Y á sus gentes exhortan á que embistan.
 Tiene el puerto la forma de herradura
 Y mas de cuatro millas de contorno;
 Doscientos pasos [tiene su abertura
 Y á cada lado un fuerte por adorno.
 Sobre un monte, á manera de anfiteatro,
 La ciudad junto al puerto
 De los vientos del Sur se halla á cubierto.
 Apenas el bajel toca la orilla,
 Cunde veloz la nueva por la villa.
 Armadas de arcos llegan sin tardanza
 Seis mil mujeres, que, segun su usanza,
 Con naves y con cuerdas de la fuga
 Les quitan hasta la última esperanza.
 De estas mujeres una, á quien arruga
 Decrépita vejez la altiva frente,
 Llamar hace al patron. Incontinentemente
 De aquel reino le narra la costumbre,
 Y que elija le manda
 Entre muerte ó perpetua servidumbre.
 « De eludir esta ley un medio os queda, »
 Dice: « si uno tan fuerte
 « Entre vosotros hay que dar la muerte
 « A diez guerreros en el campo pueda,
 « Y en el lecho en seguida
 « Servir á diez doncellas de consorte,
 « Dueño y señor será de nuestra corte,
 « Y partir los demás podréis con vida. »
 En vez la vieja de infundirles miedo,
 De los héroes dobló la gallardía,
 Que cada cual, merced á su denuedo,
 En una y otra lid vencer confia.
 Marfisa, por desgracia,
 Entrar en la segunda no podia;
 Mas en cambio esperaba que su audacia
 De tal obligacion la eximiria.
 Todos de acuerdo, presto

Mandaron al patron que á tierra fuese,
Y á la vieja dijese que, dispuesto
A combatir, en el bajel se hallaba
Mas de uno que sus pactos aceptaba.

Álzase el ancla pues, hácia la orilla
Empujan el bajel los marineros,
Y un grupo de caballos y guerreros
Sobre la puente improvisada brilla.
Por medio á la ciudad luego pasando,
Miles ven de mujeres altaneras,
Lijeras por las calles cabalgando,
Y en la plaza lidiando cual guerreras.
Calzar espuela, ni ceñir espada,
Ni armas allí vestir el hombre puede,
Que á diez tan solo este favor concede
La antigua ley que arriba va citada.

Por esta usanza, que los sexos trueca,
A la aguja ó la rueca
Viven eternamente condenados
Los pocos que allí viven, pues apenas
Por mil mujeres se contarán ciento.
En femenino traje embarazados
Marchan con mustia faz y paso lento;
Alguno entre cadenas
Vive, y otros vegetan destinados
A arar la tierra ó á guardar ganados.

Dejar los héroes quieren á la suerte
Que decida quien deba
El primero tentar la doble prueba.
Mas cada cual al proponerlo advierte
Que el nombre de Marfisa no entre en urna,
Pues no puede arrostrar la lid nocturna.

La dama este propósito combate,
Y la suerte decide que ella sea
La primera que salga á la pelea.
« Morir prefiero, dice, en este embate,
« Que á torpe esclavitud no me acomodo.
« Con este acero, » y muéstralo desnudo,

« De ese embrollo saldré, que bien el modo
« Sé con que el rey Lacedemonio el nudo
« De Gordio desató; y hacer hoy quiero
« Que, miéntras rueda el orbe sobre su eje,
« De nuevo el extranjero
« Del furor de esas gentes no se queje. »

De su acento altanero
Cada cual conmovido, á la contienda
Sus esperanzas todas encomienda.
Cubierta de su malla
Se presenta Marfisa en el cercado
Que para tales juegos reservado,
De la ciudad en lo mas alto, se halla.

En torno dél se extiende en anfiteatro
Inmensa grada, y cuatro
Puertas de bronce entrada
Dan á la grey que marcha tras Marfisa,
A quien montada en esto se divisa
Sobre un tordo corcel de manchas bellas,
Salpicada la piel como de estrellas.
En su cabeza brilla
Ojo radiante que revela audacia;
Jamás, en fin, pifó bajo la silla
Caballo de mas garbo y de mas gracia.
Tal pensáralo al ménos Noradino
Cuando á ofrecerle á la doncella vino.

Por la puerta que mira á mediodía
Marfisa entró. De trompas y clarines
El eco estrepitoso oye bien presto,
Y á los diez paladines
Ve luego entrar por el costado opuesto.

Mas que los otros nueve, el que los guía
Muestra en su gesto esfuerzo y bizarría.
Delante llega comprimiendo el flanco
De un fogoso corcel, cuya piel negra,
En el pié zurdo y en la frente, alegra
De escasos pelos ramillete blanco.
Del color del caballo, la armadura

Del caballero claramente dice
Que, cual huye la luz de noche oscura,
La dicha huyó de su ánima infelice.

Dada que fué de comenzar la seña,
Cada cual de los nueve el asta baja,
Excepto el de lo negro, que desdeña
Entrar en el combate con ventaja.

A la ley de esta tierra

La ley anteponiendo de la guerra,

A un lado se retira

Y el desigual combate atento mira.

Contra los nueve en rápida carrera

La dama corre, enarbolando el asta

Que del buque eligió entre las entenas,

Y que á mover apenas

La fuerza junta de cuatro hombres basta.

Del primer adversario á quien ataca

Hace pedazos el fornido escudo,

Y la cota y el pecho atravesando,

De lanza un palmo por su espalda saca.

Retirándola luego

Sin vida del arzon á dos derriba,

Que al poder de su brazo solo iguala

El del obus al despedir la bala.

Muchos embates resistió su cota,

Ninguno empero quebrantarla pudo;

Pues, cual rechaza el muro á la pelota,

Así los rechazó su fuerte escudo,

Que por raro prodigio

Templado en la onda fué del lago Estigio.

Párase; vuelve luego

De su caballo á estimular el fuego,

Y hasta la empuñadura

En sangre tiñe el hierro, que en pedazos

A aqueste la cabeza, á aquel los brazos

Corta veloz; por medio á la cintura

Parte al otro, dejando

La mitad de su cuerpo cabalgando,

La otra mitad sobre la tierra dura.

Así partido aqueste

Uno de aquellos votos parecia

Que, agradecida á la bondad celeste,

Cuelga en los templos una mano pia.

Huye el otro. Hasta el medio de la plaza

Le persigue la virgen, y de un tajo

La cabeza y el yelmo le echa abajo.

Muertos en suma todos, ó en la tierra

Tendidos, cesa esta terrible guerra.

El que rigiendo á los demas venia,

Hasta entónces inmóvil, á un costado

De la lid retirado,

Los prodigios de esfuerzo y bizarria

Ve que uno solo contra nueve hacia;

Y, no queriendo que á temor se achaque

La tardanza que puso en el ataque,

La diestra alzando en seña

De que algo tiene que exponer, avanza,

Y « ¡oh guerrero! » le dice (pues ni sueña

Que quepa en una dama tal pujanza)

« De dar ya muerte estar debes cansado.

« Cansarte mas no fuera delicado,

« Ni de mi espada en gloria

« Redundara por tanto la victoria.

« Así pues, en tu obsequio, esta contienda

« Pido que hasta mañana se suspenda.

— « Gracias mil por tu oferta, que rehuso, »

Interrumpe la virgen, « pues ni nuevo

« Me es de las armas ni molesto el uso.

« Ven y verás cuan presto te lo pruebo;

« Ven, que tomar reposo honor me veda,

« Y al sol buen rato de su luz aun queda.

— « Plugiese, » dice el otro, « al cielo justo

« En todo, cual en esto, darme gusto;

« Mas teme que ese sol, cuando oscurezca,

« Por siempre para tí desaparezca. »

Dice; manda que aprisa

Se le traigan dos lanzas, y una dellas
 Entregando á Marfisa,
 Espera solo del clarin el toque.
 Escuchándolo embistense, y el viento
 Y el mar y el suelo, á tan violento choque,
 Estremecidos zumban. Voz y aliento
 Contienen todos cuantos ven la lucha,
 Y cada cual atento
 Con ansia mira y con cuidado escucha.
 Por arrojar á su contrario en tierra
 Contra él la dama furibunda cierra.
 Él, aguerrido y fuerte,
 La lanza enristra para darle muerte.
 Cual dos mimbres que el sol puso pajizas,
 Saltan al aire con crujido horrendo
 Las dos sólidas lanzas hechas trizas.
 El encuentro cruel los corbejones
 Troncha de ambos bridones que cayendo
 Derriban á los bravos campeones.
 A embates de este género avezada
 La doncella aguerrida,
 A miles de guerreros en su vida
 La silla hizo perder de una lanzada;
 Mas por la vez primera hoy en el suelo
 Viéndose, siente inmensa pesadumbre.
 Ni es menor del contrario el desconsuelo,
 Que, contra su costumbre,
 Vino á tierra también. Apenas tocan
 Ambos el suelo, se alzan, se provocan,
 Y con golpes crueles
 Hacen crujir las cotas y broqueles,
 Que deben ser mas sólidos que un yunque
 Para que tanto golpe no los trunque.
 No es Marfisa mas fuerte que el guerrero;
 Igual valor en ambos se percibe,
 Igual arte y pujanza. Cada acero
 Vuelve al instante el golpe que recibe.
 Testigo de esta bárbara querrela

La femenina turba no concibe
 Como el guerrero y como la doncella
 A tanto y tanto golpe sobrevive,
 Y proclama sin pares en valientes
 A los dos esforzados combatientes.
 « No ha sido poca la fortuna mia, »
 Marfisa se decía,
 « De que se haya negado tal denuedo
 « Al de los nueve unir su noble guia,
 « A quien apenas resistir yo puedo.
 — « Dichoso fui, » pensaba el caballero,
 « De que fuese mi oferta desechada,
 « Que, casi en vano, defenderme quiero
 « Contra esa diestra de matar cansada.
 « ¿Qué será si una noche de reposo
 « Torna á alentar el brazo vigoroso? »
 Así pensando, cada cual procura
 A su adversario herir. Mas ya la tarde,
 Empañando del sol la lumbre pura,
 Les veda hacer de su valor alarde.
 Sobreviene la noche, y el primero
 Así rompe el silencio el caballero :
 « Pues que en igual fortuna
 « Nos viene á sorprender noche importuna,
 « Soy de opinion que salva
 « Guardes la vida hasta que luzca el alba.
 « Si otorgar de tu vida
 « Solo puedo una noche á la medida,
 « No te quejes de mi, mas bien te queja
 « De la ley que aqui rige. El cielo sabe
 « Cuanto te compadezco y á tu gente ;
 « Con ella pues hácia mi estancia vente
 « Si perecer no quieres ;
 « Pues de los nueve á quien mató tu lanza,
 « Las noventa mujeres
 « Forjando estan ya planes de venganza.
 — « Acepto con placer, » Marfisa dice,
 « Tu bondoso hospedaje, pues confio

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE BÉLIZA
 BIBLIOTECA
 "ALFONSO BETANZOS"
 1985

« En tu ánimo cortes mas que en tu brio.
 « Mas cálmate por Dios, No temas verte
 « En la necesidad de darme muerte.
 « Teme mas bien por tí, pues bien has visto
 « Cual de tu espada el impetu resisto.
 « Así pues, cese ó siga la batalla,
 « Alúmbrennos el sol ó las estrellas,
 « Dispuesto siempre se halla
 « Mi brazo vencedor en mil querellas. »
 A su rival, no obstante, otorgar quiso
 Que, hasta que el sol de nuevo apareciese,
 Se dejase indeciso
 Cual de los dos mas esforzado fuese.
 En cambio el noble jóven á Aquilante,
 Al buen Grifon y á los demas se llega,
 Y que vengan con él tambien les ruega.
 Sin recelo los héroes aceptaron
 Este convite, y juntos caminaron,
 Al resplandor de fulgidos blandones,
 A un suntuoso palacio dividido
 En muchos y magníficos salones.
 Al llegar á su estancia
 Su yelmo alza el guerrero,
 A todos sorprendiendo. De arrogancia
 Llena su noble faz, no descubria
 Diez y ocho años cumplidos todavía.
 Estupefacta queda la doncella
 De que quepa á esa edad tal bizarría,
 Y estupefacto él quedase, al par della,
 Al ver su rostro bello
 Y de su sexo el delator cabello.
 Mutuamente su nombre
 El uno al otro se pregunta en tanto.
 El del jóven empero no os asombre
 Si descubrir difiero hasta otro canto.

CANTO XX.

Historia de Guidon el Salvaje. — Origen y establecimiento de aquella colonia de mujeres. — Marfisa y los paladines tratan de salir de allí. — Opónense las mujeres guerreras, á las cuales dispersa Astolfo valido de su trompa. — Llegada de Marfisa y sus compañeros á Marsella. — Extrañas reyertas de Marfisa con Pinabelo y con Zerbino por la vieja Gabrina.

Que las mujeres de la edad antigua
 Grandes cosas han hecho
 De las armas y ciencias en provecho,
 La historia claramente lo atestigua.
 Arpácile y Camila son famosas
 Por su ardor y pericia en los combates;
 A Corina y á Safo obras preciosas
 Por siempre han puesto al lado de los vates.
 Cosa es tambien notoria
 Que á una alta perfeccion, en todo aquello
 A que se ha dedicado, el sexo bello
 Casi siempre llegó. Si á su memoria
 Ha habido edad que no haya tributado
 Los debidos honores,
 Durar no puede siempre tal estado,
 Que sin duda ha creado
 La envidia de ignorantes escritores.
 De mérito hay tal suma
 En muchas damas hoy, que conjeturo
 Que al papel y á la pluma
 Dará ocupacion en lo futuro.
 De la calumnia la malvada lengua
 Tendrá que enmudecer llena de mengua
 Ante tan nobles hechos, á los cuales
 Serán los de Marfisa apena iguales.
 Mas, volviendo á Marfisa, decir debo
 Como al cortes mancebo,
 De quien el nombre conocer desea,

« En tu ánimo cortes mas que en tu brio.
 « Mas cálmate por Dios, No temas verte
 « En la necesidad de darme muerte.
 « Teme mas bien por tí, pues bien has visto
 « Cual de tu espada el impetu resisto.
 « Así pues, cese ó siga la batalla,
 « Alúmbrennos el sol ó las estrellas,
 « Dispuesto siempre se halla
 « Mi brazo vencedor en mil querellas. »
 A su rival, no obstante, otorgar quiso
 Que, hasta que el sol de nuevo apareciese,
 Se dejase indeciso
 Cual de los dos mas esforzado fuese.
 En cambio el noble jóven á Aquilante,
 Al buen Grifon y á los demas se llega,
 Y que vengan con él tambien les ruega.
 Sin recelo los héroes aceptaron
 Este convite, y juntos caminaron,
 Al resplandor de fulgidos blandones,
 A un suntuoso palacio dividido
 En muchos y magníficos salones.
 Al llegar á su estancia
 Su yelmo alza el guerrero,
 A todos sorprendiendo. De arrogancia
 Llena su noble faz, no descubria
 Diez y ocho años cumplidos todavía.
 Estupefacta queda la doncella
 De que quepa á esa edad tal bizarría,
 Y estupefacto él quedase, al par della,
 Al ver su rostro bello
 Y de su sexo el delator cabello.
 Mutuamente su nombre
 El uno al otro se pregunta en tanto.
 El del jóven empero no os asombre
 Si descubrir difiero hasta otro canto.

CANTO XX.

Historia de Guidon el Salvaje. — Origen y establecimiento de aquella colonia de mujeres. — Marfisa y los paladines tratan de salir de allí. — Opónense las mujeres guerreras, á las cuales dispersa Astolfo valido de su trompa. — Llegada de Marfisa y sus compañeros á Marsella. — Extrañas reyertas de Marfisa con Pinabelo y con Zerbino por la vieja Gabrina.

Que las mujeres de la edad antigua
 Grandes cosas han hecho
 De las armas y ciencias en provecho,
 La historia claramente lo atestigua.
 Arpácile y Camila son famosas
 Por su ardor y pericia en los combates;
 A Corina y á Safo obras preciosas
 Por siempre han puesto al lado de los vates.
 Cosa es tambien notoria
 Que á una alta perfeccion, en todo aquello
 A que se ha dedicado, el sexo bello
 Casi siempre llegó. Si á su memoria
 Ha habido edad que no haya tributado
 Los debidos honores,
 Durar no puede siempre tal estado,
 Que sin duda ha creado
 La envidia de ignorantes escritores.
 De mérito hay tal suma
 En muchas damas hoy, que conjeturo
 Que al papel y á la pluma
 Dará ocupacion en lo futuro.
 De la calumnia la malvada lengua
 Tendrá que enmudecer llena de mengua
 Ante tan nobles hechos, á los cuales
 Serán los de Marfisa apena iguales.
 Mas, volviendo á Marfisa, decir debo
 Como al cortes mancebo,
 De quien el nombre conocer desea,

Dice : « Marfisa soy , » y asaz es esto ;
Que , esto sabido , se adivina el resto.

Quando su turno llega , el caballero

Asi mas amplio su discurso empieza :

« Que de mi estirpe conoceis infiero

« Cada cual el renombre y la grandeza ,

« Pues no en Europa solo ,

« Sino en India , en Etiopia , hasta en el polo ,

« Es célebre el blason de Claromonte ,

« De do naciera el caballero fuerte

« Que al rey Mambrino y á Clariel y á Almonte

« El reino arrebató , dándoles muerte.

« Mi padre , el duque Amon , de Francia vino

« A engendrarme al paraje

« Do , por ocho ó diez bocas , al Euxino

« Va á prestar el Danubio su homenaje.

« Por ir á Ocaso en busca de mi gente ,

« A mi madre , un año ha , dejó doliente ;

« Mas por tormenta que turbó mi viaje ,

« A esta tierra fatal fui conducido ,

« Do diez meses ó mas ha que resido.

« Guidon me denominan el Salvaje ;

« Ilustre no es mi nombre todavía ,

« Bien que á mis manos en fatal pelea

« Murieron Argilon de Melibea

« Y los nueve que al campo él conducia.

« Victorioso en la lid de las doncellas ,

« De entre las mas amables y mas bellas

« Escoger y guardar puedo á mi lado ,

« Segun mi antojo , á diez ; que todas ellas

« El gobierno de esta insula me han dado ,

« Cual lo darán al que , cual yo , consiga

« Coronar con el triunfo su fatiga . »

A Guidon los guerreros el origen

Preguntan de la ley que de esta tierra

A los hombres destierra ,

Y si , cual en los otros los varones ,

En estos climas las mujeres rigen ,

En estos climas las mujeres rigen ,

« De esta ley el motivo , »

Guidon contesta , « en varias ocasiones »

« Oí , desde que vivo

« Aquí , contar , y cual me fué narrada

« A contárosla voy si es que os agrada.

« Cuando , despues de diez años de guerra

« Y otros diez años de enemigos vientos ,

« Arrasados de Troya los cimientos ,

« Retornarán los griegos á su tierra ,

« A sus damas hallaron

« Que , temerosas de morir de tedio ,

« A su viudez buscaron

« Con jóvenes amantes un remedio.

« De ajenos hijos pues , á su regreso ,

« Llenas sus casas los de Grecia encuentran ;

« Empero , á sus esposas este exceso

« Perdonan al pensar cuan importuno

« Parecerles debió tan largo ayuno ,

« Y su ira reconcentran

« Contra el que no pecó , pues no consienten

« Que en su hogar tales hijos se sustenten.

« Vendidos unos son ; otros , ocultos ,

« Por el materno amor son sostenidos.

« En escuadras diversas los adultos ,

« Por aqui y por alli , van divididos.

« Cual cultiva las artes , cual la tierra ,

« Cual se entrega al estudio ó á la guerra ,

« Fortuna á los demas , segun le place ,

« Pastores ya , ya cortesanos hace . »

« Con otros parte á ver climas extraños

« Un hijo de la altiva Clitemnestra.

« Su faz de diez y ocho años

« La gracia y lozanía

« De una recién cogida rosa muestra.

« Este , armando un bajel , en compañía

« De cien mancebos de su edad y arrojo ,

« De ribera en ribera

« Va sembrando el terror por donde quiera . »

« Los de Creta, entretanto que en su enojo
 « Contra el fiero tirano Idomeneo,
 « Y en su ardiente deseo
 « De lanzarle del trono, copia inmensa
 « Hacen de gente y medios de defensa,
 « De Falanto (asi el jóven se llamaba)
 « Los servicios compraron
 « A alzado precio, y á su gente brava
 « De Dictea la guardia encomendaron.
 « Era Dictea entre las cien ciudades
 « Que en su recinto Creta contenia,
 « La mas fecunda en flores y en beldades,
 « La mas rica en placeres noche y dia.
 « La juventud que con Falanto vino,
 « Que era en gracia y valor la flor de Grecia,
 « Inflama presto al sexo femenino,
 « Que, en la amorosa lid al ver su brio,
 « Sobre todo otro bien su afecto aprecia
 « Y con placer se rinde á su albedrio.
 « Mas concluyóse luego
 « La guerra que á aquel sitio los condujo;
 « Y, faltando la paga, el jefe griego
 « A partir á sus jóvenes indujo.
 « De las damas de Creta amargo el llanto,
 « Acerbo es el dolor, vano es el ruego.
 « Entónces, de Falanto
 « Bien decididas á seguir las huellas,
 « Padres, hijos y esposas todas ellas
 « Abandonan, llevándose un tesoro
 « En ricas joyas y en montones de oro.
 « Tan favorable el viento
 « Y tan bien escogido es el momento,
 « Que nadie en Creta la noticia sabe
 « Antes que en alta mar boga la nave.
 « Asi bogando, al fin tomaron puerto
 « En un pais recóndito y desierto.
 « Allí se reposaron
 « Y tranquilos gozaron

« Del fruto de su audacia y de su pena.
 « De amoroso placer y de alegría
 « Algun tiempo fué estancia
 « Aquella triste y solitaria arena.
 « Mas ¡ah! ¡cuán verdad es que la abundancia
 « Los corazones jóvenes enfria!
 « Al undécimo dia
 « De esta vida de amor y de placeres,
 « La gente de Falanto empalagada,
 « Resuelve abandonar á sus mujeres,
 « Que mujer que no agrada
 « Es de todas la carga mas pesada.
 « Ellos, que la ganancia y el dinero
 « Mas que un gozar costoso apetejian,
 « Vieron bien que la aljaba ó el acero
 « Mantener tantas bocas no podian.
 « Solas, pues, á las miseras dejaron,
 « Y, de botín henchidos, se marcharon
 « Hacia la Pulia, donde, de Tarento
 « Junto á la mar, echaron el cimiento.
 « Las damas al mirarse abandonadas
 « Por aquellos que tanto les debian,
 « Sobre la playa, tristes y angustiadas,
 « Inmóviles estatuas parecian.
 « Viendo en fin que al dolor que las inquieta
 « Sus lagrimas no dan algun remedio,
 « Por calmarlo discurren otro medio.
 « Unas proponen, retornando á Creta,
 « De airado padre ó de ofendido esposo
 « Implorar el perdon, ántes que el hambre
 « De su vida á cortar venga el estambre.
 « Otras á aquesta suerte
 « Prefieren darse entre las olas muerte.
 « Otras ir á regiones extranjeras
 « Proponen y el oficio
 « De esclavas ejercer ó de rameras,
 « Mas bien que someterse al vil suplicio
 « De que su infiel conducta se hizo rea.

« Así, mil medios todas proponían
 « De conjurar el riesgo que temían,
 « Cuando una, la magnánima Orontea,
 « Que del rey Midas era descendiente,
 « La mas sabia de todas, la mas bella,
 « La mas jóven y ménos delincuente,
 « Pues que à Falanto se entregó doncella,
 « Alza la voz. En su habla y en su gesto
 « Del intrépido pecho exhala la ira,
 « Y con un medio por ninguna expuesto
 « Gran confianza à las demas inspira.
 « Su opinion es quedarse en esta tierra,
 « De fértil territorio y de aires sanos,
 « Que claros rios en su seno encierra,
 « Selvas opacas, espaciosos llanos
 « Y puertos donde, en sus conflictos graves,
 « Reparo contra el mar hallan las naves
 « Que conducen de Oriente objetos varios,
 « A la vida y al lujo necesarios.
 « Fijarse allí propone,
 « Y à fuego y sangre quiere que se entregue,
 « Sin que à ninguno se perdona,
 « Quanto varon à aquellas costas llegue.
 « Dice, aprueban las otras, y se erige
 « La infame ley que desde entónces rige.
 « Al menor ruido que en la mar se siente,
 « Mandada acude la femenina gente
 « Por su reina, la impávida Orontea,
 « Que el fuego, el hierro y la rapina emplea
 « Contra todo bajel que aquel paraje
 « Toca, y hombre no deja que noticia
 « Allende vaya à dar de su coraje.
 « Por sí mismas haciéndose justicia,
 « Solas allí vivieron
 « Un año tras otro año.
 « Pronto, empero, advirtieron
 « Que trabajaban en su propio daño;
 « Pues, privadas así de descendencia,

« Vana en breve seria
 « La ley que hacer eterna se quería.
 « En esta situacion, de la prudencia
 « El consejo escuchando, resolvieron,
 « Entre los hombres que à pisar viniesen
 « De aquel suelo à los ásperos confines,
 « Elegir diez que denodados fuesen
 « En el campo y el lecho paladines.
 « Cuatro años duró enteros
 « Esta eleccion, que à muchos caballeros,
 « Antes de terminar, costó la vida.
 « Los hombres eran diez, las damas ciento;
 « A cada varon, pues, fué en el momento
 « La guardia de diez damas conferida,
 « Con condicion que si despues venian
 « Otros mas esforzados à estos puertos,
 « Sin piedad los primeros siendo muertos,
 « A los nuevos el puesto cederian.
 « Con pena estas mujeres contemplaban
 « La multitud de niños que nacian,
 « Y à temer empezaban
 « Que si à este mal remedio no ponian
 « Del reino ellos mas tarde
 « A conquistar las riendas llegarian.
 « De aqui la ley que veda que à su lado
 « Mujer ninguna mas de un hijo guarde,
 « Y que manda que el resto, transportado
 « A extraños climas, se permute ó venda.
 « Con este fin hacia parajes varios
 « Se expiden emisarios,
 « A quienes se encomienda
 « Que por hembras los truequen, ó que al ménos
 « No se retornen sin sus cofres llenos.
 « Mas, no siendo posible
 « Sin hombres conservar su descendencia,
 « De aquella ley terrible
 « Modificada un tanto la inclemencia,
 « No ya mortal sentencia

« Sin recurso, cual ántes, se fulmina
 « Contra el que á aquellas costas se avecina.
 « Si allí la mar en su fatal violencia
 « Diez hombres, veinte ó mas á un tiempo lanza,
 « Juntos en una cárcel sin tardanza
 « Darán cada mañana en holocausto
 « Una víctima, si, mas una sola,
 « En el altar infausto
 « Donde Orontea á la venganza inmola.
 « Muchos años despues, por su destino
 « Hacia estas costas impelido, vino
 « Un jóven, digno sucesor de Alcides,
 « Llamado Elbanio, célebre en las lides.
 « Tranquilo, sin recelo ni sospecha,
 « Llegó; mas sorprendido, encadenado,
 « Con buena guardia y en prision estrecha,
 « Cual todos los demas, fué sepultado,
 « Bello era su semblante y agraciado,
 « Corteses sus modales,
 « Y su facundia y su elocuencia tales
 « Que con placer un áspid le escuchara.
 « Narradó esto fué, pues, cual cosa rara
 « A la hija de Orontea, que vivia
 « Sola entre todas las que allí vinieron
 « (Bien que cargada de años) todavía.
 « En número y en fuerza y bizzarria
 « Crecer vió á las que á aquellas sucedieron,
 « Y vido á diez guerreros,
 « De diez esposas cada cual consorte,
 « Dar muerte atroz á cuantos extranjeros
 « Llegaban por su mal á esta impia corte.
 « Alejandra, que ver al jóven quiso
 « Objeto de la pública alabanza,
 « De su madre el permiso
 « De ver á Elbanio y de escucharle alcanza.
 « Mas, cuando de él en separarse piensa,
 « Siente en su pecho la inquietud mas viva,
 « Se agita, y sin defensa

« De su cautivo al fin queda cautiva.
 « — Señora, » dicele él, « si de esta tierra
 « A las hembras anima
 « La piedad que del orbe en todo clima
 « El femenino corazon encierra,
 « Yo, por vuestra beldad, pediros oso
 « Me conserveis la vida
 « Que en seguida por vos daré gustoso.
 « Mas si, contra natura, aquí inhumanos
 « Los pechos son, cual referir he oido,
 « No la existencia os pido,
 « Pues mis ruegos sé bien que fueran vanos;
 « Solo aspiro á morir cual caballero
 « Esgrimiendo el acero,
 « Y no cual hombre á quien desdora un juicio,
 « O cual vil animal en sacrificio.
 « La bella dama, á quien piadoso afecto
 « Con lágrimas los párpados agita,
 « Responde así: « — Bien sé que con efecto
 « A la gente que habita
 « Aquí la fama cual perversa cita;
 « Mas no por eso es justo que se crea
 « Ver en cada mujer una Medea,
 « Y si esto fuese así, probarte quiero
 « Que entónces yo de las demas difiero.
 « Duro mi pecho mas que el de una harpía
 « Fuera, y mas que el diamante,
 « Si á tanta gracia y tanta cortesía
 « Pudiera resistir un solo instante.
 « ¡Ah! ¿porqué al precio de la vida mia
 « No me es hoy dado rescatar la tuya,
 « Y de esa ley hacer que se destruya
 « El efecto fatal? ¿Porqué no puedo
 « Concederte la gracia apetecida,
 « Sin que me arredre el miedo
 « De alargar tu suplicio con tu vida?—
 « Responde Elbanio: — Si á la liza vengo
 « Con diez contrarios, la esperanza tengo

« De que, dándoles muerte,
 « Del oprobio mi espada me liberte.
 « Solo con un suspiro le responde
 « La dama, que no advierte
 « Todo el amor que en su piedad se esconde.
 « Hacia su madre vuela;
 « Su cuita le revela
 « Y su ansia de que á Elbanio se perdone,
 « Si consigue cumplir lo que propone.
 « En consejo Orontea
 « A sus gentes reúne, y ver les hace
 « Que, si un medio oportuno no se emplea,
 « No se hallara, cuando alguien lo amenace,
 « Quien de su reino la defensa abraze.
 « Diceles que es prudente
 « Cada vez que un guerrero se presente
 « Poner su esfuerzo á prueba, de manera
 « Que triunfe el bravo y que el cobarde muera.
 — « Mi opinion es, añade, que se ordene
 « Que si en lo sucesivo
 « Algun guerrero á nuestras costas viene,
 « Se le conserve vivo
 « Si con fuerzas se muestra
 « Para entrar contra diez en la palestra.
 « Vencedor en la liza,
 « Su audacia y su poder nos garantiza.
 « Digolo porque aqui tenemos uno
 « Que á diez guerreros á vencer se ofrece,
 « Lo cual á ser verdad, justo, oportuno
 « Que se atienda á su ruego me parece.
 « De lo contrario con la muerte en breve
 « Ver castigada su jactancia debe. —
 « Así dijo Orontea. En el momento
 « Una anciana, agitándose en su asiento,
 — « El principal motivo,
 « Dice, que nos indujo
 « A conservar algun guerrero vivo,
 « De su esfuerzo ó valor no fué el influjo,

« Que asaz para la guarda de esta tierra
 « En nuestros brazos y ánimos se encierra.
 « Si á alguno entre nosotros admitimos
 « Por no acabar con nuestra descendencia,
 « De la necesidad virtud hicimos.
 « Atentas á la voz de la prudencia,
 « En guardar convinimos
 « Tan pocos, que un varon servir debia
 « A diez hembras de esposo y compañía.
 « Su esfuerzo pues y su ánimo en el lecho
 « Pueden tan solo sernos de provecho.
 « Contrario á nuestro objeto
 « Es, pues, guardar un campeon tan fuerte
 « Que pueda solo dar á diez la muerte,
 « Que si cual él guardamos otros nueve,
 « Nuestro reino sujeto
 « A su poder miráramos en breve.
 « Para mandar, las armas de las manos
 « Quitemos desde agora á esos tiranos.
 « Si, por la suerte protegido un tanto,
 « Salir logra ese jóven victorioso,
 « Las quejas escuchad, mirad el llanto
 « De cien viudas pidiéndoos un esposo.
 « ¿Porqué, si busca gloria, no propone
 « Un medio ménos bárbaro y sangriento?
 « Yo, por mi, no consiento
 « Que la vida á ese jóven se perdona,
 « Si á servir de marido no se obliga
 « A las cien viudas que dejar consiga. »
 « De Artemia (así se llama
 « La despiadada dama)
 « Esta fué la opinion. Mas Orontea,
 « Que á su hija cara complacer desea,
 « Mil razones expone y las renueva
 « Hasta que en fin su parecer se aprueba.
 « Fué la beldad de Elbanio de gran peso
 « En esta decision, pues del congreso
 « En tanto que las viejas se obstinaban

« Porque la ley antigua se observase ,
 « Las jóvenes votaban
 « Porque la vida á Elbanio se dejase.
 « En suma , fué sesuelto
 « Que el jóven campeon quedase absuelto ,
 « Si á diez guerreros en la lid vencia,
 « Y en el lecho á diez damas dignamente
 « De marido despues servir podia.
 « De la oscura prision , donde le encierra
 « Bárbara ley, saliendo al sol siguiente,
 « Caballo y armas busca diligente,
 « Y, apercebido á comenzar la guerra,
 « Solo y audaz preséntase en la liza
 « Y á sus diez adversarios pulveriza.
 « A la segunda prueba aquella noche
 « Puesto desnudo contra diez doncellas,
 « De modo se portó, que ni una de ellas
 « El labio abrió ni á queja ni á reproche.
 « Este ardor le granjea
 « El favor de Oróntea,
 « Quien de Alejandra y de las otras nueve
 « Que entraron en la lid lo hace consorte,
 « Declarando desea
 « El cetro conferirle de esta corte
 « (A la cual dar en breve
 « La beldad de Alejandra debe nombre),
 « Con condicion de que él y los que vengan
 « Tras él la ley mantengan
 « Que ordena que todo hombre,
 « Lanzado á aquesta playa,
 « Muera si en una ú otra lid desmaya.
 « El que venza en las dos, autorizado
 « Será por el senado
 « A conservar alguna de su gente;
 « Y él reinará, mientras otro mas valiente
 « Llegue que el triunfo obtenga en el combate,
 « Y con la vida el cetro le arrebatte.
 « Cerca ha de dos mil años ya que existe

« Esta ley, que se observa todavía ,
 « Y apenas pasa dia
 « Sin que náufrago venga incauto y triste
 « A ensangrentar de la venganza el templo.
 « Si, de Elbanio el ejemplo
 « Siguiendo, alguno á combatir se apresta,
 « Su audacia le es por lo comun funesta.
 « A la segunda prueba no resiste
 « Uno entre mil. Alguno siu embargo,
 « Bien que raro, rarísimo, se vido.
 « Arguilon fué uno dellos; mas amargo
 « Hice su triunfo yo: pues impelido
 « Por impía suerte aquí, le di la muerte.
 « ¡Oh funesta victoria,
 « Origen de esta mi afrentosa suerte!
 « Que amor no existe, ni placer ni gloria,
 « Nada valen la púrpura ni el oro
 « Para aquel que carece
 « De libertad, que es el mayor tesoro.
 « Mi estado insoportable me parece,
 « Y el ver así en el ocio consumida
 « La mas hermosa parte de mi vida,
 « Me aflige, me atormenta y me importuna.
 « ¿Porqué, mientras con próspera fortuna
 « Combaten mis hermanos,
 « Son por seguirlos mis esfuerzos vanos?
 « Condenándome á estado tan abyecto,
 « Me hace el destino insoportable agravio.
 « Cual corcel que, teniendo algun resabio,
 « O en el pié ó en la vista algun defecto,
 « Desechado del bélico ejercicio,
 « Apto tan solo queda
 « Para hacer entre yeguas su servicio,
 « Así yo vivo, y mi único recurso
 « Es la muerte, que darme se me veda. »
 Aquí dió fin Guidon á su discurso,
 Y mil veces maldijo
 El triste dia en que victoria doble

Le condenara á estado tan ignoble.
 Astolfo, retirado y encubierto,
 Oye con atencion, y una vez cierto
 De que Guidon es hijo
 De su pariente Amon: « Yo soy, » le dijo,
 « Tu primó el duque Astolfo; » y de alegría
 Lágrimas derramando, entre sus brazos
 Amoroso le estrecha en fuertes lazos.

« Primo querido, añade,
 « Mas aun que el signo que tu cuello muestra
 « Tu valor nos persuade

« De que provienes de la estirpe nuestra. »
 Guidon, que en cualquier otra circunstancia

Se alegrara de ver á su pariente,
 Dolor profundo siente

Al verlo en esta malhadada estancia.
 Para que Astolfo viva

Muerte es preciso que Guidon reciba,
 Y ni muriendo libertarle puede,

Pues, aun cuando triunfante
 En la primera lid Marfisa quede,

En la segunda cederá, cautiva
 Quedando con su noble comitiva.

La juventud del héroe, sus modales,
 Su esfuerzo y su beldad de tal manera

Han prendado á sus inclitos rivales,
 Que las armas fatales

Contra él no hay uno que vibrar ya quiera.
 Marfisa misma su coraje olvida,

Y, á morir decidida
 Por salvar á Guidon: « Salgamos, » dice,

« De esta tierra fatal. » — « ¡ Vana esperanza! »
 Replica Guidon; « venza ó sucumba,

« A sustraerte tu valor no alcanza
 « De infame cautiverio ó de la tumba.

— « De no dar cima á empresa que comienzo, »
 Interrumpe la vírgen, « me avergüenzo,

« Y el camino que me abro con la espada

« Es el camino que seguir me agrada.

— « Yo, que tu esfuerzo ya probé, contigo

« Cualquier empresa á acometer me obligo.

« Cuando mañana en torno á la estacada

« Esté en la lid la gente congregada,

« Quiero que con denuedo la embistamos,

« Dando al lobo y al cuervo

« Las carnes de esas homicidas damas

« Y su ciudad en pábulo á las llamas.

— « Bien, » dice él, « que esperanza no conservo

« De romper las cadenas en que vivo,

« A seguirte, oh guerrero, me apercibo.

« De nuestro esfuerzo dudo,

« Pues he visto á menudo

« Diez mil, mas mujeres en batalla,

« Mientras número igual guardando queda

« El puerto, la ciudad y la muralla. »

Replicale Marfisa: — « Aun cuando fuera

« Su número mayor que el de las huestes

« Que Jérjes del Levante condujera,

« Mayor que el de las almas

« Que lanzó de las bóvedas celestes

« El brazo del Señor, yo nada temo;

« Y pues estás conmigo,

« O que al ménos no estás con mi enemigo,

« Con esa raza impia

« Me atrevo yo á acabar en solo un dia.

— « Un medio, el solo acaso que nos queda,

« Es el que voy á proponer. Bien sabes, »

Dice Guidon, « que ley severa veda

« A los hombres venir hacia las naves.

« Confiar quiero pues este proyecto

« A una de mis mujeres que de afecto

« Pruebas extraordinarias

« Me dió gustosa en ocasiones varias.

« Por verse sin rivales, estoy cierto

« Que aceptará al instante mi propuesta,

« Y que, á partir dispuesta,

« Antes del alba se hallará en el puerto
 « Con una nave en que partir seguros
 « Podremos de estos malhadados muros.
 « Paladin, traficante ó marinero
 « A quienes, cual á mí, funesto acaso
 « Condujo aquí, que me sigais espero,
 « Y que si alguien se opone á nuestro paso
 « Las espadas nos abran ancha vía
 « Para salir de esta ciudad impia.
 — « Hazlo así, » si te place,
 « Dice Marfisa ; « mas jamas esperes
 « Que tal partido mi valor abrace.
 « Antes que verme huir, verás cual sola
 « Destrozo á esa caterva de mujeres.
 « Combatiendo saldré, saldré de día,
 « Lo demas redundara en mengua mia.
 « Si descubrir mi sexo yo quisiera,
 « Un puesto, y eminente,
 « Aquí sin duda alguna se me diera.
 « Mas, pues seguida vine de esa gente,
 « No quiero que se diga que me alejo,
 « Mientra en peligro á mis secuaces dejo. »
 Así dijo la virgen atrevida ;
 Mas, notando en seguida que funesto
 Ser á los suyos este arrojado debe,
 El plan adopta por Guidon expuesto
 Y á realizarlo se dispone en breve.
 A Aleria, pues, según lo convenido,
 Guidon aquella noche el plan confia.
 Ella una nave sin demora apresta,
 Fingiendo quiere, así que torne el día,
 Ir con sus compañeras
 A recorrer de la isla las riberas.
 Juntado en tanto en su palacio habia
 De escudos, lanzas, cotas y de aceros
 Inmensa coleccion, con que queria
 Armar á sus desnudos marineros.
 Dividiendo el descanso y la fatiga,

Uno de ellos durmiendo, otros velando,
 Ceñida la loriga,
 Del alba estan las luces aguardando.
 De la faz de la tierra el sol habia
 Lanzado apenas las tinieblas, cuando
 El femenino ejército, que ansia
 El fin mirar de la contienda cruda,
 Llega en tropel igual al de un enjambre
 Que de colmena en primavera muda.
 Con trompetas, tambores y clarines
 Resonar hace el pueblo cielo y tierra,
 Excitando á los fuertes paladines
 A proseguir la comenzada guerra.
 Armados entretanto
 Y á combatir dispuestos, con su gente
 Aquilante, Grifon, el de Inglaterra,
 Sansoneto y Marfisa al punto vienen.
 Para embarcarse tienen
 Que atravesar la plaza. Conducidos
 Por Guidon, notan una puerta y entran,
 A forzar la de enfrente decididos.
 Mas un muro allí encuentran
 De mujeres armadas y feroces,
 Que, de Guidon las miras penetrando,
 Por estorbarle el paso van llegando.
 Guidon y sus gallardos
 Compañeros, Marfisa sobre todo,
 En sacar sus aceros no andan tardos.
 Mas de lograr su intento no hallan modo,
 Pues, de lanzas y dardos
 Al verse en medio de una nube inmensa,
 Cada cual de ellos en su riesgo piensa,
 Temiendo que las cotas y broqueles
 Cedan al cabo á embates tan crueles.
 De Sansoneto y de Marfisa viendo
 El duque Astolfo en tierra á los corceles,
 — « ¿A qué aguardo, » se dice,
 « Que al valor infelice

« En tan crítico instante no desfiendo?
 « De la trompa encantada
 « Concluya el son lo que empezó la espada. — »
 Diciendo así, toca la trompa. Apenas
 Su eco fatal retumba,
 La tierra, el aire estremecido zumba,
 De espanto y turbacion el alma llena
 Al populacho que las gradas cubre,
 Y que, salir queriendo, con la puerta
 A dar, en su inquietud, apenas acierta.
 Cual, despertando al resplandor del fuego
 Que abrasa su mansion, por las ventanas,
 Por los terrados, con mortal congoja
 Y con mil riesgos cada cual se arroja,
 Así del cuerno al horrible estampido
 Huye el femineo pueblo espavorido.
 Cual, por llegar mas presto hácia la puerta,
 Desde un palco se arroja ó de la grada;
 Mujer hay que del golpe queda muerta;
 Cual, roto un muslo ó la cabeza abierta,
 Cierra el paso á la turba que, azorada,
 Salir del campo espera
 Y en torno de sus puertas se aglomera.
 Llanto y gritos de ruina y desconsuelo
 Elévanse hasta el cielo
 Do quier que el eco de la trompa llega,
 A la fuga se entrega
 Con nuevo afan la chusma. Ni esto es cosa
 Que á nadie pasmar deba,
 Pues siempre fué la liebre temerosa.
 Mas lo que es cosa inconcebible y nueva
 Es que Marfisa, que Guidon Salvaje,
 Que los dos fuertes hijos de Oliveros,
 Despues de haber vencido á mil guerreros
 Y cubierto de gloria á su linaje,
 Huyan hoy sin aliento, cual paloma
 O conejo á quien turba y amedrenta
 El estruendo de próxima tormenta.



Astolfo pone en fuga á las mujeres homicidas. (T. I, 378.)

Del encantado cuerno el mismo daño
 Hace el son al amigo que al extraño;
 Tras de Marfisa, pues, despavoridos
 Huyen aquellos héroes aguerridos,
 Que mas á cada instante y mas se ofuscan
 Y que donde esconderse en vano buscan.

Mientras Astolfo, por allí corriendo,
 Sopla sin tregua en el laton tremendo,
 La chusma femenina
 Corre sin direccion. Cual hácia el monte,
 Cual hácia el mar sus pasos encamina;
 Cual en los bosques á acogerse viene
 Y durante diez dias hay alguna
 Que ni vuelve la faz, ni se detiene.

A mas de una su cuila
 Desde el puente en las ondas precipita;
 De los templos en fin y de las casas,
 Dejando la ciudad casi desierta,
 Huye su gente en apiñadas masas.

Pálidos, mustios y con faz incierta,
 Hácia el mar acudian
 Marfisa y sus pasmados compañeros.
 Detras dellos corrian
 Marinos y viajeros,
 Que, á la ensenada descendiendo, encuentran
 La nave por Aleria aparejada,
 Y, el ancla alzando, emprenden su jornada.

Dentro y en torno á la ciudad en tanto
 Siembra Astolfo el espanto.
 De su presencia cada cual se oculta.
 Mujer hay que, en su afan y en su congoja,
 En inmundos parajes se sepulta,
 O entre las ondas de la mar se arroja.

Esperando encontrar á sus amigos,
 Hácia la playa se dirige el duque.
 Por la desierta arena en vano tiende
 Los ojos con afan. Allá á lo léjos,
 La vista alzando en fin, divisa al buque,

Que la espuma del mar rápido hiende.
En conflicto tan grave

Qué resolver ni cómo obrar no sabe.

Mas dejemos á Astolfo, y si os aterra

La idea del peligro á que se expone,

Solo quedando en enemiga tierra,

Pensad tambien que cosa no hay que pueda

Dañarle mientras el cuerno no abandone;

Y á la gente del buque retornemos,

Que surca el mar con temblorosos remos.

De la playa distantes,

El espantoso son ya no escuchaban,

Y sin embargo de rubor no osaban

La vista levantar los navegantes.

A su camino el marinero atento,

Pasa á Chipre y á Ródas,

Y entrando en la onda Egea,

Va dejándose atrás las islas todas

Y el peligroso cabo de Malea.

Con favorable y continuado viento

Dobla despues la punta de Morea,

Toca á Sicilia, por el mar Tirreno

Sigue de Italia el litoral ameno

Y llega en fin á Luna,

Do del patron habita la familia.

Allí rendidas gracias dando al cielo

Que no hizo mas menguada su fortuna,

Salta el patron; y, entrando en otro buque,

Con los héroes y la inclita doncella

De nuevo al mar se entrega el mismo dia

Y emprende su camino hácia Marsella.

De aquel suelo tenia

El cetro Bradamante,

Que, á hallarse allí, se holgara en este instante

De obsequiar á esta ilustre compañía.

Llega al puerto la nave. Sin demora

Marfisa de los héroes se despide,

Y á seguir sola el viaje se decide.

Diciendo que desdora

A guerreros de esfuerzo y de denuedo

Ir en grupos cual ciervos, cual palomas,

Cual animal en fin que tiene miedo;

Mientras el hacon, el águila altanera,

Recorren solos la azulada esfera,

Y solos en el bosque cavernoso

Habitan el leon, el tigre, el oso.

De diversa opinion los otros siendo,

Dellos Marfisa aléjase, siguiendo

Por el oscuro bosque extraña via.

Por otra mas trillada al otro dia

Los cuatro caballeros

A un castillo llegaron

Do hospitalarias gentes encontraron.

Hospitalarias, digo en apariencia;

Pues aleve, fingida,

Fué la benevolencia

Con que allí se les dió pronta acogida.

Mientras tranquilo cada cual reposa

En medio de la noche silenciosa,

Gente inicua los liga

Y á jurar pacto infame los obliga.

Mi pluma, empero, aquí los abandona

Por retornar á la sin par Marfisa,

Que, la Durenza, el Ródano y el Sona

Atravesando, viene

A un monte á cuya falda se detiene.

Allí, junto á un torrente, en negro traje

Llegar advierte una mjer anciana,

A quien, mas que el cansancio de su viaje,

Profunda cuita, al parecer, afana.

La vieja es esta que servir solia

En negra cueva á la caterva impia,

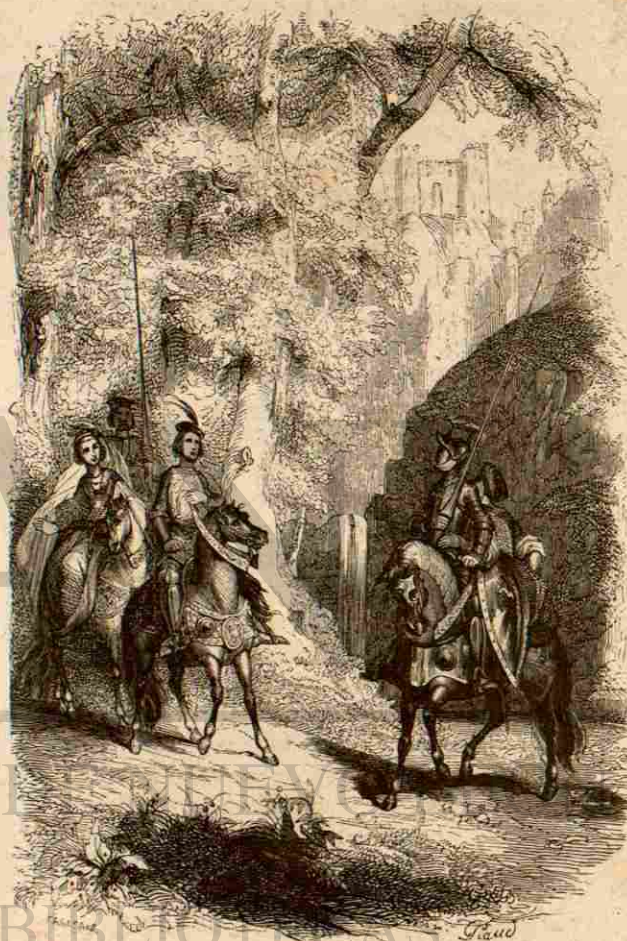
A quien vino á dar muerte

Del principe de Anger el brazo fuerte.

Esta malvada, á quien el miedo ofusca

De expiar sus maldades, noche y dia

Inquieta vaga por la selva umbria
 Y en ella un sitio do ocultarse busca.
 Mas , apénas divisa
 Las extranjeras armas de Marfisa ,
 Léjos de huir, cual siempre fué su usanza,
 Hacia el vado se avanza,
 Aguarda á que se acerque la doncella ,
 Y llegándose hacia ella,
 La saluda y le ruega
 Que á la otra orilla en su bridon la pase.
 Este favor la virgen no le niega.
 Pásala pues, y, sin dejar que haje
 Hasta hallar un paraje
 Seco y sin fango, llévala á un sendero
 Do , entrando, ven venir un caballero.
 Sobre fúlgido arzon, y acompañado
 De una dama y de un único escudero ,
 Hacia el rio bajaba este guerrero
 De relucientes armas adornado.
 Bella es su dama y jóven; mas, adusta
 De su semblante la expresion, disgusta.
 Alliva y embustera,
 Del que la sigue es digna compañera.
 Este era Pinabelo el maguntino ,
 El mismo que en la cueva á Bradamante
 Lanzó por poner fin á su destino.
 Con Pinabelo va la que , de Atlante
 Presa en poder, le dió tantos enojos
 Y verter tanto llanto hizo á sus ojos.
 Arrancada de alli por Bradamante,
 En busca de su amante
 Esta dama voló, y desde aquel dia
 Jamas abandonó su compañía.
 Vana de su beldad la jóven dama,
 A la vieja que viene con Marfisa
 Provoea audaz con insultante risa.
 Marfisa , á quien ofende
 Tal proceder, respóndele enojada :



Marfisa y la vieja encuentran á Pinabelo. (T. I, p. 382.)

« Yo pondré con mi espada
 « A tu necia arrogancia cortapisa.
 « Busca quien te defienda; y, si le venzo,
 « Sabe que por quitarte ese vestido
 « Y ese soberbio palafren comienzo. »

Pinabelo, escuchando el desafío,
 Recusarlo no pudo,
 Y, tomando una lanza y un escudo,
 Llega á Marfisa con fingido brio.
 Esta tambien una gran lanza aferra,
 Y á su rival, que galopando viene,
 En la cabeza hiriéndole, detiene,
 Y sin sentido arrójalo por tierra.
 Victoriosa adelántase en seguida;
 Del bridon y las ropas se apodera
 De la dama altanera,
 Y á la vieja convida
 El vestido á aceptar y el bello bruto
 Que de aquella victoria ha sido fruto.

Bajo su rico traje
 Mas horrorosa muéstrase la vieja.
 Con ella, empero, á proseguir su viaje
 La bondadosa virgen se apareja.
 Sin nada digno de contar, Marfisa
 Un dia vaga y otro, y al tercero
 Topa con un guerrero

Que, solo, cabalgaba á toda prisa.
 Si saber quien fuese este os interesa,
 Os diré que era el principe Zerbino,
 Que por la selva espesa
 Siguió en vano el camino
 De un vil que de mostrar su cortesía
 Le quitó la ocasion mas oportuna.
 Ayudó al perseguido la fortuna;
 Pues la niebla que el bosque oscurecía,
 De Zeberino escondiéndolo á los ojos,
 Dió tiempo á que en su pecho
 Se calmara algun tanto su despecho.

Al mirar á la vieja, en quien contrasta
 Lo horrible del semblante
 Con su prendido rico y elegante,
 A contener su risa
 Todo el furor del príncipe no basta.
 Y acercándose luego hácia Marfisa,
 «Cuerdo guerrero debe ser,» exclama,
 «Y de la envidia estar debe á cubierto
 «El paladin de semejante dama.»
 La vieja, que en efecto bien podia
 Con la Sibila competir en años,
 Vestida de aquel modo parecia
 A las monas que ornadas manifiesta
 Su dueño al vulgo en concurrida fiesta.
 La horrorosa expresion de su semblante
 A aumentar viene la ira en este instante,
 Pues ente no hay que mas terrible sea.
 Que dama á quien se llama vieja ó fea.
 Por holgarse un momento,
 Muestra enojarse la inclita doncella,
 Y dice al escoces: «Por Dios, que atento
 «Eres tú ménos que esa dama es bella.
 «Tu discurso revela
 «Una alma baja, un corazon cobarde.
 «¿Qué hombre de gusto y de valor no vuela.
 «Contemplando belleza tan extraña,
 «A hacer ante ella de su esfuerzo alarde
 «Y á quitársela á aquel que la acompaña?
 «Si, pues, tú no lo has hecho,
 «Es que no existe espíritu en tu pecho.»
 — «Lástima,» dice el bravo jóven, fuera
 «Privarte de tan digna compañera.
 «Por lo que toca á mí, yo te la dejo
 «Y que vivas tranquilo te aconsejo.
 «Si, por cualquier otra razon, deseas
 «Lo que valgo probar, no lo rehusó;
 «Mas por hembras tan feas
 «Nunca, nunca hice de las armas uso.

«Fea ó hermosa, quédese contigo,
 «Pues te supo prender: yo juraria
 «Que iguala á su beldad tu bizarria.»
 Respóndele Marfisa: — «A tu despecho
 «Que por ella combatas es forzoso.
 «No se dirá que objeto tan hermoso
 «Mirar pudiste sin mostrar empeño
 «De apoderarte de él.» — «Yo no concibo,»
 Replica el escoces, «con qué motivo
 «A un paladin provócase á que lidie
 «Cuando se está seguro de que el triunfo,
 «Grato al vencido, al vencedor fastidie.»
 — «Pues bien; si esta propuesta no te agrada,»
 Dice Marfisa, «espero
 «Que la que á hacerte voy será aceptada.
 «Si yo sucumbo, á conservar me obligo
 «A aquesa dama; mas, si venzo, quiero
 «Que prometas llevártela contigo
 «Y seguirla do quier que ella te guie.
 «Decida pues la prueba
 «Cual de nosotros es quien se la lleva.»
 Acepta el escoces, y sin tardanza
 Vuelve el corcel para tomar carrera.
 Firme en la silla, impávido se avanza
 Hácia la hermosa dama, en cuyo escudo
 Estrella con estrépito su lanza.
 La virgen no se aterra,
 Y en el yelmo le da golpe tan crudo
 Que exánime rodar le hace por tierra.
 Turbado queda, estupefacto y mudo
 A tal desgracia el héroe, cuya cuita
 Se aumenta con el improbo trabajo
 De cumplir el empeño que contrajo.
 Hácia él llegando luego la doncella,
 Con irónico acento:
 «A esta dama,» le dice, «te presento;
 «Al mirarla tan bella,
 «Del don que te hago crece mi contento.

« Su paladin eres pues ya, y no dudo
 « Que, fiel á tu palabra, tú la sigas
 « Sin temer compromisos ni fatigas. »
 Dice; y, lanzando su corcel lijero,
 Se oculta al punto por la selva densa.
 El escoces, que un hombre
 Ver en su audaz antagonista piensa,
 Por conocer su nombre
 A la vieja requiere.
 La verdad le refiere
 Ella, y dice: « Tu fama
 « Empañó jóven dama
 « Que, altiva, vino ha poco del Oriente. »
 Zerbino de esto tal vergüenza siente,
 Que no solo se turba y se acongoja,
 Sino que, á poco mas, hasta su malla,
 De blanca que era, se tornara roja.
 Del éxito fatal de esta batalla
 Contra si propio el escoces se enoja,
 Y montando á caballo, su camino
 A seguir se prepara
 Con la vieja, que en cara
 Parece echarle el daño que le avino.
 Cual corcel que, rendido, de la espuela
 Siente el agudo pincho, así Zerbino
 En silencio se afana y desconsuela,
 Y suspirando dice: « ¡Oh suerte ingrata!
 « Mientra á mi dulce amiga me arrebatá,
 « De aquesa vieja horrenda
 « Tu encono la custodia me encomienda.
 « Quedarme sin ninguna
 « Fuera en tal situacion una fortuna,
 « Pues esa que me das por compañía
 « Satisfacer no puede al alma mia.
 « Tú, que á la dama que es sin par modelo
 « De belleza y virtud, pábulo triste
 « Acaso, acaso hiciste
 « De hambrientos peces ó de inmundas aves,

« ¿Será posible que el atroz tormento
 « Que me consume agraves
 « Conservando á mi lado á una Meguera
 « Que cuatro lustros ha que de sustento
 « Servir á los gusanos ya debiera? »
 Así dice Zerbino, á quien la vista
 De su odiosa conquista
 Duele tanto quizá como la ausencia
 De su adorado bien. La vieja impia,
 Que al jóven ántes de hoy no conocia,
 Adquiere al escucharlo la evidencia
 De quien es, pues ya del tuvo noticia
 Por la hija del rey moro de Galicia.
 Ya dije cual, cautiva
 Hallándose en la cueva esta princesa,
 A la vieja narraba
 La lamentable causa que la priva
 Del tierno y fiel amante
 A quien se no menor ella profesa.
 Su audacia, su carácter, su semblante,
 Le pintó de manera, que los ojos
 Con curiosa atencion la vieja alzando,
 Reconoce al instante
 A aquel por quien en la caverna un dia
 Entre ladrones Isabel gemia.
 La vieja, sus clamores escuchando,
 Del triste jóven la inquietud concibe.
 Segura de que vive
 Su amada, se lo oculta sin embargo,
 Y, pudiendo colmarle de alegría,
 Trata de hacer su duelo mas amargo.
 « Oye, « le dice; » tú, que tan altivo
 « De ese modo me insultas y desprecias,
 « Tus alharacas necias
 « Van á privarte del placer mas vivo.
 « De esa á quien tanto aprecias
 « Sé yo cual fué la suerte; mas primero
 « Que narrártela quiero

« Verme hecha trozos , siendo así que , un tanto
 « Tu ménos indiscreto ,
 « Conocieras agora ese secreto. »
 Bien cual mastin que ; con furor ladrando
 Cuando ladrones en la casa siente ,
 Se aplaca de repente
 El queso que le ofrecen contemplando ,
 Así de voz Zerbino y de semblante
 Cambia , llega á la vieja y la conjura
 Que de Isabel le cuente la aventura.
 « Jamas sabrás por mí , » la vieja dice ,
 « Cosa que pueda de consuelo serte.
 « Isabel vive , sí ; pero su suerte
 « Mas que si no existiera es infelice.
 « Por veinte malhechores , hace dias ,
 « Sola fué sorprendida en una selva.
 « En vano pues , si vuelve , cuando vuelva ,
 « Coger intentarías
 « La flor virginea por que tanto ansias. »
 Atenta solo á hacer al héroe daño ,
 Urde la vieja este evidente engaño ;
 Y , obstinada en su mal , ni aun le responde
 Cada vez que él ansioso le pregunta
 Cuando vido á Isabel , como , ó en donde ,
 Por hablar él con tono humilde empieza ;
 Mas della al ver la obstinacion , se irrita
 Y amenaza cortarle la cabeza.
 Vano , empero , es su afan , vana su cuita.
 Agitado , zeloso ,
 De amor perdido y ciego
 Zerbino , que gustoso
 Por su Isabel lanzárase en el fuego ,
 ; Hoy de aquella á quien odia
 Ha abrazado por siempre la custodia !
 Sus huellas pues siguiendo ,
 Sin mirarla ni hablarle , por los montes
 Y por los valles iba discurriendo.
 Hácia la tarde de aquel mismo dia .

El silencio á romper del viaje vino
 Un guerrero bizarro.
 En otro canto narro
 Lo que con él al escoces avino.

CANTO XXI.

Zerbino , obligado por su palabra á ser campeon de Gabrina ,
 hiere mortalmente á un caballero que le cuenta la historia
 de aquella infame vieja.

No sujeta con lazo mas estrecho
 Al fardo el cable , ni al madero el clavo ,
 Como la fe sujeta á un noble pecho
 Y le hace ser de su palabra esclavo.
 De su pureza es el emblema augusto
 El cándido ropaje
 Con que ciñó la antigüedad su busto ,
 Su busto , al cual ultraje
 Hace una mancha ó el menor celaje.
 Bien es la fe que intacto
 Se debe conservar , ya agrade ó pese ;
 Ya á un hombre , ya á mil dése ;
 Ya por verbal , ya por escrito pacto ;
 Ya de una cueva ó de una selva oscura
 Se dé entre los espesos matorrales ;
 Ya ante escribano en pública escritura ,
 Ya escuchen nuestra voz los tribunales.
 Zerbino , que jamas á una promesa
 Faltó , la grata empresa
 Abandonado habia ,
 Por ir en compañía
 De la vieja malvada ,
 A quien teme y detesta cual la muerte.
 ; Tanto en su pecho es fuerte ,
 Tanto el poder de la palabra dada !
 Triste , pues , taciturno y enojado ,

« Verme hecha trozos , siendo así que , un tanto
 « Tu ménos indiscreto ,
 « Conocieras agora ese secreto. »
 Bien cual mastin que ; con furor ladrando
 Cuando ladrones en la casa siente ,
 Se aplaca de repente
 El queso que le ofrecen contemplando ,
 Así de voz Zerbino y de semblante
 Cambia , llega á la vieja y la conjura
 Que de Isabel le cuente la aventura.
 « Jamas sabrás por mí , » la vieja dice ,
 « Cosa que pueda de consuelo serte.
 « Isabel vive , sí ; pero su suerte
 « Mas que si no existiera es infelice.
 « Por veinte malhechores , hace dias ,
 « Sola fué sorprendida en una selva.
 « En vano pues , si vuelve , cuando vuelva ,
 « Coger intentarías
 « La flor virginea por que tanto ansias. »
 Atenta solo á hacer al héroe daño ,
 Urde la vieja este evidente engaño ;
 Y , obstinada en su mal , ni aun le responde
 Cada vez que él ansioso le pregunta
 Cuando vido á Isabel , como , ó en donde ,
 Por hablar él con tono humilde empieza ;
 Mas della al ver la obstinacion , se irrita
 Y amenaza cortarle la cabeza.
 Vano , empero , es su afan , vana su cuita.
 Agitado , zeloso ,
 De amor perdido y ciego
 Zerbino , que gustoso
 Por su Isabel lanzárase en el fuego ,
 ; Hoy de aquella á quien odia
 Ha abrazado por siempre la custodia !
 Sus huellas pues siguiendo ,
 Sin mirarla ni hablarle , por los montes
 Y por los valles iba discurriendo.
 Hácia la tarde de aquel mismo dia .

El silencio á romper del viaje vino
 Un guerrero bizarro.
 En otro canto narro
 Lo que con él al escoces avino.

CANTO XXI.

Zerbino , obligado por su palabra á ser campeon de Gabrina ,
 hiere mortalmente á un caballero que le cuenta la historia
 de aquella infame vieja.

No sujeta con lazo mas estrecho
 Al fardo el cable , ni al madero el clavo ,
 Como la fe sujeta á un noble pecho
 Y le hace ser de su palabra esclavo.
 De su pureza es el emblema augusto
 El cándido ropaje
 Con que ciñó la antigüedad su busto ,
 Su busto , al cual ultraje
 Hace una mancha ó el menor celaje.
 Bien es la fe que intacto
 Se debe conservar , ya agrade ó pese ;
 Ya á un hombre , ya á mil dése ;
 Ya por verbal , ya por escrito pacto ;
 Ya de una cueva ó de una selva oscura
 Se dé entre los espesos matorrales ;
 Ya ante escribano en pública escritura ,
 Ya escuchen nuestra voz los tribunales.
 Zerbino , que jamas á una promesa
 Faltó , la grata empresa
 Abandonado habia ,
 Por ir en compañía
 De la vieja malvada ,
 A quien teme y detesta cual la muerte.
 ; Tanto en su pecho es fuerte ,
 Tanto el poder de la palabra dada !
 Triste , pues , taciturno y enojado ,

De la vieja falaz marchaba al lado
 Cuando, al primer destello matutino,
 Su profundo silencio á romper vino
 Un caballero armado
 Presentándose en medio del camino.

Hermónides de Holanda
 Llámase este guerrero,
 Que atravesada muestra sobre el cuero
 De su negro broquel purpúrea banda.
 La vieja reconócelo, y bien presto,
 Su orgullo deponiendo y su arrogancia,
 Con faz humilde y ademan modesto
 Al valiente Zerbino se encomienda;
 Recuérdale su oferta, y con instancia
 Le ruega la defienda.

« Ese que ves, » le dice,
 « A mi padre infelice
 « Y á mi hermano dió muerte,
 « Y sé que es su deseo
 « Hacerme á mi sufrir la misma suerte.
 — « Dama, » responde el escoces, « no creo
 « Que haya porqué te espante
 « Su vista así, mientras yo esté delante. »

Acércase el guerrero; y no bien mira
 A la vieja, á quien odia,

En amenazas exhalando su ira,
 Dice á Zerbino: « A combatir conmigo
 « Te apresta, ó la custodia

« De esa vieja abandona, que castigo
 « Quiero dar á su infamia. Que la mate
 « Déjame pues. Si combatir por ella
 « Pretendes, morirás; que, el que atropella
 « La razon, muere siempre en el combate. »

Zerbino cortesmente le responde:
 « El deseo de dar muerte á una dama
 « Es deseo que infama
 « Y á noble corazon no corresponde.
 « La lid, esto no obstante, no rehusó;



Hermónides derribado y socorrido por Zerbino. (T. I, p. 391.)

« Solo te exhorto á que ántes consideres
 « Que nunca fué de caballeros uso
 « Hacer la guerra á débiles mujeres. — »

Estos y otros discursos siendo vanos,
 Venir cumplió por último á las manos.
 Buen trecho en su bridon cada jinete
 Para tomar carrera se separa,
 Y, rápido en seguida cual cohete
 Que la mano del júbilo dispara,
 Cada cual se adelanta y acomete.

El holandés, que á su adversario quiere
 En el costado herir, tan bajo apunta,
 Que, hecha astillas la lanza, con su punta
 Al príncipe escocés apénas hiere.
 Vuélvese entónces este, y con su espada
 Golpe le da tan crudo,
 Que, rompiendo el escudo,
 Espalda y pecho á Hermónides horada.

Velo caer Zerbino, y se figura
 Que á su rival ha muerto.
 En tierra salta, y del semblante yerto
 A alzarle la celada se apresura.
 Los ojos abre el holandés; gran rato
 A Zerbino contempla,
 Y dicele despues: « Nunca fué grato
 « El ser vencido; mas mi mal se templa
 « Al ver por tu semblante

« Que eres la flor de la nobleza andante.
 « Duéleme solo al ver que aqñeste daño
 « Por culpa de esa infame me suceda,
 « Cuya defensa extraño
 « Que guerrero cual tú sostener pueda.
 « Tú mismo, si el motivo
 « Que á vengarme me impele conocieras,
 « Dolor punzante y vivo,
 « Mi adversa suerte al contemplar, sintieras.
 « Bien que á mi pecho temo
 « Falte el escaso aliento que conserva,

« A referirte voy hasta qué extremo
 « Llevó su audacia esa mujer proterva.
 « De Holanda, nuestra tierra,
 « Un mi hermano, mancebo todavía,
 « Partió para la guerra
 « Bajo el mando de Heraclio, que tenía
 « El cetro de la griega monarquía.
 « Amigo y compañero
 « Se hizo allí de un magnate de la corte,
 « Noble y audaz guerrero
 « De quien era esa pérfida consorte.
 « Argeo era su nombre. En la frontera
 « De Servia poseía
 « Una estancia segura y placentera.
 « Mientras allí por su esposa al buen Argeo
 « Lima un casi frenético deseo,
 « Ella, voluble, pérfida cual haya
 « Que recio viento agita
 « Cuando otoño los árboles despoja,
 « Olvidando su cuita,
 « Hacia mi hermano amantes ojos vuelve,
 « Y á conquistar su afecto se resuelve.
 « Mas, tan firme del mar á la violencia
 « Acrocerauno infando no resiste,
 « Ni opone al bóreas tanta resistencia
 « El pino que, arrogante,
 « Por centésima vez su copa viste,
 « Cual resistió constante
 « Mi hermano al ruego de su infame amante.
 « Mas hé aquí que, cual tal vez aviene
 « A todo campeón, á ser herido
 « Mi bravo hermano en un combate viene.
 « Bien presto, conducido
 « Al castillo de Argeo, que se encuentra
 « De allí no léjos, entra
 « Con la franqueza con que entrar solía,
 « Y en él quedarse se propone mientras
 « De su convalecencia llega el día.

« A Argeo en este timpo fué preciso
 « Del palacio partir, y de su ausencia
 « Valiéndose la infiel, con impudencia
 « A mi hermano de nuevo tentar quiso.
 « Mas este, deseoso
 « De evitar sugestiones tan fatales,
 « El partido tomó mas decoroso
 « Y eligió el menor mal de entre los males.
 « Como el mejor partido le propone
 « El honor que abandone
 « El techo del amigo á quien estima,
 « Y que á remoto clima
 « Se parta sin tardar, mas bien que expuesto
 « Quedarse á sucumbir, ó precisado
 « A narrar á un esposo enamorado
 « De su esposa el designio deshonesto.
 « Enfermo todavía,
 « Sus armas viste y del castillo sale
 « Resuelto á no tornar; mas no le vale
 « Su decision, que adversa suerte en tanto
 « Hacia el alcázar al esposo guía,
 « Que á su mujer encuentra desgredada,
 « Purpúreo el rostro y anegada en llanto.
 « La causa que agitada
 « La tiene así, preguntale el esposo.
 « Mas, mientras él por conocerla insiste,
 « Ella busca en su seno rencoroso
 « Un medio de vengarse
 « Del jóven que resiste
 « A un amor que, no siendo satisfecho,
 « Se ha trocado en coraje y en despecho;
 « Y, despues de dejarse
 « Largo rato rogar: — ¿A qué pretendo, »
 Dice, « ocultaros el delito horrendo
 « Que cometí durante vuestra ausencia?
 « Pues si ocultarlo al mundo me es hoy dado,
 « No me es dado ocultarlo á mi conciencia.
 « Víctima del pecado,

« Mi alma sufriendo está dolor que excede
 « A cuantos padecer el hombre puede.
 « Tal vez, señor, cediendo á la violencia,
 « Mi crimen no fué un crimen; mas ¿qué importa?
 « ¿A qué conservar quiero
 « Una existencia amancillada? corta,
 « Córdala pues tú mismo con tu acero,
 « Y evítame el bochorno de que baje
 « La vista ante el primero
 « Que me recuerde el recibido ultraje.
 « Mi honor tu infiel amigo me ha robado,
 « Y temiendo, señor, que te lo cuente,
 « Huye de aquí precipitadamente. —
 « Así diciendo, el dardo emponzoñado
 « La inícuo dama lanza
 « Contra el crédulo Argeo,
 « Que, su afecto olvidando, y de venganza
 « Abrasado en deseo,
 « Sus armas viste y corre en seguimiento
 « De mi hermano, que en tanto á paso lento
 « Débil y enfermo sin sospecha avanza.
 « En el terreno práctico, le alcanza
 « En breve Argeo; y por vengar su ultraje,
 « Le conduce á un recóndito paraje,
 « Donde excusas desdeña,
 « Y á todo trance en combatir se empeña.
 « Enfermo, débil y de sangre fría,
 « Mal resistir podía
 « Filantro (este era el nombre de mi hermano)
 « A su rival, que sano
 « Por su ira estimulado combatía.
 « De la batalla, pues, el grave peso
 « Soportar no pudiendo, quedó preso.
 — « ¡Ah! no permita el cielo que en castigo
 « De tan culpable exceso, »
 Dícele Argeo, « dé mi brazo muerte
 « Al que tuve yo siempre por amigo,
 « Al que mi afecto paga de esta suerte.

« Mas hacer quiero ver á todo el mundo
 « Que no ménos profundo
 « Mi odio será que mi amistad fué fuerte. —
 « Dice; y en su caballo
 « Formar con ramas un palenque ordena:
 « Sobre él poniendo al moribundo mozo,
 « Se apresta á transportallo
 « De su castillo á un negro calabozo,
 « Y á sufrir le condena
 « Eternamente inmerecida pena.
 « Nada, empero, á Filantro allí faltaba
 « Sino la libertad. De todo el resto,
 « Cual ántes, disfrutaba,
 « Cual ántes cada cual le respetaba.
 « Mas, acosada por su amor funesto,
 « A la prision venia
 « La inícuo dama á verle cada día,
 « Y con mas arte y con mayor audacia
 « A mi hermano tentaba en su desgracia.
 — « ¿Qué galardón, ¿qué gloria, » le decia,
 « De esta insensata obstinacion aguardas?
 « ¿No ves á la virtud, siempre que lidia,
 « Abandonar el campo á la perfidia?
 « ¿Porqué, dí, pues en complacerme tardas?
 « ¿Quieres, sin que provecho te resulte,
 « Que cada cual como á un traidor te insulte?
 « ¿Quieres, necio, obstinado,
 « Vivir eternamente aprisionado,
 « Mientras que hoy mismo, si á mi afecto cedes,
 « Tu gloria y libertad recobrar puedes? —
 — « No, no, » dice mi hermano;
 « Vana es tu oferta, tu tesón es vano.
 « ¿Qué, qué me importa tu rencor injusto?
 « ¿Qué, si bien ó mal piensa
 « El público de mí? Del Ser agosto,
 « Que vela á todo y que perdon dispensa,
 « Espero ya merced y recompensa.
 « Si, no contento Argeo con privarme

« De libertad , me priva de la vida ,
 « En el cielo sabrán recompensarme
 « Mi noble accion , aqui no agradecida.
 « De su funesto engaño
 « Tal vez volviendo , cuando yo no exista ,
 « Al dolor no resista
 « De haberme hecho sufrir injusto daño. —
 « Asi , con su firmeza , desbarata
 « Filantro cada dia
 « Cuantos proyectos criminales trata
 « De proponerle esa mujer impia ,
 « Que mil forma y deshace
 « Antes que al cabo algun partido abrace.
 « Medio año se pasó sin que viniera
 « A verle á su prision , segun su usanza ,
 « Dando á mi triste hermano la esperanza
 « De que su indigno amor disminuyera.
 « Mas , siempre al mal dispuesta la fortuna ,
 « Una ocasion le deparó oportuna
 « De coronar con crimen inaudito
 « Su culpable y frenético apetito.
 « Profunda enemistad entre su esposo
 « Y otro señor de aquella cercanía ,
 « Que Morando el hermoso
 « Se llamaba , hace tiempo que existia.
 « Del castillo Morando
 « Andar en torno acostumbraba , cuando
 « Que estaba ausente su señor sabia.
 « Por descubrir su plan , este con arte
 « Finge que se encamina
 « Para cumplir un voto á Palestina.
 « Finge que parte , y cada cual lo cree ;
 « Pues ninguno el secreto ,
 « A no ser él y su mujer , posee ;
 « Y , atento siempre á conseguir su objeto ,
 « En torno á su castillo vase errando
 « Por ver si vuelve el crédulo Morando.
 « Asi de dia por los bosques vive ,

« Y cuando el sol en la onda se sepulta ,
 « Viene á su alcázar , do por puerta oculta
 « Su abominable esposa lo recibe ;
 « Y , disfrazado , y sin ser visto , vuelve
 « A emprender hácia el bosque su camino
 « Antes que luzca el rayo matutino.
 « Miétras que velo misterioso envuelve.
 « Los designios de Argeo ,
 « A dar su infiel esposa se resuelve
 « A los instantes de su ausencia empleo.
 « De lágrimas fingidas un torrente
 « Vertiendo , pues , retorna diligente
 « Hácia mi hermano. — « ¡ Oh misera , infelice
 « De mí ! ¿ do amparo , » dice ,
 « Hallar contra la cólera violenta
 « De un vil traidor , que con constancia rara
 « Contra mi honor y el de mi esposo atenta.
 « A fe que , si este ausente no se hallara ,
 « Jamas á su palacio se acercara
 « Aquel que , por lograr lo que desea ,
 « Conmigo el ruego ó la amenaza emplea ,
 « Y á mis gentes corrompe con el oro.
 « Asi , si al cabo cederé , yo ignoro.
 « Sabedor de que Argeo se ha partido
 « Y que no debe retornar tan presto ,
 « A venir el malvado se ha atrevido ,
 « Sin motivo ni excusa , ni pretexto ,
 « Miétras que nunca ha puesto
 « Aquí los pies estando mi marido ,
 « Y que apenas seguro
 « Se creyera á tres millas de este muro.
 « Por escrito hasta aquí ha solicitado
 « Un amor que hoy declara frente á frente.
 « Mi honor ha peligrado
 « Ante su audacia y su pasion ardiente.
 « Yo con blando discurso he procurado
 « Mostrarle que á su afan correspondia ;
 « ¡ Triste de mí sino ! de ese malvado

« Víctima ; oh Dios ! su frenesí me hacia.
 « Toda promesa, empero , yo retracto ;
 « Que, hecho por el temor, nulo es el pacto ;
 « Mi intencion fué evitar tan solamente
 « Que la violencia consumase el acto.
 « Tú, que puedes, si tal es tu deseo,
 « Salvarme, castigando á ese insolente,
 « Salva mi honor y salva el de mi Argeo,
 « Que, por cuanto me has dicho, yo concluyo
 « Que te es tan caro ó mas que el propio tuyo.
 « Si esto me niegas, digo que no existe
 « En tu pecho la fe de que te precias,
 « Y que, cruel, mi llanto acerbo y triste,
 « Por verme padecer, solo desprecias.
 « ¡Ah! ¿porqué á mis violentas emociones
 « Siempre el recuerdo de mi esposo opones?
 « Satisfecho, mi amor quedara oculto,
 « No te expusiera al general insulto.
 — « Basta, « dice Filantro, » que dispuesto
 « Estoy á defender al caro amigo ;
 « Para salvar su honor, si se halla expuesto,
 « A hacer cuanto te plazca yo me obligo.
 « Del injusto castigo
 « Que aquí padezco, autor yo no lo creo,
 « Y á la muerte, á pesar de todo el orbe,
 « Iré por él, sin que haya quien lo estorbe. »
 Respóndele la infame : — « Mi deseo
 « Es que la vida quites á ese aleve,
 « Para lograrlo sin temor y en breve,
 « A darte voy la marcha mas segura.
 « Llegar envuelto entre la sombra oscura
 « A media noche el seductor hoy debe,
 « Y, á un signo entre nosotros convenido,
 « En mi aposento penetrar sin ruido.
 « Oculto en mi antecámara, dejarme
 « Entrar con él tú debes cuando llegue ;
 « Yo, no bien se desarme,
 « Haré que sin recurso se te entregue. —

« Así dar muerte á su indefenso esposo
 « La bárbara mujer se proponia ;
 « Si es que sér tan odioso
 « Mujer se llama, y no furia ó harpía.
 « Llega la noche; y, con el hierro en mano,
 « Oculto acecha y en silencio aguarda
 « En la oscura antecámara mi hermano.
 « En ella un hombre en penetrar no tarda.
 « Sobre él Filantro con furor se arroja,
 « Y á Morando creyendo dar castigo,
 « El crudo hierro furibundo moja
 « En sangre de su amigo,
 « A quien de un tajo hasta los hombros hiende
 « La cabeza, que el yelmo no defiende.
 « La muerte sin saberlo, ¡oh caso raro!
 « Le dió por darle proteccion y amparo.
 « No bien en tierra vido
 « Filantro á su rival desconocido,
 « La su homicida espada
 « Vino á entregar á esa mujer malvada.
 « Gabrina, este es su nombre, que no habia
 « La verdad todavía
 « A mi misero hermano descubierto,
 « Una tea poniéndole en la diestra,
 « Acercarse le ordena hácia el que ha muerto ;
 « A Argeo cadavérico le muestra,
 « Y luego le amenaza, si no accede
 « A su pasión funesta,
 « Hacer al mundo entero manifiesta
 « La accion culpable que negar no puede,
 « Y, cual á un vil traidor, á un parricida,
 « Quitarle en el patíbulo honra y vida.
 « De vivo espanto y de afliccion inmensa
 « Lleno, al notar su error, mi caro hermano,
 « A aquella atroz mujer dar muerte piensa,
 « Y, las sus armas no teniendo á mano,
 « En trozos con los dientes la pusiera,
 « Si su peligro grave

« La razon á mostrarle no viniera.
 « Cual temerosa oscila
 « En alta mar la nave
 « Que, en rudos y encontrados movimientos,
 « Lanzan á un tiempo dos contrarios vientos,
 « Así inquieto su espíritu vacila,
 « Y, en medio del tormento que le aflige,
 « Entre dos males el menor elige.
 « La razon le demuestra cuan expuesto
 « A morir y á morir con vituperio
 « Está, si manifesto
 « Viene entretanto á ser este misterio.
 « De bueno ó de mal grado,
 « Fuerza es que el cáliz del dolor apure,
 « Y que cauto, prudente y no obstinado,
 « Su vida y honra conservar procure.
 « El temor de un suplicio ignominioso
 « Le obliga pues á que á Gabrina jure
 « Someterse á su genio caprichoso,
 « Con tal que ella la vida le asegure.
 « Así su ardiente anhelo
 « Logró la inicua dama ver colmado;
 « Así Filantro abandonó aquel suelo,
 « Dejando en él su nombre amancillado,
 « Y en su pecho grabando la memoria
 « Del triste amigo á quien la muerte diera,
 « Por llenar de contento y vanagloria
 « A una Progne cruel, á una Meguera.
 « Vengar de otra manera
 « No pudiendo tan negra alevosía
 « (La palabra que dió se lo impedía),
 « Juró rencor eterno
 « A esta furia salida del infierno.
 « De su alma huyó por siempre la alegría,
 « Y, nuevo Orétes, del llagado pecho
 « Suspiros exhalando noche y día,
 « Enfermo, al cabo, se postró en el lecho.
 « Ella en tanto, que advierte

« El desden de Filantro, en odio, en ira
 « La ardiente llama de su amor convierte,
 « Y por darle la muerte
 « Que dió á su esposo pérfida conspira.
 « Para lograr su plan, en busca parte
 « De un Esculapio de maldades lleno,
 « Que mató con veneno
 « Mucha mas gente que curó con su arte,
 « Y darle le promete cuanto pida
 « Como á mi hermano prive de la vida.
 « Cercado yo de gente,
 « Hallábame presente
 « Cuando llega el anciano
 « Una copa trayendo en una mano
 « Que encierra, dice, un bálsamo excelente
 « Para volver las fuerzas á mi hermano:
 « Mas Gabrina, ya fuese
 « Que tener algun día
 « Un indiscreto cómplice temiese,
 « Ya que ahorrarse quisiese
 « El precio que ofreció á su alevosía,
 « A interponerse viene,
 « Y la mano detiene
 « Que á mi hermano infelice
 « El mortifero tósigo ofrecía.
 — « No debes extrañar, » al viejo dice
 La dama infiel, « si por la vida temo
 « De aquel á quien amé con tanto extremo.
 « Yo quiero, para estar bien convencida
 « Del efecto y bondad de esa bebida,
 « Que della en mi presencia,
 « Hagas ántes tú mismo la experiencia. » —
 « Juzgad, señor, juzgad cual fué del viejo
 « La inquietud y la pena. Sorprendido,
 « Ni aun al tiempo consejo
 « Pudo pedir para tomar partido.
 « Mas, por no dar sospechas, sin tardanza
 « La amarga copa hácia sus labios lleva,

« Y al enfermo inspirando confianza ,
 « Hace que el resto hasta las heces beba.
 « Cual milano que tiene
 « Una perdiz en su uña robadora,
 « Cuando sobre él á abalanzarse viene
 « El can que se la arranca y le devora ,
 « Así el médico avaro ,
 « De audacia y de perfidia ejemplo raro ,
 « Do hallar creyó ganancia
 « El castigo encontró que merecía
 « Su negra alevosía.
 « Hecho esto , hácia su estancia
 « Piensa partir, en busca de un brebaje
 « Que los estragos del veneno ataje.
 « Con empeño funesto
 « Gabrina, empero, opónese á que parta.
 « Dicle que su oficio en aquel puesto
 « A quedarse hasta tanto le coarta
 « Que á ser no llegue público y palpable
 « Del bálsamo el efecto saludable.
 « Al precio de su crimen el anciano
 « Promete renunciar; ruega, conjura,
 « Se esfuerza por salir; mas todo en vano.
 « Desesperado al fin, su desventura
 « Descubre y de su cómplice el arcano.
 « De sí propio así víctima y verdugo,
 « La cerviz dobla al yugo
 « De la muerte que á tantos dió en su vida,
 « Y al alma de mi hermano,
 « Que falleció pocos momentos ántes,
 « La suya á unirse pártese en seguida.
 « No bien los circunstantes
 « Que aquesta historia del anciano oímos,
 « A la infame prendimos
 « Y en negra cárcel la encerramos luego
 « Para entregarla al merecido fuego. »
 Así Hermónides dijo; y se aprestaba
 A narrar la evasión de la proterva;

Mas, de tal modo su dolor se agrava,
 Que pálido revuélcalo en la yerba.
 Dos pajes, que marchaban á su lado,
 Formando en el instante una litera,
 Le colocan sobre ella; que vedado
 Era al triste partir de otra manera.

Zerbino con Hermónides se excusa
 De haberle, á su pesar, causado daño,
 Bien que no debe parecerle extraño;
 Pues así siempre entre guerreros se usa,
 Cuando media la fe dada á una dama.
 De otro modo, su fama
 Ofuscada por siempre quedaria,
 Puesto que al aceptar tal compañía
 Se obligó á sostenella
 Contra cuantos tratasen de ofendella,
 Y añadió que gustoso se ofrecia
 A su servicio, si él lo requería.

A deshacerse de la inicua dama
 Hermónides le exhorta,
 Siendo esto entónces lo que mas importa
 Para no verse expuesto á alguna trama.
 Nada pudiendo responder Gabrina,
 Hácia la tierra su mirada inclina,
 Y bajo faz gazmoña
 Encubre de su pecho la ponzoña.

Con ella empero á proseguir su viaje,
 Mal de su grado, el escoces dispuesto,
 La insulta, la maldice,
 La acusa de ser causa del ultraje
 Que hizo de Holanda al jóven infelice,
 Y en esta situacion la selva espesa
 Con la vieja atraviesa,
 Cuando de pronto, al declinar el dia,
 Gritos, golpes, estrépito se escucha
 Que de terrible lucha,
 Cerca de allí trabada, provenia.
 Por Gabrina seguido,

Hacia el paraje de do sale el ruido
El bizarro escoces avanza al punto.
Mas yo para otra vez dejo este asunto.

CANTO XXII.

Viaje de Astolfo. — Róbale su caballo un rústico — Éntrase Astolfo en el palacio encantado de Atlante. — Ahuyenta el mágico á los caballeros cautivos y á sus caballos, y se apodera de Hipogrifo. — Dirigense Roger y Bradamante á la abadía de Valumbrosa. — Extraña usanza establecida en el alcázar de Pinabelo. — Roger echa á un pozo el escudo encantado de Atlante. — Muerte de Pinabelo.

Tiernas beldades cuyo ardor constante
Satisface el amor de un solo amante,
Raras sois, lo confieso;
Mas no conmigo os enojeis por eso:
Si de una infame la maldad propalo,
De cien damas acaso en esta historia
Hasta el empero elevaré la gloria.

Si entre los doce hubo un apóstol malo
Que á su señor vendió, de Juan, de Pedro
No ménos inmortal es la memoria;
Ni porque inicuas fueron
Cuantas hermanas tuvo Hipermenestra,
Con ménos brillo su virtud se muestra.

Mas, volviendo á mi asunto, que hacer grato
Puede la variedad con que lo trato,
Digo que, oyendo el escoces el ruido
De que hablé ya, por una angosta senda
Suelta al corcel la rienda,
Y sin vida tendido
Halla en honda cañada á un caballero.

Quien fuese ya diré; mas ántes quiero
Volver á Francia, y dende allí al Levante,
Tras Astolfo, que el paso
Dirige en este instante hácia el Ocaso.

En la ciudad impía
Yo le dejé, donde, sonar haciendo
Mágica trompa de sonido horrendo,
Se libertó de su peligro grave.
Mientras en tierra yacia
La turba femenil alucinada,
Saltando en una nave
Huye el duque de la isla malhadada,
Boga hácia Armenia y llega á Satalia.
En su brido aligero montado,
Hácia la Bursia se dirige luego,
Traspasa el mar y toca el suelo griego.
Sigue luego el Danubio, llega á Hungría;
Y vueltas veinte apénas
Dió en torno á su eje el gran fanal del día,
Mientras él la Bohemia, la Moravia,
La Franconia recorre, el Rin traspasa,
Traspasa las Ardenas,
Llega á Aquisgran, de allí pasa á Brabante,
Y á Flándes luego, do en flotante casa
Audaz se arroja al piélago espumante.
Favorable, la brisa
De tal modo le empuja, que cercanas
Las costas de Inglaterra
A mediodía el paladin divisa.

Poco despues á tierra
Salta, monta á caballo y con tal furia
Marcha, que á Lóndres en la tarde llega.
Oyendo allí decir que de su corte
Con los magnates todos ha partido
El viejo rey hácia Paris, se entrega
De vivo gozo á súbito transporte;
Torna al puerto, se embarca y de la nave
La fresca lona hácia Calés despliega.

El viento, empero, que hasta allí suave
Por Poniente sopló, con furia ignota
Los flancos luego del bajel azota.
Inquieto el marinero, á la onda opone

Constantemente la tajante proa
 Y en sus espaldas túrgidas se mece,
 Si bien no por el rumbo que apetece.
 A merced de las olas agitado
 Astolfo así, del uno al otro lado
 Corre, hasta que de Ruan llega á la orilla.
 Ármase al punto; á Rabicano ensilla;
 La fuerte espada ciñese á un costado,
 Y la trompa infernal al otro brilla.

Así, la selva atravesando, viene
 Al pié de un cerro en hora
 En que, del sol la lumbre abrasadora
 Huyendo, se detiene
 En cabañas ó bosques el ganado.
 Sediento, acalorado,
 Alzase Astolfo el yelmo de la frente;
 Ata de un ramo su corcel valiente;
 Sus pasos guía hácia una fuente clara
 Y á beber en sus ondas se prepara.

Tocádoles apena su labio habia,
 Cuando, saliendo de la selva umbria,
 Villano audaz se acerca á Rabicano,
 Salta sobre él, y parte con presteza.
 Al ruido el duque alzando la cabeza,
 Por seguir al villano
 Su ardiente sed olvida, se levanta,
 Y tras él mueve su lijera planta.

El raptor, cuyo intento
 Es que no pierda el paladin su pista,
 Del corcel calculando el movimiento
 Trotando ó galopando va á su vista.
 Corriendo así durante un largo espacio
 Salen del bosque y llegan al palacio
 Do, libres á la vez y prisioneros,
 Se hallaban tantos inclitos guerreros.

Por sus armas Astolfo embarazado,
 Quédase atras y llega en el momento
 En que al umbral el rústico ha tocado



Astolfo á la orilla de una fuente. (T. I, p. 406.)

Sobre el corcel que corre como el viento.
 En vano entónces por hallarlo mira;
 En vano ansioso gira
 En torno del palacio, y de aposento
 En aposento, hasta la noche, vaga.
 Confuso, fatigado,
 Conoce que aquel sitio está encantado,
 Y del libro que diérale la maga
 Recordándose entonce, el medio busca
 De conjurar el singular portento
 Que su vista y su mente á un tiempo ofusca.
 Hablábase en el libro extensamente
 Del modo de vencer al nigromante,
 Y de dar al instante
 La libertad á tanta noble gente.
 De su palacio en el umbral reposa
 Bajo mármorea losa
 El espíritu que obra estos encantos,
 Y este mármol alzando, en humo debe
 Todo el castillo disiparse en breve.
 Ansioso de poder llevar á cabo
 Tan denodada empresa,
 Sus brazos extendiendo, el jóven bravo
 No tarda en ver cuanto la losa pesa.
 Mas de sí tan cercano
 Viendo Atlante al inglés, viendo su mano
 Que á destruir de su arte va el prestigio,
 Con un nuevo prodigio
 Conjurar quiere su inminente ruina.
 A este fin imagina
 A Astolfo transformar de tal manera,
 Que á los unos gigante,
 A los otros villano,
 A los otros guerrero pareciera.
 A cada cual, en fin, con nuevo hechizo
 Presenta, en el del principe, el semblante
 Con que él á todos prisioneros hizo.
 Recuperar queriendo lo que buscan

Roger, Gradaso, Iroldo, Bradamante,
 Brandimarte, Prasildo y otros varios
 Victimas de este error, en un instante,
 Esgrimiendo los hierros sanguinarios,
 Por atacar al mago
 Hacia Astolfo dirigense, y aciago
 El hado de este fuera si consigo
 No llevara esta vez el cuerno amigo.
 Apenas en los labios se lo ha puesto,
 Aterrado, aturdido,
 Cual tímida paloma
 De un arcabuz al súbito estampido,
 Cada guerrero presto
 Por aquí y por allí la fuga toma.
 Azorado tambien del son funesto
 Que produce la trompa del britano,
 De su mansion aléjase el anciano,
 Y huyen al mismo tiempo los bridones,
 Que, sin que nada baste á detenellos,
 Se esparcen en distintas direcciones.
 De la cuadra con ellos
 Rabicano se sale, y del palacio
 Encuentra á su señor á breve espacio.
 Astolfo, así que en fuga al viejo mira,
 La grave losa del umbral retira,
 Bajo la cual ve imágenes y cosas
 Que enumerar aquí yo no pretendo.
 Mas el encanto destruir queriendo,
 De su libro á las páginas preciosas
 Recurre el paladin, y en el momento
 El alcázar en humo se alza al viento.
 Allí ligado con cadena de oro
 Halla Astolfo el aligero caballo
 Que á Roger diera el nigromante moro
 Cuando de Alcina quiso trasportallo
 Al imperio fatal, y encuentra el freno
 Que le dió Logistila porque el rumbo
 Rígiera del corcel de impetu lleno,

Y con el cual, desde India hasta Inglaterra,
 Recorrió todo un lado de la tierra.

Ya recordais sin duda
 Cual, por seguir la pista
 De la beldad desnuda
 Que por encanto se esquivó á su vista,
 A un árbol amarrado
 Dejó Roger á su corcel alado,
 Que, observando de léjos su camino,
 A presentarse ante él en breve vino.

Ofrecerse al britano no podia
 Una ocasion mas favorable que esta
 Para emprender la via
 Que en torno al orbe á consumir se apresta.
 De Hipogrifo el ardor probó ya el día
 En que, á Melisa gracias, salir pudo
 De la mansion funesta
 Do víctima vivió de encanto crudo.
 Y habiendo luego visto de que modo
 Logistila á Hipogrifo un freno puso,
 Aprendió como de él debe hacer uso
 Para regirlo por el orbe todo.

A partir pues el héroe se dispone
 Sobre el corcel alado. Suspendida
 Ve á su lado una silla, y se la pone;
 Mas, no hallando su brida,
 Una al punto compone
 Con las que allí dejaron
 Los brutos que á la fuga se entregaron.

Mas, ántes de seguir, mi canto es fuerza
 Que hácia Roger y Bradamante tuerza.

Luego que hubo cesado
 De resonar el cuerno, y que la gente
 Del palacio fatal se hubo alejado,
 Vió Roger fácilmente
 Del anciano el ardid. Hasta aquel día
 Ninguno en el alcázar
 Reconocido á los demas habia.

Entonces ve Roger á Bradamante,
Y ella al verlo se turba y maravilla,
Pensando como su ánima sencilla
Ha logrado ofuscar el viejo Atlante.
Roger abraza á la doncella hermosa,
Que, el jazmín de su faz trocando en rosa,
De sus tiernos amores
Pone en sus labios las primeras flores.

Una y mil veces luego
Del uno el otro arrojase en los brazos,
Y allí, ceñidos con estrechos lazos,
Exhalan su alma en ósculos de fuego.
¡Oh cuánto entonces dueleles el tiempo
Que en el fatal alcázar han perdido,
Por no haberse hasta aquí reconocido!

Dispuesta Bradamante
A otorgar á Roger cuantos favores
Sin mengua suya puede
Otorgar una virgen á su amante,
« Si de mi amor, » le dice, « obtener quieres
« Los últimos placeres,
« Menester es que al punto te bautices,
« Y que momentos luego tan felices
« A mi padre, pidiéndome, aceleres. »
Roger, que por su amada no tan solo
Se convirtiera á la cristiana fe,
Que de su abuelo y su progenie entera
Por tantos siglos venerada fue,
Sino que á dar el resto
De sus dias hallárase dispuesto,
« No al agua, » dice, « á las voraces llamas
« Mi cabeza daré, si lo reclamás. »
Por bautizarse, ansioso
De unirse para siempre á la doncella,
Se dirige con ella á Valumbroso,
Do una antigua abadía,
Rica, famosa, hospitalaria, existe.
Al salir de la selva

Una dama encontráronse que triste
Por el valle sus pasos dirigia.
Cortes, Roger no bien el llanto nota
Que de los ojos de esta dama brota,
A compasion movido
Siente el pecho; y, despues de breve pausa,
De su dolor preguntale la causa.
Ella, volviendo al cielo
Sus bellisimas luces, así dice:
« Sabe, señor, que de mi amargo duelo
« Es causa la piedad que mi alma mueve
« Hácia un hermoso jóven infelice
« Que de aquí cerca á perecer va en breve. »
« De una hermosa doncella,
« Hija del rey Marsilio,
« Prendado el infeliz, con el auxilio
« De blanco velo y de femineo traje
« Las noches á pasar iba con ella,
« Tomando de mujer gesto y lenguaje.
« Por de pronto ninguno
« Hubo que penetrase este secreto;
« Mas conocido á poco fué por uno
« Que á un amigo indiscreto
« Lo cuenta, el cual á dos; y de este asunto
« Hasta al rey llega la noticia al punto.
« Por orden de Marsilio, un su allegado
« Antes de ayer cogiólos en el lecho;
« A los dos encerrar, por separado,
« En negra cárcel sin piedad han hecho,
« Y con su vida hoy temo que se acabe
« Del tierno jóven el suplicio grave.
« Vio á quemarle van; yo, no queriendo
« Ver tal atrocidad, aquí me vine,
« Este crimen horrendo
« No dudando que hoy mismo se termine.
« Llena de angustia, pues, hácia vos vengo,
« Pues no es posible que al dolor resista
« Mi corazon, mientras del jóven tengo

« Los abrasados miembros á la vista. »
 A tal noticia, Bradamante siente
 Dolor profundo, no de otra manera
 Que si de algun pariente
 Que deplorar la pérdida tuviera.
 Mas tarde ya diré que fundamento
 Tenia este cruel presentimiento.
 Al buen Roger su valerosa amiga
 « Deber sagrado, » dice, « nuestras armas
 « A ofrecer á esa dama nos obliga. »
 Y volviéndose hácia ella: « Tus alarmas
 « Cesen desde hoy, » prosigue; « del suplicio
 « Al paraje me guía, y yo me atrevo,
 « Si no está consumado el sacrificio,
 « A impedir que perezca ese mancebo. »
 Escuchando el discurso de su dama,
 De igual deseo el paladin se inflama,
 Y á la infeliz, que de sus ojos vierte
 Un torrente de lágrimas, exhorta
 A partir. « De la muerte, »
 Dice, « arrancar á ese infeliz importa.
 « Volemos pues, volemos,
 « Pues á tiempo llegando á su presencia,
 « Por mucha que encontremos resistencia,
 « Conjurar su peligro lograremos. »
 Con lo altivo del tono y del semblante,
 Roger y Bradamante
 Alientan la esperanza
 De la doncella, que, temiendo presa
 Sin provecho quedar si de su empresa
 El éxito no para en bienandanza,
 A los guerreros dice: « Por la vía
 « Que recta y llana guía
 « Al sitio del suplicio, yo bien creo
 « Que llegarse esta tarde se podría;
 « Mas, á dar gran rodeo
 « Por desusadas sendas obligados,
 « Cuando allí nos mostremos

« Temo que muerto al jóven encontremos. »
 — « ¿Porqué pues no tomar por la mas corta? »
 Interrumpe el guerrero. — « Porque importa, »
 La dama le responde,
 « Evitar el palacio
 « De los señores de Poitiers, en donde
 « Existen ha tres dias
 « Leyes y usanzas bárbaras é impías
 « Que en él ha introducido Pinabelo,
 « Hijo del conde Anselmo de Altarripa,
 « Y de perfidia y de maldad modelo. »
 Cuatro guerreros, cual no vió la Francia
 Tiempo ha por su denuedo y arrogancia,
 Defender han jurado
 La mansion y la ley de este malvado.
 Dama allí, pues, no llega ni guerrero
 Que baldon no reciba;
 Que esa gente de dentro los derriba,
 De su ropa á la dama, de su acero
 Al hombre, y de corcel á entrambos priva.
 Cual el origen de esta ley ha sido
 Voy á decir: tambien voy á exponeros
 El medio por el cual se ha conseguido
 Prender á aquellos cuatro caballeros.
 Por dama tiene el conde
 Una mujer abominable, impia,
 Con la cual caminando, no sé donde,
 Topó un guerrero en una selva un dia.
 De una vieja marchaba en compañía
 Este guerrero. Insúltala orgullosa
 De Pinabelo la fingida esposa.
 Al conde el caballero desafía;
 De su bridon lo arroja,
 Y á la dama altanera
 De su vestido espléndido despoja.
 De verse á pié y desnuda avergonzada,
 Ansiosa un medio de vengarse piensa;
 Y á su amante, cuya alma está dotada

De una invencion para lo malo inmensa,
 Consultando tambien, al cabo dice
 Que un instante felice
 Jamas disfrutará, miétras vencidos
 En su poder no vea á mil guerreros
 Y á mil damas arranque sus vestidos.
 De climas remotisimos venidos
 Por caso presentáronse aquel dia
 En el alcázar cuatro caballeros
 De raro esfuerzo y de alta nombradia.
 Hijos dos de ellos eran de Oliveros,
 Aquilante y Grifon, Guidon salvaje
 Era el tercero, el cuarto Sansoneto.
 Con dulce gesto é hipócrita lenguaje
 Pinabelo en su estancia los acoge;
 En el lecho sorprendelos, los liga
 Y á jurar les obliga
 Que un año allí y un mes han de quedarse,
 Y que, atacando á damas y á varones,
 De sus ropas, bridones
 Y personas habrán de apoderarse.
 Así, bien que afligidos, lo juraron;
 Y así se presentaron
 Mil veces en la lid de do, sin armas
 Y á pié, tantos y tantos se alejaron.
 La ley que entre ellos rige es la siguiente:
 El primero que salga á la palestra,
 Solo saldrá; mas, por rival mas bravo
 Si vencido se muestra,
 Los que queden entónces
 Aquella empresa han de llevar á cabo.
 Ved, siendo cada cual tan aguerrido,
 Lo que será con otros tres unido.
 Mas poner no conviene
 En nuestro viaje la menor demora;
 Pues si bien en la lid, cual lo demuestra
 Vuestro altivo semblante, vencedora
 Llegará á verse en fin la espada vuestra,



Bradamante y Roger. ante el castillo de Pinabelo. (T. I, p. 413.)

Cosa siempre será de mas de una hora,
 Y si en llegar se tarda
 Es muy de recelar que el jóven arda.
 « ¡Por ventura de aquesto, »
 Dice Roger, « nosotros nos cuidamos?
 « Nuestro deber hagamos,
 « Y hagan el cielo ó la fortuna el resto.
 « La lucha que á trabar nos preparamos
 « Hará al ménos notorio que dispuesto
 « Está nuestro valor á un sacrificio
 « Por salvar á ese jóven del suplicio. »
 Oyendo estas palabras, la doncella
 Su marcha emprende por la recta via,
 Y tres millas por ella
 Con los dos héroes caminado habia,
 Cuando á la puerta y al padron llegaron
 Do tantos infelices
 Honor, armas, caballos se dejaron.
 No bien los ve, de lo alto de la roca
 Una campana el centinela toca;
 Y por la puerta, en esto, sobre un bruto
 Corriendo un viejo en asomar no tarda,
 Que así grita á Roger: « Aguarda, aguarda,
 « O disponte á pagar fatal tributo.
 « Si la ley no conoces que aquí rige,
 « Escúchame; » y le cuenta
 La costumbre sangrienta
 Que á los guerreros del castillo aflige.
 Afable luego á aconsejar se puso
 Que, de esta tierra obedeciendo al uso,
 Sus armas, sus caballos entregasen
 Y que un estéril riesgo conjurasen.
 « No queráis exponeros
 « A combatir, » decía,
 « Contra esos cuatro intrépidos guerreros.
 « Armas, caballos, ropas por do quiera
 « Hallar podréis, en tanto que la vida
 « Irrecobrable es una vez perdida.

— « Basta, » dice Roger. « basta; instruido
 « De esa ley, he venido
 « A probar que no cedo
 « Ante vanas palabras, y que existe
 « Un alma en mí que no conoce el miedo.
 « Lo que en mi nombre así mi labio afirma,
 « Mi compañero, cierto estoy, confirma;
 « Mas ¡ah! ¡por Dios! haced que sin tardanza
 « Ver yo de cerca á mis contrarios pueda,
 « Pues la tarde se avanza
 « Y largo trecho por andar nos queda.

— « Hélo aquí, » dice el viejo;
 Y por el puente con efecto llega
 Un caballero armado
 Con vestido bermejo
 Todo de blancas flores recamado.
 Con decidido empeño

La dama entónces á Roger suplica
 Que le deje por Dios vencer al dueño
 De aquella cota tan luciente y rica.
 Mas en vano rogó; de esta victoria
 Guardar para sí solo el héroe quiso
 La fatiga, los riesgos y la gloria.

Interrogado por Roger quien es
 Aquel guerrero, el viejo le responde:
 « De Sansoneto esconde

« El pecho aquesa túnica que ves, »
 Por acunde, el otro por allá,
 En silencio se mueve sin tardanza,
 Y, enristrada la lanza,
 Hacia el contrario galopando va.
 Con sus enormes astas, que de hierro
 Forjadas parecían,
 Armados se embestían

Los dos rivales fuertes y aguerridos,
 Mientras que con el conde del palacio
 Mil infantes salían decididos,
 Cual siempre, á despojar á los vencidos.

Cortar en una selva, á corto espacio
 De allí, diez robles hizo Sansoneto,
 Y con ellos diez lanzas fabricando,
 Una presenta á su rival, guardando
 Otra igual para sí. Duro cual yunque
 Debe ser el broquel, ser debe el peto
 De cada paladin, para que el choque
 Que uno y otro reciben no los trunque.

El de Roger, que allá en los hondos senos
 Hizo sudar á la infernal cuadrilla,
 Es el mismo que Atlante le entregara
 Y con que obró ya tanta maravilla.
 Con claridad tan rara,
 Con tal violencia, descubierta, brilla,
 Que tiene que ocultarlo bajo un velo
 Por no postrar á cuantos ve en el suelo,
 Y ser debe además impenetrable
 Pues no cede á aquel golpe formidable.
 El otro, cuyo artifice sin duda
 Fué ménos docto, á resistir no alcanza
 Del fierro incruento la violencia cruda.
 Por medio de él la lanza
 Del buen Roger abriéndose camino,
 Hirió en el brazo al triste Sansoneto,
 Que del arzon bien pronto al suelo vino.

Fortuna, á quien tal vez
 Agrada el llanto del que siempre rie,
 Y que de aquel á quien el triunfo engrie,
 En dominar se place la altivez,
 Hoy por la vez primera
 Hizo que el jóven derribado fuera.

En esto, la señal de la pelea
 A los otros guerreros dando el conde,
 Se acerca al sitio en donde
 Estaba Bradamante, á quien desea
 Preguntar quien su compañero sea.
 Montado en el caballo
 Que fué de la doncella, allí lo guía

La justicia de Dios por castigallo
 De tanta consumada alevosia.
 Ocho meses hacia
 Que, dar muerte á la vírgen preveyendo,
 En subterráneo horrendo
 El vil precipitárala. El caballo
 Que él le robó aquel día
 Reconoce la vírgen al instante,
 Y, del conde en seguida
 La voz examinando y el semblante:
 «Este es,» dice, «el traidor, el fementido,
 «Que de las culpas todas de su vida
 «Viene hoy á recibir el merecido.»
 Dice; su acero saca;
 A Pinabelo, furibundo, ataca,
 Y hacia atrás le interdice que se vuelva.
 De tornar á su torre
 Perdida la esperanza, por la selva
 El maguntino corre,
 Y huyendo el infortunio que recela
 A su corcel aguija con la espuela.
 La doncella animosa
 Lo persigue, lo acosa,
 Lo alcanza y hiere. Con fragor horrendo
 Retumba el bosque en torno; mas, la lucha
 Contra Roger los otros sosteniendo,
 Nadie este estruendo en el palacio escucha.
 Pocos momentos ántes
 Salieron del castillo con la dama,
 Fatal autor de usanza tan inieua,
 Los otros tres valientes contrincantes,
 Que mustio el rostro, la mirada oblicua
 Y hena el alma de aflicción venian,
 Y muerte casi á triunfo preferian.
 Ardiendo en sed de sangre y de venganza
 A los guerreros la impía dama entónces
 Recuerda su terrible juramento.
 Mas responde Guidon: «Sola mi lanza

«Basta para vencer; yo no consiento
 «Que nadie, cuando lidio, me la acompañe
 «Y que mi gloria y mi esplendor empañe.
 «La cabeza, si miento,
 «De los hombros arráncame al momento.»
 Esto dice Grifon, esto Aquilante;
 Solo cada cual quiere
 Lidiar, pues á victoria degradante
 Preso quedar ó perecer prefiere.
 «Mas, ¿á qué sin provecho
 «Tanto hablar? Si venir,» la dama dice,
 «A este alcázar os hice,
 «Fué porque á sus usanzas os plegarais,
 «No para que sus leyes reformarais.
 «Si no era vuestro intento
 «Aceptar esta ley sin condiciones,
 «¿Porqué no declararlo en el momento
 «En que vine á romper vuestras prisiones?
 «So pena de pasar por embusteros,
 «Hoy á mi voz teneis que someteros.»
 «Hé aquí,» Roger exclama,
 «Mi caballo y mis armas, ¿qué os detiene.
 «¿Porqué nadie á esa dama
 «A despojar de sus vestidos viene?»
 Por Roger, á la par que por la dama,
 Cada cual de los tres estimulado,
 De vergüenza y de cólera se inflama
 Y á venir al combate re apareja.
 De Guidon el caballo, mas pesado
 Que el de los otros dos, al jóven deja,
 Al dar la carga, un tanto rezagado.
 La lanza con que habia
 A Sansoneto derribado trae
 El héroe, y el broquel de que solia
 Servirse el viejo Atlante en el castillo;
 Encantado broquel á cuyo brillo
 Todo aquel que lo mira al suelo cae,
 Y cuya alta virtud puede á su dueño

Sacar sin daño de cualquier empeño.
 Tres veces solamente
 Su auxilio omnipotente
 Necesitó Roger hasta aquel día:
 Dos en la isla de Alcina; la tercera
 Por vencer á la fiera
 Que á devorar venia
 A la hermosa doncella, que el sosiego
 Le arrebató con su perfidia luego.
 Fuera de esto, escondido
 Bajo un velo de modo lo llevaba,
 Que descubrirlo á su placer podia
 Cada vez que su luz necesitaba.
 Con él, como ya os dije,
 Animoso Roger de la batalla
 Al sitio se dirige,
 Do á sus rivales preparados halla.
 El héroe, á quien no aterra
 Su vista mas que la de tres rapaces,
 La lanza enristra, y cierra
 Contra el bravo Grifon, de cuyo escudo
 Viene á dar en el borde un golpe crudo.
 Grifon, asiendo su robusta lanza,
 Ataca á su rival; pero su punta,
 Sobre el bruñido espejo resbalando,
 Rompe solo su velo
 Dando salida al resplandor extraño
 Que, de su honor sin daño,
 A Aquilante y Grifon arroja al suelo.
 Guidon, que los seguia,
 Viene tambien en el instante á tierra,
 Y, de sentido así los tres privados,
 Tendidos yacen por distintos lados.
 Entretanto Roger, que no recela
 El portentoso efecto del escudo,
 Vuelve al corcel las riendas, y, desnudo
 El hierro, en busca de enemigos vuela.
 Largo rato corrió sin encontrarlos;

Pues, en tierra tendidos
 Caballeros, caballos,
 Damas é infantes, yacen confundidos.
 Al pronto maravillase; mas luego,
 El lienzo al ver que del escudo pende,
 Lo que pasa comprende.
 Vuélvese pues, y con inquietos ojos
 A Bradamante de buscar no cesa.
 No hallándola, al pensar que se interesa
 Por el mancebo á quien la muerte aguarda,
 Y sabiendo que nada le acobarda,
 Supone que á dar fin á aquella empresa
 Partió sin duda. Entre el gentio inmenso
 Que en tierra yace, topa
 A la dama Roger que con él vino,
 Y en su bridon montándola, galopa.
 Del manto que por cima de su ropa
 Ella llevaba, el héroe una cubierta
 Hace al broquel. Con esto oscurecido
 El fulgor que la priva de sentido,
 Se recobra la dama y se despierta.
 De allí, con faz turbada
 Que de vergüenza alzar apenas osa,
 Se va Roger diciéndose: « Manchada
 « Mi fama con victoria deshonrosa,
 « De contemplar me espanto
 « Que á temor atribúyase este encanto.»
 Así pensando, al lado del sendero
 Que siguiendo venia,
 Nota el bravo guerrero
 Un hondo pozo, en torno al cual solia
 Acogerse el ganado
 Huyendo del ardor del mediodía.
 Lleno á su vista el paladin de gozo,
 Acercándose al pozo,
 « A fin, » exclama, « á fin de que esta sea
 « La postrer vez que sobre mi derrame
 « Rubor su posesion, guardar no quiero

« Mas largo tiempo ese broquel infame,
 Y una peña cogiendo,
 Que al escudo sujeta, lo sepulta
 En la sima, diciendo :
 « Contigo quede mi ignominia oculta. »
 Hondo es el pozo y lleno hasta la boca;
 Pesado es el broquel, gruesa la peña,
 Que, hendiendo el agua leve,
 No se detiene hasta que al fondo toca.
 Tan noble accion con su clarin sonoro
 Locuaz la fama divulgara en breve
 En torno á Francia y por el suelo moro.
 Conocida que fué, muchos guerreros
 Este escudo á buscar se dedicaron,
 Y ansiosos registraron
 Sus reinos y los reinos extranjeros.
 Nadie empero encontrándolo, indeciso
 Este punto quedó; pues la doncella
 Que al mundo habló de esta aventura bella
 Jamas decir do consumóse quiso.
 No bien se aleja el héroe del castillo
 Con el escudo, cuyo extraño brillo
 Ofuscó á sus rivales,
 Estupefactos estos se levantan;
 Mas, con incierto paso
 Unos hácia otros, mustios, se adelantan,
 Y de su triste caso,
 Cada vez que se juntan,
 Doloridos la causa se preguntan.
 Hablando de esto estan, cuando la nueva
 Llega de que ha espirado Pinabelo,
 Bien que de aquel que le dió muerte encubre
 El claro nombre misterioso velo.
 Al conde inicuo Bradamante osada
 Encontrando en camino hondo y estrecho,
 Le atacó y con su espada
 Una y cien veces traspasóle el pecho.
 Por el suelo dejándolo sin vida,

Y en el bridon que él le robó montando,
 Aléjase en seguida
 Del bosque que testigo
 Fué de tan justo y ejemplar castigo.

En vano luego, inquieta, hácia la torre
 Donde á Roger dejó, parte afligida.
 Por los bosques perdida,
 Todo el pais sin direccion recorre
 La virgen valerosa, á quien persigue
 Suerte fatal que de Roger la aleja.
 Mas, por temor de que al lector fatigue,
 Suspensa aqui la narracion se deja.

CANTO XXIII.

Astolfo entrega á Bradamante el Rabicano y la lanza de oro.
 — Llegada de la hija de Amon al palacio de Montalban. —
 Rodomonte quita á Hpalca el caballo que le confió Bradamante. — Orlando liberta á Zerbino del suplicio á que lo conducian. — Batalla entre Orlando y Mandricardo. — Locuras del conde de Anger á la noticia de los amores de Angélica con Medoro.

A su prójimo amparo
 Dé cada cual; pues raro
 Es que sin premio un beneficio quede.
 Si alguna vez sucede
 Que en bien no torne, es claro
 Que en mal al ménos redundar no puede;
 Mientras que el daño que á los otros se haga,
 Mas temprano ó mas tarde al fin se paga;
 Pues los hombres no son, dice el refran,
 Cual los montes que inmóviles estan.
 De triste ejemplo sirva el Magantino,
 Que de sus culpas todas finalmente
 A recibir el merecido vino;
 Pues el Señor, que rara vez consiente
 Ver padecer al justo injustamente,

« Mas largo tiempo ese broquel infame,
 Y una peña cogiendo,
 Que al escudo sujeta, lo sepulta
 En la sima, diciendo :
 « Contigo quede mi ignominia oculta. »
 Hondo es el pozo y lleno hasta la boca;
 Pesado es el broquel, gruesa la peña,
 Que, hendiendo el agua leve,
 No se detiene hasta que al fondo toca.
 Tan noble accion con su clarin sonoro
 Locuaz la fama divulgara en breve
 En torno á Francia y por el suelo moro.
 Conocida que fué, muchos guerreros
 Este escudo á buscar se dedicaron,
 Y ansiosos registraron
 Sus reinos y los reinos extranjeros.
 Nadie empero encontrándolo, indeciso
 Este punto quedó; pues la doncella
 Que al mundo habló de esta aventura bella
 Jamas decir do consumóse quiso.
 No bien se aleja el héroe del castillo
 Con el escudo, cuyo extraño brillo
 Ofuscó á sus rivales,
 Estupefactos estos se levantan;
 Mas, con incierto paso
 Unos hácia otros, mustios, se adelantan,
 Y de su triste caso,
 Cada vez que se juntan,
 Doloridos la causa se preguntan.
 Hablando de esto estan, cuando la nueva
 Llega de que ha espirado Pinabelo,
 Bien que de aquel que le dió muerte encubre
 El claro nombre misterioso velo.
 Al conde inicuo Bradamante osada
 Encontrando en camino hondo y estrecho,
 Le atacó y con su espada
 Una y cien veces traspasóle el pecho.
 Por el suelo dejándolo sin vida,

Y en el bridon que él le robó montando,
 Aléjase en seguida
 Del bosque que testigo
 Fué de tan justo y ejemplar castigo.

En vano luego, inquieta, hácia la torre
 Donde á Roger dejó, parte afligida.
 Por los bosques perdida,
 Todo el pais sin direccion recorre
 La virgen valerosa, á quien persigue
 Suerte fatal que de Roger la aleja.
 Mas, por temor de que al lector fatigue,
 Suspensa aqui la narracion se deja.

CANTO XXIII.

Astolfo entrega á Bradamante el Rabicano y la lanza de oro.
 — Llegada de la hija de Amon al palacio de Montalban. —
 Rodomonte quita á Hpalca el caballo que le confió Bradamante. — Orlando liberta á Zerbino del suplicio á que lo conducian. — Batalla entre Orlando y Mandricardo. — Locuras del conde de Anger á la noticia de los amores de Angélica con Medoro.

A su prójimo amparo
 Dé cada cual; pues raro
 Es que sin premio un beneficio quede.
 Si alguna vez sucede
 Que en bien no torne, es claro
 Que en mal al ménos redundar no puede;
 Mientras que el daño que á los otros se haga,
 Mas temprano ó mas tarde al fin se paga;
 Pues los hombres no son, dice el refran,
 Cual los montes que inmóviles estan.
 De triste ejemplo sirva el Magantino,
 Que de sus culpas todas finalmente
 A recibir el merecido vino;
 Pues el Señor, que rara vez consiente
 Ver padecer al justo injustamente,

A la virgen salvó, y á todo honesto
Corazon á salvar está dispuesto.

El conde, que creia
Haber ya dado muerte á la doncella,
Léjos estaba de pensar que de ella
A manos moriria

En el palacio que nacer le vido,
Por gigantes montañas protegido.
Cabe este alcázar, sin cesar guardado
De armada gente por escolta inmensa,
Do, huyendo del señor de Claromonte,
El conde Anselmo hallábase encerrado,

Al pié de inculdo monte,
Vino, sin mas defensa
Que la estéril de lágrimas y gritos,
A expiar Pinabelo sus delitos.

Dado que le hubo muerte, la doncella
En busca va del héroe á quien adora;
Mas su fatal estrella
Por la espesa enramada la extravia
En el momento en que iba hácia el Ocaso
Dirigiéndose el sol con presto paso.

Do acogerse la virgen ignorando,
Allí, tendida sobre el fresco suelo,
De la noche una parte
Durmiendo pasa, y otra contemplando
A Júpiter, á Marte

Y á los demas planetas que del cielo
En torno van sin descansar girando.
Dormida empero ó no, siempre en su mente
La cara imágen de Roger presente,
Hondos suspiros del llagado pecho
Le hace exhalar. ¡Oh cuánto, oh Dios, le pesa
Que, mas fuerte su amor que su despecho,
Llamándole á otra empresa,
Le haya en las selvas hecho
Dejar á aquel á quien de amar no cesa,
Sin siquiera la via

Mirar por do hasta allí venido habia!

Así consigo misma
Entre llanto y sollozos platicando,
En sus pesares mas y mas se abisma.
Largas, mortales horas esperando,
Lucir en fin por el Oriente vido
Del nuevo sol el rayo apetecido.
Tomando su bridon, que allí pacia,
Su marcha emprende entónces, y no tarda
En llegar al paraje do no ha mucho
Que el encantado alcázar existia.

A Astolfo allí se encuentra, que, montado
En Hipogrifo, pensativo estaba
Mirando si alguien por allí pasaba
De quien fuese la mano
Digna de gobernar al Rabicano.
Felizmente lo halló; pues, de su frente
El yelmo levantando en este instante,
Permitió á Bradamante
Reconocer la faz de su pariente.
Cortes ella saludale, y derecha
Corriendo hácia él, entre sus brazos se echa,
Y la visera alzándose en seguida,
Muestra á Astolfo su faz bien conocida.

Dar no podia el principe britano
Con persona ninguna
Que mejor le guardase á Rabicano.
Túvolo pues por singular fortuna,
Y doble por tal causa en este instante
Fué su júbilo al ver á Bradamante.

Luego que con ternura
Dos y tres y mas veces se abrazaron,
Y que se preguntaron
Del tiempo de su ausencia la aventura,
Astolfo dijo: « Si emprender intento
« Por la region del viento
« Mi carrera, ¿á qué espero? » y, revelando
A la dama su oculto pensamiento,

Parte, los aires rápido surcando.
 No asombra á la doncella este portento,
 Que ya dos veces presenciara : una
 Cuando á embestirla vino el mago astuto ;
 Otra cuando, turbada
 Del buen Roger por la fatal fortuna,
 Su camino emprender sobre aquel bruto
 Hacia el cielo lo vió desconsolada.
 Al comenzar su viaje, el duque Astolfo
 A la doncella quiso
 Confiar el famoso Rabicano ;
 Y á Hipogrifo juzgando que es preciso
 Aligerar de todo peso vano,
 La armadura, que ya no necesita,
 De los hombros se quita
 Y á la virgen la entrega con encargo
 De que en llevarla á Montalban no tarde,
 Y que allí hasta su vuelta se la guarde.
 Con su espada y su trompa (sin embargo
 De que esta sola libertarle pueda
 En cualquier trance amargo)
 El paladín se queda,
 Y á la virgen también entrega el asta
 Cuyo poder ningún poder contrasta.
 Saltando luego en el corcel volante
 Parte, al principio con pausado giro,
 Mas luego su carrera
 De tal moda acelera,
 Que de vista se pierde en un instante.
 Así, guiada por piloto experto,
 Los escollos evita cauta nave,
 Y, del difícil puerto
 No bien saliendo á la alta mar, se aleja
 Y atrás las olas y los vientos deja.
 Partido Astolfo, en un conflicto grave
 La doncella se ve; cómo no sabe
 A Montalban mandar del caro primo
 Las armas y el caballo. En su ansia inmensa

De ver á su Roger, no halla reposo ;
 Y, ántes que á Montalban, á Vallumbroso
 Inquieta y triste en dirigirse piensa.
 En esta indecision, hacia ella nota
 Que se acerca un villano,
 Con cuyo auxilio del inglés la cota
 Coloca en el arzon de Rabicano,
 Y al cual manda que monte
 En el corcel que fué de Pinabelo,
 Y que con ella á cammar se apronte,
 Conduciendo al del principe de mano.
 Por encontrar á aquel á quien adora,
 A Vallumbroso dirigir desea
 Sus pasos Bradamante ; mas cual sea
 El camino mas fácil ella ignora.
 Poco práctico el rústico, tampoco
 Lo conoce, y, vagando á la ventura,
 Con la doncella toma
 Aquel que el mas directo se figura.
 Indecisa la virgen, y no hallando
 Una sola persona
 Que darle indicios pueda, hacia las nueve
 De aquel dia las selvas abandona,
 Y un alcázar en breve
 Ve que de un cerro el vértice corona.
 Viéndolo, se imagina
 Mirar á Montalban, y lo adivina.
 Al contemplar el sitio do dejara
 A sus hermanos y á su madre cara,
 Se turba Bradamante y se entristece.
 Pues, si allí permanece
 Teme ser descubierta, y que se frustré
 Su viaje en busca del amante ilustre,
 De cuyo amor intenso
 Se abrasa su alma en el volcan inmenso.
 Pensativa gran rato, se resuelve
 A alejarse por fin de Montalban.
 Con el villano vuelve

La rienda pues, mirando á la abadía,
 Y por la misma via
 Por do vinieron á tornarse van,
 Cuando su buena ó su fatal estrella
 A tropezar con ella
 Allí conduce inopinadamente
 Al buen Alardo, que de noche y dia
 Solicito recorre la comarca,
 Medios buscando de alojar la gente
 Que, en pro y á instancias del francés monarca,
 De luengas tierras á lidiar venia.

Con mil demostraciones cariñosas
 El hermano y la hermana se abrazaron,
 Y, de casos y cosas
 Gratas hablando, á Montalban llegaron,
 Do á Beatriz hállaron,
 Que, afligida de su hija por la suerte,
 Haciéndola buscar por toda Francia,
 Amargo llanto sin descanso vierte.
 De su madre mil ósculos recibe
 La virgen adorada;
 Sus hermanos le dan miles de abrazos,
 Que poco son ó nada
 Si los de aquel recuerda por quien vive
 Aprisionada en amorosos lazos.

Partir pues no pudiendo, en el instante
 Un mensajero á Vallumbroso expide,
 Refiriendo á su amante
 La causa que volar hácia él le impide,
 Y encargándole (inútil diligencia)
 Que, por su amor, al punto se bautice,
 A fin de que, en volviendo á su presencia,
 El suspirado enlace se realice.
 Por la misma ocasion mandarle piensa
 El corcel que él dejó cuando el camino
 Por el aire emprendiera; esto es, Frontino,
 Corcel noble y gallardo,
 Que ni en Francia ni en África igual tuvo

Fuera de Bridadoro y de Bayardo.
 A Montalban la virgen despachólo,
 Donde, bien mantenido
 Y montado tan solo
 Alguna que otra vez, gordo, lucido
 Estaba y lleno de vigor. Juntando
 Del palacio á las damas en seguida,
 Nueva gualdrapa y brida
 De seda y oro espléndida recama.
 Aparte luego á una doncella llama
 Hija de Califresia, su nodriza,
 A la cual sus secretos patentiza.

De su amado Roger, con ansia nueva,
 Le pinta las virtudes, los modales;
 Por su beldad lo eleva
 A la par de los dioses inmortales,
 Y añade: « Mensajero
 « Mas que tú fiel ó cuerdo yo querria
 « En vano designar, oh Hivalca mia. »
 En seguida, enseñándole el sendero
 Que tomar debe, instrúyele de cuanto
 Hacer debe ó decir, y en fin le ruega
 Manifieste á Roger que si no llega
 A dar fin ella misma á su quebranto,
 Culpa es tan solo de la suerte ingrata
 Que sus proyectos todos desbarata.

Monta Hivalca; la virgen en su mano
 La rica brida del corcel le pone,
 Y « si algun loco, dicele, ó villano
 « Hallas que á molestarte se dispone,
 « Para volverle á la razon, del dueño
 « De tu corcel dirásle solo el nombre,
 « Pues, oyéndolo, dudo que haya un hombre
 « Que no renuncie á su arriesgado empeño. »
 Otras mil cosas luego le encomienda
 De que intérprete ser Hivalca debe.
 Enterada ella, en breve
 Al fogoso corcel suelta la rienda.

Por calzadas y campos su carrera
 Siguió mas de diez millas, no encontrando
 Quien á Frontino el paso detuviera.
 Al mediodia, empero,
 Descendiendo de un monte
 Por desusado y áspero sendero,
 Topa con Rodomonte,
 Que á pié viene y armado,
 De un raquitico enano acompañado.
 La altiva frente levantando el moro,
 Blasfema al ver en manos de una dama
 El bruto hermoso cuyo arzon recama
 Esplendente matiz de seda y oro.
 Por voto solemnísimo obligado
 A emprender la conquista
 Del primero que ofrezcáse á su vista,
 De quitar su caballo á la doncella
 Corrido, cuanto ansioso, Rodomonte,
 « ¡ Qué lástima, » se dice, « que, en vez de ella,
 « Su propio dueño ese corcel no monte! »
 — « ¡ Ah! » le responde Hipalca, « si así fuera
 « Pronto él cambiar de parecer te hiciera.
 « Algo mas que tú vale;
 « Pues en fuerza y valor no hay quien le iguale.
 — « ¿ Quién es, » replica el moro,
 « El que así vierte en los demas desdero? »
 — « Roger, » dice la dama.
 — « Pues así siendo, » el musulman exclama,
 « Sin reparo ninguno me apodero
 « Del bridon de ese bravo caballero.
 « Si, cual creer hacérmelo tú quieres,
 « En esfuerzo me gana, su caballo
 « Yo volveréle, y él podrá tasallo,
 « Y, si gusta, tasar los alquileres.
 « Dirásle pues que Rodomonte soy,
 « Y que si quiere combatir conmigo,
 « Hallará fácilmente á su enemigo;
 « Pues do quiera que estoy



Hipalca detenida por Rodomonte. (T. I, p. 430.)

« Terribles muestras de mi paso doy. »

Dice ; las riendas al corcel sujeta
Y salta en él. Inquieta
Y llorosa la dama , lo maldice,
Siguiéndole de léjos por la via
Por do sus pasos el enano guia
En busca del raptor de Doralice.

Ya narraré lo que despues avino.
Agora con Turpin torno al paraje
Donde quedó sin vida el Magantino.
Apártase la virgen , y su viaje
Por la selva emprendido apena habia,
Cuando llegó Zerbino
De la vieja falaz en compañía.

Al contemplar tendido por el suelo
Al ya desconocido Pinabelo,
Que un mar de sangre por cien brechas vierte,
De su misera suerte
Se apiada el escoces; y, suplicando
A la vieja que alli su vuelta aguarde,
En busca de venganza

Por la huella que ve mas fresca avanza.
A Pinabelo acércase Gabrina
Y atenta lo examina,
Por ver si hay algo que robar en torno
O encima dél , pues juzga que es locura
Dar con un vano adorno

A un misero cadáver sepultura.
Si de esconder el fruto de su robo
Viera la infame arbitrio ó esperanza,
Sus ricas armas , su vestido bello
Ella quitara al muerto sin tardanza.
Por mas , pues , que le enoje
Dejar el resto , aquello

Que es fácil de guardar tan solo coge ,
Y , entre otras muchas cosas , se apodera
Del rico cinto que llevaba el conde ,
Y de su talle en derredor lo esconde.

Llega á poco Zerbino ,
 Despues de haber de la doncella el paso
 Perdido en un recodo del camino.
 Súmese en esto el sol en el Ocaso ,
 Y el escoces , á quien el miedo aqueja
 De tener que dormir en aquel sitio ,
 Torna á emprender su marcha con la vieja.

A dos millas de allí la torre hallaron
 Llamada de Altarriva ,

Donde á pasar la noche se pararon
 Que entrando ya con prestos pasos iba.

A poco un grito universal escuchan ,
 Y el triste llanto advierten

Que miles de ojos de consuno vierten.

Su causa al punto el escoces indaga ,

Y oye que dicen que la nueva aciaga

Acaba de llegar al conde Anselmo

De que del bosque en desusada via

Su Pinabelo exánime yacia.

Por no excitar sospechas , bien que cierto

Esté de que el que causa estos enojos

Es el mismo á quien muerto

Se encontró por la selva , nada dice

Zerbino, ni del suelo alza los ojos.

Entre cirios y hachones refulgentes

Llega despues el fúnebre ataud ,

Cuya vista redobla de las gentes

Del alcázar el llanto y la inquietud.

Ningun dolor, ninguno empero iguala

Al que al paterno corazon exhala.

Mientras allí de exequias y de honores

Vano homenaje el que espiró recibe

Con la pompa solemne

Que el uso antiguo del pais prescribe ,

Los públicos clamores

A interrumpir por fin un bando viene

De Anselmo , quien se obliga

A dar premio y merced á aquel que el nombre

Del matador de Pinabelo diga.

De boca en boca cunde esta noticia ,
 Que llega en breve hasta la infame vieja.

Esta , fuese despecho ,

Fuese inhumanidad , fuese avaricia ,

A perder á Zerbino se apareja.

Del padre inconsolable

En busca vase pues ; y , una patraña

Verosímil forjando cuanto extraña ,

A Zerbino delata cual culpable.

Por probar lo que dice ,

Sacando el cinto que á su lado lleva ,

Da al anciano infelice

De su infortunio irrecusable prueba.

En medio de su horrible desconsuelo ,

Le anima la esperanza

De no dejar al hijo sin venganza.

Por tal merced las gracias dando al cielo ,

Cercar hace el palacio sin tardanza.

Sorprendido en el sueño el buen Zerbino ,

Que , inocente , tal riesgo no sospecha ,

Del férreo cepo vino

A despertarse en la prision estrecha.

Del sol siguiente el rayo matutino

Brillaba apena , y decretado estaba

Ya el infame suplicio que aguardaba

Al escoces , en el paraje mismo

Do bajara al abismo

Aquel de cuya muerte se le acusa.

De Anselmo allí no se usa

Oponerse al querer ; asi es que apénas

Sus ráfagas serenas

Mostró la aurora , cuando :

« Muera , muera , » frenética gritando

La multitud ansiosa de venganza ,

Del palacio se lanza ;

Y , cual á pié , cual á caballo , corre

En confuso tropel hácia el guerrero ,

Que, triste, en un rocín va caballero.
 Mas Dios, que siempre ampara
 Al que hasta el fin en su bondad confía,
 A Zerbino este día
 Irresistible proteccion depara.
 Por allí, con efecto, en este instante
 Pasando acaso el paladin de Anglante,
 Ve en rededor la gente
 Que a muerte lleva al escocés doliente.
 Con Orlando venia
 La bella jóven que, con riesgo grave,
 Despues de ver su nave
 Sobre las olas zozobrar, gemia
 Entre ladrones en oscura gruta
 Bajo el poder de una Meguera astuta.
 Hija del rey gallego,
 Isabel se llamaba la doncella,
 Que por Zerbino en amoroso fuego
 Arde tiempo ha. De tanta gente junta
 Ella la causa al paladin pregunta:
 « Lo ignoro, » él le responde;
 Y, en el monte dejándola, hácia el llano
 Corre; á Zerbino ve; por su semblante
 Reconoce su audacia en el instante;
 Y, en seguida acercándose, el deseo
 De conocer la triste causa de esta
 Bárbara accion inquieto manifiesta.
 La faz doliente levantando el reo,
 Refiere su aventura
 Al de Anglante, que en breve
 Inocente juzgándole, asegura
 Que perecer el escocés no debe.
 Confirmase en su juicio
 Cuando oye que el autor de aquel suplicio
 Es el pérfido conde de Altarriva,
 Entre el cual y el señor de Claromonte
 Existe odio profundo
 Que sangre y daños esparció en el mundo.

« Soltad, canalla, á ese guerrero, » grita
 Orlando, « ó todos recibis la muerte. — »
 — « ¿ Quién es, » replica de ellos el mas fuerte,
 « El que á todos así provoca altivo? »
 « Si de paja ó de cera
 « Fuéramos y él de fuego, no concibo
 « Que ser mayor pudiera su arrogancia. »
 Dice, y embiste al paladin de Francia.
 Presentase en la lid el magantino
 Con el yelmo y la cota de Zerbino;
 Aquesta, bien que sólida, no pudo
 De Orlando resistir al golpe crudo;
 Ni el yelmo, bien que fino,
 Pudo el golpe parar que, en la mejilla
 Al malandrin hiriendo, de la silla
 Lo sacó desnucado. El pecho horada
 Roldan á otro despues; y, embarazada
 Al ver su lanza, arrojála, y aprisa,
 Desnudando su espada,
 A do mayor la multitud divisa
 Corre: al uno de un tajo
 La cabeza divide, ó echa abajo;
 A cual hiere de punta; en un momento
 Huyen, en fin, ó mueren mas de ciento.
 Siguiéndolos, los hiere y desbarata,
 Hiende, saja, derriba, corta y mata.
 En su inmensa congoja,
 Sus armas cada cual al suelo arroja;
 Cada cual huye por distinto giro,
 Que en las cavernas ó en la selva umbria
 Hallar espera un cómodo retiro.
 La piedad olvidando
 El de Anglante aquel día,
 Camina á cuantos ve sacrificando.
 De ciento veinte, en fin, que Turpin cuenta,
 Quitó Orlando la vida á mas de ochenta.
 Cansado de matar, hácia Zerbino
 Avanza; y de manera

Este al verle se alegra, que imagino
 Que, si al rocín atado no estuviera,
 Ante las plantas de Roldan cayera.
 Mientras los lazos este despedaza
 Del escoces, y á revestir le ayuda
 La fúlgida coraza
 Que á aquel que la vistió dió muerte cruda,
 La vista ansioso el buen Zerbino vuelve
 Hacia Isabel, que, habiendo presenciado
 La lucha desde lo alto de un collado,
 A llegarse á los héroes se resuelve.

Cuando á su lado el escoces advierte
 A la doncella á quien amara tanto,
 Por quien vertiera inconsolable llanto
 A la falsa noticia de su muerte,
 Siente un temblor glacial que luego, luego
 Se va trocando en devorante fuego.

Correr, empero, á echarse entre sus brazos
 Le impide su respeto hacia el de Anglante,
 A quien supone de Isabel amante.

Así desaparece hecho pedazos
 De su ventura el frágil edificio;
 Pues mayor sacrificio
 Que ver muerta á su amada le parece
 Pensar que esta á otro amante pertenece.
 Duétele verla en manos

Del caballero á quien la vida debe,
 Pues por volverla á conquistar aleye
 Fuera su empeño y sus esfuerzos vanos.
 En vez pues de atacarle, su garganta
 Pusiera agradecido

Del príncipe de Anger bajo la planta.

Juntos y taciturnos, así llegan
 Cabe una fuente, en donde
 Al descanso, bajándose, se entregan.
 Quitase el yelmo el fatigado conde,
 Y á Zerbino exhortando á que lo imite,
 Descubierta á la virgen ver permite

De su amante la faz. Dulce desmayo
 Siente ella al verlo, y túrbase; mas presto,
 Cual flor del sol herida por el rayo,
 Color recobra y apacible gesto.
 Entónces, sin que nada se lo vede,
 Hacia su amante corre, y con ternura
 Lo estrecha entre sus brazos. De ventura
 Enajenada hablar apenas puede;
 Mas lágrimas de júbilo salpican
 El bello seno, cuyo estado explican.
 Al mirar tanto amor, sin otro indicio
 Que el nombre del guerrero manifieste,
 Conoce Orlando que Zerbino es este.

La faz no bien enjuta,
 Gracias la virgen al de Anger tributa,
 Sus bondades narrando al escoces.
 Zerbino, que á su vida
 Antepone el amor de su querida,
 Del conde Orlando arrojase á los pies,
 Y su mano dos veces protectora
 Rendidamente adora.

A darse gracias iban, mil ofertas
 Iban á hacerse, cuando
 Suena ruido en la selva. El yelmo Orlando
 Pone sobre sus sienas descubiertas,
 Siguele el escoces; cada cual monta,
 Armándose, á caballo sin tardanza,
 Mientra en carrera pronta
 Con una dama un paladín se avanza.

Era aqueste guerrero Mandricardo,
 Que, queriendo vengar la suerte impía
 De Alzirdo y Manilardo,
 Larga emprendió y extraña correría.

Desde que, empero, consigo
 Lleva á la dama á quien ganó gallardo,
 De caminar en pos de su enemigo
 Se muestra el musulman mucho mas tardo.
 Bien que dudar aqueste no pudiera

Que va buscando á un paladin de fama,
No imaginaba que el de Anglante fuera.

Viéndole allí, y al punto
Sus armas conociendo, altivo exclama:
« Ese es de mi enemigo el fiel trasunto.

« Tanta de tus hazañas celebradas
« La fama fué que á nuestro campo vino,
« Que hace mas de diez dias que camino

« Lleno de ardor siguiendo tus pisadas.
« Un hombre, el solo á quien dejó con vida
« Tu cólera homicida,

« De la muerte nos trajo la noticia
« Del rey de Tremecen y de Noricia.
« Por ver tu rostro y por probar tu aliento,

« En partir no tardé. Bien instruido
« De tus armas, insignias y vestido,
« Te encontré, pues aun cuando

« Desnudo te ocultaras entre ciento,
« Lo audaz de tu talante
« Reconocerte hiciérame al instante.

— « No se puede negar, » replica Orlando,
« Valor al que esas voces articula.
« Si el afán te estimula

« De verme, aquí me tienes;
« Poder darte mas gusto yo no creo
« Que quitándome el yelmo de las sienas.

« Luego que me contemples, tu deseo
« Podré satisfacer, y en la contienda
« Probarte que á ese porte injustamente

« Mi audacia y mi poder no recomienda.
— « Corriente, » dice el moro; « prosigamos;
« Hecha una prueba la segunda hagamos. »

Desde los pies hasta la frente Orlando
En torno al musulman los ojos gira;
Su flanco ve y su arzon; y, no notando

Maza ni estoque en derredor, se admira,
Y de que armas preguntale se vale
Si, cual sucede á tantos, le sucede

Que el asta al atacar se le resbale.

« No tal razon, » respóndele, « te vede
« Empezar el combate, pues que mi asta
« A hacer temblar á mil contrarios basta.

« Espada no ceñir tengo jurado
« Si no conquisto la que Orlando lleva;
« Por eso voy buscándole, afanado

« De hacer con él de nuestro esfuerzo prueba.
« Eso juré (por si saberlo os place)
« El mismo dia en que ciñó mi frente

« El yelmo refulgente
« Que la de Héctor ciñó mil años hace.
« A este yelmo agregada

« Vino á mis manos toda su armadura,
« A excepcion de la espada,
« Que cuando ignoro y como fué robada.

« De la audacia de Orlando y su ventura
« Oyendo hablar, infiero
« Que tiene en su poder aquella espada.

« Por eso hallarle quiero,
« Y hacerle que esa joya que no es suya
« Al verdadero dueño restituya.

« Tambien hallarle quiero porque ansio
« La muerte en él vengar del padre mio.
« Orlando por traicion le dió la muerte

« Que darle de otro modo no podría... »
Falto ya de paciencia, con voz fuerte:

— « Mientes, » gritale el conde,
« Y, cual tú, miente el que cual tú tal diga.
« La fortuna enemiga

« Aquí te guia por tres culpas hoy;
« Que yo el Roldán á quien tú buscas soy.
« A tu padre maté, mas con nobleza;

« Y hé aquí la ilustre espada
« A tu valor, si vences, destinada.
« Bien que mia, consiento

« En que ella el premio del combate sea;
« Así pues, mientras dure la pelea,

« Suspenderla de ese árbol es mi intento;
 « Tuya será si tu valor me prende,
 « O si la tierra con mi sangre tiñe. »
 Diciendo así, desciñe
 Durandarte y al árbol la suspende.
 A medio tiro de arco uno del otro,
 Para tomar carrera, se separa,
 Y, aflojando las riendas á su potro,
 Cada cual de ellos con ardor lo empuja.
 Las lanzas de la cuja
 Sacan, y con su punta enarbolada
 Vienen á herirse en medio á la celada.
 Inmóviles los dos, al recio embate
 Resisten; mas sus lanzas, cual de hielo
 Saltan, hechas pedazos, hasta el cielo.
 Con lo que de ellas queda entre sus manos,
 Prosiguen el combate,
 Mas bien que cual guerreros, cual villanos
 Que acerca de las lindes se disputan
 De la tierra ó del agua que disfrutan.
 A los golpes primeros
 Los trozos de sus lanzas no resisten,
 Y, á falta de otras armas, los guerreros
 Con las manos, coléricos, se embisten.
 A impulso de ellas cotas y corazas
 Se abollan, ó se parten en pedazos,
 Cual si, asidas por sólidas tenazas,
 Entre el yunque se hallaran y los mazos.
 Bien quisiera poderse sin desdoro
 De este combate retirar el moro.
 Que su ardor no aprovecha es manifiesto;
 Pues mas que al que lo lleva
 Es cada golpe al que lo da funesto.
 Por luchar aproximanse; y bien presto
 Ase á Roldan el otro, con deseo
 De hacer en él la prueba
 Que hizo el hijo de Jove con Anteo.
 Con impetu hácia sí, forcejeando

Por arrancarlo del arzon, lo tira,
 Y el exceso de su ira
 Hace que ambas sus riendas abandone,
 Sin reparar el riesgo á que se expone.
 El conde, en tanto, que á vencer aspira,
 La cauta mano entre una y otra ceja
 Del palafren de su adversario pone,
 Y su brida caer al suelo deja.
 Aferrado de Orlando á la cintura,
 Se afana el musulman por derriballo,
 Y tanta fuerza desplegar procura
 Que hace saltar las cinchas al caballo.
 Con el pié en el estribo todavía,
 Al suelo entónces viene Orlando, haciendo
 Un estrépito igual al que, cayendo,
 Un saco lleno de armas causaria.
 Del freno que sujeta su cabeza
 Libre al verse el corcel del agareno,
 De ardor y espanto lleno,
 A discurrir sin direccion empieza.
 Triste alejarse Doralice advierte
 Al que hasta entónces le sirvió de guia,
 Y, no sabiendo cual será su suerte
 Como llegue á perder tal compañía,
 Corre tras él; el agareno, en tanto,
 Con manos y con pies al bruto hostiga.
 Cual si oírle pudiera,
 Con gritos amenazalo, y su espanto
 Redoblando, redobla su carrera.
 Así corrió tres millas, y corriera
 Muchas mas á no hallarse
 A su paso un barranco, do vinieron
 Caballo y caballero á revolcarse.
 Golpe terrible dan; mas ¡ caso extraño!
 Ninguno de los dos recibió daño.
 Alzase pronto el bruto; mas, sin freno
 No pudiendo seguirlo, el agareno
 Lo aferró por la crin, y de vergüenza

Y de coraje lleno,
 Como domarlo á discurrir comienza,
 « Toma del mio, toma
 « El bocado, » le dice la doncella,
 « Pues, con brida ó sin ella,
 « Mi voluntad al que yo monto doma.
 Al sarraceno descortes parece
 La propuesta aceptar de Doralice;
 Mas fortuna bien presto
 Bella ocasion le ofrece
 De hacer que su propósito realice.
 Cual lobo que el estrépito vecino
 De cazadores y de perros oye,
 Así la vieja que huye de Zerbino
 Se acerca allí. Vestida todavía
 Con el traje galan que de la dama
 Del conde fué, venia
 Montada en el bridon de quien recama
 La silla el oro y la bondad la fama.
 Sin haberlo notado,
 Así del musulman hállase al lado.
 Al ver el bello y esplendente traje
 Con que adornada viene
 La que de mona tiene
 Mas bien que de mujer el gesto y traza,
 La risa no contiene
 Ni Mandricardo, ni Isabel. La brida
 Quitando el moro á su corcel, con voces
 Y gestos le amenaza,
 Le asusta y pone en fuga. Por las selvas,
 Por valles y por montes, al acaso,
 Corre con presto paso
 Con la vieja, á quien duele y desconcierta
 El temor de una muerte casi cierta.
 Mas, por hablar de esta vision, no quiero
 Dejar de hablar del inclito guerrero
 Que á su arzon, sin que nadie se lo vede,
 Colgando va cuanto servirle puede.

Monta luego, y gran rato á ver si vuelve
 El sarraceno aguarda;
 Mas viendo en fin que tarda,
 A partir en su busca se resuelve.
 Cortes, empero, ántes
 La venia obtiene de los dos amantes
 Que en sus semblantes su dolor explican,
 Y que al héroe suplican
 Les permita seguir su cara huella.
 Bien que agradable y bella
 Fuese esta compañía, él la rehusa,
 Pues de cobarde á todo aquel acusa
 Que requiere testigo
 Cuando al encuentro va de su enemigo.
 A Isabel y á su amante
 Ruega al partir el principe de Anglante
 Que, si ven por la selva al agareno,
 Le digan que en su busca aquel terreno
 Recorrer se propone otros tres dias,
 Al cabo de los cuales
 Fuerza será, si verle quiere el moro,
 Que vaya hasta los reales
 Donde flota el pendon de lises de oro.
 Hacer queriendo cuanto fuese grato
 A su libertador, este mandato
 Acepta, al irse, el principe Zerbino.
 Por distinto camino
 Resuelto el conde á proseguir su viaje,
 La espada coge, que del árbol cuelga,
 Y su bridon empuja hácia el paraje
 Por do de hallar al moro
 Con la esperanza en su inquietud se huelga.
 El curso extraño que siguió la bestia
 Del musulman fué causa de que vana
 Fuese del conde Orlando la molestia.
 Sin encontrarlo, pues, al tercer dia
 A orillas aportó de un arroyuelo
 Que en florido verjel todo aquel suelo,

Bullicioso corriendo, convertia.
 Del sol el rayo con violencia hostiga
 Al pastor y al ganado en este instante,
 Y mas aun al príncipe de Anglante,
 Que del broquel, del yelmo y la loriga
 Soportar ya no puede la fatiga.
 En busca de réposo
 Entrase pues en un verjel frondoso,
 Adonde vino en hora malhadada
 A dar incauto! la primer pisada.
 En él entrando, escrito en la corteza
 De los arbustos á mirar empieza
 El nombre de su dama,
 Que, al nombre de Medoro entrelazado,
 Esculpió su cuchilla en cada rama.
 Cada letra que mira
 Es un puñal con que el amor le hiere.
 Alucinarse quiere,
 Y, sin lograrlo, á persuadirse aspira
 Que otra Angélica fué la que su nombre
 Unido allí grabó con el de otro hombre.
 Mas, con nueva atencion examinando
 De su letra la forma conocida,
 A sí mismo en seguida
 Se dice: « De Medoro,
 « Por disfrazar el mio,
 « Tomó sin duda el nombre la que adoro. »
 Guitado, así viviendo de esperanza
 De una en otra ilusion se precipita,
 Y de un error en otro error se lanza.
 Cada vez que en sus penas reflexiona,
 Las aumenta y renueva,
 Cual por romper la red que le aprisiona
 El ala inquieto jilguerillo agita,
 Intrincando sus lazos y su cuita.
 Orlando desde allí sus pasos lleva
 Hácia el monte que, encima de la fuente,
 Alza arrogante la encorvada frente.



Orlando halla las cifras de Medoro y Angélica. (T. I, p. 444.)

Los troncos de los árboles contornan
 Hiedras y vides que aquel sitio adornan,
 Una gruta formando, do abrazados
 Los dos enamorados
 Pasar solian del ardor las horas,
 Y do amor por do quiera
 Sus simpáticos nombres esculpiera.

Triste el guerrero hácia la gruta baja,
 A cuya entrada mira
 Versos de aquellos que el placer inspira,
 Y que en un tronco con profunda raja
 Esculpí de Medoro la navaja.
 De lo que ellos decian el sentido
 Era este á nuestra lengua traducido :

« Plantas silvestres, aguas cristalinas,
 Fresca, sombría, silenciosa gruta,
 Donde mi alma dulzuras peregrinas
 Al lado de su Angélica disfruta,
 ¡Cuántas veces me visteis sus divinas
 Gracias, que tanto amante se disputa,
 Desnudas estrechar entre mis brazos,
 Contra mi seno, en deliciosos lazos!

« La ventura que os debo solo alcanza
 A compensar mi afan de engrandeceros.
 Cánticos pues de gloria y de alabanza

Entonaré, rogando á los viajeros
 Que el hado aquí de tiempo en tiempo lanza
 Y á cuantos lleguen, damas ó guerreros,
 Que, cual yo, bendiciendo aqueste suelo,
 Para él imploren el favor del cielo. »

Escrito estaba en árabe, que entiende
 El de Anglante lo mismo que el latin ;
 Que entre otras muchas lenguas que comprende
 Conoce aquella á fondo el paladin.
 Con ella, en medio del contrario campo,
 Logró salvar mas de una vez su vida,
 Nunca, empero, cual hoy comprometida.
 Tres veces, cuatro, seis, el infelice

El escrito leyó, buscando en vano
 Si de otro modo lo que el árbol dice
 Interpretar podrá. Sobre su pecho
 Entónces del despecho
 Siente imprimirse la pesada mano.
 Suspensa su existencia estar parece.
 É inmóvil, cual la roca
 En que clava la vista, permanece.
 Sobre el pecho caer la barba deja;
 Mustia y baja la faz, hasta á sus ojos
 Llanto niega el rigor de sus enojos,
 Y al labio voz para exhalar su queja.
 La angustia de su pecho siendo tanta
 No es extraño que así se reconcentre,
 Cual agua que, de un vaso de ancho vientre
 Por salir, refluendo á la garganta,
 Se agolpa de manera
 Que solo gota á gota sale afuera.
 En su delirio extraño,
 Piensa Orlando en seguida
 Alucinarse con un nuevo engaño.
 Piensa que, de su dama
 Imitando la letra conocida,
 Su memoria querida
 Por hacerle penar alguno infama.
 Con esta breve y frágil esperanza
 Animado su espíritu algun tanto,
 Montado en Bridadoro
 Parte cuando del sol las trenzas de oro
 La noche envuelve en su estrellado manto.
 Bien presto el humo advierte que la cima
 De una casa corona; del hecerro
 Oye el mugir; del vigilante perro
 El fiel ladrido; con la espuela anima
 Al veloz Bridadoro, y se apr oxima.
 Lánguido, dél bajando, se lo entrega
 A un mozo atento que á su encuentro llega;
 La espada otro le quita, otro la adarga,

De su yelmo y su cota otro se encarga.
 En esta estancia, que del moro el pecho
 De amor y de placer vió satisfecho,
 A inconsolable pena
 Entregado el de Anger, sin otra cena
 Que sus lágrimas, súmese en el lecho.
 Por alejar la imágen de la ingrata
 Vanamente allí lidia;
 Que de Angélica el nombre y la perfidia
 Cada objeto que mira le retrata.
 De hablar y de informarse á su alma acosa
 El ansia; mas ofúscale y le inquieta
 El temor de hacer pública una cosa
 Que tiene empeño en conservar secreta.
 En vano empero de engañarse trata.
 Miétras él á sí propio se la oculta,
 La historia que tan grata
 A tantos fué, creyendo hacerle obsequio,
 El pastor largamente le relata.
 Dicele de qué modo,
 Por los ruegos de Angélica movido,
 El mismo á su cabaña
 Condujo al jóven gravemente herido,
 Cómo el sanó con rapidez extraña,
 Miétras de ella en el ánima sencilla
 De un incendio horroroso
 Brotó terrible la voraz semilla
 Que, haciéndote olvidarse de que es hija
 Del monarca oriental mas poderoso,
 La decide á que elija
 A un imberbe soldado por esposo.
 Al acabar su narración, presenta
 Al de Anglante el pastor el dije hermoso
 Que, de hospedaje tan cordial contenta,
 Le dió la dama á su postrer agur.
 Por este medio que á su vista ofrece
 La ilusion del guerrero desvanece
 Del crudo amor la bárbara segur.

De su dolor á los violentos tiros
 Por resistir en vano el conde calla,
 Que en lágrimas, en quejas y en suspiros,
 A su pesar, el corazon estalla.
 Cuando solo, por fin, dar suelta rienda
 Puede al dolor que le devora el pecho,
 Un torrente de lágrimas derrama,
 Suspira, y gime, y clama,
 Y triste, revolcándose en su lecho
 De peña dura ó de punzante ortiga,
 Hecho lo juzga en su mortal fatiga.

Su mente en esto una terrible idea
 Viene á asaltar. La cama
 En que triste se agita y forcejea,
 Es la misma sin duda en que la dama
 Al jóven recibió que esposo hoy llama.
 Cual, viendo una serpiente que rastrea
 Al lado suyo por la espesa grama,
 Se alza el villano, el principe á esta idea
 La aborrecida pluma
 Deja agitado con presteza suma.
 Del pastor, de su lecho y de su estancia
 De tal modo la vista le importuna,
 Que ni aguarda crepúsculo ni luna.
 Sus armas toma, y á caballo sale
 Al bosque, en donde del dolor que siente,
 Sin testigos, exhale
 Su corazon los ecos libremente.

Allí noche ni día
 De lamentarse y de gritar no cesa;
 Las gentes huye, y en la selva espesa
 Se acuesta, ó vaga por la tierra fría.
 Maravillado él mismo de que el llanto
 Que sus ojos derraman no los ciegue,
 Y de que al pecho tan feroz quebranto
 Ecos para expresarlo al fin no niegue,
 En su ímpetu violento
 Exclama así con dolorido acento:

« De mis ojos ya no son
 « Esas lágrimas que vierto;
 « Que, á impulsos de mi pasión,
 « Fundido sale, estoy cierto,
 « Por ellos mi corazon.

« Sangre, sangre es de mis venas
 « Ese humor que desperdicio:
 « Y el duelo á que me condenas,
 « Tampoco, oh Amor, es indicio
 « Del alivio de mis penas.

« Mis suspiros son el viento
 « Cuyo soplado exacerba
 « El volcan que en mi alma siento;
 « Foco de mi cuita acerba,
 « Origen de mi tormento.

« Triste de mí, solo soy
 « Sombra ya del que fué Orlando;
 « Desengañado desde hoy,
 « Por ese mundo vagando
 « Sin esperanza me voy.

« Y si el galardón contemplo
 « Que de mi amor recibí,
 « Mi júbilo solo templo
 « Al pensar que al mundo ejemplo
 « De amor é infortunio di. »

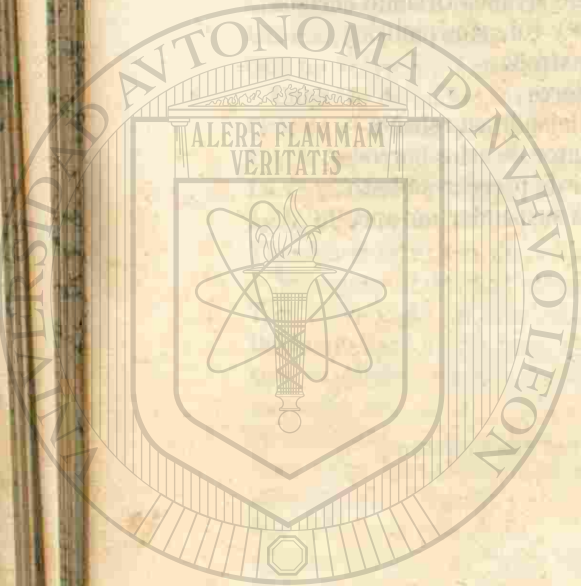
Aquella noche toda, con efecto,
 Por la selva vagando,
 Empieza á realizar este proyecto.
 Al despuntar el sol, junto á la fuente
 Llega; y allí de nuevo
 Grabado nota el nombre del mancebo.

Lleno de odio, de cólera y vergüenza,
 No bien lo mira, á Durindana saca
 Y á esgrimirla comienza
 Con furia tal, que al cielo, dividido
 En menudos pedazos, saltar hace
 El peñasco ó el árbol do esculpido
 De Angélica ó Medoro el nombre yace.

Así destruye este verjel tranquilo
 Do hallaban contra el sol y contra el hielo
 Pastores y ganados un asilo.
 Y en sus limpidas aguas arrojando
 Las peñas y los árboles que trunca,
 Las enturbió de modo
 Que no volvieron á aclararse nunca.
 Cubierto de sudor, rendido, el conde,
 Cuando el aliento á su ira
 Y á su valor ve ya que no responde,
 La vista tiende al cielo;
 Agitase, suspira,
 Y medio muerto, en fin, se arroja al suelo.
 Sin comer ni dormir, sobre la yerba
 Tres veces vióle, al despuntar, la aurora,
 Doblando cada vez la pena acerba
 Que su afligido corazón devora.
 Al cuarto dia, en fin, furioso se alza;
 De su espalda y sus brazos
 Hace saltar las mallas en pedazos:
 Desármase en seguida y se descalza;
 Por el bosque corriendo,
 Aquí su yelmo ó su loriga deja,
 Por acá su paves, allá su escudo,
 Y sus ropas rasgando y esparciendo,
 De su cuerpo velludo
 Deja ver cada músculo desnudo.
 De su pasión el deplorable exceso,
 Soltando en fin á su furor las riendas,
 Le hace perder el seso
 Y la espada arrojar que hizo en su mano
 Tantas y tantas cosas estupendas.
 De su vigor inmenso
 Tengo tan alta opinión yo, que pienso
 Que no mas que por lujo ó por monada
 Lanza enristró jamas, ó empuñó espada.
 De esto dió insigne prueba, un pino enorme
 A su primer embate descuajando,

Y tras este arrancando
 Dos ó tres mas. Cual, por tender sus redes
 Al zorzal enemigas,
 Arranca el cazador juncos ú ortigas,
 Del mismo modo arranca Orlando encinos,
 Erguidas hayas y robustos pinos.
 Este fragor extraño
 Oyen unos pastores,
 Y, en la selva dejando su rebaño,
 Se acercan al autor de estos horrores.
 Mas, por temor de parecer molesto,
 Aquí mi canto á suspender me apresto.

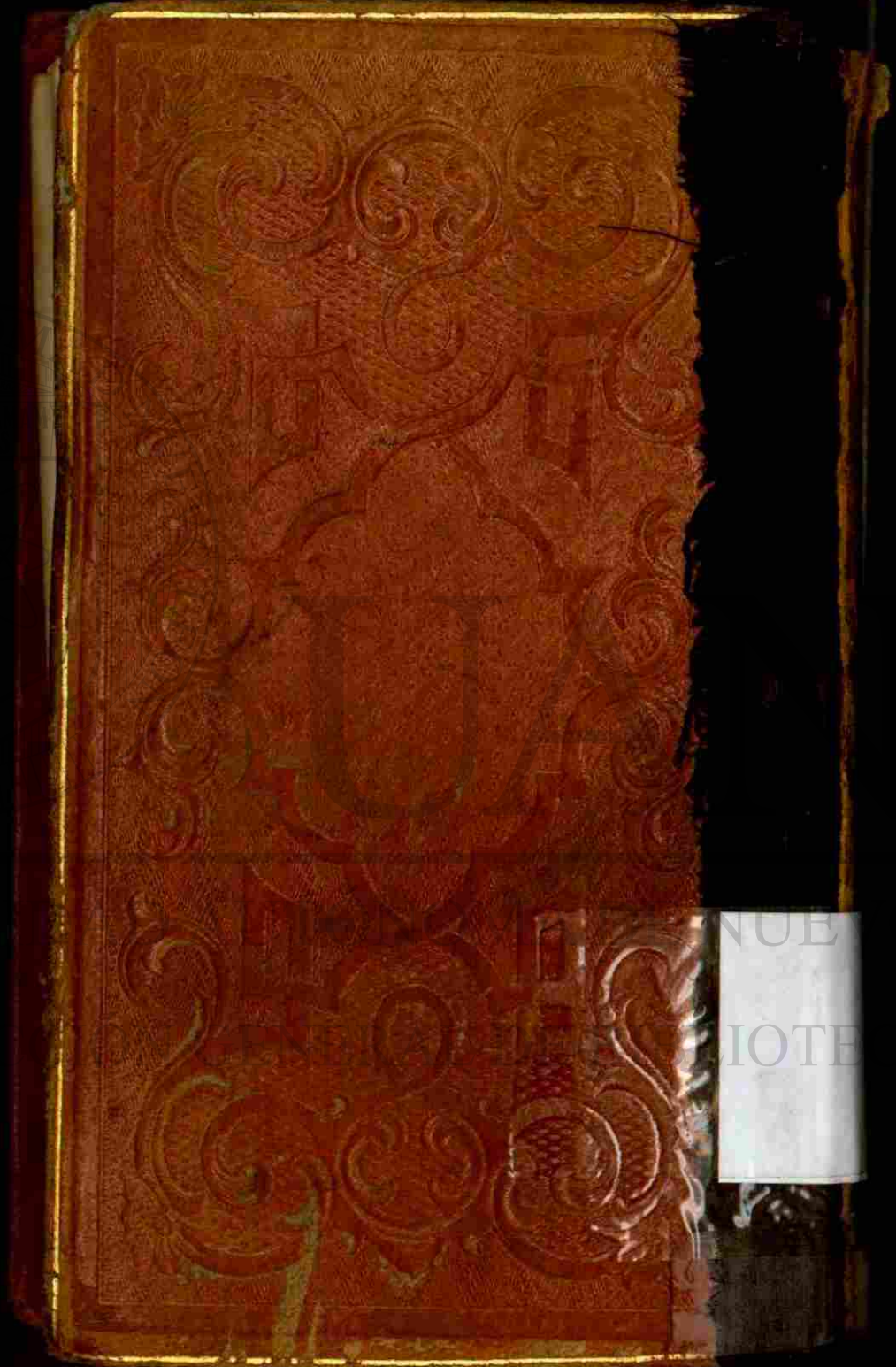
FIN DEL TOMO PRIMERO.



ÍNDICE DEL TOMO PRIMERO.

| | Pág. |
|--------------------------|-------|
| INTRODUCCION. | v |
| VIDA DE ARIOSTO. | xiii |
| PRÓLOGO. | xxxii |
| Canto I. | 1 |
| Canto II. | 16 |
| Canto III. | 31 |
| Canto IV. | 46 |
| Canto V. | 59 |
| Canto VI. | 77 |
| Canto VII. | 93 |
| Canto VIII. | 108 |
| Canto IX. | 127 |
| Canto X. | 145 |
| Canto XI. | 167 |
| Canto XII. | 183 |
| Canto XIII. | 199 |
| Canto XIV. | 214 |
| Canto XV. | 241 |
| Canto XVI. | 260 |
| Canto XVII. | 278 |
| Canto XVIII. | 304 |
| Canto XIX. | 333 |
| Canto XX. | 361 |
| Canto XXI. | 389 |
| Canto XXII. | 404 |
| Canto XXIII. | 423 |

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



NUE
IOTE